



0000601100
11111111



MARTINEZ



SERMONES

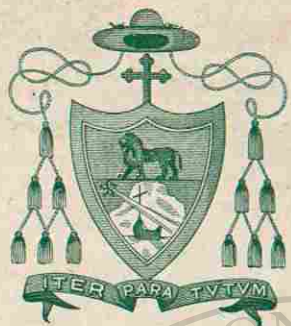


2



RALEIGH
BX1756
.M3
S4
v. 2

008612



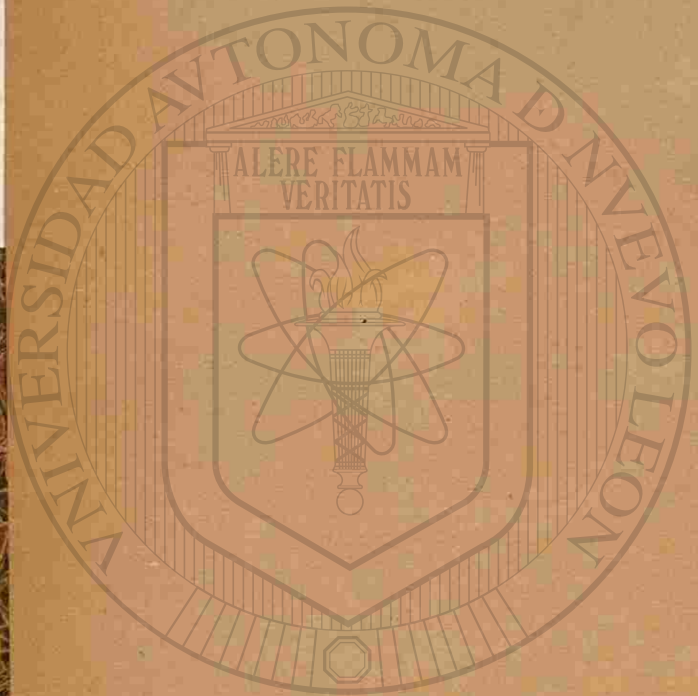
EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080015983



SERMONES

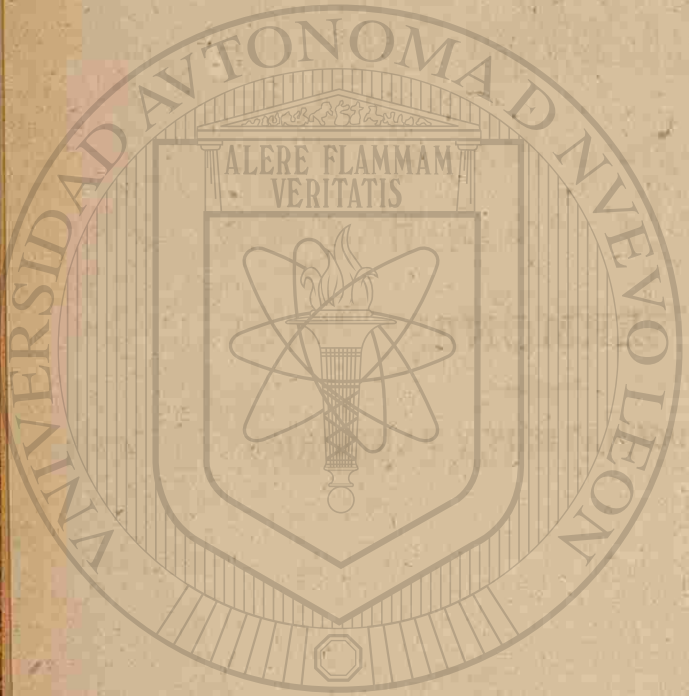
INÉDITOS

MORALES, DOGMÁTICOS Y PANEGÍRICOS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SERMONES

INÉDITOS

MORALES, DOGMÁTICOS Y PANEGÍRICOS

DEL EXCMO. É ILMO. SR.

DR. D. FR. JACINTO MARÍA MARTINEZ Y SAEZ

OBISPO DE LA HABANA

SE PUBLICAN CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

*Instrucciones familiares p^{te} Angel
Raimeri. Edición de dos tomos
letra grande.*

TOMO II.

*Sermones del P. S. de la
La vida de la tierra. p^{te}
Monsieur Segura*

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MADRID

IMPRESA DE D. ANTONIO PEREZ DUBRULL
calle de la Flor Baja, núm. 22

1880

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Río de la Verde y Téllez

45226

BX 1756

.M3

S4

V. 2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

SERMON MORAL

SOBRE

LAS DIVERSIONES DE CARNAVAL.

*Religio munda et immaculata apud Deum
et Patrem hæc est... immaculatum se custo-
dire ab hoc sæculo.*

La Religión pura y sin mancha delante
de Dios... es ésta...: guardarse sin ser infi-
cionado de este siglo.

(EPIST. JACOBI, cap. 1, vers. 27.)

Si animadas por virtud divina las antiguas cenizas de Lucrecio y Epicuro viniesen á recorrer hoy dia los teatros, las casas y calles de nuestra hermosa ciudad, ¿qué juicio formarían de nosotros, despues de haber estado en el reino de la verdad, despues de haber obtenido el convencimiento de la nulidad de los principios sensuales que establecieron cuando en la tierra tuvieron el nombre de filósofos, despues de haber experimentado en sí cuán caros les cuestan en el otro mundo los cortos momentos de placer de que aquí gozaran, al ser testigos oculares de tanta escena lúbrica como hoy se representa en los teatros, de tantas ridiculeces como se dejan ver en nuestras calles, y de tantas abominaciones como se cometen á la sombra de un papel con que el hombre encubre la parte más noble de su cuerpo, el rostro, expresion de la divinidad? Despues de ver y examinar estos hechos con mira-

008612

La ley de amor se ha publicado con las palabras y acciones del Legislador. ¿Qué debemos hacer nosotros, amados míos? Amarnos reciprocamente, sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros hermanos, no dar lugar al odio y rencor en nuestros corazones; perdonar de corazón á los que nos han agraviado; socorrer las indigencias del prójimo; no considerar en él sino un hijo del Padre celestial que nos engendró á todos; y cumpliendo esta ley de amor, estaremos seguros de haber satisfecho á todos los mandamientos divinos, y de merecer la corona de la inmortalidad en el reino de la paz y del amor. Amen.



SERMON DOGMÁTICO

SOBRE LOS

MOTIVOS QUE TUVO JESUCRISTO PARA INSTITUIR

EL SACRIFICIO DE LA EUCARISTÍA.

In qua voluntati sanctificati sumus per oblationem corporis Jesu Christi semel.

En la cual voluntad somos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez.

(HEBREOS., cap. x, vers. 10.)

El dogma de la sustitucion del inocente en lugar del culpado para aplacar la ira de Dios, es tan antiguo como el mundo. Entre tanta diversidad de pueblos y de naciones como ocupan el globo, ni uno solo se ha descubierto aún que no tuviera sus altares, sus sacerdotes, sus ritos y su liturgia, destinado todo á exprimir de un modo sensible esta creencia del espíritu humano. Ora se han encontrado pueblos que sobre un ara de césped inmolaban corderos y derramaban libaciones; ora se han visto otros que, coronados de hiedras, llevaban á su rústico adoratorio manojos de dorada mies y cestillos de aromáticas frutas; aquí unos conducen millares de prisioneros destinados á teñir con su sangre las innumerables aras erigidas al dios que les diera completa victoria; aquí otros ¡horror causa decirlo! llevan al hijo recién nacido, á la esposa, al deudo más amado, y coronados de flores son presentados al sacerdote infando que, degollada la víctima, registra sus palpitantes entrañas para conocer en

ellas si el cielo está aplacado ó irritado. Los primeros sacrificios caracterizan las edades antiguas, aquellas que casi vieran á los primeros padres de la humanidad y oyeran de sus lábios la pureza é inocencia del culto que deben los hombres á Dios; los segundos nos revelan los tiempos de la barbarie, en que, olvidándose los hombres de las tradiciones religiosas, no glorificaron al Sér divino ni respetaron los derechos humanos, sino que se embrutecieron bajo el imperio despótico de las pasiones.

Mas en estos sacrificios, que casi en su totalidad podemos llamar criminales, se descubre siempre una creencia universal, que es la necesidad de aplacar la ira del cielo con la sangre de víctimas puras y sin mancilla. Así es que en la época de la mayor pureza de ideas vemos que los sacrificios que se ofrecian al Dios verdadero, ó bien á númenes secundarios cuya existencia creian los pueblos gentiles, eran de animales cuyo carácter y natural es la mansedumbre: el cordero, la ternera, el toro; las avejillas más candorosas, la paloma, la tórtola, eran las víctimas que tenían los altares con su sangre, y nunca se vieran sobre las aras ni al tigre, ni al halcon, ni á ningun animal feroz y carnívoro. ¿Y por qué? Porque la sangre de éstos era, entre los irracionales, la ménos á propósito para aplacar á Dios, pues si pudiese haber crimen donde no hay libertad ni razon, diríamos que eran criminales estos animales, porque para vivir necesitan de que otros mueran entre sus dientes y sus garras formidables, al paso que los otros, sin ofender á nadie, se alimentan de las yerbas de los campos y viven en paz con el hombre.

Eran estos sacrificios inútiles, eran criminales; pero todos unánimemente atestiguaban la necesidad que tenía la naturaleza humana de un sacrificio expiatorio, en que el inocente muriese por el culpado. Jesucristo, amados míos, vino á confirmar esta gran idea que la humanidad

tenía en medio de sus innumerables aberraciones. Después de haber destruido con su celestial doctrina todas las fábulas inventadas entre los sueños de la superstición; después de haber mostrado á los hombres que era Él la Verdad y la salud y el camino para llegar al bien; después de haber pasado tres años evangelizando á los hombres el reino de Dios, puso en planta el sacrificio de expiación, ofreciéndose una vez materialmente en el ara de la Cruz, y santificando á todos los hombres con esta oblacion: *In qua voluntate sanctificati sumus per oblationem corporis Jesu Christi semel.*

Hé aquí lo que hizo el Verbo divino una sola vez, sin que pueda ser materialmente reiterado el sacrificio que Él consumara en su propia sangre. Mas la humanidad, siempre atenta á sustituir sin cesar un inocente que pague por sus culpas cotidianas, parece que no quedaba completamente satisfecha; necesitaba de un sacrificio perenne, cuya sangre, derramada á cada instante, aplacase la ira celestial. Dios, que viniera al mundo para abrir á la humanidad grandes vías de reconciliación, leyó este deseo en el corazón de todos los hombres, y al poner su pié en las aras del sacrificio, no quiso que éste fuera transitorio ni de un solo momento: lo hizo perpétuo y continuo, ordenando á sus Apóstoles que cada día renovasen de un modo incruento, pero real y positivo, el mismo holocausto que santificaba al mundo.

¡Ah! ¡Cuántas grandezas se descubren en esta sola verdad de la fé! Es este sacrificio, no sólo el único que puede aplacar la ira de Dios, sino el único que satisface á los deseos del hombre. Quería el hombre un inocente para aplacar á Dios, y lo tiene en Jesus; quería un valor y un precio infinito, y lo tiene en todas las acciones de Jesus; quería una sangre que expiase y borrara todas las culpas, y también la encuentra en Jesus. En una palabra, amados míos: quería la humanidad un sacrificio perenne,

para no ser víctima de la cólera divina que engendra sus pecados, y tambien Jesus subviene á esta necesidad del género humano, instituyendo el sacrificio del altar. Consecuente á esta doctrina, os haré ver en este sacrificio la realizacion de todos los deseos de la humanidad expresados en todos los pueblos de la tierra.

Imploremos los auxilios del Espíritu Santo, poniendo por intercesora á su divina Esposa, á quien saludamos con el ángel.

AVE MARÍA.

La idolatría no fué otra cosa que la putrefaccion de las ideas humanas, que por grados habian degenerado, del mismo modo que las sustancias materiales se convierten algunas veces, de sustancias puras y salubres, en hediondas y deletéreas. Decir que los pueblos idólatras no conocieron á Dios, sería decir que no descendian en línea recta de Adán y de los otros primeros patriarcas que cuidadosamente enseñáran al género humano la existencia de Dios y el culto que Éste exige por derecho de soberanía; sería decir que no eran hombres, porque es tan natural al alma humana el conocer á Dios, como es natural al cuerpo el respirar. Los idólatras, ora los veamos en las altas regiones del Tibet y de la Tartaria, ora los contemplemos en las llanuras del Tíber, ora entre las abrasadas hondonadas de la Libia, conocen á Dios. Lo que ha extraviado el espíritu humano á los excesos de la idolatría no ha sido jamás la negacion de la existencia divina, sino la creencia de que habia dos principios: el principio del bien y el del mal; por consiguiente, la creencia de dos dioses; más todavía, la idolatría, semejante al torbellino, envolvió al género humano en tantas ideas contradictorias, que creyeron los antiguos que cada astro, cada elemento, cada estacion, cada

planta, tenían un númen tutelar, al cual rendian adoraciones. No paró aquí el extravío de las ideas: se pensó que las almas de los Reyes benéficos, de los amigos buenos y de los héroes y biehechores de la humanidad, iban á lo que llamaba el mundo pagano *Campos Eliseos*, que no era otra cosa que nuestro cielo; de estos Campos Eliseos venian á vivir entre sus amigos invisiblemente, y por eso se les alzaban templos, se les erigian estátuas, para que viviesen en aquéllos y morasen en éstas; allí los adoraban y les ofrecian sacrificios. ¡Qué! ¿Eran los hombres de otra naturaleza que nosotros, para no ver que una piedra no tiene inteligencia y que no puede ser Dios lo que es insensible? Conocieron, pues, á Dios los idólatras; mas no lo glorificaron, como dice el divino Pablo, corrompiendo sus ideas hasta el extremo de mudar la gloria del Dios incorruptible en semejanza de figura de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de sierpes.

Por consiguiente, señores, la idolatría en sí misma no era tan sólo un error, sino un crimen; la idolatría es la prueba más grande de la existencia de Dios, de la de los ángeles buenos y de la de los malos; la idolatría es la más irrecusable prueba de la inmortalidad de nuestra alma, de la existencia del cielo y del infierno, y hasta del purgatorio. Los poetas eran para los idólatras lo que son para nosotros los profetas, los evangelistas y los doctores. Así dice Eusebio, y con él Bossuet, que Dios dió á Grecia y á Roma filósofos y poetas, así como dió á los judíos profetas y hombres inspirados, para que aquéllos con la ciencia y éstos con la revelacion, instruyesen á los hombres y los fuesen preparando para recibir la buena nueva. Pues bien: en los poetas del paganismo se ven á cada paso delineados los grandes dogmas de la humanidad, así como en los filósofos están consignados los principios de la moral. No era, repito, una negacion de la

verdad la corrupcion de la idolatría; era la aglomeracion de mil extravíos de la razon humana, y todos sus dogmas falsos estaban fundados en otros tantos verdaderos que el hombre olvidára, pues, como afirma el ilustre obispo Meldense, todo error tiene por fundamento alguna verdad. Hé aquí cuanto hay que decir sobre las divinidades paganas: conocian á Dios y no le adoraban, ó si le ofrecian sacrificios, era nivelándolo en las adoraciones con los otros dioses falsos; testigo de esta verdad es la ilustrada Atenas, en donde el Dios inmortal, infinito é inmenso, y cuya naturaleza era desconocida de los hombres, tenía una ara entre los dioses inventados por la supersticion.

Sucedia otro tanto respecto á los sacrificios: ofrecian los hombres sacrificios á los dioses tutelares; los ofrecian tambien á los que presidian al mal; temian los hombres, y temian con razon, porque la tradicion de sus padres les habia mostrado un hecho que inspiraba terror: la caida de su primer padre por las sugeriones de un sér terrible por su virtud y astucia; pero este sér tenía muchos compañeros que le ayudaban en su obra de destruccion del hombre, y así los desgraciados mortales que habian corrompido las primeras ideas transmitidas por la revelacion, alzaban altares á esos espíritus maléficis, y les consagraban víctimas, les dedicaban solemnidades para tenerlos propicios; así era adorado el demonio, constándoles á los hombres que era su enemigo. ¡Qué! Sin este temor, contra cuyos terrores no conocian los mortales el remedio de la Cruz, ¿hubieran doblado los hombres su rodilla ante un enemigo formidable? Cuando la adoracion no es más que un acto de amor, ¿pudiera acaso dirigirse á un sér el más detestable para el hombre? Pero, señores, confesemos que en este mismo error habia implícitamente envuelta una verdad: se confesaba que el hombre era tan grande, que excitó la envidia de los espíritus

que el paganismo llamaba dioses inferiores; se confesaba que el hombre cayó de su grandeza y habia irritado al cielo, pues habia éste dado tanto poder al enemigo del hombre, para que se ensañase en el mismo hombre. No daremos un solo paso en la historia de la idolatría sin ver esculpida por todas partes esta gran verdad: *el cielo está irritado contra el hombre*; esta frente nobilísima no podia alzarse sin rubor, porque en medio de ella estaba estampado el lema que exprimía su posicion respecto de Dios: *Eres, decia, un apóstata, un proscrito.*

Por consiguiente, todas las adversidades eran consideradas como una consecuencia de esta apostasia; no daban los elementos un solo golpe á las obras humanas sin que al momento se pensase en el Dios de los huracanes, en el del fuego, en el de las aguas; salian los hombres al combate, y ántes se pedia favor al Dios de la guerra: si ésta era adversa, Dios estaba irritado; si próspera, se le ofrecian víctimas de accion de gracias, en que tenían la parte principal los desgraciados prisioneros. Así por todas partes vemos templos, altares, sacerdotes, sacrificios, todos destinados á aplacar la ira celeste. ¿Cuál es tu afliccion, cuál tu desgracia, cuál tu crimen, triste descendencia de Adán? Si tú necesitas de un sacrificio, ¿por qué tomas la víctima entre tus semejantes? ¡Qué! ¿Ignoras tú que esa gran familia humana no es manada de animales? ¿No sabes que todo hombre viene al mundo con derechos imprescriptibles, y que el primero es el derecho de vida?

Todas estas preguntas se ve uno precisado á hacer en presencia de esa exigencia universal del sacrificio y de las víctimas que la humanidad escoge, y de todas partes la humanidad responde: «Mi afliccion es el no poder tratar con mi Criador, porque estoy enemistado con él; mi desgracia consiste en ser hijo de un padre que me ha concebido en pecados, y á cuya consecuencia los elemen-

tos, las fieras, los hombres mismos son mis enemigos; la tierra no me da más que espinas, el fuego devora mis mieses, el cielo fulmina rayos, el agua sumerge mis naves y destruye mis haciendas; necesito de víctimas para aplacar al cielo irritado. ¿Y qué valen los corderos y becerros? ¿Qué los toros y las aves? Si éstos son inferiores á mí en su naturaleza; si son unos seres estúpidos, incapaces de mérito; si yo los domino con mi razon, aunque tengan fuerzas físicas mil veces mayores que las mías, ¿cómo es posible que el cielo se aplaque con semejantes sacrificios? Hé aquí, señores, lo que responde toda la humanidad ilustrada con los destellos de la revelacion primitiva; pero esta misma humanidad, embrutecida en los excesos de las pasiones y olvidada de las antiguas tradiciones, objeto de mil vértigos intelectuales, os responderá muy pronto que, necesitando de víctimas preciosas para aplacar al cielo, ha escogido aquellas de mayor valía, ha tomado en sus manos á hombres sobre quienes creía en su error tener algun derecho, ha levantado sobre su cuello el cuchillo sacerdotal, los ha inmolado en los altares para apagar el fuego de la cólera de los númenes irritados. Hé aquí los sacrificios de la humanidad pecadora.

¡Ah! Causa lástima el echar una ojeada en el mundo antiguo; se le hiela á uno el corazon al saber que las madres, al son de mil instrumentos horrisonos, arrojaban á sus hijos tiernos en hornos de fuego, para honrar á los dioses falsos; tiembla al pensar que á sangre fria se degollase un ejército de atletas vencidos, para presentar sus entrañas á un ídolo de piedra; pero advirtamos entre tanto que el mundo ha estado siempre dividido en dos secciones: en la una se ha adorado á Dios en espíritu y verdad; en la otra se ha cometido el crimen de no rendir al Sér divino los debidos homenajes de adoracion; en estas dos secciones se advierte que el signo de la adora-

cion es el sacrificio. ¿Qué ofrecen los hombres para aplacar el cielo? Unos ofrecen semillas, harinas, líquidos, corderos, becerros, tórtolas y palomas, y tienen la gloria de tener por primer sacerdote de estos sacrificios á Adan inocente, que alaba á su Dios, ó al mismo, ya pecador, que le pide perdon é indulgencia; despues de él vienen Abel, Seth, Henoch, Noé, Abraham, Moisés, Aaron, Finés, Onías, que son la personificacion del culto verdadero que por espacio de cuarenta siglos diera á su Criador una seccion de la humanidad: al frente de esta gran familia justa reina otra criminal, que, ó no da á Dios el culto como éste lo exige, ó lo consagra á quien no es debido.

Séase que contemplemos el sacrificio de los pueblos y familias justas, séase que observemos los holocaustos de los idólatras; ora nos paremos ante el altar de piedra de Jacob, ó ante el de oro de Moisés y Salomon, ó bien nos detengamos ante el templete de Moloch, ó junto á los becerros de Jeroboan, comprenderemos que la humanidad clamaba por un sacrificio, de que necesitaba, tanto para aplacar al Dios airado como para alabar al Dios misericordioso.

Así estaba el mundo al aparecer en él el Sumo y Eterno Sacerdote segun el orden de Melquisedech. De estas dos clases de sacrificios, ninguna podia subsistir: la una por ser criminal y contraria á la misma adoracion, la otra por ser nula para lo que la humanidad la queria. Cuantos sacrificios se ofrecieran á Dios santamente por mano de los justos de la ley natural, y por los sacerdotes de Leví, eran sombras y figuras; así es que, como dice el divino Pablo, nunca podian aquellas víctimas que cada año se ofrecian hacer perfectos á los mismos que á ellas se llegaban, porque de otro modo no tendrian que reiterarse para la purificacion de los que una vez habian sido santificados. ¿Qué quiere decir que el aaronita no podia

entrar en el santuario sino una vez al año, teniendo que ofrecer un sacrificio? ¿Qué significa que todos los años se hiciese mención de los mismos pecados, que cada holocausto iba acompañado de las mismas oraciones que decía el sumo sacerdote por su ignorancia y por la de su pueblo? Todo esto da á entender que los sacrificios antiguos, por aceptos que fuesen á Dios, no eran más que figuras de otro más grande y eficaz; tanto importa que se inmole un cordero como cien mil becerros; lo mismo es rociar el altar del holocausto con cuatro gotas de sangre que regarlo y empapararlo, si pudiera ser, con el líquido animal; siempre quedaba en pié la iniquidad antigua; siempre clamaba al cielo el reato universal: inmundicias legales, manchas muy transitorias, desaparecían con la oblation de estos sacrificios, nada más; pero en cuanto á las culpas que merecían pena eterna, era imposible que fuesen quitadas con las víctimas de toros y otros animales. Todo esto, por fin, significaba, concluiré con el mismo Apóstol, que no estaba aún descubierto el camino del santuario mientras estuviese en pié el antiguo tabernáculo.

En resumen, amados míos; la humanidad que adoraba al Dios verdadero, y la que quemaba el incienso ante los ídolos, se veía precisada á reiterar sus sacrificios, confesando desde luego su ineficacia, y además la imperiosa necesidad en que se hallaba de ofrecer al cielo lo más inocente, y que fuera al mismo tiempo lo más precioso, para que fuese sustituido en lugar del culpado y para que con su valor satisficiera á la justicia divina. El judío y el gentil confesaban esta verdad, el primero clara y explícitamente, como se lo enseñaban la ley y los Profetas, y el segundo por una tradición vaga, indeterminada, pero que no dejaba de ser muy cierta, pues era tan antigua como la misma humanidad.

Entre tanto se acerca la plenitud de los tiempos, y se

cumple el instante prefijado por la Providencia divina para la santificación del mundo. El Verbo divino, sin dejar toda la gloria de su esencia ingénita, es engendrado en el castísimo seno de una Virgen; y al poner el pié en el nuevo terreno que iba á ser el teatro de sus trabajos y fatigas, da el decreto de abolición de todo sacrificio, presentándose él á su Padre como Sacerdote eterno, cuyo ministerio ni tuviera principio ni viera el fin, y como Víctima inmortal que, sacrificada una vez, aún quedaria viva para interceder por nosotros: *semper vivens ad interpellandum pro nobis*. En estas dos circunstancias estribaba la inmensa diferencia que habia entre los sacrificios que concluían y el nuevo que empezaba; en aquéllos el sacerdote no podia ofrecerse á sí mismo, por ser hombre mortal sin dominio sobre su propia existencia; tenía, pues, que ofrecer la sangre ajena, la sangre de las víctimas, tan ineficaz para borrar los pecados como hubiera sido la suya propia si hubiera tenido derecho para regar con ella las aras. En el sacrificio de Jesus todo se identifica; víctima y sacerdote son una misma cosa. Jesus es dueño de ofrecer su alma y su vida, porque tiene sobre ella un derecho pleno y absoluto; y esta vida que ofrece es de un valor infinito.

¿Comprendeis, señores, lo grandioso de esta sustitución del inocente por los culpados? ¿Comprendeis cómo en una misma persona pueda haber dos cosas tan distintas, como es ser sacrificante y sacrificado? ¿Entendeis acaso pueda suceder que la víctima espire y sea inmutada realmente, y que al mismo tiempo esta víctima esté viva rogando por los criminales? ¿Podreis llegar á entender cómo este sacrificio no es ofrecido más que una vez, y sin que la víctima muera sea ofrecido sin cesar en todas las partes de la tierra? Estos son, amados míos, los grandes misterios que encierra la union hipostática del Verbo divino con la naturaleza humana; la razon no

tiene fuerza para comprenderlos, pero la revelacion nos da luz suficiente para entender de algun modo estas maravillas.

«Dios, dice el Profeta-Rey, habia jurado á su Hijo desde la eternidad, asegurándole que era Sacerdote eterno.» *Juravit Dominus, et non penitebit eum; tu es Sacerdos in æternum.* Este sacerdocio era una propiedad inherente al Verbo divino; mas las funciones de este sacerdocio y la víctima de este sacerdote tenian que ser ejecutadas las unas y tomada la otra de otra naturaleza, para que hubiese en la misma persona parte superior y parte inferior, naturaleza divina y naturaleza humana; de tal modo, que habiendo estas dos naturalezas en la misma persona, Dios era hombre, el hombre era Dios. Dios, que por su naturaleza es inmortal, no podia ofrecerse á la muerte, no podia ser inmolado ni consumido, como lo exige toda hostia; pero este Dios es hombre, este hombre es ofrecido, es muerto, es inmolado, y al mismo tiempo es ofrecido, es sacrificado y muerto el mismo Dios. El Sacerdote eterno, ¿podia tomar de entre los séres criados una víctima agradable á los ojos de su Padre? No, pues no tenian valor suficiente para aplacar su justicia infinita, vilmente ofendida por los hombres; tiene, pues, que presentarse á sí mismo por hostia del sacrificio. ¿Y podrá esta naturaleza individual tener mérito para apaciguar la eterna justicia? Sin estar unida á la persona divina, ninguno tendria; la naturaleza humana podia ser inocente como un niño, pura como un sol; pero ella por sí sola nada podia para la redencion del mundo. Pero esta misma naturaleza obtiene un mérito infinito desde el momento en que se une á ella el Verbo divino: muere el Hombre, y esta muerte tiene un valor infinito, porque la persona divina se lo da, porque muere Él y muere Dios.

Así se cumple sin contradiccion que el Verbo divino

es sacerdote y es víctima; así se cumple que muere una sola vez, santificando con esta muerte á todos los hombres, y ofreciéndose sin cesar, sin tener que morir de nuevo, ni presentar otra víctima para el sacrificio, pues Él con su propia sangre entró en el Santuario, como dice el Apóstol.

¡Ah humanidad, humanidad! Alza ya esa noble frente, que llevas inclinada hácia el suelo en signo de anatema; desaparezca ese rubor que te causa el antiguo crimen que no podias borrar con la sangre de las víctimas, ni con la tuya propia. Tú te reconocias culpable y anatematizada; tú buscabas una víctima preciosa é inocente para que satisficiese por tí, que eras criminal. Pues bien: ahí la tienes en ese Cordero inmaculado que quita los pecados del mundo. Ya el cuchillo sacerdotal de Aaron se halla embotado; ya los adoratorios del pagano han caido, dando lugar al altar del Calvario; recoge, pues, esa sangre que resalta en tan divina ara, y ofrécesela al cielo para que éste te mire propicio.

¡Ah! Sin esta víctima inocente que cada día se ofrece al Dios airado, ¿qué sería de nosotros? La historia contemporánea es un tejido de calamidades, es verdad; hay terremotos, hay epidemias, hay guerras sanguinarias; pero ¿qué son las calamidades de nuestro tiempo al lado de aquellas que afligian á los antiguos pueblos ántes que se alzase el altar del Calvario? La Grecia nos presenta un terremoto en que sólo en una ciudad perecen ciento veinte mil almas; otro en que de súbito se arruinan veinte ciudades; guerras que asolan naciones enteras y cautivan á los vivientes y los venden como bestias de carga; batallas en que quedan tendidos cuatrocientos mil cadáveres; pestes que convierten la tierra en hórrido panteon; ¡qué sé yo qué infortunios eran los de la antigua humanidad! Ahora la civilizacion no permite las antiguas carnicerías de la espada, porque el Evangelio ha ilustrado áun á los

mismos bárbaros que lo impugnan; Dios no permite al genio de la epidemia que dé libre vuelo en la tierra; ésta se conmueve á la simple insinuacion de su Criador, pero ni las ciudades se convierten en salobres lagos, ni se abre la tierra para tragar á sus habitantes. ¿Y por qué? Porque Dios tiene siempre puestos sus ojos en la víctima inocente, porque el Cordero de Dios vive en continua inmolacion para rogar por nosotros. ¡Y pluguiese al cielo que nuestra fé en esa Hostia sagrada fuese más viva, que en los templos se adorase al Señor en espíritu y verdad, que no se viese profanada la presencia de Jesucristo con tantas irreverencias y faltas de respeto! ¡Pluguiese á Dios que no viésemos cada día en nuestros templos el degradante y enfadoso cuadro de muchos cristianos que, léjos de acudir á las sagradas solemnidades por adorar al Señor, sólo vienen á ocupar un puesto cómodo para entablar conversaciones inútiles ó discusiones inoportunas, y quizás malignas, llamando la atencion del fiel que ora y llenando de escándalo y estupor al infiel que no ora, pero observa!

Señores, esta es la realidad de lo que se ve entre nosotros; yo no puedo disimularlo ni callarlo, y esta es la causa de los azotes con que Dios nos aflige sin cesar; si no existiesen nuestras irreverencias, no tuviéramos tantos infortunios públicos.

Entremos, pues, ya dentro de nosotros mismos, considerando la sublime dignidad á que hemos sido elevados, dándonos Dios esa víctima para que la ofrezcamos cada día al cielo y ruegue por nosotros; respetemos la Casa de Dios, como el Trono en que reside, y de donde nos mira para juzgarnos. Si así lo hacemos, este mediador nos librára de las desgracias que nos abruma, será nuestro reconciliador con Dios su Padre, y nos llevará á la mansion de la paz y la dicha, donde vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo Dios, por todos los siglos de los siglos. Amen.

PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

EL GRAN COMBATE DE DIOS CON EL DEMONIO.

Hæc est hora... et potestas tenebrarum.

Esta es la hora y la potestad de las tinieblas.

(LUC. E., XXII, 53.)

El reinado del pecado no podia ménos de concluir de un modo estrepitoso; habiendo subyugado al mundo por espacio de cuatro mil años, sería su caída tan ruidosa cuanto su dominacion habia sido dilatada: semejante á las monarquías arruinadas en un día por huestes agueridas entre escenas de horror, el imperio de la culpa, al ser destruido, sucumbiria con espantoso estruendo; y como el gigante llamado á singular batalla que hiere á su rival, ántes de quedar postrado y exhalar sus últimos espíritus entre grandes convulsiones, el pecado debia ver su última hora despues de haber vulnerado con sus aceros al campeón que hollaría su cerviz. Los últimos momentos de este mónstruo fueron momentos de tinieblas y de horror; todas las pasiones se desencadenaron y amotinaron, queriendo sobrepujarse unas á otras: la envidia, el furor, la venganza, la avaricia, la injusticia y la tiranía se sucedieron unas á otras para abrumar con sus continuados golpes al Santo de los Santos. Todo el poder infernal abandonó su morada tenebrosa y tomó posesion de corazones perversos para atacar furiosamente al Justo, que, sin abrir su boca, se dejaba despedazar de los mal-

mismos bárbaros que lo impugnan; Dios no permite al genio de la epidemia que dé libre vuelo en la tierra; ésta se conmueve á la simple insinuacion de su Criador, pero ni las ciudades se convierten en salobres lagos, ni se abre la tierra para tragar á sus habitantes. ¿Y por qué? Porque Dios tiene siempre puestos sus ojos en la víctima inocente, porque el Cordero de Dios vive en continua inmolacion para rogar por nosotros. ¡Y pluguiese al cielo que nuestra fé en esa Hostia sagrada fuese más viva, que en los templos se adorase al Señor en espíritu y verdad, que no se viese profanada la presencia de Jesucristo con tantas irreverencias y faltas de respeto! ¡Pluguiese á Dios que no viésemos cada día en nuestros templos el degradante y enfadoso cuadro de muchos cristianos que, léjos de acudir á las sagradas solemnidades por adorar al Señor, sólo vienen á ocupar un puesto cómodo para entablar conversaciones inútiles ó discusiones inoportunas, y quizás malignas, llamando la atencion del fiel que ora y llenando de escándalo y estupor al infiel que no ora, pero observa!

Señores, esta es la realidad de lo que se ve entre nosotros; yo no puedo disimularlo ni callarlo, y esta es la causa de los azotes con que Dios nos aflige sin cesar; si no existiesen nuestras irreverencias, no tuviéramos tantos infortunios públicos.

Entremos, pues, ya dentro de nosotros mismos, considerando la sublime dignidad á que hemos sido elevados, dándonos Dios esa víctima para que la ofrezcamos cada día al cielo y ruegue por nosotros; respetemos la Casa de Dios, como el Trono en que reside, y de donde nos mira para juzgarnos. Si así lo hacemos, este mediador nos librará de las desgracias que nos abruma, será nuestro reconciliador con Dios su Padre, y nos llevará á la mansion de la paz y la dicha, donde vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo Dios, por todos los siglos de los siglos. Amen.

PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

EL GRAN COMBATE DE DIOS CON EL DEMONIO.

Hæc est hora... et potestas tenebrarum.

Esta es la hora y la potestad de las tinieblas.

(LUC. E., XXII, 53.)

El reinado del pecado no podia ménos de concluir de un modo estrepitoso; habiendo subyugado al mundo por espacio de cuatro mil años, sería su caída tan ruidosa cuanto su dominacion habia sido dilatada: semejante á las monarquías arruinadas en un día por huestes agueridas entre escenas de horror, el imperio de la culpa, al ser destruido, sucumbiria con espantoso estruendo; y como el gigante llamado á singular batalla que hiere á su rival, ántes de quedar postrado y exhalar sus últimos espíritus entre grandes convulsiones, el pecado debia ver su última hora despues de haber vulnerado con sus aceros al campeón que hollaría su cerviz. Los últimos momentos de este mónstruo fueron momentos de tinieblas y de horror; todas las pasiones se desencadenaron y amotinaron, queriendo sobrepujarse unas á otras: la envidia, el furor, la venganza, la avaricia, la injusticia y la tiranía se sucedieron unas á otras para abrumar con sus continuados golpes al Santo de los Santos. Todo el poder infernal abandonó su morada tenebrosa y tomó posesion de corazones perversos para atacar furiosamente al Justo, que, sin abrir su boca, se dejaba despedazar de los mal-

vados. Amigos infieles, prosélitos cobardes, discípulo traidor, enemigos encarnizados, sacerdotes inícuos, sayones inhumanos, soldados ferinos, verdugos atroces y jueces injustos, todos contribuyen á sacrificar al Cordero sin mancha, que va á presentar batalla al formidable mónstruo que dominára al mundo desde la caída del primer hombre. Llegó su hora, hora de espanto y de tinieblas, hora de confusion y de terror. *Hæc est hora... et potestas, etc.*

¡Ay! Los anales de la justicia no presentan una causa principiada con más ilegalidad ni sustanciada con tanta precipitacion, ni ejecutada con instrumentos más crueles. No hubo dia más infausto que aquel en que los hombres presentaron á Dios al tribunal de las pasiones; no hubo momento de mayor algazara para el infierno que aquel en que Jesus, objeto de sus pesquisas, por treinta años siempre temido de Satanás, siempre acechado y jamás conocido, se entregó en sus manos para que se encrueciese con él más que lo hiciera en otro tiempo con Job: *Potestas tenebrarum*. Desde este punto se da la señal del combate, combate último y decisivo entre Dios y el demonio, entre la gracia y la culpa, entre la inocencia y el crimen, entre la mansedumbre y la ferocidad. No nos admiremos, pues, que las pasiones humanas trasporten tumultuosamente á Jesus del huerto al Concilio, del Concilio al pretorio, del pretorio al Calvario. No nos admiremos de ver al Cordero inocente despedazado sin abrir los lábios, acusado con testimonios falsos, condenado sin tener crímenes y muerto con la mayor inhumanidad. No, nada de esto nos admire, porque, al ser encadenada la bestia del abismo, debía hacer los más formidables esfuerzos; al ser destruido su imperio, era necesario que pusiese en accion todas sus fuerzas para que aniquilada quedase bajo la fuerza del Omnipotente.

Este es, amados míos, el lastimoso é interesante cuadro cuyos bosquejos os voy á presentar: léjos de mí los artificiosos rodeos de la elocuencia humana cuando tengo que anunciar los tormentos de un Dios; léjos las redondeadas frases, pues la simple narracion del Evangelio brota por todas partes raudales de elocuencia. Sin embargo, para proceder con orden voy á dividir mi oracion en dos partes: en la primera vereis los esfuerzos de un Dios para vencer á la culpa y al demonio; en la segunda, los esfuerzos del infierno para vencer á Dios. Imploremos la gracia.

¡Oh Cruz adorable, hermoseada con la víctima inmolada en tus brazos! De tí salió aquella fuerza divina que venció á los tiranos y confundió á los filósofos; de tí descollaron aquellos rayos de luz que iluminaron nuestros entendimientos y encendieron en nuestros corazones el fuego del amor divino; extiende y derrama en nuestras almas tus benéficas influencias para que fructifique en ellas la sangre del Cordero sin mancha; para esto te saludamos con reverencia y humildad. *O Cruz! Ave spes unica, etc.*

PRIMERA PARTE.

Tres años enteros habia empleado Jesus en preparar el camino de su Pasion: enseñando el reino de la verdad y anunciando el Evangelio de la paz, contra sí concitára el odio más encarnizado de unos cuantos hombres que vivian segun el dictámen de sus pasiones, los cuales, no encontrando el más mínimo defecto en el Salvador, se conjuraron contra Él, so pretexto de que no observaba el sábado y decia públicamente que su Padre era Dios. Muy de antemano sabía Jesus las conspiraciones de la sinagoga; más de una vez habia dicho á sus discípulos que tenía que subir á Jerusalem y ser entregado á los malva-

dos para ser de ellos escarnecido, azotado y puesto en una Cruz, y, por fin, al concluir la cena, les mandó que le siguiesen, ya para que el mundo supiese que amaba al Padre, ya para que viese la pronta obediencia con que cumplía el mandato que tenía impuesto sobre sí; este mandato no era otro que el de dar su vida en un madero. ¡Qué valor anima las últimas acciones de Jesús! ¡Con qué resolución abandona el Cenáculo para ponerse en manos de los pecadores! ¡Qué esperanzas tan halagüeñas inspira á sus discípulos! ¡Qué palabras tan animosas! El mismo Jesús, abrasado de amor por el hombre, deseoso de sacrificarse por su rescate, se dirige al discípulo alevé, y le dice que se apresure á ejecutar sus proyectos. *Quod facis, fac citius*. Al poco de haber salido el traidor á buscar satélites, se levanta Jesús de la mesa y emprende su marcha; en este último viaje que hace Jesús con sus once Apóstoles no parece sino un capitán que arenga á sus soldados para empezar el combate, prometiéndoles victorias y lauros: no parece sino un Rey que, escoltado de fieles vasallos, va á conquistar un nuevo reino, y para animarlos á pelear con honor y bizarría, les predice paz despues de la guerra, felicidades, abundancias y riquezas despues de los trabajos (Joan., x, v. 27-33): «Ya no os he de llamar siervos, les dice, sino amigos y compañeros, porque os he descubierto cuanto pasa en mi corazón.» *Jam non dicam vos servos, sed amicos*. «Mi Padre os ama mucho, porque me habeis amado á mí; el mundo os ha de perseguir, pues yo también he sido perseguido; pero no temais, que yo he vencido al mundo.» *Ego vici*, etc.

De este modo habla Jesús á sus discípulos en su último viaje que hace con ellos; con estas esperanzas se despide de ellos y llega á Getsemaní, lugar muy conocido del traidor, porque en él pasaba su Maestro la noche en oración con su Colegio. Al través de los tristes olivares,

y en el silencio de una noche apacible, entra el Redentor en el huerto, á esperar la hora de la batalla; aquí va á aguardar á sus adversarios, de pié firme. Pero ¡qué mutación tan repentina! Este mismo Jesús, tan animoso; éste Jesús que habia dicho ántes de ahora á sus discípulos que debia ser bautizado en su propia sangre, y suspiraba porque llegase este momento, al verse en el campo de la pelea se estremece y tiembla, descubriendo á sus Apóstoles que su alma está triste hasta el extremo de morir: *Tristis est anima mea usque ad mortem*; les manda que lo acompañen y oren con Él; divide su corta fuerza en dos grupos; ocho quedan como en expectativa, tres son llamados junto á su persona, y con ellos se interna un poco más en la soledad, y en presencia de ellos se postra en el suelo, pega su rostro contra la tierra, adora á su Padre, y con los ojos y manos levantados al cielo, tristes suspiros exhala, y con voz entrecortada, al padre suplica que, si es posible, pase de Él aquel amargo cáliz (Mathæi, cap. xxvi, vers. 39): *Pater mi, si possibile est, transeat á me calix iste*. No nos cause admiración el ver que el Dios fuerte cuyo dedo sostiene el mundo se vea tan debilitado; no nos admiremos que el que con su voz hiende los robustos cedros y hace temblar á la tierra con su soplo, sea devorado por las angustias; este Jesús es el mismo que con una señal de su mano apaciguaba tempestades; el mismo que vaciaba los sepulcros; el mismo que sanaba repentinamente á los paralíticos y estropeados; pero desde que se ha dado la señal de la pelea; desde que ha salido á la arena contra el demonio, ha suspendido en cierto modo su fuerza divina, y deja obrar á la naturaleza humana; el primer esfuerzo que ha de hacer lo ha de emplear en vencerse á sí mismo ántes de vencer á los demás; porque su alma es como las nuestras, y aunque fué impecable, mas se revistió de aquella debilidad que nosotros contrajéramos por el pecado, de-

bilidad que nos hace sucumbir, debilidad que nos aterroriza cuando estamos al frente del enemigo. Pero Jesús va á vencerla, y con su victoria la nuestra quedará robustecida, y no temerá entrar en lid con el demonio. Sí: la imaginación de Jesús es el mayor enemigo que tiene en el huerto, y ella sola va á atormentarlo más que todos los sayones juntos.

No bajara del cielo el Verbo eterno sino para morir; no nació sino mirando al Calvario, como á su ocaso; semejante al sol, que al rayar en el horizonte saluda primero á las encumbradas colinas, Jesús no aparece en Belén sino fijando su vista en la sagrada cima del Calvario, donde ha de espirar; jamás aparta sus ojos de este lugar de sus ignominias; era este monte como esos volcanes gigantescos á cuya cima pretende subir el viajero; á lo lejos son extremadamente hermosos, por la blanca cabellera de las nieves, y por la variada hermosura de sus vértices cubiertos de árboles de muchos siglos; pero al llegar á su subida, se hiela el corazón, tiemblan los hombres más heroicos al tener que atravesar tantas hondonadas y trepar por horrendos precipicios, que ántes se les ocultaban por la gran distancia. Jesús ha mirado siempre á este monte en cuya cúspide ha de blandir la bandera de la victoria; pero al acercarse el momento decisivo, él mismo tiembla por los obstáculos que tiene que vencer ántes de subir; y se horroriza de los tormentos que ha de pasar ántes de dar fin á su gloriosa empresa. Entremos por un momento en el alma de Jesús, y veamos sus pensamientos; por una parte se le representan todos los denuestos, afrentas, escarnios, azotes, espinas y clavos que ha de sufrir, y la cruz ignominiosa en que ha de espirar; por otra contempla que gravitan sobre sus hombros los pecados de todos los hombres; por otra prevé que su sangre, derramada con tanta liberalidad, no ha de reportar todos los frutos que se podía esperar:

tres ideas terribles, tres enemigos formidables que atacan simultáneamente á Jesús cuando llega al huerto; y al presentársele de frente como tres escuadrones armados de brillantes espadas, Jesús se halla entregado á toda la debilidad de nuestra naturaleza.

Los tormentos que sufriera en su Pasión cayeron sobre Jesús sucesivamente; la crueldad de los judíos fué creciendo poco á poco, como la tempestad, que infla é impele con más violencia las olas del mar cuando va llegando á su fin; pero no sucede así en el huerto. Al mismo tiempo se le representan todos: la rabia con que lo atarían en su prendimiento, el furor con que lo arrastrarían á los tribunales, la obstinación con que pedirían su muerte, la crueldad con que lo azotarían, el modo infame con que lo condujeran al Gólgota, las irrisiones que sufriría en los tribunales de Pilatos y Herodes, la inhumanidad con que barrenarían sus manos y piés, los insultos que le prodigarían al estar pendiente en el madero, todo lo ve Jesús con la misma exactitud que tuvo en la ejecución. De la representación de los tormentos, veloz corre su imaginación á considerar la muchedumbre innumerable de pecados de que tenía que responder á su Padre. *Possuit in eo iniquitates omnium nostrum.* ¡Ay! ¡Qué caos tan horrible! Uno solo bastó para poner un candado á las puertas del cielo y abrir las del infierno. ¿Cómo podrá Jesús soportar el peso de tantos millares de pecados? Porque no hay pecado, por leve que sea, que no recaiga sobre Jesús. A la maldad del primer hombre han añadido sus hijos las suyas propias y personales; miles de injusticias y latrocinios, miles de idolatrías y abominaciones, miles de impiedades y de homicidios, cargan sobre Jesús; los pecados cometidos ántes del diluvio, los que se perpetraron hasta su venida, los que se cometieran hasta su segunda aparición, están dando voces de venganza, y Jesús ha de satisfacer por ellos. *Possuit Deus in eo,* etc. Sin

embargo, Jesus se halla dispuesto á borrarlos con su sangre; todo imperio, toda nacion, toda lengua, toda tribu es criminal; abominaciones de Reyes y vasallos, de ricos y de pobres, de sacerdotes y de pueblo, han de quedar perdonadas tan pronto como Jesus dé su vida en el madero; pero ¡qué horror! Jesus está dispuesto á sufrir los más crueles tormentos, y al mismo tiempo ve que el fruto de su sangre se ha de perder; al paso que se le representan las victorias de la Cruz, ve á esta misma Cruz hollada y conculcada por los hombres. Los tiranos han de emplear todas sus fuerzas para destruirla; los herejes no cesarán de atacarla; los impíos convertirán sus dogmas en problemas; los filósofos harán irrisión de sus misterios y de su moral; los hijos mismos de la Cruz se han de armar y levantar contra ella; su doctrina ha de ser reputada por locura, su humildad por necedad; la Iglesia que iba á fundar sería desgarrada por los Arrios, destrozada por los Mahomas, desmembrada por los Luteros, desacreditada por los incrédulos, minada por los impíos y mirada con indiferencia por los cristianos de los siglos del libertinaje. Veía Jesus que llegaría tiempo en que los hombres se servirían de sus luces mismas para atacarla; veía que los hombres que se llaman hoy creyentes tendrían una fé sin obras, un culto externo sin piedad verdadera; veía que los Sacramentos, convertidos por los hombres en instrumentos de perdición, serían sacrílegamente profanados y sepultados por invenciones del fanatismo; veía, por fin, que muchas naciones no querrian recibir su fé, y que otras apostatarian por seguir otras doctrinas, segun los elementos de la filosofía carnal. ¡Qué cuadro tan espantoso! ¡Tantos tormentos en su cuerpo! ¡Tantas angustias en su alma! ¡Tantos pecados, y que tanto irritan la justicia divina! ¡Una sangre tan preciosa derramada con tanta liberalidad para ser la ruina de los hombres, en vez de ser principio de salud! Al considerar

esto, el espíritu de Jesus se anonada, su cuerpo se estremece, su alma se entrega á todas las angustias, se arrodilla, se postra, cae en tierra, y oprimido con esta mole inmensa, moriria como el desgraciado habitante de un gran edificio mágicamente desplomado por todos sus ángulos. Sí; Jesus espiraria si la persona divina no sostuviese la debilidad de la naturaleza humana; por dos veces ruega á su Padre, y aquel Dios, que oye al pecador contrito, se halla inexorable para con su Hijo. ¡Qué violencia no se haria á sí mismo el amable Jesus! Bien lo dan á entender los efectos que causa en su cuerpo esta aflicción interior.

En efecto, amados míos; no encontrando consuelo en su Padre, vuelve á sus discípulos, que tendidos se hallaban en tierra, y entregados al sueño ocasionado por la tristeza de saber la próxima prision de su Maestro: vuelve de nuevo á la oracion, y humillado por tercera vez ante la presencia divina, despide suspiros más tristes. ¡Qué! ¿No basta para la redención de los hombres que haya dejado el sόlio de la gloria y tomado carne humana? ¿No me he humillado hasta el exceso con haber padecido treinta y tres años pobreza, trabajos y persecuciones? ¿Es posible que ha de acabar mi vida entre tormentos tan crueles? ¿He de verter mi sangre por unos ingratos? ¿He de trabajar en vano, venciendo al demonio, cuando los hombres han de preferir sus cadenas á mi libertad, y le han de servir con más gusto que á mí, que soy su Dios, su redentor, su hermano y bienhechor? ¡Padre mio! ex-cogitad otro medio; no sea tu hijo bien amado la irrisión de los malvados; no se derrame su sangre inútilmente. «Si es posible; pase de este amargo cáliz;» y al decir estas palabras, un sudor mortal corre por todo su cuerpo; el corazón, oprimido del dolor, en vez de ser protegido por la circulación de la sangre, se encuentra desprovisto de este agente animal; se retira aquélla de las

venas y empieza á brotar por los poros con tanta abundancia, que riega la tierra. ¡Ah! ¡Espinás crueles! ¡Látigos inhumanos! ¡Clavos sanguinarios, embotad vuestras puntas! Jesús no tiene necesidad de vuestro furor, pues Él mismo se ha sacrificado por su propia voluntad, Él mismo se ha puesto en el último trance de su vida; los ángeles tiemblan al sostenerlo en sus brazos. ¡Temblad vosotros, hombres perversos, que pretendéis sacrificarlo!

¿Quién no se espanta al ver al Dios fuerte tan acabado y temeroso? ¿Quién no se pasma al considerar al Dios sapientísimo casi espirando entre las agonías que le causa su misma imaginación? Al examinar esta escena de dolor, parece que Dios pierde toda su gloria y majestad, y ciertamente es así: «la majestad y la misericordia divina aparecen en el huerto más que en otra parte alguna,» dice San Agustín; se ve en estas agonías de Jesús que quiso revestirse de nuestros sentimientos; por mí se entristeció, añade el dicho doctor, y dejada á un lado la extensión y grandeza de su majestad divina, sintió el tedio de mi flaqueza.» No deroga á la divinidad de Jesús la tristeza que voluntariamente quiso sufrir por los hombres; teniendo presentes los tormentos que iba á padecer, y circulando por sus venas la sangre que iba á derramar, lloraba entonces por todos los pecados que no habían sido llorados; lloraba nuestras ingratitudes y demostraba sensiblemente que se hizo semejante en todo á sus hermanos, siendo tentado y atribulado como ellos, por la semejanza que tuviera en todo (Hæbr., cap. XI, vers. 15), aunque no había contraído el pecado; nos haría conocer, por fin, las funestas consecuencias de la culpa, pues para entrar en lid con ella tuvo Dios que hacer los más agigantados esfuerzos.

Hé aquí, amados míos, el primer encuentro de la gracia con el pecado, en el cual éste queda destruido y aquella sale victoriosa; la parte inferior del alma de Jesús se

resistía á padecer y morir, mas la superior se conforma con la voluntad del Padre Eterno; y formada la última resolución, vuelve á tomar sus fuerzas, se levanta del lugar de la oración para acometer á otros enemigos y vencerlos; los discípulos que dormían se despiertan á la voz de su Maestro, y le acompañan por la última vez. «Ya es hora, les dice; el traidor está cerca, y el Hijo del hombre va á entregarse en manos de los pecadores.» ¡Qué espíritu anima los pasos y palabras de Jesús! ¡Con qué decisión habla á sus discípulos! ¡Con qué imperio manda á sus agresores! No espera que éstos lleguen; Él mismo sale á su encuentro, y les dirige la palabra: «¿A quién buscáis? Yo soy Jesús Nazareno, el mismo á quien queréis prender; si me buscáis á mí, dejad ir libremente á mis discípulos á donde les agrade; habeis salido á apresarme armados de espadas y lanzas, como si fuera yo un ladrón, cuando cada día me teníais en el templo enseñando, y jamás me cogísteis; pero ahora yo me entrego de mi propia voluntad; esta es vuestra hora y la potestad de las tinieblas.»

Vemos aquí á un Dios que, para pelear, tira las armas y las arroja; pudiera aniquilar á aquellos hombres, pudiera escaparse de entre sus manos, como lo hiciera tantas veces, y nada de esto hace; ántes al contrario, Él se ofrece de su propia voluntad á las cadenas con que verá ceñidos sus lomos de allí á un instante. Así viera Isaías en espíritu á este Dios, entregándose de su propio querer. *Oblatus est, quia ipse voluit.* Se halla Jesús escoltado de once discípulos cobardes; no tiene armas ofensivas ni defensivas, y viniendo á Él los judíos con una cohorte romana, con muchos satélites del pueblo, todos enfurecidos y ansiosos de beberle la sangre, nadie se atreve á tocarle hasta que Jesús se lo manda. *Oblatus est.* Les dice que Él es el mismo á quien buscan, y retroceden y caen por tierra despavoridos, como si un rayo hu-

biese caído del cielo en medio del escuadrón armado, no osando ninguno arrimarse á Jesús, si no se lo manda. *Oblatus est.* Mil veces habían hablado con Él sus émulos; conocían su voz, tenían impresas sus facciones, lo veían, como siempre, á la cabeza de sus discípulos, y esto no obstante, temen equivocarse, y tiemblan de sólo pensar que van á amarrarlo: para que esto suceda es necesario que Jesús se dé á conocer con su voz, con sus prodigios y sus reiterados mandatos. *Oblatus est, quia ipse voluit.* Y al llegar aquí, amados míos, me veo obligado á correr un velo para no ver lo que pasa en Getsemaní; yo no quiero pintaros aquel ímpetu feroz con que se arrojan sobre Él, manso cordero, aquellos tigres rabiosos. Era éste el primer triunfo de la sinagoga contra Jesús: después de tres años de odio y furor; después de mil intentonas, los judíos casi no tenían esperanzas de poder apresar al Justo que los reprendía y enseñaba la verdad. Al ver que este primer ensayo les saliera bien, la alegría de haberlo hecho, la rabia de no haberlo podido hacer antes, simultáneamente se apoderan de aquellos hombres, y en gran tumulto caen sobre Jesús. Quiero callar que, protegidos por las tinieblas de la noche, todos se disputaron el bárbaro placer de poner sus manos y pies en el cuello y pecho de Jesús; todos le pisotean, todos le hieren, repitiendo con algazara las palabras que anunciara muchos siglos antes el Sábio: «Oprimámoslo y ahoguémoslo vivo, así como el infierno ahoga sus víctimas; quitemos su memoria del mundo, y enriquezcámonos con sus despojos. Dice que es Hijo de Dios: que venga á librarlo de nuestras manos. ¡Muera este infame, muera este enemigo de nuestras obras! ¡Muera afrentosamente!» *Morte turpissima condemnemus eum.* Quiero pasar en silencio los rugidos que dieran estos leones, porque vuestros corazones no se partan de dolor. Sí; este lugar santo se convertiría en sitio de llanto si os dijese,

con San Bernardo, que el cuello de Jesús fué agarrotado con cadenas, y que las divinas manos que formáran los cielos fueron tan fuertemente atadas, que brotaron sangre; pero yo no puedo callar lo que sucede en el alma de Jesús en este momento. ¡Qué calma! ¡Qué serenidad! Al ser apresado, tuviera Pedro una espada que encontrara aquella noche en el Cenáculo; al ver éste el atrevimiento de tanto malvado, quiere defender á su Maestro: tira de la espada, acomete, ataca, y, como atleta enardecido, se introduce en medio de los enemigos, cortando en su primer ímpetu la oreja á uno de los sicarios. En el acto mismo, Jesús hace que se suspenda el furor de los soldados; se dirige á Pedro, y «Vuelve, le dice, vuelve la espada á su lugar. ¡Qué! ¿No he de beber el cáliz que mi Padre me ha dado? ¿No sabes que puedo pedir á mi Padre muchas legiones para mi defensa?» Y diciendo y haciendo, toma en sus manos la oreja de Malco, y la restituye á su lugar. ¿Qué quiere decir Jesús con estas palabras, amados míos? No sabía todavía Pedro cuáles eran las armas de la Cruz; no sabía que el cristiano había de vencer oponiendo á las espadas aceradas el leño de la Cruz; no sabía que cuando el discípulo de Jesús quiere resistir á sus adversarios con las mismas armas que éstos emplean, es vencido. «Vuelve, pues, le dice Jesús; vuelve ese hierro á su lugar. Yo no quiero resistir á estos hombres: ellos me vencerán á fuerza de heridas, mas yo los venceré á ellos á fuerza de humildad y sufrimiento; ellos me han de injuriar y denostar, y creerán que me han vencido, pero yo he de ser el victorioso con el silencio y la resignación. Deja ese arma para los soldados terrenos, que tú eres soldado de otra milicia.» *Mitte gladium tuum in vaginam.*

En efecto; desde ahora empieza otro género de combate: Jesús ha de perder su fama, su gloria y su reputación; Jesús no ha de oír sino improperios y sarcasmos, y no ha de desplegar sus labios para justificarse ni que-

jarse: la humildad y el sufrimiento han de ser sus armas para atacar y su escudo para defenderse. Acusado falsamente, no ha de hacer más que bajar sus ojos: Él, Dios de la Majestad, se volverá el juguete de los grandes, de los pontífices y hasta de la soldadesca insolente y del pueblo soez, y no ha de desplegar sus labios para quejarse: este Hombre, de tanta fama en su país y en el extranjero, ha de ser comparado y pospuesto á hombres abominables, y todo lo ha de soportar con resignacion heroica, y de este modo ha de vencer al mundo presuntuoso y vano; así ha de postrar el orgullo del demonio, y así enseñará á los hombres á reputarse por dichosos cuando el mundo los persiga por su nombre y los arroje como á cosa la más despreciable y abyecta. Sigamos los pasos de Jesus, y quedaremos convencidos de esta verdad interesante de nuestra Religion.

Apenas el Redentor entró en poder de sus enemigos, empezó á sufrir los mayores escarnios y afrentas; presentado á Anás, es herido en el rostro por un criado adulator. Conducido al Concilio de los judíos, aparece como un reo, y toda su actitud exterior manifiesta que es un criminal encadenado por la justicia pública y legal; se le hacen algunas preguntas, y sólo responde cuando el Sumo Sacerdote le manda por el nombre de Dios que le diga si es el Cristo esperado por aquel pueblo. A su respuesta afirmativa se levanta un grito universal que lo condena á muerte. *Reus est mortis*. ¿Qué acabas de decir, Concilio malvado? ¡Jesus es digno de muerte por ser el Cristo; Jesus es digno de muerte por ser vuestro Mesías! Pero vosotros no habeis examinado á ese reo con sinceridad; la envidia y el furor son los alegatos contra éste sentenciado; no basta esto para quitar á un hombre la vida: acordaos que todo ese pueblo ha recibido de ese Nazareno favores innumerables; acordaos que no se ha oido su voz sino para decir al pueblo que siga la doctri-

na de Moisés, que vosotros explicais; tened presente que ha resucitado muertos, que ha enjugado muchas lágrimas, y que ha aliviado la indigencia y desterrado la ignorancia con su doctrina; no es digno de muerte Jesus, no. Mas yo me equivocaba: Jesus es digno de muerte por ser el Mesías. Jesus es digno de muerte; ¿y por qué? Porque ha tomado sobre sí nuestros pecados, y para librarnos de la muerte eterna que por ellos merecemos, quiere sufrir Él la muerte temporal. La sinagoga, reunida en cuerpo; sus pontífices, sus sábios, no hacen más que pronunciar de un modo sensible la sentencia que el Padre Eterno ha pronunciado contra su Hijo. Jesus representa en este momento á todos los pecadores del mundo, y conviene que muera uno que lo es en la apariencia, para que se salven todos los que lo son en la realidad. *Reus est mortis*.

Es verdad; pero entre tanto, ¿quién no se irrita al ver el inicuo proceder de la sinagoga? Aquellos jueces, que debieran ser el modelo de la moderacion, abandonar sus asientos, arremetiendo al reo por todas partes, empiezan á escupirlo en su rostro, á mesar sus barbas y cabellos, y cubriéndole la cara con un trapo, se divierten con él, sacrificando así los deberes de la decencia y el decoro á la pasion de la ira en que estaban abrasados. ¿Y qué objeto tienen estos hombres en irrisionar y escarnecer de este modo al humilde Jesus? Desacreditarlo y convencerlo de profeta falso y de impostor sacrilego. Cuantas veces habian hablado con Jesus en el tiempo de su predicacion, otras tantas éste oía sus palabras y respondia á sus pensamientos; manifestó en muchas ocasiones que ocultaban vicios abominables bajo apariencias de virtud. Al paso que Jesus alcanzaba reputacion de Profeta, ellos decaian en la estimacion del pueblo; mas cuando vieron á Jesus en sus manos, quisieron vengarse humillándolo hasta el extremo de tratarle como á un enajenado, cuya extraviada imaginacion lo exaltára hasta el ex-

tremo de hacerse gran Profeta, hijo de Dios y Mesías; para conseguirlo, le cubren los ojos, le hieren por todas partes, diciéndole con denuesto que adivinase quién era el que lo hería. *Prophetiza nobis, Christe, etc.*; de sus manos pasa á las de la muchedumbre de criados plebeyos y groseros, que, arrastrados por el mal ejemplo de sus señores, hacen los mismos ensayos con Jesus. ¡Oh qué noche tan cruel fué ésta para Jesus! ¡Cuán humillado y despreciado se vió! Cada cual de aquellos malvados hería su rostro venerable; cada cual lo ensuciaba y afeaba con sus esputos; cada cual se divertía con Él, repitiendo la misma ironía: *Prophetiza nobis, Christe; quis est qui te percussit?*

De estos insultos, perpetrados en el silencio de la noche, pasa Jesus á sufrirlos en medio de una ciudad; ansiosos los pontífices de que Jesus muera como un facineroso, hacen que pase de su Tribunal eclesiástico al civil, en donde es condenado despues de pasar por mil escenas de afrentas. Oidas que fueron por Pilatos las causas criminales que presentaban contra Jesus, reconoce en éste un sér extraordinario; no se le ocultaban sus acciones, publicadas muy de antemano por la fama, y confrontadas con las palabras atentas, humildes y sábias que Jesus pronuncia en presencia suya; se persuade que era inocente en todas sus partes, y que sólo la envidia podía haber echado mano y capturado á aquel justo. ¿Cómo lo ha de salvar, cuando en la pública plaza dice el Cuerpo legislativo de aquel pueblo que ellos tienen su ley, y que, segun ella, debe morir? ¿Cómo lo ha de salvar, cuando el pueblo, que cinco dias ántes lo recibiera en triunfo, está amotinado y pide á grandes voces que lo ponga en una Cruz? ¿Cómo lo ha de salvar, si hombres y mujeres, chicos y grandes, niños y ancianos, le amenazan con que si lo pone en libertad ha de ser tratado como enemigo del César? En vano excogita medios para llevar á cabo lo que

su conciencia le dicta, que nada consigue sino agravar más y más las afrentas de Jesus; allí se empeñó en soltarlo en honor de la Pascua, y pensando que saldria con su empresa, lo pone en comparacion con el mayor de los facinerosos que tenía, y cuyos excesos eran conocidos de todo el pueblo, y no consigue sino que Jesus sea tenido por más vil é indigno que Barrabás: aquí oye que Jesus habia andado por la Galilea, y pretende librarlo entregándolo al Rey de aquella tetarquía; mas ¿qué podía esperarse en favor del Redentor, cuando de un juez sin energía pasa á otro que vive sin pudor? De un Rey adúltero, incestuoso y sacrilego, que por satisfacer la ira de la compañera de su abominacion degollára al Bautista, Jesus no podía esperar sino irrisiones y desprecios. En efecto; Herodes trata á Jesus como á un agorero del paganismo; le dice que haga algun milagro en su presencia, y no contestando á sus sacrilegas pretensiones, lo trata como á un loco; nuevas bofetadas, nuevos baldones, nuevas afrentas, nuevas injurias. ¡Ah! Desde que el cobarde Pilatos pretende librar á Jesus, el teatro de su Passion se extiende y dilata hasta el extremo de que la soldadesca ponga en él sus manos. Nada tenían que ver estos hombres con los crímenes que los judíos imputaban á Jesus; eran soldados extranjeros, eran romanos que no debían hacer más que mantener el orden, y, sin embargo, en el Calvario le insultan y en el pretorio le escarnecen. Pilatos les entrega á Jesus para que lo castiguen, y poder con esto decir al pueblo que ya estaba enmendado, y aquellos inhumanos, no sólo lo azotan con crueldad, sino que le revisten una púrpura, lo coronan con espinas, lo ciñen con maromas, le ponen un cetro de caña, y, como á los histriones del teatro, lo hacen sentar en un escaño, se arrodillan ante él, y, levantándose, burlescamente le saludan, burlescamente le llaman Rey de los judíos, y, tomando la caña, hieren su cabeza y sus mejillas.

Y aquí, amados míos, mi espíritu se aniquila. ¡Qué ignominia para Jesús ser comparado con un asesino y ser ménos digno de vivir que Él! ¡Qué ignominia para Jesús ser atraillado de tribunales en tribunales, de jueces en jueces, todos venales, todos injustos y malvados! Con razon habia dicho por boca de David que no era hombre, sino gusano, oprobio de los hombres y desecho del pueblo, porque los improperios se multiplican de tal modo sobre Jesús, que más parece en su Pasion un insecto abominable, hollado y pisoteado de todos, que no hombre, por vil y abyecto que sea. No os diré que sus enemigos llevaron el encono hasta el extremo de perder todo vestigio de humanidad, pues estando en la Cruz oyó los mayores insultos de boca de los fariseos, los cuales le decian que bajase de la Cruz si era Hijo de Dios, ó le traian á la memoria su potencia miraculosa, diciéndole que la pusiese en práctica en beneficio de sí mismo. Tampoco os hablaré de la algazara de la chusma de Jerusalem, para la cual el dia de las afrentas de Jesús fué dia jocundo y festivo, pues toda la ciudad se trasportó al pretorio á pedir su condenacion, y subió al Calvario á deleitarse en ver ejecutarlo; se ve en todo esto un pueblo furioso, entregado á la embriaguez de las pasiones; un pueblo que por sus crímenes mereció ser el ejecutor de la más horrenda maldad que vieran los siglos; pero tambien se ve á un Dios que emplea todo su poder para destruir la culpa.

La victoria es de Dios, no lo dudeis; Jesús no recorre las calles de Jerusalem sino cubriéndolas todas de ignominias contra su persona; sus casas, sus patios han de ser salpicados con su sangre, y esta sangre es como maldita y execrable; Jesús no subirá al Gólgota sino entre facinerosos; nadie querrá ni tocar el palo donde ha de morir; no importa; Él mismo lo llevará en sus hombros, morirá entre afrentosos denuestos, morirá abandonado de sus amigos, vendido por un discípulo y negado

por otro; morirá, pero con su muerte destruirá al que tenía el cetro de la muerte, al demonio, que se atreviera á medir con él sus fuerzas; aquí se estrellará su orgullo; aquí desaparecerán y serán pulverizadas las armas que empleára para vencer la paciencia y mansedumbre del Dios humanado, lo que vereis en mi segunda reflexion.

SEGUNDA PARTE.

Treinta y cuatro años pasados en observar, en acechar y en seguir los pasos de Jesús, parece que debian haber bastado al demonio para que comprendiese que aquel hombre pasaba de la línea comun de los hijos de Adán, y era Hijo de Dios; porque apenas empezó la gran obra de la Encarnacion, resonó en el abismo la voz de alarma, y se empezó á temer la aparicion de aquella semilla divina que derrotaria el imperio del pecado, conforme Dios habia conminado al mismo demonio en el paraíso. Sin embargo, el príncipe de las tinieblas no supo jamás de un modo positivo que Jesús era Dios y hombre, hasta que se vió vencido con su muerte; Jesús se le ocultó, como se oculta el diestro cazador del insidioso tigre, que va á caer en el lazo en el momento mismo en que éste cree que va á saciar en las carnes de aquél sus furibundas garras. Sale Jesús al teatro de sus tareas, y al poco se le hace contradizo este enemigo: ¿y á dónde va? Va al desierto, va á descubrir campo, va á examinar qué fuerzas tiene aquel que ha visto nacer entre mil prodigios, y criar entre sobresaltos y persecuciones, y conservarse en Nazaret obediente á sus padres, manso, humilde, respetuoso, modesto, contemplativo, y sin que haya tenido ni una impaciencia leve, ni la más insignificante pugna entre la carne y el espíritu, ni una tentacion la más mínima; va á probar si es hombre como todos; va á ver si lo sorprende, y, á semejanza del ladron nocturno, que con todo silencio

penetra en la casa que quiere despojar, se presenta en la soledad, y allí habla á Jesus; se halla Éste hambriento despues de cuarenta dias de ayuno, no tiene pan con que alimentarse, no tiene recurso en la mano, pero el demonio se lo presenta. «Si eres Hijo de Dios, le dice, manda que estas piedras se vuelvan panes.» Jesus responde á esta sugestion maligna lo que le hubiera respondido cualquiera otro justo: sigue adelante el atrevimiento del demonio, y tomando á Jesus, lo trasporta al gran cimborio del templo. «Si eres Hijo de Dios, le dice, arrójate de aquí, pues los ángeles te han de llevar en sus manos.» A esta tentativa responde Jesus con las palabras de la ley, que prohiben tentar á Dios. ¡Qué confusion para el demonio! Por tercera vez le tienta, dándole todo el mundo, sus riquezas y sus glorias, con tal que le adore, y por tercera vez Jesus le contesta con el primer mandato, diciéndole: «Escrito está que el hombre ha de adorar á Dios sólo.» Queda, pues, el demonio en la misma incertidumbre y en las mismas dudas; pero crece su ódio contra Jesus y se propone destruirlo por todas las vías posibles. Al poco, Jesus empieza á arrebatarle almas; aquí llama á los discípulos, allí se convierte la pecadora pública, hoy hace prosélitos entre los grandes, mañana entre la plebe; con imperio absoluto manda á los demonios que salgan de los cuerpos; salen éstos gritando que Jesus es Hijo de Dios, y Jesus los reprime y no los deja hablar; cuanto más avanza Jesus en su predicacion, más son las pérdidas del infierno, menor su dominio, menor su fuerza. En vano ve esto el demonio; en vano ve á Jesus proclamado por Mesías y ungido; en vano lo ve hacer milagros y mandar á los elementos; su orgullo no le deja percibir la verdad; su soberbia no puede comprender cómo Dios se ve hambriento, pobre y desnudo. No es mia esta doctrina, amados míos; la enseñan los Jerónimos, los Agustinos, los Gregorios y los Anselmos, cuyas bellísimas palabras voy á trascribir.

«No pensaba que era Dios (Anselm., *in cap. iv, Math.*), dice este ultimo Padre, aquel que veia tan frágil; viera la estrella, viera á los Magos, oyera decir á Juan que Jesus era el Cordero de Dios: quizá oyó la voz celestial del Padre, pero creyó que Jesus era hijo adoptivo, como otros Santos; y no obstante estos prodigios, su soberbia no le dejó creer que Jesus era Dios.»

Brama, pues, el demonio, abrasado de rabia y de furor contra Jesus; sea Jesus un Profeta, ó sea más que Profeta, preciso es que muera: el orgullo le ha cerrado los ojos para que no le conozca, y el orgullo se los ha vendado para atacarlo, aunque dude de su divinidad. Sus armas contra Él han de ser la envidia, el despecho, el furor y la venganza; sus instrumentos serán los malos pontífices, los orgullosos fariseos, los soldados, los verdugos, los azotes, las espinas, los clavos, la cruz. Y, en efecto, los escribas y fariseos, que, en sentir de San Agustin, eran miembros de Lucifer, conciben contra Jesus un ódio mortal, cuyo nutrimento son las palabras, los milagros y acciones del Salvador, convertidos por la malicia de aquéllos en tósigo devorador; tres años enteros está concentrado este ódio, y aunque muchas veces quieren desahogarlo pretendiendo poner sus manos en Jesus, nunca pueden ejecutarlo, porque Jesus se les desaparece y escapa; Jesus pasa por medio de ellos, y nadie levanta la mano; Jesus enseña en el Templo, en las calles y en las plazas, y nadie puede coartar su libertad. «¿Qué haremos, pues? exclaman estos hombres; Jesus hace muchos milagros; si lo dejamos así, todos van á creer en Él, y perderemos nuestra república y nacion.—No es justo que muramos todos y Él se salve; es preciso cortar sus pasos, es necesario que muera.» Esta es la decision del Concilio farisaico, esta misma es la decision del infierno. ¡«Al arma, pues, al arma!» grita Lucifer; y á su horrrisona voz, legiones innumerables salen del abismo para pre-

sentar batalla á Jesus; el huerto de Getsemaní es el primer teatro. Ya cayó Jesus, ya está preso, ya está encadenado; por esta vez no ha podido evadirse; el demonio cree que podrá atacarlo en todas direcciones, arrollarlo, envolverlo y alcanzar victoria. ¡Bestia cruel y astuta, tú caerás en el lazo que has tendido contra Jesus!

Al parecer, ¡cuánto terreno no ha adelantado Lucifer contra Dios! Él se ha introducido en la escuela de Jesus, se ha posesionado de uno de sus Apóstoles, y éste se ha presentado al Concilio, ha vomitado mil blasfemias contra su Maestro, lo ha desacreditado, ha prometido entregarlo, y lo ha vendido por treinta monedas viles; al poco, todos los demás Apóstoles lo abandonan con cobardía, y otro, que era la Cabeza del Colegio, jura que no conoce á este Maestro, lo anatematiza y detesta por unos momentos. Cuanto más encarnizado es el ataque del demonio contra Jesus, tanta es mayor su confusion y ceguedad. Con rapidez pasa Jesus de tribunales á tribunales, y en todos sale, ó condenado, ó despreciado, ó ultrajado; de los grandes pasa al populacho, del populacho á los jueces, de los jueces á la soldadesca; por todas partes llueven sobre Jesus los escarnios, las afrentas, los baldones y las humillaciones, y, por fin, un presidente cobarde sucumbe al tumulto popular, que pide á voces la muerte de Jesus. «¡Muera Jesus! gritan: y muera como un ladron, muera como un revoltoso, muera como un malvado, muera como un maldito, muera en un palo afrentoso!» Así es condenado á concluir su vida, como si fuera un asesino. Nada omite el infierno para devorar al Justo. Pilatos pretende salvarlo, y al efecto lo remite á Herodes; y esto, en vez de ser favorable á Jesus, acelera su condenacion. Eran enemigos estos dos principes; pero una mano oculta los une y reconcilia. «Los une el demonio, dice un sábio expositor (Theophilac., *in cap.* xxviii; *Luceæ*, vers. 12), y los une para que Jesus perezca.» Pero

¿es posible? ¡Dios ha de morir! ¡Dios, que es inmortal por esencia, ha de doblar su cerviz á la guadaña! ¡Dios, que es dichoso por esencia, se ha de ver escarnecido, burlado, afrentado y condenado como un ladron! ¡Oh amados míos! Nosotros, ilustrados por la fé, conocemos este misterio, lo creemos y lo adoramos: el Dios impasible padece tormentos; el Dios inmortal entrega su espíritu en la Cruz; mas estos misterios no son conocidos sino de los humildes. El orgulloso Lucifer no podia persuadirse de esta verdad, porque su soberbia lo endurecia en su ceguedad; él, que habia pretendido colocar su asiento sobre los astros y asemejarse á Dios, no podia concebir cómo Dios fuese pisoteado y conculcado como un vil insecto. Sin embargo, ¡qué desesperacion para Satanás!

Jesus sufre los improperios y diatribas con una mansedumbre que no se habia observado ni en Job, ni en José, ni en David, ni en ningun otro justo de los que habia habido hasta entónces. La constancia de Jesus era infinitamente superior á la de los Isaías y Jeremías y á la de los Macabeos. Jesus no ha desplegado sus lábios; no ha contestado á las imputaciones falsas; no ha defendido su inocencia, ni se ha quejado de tantas injusticias; pero ¡quizá va á sucumbir en otro género de ataque! ¡Quizá va á impacientarse al verse bañado en su sangre! ¡Ah! ¡Hasta dónde llega el atrevimiento del demonio! ¡Hasta qué punto sube su furor contra Jesus! Para poderlo vencer, toma posesion de los soldados pretorianos; lo conducen á un patio del magistrado romano, lo desnudan, lo atan á un poste, y con inaudita crueldad descargan sobre él más de cinco mil azotes; á los látigos siguen las cadenas, á las cadenas las uñas de acero; dos leones son reemplazados por dos tigres, dos tigres por dos monstruos, hasta que Jesus queda en carne viva, hasta que Jesus es una pura llaga, hasta que Jesus queda como exá-

nime; mas Jesus no ha abierto sus lábios ni se ha quejado. Desatado de la columna, ha caido en la balsa de su propia sangre; se ve sin alientos, y aún no está saciada la crueldad de los sayones; á los azotes suceden las espinas; las sienes de Jesus son taladradas con ferocidad; la sangre corre gota á gota por su hermosa cabellera, por su frente majestuosa, por sus amables ojos y por sus mejillas. ¡Oh mártires de Jesus! Vuestros potros y caballetes, vuestras ruedas de puñales y púas de acero, vuestros azotes y plomadas, ya no serán difíciles de sufrir, pues Jesus los ha consagrado con su sangre, con su paciencia y mansedumbre.

Mas ¿qué tumulto oigo yo en Jerusalem? ¿Qué vértigo se ha apoderado de sus habitantes? El templo, cuyas bóvedas resonaban con los cánticos de los levitas, se encuentra desierto; las casas se ven sin moradores; el pueblo todo se encuentra en las calles y plazas pidiendo venganza; el sacerdote ha abandonado el incensario y empuña la espada; las madres tienen en los brazos á sus hijos. ¿Qué enemigo asedia los muros de Sion? ¿A dónde va este pueblo? ¿Qué le sucede? ¡Ay! Sus gritos son contra Jesus; sus espadas son para custodiarlo; las madres llevan á sus hijos para que se alegren en la ejecucion de aquel hombre; todo el tumulto consiste en que Jesus va marchando con la Cruz acuestas hácia el Calvario. ¡Desgraciada Jerusalem! Un dia ha de venir sobre tí en que se dirá que son felices las estériles, porque las madres, acosadas por el hambre, han de devorar á sus hijos; un dia de juicio ha de demoler tu templo, tu altar y tus querubines; un dia ha de envolver entre ruinas espantosas al sacerdote y al Santuario, porque en este dia en que Dios juzga al demonio y al pecado, tú has pedido que caiga sobre tu cabeza la sangre del Justo. Mas no nos detengamos en esta ciudad deicida: sigamos los pasos de Jesus; subamos al Calvario; aquí es el último ataque del

demonio contra Dios; aquí ha de acabar de desahogarse, asestando mayores tiros y aumentando sus fuegos.

Despues de haber sido Jesus arrastrado por las calles; despues de haber caido tres veces, llega al Monte Santo, donde ha de plantar su sagrado lábaro. ¡Oh qué horror! Desposeidos sus enemigos de toda humanidad, le hacen beber hiel amarguísima, para que ni por dentro ni por fuera hubiese parte sana y sin tormento en el pacientísimo Jesus. Extendida la Cruz en el suelo, despojado Jesus por la última vez de sus vestiduras, sus manos y piés son horadados con ferocidad y enclavados al madero; al poco, con picas y lanzas, con escalas y maromas, es elevada la víctima, y fijada la Cruz en la cima del Calvario, queda el ilustre reo suspendido entre los cielos y la tierra. ¡Ah! Entramos ahora en un océano insondable, amados míos; os suplico me perdoneis si me extiendo demasiado.

Cuanto ha pasado á Jesus en la Pasion, es contrario á las leyes: Pilatos, el magistrado romano, es el primero que infringe los Estatutos y sanciones de aquel pueblo. Mandaba la ley que todo reo condenado al último suplicio fuese azotado despues de pronunciada la sentencia; pero Jesus es despedazado por los sayones ántes que el presidente haya subido al tribunal; mandaba la ley que los azotes se diesen con varas, pero Jesus es azotado con gruesos cables y con duras cadenas; mandaba la ley que ántes de ejecutarse la crucifixion se diese al reo un vino fuerte y suavísimo, para que, embriagado con su fuerza, no padeciese dolores tan crueles; pero á Jesus no se le propinó sino mirra amarguísima. ¡Crueles judíos! «Simulábais compasion y humanidad, y dábais á Jesus un condimento inhumano!» (San Cirill. Al., lib. XII, p. capítulo xxxv). ¿Cómo se halla esta víctima en la Cruz? ¡Ah! Sus manos y piés son cuatro fuentes que brotan la sangre á raudales; su cuerpo se halla sin movimiento, por-

que ha sido extendido con ferocidad, y sus músculos y tendones casi están rompiéndose por la tirantez que la crueldad del verdugo les ha dado; su cabeza, taladrada con espantosas púas, ni puede alzarse ni reclinarse sin sentir dolores agudísimos. ¡Ay! ¡Yo os veo consternados, cristianos compasivos! ¡Yo veo vuestras mejillas surcadas por las lágrimas cuando contemplais á vuestro amable Jesus tan afeado y desfigurado, su cara toda cubierta de esputos de sangre y de polvo, herida y entumecida con las grandes contusiones que ha recibido; su cuello agarrotado, su pecho y espaldas en carne viva! Pero ¡qué horror! Jesus padece otro tormento mayor en la Cruz: los judíos han sido hácia Él más crueles que lo fueran las voraces llamas de Babilonia (Dan.), en que fueron arrojados los tres mancebos; allí estas criaturas destructoras respetaron la honestidad de los tres justos, dice el Crisóstomo (Crisost.: *De negat. Petri*, 1, 6); pudieran haberse pulverizado sus vestidos para que el milagro fuera más patente, y no sucedió así, para que estuviese encubierto lo que la naturaleza y el pudor manda cubrir. Apenas Jesus ha sido crucificado, sus hermosos ojos quedan semimuertos, sus mejillas hundidas, sus labios lívidos, su boca abierta, su lengua de color de sangre, sus cabellos y barba cuajados con la sangre, su vientre sumergido, su cuerpo todo pálido y lánguido por la efusion de su sangre; pero hay otro tormento para Jesus, tormento cruel, tormento horrendo, en cuya comparacion los demás no aparecen; Jesus está desnudo.

«Sí; este tormento fué el mayor, dice San Jerónimo; como que era el último que el demonio inventara contra Jesus.» (Hieronim., *in hunc loc.*) Ved lo que pasa alrededor de la Cruz. Pontífices, fariseos, escribas, soldados, nobleza y pueblo, todos gritan y vociferan, todos braman y rugen como robustos toros, como leones hambrientos: es el concilio judaico que condenara á Jesus. No le bas-

tan los azotes, las espinas y los clavos; es preciso que examinen de cerca la víctima, que inspeccionen su cuerpo, que le insulten y ultrajen porque está desnudo; esto hacen aquellos hombres; ¿y qué hace Jesus? ¡Oh amados míos! Detengámonos y contemplemos: el castísimo Jesus padece las afrentas de la desnudez; para satisfacer á su Padre por las desnudeces escandalosas que vemos por esas calles, y aún en nuestros templos, padecía Jesus por nuestras obscenidades; padecía por esa llaga de todos los siglos que ha ocasionado tantos desastres al mundo; padecía para curar esa enfermedad de la lujuria, que ha debilitado á los jóvenes y degradado á los ancianos, y envilecido al bello sexo del siglo de la razon; por esto está Jesus desnudo y afrentado: ha padecido en su cuerpo, ha padecido en su alma, ha padecido tormentos, ha padecido ignominias, y, por fin, ha padecido hasta que, faltándole los alientos, ha entregado su espíritu; ha padecido sin abrir su boca, sin servirse de su divinidad para hacer prodigios; pero al ser elevado en la Cruz, al aparecer desnudo, su Padre ha salido por su honra: el tormento era el más espantoso, y no quiso Dios sufrirlo en cierto modo, porque el sol se retiró para no favorecer á la impía curiosidad; densas tinieblas cubren la tierra, para que el bárbaro judío no pueda ver al Dios paciente, desnudo, con tanta afrenta.

Murió Jesus. Concluyóse el combate de la gracia con el pecado, de Dios con el infierno. ¡Cuántos esfuerzos ha costado á Jesus el vencer al demonio! ¡Cuántos esfuerzos ha hecho el demonio para vencer á Jesus! Se cargó Jesus con todos los pecados, y se vió agobiado con su peso tremendo; sufrió ignominias y afrentas, falsos testimonios é irrisiones; pero venció. Se armó el demonio de todo su poder; afiló todos sus puñales; asestó contra el pecho de Jesus todos sus tiros; se atrevió á pelear mano á mano contra Dios, pero fué vencido; para ver la victoria de Jesus

y el vencimiento del demonio, preciso es que tomemos en nuestras manos la antorcha de la fé. El teatro de la Pasion se halla oscurecido, pues escondido el sol y avergonzado de haber derramado su luz, apenas se ven otras luces que los ténues y opacos destellos de las lúgubres estrellas; ha temblado la tierra, se han abierto los sepulcros, se han hundido las piedras, el mundo se halla convulso, como si estuviese espirando; pero no temamos: tema el juez inicuo que ha condenado á Jesus injustamente; teman los Pontífices que motivaron su ruina; tema el judío endurecido. En cuanto á nosotros, sigamos adelante; ya no hay figuras y tipos: el Santuario se abrió para que todos entremos en él y contemplemos la Majestad divina; ya no es sólo el sacerdote de Aaron quien penetra en su recinto, pues se ha rasgado de arriba abajo el velo que lo encubria.

¡Qué escena pasa en el Calvario cuando Jesus ha espirado! ¡Qué espectáculo tan horrendo se ve en el abismo! La sinagoga salta de placer; vuelven los enemigos de Jesus á sus hogares, congratulándose de la muerte del que reprendia sus crímenes. ¡Ah! No tiene tanto placer la leona de la Numidia despues de haber devorado y esparcido los miembros del cazador que queria quitarla sus cachorros para domesticarlos; no pasa su lengua voraz sobre sus hijuelos; no da alaridos de alegría ni más expresivos ni más fieros que los que exhalaban los escribas y fariseos, dando á sus hijos el parabien de que les habian quitado á un enemigo; pero entre tanto, ¿qué sucede? Uno de los ladrones que estaban crucificados al lado de Jesus confiesa la inocencia y divinidad del Señor; el Centurion que estacionaba al lado del suplicio, viendo que Jesus murió con tanta constancia, exclama á voces que aquel hombre era Hijo de Dios: *Vere filius Dei erat iste!* Una gran parte del pueblo, horrorizado de tanto crimen, vuelve sobre sus pasos arrepentido é hiriendo sus

pechos; los discípulos, que habian huido, se reunen, y dos de ellos piden el cuerpo difunto de Jesus, y lo entierran con más pompa y honor que los de los Monarcas; á la vez entran por la senda de la reconciliacion y del Evangelio el paganismo y el judaismo; á la vez confiesan la divinidad de Jesus el Buen Ladron, el soldado romano y el noble judío. ¡Cuánto prodigio! ¡Cuántas victorias! Al mismo tiempo el alma de Jesus baja á las concavidades del mundo, y consuela á los prisioneros que lo esperaban hacia cuatro mil años; al mismo tiempo, fulminando miles de rayos, precipita con su fuerza divina al orgulloso Lucifer y lo destierra á los horrendos subterráneos del infierno. ¡Ah! Yo oigo las voces de desesperacion del príncipe de las tinieblas: «Nos hemos engañado, grita; nos hemos engañado; hemos sido derrotados y encadenados; nada hicimos en el paraiso, nada hemos hecho en el Calvario; se han abierto hoy las puertas del cielo, se han llenado hoy nuestros asientos de nuestra antigua gloria; nos opusimos á Dios, y Dios nos ha vencido; y ¡ojalá nos hubiera aniquilado para no sobrevivir á tanta ruina!»

Dios alcanzó victoria, pero victoria completa y universal, amados míos; vencido está el infierno, vencido está el pecado, vencido está el demonio; resuenen, pues, los ecos del clarín sobre las alturas de Sion y anuncien al mundo la grandeza de este día del Señor: *Canite tuba in Sion.* ¡Oh, hombres! Para vosotros es el fruto de esta victoria; vuestro Rey ha plantado el estandarte de su milicia en la cima del Calvario; aquí teneis esta sagrada bandera. ¿Estais alistados en ella, ó no lo estais? Si no lo estais, ¡desgraciados! un día sereis compañeros del vencido Lucifer; y si lo estais, venid á llorar la muerte de nuestro adorable Redentor; derramad lágrimas de dolor sobre el cadáver de vuestro General, que por llenaros de triunfos y laureles ha espirado en la pelea.

¡Oh amantísimo Jesus! ¡Padre tierno, amable herma-

no nuestro! ¿Quién ha puesto sus manos sacrílegas en tu sagrado cuerpo? ¿Quién lo ha mutilado con tanta crueldad? ¡Ah! ¡Tú no eres aquel jóven hermoso, cuyas miradas hendian los corazones; tus ojos se hallan eclipsados con las sombras de la muerte; tu frente, más serena que el cielo estrellado, está toda taladrada; tus cabellos de oro no son sino grupos de sangre cuajada; desaparecieron tus mejillas, y tus lábios, que destilaban miel y suavidad, ya no son sino sanguíneos y lívidos! ¡Oh pecho y espaldas, santuario de la Divinidad! ¿Quién os ha desgarrado? ¡Oh manos que fabricásteis los cielos! ¿Quién os ha horadado? ¡Oh piés que tanto os fatigásteis en buscar al pecador! ¿Quién os ha sujetado á este patíbulo? ¿Quién os ha rasgado? ¡Oh clavos, oh espinas, oh martillo, oh sayones crueles! ¡Qué! ¿No os amansaba la mansedumbre con que nuestro Jesus os recibia? ¡Qué! ¿No temblábais al clavar y martillar estas carnes inocentes? ¿Dónde has estado, amable Jesus? ¡Cuánta sangre os baña! ¡Cuántas heridas has recibido! Pisaste el lagar de la ira de Dios, y nadie te ayudó en tus trabajos y fatigas. ¿Cómo viviremos nosotros si Tú estás muerto? ¿Cómo nos instruiremos si Tú no hablas? ¡Ah, dulce Jesus! Esta Cruz es un patíbulo, pero nosotros lo adoramos; esta Cruz es cruz de ignominias y afrentas, pero nosotros la abrazamos; esta Cruz es nuestra divisa para resistir al enemigo y vencerlo; te juramos un amor eterno; te prometemos no desertar jamás de esta bandera; iremos siempre marcados con esta señal; defiéndenos, pues; conforta nuestra debilidad, anima nuestra pusilanimidad, sé nuestro amparo en la vida, y haz que en la muerte exhalemos nuestro espíritu entre los abrazos y ósculos de esta Cruz, para triunfar contigo en la gloria. Amen.

SERMON.

DEL

DESCENDIMIENTO Y SEPULTURA DE JESUCRISTO.

(PARA EL VIÉRNES SANTO.)

Factus est in pace locus ejus, et habitatio ejus in Sion.

Colocó su asiento en la paz, y su habitacion en Sion.

(PSALM. LXXV, VERS. 2.)

Gloriábase Jerusalem, como se glorían los vencedores cuando, concluida y ganada la batalla, se reparten los despojos; resonaban en su recinto las voces de alegría como si hubiesen aquel dia pulverizado algun ejército aguerrido que hubiera pretendido asaltar sus muros para despojarla de sus riquezas y oscurecer sus glorias. ¿Y por qué se gloria? Se gloria, porque ha muerto como un malvado el gran Profeta que por tres años la habia amaestrado con palabras de paz y de mansedumbre; se gloria, porque Jesus espiró en la Cruz, cubierto de todas las maldiciones que la ley fulmina contra los blasfemos; da voces de alegría y de parabien, porque ha desaparecido de un modo inesperado el que condenaba sus vicios y reprobaba sus crímenes, predicando la virtud con sus palabras y ejemplos. ¡Infeliz Jerusalem! Está como embriagada con el vino de su furor, y ni ella misma sabe cómo ha sucedido un cambio tan repentino en sus moradores; ella misma no puede comprender cómo Jesus, recibido cinco dias ántes entre aplausos y triunfos, aclamado por hijo de David y redentor de Israel, haya sido crucificado por

no nuestro! ¿Quién ha puesto sus manos sacrílegas en tu sagrado cuerpo? ¿Quién lo ha mutilado con tanta crueldad? ¡Ah! ¡Tú no eres aquel jóven hermoso, cuyas miradas hendian los corazones; tus ojos se hallan eclipsados con las sombras de la muerte; tu frente, más serena que el cielo estrellado, está toda taladrada; tus cabellos de oro no son sino grupos de sangre cuajada; desaparecieron tus mejillas, y tus lábios, que destilaban miel y suavidad, ya no son sino sanguíneos y lívidos! ¡Oh pecho y espaldas, santuario de la Divinidad! ¿Quién os ha desgarrado? ¡Oh manos que fabricásteis los cielos! ¿Quién os ha horadado? ¡Oh piés que tanto os fatigásteis en buscar al pecador! ¿Quién os ha sujetado á este patíbulo? ¿Quién os ha rasgado? ¡Oh clavos, oh espinas, oh martillo, oh sayones crueles! ¡Qué! ¿No os amansaba la mansedumbre con que nuestro Jesus os recibia? ¡Qué! ¿No temblábais al clavar y martillar estas carnes inocentes? ¿Dónde has estado, amable Jesus? ¡Cuánta sangre os baña! ¡Cuántas heridas has recibido! Pisaste el lagar de la ira de Dios, y nadie te ayudó en tus trabajos y fatigas. ¿Cómo viviremos nosotros si Tú estás muerto? ¿Cómo nos instruiremos si Tú no hablas? ¡Ah, dulce Jesus! Esta Cruz es un patíbulo, pero nosotros lo adoramos; esta Cruz es cruz de ignominias y afrentas, pero nosotros la abrazamos; esta Cruz es nuestra divisa para resistir al enemigo y vencerlo; te juramos un amor eterno; te prometemos no desertar jamás de esta bandera; iremos siempre marcados con esta señal; defiéndenos, pues; conforta nuestra debilidad, anima nuestra pusilanimidad, sé nuestro amparo en la vida, y haz que en la muerte exhalemos nuestro espíritu entre los abrazos y ósculos de esta Cruz, para triunfar contigo en la gloria. Amen.

SERMON.

DEL

DESCENDIMIENTO Y SEPULTURA DE JESUCRISTO.

(PARA EL VIÉRNES SANTO.)

Factus est in pace locus ejus, et habitatio ejus in Sion.

Colocó su asiento en la paz, y su habitacion en Sion.

(PSALM. LXXV, VERS. 2.)

Gloriábase Jerusalem, como se glorían los vencedores cuando, concluida y ganada la batalla, se reparten los despojos; resonaban en su recinto las voces de alegría como si hubiesen aquel dia pulverizado algun ejército aguerrido que hubiera pretendido asaltar sus muros para despojarla de sus riquezas y oscurecer sus glorias. ¿Y por qué se gloria? Se gloria, porque ha muerto como un malvado el gran Profeta que por tres años la habia amaestrado con palabras de paz y de mansedumbre; se gloria, porque Jesus espiró en la Cruz, cubierto de todas las maldiciones que la ley fulmina contra los blasfemos; da voces de alegría y de parabien, porque ha desaparecido de un modo inesperado el que condenaba sus vicios y reprobaba sus crímenes, predicando la virtud con sus palabras y ejemplos. ¡Infeliz Jerusalem! Está como embriagada con el vino de su furor, y ni ella misma sabe cómo ha sucedido un cambio tan repentino en sus moradores; ella misma no puede comprender cómo Jesus, recibido cinco dias ántes entre aplausos y triunfos, aclamado por hijo de David y redentor de Israel, haya sido crucificado por

aquellos mismos que tantas demostraciones hicieran de amor y veneracion. Espiró Jesus, es verdad; el pontificado y la magistratura hebreos lo han condenado á la ignominia y lo han tratado como á un sedicioso y asesino, como á un enemigo de la Religion y de la república; pero entre tanto Jesus tiene ya fijado su asiento en la paz, y su habitacion es en la santa Sion, á donde no puede llegar el furor de los enemigos: *Factus est in pace locus ejus, et habitatio ejus in Sion.*

Pocas han sido las horas que el Justo ha pasado entre las manos de aquellos malvados que lo han escarnecido y baldonado, crucificado y muerto; en ellas Jesus les ha permitido que mesasen sus cabellos, que escupiesen su rostro, que cubriesen sus ojos, que hiriesen sus mejillas, que lo azotasen y atraillasen como al más vil de los reos; mas Jesus espiró; Jesus llegó al término que Él mismo habia prefijado; sus enemigos podrán estar abrasados aún contra Él y respirarán furor, pero ya no les es permitido tocar el santuario divino que ellos han profanado; manos puras, manos nobles, manos de príncipes serán las que se lleguen á la sagrada víctima para darla en muerte los honores que la impía Sinagoga le ha negado en vida; ya no la desgarrará el cruel sayon; ya no la manchará el feroz verdugo, porque Jesus es Dios, y si ha querido entregarse por su propia voluntad al tormento de la cruz, tambien quiere que, en espirando, se le tributen los homenajes divinos.

¿Quién no descubre en este paso la divinidad de la víctima que aún está clavada en el madero? Un discípulo, oculto por miedo de los judíos, no teme declararse despues de haber visto morir á su Maestro: un senador, entre los principales de Jerusalem, no tiembla presentarse á Pilatos y pedirle que se le entregue el cadáver de aquel Jesus que el mismo Pilatos ha condenado como á un facineroso: los honores que va á tributar á los funerales de

Jesus, en union del príncipe Nicodemus, son una acusacion positiva de la injusticia del juez, son una reprehension severa contra los Pontífices y sábios de Jerusalem, y con todo piden que Jesus sea bajado de la cruz con más aparato que el que pudiera emplearse en embalsamar los cuerpos de los Reyes amados y adorados de sus pueblos; piden que sea conducido al sepulcro y sea inhumado con la solemnidad más grandiosa. ¡Ah! Yo no puedo ménos de admirar aquí la mano invisible del cielo: Jesucristo se ha mostrado Dios en sus ignominias y se muestra Dios en su entierro; y así es, amados míos: el alma pudo separarse del cuerpo de Jesus, mas nunca pudo separarse de Él la divinidad; el cadáver de Jesus, aunque exánime y desgarrado, aunque no tiene en sus venas una gota de sangre, tiene, por decirlo así, una animacion especial estando unido á la persona divina. Con las luces que la fé derrama en este dogma, examinemos el modo con que Jesus es bajado de la cruz y conducido al sepulcro, para que sepamos que apenas ha muerto ha empezado á triunfar y reinar como Dios. *Dominus regnavit.*

¡Oh víctima adorable, que pendes de ese madero! Nuestros corazones están partidos por el dolor que nos causa tu vista lastimosa; dános un verdadero dolor por las ofensas que contra tí hemos cometido; sean nuestros ojos dos fuentes de agua que limpien nuestras almas de toda mancha, al paso que lloramos tu muerte ignominiosa; y para ello, postrados junto á esa Madre traspasada de dolor, te adoramos con reverencia y te saludamos: *O Cruz! Ave spes unica.*

Hay en la carrera vital del hombre un momento en el cual se compendia toda su vida, por larga que haya sido; la muerte: sí, la muerte es la expresion y retrato de lo que fué la vida; es cruel, espantosa y desesperada en el malo, como dice David; es dulce, apacible y deleitable para el justo, afirma el mismo Profeta; la corrupcion,

que fué compañera inseparable del malo en la vida, acompañá á sus restos hasta el sepulcro; las virtudes que practicó el justo forman su epitafio y encubren sus restos, y los embellecen más que los cincelados mármoles y los dorados relieves que inventó la vanidad para esculpir en ellos la nobleza de las inanimadas cenizas. No necesitamos de la historia para saber esta verdad; cada día nos lo enseña la experiencia; cuando la justicia terrena condena al asesino á morir á manos del verdugo, aunque el sensible corazón del hombre se conmueva al ver su sangre derramada en el cadalso, no puede ménos de execrar los crímenes del reo, y por una consecuencia necesaria, se alegra de que la autoridad judicial haya extinguido á un malvado, cuyos aceros cortáran la vida á sus hermanos: horror causa el perverso en sus iniquidades, horror en el patíbulo, horror en la muerte, horror en el sepulcro; su memoria es un espectro que aterra; su tumba es un lugar de maldición, por donde no osa pasar el vulgo; el verdugo solo lo condujo al palo, y el verdugo solo lo arranca de él; nadie, por pobre que sea, se acercará al cadáver ni le pondrá la mano para no imprimir eterna infamia en su sangre, animada de nobleza, aunque pobres paños le cubran.

Jesús ha muerto como un hombre de esta esfera; ha sido aprehendido con tropas del imperio romano; ha sido conducido al Concilio de Jerusalén y al tribunal de Pilatos; allí ha sido condenado como un enemigo del templo y de Moisés, como un blasfemo é infractor de la ley; aquí lo han sentenciado á morir como á un sedicioso, perturbador y enemigo del imperio. ¡Cuántos crímenes! Por perturbador y asesino estaba condenado á muerte Barrabás: por sus maldades son llevados al suplicio con Jesús dos ladrones, y mueren á su lado. ¿Quién se atreverá á tocar sus cadáveres sin quedar manchado para muchos días? ¿Quién osará quitarlos del patíbulo sin te-

ner que purificarse con el agua lustral, so pena de ser borrado del número de los hijos de Israel? Tres son las víctimas pendientes en la cima del Calvario; Jesús tiene á su lado á dos ladrones famosos; para que acaben cuanto ántes su vida es preciso dividirles las piernas; pero Jesús murió, y nadie de los verdugos se llega á Él. ¿Qué mutación tan grande ha sucedido en los enemigos de Jesús? ¿Se ha concluido el furor con que han pedido su condenación? ¡Ah! No, amados míos; Jesús es odiado y anatematizado, no sólo cuando está sin vida en la Cruz, sino cuando está encerrado en el sepulcro; mas no ódian tanto los enemigos de Jesús su cuerpo como su persona; detestan las verdades que enseña, abominan la doctrina que publica; su execración es contra la divinidad, y ¿qué puede el hombre contra Dios? Diez y ocho siglos há que el odio de los judíos se manifestó contra Jesús, y este odio ha sido transmitido con la sangre á los malhadados descendientes de aquel pueblo antiguo; otro tanto tiempo cuenta la aversión que han tenido á Jesús los sectarios del error; concibieron este aborrecimiento á Jesús los herejes cuando el Cristianismo estaba en su cuna, y lo han dejado en testamento á todos los siglos; cada cuál ha tenido sus herejes; cada cuál ha perseguido á Jesús, y nuestro siglo más que todos lo persigue y aborrece sus máximas, porque éstas condenan su avaricia, su lujuria, su impiedad é indiferencia; pero no han prevalecido contra Jesús tantos enemigos; mil banderas han sido arboladas contra el estandarte de la Cruz; mil altares se han erigido para demoler el altar del Calvario, y sin embargo el estandarte de Jesús es tremolado con majestad y gloria, y su altar divino tiene aún intactos sus ángulos y su ara, y nadie ha podido demoler la piedra angular que lo compone y sostiene. Jesús ha querido morir como Dios para expiar con los méritos de su sangre divina las culpas del hombre; entregó sus mejillas á

los denuestos, su cuerpo á los azotes, sus manos y piés á los clavos; su sangre ha sido derramada con tanta generosidad, que no le resta ni una gota: Jesus dió su alma, y al morir la entregó en manos del Padre. ¿Intentais acaso nuevos ultrajes ¡oh hombres enemigos de Jesus! ¿Quereis poner vuestras manos en Él? Guardaos bien de ejecutar otras atrocidades, porque perecereis; Dios no os lo permite, porque ya triunfó del demonio y de la muerte; ya se llegó el momento profetizado por Isaías, momento en que la muerte sería precipitada para siempre; momento en que borraría Dios en toda la tierra el oprobio universal del hombre esclavo hasta entónces de Satanás; hasta este momento la muerte heria al hombre, y tenía facultad para herir al Hombre-Dios; mas desde este momento «la muerte es la vulnerada, el demonio es el cautivo, el infierno es el derrotado,» y sólo Dios es el que triunfa; hasta este momento, el fariseo ha podido afeardar el cuerpo divino, el sayon ha podido desgarrarlo y crucificarlo, porque Dios se ha entregado á la muerte; pero desde ahora una mano omnipotente lo protege y conserva; la muerte ha sido ignominiosa, mas su entierro y su sepulcro serán con gloria: *Et erit sepulchrum ejus gloriosum.*

En efecto, amados míos; es digno de notarse el lenguaje que emplean los escritores sagrados al describir las cualidades de los personajes cuyas manos se emplearon en bajar de la Cruz el cuerpo del Redentor, en amartajarlo y conducirlo al sepulcro. Jesus, que habia huido siempre el fausto de los mundanos; Jesus, que con su ejemplo condenaba la ostentacion, no anda despues de muerto sino entre manos de hombres nobles y ricos; José y Nicodemus son los que piden su cuerpo; José y Nicodemus lo desclavan y lo colocan en el sepulcro. ¿Y quiénes son estos hombres? El uno es un varon noble y rico, senador de Jerusalem, hombre tan opulento, que ha-

bia construido para sí un suntuoso mausoleo de ricos y preciosos mármoles; el otro es un principe de los más nobles de la casa de Judá, hombre de vasta erudicion, gran sábio, gran filósofo, pues deseando profundizar con acierto los admirables consejos de la Sabiduría eterna, se habia avocado anteriormente con el Salvador, y confabulado con Él sobre los misterios más elevados del Cristianismo. «No es escogido, dice el Crisóstomo, para este ministerio un hombre innoble ó desconocido, sino un consejero, y uno de los más insignes; un hombre de una constancia admirable y de un heroismo atlético, que se expone por amor de Jesus á perder sus riquezas, y aún su vida; éste pide su cuerpo, éste lo sepulta.» Preciso era que estos dos hombres estuviesen adornados de las más relevantes cualidades; preciso era que fuesen varones justos, como llama San Lucas á José, para que con «reverencia y temor recibiesen en sus brazos, como afirma San Epifanio, al que es asistido de los querubines.» Tales son José y Nicodemus.

No he dicho nada aún, hermanos míos; hay en esta escena otro personaje, cuya nobleza sube hasta David, hasta Abraham y hasta los primeros patriarcas del mundo, cuyas virtudes la encumbran hasta las estrellas, y cuya dignidad la eleva sobre todos los nobilísimos espíritus del cielo; porque, ¿quién es el móvil de todos los obsequios que se hacen al cuerpo difunto de Jesus? ¿Quién anima á los dos discípulos, ántes tímidos y ocultos por miedo de los judíos? ¿Quién los anima, repito, para que se manifiesten, para que se avisten con el presidente, y con fuerza y ánimo pidan el tesoro desconocido de los judíos, azotado y muerto con tanta crueldad? ¡Ah! María, sí, la heroica y constante Madre que ha estado junto á la Cruz de su Hijo, es quien procura que su Hijo sea bajado de ella, y sepultado con los honores debidos á la Divinidad; «ella se llega á José, y le suplica que le conceda la gra-

cia de presentarse animoso al magistrado romano, para que le conceda el cuerpo del Maestro de todos.» María es la luz que los alumbra y vivifica; José, Nicodemus, el discípulo amado, Santiago, Pedro, todos aman á Jesus, todos lloran su muerte, mas ¡ay! la gran dispersion que han sufrido, su cobardía y su fuga los tiene como avergonzados; los tormentos é ignominias del Pastor han caido sobre ellos, y han helado su antiguo fervor; su amor se halla reconcentrado y encubierto con los rigores de la gran tribulacion, así como el rubicundo fruto de la granada se halla oculto entre toscas cortezas; pero llegó el momento favorable en que un nuevo calor deba romper esta cáscara para que aparezca el fruto con toda su hermosura; porque tal es el amor, amados míos; por oculto que esté, se descubre en la ocasion favorable, y se manifiesta con expansion de la cual no puede retroceder; María no ignora que sus tormentos y dolor van á aumentarse con esta escena; al bajar á su Hijo del madero, van á acometerla las angustias con más fiereza que la hinchada ola del mar inunda la playa de donde se ha separado por los impetuosos vientos; deshacer la obra de iniquidad perpetrada por los judíos, es para ella un renuevo de tormentos en su alma; mas no importa: aunque le cueste espirar al lado de la víctima, la víctima ha de ser honrada como Dios.

Pero no nos detengamos más; subamos ya al teatro de la Pasión, y examinemos lo que hacen los discípulos amorosos de Jesus; examinemos el estado de la víctima. ¡Ay! ¿Cómo encuentran á su Maestro? Lo miran, y no lo conocen: su divina cabeza no tiene aquella hermosura que los encantaba; sus ojos cubiertos se hallan con las sombras que la muerte ha delineado en los párpados; sus sienes aún conservan la corona ignominiosa y los canales de sangre que han corrido por ellas; su boca rasgada, sus mejillas hundidas, su pecho alzado, sus brazos desenca-

jados, sus piés horadados, sus manos aspadadas, todo Él cubierto de polvo, de sangre, de esputos y de llagas; pero al mismo tiempo que esta lastimosa figura se presenta á su vista y los consterna, enciende en ellos un volcan de amor; todos se postran al pié de la Cruz, todos vierten lágrimas de dolor, pero todos lo adoran. ¡Oh enemigos de Jesus! aún no habeis conseguido nada de vuestras pretensiones; queríais concluir con su existencia para que no creyesen las gentes en Él; queríais crucificarlo, para que la escuela de Jesus se olvidase entre las sombras de su muerte, y os habeis engañado; ahora empieza á resucitar el amortiguado fervor de los discípulos; ahora es cuando todos van á creer en Jesus; ahora es cuando los tímidos toman ánimo, y mejor que Anquises y los troyanos al acordarse del valor de sus abuelos, se robustecen y fortifican los discípulos de Jesus para morir por su amor divino, viendo que su Maestro les ha dado tan gran ejemplo de fortaleza.

Mas ¿qué lengua podrá explicar los tiernos sentimientos que excita en estos héroes la necesidad en que se hallan de tomar en sus manos los instrumentos de la crueldad? Martillos, tenazas, maromas, ¡ah! cuanto han empleado los judíos para crucificar á Jesus, otro tanto es necesario para desenclavarlo; por las escalas que subia el cruel sayon tiene que trepar el noble José de Arimatea; los martillos que manejaba el inhumano verdugo para taladrar aquellas manos, tienen que servir al príncipe Nicodemus para desenclavarlas; apenas se atreven á poner las escalas; el amor á Jesus los impele, el amor y el dolor los detiene á las veces, el honor á la divinidad los aterra. ¡Ah! Subid al cadalso, varones santos; tomad en vuestras manos los martillos; santificadlas más y más en la sangre de Jesus que por todas partes ha corrido; los sayones han sido los ministros de la crueldad, y vosotros lo sois de la misericordia; los verdugos han representa-

do á los demonios, y vosotros vais á representar á los serafines; y, en efecto, así era; estos hombres servian á Dios en la tierra como le sirven los ángeles en el cielo; éstos son su trono, y pasea sobre sus hombros y alas la majestuosa carroza de la Divinidad, y aquéllos emplean sus manos, sus brazos y espaldas en sostener el cuerpo divino en que estaba encerrado el esplendor del Padre y la figura de su sustancia.

Necesaria era ciertamente toda la constancia y valor de los ángeles para deshacer la obra consumada por la crueldad de los judíos. ¿Quién no temblaría al deber arrancar de la sagrada cabeza las punzantes espinas con que estaba coronada? ¿Qué valor no era necesario al ver que los brazos que sostienen el mundo caían exánimes después de haberlos quitado de las esarpas, y que aquella hermosa cabellera no era sino un grumo de sangre congelada? ¿Qué pavor causaría á los discípulos al examinar los movimientos cadavéricos de aquel cuerpo santo! Su cabeza tan pronto se inclinaba sobre el pecho, tan pronto sobre los hombros, tan pronto sobre las espaldas. ¡Oh qué escena tan tierna y sorprendente! Subidos unos sobre los brazos de la Cruz y apostados otros en las escalas y el pedestal del patíbulo, ayudados de lienzos y fajas, empiezan á bajar el sagrado cuerpo difunto; llega á los brazos de su desconsolada Madre, y mil ósculos imprime en cada una de sus llagas; es extendido en tierra, y después de abrazarse cada uno de aquellos nobles con su difunto Maestro, cien libras de preciosos timiamas son empleados en lavarlo y ungirlo. ¡Ah! Con razón dijera en su vida el Salvador que las águilas se juntan donde encuentran un cadáver. *Ubi cumque fuerit corpus, ibi congregabuntur et aquilæ.* Águilas son en la agilidad aquellos discípulos; águilas son, que han subido con velocidad al trono del Dios paciente, y han contemplado de hito en hito las hermosuras de un Dios humillado por el hom-

bre; y los espíritus soberanos, al contemplar este espectáculo, como se expresa San Epifanio, están atónitos, aterrados y confusos, y dicen entre sí que Dios hace con los hombres cosas que no ha hecho con ellos; porque ellos, si se atuviesen á sus fuerzas puramente naturales, no podrían allá en el cielo ver claramente la hermosura de Dios, y este mismo Dios es visto y tratado, manoseado y registrado impunemente por los mortales en la tierra. Eran, repito, las águilas del Cristianismo los que se hallaban reunidos alrededor del cuerpo santo de Jesús, porque no sólo se hallan la heroica Madre y los nobilísimos José y Nicodemus, sino el intrépido Pedro, el virginal Juan, Santiago, la Magdalena con otros, como afirma San Anselmo; los cuales, después de la Resurrección de su Maestro, volarían como águilas por toda la tierra y penetrarían en los desiertos y ciudades anunciando á todos la buena nueva del Evangelio y destruyendo las supersticiones de la idolatría.

Estos son los héroes que han bajado á Dios de la Cruz; éstos son los que han ungido su cadáver con preciosos unguentos; éstos los que en sus hombros lo han conducido al sepulcro. ¡Ah! ¡Qué diferencia hay entre el Monarca del cielo y los de la tierra! Pasan éstos su vida entre los esplendores que despide la grandeza; son honrados y temidos; mas, al bajar al sepulcro, ninguno, como decía un gran Rey, lleva á la tumba sus riquezas y su gloria. No así Jesús; entre los hombres apenas ha sido conocido; ha vivido entre ellos sin gloria ni ostentación, como afirma Isaías; ha muerto de un modo afrentoso; pero al ser encerrado en la bóveda sepulcral se ha descubierto toda la gloria de su majestad divina. ¡Oh príncipes del mundo! Reunid para las pompas de vuestros funerales lucidos y numerosos ejércitos; congregad al lado de vuestro régio ataud á los demás príncipes y soberanos; llamad á vuestros grandes, á vuestros nobles feudales,

á vuestros desconsolados vasallos. ¡Ah! Por grande que sea vuestra pompa, desaparece al lado de la gloria con que Jesus es trasladado al sepulcro; porque yo levanto mis ojos al cielo, y veo á miles de miles de ángeles que con lúgubres cánticos van acompañando á su Rey; yo los bajo á la tierra, y encuentro que en este santo entierro se hallan los más aventajados personajes que ha tenido la humana descendencia; yo examino las circunstancias de la muerte del Rey del cielo, y oigo los espantosos crujidos de los ejes del mundo, que no quieren sostener ya la inmensa máquina del orbe, porque ha espirado el que lo crió; yo oigo las horrendas colisiones de los peñascos, los inmensurables bamboleos de las aguas del Océano; yo veo con espanto que las inanimadas cenizas de los sepulcros arrojan con ánsia las lápidas que las cubren, deseosas todas de abandonar su lóbrega habitacion para tener el honor de que se coloque en su lugar el cuerpo santo del difunto Dios; yo penetro en el corazón de los que han llevado á Jesus al Calvario, y los veo consternados y despavoridos, sin atreverse á impedir que su cadáver sea descendido por hombres nobles, sea embalsamado con aromas y sea sepultado con honores de príncipe.

Poned guardia en ese sepulcro ¡oh fariseos! destinad á sus puertas un centurion con sus soldados, que en todo esto no haceis más que secundar, á pesar vuestro, las operaciones del ejército del cielo. Sí, sí; miles de legiones angélicas estacionan al lado de ese sepulcro, y con vibrantes espadas cortarán el paso al atrevido que quiera tocar el tesoro que se encierra entre sus sombras; imprimid en él el sello, para que nadie pueda abrirlo; agregad aún otra lápida á la que han puesto los discípulos; que aquel que entró y salió del vientre virginal sin lesion alguna del tálamo sagrado, saldrá del sepulcro sin necesidad de levantar la lápida. Los sepulcros de vuestros grandes

Monarcas han sido profanados por los asirios y babilonios; el agareno y el incircunciso han manchado sus venerables restos; las tumbas de vuestros profetas las habeis contaminado vosotros mismos, pues despues que les quitásteis la vida habeis colocado sobre ellos mármoles y epitafios; mas éste no será profanado por los bárbaros idólatras, ni tampoco podreis vosotros llegaros á él, porque, entre todos los sepulcros que acaban de abrirse, ninguno merece recibir en su lobreguez al Rey de los cielos; porque entre todas las tumbas del mundo, esa sola permanecerá con gloria eterna. *Et erit sepulchrum ejus gloriosum.* A ese sepulcro vendrá la mayor Emperatriz que vieron jamás el Occidente y el Oriente, y monumentos gigantescos del arte erigirá en su derredor, cuyas columnas de pórfiro sostengan naves doradas; aquí morarán las nobles Paulas de Roma y los Doctores de la Dalmacia; aquí depondrán sus cetros y coronas los Ricardos de Inglaterra, los Federicos de Alemania y los Luises de Francia; sus palacios, sus córtes, sus riquezas, su vida regalada, serán conmutadas por el arnés y la lanza para librar á Jerusalem del oprobio del islamismo y honrar el sepulcro de Jesus; aquí nobilísimos guerreros, conducidos de lejanas tierras por adalides heróicos, pelearán mano á mano con los enemigos de la Cruz y derramarán su sangre por salvar al sepulcro de Jesus de las manos que intenten mancharlo. *Et erit sepulchrum ejus gloriosum.*

Sí, amados míos; el descendimiento de Jesus y su sepultura eran el principio de su glorioso triunfo; y este triunfo sigue despues de diez y ocho siglos; desaparecieron las grandes iglesias del Oriente; cesaron las glorias de Constantinopla, de Éfeso, de Smirna y de la Iliria; muchos siglos há, ejércitos ominosos derruyeron sus templos, y con mano atrevida sustituyeron al Evangelio divino el abominable Alcorán, y á los himnos sagrados

las ridiculeces de Mahoma; pero estas mismas manos sacrílegas han conservado intacto el sepulcro de Jesus, y como monumento de las glorias del Dios vivo, lo guardan en medio de sus líneas: *Et erit sepulchrum ejus gloriosum.* ¿Qué más? En este siglo de impiedad; en este siglo en que con tanta indiferencia se miran las maravillas de la Religion, hemos visto á los hombres grandes, á los sábios y filósofos, mezclarse en el número de los peregrinos que concurren cada dia al sepulcro de Jesus y adoran el lugar donde estuvieron sus restos; los hemos visto postrarse ante aquella sagrada piedra, y allí ciertamente sus ingenios dieron á luz las sublimes poesías que los han immortalizado: *Et erit sepulchrum ejus gloriosum.*

Mas ¡oh amados míos! no sea estéril en nosotros la admiracion que nos causa el contemplar la gloriosa sepultura de nuestro amable Jesus; debemos unirnos en espíritu á los nobles personajes que lavan el cuerpo santo del Redentor, y lo embalsaman; debemos unir nuestros suspiros y lágrimas á los suyos; debemos acompañarlos hasta el sepulcro, bañar á Jesus con nuestras lágrimas, y dejar nuestros corazones encerrados con el suyo; sobre todo debemos revestirnos de fortaleza de espíritu para no temer al mundo, como no le temieron los discípulos de Jesus. ¡Ah! ¿En qué consiste que cada año nos trae la Iglesia á la memoria la muerte de su Esposo, sin poder alcanzar de sus hijos el desprecio de las alegrías vanas de la tierra? ¿En qué consiste que vemos cada año estas tristes ceremonias, y oímos los cánticos lúgubres, sin que por eso nos inflamemos en el amor de Jesus y derramemos una sola lágrima? Jesus padece tanto tormento por nuestro amor; ¿y nosotros huimos de padecer una leve incomodidad? Jesus derrama lágrimas de sangre por lavarnos de nuestros pecados; ¿y nosotros los aumentamos asistiendo al templo sin reverencia? Jesus exhala suspiros innumerables en la Cruz; ¿y nosotros no respi-

ramos sino voces de alegría mundana? ¡Oh hijos del Calvario, sellados todos con la sangre de este Dios! Conformad vuestras obras con vuestro nombre y vuestras creencias; seguid las huellas de la desgraciada Madre que acompaña al sepulcro á su amado Hijo. ¡Oh cuántas lágrimas surcan sus hermosas mejillas! ¡Qué suspiros exhala! ¡Qué palabras tan desconsoladas salen de sus labios! Yo la oigo exclamar, con más razon que Jacob: «Bajaré al sepulcro con mi Hijo, y bajaré anegada en lágrimas: *Descendam ad Filium meum lugem in infernum.* ¡Qué cortos son los momentos que he de ver tu cuerpo! ¡Qué separacion tan larga! ¡Oh Hijo mio Jesus! ¿Por qué no he muerto en el Calvario para ir contigo al sepulcro? Mi corazon no puede separarse del tuyo, y ambos están traspasados con la lanza cruel. ¿Cómo, pues, podré yo respirar estando Tú encerrado entre las sombras del sepulcro? ¿Cómo viviré hallándome herida?»

Sean estos nuestros suspiros, amados míos; Jesus ha muerto por darnos la vida; no seamos ingratos á tanto favor. Jesus ha muerto para resucitar glorioso y triunfante; no malogremos el fruto de su sangre, vertida con generosidad, para que nosotros resucitemos un dia gloriosos é inmortales como Él; muramos, pues, al mundo y á sus vanidades; crucifiquemos nuestra carne con sus vicios y concupiscencias; encerremos nuestros corazones en el sepulcro de Jesus, á donde no pueden llegar las fuerzas del enemigo; lloremos con los discípulos y las santas mujeres á nuestro Maestro, para ser compañeros de los ángeles y alegrarnos con ellos en el dia de la resurreccion. Amen.

MEDITACIONES

SOBRE LA

PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

MEDITACION PRIMERA.

Jesucristo se despide de su Santísima Madre.

1.º No están escritas en los Santos Evangelios todas las cosas que dijo é hizo Nuestro Señor Jesucristo, porque no era el objeto de los Evangelistas referir una por una todas las acciones del Redentor, lo que por una parte era muy difícil, y por otra innecesario, bastando lo escrito para que creamos que Jesucristo es el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengamos vida en su nombre, como dice el discípulo amado. (Joan., cap. xx, versículo 31.) Mas esto no obstante, al examinar los pasos de la vida del Salvador, con el santo fin de imitar sus ejemplos, no sólo hemos de detener nuestra consideración en los hechos que nos refieren los autores inspirados, sino también en aquellos que la tradición de la Iglesia nos ha transmitido, y además en los que, no constando expresamente ni de la Escritura ni de la tradición, los supone la razón humana dirigida por la fé y sostenida por la autoridad visible de la Iglesia.

De esta naturaleza es el hecho de que nos ocupamos al empezar á examinar las últimas acciones del Verbo humano por la despedida y tierna entrevista que medió entre Él y su Santísima Madre cuando era inminente el día de su

Pasion. Nada nos dicen el Evangelio ni la tradicion; pero no podemos ménos de creer que así sucedió, pues, como dice el venerable Beda, «el maestro de la Verdad no podía ménos de cumplir el oficio de piedad haciendo él lo que queria que hiciéramos nosotros.» (In Lucam, II.) Y siendo una ley de la naturaleza el amor mútuo del hijo y de la madre, faltaria aquél á las prescripciones de una ley tan sagrada, si debiendo separarse de la que le dió la existencia para cumplir con algun gran deber que se ha impuesto, y en cuyo desempeño puede morir, no dijese á aquélla una palabra de despedida que aliente su corazon miéntras dura la ausencia, y sea un bálsamo de consuelo, en su triste soledad, si el hijo llega á morir en la empresa.

Estaba para cumplirse el momento decretado por la Sabiduría eterna, en el cual el Hijo de Dios se habia de ofrecer en sacrificio por los pecados del mundo. Para poder llegar á consumir esta obra, ¡cuántas humillaciones no habia sufrido este Hijo del Altísimo! La primera por donde empezó el período de su anonadamiento fué descender á nuestra nada y tomar nuestra naturaleza en las entrañas de una mujer. El Hijo de Dios es hijo del hombre, como Él mismo se llamaba; á pesar de ser Dios, de quien todos hemos recibido cuanto tenemos, hay entre todas las criaturas una á la cual es deudor su propio Criador, pues queriendo hacerse hombre, pidió á esta criatura el consentimiento para que fuese su madre.

Se ha realizado este sublime misterio, y al descender Dios al abismo de la humildad para hacerse hombre, María es sublimada á la altura inconcebible de la maternidad divina. ¡Oh abismo incomprensible! Todo el amor que María tiene á Dios como Dios, toma una nueva naturaleza desde que este Dios se hace hombre; es el amor de una criatura que aprecia con intencion altísima á su Criador, y al mismo tiempo siente hácia Él toda la ter-

nura del corazon que va á sacrificarse enteramente por darle vida. Desde que María es Madre de Dios, no se realiza en ella una sola accion, ni existe una sola idea, ni da un solo paso, ni aspira un solo aliento que no tenga por objeto único é inmediato el sostenimiento de la nueva vida que ha dado á Dios en su seno virginal. Al mismo tiempo Dios consagra todo su amor, cuan inmenso es, á María como á su Madre, cuya sustancia lo alimentará en los nueve meses que vivirá en sus entrañas, cuya leche lo nutrirá en la infancia, y cuyos cuidados le proporcionarán el techo, el vestido, el alimento por todo el tiempo de su vida. ¡Qué relaciones tan inefables!

Querer medir la extension de estos afectos de tal Madre y de tal Hijo, sería pretender medir el ámbito de los cielos. ¿Cómo, pues, se habia de entregar Jesus á sus enemigos sin decir á su Madre que el tiempo decretado por el Padre celestial habia llegado, que la tribulacion que habia de anegar su corazon en mares de amargura se acercaba, y que era preciso consumir el sacrificio? Habia vivido con ella treinta y tres años, y si al separarse de sus discípulos les dió una prueba tan relevante del amor que les tenía, como afirma el Evangelista (Joan., cap. XIII, vers. 1), siendo tan corto el tiempo que habian estado á su lado, con mucha más razon demostró á su Madre que la amaba y la veneraba, pidiéndola su asentimiento al sacrificio de la vida que ella misma le habia dado, y que iba á ofrecer al eterno Padre.

¡Qué leccion tan elocuente para nuestros afectos! Son pocas las almas que saben amar las criaturas con relacion al Criador, colocando su afecto en ellas, como si Dios no las hubiera criado para su gloria. Cuando Dios nos quita aquellos objetos con los cuales nos ligan relaciones de amor lícito y honesto, apenas bendecimos su Providencia, como hacía el Santo Job; muchos, al contrario, se entregan á la desesperacion, faltando á la fé y

esperanza que inculcaba el Apóstol á los fieles de Tesalónica (I, cap. iv, versículos 12 y 13), y otros hasta acusan á Dios de injusto. Todo esto depende de que no usamos de las cosas de este mundo como debemos, colocando en ellas nuestro afecto sin relacion á Dios; de aquí proviene la mala educacion en las madres, la insubordinacion en los hijos, y, por fin, el no tener mérito alguno delante de Dios cuando la necesidad nos obliga á sacrificar nuestras vidas en defender la Religión ó la pátria, ó cuando la muerte visita nuestro hogar doméstico, enlutando nuestros corazones. Aprendamos, pues, de Jesus á amar á nuestros hermanos y allegados con aquel cariño santo que la naturaleza inspira y la Religión consagra; pero al mismo tiempo estemos dispuestos á sacrificar áun este amor lícito y honesto en las aras del amor divino, al que debemos referir todas nuestras obras, y áun las más ligeras aspiraciones.

2.º Es creible, dice San Buenaventura (*Meditat. sup. vit. Christ.*, cap. LXXII), que esta tierna entrevista de Jesus y su Madre Santísima tuviese lugar despues que Aquél se retiró á Betania, seis dias ántes de la Pascua. En estos cinco dias el Redentor no se presentó ya en público, pues como cordero destinado al sacrificio, despues que se llegó al templo de Jerusalem y echó de su sagrado recinto á los que lo profanaban, ocupó todo el tiempo que medió hasta el dia en que se entregó á sus enemigos, en orar, como tenía de costumbre, dia y noche, en instruir á sus discípulos y en consolar á su angustiada Madre.

Para llegar siquiera á rastrear lo que sufriria el corazon de Jesus en estos últimos cinco dias, es necesario no olvidar que Jesucristo, por lo mismo que era Dios y hombre, sufrió infinitamente más que todos los hombres juntos, siempre que su alma santísima fué acometida por la tristeza; y se comprende que así debia de ser,

porque la sensibilidad es tanto más delicada, cuanto las ideas del entendimiento son más perfectas, y la voluntad no tiene movimiento alguno ni aspiracion que no sean conformes á la razon divina. Prueba de ello es que una misma desgracia, tocando igualmente á várias personas, no en todas influye igualmente, porque cada una la da el valor segun su propio modo de ver; mas siempre afecta más profundamente á quien posee un entendimiento despejado y penetrante, un corazon puro, un alma noble, generosa y sin manilla; como que la sensibilidad es en ella una virtud que tiene su origen en el amor de Dios y se dirige á compadecerse del mal ajeno, viendo con toda claridad sus tristes resultados: examínese atentamente lo que era Jesus y su naturaleza.

¿En qué se diferenciaba Jesus de los demás hombres? En que fué concebido por obra del Espíritu Santo; en que en Él la naturaleza humana carecia de personalidad propia, y era sustituida por la divina; en que tomó todas las afecciones de nuestra naturaleza teniendo un cuerpo el más perfecto y delicado que ha habido, y una alma santísima, que, unida á la divinidad, gozaba desde el momento de su creacion y union al Verbo divino, no sólo de una ciencia sin límites, de una gracia habitual sin medida, *non ad mensuram dedit Deus spiritum filio* (Joan., cap. iii, vers. 14), sino tambien de la vision beatífica. Considérese qué exquisita sería en Jesucristo la sensibilidad, atendidas estas perfecciones y el estado habitual de su alma santísima; de aquella alma que, á pesar de ver á Dios, se conmueve al ser testigo de las desgracias de sus hermanos (Joan., cap. xi, vers. 33) y se estremece y llora al contemplar la dureza de los padecimientos que ha de sufrir. (Math., xxvi, 38.—*Hebreor.*, cap. v, versículo 7.)

Así, ninguno ha sido tan amoroso para con su Madre, porque ninguno ha valorado más dignamente lo que es

el corazón de una madre y lo que la debe un hijo. El corazón de Jesús se va turbando más y más á medida que se acerca el momento de tener que despedirse de María; es un cielo que se va cubriendo de negras capas de nubes que se agitan en todas direcciones, y en cuyo seno va aglomerándose una electricidad abrasadora, hasta que se desahogue en torrentes de aguas. Así está comprimido y turbado el corazón del Hijo, creciendo el dolor cuantas veces dirige una mirada á su santa Madre; viéndose precisado á cerrar sus celestiales pupilas ántes que las lágrimas, comprimidas con violencia, rompan como dos torrentes y sean para la Madre dos espadas de dolor que traspasen su amante y tierno corazón, que tanto se asimilaba al de su Hijo.

Contempla, pues, alma mia, á Jesús atribulado, porque sabe que va á causar aflicción á su Madre al separarse de ella para morir; no son los tormentos, ni los enemigos, ni los sayones, los que afligen á este corazón amabilísimo de Jesús; es su misma ternura hácia su Madre. ¡Ah! ¡Qué contraste forman el corazón de Jesús y el tuyo! ¡Cuántas veces te has separado del lado amoroso de esta Madre, no para practicar obras heroicas de virtud, sino para ir locamente, como un hijo pródigo, tras de los vicios y pasiones! Si ántes de poner el pié en el terreno de la corrupción hubieses pensado que tenías una madre sin cuya bendición no debías salir de su lado, y á quien causabas amargas penas con tu separación, no hubieras caído tantas veces en pecados graves. ¡Alma ingrata é irreflexiva! Jesús se contrista, porque se va á separar de su Madre para realizar la obra más gloriosa para Dios y más útil para el hombre, y tú no piensas siquiera, cuando pecas, que atraviesas el corazón de María con una espada de dolor, apartándote de la ley de su Hijo. Ya, pues, que el Señor se digna concederte tiempo para convertirte y luz para conocer tus ingratitudes, pídele perdón y gracia para

que tu corazón de piedra se vuelva todo ternura y amor hácia un Dios que tanto te ama.

3.º Llegado ya el momento de comunicar á su Madre con toda latitud sus designios, Jesucristo se retiraría á su aposento para poderla hablar con toda la franqueza propia de un hijo. Si el corazón de Éste se hallaba comprimido por la pena que iba á causar á su Madre, ésta, por su parte, lo tenía como fuera de su lugar, presintiendo que el momento terrible se acercaba. ¿Y cómo podía ignorar la Madre lo que era conocido ya de pública voz y fama? Sabía que se había celebrado un Concilio solemne, y que en él habían decretado los príncipes de los sacerdotes la muerte de Jesús; la conjuración de la Sinagoga era un hecho consumado que nadie ignoraba, pues ninguno podía confesar el nombre de Jesús sin incurrir en anatema; todo cuanto rodea á María la está anunciando que la espada está ya afilada y desenvainada, que su alma va á ser traspasada, que su soledad es ya inminente.

Por una parte sabe que su Hijo se ha retirado de Jerusalén, después de su entrada triunfal, para no volver más á esta ciudad sino para padecer; por otra, comprende que los judíos conspiran sin levantar mano; por otra, sabe también que Jesús da las órdenes competentes para que se prepare en Jerusalén lo necesario para celebrar la Pascua. Estando, pues, todo en movimiento de este modo, considérese lo que ocurriría dentro de la Madre cuando el Hijo la llamó aparte para hablarla. Su corazón, fiel intérprete de los deseos de su Hijo, ya se lo ha dicho; la que toda su vida pasó entre dolores acerbísimos, como dice el Santo Abad Ruperto (*In Cantic.*, iv), comprendió muy bien que el Rey de los mártires venía á ser el parainfo del martirio que iba á sufrir, acompañándolo en sus tormentos.

Jesús, pues, lleno de aquella ternura propia del hombre más perfecto que ha habido, y con aquella majestad

amorosa que reflejaba de la naturaleza divina, dirigiria la palabra á su Madre, hablándola de este modo: «Madre mia, tengo el sentimiento de anunciaros que están próximos á cumplirse los momentos más dolorosos de mi vida, y con ellos los misterios sagrados que darán paz al mundo y gloria á mi Padre. Cuando éste os mandó un ángel pidiéndoos vuestro consentimiento para que fuéseis mi Madre, apenas acabásteis de prestarlo, cuando desde el Trono de gloria de mi Padre bajé á tu seno virginal, tomando carne humana, para ser tu hijo, sin dejar de ser Hijo de Dios. Vine, pues, trayendo el mandato de padecer y morir, ejecutando así el comun consejo de la Divinidad para salvar al mundo. Yo os doy gracias por los continuos desvelos que habeis sufrido por mí desde que nací en Belen hasta ahora. La vida temporal que tengo os la debo: soy dueño de darla y tomarla; me entregaré á mis enemigos de mi propia voluntad; pero ántes de consumir la obra, os pido permiso para dar por la salud del mundo esta vida que de Vos he recibido. Me he de ver maltratado y escarnecido; me han de azotar y crucificar, y he de morir entre los más acerbos tormentos; pero ¡oh tierna Madre! yo hollaré la muerte y venceré al infierno; yo saldré triunfante del sepulcro para consuelo tuyo, para gloria de mi Padre y mia, para confusion de mis enemigos, y para fundar mi Iglesia y fortificar á mis discípulos.» Así hablaría Jesus.

Considérese qué sensacion tan profunda no causaria este razonamiento en el ánimo de María Santísima: su corazon se conmovió todo, dice San Buenaventura (*Meditation. vit. Christ.*, cap. LXXII), y quedó su espíritu como embargado; mas como aquella alma santísima estaba llena de la sabiduría y gracia divinas, y como el deseo más vehemente que habia en el corazon de la Virgen era la gloria de Dios y la redencion del hombre, que sabia no podia tener lugar sino con la Muerte y Pasion de su

Hijo, llena de ternura y heroismo al mismo tiempo, y derramando de sus ojos abundantes lágrimas y exhalando suavísimos suspiros, contestaria sin duda á su Hijo de este modo: «¡Oh Hijo mio! Cúmplase siempre en todo la voluntad de tu Padre celestial. Su sabiduría eterna no ha encontrado otro medio que la muerte de su Hijo para aplacar su infinita justicia, y yo me conformo y alabo al Señor por sus misericordias. Pero, Hijo mio, ¿será posible que mueras tú y viva yo? ¿No permitirá tu Padre celestial que, al dar la vida su Hijo, le acompañe en el sacrificio la Madre?» Dijera aún más la inocente paloma; pero un torrente de amargura anuda su lengua y ahoga su voz, y al mismo tiempo que la espada del dolor traspasa su corazon, su alma se extasía en la contemplacion de la misericordia divina, que tanto ama á los hombres, adorando con humildad los decretos divinos. ¡Ah! La hija más noble del gran Padre de los creyentes vence á su ascendiente en fé y generosidad.

Acércate, pues, alma mia, y como la pecadora arrepen-tida, siéntate junto á los piés del Salvador, y oye las palabras del Hijo de la Madre. ¡Qué amor tan acendrado al Padre celestial arde en aquellos dos corazones! ¡Qué caridad tan grande y tan desinteresada hácia los pecadores! ¡Cómo se ve salir el fuego de aquel amor y de esta caridad por cada una de las palabras que pronuncian Jesus y María! Por nuestro amor se separa Jesus de su Madre; por nuestro amor María consiente que su Hijo vaya á padecer y morir. ¿Será posible que seamos ingratos á tantas demostraciones de afecto y de ternura como Jesus y María nos han dado? ¿Y no nos daremos enteramente á Dios, dejando por su amor al padre, á la madre, á los hermanos y á cuanto quiera encadenar nuestros corazones á las cosas terrenas, cuando por salvarnos se han ofrecido á la muerte, á los tormentos, al dolor y á la soledad el Hijo de Dios y su tierna Madre?

¡Ah! No sólo somos ingratos hácia Jesus y su Madre, sino que somos crueles con nosotros mismos, buscando nuestra perdicion en la dureza de nuestros corazones. ¡Ángeles santos, cielo, tierra y cuanto hay en la creacion, alabad y bendecid á tal Hijo y á tal Madre por el amor que tienen á los hombres! Yo os alabo, Jesus mio, y quiero bendeciros por toda la eternidad.

MEDITACION II.

Sobre la última cena de Jesucristo.

1.º Habia dicho Jesucristo á sus discípulos (Math., cap. v, vers. 17) que no habia venido á abrogar la ley, sino á darla cumplimiento; así es que se sujetó hasta á la ley de la circuncision, como si fuera pecador. Mandando, pues, la ley que todo judío adulto celebrase la Pascua en memoria de haber sido libertados los primogénitos hebreos del exterminio, Jesucristo cumplió con esta sagrada ritualidad; mas aquel corazón amante de los hombres tenía un vivísimo deseo de celebrar la Pascua que iba á cerrar la era de las figuras y sombras, y abrir la de la realidad y la luz, manifestándose así á sus discípulos, diciéndoles estas palabras: «Con vehemente deseo he suspirado por comer esta Pascua con vosotros.» (Luca, cap. xxii, vers. 15.)

Prescribia Dios que esta Pascua se hiciese asistiendo á la cena del cordero con haldas en cinta, bordon en la mano y sandalias en los piés, para manifestar que era en tiempo de premura y de viaje cuando se instituyó, y que era el paso ó visitacion del Señor. Era, por lo tanto, la Pascua de los judíos la conmemoracion del cambio que efectuó Dios en ellos de la esclavitud de Egipto á la libertad del pueblo de Dios; y tanto este tránsito como la próxima sumersion del ejército de Faraon en las aguas

del Mar Rojo, eran la figura de la transicion de todo el linaje humano de la esclavitud del pecado á la libertad de hijos de Dios que habia de conseguir con la muerte del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Joan., cap. i, vers. 29), al propio tiempo que el enemigo cruel de nuestra dicha, es decir, Lucifer y sus ángeles, eran vencidos por la muerte de este Cordero inocente, que los habia de precipitar en el abismo de fuego. Era, por tanto, esta última Pascua el pensamiento íntimo de Jesus, y su deseo más reconcentrado. ¡Qué alegría sentia su corazón cuando recordaba á sus discípulos este momento que habia de llegar! *Tengo que ser bautizado*, les dice; *¡y qué ansia tengo de que se cumpla!* (Luca, cap. xii, vers. 50.) Era tambien esta Pascua en la que iba Jesus á pasar de este mundo á su Padre.

¡Oh alma mia! Todo te está diciendo que celebres siempre esta Pascua, que pases de la vanidad del mundo al amor íntimo de tu Dios, de la esclavitud del pecado á la libertad de hijo de Dios, y del apego y amor desordenado que tienes á las cosas de este mundo caduco y loco, al amor de las celestiales y eternas. Apresúrate, como los verdaderos israelitas, ciñendo tus lomos, es decir, restando la lujuria de la carne con la continencia, calzando tus piés para caminar con denuedo hasta lo más alto de la perfeccion, pues no te has de contentar con ser perfecto á medias teniendo el más ligero apego á ninguna cosa terrena, sino subiendo, como Elías, á la cima del monte santo, y por fin tomando en tu mano el báculo de la gracia de Dios, para que te sostenga en tu miseria y flaqueza, y te sirva de arma contra el enemigo; en una palabra, la castidad, sin la cual ninguna obra es buena; la fé, que nos pone delante los bienes eternos que esperamos, y la humildad, que nos hace desconfiar de nosotros mismos y pedir á Dios incesantemente sus auxilios. Hé aquí lo que has de tener, alma mia, para acompañar á Jesus

¡Ah! No sólo somos ingratos hácia Jesus y su Madre, sino que somos crueles con nosotros mismos, buscando nuestra perdicion en la dureza de nuestros corazones. ¡Ángeles santos, cielo, tierra y cuanto hay en la creacion, alabad y bendecid á tal Hijo y á tal Madre por el amor que tienen á los hombres! Yo os alabo, Jesus mio, y quiero bendeciros por toda la eternidad.

MEDITACION II.

Sobre la última cena de Jesucristo.

1.º Habia dicho Jesucristo á sus discípulos (Math., cap. v, vers. 17) que no habia venido á abrogar la ley, sino á darla cumplimiento; así es que se sujetó hasta á la ley de la circuncision, como si fuera pecador. Mandando, pues, la ley que todo judío adulto celebrase la Pascua en memoria de haber sido libertados los primogénitos hebreos del exterminio, Jesucristo cumplió con esta sagrada ritualidad; mas aquel corazón amante de los hombres tenía un vivísimo deseo de celebrar la Pascua que iba á cerrar la era de las figuras y sombras, y abrir la de la realidad y la luz, manifestándose así á sus discípulos, diciéndoles estas palabras: «Con vehemente deseo he suspirado por comer esta Pascua con vosotros.» (Luca, cap. xxii, vers. 15.)

Prescribia Dios que esta Pascua se hiciese asistiendo á la cena del cordero con haldas en cinta, bordon en la mano y sandalias en los piés, para manifestar que era en tiempo de premura y de viaje cuando se instituyó, y que era el paso ó visitacion del Señor. Era, por lo tanto, la Pascua de los judíos la conmemoracion del cambio que efectuó Dios en ellos de la esclavitud de Egipto á la libertad del pueblo de Dios; y tanto este tránsito como la próxima sumersion del ejército de Faraon en las aguas

del Mar Rojo, eran la figura de la transicion de todo el linaje humano de la esclavitud del pecado á la libertad de hijos de Dios que habia de conseguir con la muerte del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Joan., cap. i, vers. 29), al propio tiempo que el enemigo cruel de nuestra dicha, es decir, Lucifer y sus ángeles, eran vencidos por la muerte de este Cordero inocente, que los habia de precipitar en el abismo de fuego. Era, por tanto, esta última Pascua el pensamiento íntimo de Jesus, y su deseo más reconcentrado. ¡Qué alegría sentia su corazón cuando recordaba á sus discípulos este momento que habia de llegar! *Tengo que ser bautizado*, les dice; *¡y qué ansia tengo de que se cumpla!* (Luca, cap. xii, vers. 50.) Era tambien esta Pascua en la que iba Jesus á pasar de este mundo á su Padre.

¡Oh alma mia! Todo te está diciendo que celebres siempre esta Pascua, que pases de la vanidad del mundo al amor íntimo de tu Dios, de la esclavitud del pecado á la libertad de hijo de Dios, y del apego y amor desordenado que tienes á las cosas de este mundo caduco y loco, al amor de las celestiales y eternas. Apresúrate, como los verdaderos israelitas, ciñendo tus lomos, es decir, restando la lujuria de la carne con la continencia, calzando tus piés para caminar con denuedo hasta lo más alto de la perfeccion, pues no te has de contentar con ser perfecto á medias teniendo el más ligero apego á ninguna cosa terrena, sino subiendo, como Elías, á la cima del monte santo, y por fin tomando en tu mano el báculo de la gracia de Dios, para que te sostenga en tu miseria y flaqueza, y te sirva de arma contra el enemigo; en una palabra, la castidad, sin la cual ninguna obra es buena; la fé, que nos pone delante los bienes eternos que esperamos, y la humildad, que nos hace desconfiar de nosotros mismos y pedir á Dios incesantemente sus auxilios. Hé aquí lo que has de tener, alma mia, para acompañar á Jesus

en su Pascua. ¿Posees acaso estas virtudes, alma mia?

Señor, me avergüenzo de no haberos amado; me avergüenzo aún más de haber amado los placeres torpes de este mundo. Pero yo te adoro, Dios mio, por tus misericordias para conmigo. «Yo estaba sordo, y me llamaste, me gritaste, y rompiste mi sordera; yo estaba ciego, y apareciste resplandeciente y fugaste las tinieblas.» (San Agustín, lib. x, *Confes.*, cap. xxvii.) Quiero amar lo que que aborrecí, quiero aborrecer lo que amé; léjos de mí, mundo presumido y orgulloso; léjos de mí, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida; léjos de mí, enemigo, que has querido alucinarme con un poco de honor mundano que pasa como el humo. Mi Dios, mi Redentor, mi alma, la eternidad: hé aquí los únicos objetos que interesarán desde hoy mi existencia terrena.

2.º Sabiendo los Apóstoles la exactitud con que su divino Maestro observaba los preceptos de la ley, y viendo que se aproximaba la Pascua, le preguntaron en qué casa de Jerusalem queria que le preparasen lo necesario para esta solemnidad: entónces el Salvador les prescribió lo que habian de hacer, yendo á una casa cuyo dueño, á una simple insinuacion de su parte, les mostraría una gran habitacion adornada y compuesta, en la cual prepararán cuanto era necesario para la cena. Hiciéronlo así los dos discípulos comisionados al efecto; el señor de la casa cedió cuanto tenía de más rico en obsequio de Jesucristo.

Es muy digno de notarse en esto, que Jesucristo obra como Soberano absoluto de todas las cosas, pues á una ligera insinuacion se le da cuanto quiere; tambien se debe advertir cuán grande es su gracia en los corazones humanos cuando éstos se prestan á sus movimientos é ilustraciones. Este hombre á quien Jesus se dirige pidiéndole su casa, es el tipo de la constancia de nuestro amor á Dios y del alto desprecio con que hemos de des-

oir los mandatos de los hombres cuando se oponen á la gloria del Señor. Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habian dado orden que cualquiera que supiese dónde estaba Jesus, lo delatase inmediatamente á la autoridad, para echarle mano. (Ioan., cap. xi, vers. 56.) Este hombre á quien el Redentor se dirige, ni teme las amenazas de los malos pontífices, ni mira á las consecuencias que le podria acarrear su condescendencia: al contrario, no se contenta con darle su casa, sino que la adorna y hermosea como para recibir á un príncipe, y le cede lo mejor de ella, haciendo poco caso, como dice el Crisóstomo, de la ojeriza y encono que los magistrados de la ciudad tendrian contra él. (Homil. 82, in Math.)

Pero entendamos que por mucha que sea la virtud de la gracia, no vendria á nuestro corazon el Redentor si nosotros no le abrimos la puerta, prestándonos gustosos á sus inspiraciones. Jesus llama, pero no encadena á nadie; Jesus mueve nuestros corazones, pero no entra en ellos por fuerza. Se llega á la esposa, y la dice: «Ábreme, hermana mia, porque mi cabeza está llena del rocío de la noche, y mis cabellos están empapados de humedad.» (*Cant. Canticor.*, v, 2.) Y la esposa, es decir, el alma, no quiere abrirle por no mortificarse un poco, prefiriendo la comodidad y el regalo sensual al amor y la visita de Jesucristo. ¿Y qué sucede? Que la gracia se va, y perdida una ocasion, no sabemos cuándo vuelve; porque no da Dios sus tesoros á quien los mira con tan poco aprecio; al contrario, muchas veces se los quita. (Math., xxv, 29.)

El alma que abre á Jesucristo cuando la llama, le da cuanto tiene con toda espontaneidad; si le ha ofendido ántes, llora con amargura, y se purifica para que habite en ella el Esposo divino, jurándole ser fiel en su amor para siempre; entónces Jesus celebra su Pascua en esta alma, fortificándola con su gracia, santificándola con su presencia, alimentándola con su amor y diciéndola que,

siendo ella fiel, la amará como á una esposa por toda la eternidad. (*Cantares*, cap. II, vers. 14.)

La pieza en que Jesucristo celebra la última Pascua, á diferencia de cuanto ha servido á su persona augusta hasta entónces, es rica, suntuosa y grande: y como era ésta la primera iglesia ó el primer templo cristiano, pues iba á ofrecerse en él el sumo y eterno Sacerdote, instituyendo el Santísimo Sacramento, ordenando á los Apóstoles que lo consagrasen ellos siempre en memoria suya, y dándoles la Comunión, quiso que el propietario le diese lo méjor, para declararnos que hemos de dar al Señor lo más rico que tenemos. Yo me confundo, porque lo más precioso que tengo es mi corazón, que el Señor me pide para sí, y léjos de entregárselo á Él, se lo he dado al mundo, á la vanidad y á la sensualidad.

¿Quién no se estremece al contemplar lo que pasa en el mundo hoy día? Apenas bastan los tesoros de la tierra para satisfacer las exigencias del lujo; no hay una sola clase que no haya traspasado los límites de la moderación, y miéntras la humanidad marcha locamente tras la idolatría de sí misma; miéntras el vestir, el andar, el aderezo de las personas, los muebles de las casas y cuanto ha inventado la sensualidad manifiestan que los tesoros abundan por todas partes, sólo en los templos se ve pobreza y miseria. Cuando se trata de dar á la vanidad, se abren nuestras manos; cuando Jesucristo nos pide algo para sí, las cerramos. ¡Miserables! Señal es ésta que nuestro corazón es de la carne, del mundo y del demonio, no de Jesucristo. Si amáramos al Señor, le daríamos lo mejor que tenemos, como el dueño del Cenáculo de Jerusalen; seríamos moderados en el comer, parcós en la bebida, modestos en los vestidos, y tendríamos que dar á los pobres y á Jesucristo. ¡Oh Dios mio! Dadme vuestra gracia, para que yo me entregue enteramente á Vos, desprendiéndome con generosa resolución de todo lo ter-

reno, ántes que llegue aquel día terrible en que me has de pedir cuenta severa de lo que he gastado en dar pábulo á la vanidad de los sentidos.

3.º Preparadas todas las cosas, y llegada la hora, se sentó Jesucristo con sus discípulos á celebrar la Pascua: el ornato esencial de esta mesa era el cordero sin mancha que debía comerse no quebrantando un solo hueso, admirable símbolo por el cual prefiguraba cada año la Sinagoga el gran sacrificio del Cordero de Dios que algun día se habia de inmolar por los pecados del mundo. Jamás se habia celebrado una Pascua como ésta, donde se encontraban en contacto inmediato la noche y el día, la figura y la realidad, la víctima y el sacerdote; es el último momento de la noche del pecado, y el primero del día de la gracia; es la última Pascua aceptada á la Divinidad, celebrándola el mismo que la instituyó, como el tipo de aquel sacrificio que le sería grato desde entónces y se le ofrecería en toda la tierra, y es la primera real y verdadera, porque va á consumarla en sí mismo el sumo y eterno Sacerdote, que es al mismo tiempo la víctima de propiciación por los pecados del linaje humano.

El gozo que Jesucristo tiene en esta ocasion, se descubre en sus palabras. Es tal la ternura con que habla á sus discípulos, que les da el nombre de hijitos tiernos. (*Joan.*, cap. XIII, vers. 33.) Pero al mismo tiempo ¡qué pensamientos tan tristes atraviesan la frente serena de Jesus! Está partiendo el cordero, y se considera á sí mismo la realización de lo que Él mismo haría; la escena triste iba á empezar dentro de dos horas, y ántes de veinticuatro no habia de tener gota de sangre en su cuerpo, como acaecia al cordero que repartía. ¡Amabilísimo Jesus! Lleno de dulzura para con sus discípulos, está absorto en el pensamiento de su sacrificio, descubriéndolo en sus palabras, y comunicándoles á todos la tristeza que le agobia: «En verdad os digo que uno de vosotros me ha de

entregar: el Hijo del Hombre va ciertamente como está escrito de Él; pero ¡ay de aquel por quien ha de ser entregado! mas le valiera no haber nacido.» (Math., capítulo xxvi, versículos 21 y 24.)

Así empezó la conversacion de la mesa, en la que cada uno de los discípulos pretendió dar pruebas de amor y adhesion á su Maestro, para demostrarle cada cuál que no era él el traidor. (Math., cap. xxvi, vers. 22.) Así se concluyó tambien la cena frugal, cantando todos al fin un himno en accion de gracias al Señor. ¡Ah! No llama tanto mi atencion en esta solemne cena lo que pasa en el corazon de Jesucristo, como lo que le rodea. Jesucristo, al mirar ante sí el cordero inmolido, recorre en un solo acto cuanto ha ocurrido desde la prevaricacion de Adan, y viendo la nulidad de los sacrificios de corderos y becerros para borrar los pecados, se ofrece Él á su Eterno Padre, como lo habia vaticinado David. (Psalm. xxxix, vers. 8.) Por mucho que hagamos, nunca podremos agradecer como merece el Redentor este acto de caridad de haber dado su vida por nosotros.

Pero sin desatender esto, aprendamos en la mesa de Jesucristo cuál debe de ser nuestro modo de pasar por este valle de lágrimas para ir á nuestra pátria. Jesucristo vivió pobremente, comió siempre pobremente, y en la espléndida cena en que se despedia de sus discípulos la frugalidad y la moderacion eran el plato más regalado, y la conversacion santa formaba la amenidad de los convidados. ¡Ay! ¡Si serán hijos del Evangelio los cristianos de nuestros dias! Esa sensualidad que se ha introducido en los banquetes, ese conjunto de manjares exquisitos, de vinos y licores, ese atractivo de sinfonías y otros primores, esa profusion con que se derraman sumas inmensas para dar culto sensual por una ó dos horas al Dios de muchos hombres (Rom., cap. xvi, vers. 18), ¿es propio de cristianos? ¡Ah! Jesucristo con su doctrina

condena en general estos abusos, y los llegó casi á deterrar del mundo: al verlos revivir; al ver que en estos tiempos no se piensa más que en el lujo y en la sensualidad; al ver que en las mesas no se oyen sino palabras picantes y equívocos que son otros tantos dardos contra la castidad, ¿qué consecuencia hemos de sacar? Que los hombres que como los patriarcas no tienen morada permanente en la tierra, sino que esperan otra, son ya en corto número; que van volviendo aquellos dias de sensualismo y lujuria, que era el cáncer del mundo en tiempo de la idolatría, y, por fin, que los hombres van mirando con desprecio la doctrina de Jesucristo.

¡Oh alma mia! Ya que conoces esta verdad, procura que tu frente esté señalada con el sello del Dios vivo, para que jamás apliques tus lábios á la copa dorada que el mundo presenta á los que quieren ser hijos de Babilonia. Únete siempre á Jesus, y no te separes de un Padre tan amoroso; arrímate con atencion á su mesa, dice San Buenaventura, que no permitirá el amable Jesus que salgas de su presencia en ayunas. (*De Vita Christ.*, capítulo lxxiii.) Seamos sóbrios y modestos para merecer recibir de las manos de Jesucristo el manjar que nos sostiene en nuestra peregrinacion por el mundo.

MEDITACION III.

Jesus lava los piés á los Apóstoles.

1.º Habiendo concluido de comer el cordero pascual, y estando aún la mesa provista de pan y vino, Jesus se levantó de ella, y despojándose de su manto, se ciñó Él mismo una toalla, y Él mismo tambien echó agua en una palangana, estando cada uno de los Apóstoles sentado en el sitio que respectivamente ocupaba; porque es probable que el Divino Maestro al levantarse de la mesa

entregar: el Hijo del Hombre va ciertamente como está escrito de Él; pero ¡ay de aquel por quien ha de ser entregado! mas le valiera no haber nacido.» (Math., capítulo xxvi, versículos 21 y 24.)

Así empezó la conversacion de la mesa, en la que cada uno de los discípulos pretendió dar pruebas de amor y adhesion á su Maestro, para demostrarle cada cuál que no era él el traidor. (Math., cap. xxvi, vers. 22.) Así se concluyó tambien la cena frugal, cantando todos al fin un himno en accion de gracias al Señor. ¡Ah! No llama tanto mi atencion en esta solemne cena lo que pasa en el corazon de Jesucristo, como lo que le rodea. Jesucristo, al mirar ante sí el cordero inmolido, recorre en un solo acto cuanto ha ocurrido desde la prevaricacion de Adan, y viendo la nulidad de los sacrificios de corderos y becerros para borrar los pecados, se ofrece Él á su Eterno Padre, como lo habia vaticinado David. (Psalm. xxxix, vers. 8.) Por mucho que hagamos, nunca podremos agradecer como merece el Redentor este acto de caridad de haber dado su vida por nosotros.

Pero sin desatender esto, aprendamos en la mesa de Jesucristo cuál debe de ser nuestro modo de pasar por este valle de lágrimas para ir á nuestra patria. Jesucristo vivió pobremente, comió siempre pobremente, y en la espléndida cena en que se despedia de sus discípulos la frugalidad y la moderacion eran el plato más regalado, y la conversacion santa formaba la amenidad de los convidados. ¡Ay! ¡Si serán hijos del Evangelio los cristianos de nuestros dias! Esa sensualidad que se ha introducido en los banquetes, ese conjunto de manjares exquisitos, de vinos y licores, ese atractivo de sinfonías y otros primores, esa profusion con que se derraman sumas inmensas para dar culto sensual por una ó dos horas al Dios de muchos hombres (Rom., cap. xvi, vers. 18), ¿es propio de cristianos? ¡Ah! Jesucristo con su doctrina

condena en general estos abusos, y los llegó casi á deterrar del mundo: al verlos revivir; al ver que en estos tiempos no se piensa más que en el lujo y en la sensualidad; al ver que en las mesas no se oyen sino palabras picantes y equívocos que son otros tantos dardos contra la castidad, ¿qué consecuencia hemos de sacar? Que los hombres que como los patriarcas no tienen morada permanente en la tierra, sino que esperan otra, son ya en corto número; que van volviendo aquellos dias de sensualismo y lujuria, que era el cáncer del mundo en tiempo de la idolatría, y, por fin, que los hombres van mirando con desprecio la doctrina de Jesucristo.

¡Oh alma mia! Ya que conoces esta verdad, procura que tu frente esté señalada con el sello del Dios vivo, para que jamás apliques tus lábios á la copa dorada que el mundo presenta á los que quieren ser hijos de Babilonia. Únete siempre á Jesus, y no te separes de un Padre tan amoroso; arrímate con atencion á su mesa, dice San Buenaventura, que no permitirá el amable Jesus que salgas de su presencia en ayunas. (*De Vita Christ.*, capítulo lxxiii.) Seamos sóbrios y modestos para merecer recibir de las manos de Jesucristo el manjar que nos sostiene en nuestra peregrinacion por el mundo.

MEDITACION III.

Jesus lava los piés á los Apóstoles.

1.º Habiendo concluido de comer el cordero pascual, y estando aún la mesa provista de pan y vino, Jesus se levantó de ella, y despojándose de su manto, se ciñó Él mismo una toalla, y Él mismo tambien echó agua en una palangana, estando cada uno de los Apóstoles sentado en el sitio que respectivamente ocupaba; porque es probable que el Divino Maestro al levantarse de la mesa

para ejecutar una obra de tan profunda humildad como era la de lavarles los piés, les dijese que nadie se moviera. Y estando así sentados, hé aquí que el amable Jesus, llevando en sus manos la palangana, se acerca al primero de sus discípulos, y arrodillado ante él, empieza á lavarle los piés, y concluido que hubo con el primero, despues de haber mediado entre el Maestro y el discípulo palabras de asombro, de humildad, de enseñanza y de amor, fué haciendo lo mismo con los once restantes, sin exceptuar á ninguno.

¡Espectáculo sublime! ¿Quién se hubiera podido imaginar que habia de llegar el caso en que el Hijo del Altísimo se arrodillase ante el hombre miserable, para lavarle los piés con sus sagradas manos, para enjugarlos, para besárselos, y quizás para regarlos con sus lágrimas? Así es que tan pronto como Pedro vió la accion, se asombró y quedó atónito. ¿Quién no se asombraría al ver en actitud tan humilde al Hijo de Dios? (Agustin, *tract. lvi in Joan.*) Para comprender en cuanto nos sea posible la intencion de este acto humildísimo, es preciso fijar bien nuestra atencion sobre ese personaje que se ha despojado de sus vestiduras y ceñídose de una toalla pobre, como si fuera un siervo. Es el esplendor de la gloria del Padre, la figura de su sustancia, el que lleva todas las cosas con la palabra de su virtud (Hebræor., cap. 1, vers. 3); es el Rey inmortal de los siglos, el solo poderoso y eterno.

Con razon el Evangelista, ántes de describir este admirable rasgo de humildad, dice que sabiendo Jesus que tenía un poder soberano sobre todas las cosas, que habia salido de su Padre igual y consubstancial á Él por la generacion eterna, y venido al mundo por su encarnacion como hombre, y que volvía á Dios para sentarse en el cielo á su diestra; esto no obstante, aunque colmado de gloria, sublimado sobre los querubines que le sirven de

escabel, se postra ante sus discípulos para lavarles los piés, no excluyendo ni aún al que habia estipulado ya con sus enemigos el precio de su venta. Por la misma razon el citado Evangelista, ántes de anunciar que el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros, que es el acto de humillacion más asombroso é inconcebible que pueda presentarse al entendimiento humano, hace una descripcion gráfica y sublime de su naturaleza, origen y atributos, diciendo: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios; todas las cosas fueron hechas por Él, y nada de lo que fué hecho se hizo sin Él.» (Joan., cap. 1, versículos 1.º, 2.º y 3.º)

Y como esta humillacion de Jesus á los piés de los discípulos era, por decirlo así, el primer eslabon de la infinita cadena de humillaciones que iban á empezar en el mismo Cenáculo y concluir en el Calvario, quiso el Espíritu divino, ántes de describirla, poner de manifiesto las grandezas innatas de Jesus, para que aprendieran los hombres en el ejemplo del Príncipe celestial, la virtud que nos es más necesaria para conseguir la gloria, atendido que para nuestro rescate fué necesario que el Hijo de Dios se humillase hasta el anonadamiento.

Es verdaderamente asombrosa esta humildad de Jesucristo; pero más asombrosa es la soberbia del hombre; porque Jesucristo se humilla sin tener motivo ni causa que pueda obligarle á esta accion, miéntras el hombre no puede mirar ni al cielo ni á la tierra, ni á sí mismo, sin que encuentre motivos de anonadarse. Y sin embargo, el hombre se ensoberbece. ¿Y de qué? ¿De los talentos, riquezas, fuerza, hermosura, honores, cargos ú oficios? ¡Miserable! ¡Como si algo de esto tuviera que no fuera prestado; como si no lo hubiera recibido todo de Dios; como si todo no hubiera de reducirse al silencio de la losa fria! Si todo me predica la humildad, el ejemplo de Jesucristo, su mandato, mi naturaleza misma, y todas

las criaturas, señal es que esta virtud es la hermana inseparable del verdadero mérito, así como el fundamento de todas las virtudes. Así es, alma cristiana; el que se humilla será ensalzado, y el orgulloso será abatido. Por tu propio bien, por tanto, debes humillarte siempre contra el polvo, y sujetarte á toda humana criatura por amor de Dios, y mucho más ante este Dios de quien recibes la vida, la gracia, y de quien, si perseveras en la humildad, tendrás también la gloria.

2.º Entre los discípulos de Jesucristo ninguno había obtenido un conocimiento tan perfecto de lo que era su Maestro como Pedro; cuando, dirigiéndose á todos, les preguntó Jesucristo qué concepto tenían formado de su persona, Pedro contestó, lleno de fé y de amor, que Él era el Cristo Hijo de Dios vivo; respuesta que puso en su ánimo el mismo Dios. (Math., cap. xvi, vers. 16.) Conocida la dignidad infinita del Maestro, el discípulo comprendía cuánta era su propia indignidad, pues alguna vez llegó á suplicar á aquél que no se le acercase, porque no lo merecía por sus pecados. (Lucæ, cap. v, vers. 8.) Viendo, pues, á Jesus en actitud tan humilde, y aprestándose á lavarle los piés, su espíritu se llenó de santo terror, creyendo que aquella humillacion no podía caber en tan inefable grandeza como era la de Jesus; así le dice lleno de asombro: «¡ Señor! ¿Tú me lavas á mí los piés?» Y en vano Jesucristo le dice que si se resiste es porque no comprende la accion misteriosa, que despues entenderá; pues Pedro, con una resolucion fuerte, pero sugerida por el conocimiento de su indignidad y de la grandeza inmensa de su Maestro, le contesta que «jamás permitirá que le lave los piés.» (S. Ciprian., *Serm. de Ablution. Petr.*)

¡Cuánto nos enseña Pedro con esta humildad! Si hemos de pretender agradar á Dios en nuestras obras, hemos de empezar por conocer nuestra nada y miseria, y que somos al lado de Dios ménos que un átomo compa-

rado con todo el mundo. Pedro tiene esta conviccion, y por eso protesta que no permitirá que Dios se rebaje á tanto extremo de humillacion. Pero debemos advertir que esta humildad no es verdadera ni grata al Señor, si no va acompañada de una sumision y obediencia ciega á la voluntad del Señor. Es excusable Pedro en la resistencia que opone á su Maestro, porque tenía por principio el celo de la gloria de Dios; pero no era este celo segun la ciencia, porque no comprendia aún que la accion de lavarle los piés era el prelude de la asombrosa accion con que dentro de algunas horas iba su divino Maestro á lavar en su propia sangre nuestras almas. Sin embargo, Pedro nos enseña á todos á conocernos para humillarnos, creyendo, como es verdad, que no somos merecedores de los dones infinitos de la redencion, y que cuanto el Señor ha hecho por el hombre es por efecto de su misericordia sin límites.

Al mismo tiempo nos da ejemplo de su obediencia á Dios, y del aprecio que hace de sus bondades; pues tan pronto como Jesucristo le dice que para tener parte con Él es preciso que se deje lavar los piés, Pedro responde entregándose todo á Jesucristo, su alma, su corazon, sus obras y sus movimientos. Véase qué efectos tan admirables produce en el alma la verdadera humildad; como Dios se manifiesta á los humildes, la mayor desgracia que puede sobrevenir á un alma que lo conoce es el recelo siquiera de que este bien sumo se separe de ella por un solo momento. ¡Qué terror no la sobrecogerá á la sola idea de que quizás se expone á no tener participacion en su amor infinito! Por eso la palabra de amorosa amenaza que Jesus dirige á Pedro, es una especie de rayo que cae sobre su alma y la llena de espanto, respondiendo con más vehemencia al consentir en que le lave los piés, que la que tuviera al resistir, siendo ambas respuestas hijas del amor. (Crisóstomo, *Homil. 69, in Joan.*) Lleno, por tanto,

de amor y de temor, más terror le causó la idea de poder perder á Cristo, que asombro tuviera de ver á Dios humillado á sus piés, consintiendo en lo segundo por no verse expuesto á lo primero. (*Augustin., tractat. LVI in Joan.*)

Es claro y evidente que la humildad sin la obediencia no será virtud agradable al Señor; porque si Pedro, que por humildad no permite que su Maestro le lave los piés, oye de la boca de este mismo Maestro una sentencia tan terrible como la de verse privado de su amor, prueba es evidente que Dios no agradece ninguna obra, por virtuosa que aparezca, si no tiene su fundamento en la obediencia pronta y ciega á su voz. Á nosotros no nos pertenece examinar lo que Dios nos propone para que creamos, ni hemos de pretender comprender el por qué de cuanto Dios nos manda hacer. Lo que Él quiere es que obedezcamos con presteza y alegría, pues así seremos verdaderamente humildes; obrando de otro modo, seremos tan desgraciados como Saul, y nos exponemos, como sucede á los herejes é incrédulos, á no tener parte con Dios. Temamos, pues, si por haber parecido que una sola vez se queria apartar Pedro de la obediencia debida á su Maestro, y esto no por negligencia ó soberbia, sino por humildad, se le dijo que, persistiendo en su parecer, no tendria parte con Él. (*Basili, in Reg., n. 233.*) ¿A qué sentencia tan terrible no nos exponemos nosotros con tantas desobediencias formales, hijas del orgullo, que cometemos cada vez que ofendemos á Dios? Lloremos amargamente lo pasado, y precavamos el porvenir si queremos salvarnos.

3.º Habiendo cedido Pedro á las órdenes de Jesus, Éste le lavó los piés, haciendo otro tanto con los demás Apóstoles, sin exceptuar á Judas; y concluida esta humilde accion, tomó sus ropas, y sentándose á la mesa, dirigió á sus discípulos este razonamiento: «¿Sabeis lo

que he hecho con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy en realidad. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los piés, vosotros tambien debéis lavar los piés los unos á los otros. Porque ejemplo os he dado, para que del mismo modo que yo lo he hecho á vosotros, lo hagais tambien vosotros.» (*Joan., cap. XIII, versículos 12, etc.*)

No hay capacidad en el lenguaje humano para ponderar dignamente lo que encierran estas palabras de Jesucristo. No quiso el Maestro divino que nadie explicase la causa por qué se habia humillado á este oficio de lavar los piés á sus discípulos, sino que Él mismo lo declaró, diciendo que lo hiciera para darnos ejemplo: el humildísimo Jesus, para gloria de su Padre y suya, no esconde los tesoros que encierra; los publica Él mismo, confirmando á sus discípulos en las ideas sublimes que tenían sobre Él. *Me llamais*, les dice, *el Señor y el Maestro, y decís bien, pues soy el principio de todas las cosas y la Sabiduría eterna.* Efectivamente: en la tierra muchos hay que se llaman señores y maestros, no pasando el más culminoso de aquéllos de ser un saco de ceniza, de polvo y de basura, y el más sábio de éstos un necio, comparado con el Sér sapientísimo: sólo, pues, Jesucristo es verdadero Señor, Rey de Reyes y Dominador de los que mandan; sólo Jesucristo es Maestro, por ser Dios infinitamente sábio. Es Jesus mucho mayor y mucho más excelente que lo que podemos decir ni pensar; y si siendo esencial Señor y Maestro infinitamente poderoso y sábio se humilló hasta ejecutar el más vil y abyecto de los oficios, razon tuvo para decirnos que nosotros no debíamos desdeñarnos de hacer otro tanto; y esto con tanta más razon, cuanto nuestra pequeñez y miseria nos es natural é innata, sin que ninguno se exceptúe de esta condicion, por grande y sublimado que se vea exteriormente entre los hombres.

Por esto Jesucristo predicó con las palabras y con el ejemplo esta virtud, como que es la más esencial al hombre para salvarse; así nos enseña en esta acción que debemos prestarnos mutuamente todos los servicios de caridad representados en el más ínfimo de todos, socorriendo al menesteroso, visitando al enfermo, enseñando al ignorante y sacando del camino de perdición á nuestros hermanos que se extravían; y sobre todo, dice San Agustín (*tract. LVIII in Joan.*), perdonándonos mutuamente las ofensas, sin que quede en nuestros corazones resentimiento contra nuestros prójimos, ni memoria de sus agravios; porque así obraremos como Jesucristo, que, una vez perdonadas nuestras culpas, no vuelve á acordarse de ellas. (Ezequiel, XVIII, vers. 22.)

Verdaderamente se puede decir que Jesucristo no bajó del cielo sino para enseñarnos esta virtud, pues toda su vida es una escuela práctica de humildad, y sus palabras no respiran sino humildad. «Aprended de mí, dice, que soy manso y humilde de corazón; bienaventurados los pobres de espíritu;» es decir, los que no tienen espíritu hinchado y orgulloso. «Si no os hiciéreis como los niños, no entrareis en el reino de los cielos.» Todo esto y mucho más nos dijo Jesucristo para que comprendiésemos que la humildad es la que conserva la inocencia en los justos, y la que mantiene el espíritu de penitencia y dolor en los pecadores arrepentidos. En el cielo hay infinitos moradores; no todos son mártires, no todos fueron virginales, no todos brotaron ríos de elocuencia, no todos fueron extáticos en la contemplación; pero todos fueron humildes: los justos en su inocencia, los pecadores arrepentidos en su penitencia. Si queremos, pues, ser participantes de la gloria de Jesús, que es nuestro Señor y Maestro, es preciso que nos reconozcamos como sus esclavos, obedeciéndole con humildad, y que sigamos sus preceptos. No hay medio: ó ser humilde y vivir con Je-

sus, ó ser orgulloso y penar con Lucifer. No es preciso discurrir mucho para escoger entre partidos tan desiguales y contrarios, y que durarán cuanto dure Dios.

MEDITACION IV.

Jesús prepara á sus discípulos á la institucion del Santísimo Sacramento y á la Sagrada Comunión.

Desde que el Redentor empezó á enseñar á las turbas que lo seguían cuál era su misión en este mundo, se va echando de ver un deseo que anima su sagrado corazón de darse á conocer como Hijo de Dios, como hijo del hombre, y como alimento celestial que había de nutrir y fortificar á cuantos lo recibiesen. Así, después que obró el gran portento de la multiplicación de los cinco panes y dos peces (Joan., VI), habiendo ido las turbas en busca de Él, tomó ocasión para hablarlas de un pan misterioso; y recordándoles el que Moisés prometió á sus padres, dándosele Dios en el tiempo de la peregrinación por el desierto, les dijo que aquel pan no fué verdaderamente un alimento celestial, y que su Padre sería quien les daría realmente el pan bajado del cielo. Y como dudasen unos y murmurasen otros al oír estas palabras, Jesús añadió que Él era este Pan de la vida, bajado del cielo para que cualquiera que comiese de él no muera, sino viva eternamente. Y este pan, añade, que yo daré por la vida del mundo, es mi propia carne. Varias veces también habló á sus discípulos de un convite espléndido dado por un Rey á su hijo en el día de sus bodas, de una cena opípara preparada por un cierto hombre, habiendo convidado en uno y otro caso á cuantos quisieron entrar en el salón del banquete. (Math., XXII; Luc., XIV.)

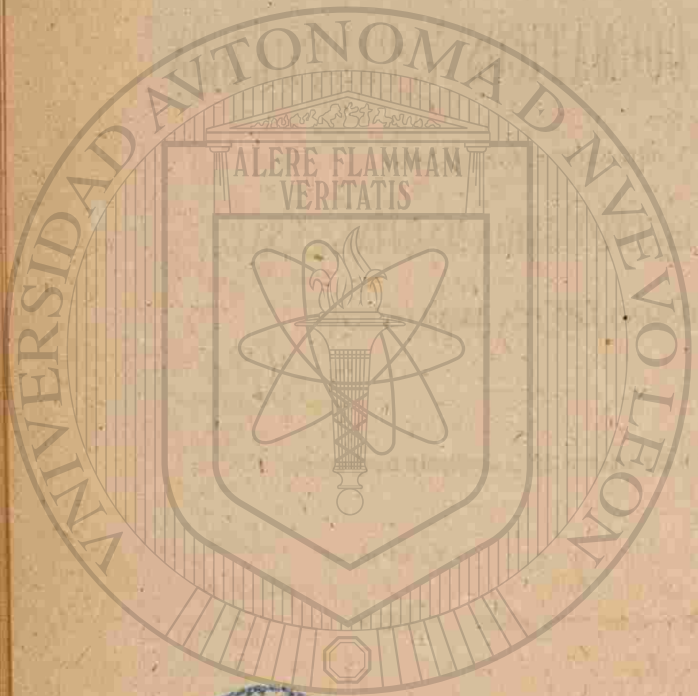
Pan divino, banquete regalado, mesa celestial y cena

BX 1756

.M3

S4

V. 2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

SERMON MORAL

SOBRE

LAS DIVERSIONES DE CARNAVAL.

*Religio munda et immaculata apud Deum
et Patrem hæc est... immaculatum se custo-
dire ab hoc sæculo.*

La Religión pura y sin mancha delante
de Dios... es ésta...: guardarse sin ser infi-
cionado de este siglo.

(EPIST. JACOBI, cap. 1, vers. 27.)

Si animadas por virtud divina las antiguas cenizas de Lucrecio y Epicuro viniesen á recorrer hoy dia los teatros, las casas y calles de nuestra hermosa ciudad, ¿qué juicio formarían de nosotros, despues de haber estado en el reino de la verdad, despues de haber obtenido el convencimiento de la nulidad de los principios sensuales que establecieron cuando en la tierra tuvieron el nombre de filósofos, despues de haber experimentado en sí cuán caros les cuestan en el otro mundo los cortos momentos de placer de que aquí gozaran, al ser testigos oculares de tanta escena lúbrica como hoy se representa en los teatros, de tantas ridiculeces como se dejan ver en nuestras calles, y de tantas abominaciones como se cometen á la sombra de un papel con que el hombre encubre la parte más noble de su cuerpo, el rostro, expresion de la divinidad? Despues de ver y examinar estos hechos con mira-

008612

da filosófica, «los hombres, dirían, han perdido el juicio.» Más dirían todavía: la semejanza que tienen los festejos de nuestra época con las saturnales de sus días, los disfraces con que simulan engañarse mutuamente los individuos de uno y otro sexo, la desvergonzada osadía é incalculable impudencia con que se han dejado ver entre nosotros execrables farsantes, les harían prorumpir sin duda en estas frases: «El mundo es siempre el mismo; hoy día son los hombres tan malos como en nuestro tiempo; son peores todavía, porque nosotros, negando la inmortalidad, nos entregábamos á toda lujuria, creyendo que en eso estaba la dicha del hombre; son más inícuos, pues Dios les demostró la verdad y les enseñó la luz que nosotros no viéramos: han visto palpables nuestros errores, y con todo obran como si fueran nuestros discípulos.»

Así hablarían indudablemente, hasta que una feliz casualidad los trajese al vestíbulo de este templo; entonces, arrastrados hasta lo interior del santuario por las suaves armonías con que resuenan sus bóvedas, detenidos al contemplar la compungida actitud de los que están en este sagrado recinto, admirados en presencia de los virtuosos ministros que ofrecen el incienso de las oraciones al Altísimo, iluminados quizá con uno de esos rayos que despide la soberana majestad que habita en ese tabernáculo, exprimirían de otro modo el estado actual del mundo, y no podrían ménos de decir que la tierra está ocupada por locos y cuerdos, por ignorantes y sábios, por incrédulos y creyentes, por hombres que cultivan la virtud y adoran á Dios con pureza de corazón, y por otros que siguen á bandera desplegada el sistema de la corrupción, no obstante haber sido convencido de erróneo y perjudicial al que lo profesa.

Mas ¿quiénes son los locos, los ignorantes, los incrédulos y los que viven alistados en la enseña de la carna-

lidad? Los mundanos, los hijos del siglo. ¿Quiénes los cuerdos, los sábios, los creyentes y los verdaderos adoradores del Señor? Los que profesan la Religion sin mancha, aquella que prescribe el retiro, el silencio, la fuga del mundo y sus espectáculos; aquella que nos manda no dar rienda suelta á las pasiones, no halagar demasiado al sentido, reprimir sus ímpetus y sujetar á la razón los movimientos poco conformes con la ley divina. Esta resolución dieran hoy día aquellos anticuados patriarcas de la sensualidad, si volviesen al mundo, canonizando en seguida vuestra piedad, y diciendo con el apóstol Santiago: «La Religion pura y sin mancha delante de Dios, es ésta...: guardarse sin ser inficionado de este siglo.» *Religio munda*, etc., etc.

No creáis, señores, que vengo dispuesto á hablar por medio de apólogos y tipos; he puesto en los labios de unos filósofos, cuya memoria apenas existe, una sentencia dictada por la razón y la fé, y no se crea que voy á exponer la verdad rebozada entre figuras que la quiten la eficacia que ella tiene por su naturaleza. Salgo al campo á cara descubierta, teniendo por armas y escudo la palabra divina; y ayudado de ella, expondré á vuestra consideración verdades de alta importancia, verdades que os afirmarán en las religiosas ideas que os han traído en este momento al templo santo, y os infundirán un santo horror hácia las locuras de los mundanos. Seguid la ruta que esta luz os demarque, y á pesar del error que quiere invadir hoy día al espíritu humano, habeis de palpar su admirable contraste, aún entre los que profesan una misma religion; vereis la locura del paganismo, elevándose como planta parásita junto al robusto tronco de la sociedad cristiana, para absorberla todo su vigor; vereis la lucha que han trabado la inmoralidad y la santidad: aquélla queriendo sofocar todo germen de virtud, valiéndose para ello de todas las armas de la carne, ésta

resistiendo á sus tentativas con las armas del espíritu; vereis á hombres que pretenden nivelarse por sus excesos con los irracionales; vereis á otros que se encumbran con sus oraciones hasta las regiones del cielo. En una palabra: observareis el contagio de la carne en cuantos se entregan á las locuras del Carnaval, contrastando con los que, para desagraviar á Jesus sacramentado, vienen hoy al templo á hacer oracion. Voy á descubrirlos todo lo criminal de los primeros, para que pertenezcais siempre al número de los segundos. Roguemos ántes al Señor para que nos dé su gracia.

AVE MARÍA.

La Religion de Jesucristo, tan enemiga es del rigorismo como de la laxitud, guardando en todas las cosas un medio, y condenando los extremos, que casi siempre tienen su principio en el fanatismo y el error. Dada por el Padre de misericordia á hombres viadores, constituidos en un valle de lágrimas, no reprueba las alegrías inocentes, ni los momentos solaces, condenando tan sólo los abusos; de tal modo, que las diversiones moderadas son un acto meritorio, si son dirigidas á Dios, y si nos contemos en los límites de la razon. Si así no fuese, era preciso que siempre se viera nuestra hermosa frente oscurecida bajo el peso de la tristeza, que nuestras cejas y párpados no se moviesen sino á manera de los de la fiera solitaria, que nuestros lábios no pronunciasen palabras de consuelo, que huyésemos de la sociedad y nos enterrásemos en cavernas, y entónces el mundo quizá estaria poblado de hipócritas; entónces nuestra razon se pareceria á las montañas del polo, siempre cubiertas de tristes y eternas brumas. Si así no fuese, no viéramos

canonizados aquellos frugales banquetes de los antiguos patriarcas, en los cuales, ni faltaba el vino que alegra el corazon del hombre, ni se perdonaba al ternero para obsequiar á los convidados; tampoco serian dignos de la historia divina aquellos coros de danzas, que al son del tímpano y la cítara electrizaban al pueblo santo, despues de haber recibido de Dios algun beneficio señalado, como fuera aquel en que María, hermana de Moisés, con otras sus compañeras, saliera al encuentro á todo el ejército de los hebreos, modulando suavísimas sinfonías, al paso que el gran caudillo entonaba el cántico del Mar Rojo, inmortalizando la memoria de las maravillas del Señor. Méenos hubiera llegado á nuestra memoria aquel uso antiguo de celebrar los enlaces nupciales con convites de ocho dias, como lo hicieran Abraham, Isaac, Tobías y otros justos, y mucho méenos nos dijera el Espíritu Santo que «está bien que coma el hombre, beba y disfrute alegremente de su trabajo, con que se fatigó él mismo, durante los dias que Dios le dió. Y que á todo hombre á quien Dios dió riquezas y hacienda y facultad para que coma de ellas y disfrute su parte, y se alegre de su trabajo; esto es don de Dios. Porque no se acordará mucho de los dias de su vida, por cuanto Dios hinche su corazon de alegría.»

No prohíbe Dios los placeres inocentes, ni las alegrías moderadas, ni las diversiones que no son contrarias á la moral; si ha habido rigorismo en el particular, la han dado á luz hombres fanáticos. ¿No veis á los fariseos del Evangelio? Se glorían de ayunar dos veces en la semana, de pagar al Señor los diezmos y primicias, hacer limosnas á son de clarín, ponerse á orar en los ángulos de las plazas, se colocan en las prominencias del templo; no quieren arrimarse á un pecador porque temen ser amancillados, ¡hipócritas! al mismo tiempo imponen al pueblo un yugo insoportable, que se guardan muy

bien de tocarlo ellos con la punta de su dedo; para ayunar prescriben que es necesario mostrar un rostro macilento y triste, como si la alegría y la amabilidad no fuesen hijas legítimas de la verdadera virtud. No es así, señores. Jesucristo, de cuya sabiduría no podemos dudar, y cuyas acciones son nuestro modelo, jamás mostró su rostro fruncido, sino lleno de un candor apacible y de una dulzura que atraía á los pecadores; y en vez de hacer odiosa la regularidad de las costumbres, nos dice claramente que nos lleguemos á Él todos los que padecemos trabajos y estamos angustiados, para encontrar alivio y consuelo; nos manda que llevemos el yugo de su ley, pues es suave, y su carga ligera: *Jugum meum suave est, et onus meum leve.*

Si Jesucristo reprueba aquella rigidez afectada que proviene algunas veces de la hipocresía, ¡cuánto más condenará el extremo opuesto, la licencia de la carne! ¡Ah! Debiéramos ilustrarnos con cordura en los principios religiosos, para que supiésemos cuán amable es la Religión. No se crea que el silencio, el retiro y la oración hacen al hombre misántropo; una inocente sonrisa, una igualdad constante en el ánimo, una efusión de sentimientos caritativos para con todos, son en general las señas características de los hombres sólidamente religiosos. Dulce es la soledad, y sus encantos absorben al hombre entregado á Dios; más dulce todavía es la consideración de los misterios de la Religión, en los cuales un como néctar divino inunda todas las partes del ánimo al ver á un Dios de majestad convertido en objeto de amor y cariño desde que nace en Belén hasta que espira en el Calvario, resucita y sube al cielo. Quien piense seriamente en estas maravillas, es más feliz que todos los hombres juntos, y casi goza en la tierra de la bienaventuranza del cielo; porque esta consiste esencialmente en amar y ser amado de Dios, ¿no es verdad? Pues bien; decid á una alma extasia-

da en la contemplación de estas maravillas que su hermano se encuentra fluctuando entre olas de amargura, y vereis que deja al Criador por la criatura, el reposo por la fatiga, las delicias del amor divino por los trabajos del amor del prójimo. Si éste se halla desnudo, aquél se despojará alegremente de su túnica para cubrirlo; si está herido, él le aplicará aceite y vino á las llagas, derramando al mismo tiempo el suave bálsamo del consuelo en el alma atribulada. ¡Ah! El mundo critica á los hombres virtuosos, porque no los conoce, ni puede conocer; entregado á espectáculos bulliciosos, á convites y saraos y á cuanto deleita el sentido, no le es dado comprender que el hombre más amable, aquel cuyo corazón vive siempre en un horizonte risueño, aquel que no puede estar en contacto con sus hermanos sin infundirles consuelos y proporcionarles alivio en los trabajos, es el hombre virtuoso, que teme á Dios y ama á los hombres con amor de hermano. Es decir, amados míos, que hay una alegría que excede á todas las alegrías mundanas, y ésta no puede proceder sino de la conciencia pura y del espíritu divino, cuyos frutos son, según el divino Pablo, la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la mansedumbre, la bondad, la longanimidad, la fé y la continencia.

¿Y tienen algo de semejanza con estos goces divinos esas alegrías mundanas á que locamente se entregan los cristianos en los días que preceden al santo tiempo del ayuno? Son ciertamente reprehensibles aquellos que se entregan al extremo opuesto de la rigidez afectada que profesáran los fariseos. Pero ¿no son más damnables los que obran en sus diversiones como el caballo que carece de entendimiento, para servirme de la expresión del Profeta? ¡Ah! Sí ciertamente; un hombre hipócrita podrá perpetrar en su corazón, ó quizá con la acción, crímenes grandes contra la ley divina; mas al mismo tiempo hará mil esfuerzos para no perder en el concepto de los demás la

opinion que de él se tiene; aunque no sea más que por motivos puramente humanos y filosóficos, tendrá un continente austero y moderado, palabras cortas, modales severos, no obstante que su corazón esté envuelto en rapiñas é iniquidades; pero el hombre escandaloso, el que abiertamente se entrega á la licenciosa vida, no es así; roto una vez el valladar de la vergüenza, desapareciendo los miramientos de la sociedad, suelta ya la rienda del temor del público ofendido, nada contiene al hombre: no sólo comete él excesos abominables, sino que enseña á los demás á que le imiten. Señores, detestable es un hipócrita, porque adopta el oficio de engañar como ocupación cotidiana; pero si me viese yo precisado á vivir con hipócritas ó con licenciosos, yo escogería habitar entre los primeros, pues siendo consecuentes en sus máximas, al ménos no me darian escándalo, no me enseñarian el camino del crimen con sus palabras y acciones; si no lo hicieran por Dios, lo harian á lo ménos por pasar en presencia de mi razón por hombres de probidad.

¿Empezais ya á penetrar toda la malicia que encierran esas reuniones de hombres en que la ficción va unida al desenfreno? Hubiera yo querido encontrar algun extremo por donde aminorar su culpa, pero no há lugar; se halla reunido en ellos todo lo más abominable á los ojos de Dios y á los de la sociedad, los dos extremos que nos apartan infinitamente, aunque por diversos caminos, de la Religión pura y sin mancilla, la hipocresía y la disolución. Sí, la hipocresía: ¿no veis á ese fantasma, que recorre las calles en figura grotesca, haciendo mil contorsiones y gestos, pronunciando frases ridículas, llevando tras de sí el vulgo, que lo aplaude, quizá deteniéndose en los ángulos de las plazas, chispeando algunas palabras voluptuosas, que como á traición le salen del gran volcan de lujuria que arde bajo de un vestido anticuado, emblema del pasado honor y bizarría de nues-

tros mayores? Sabed que es un hombre que apenas se atreviera á cometer una falta de educación delante de sus iguales, por no parecer grosero. ¿Veis aquél que va remedando los años juveniles en todos sus movimientos, diciendo palabras picantes y chistosas á personas de otro sexo? Es un... ¡ah! levantadle la mascarilla que lo oculta, y encontrareis con sorpresa una frente arrugada, unos ojos lívidos, unos lábios sin animación. Si no se hubiese cubierto las canas venerables que caen sobre sus sienes, jamás se habria atrevido á parecer licencioso en presencia del público, por no ser tenido por un viejo libertino. Seguid á esa turba que corre en todas direcciones. ¡Qué horror! Hay en el número de ella jóvenes que apenas han concluido el tercer lustro de su existencia, doncellas que están iniciándose en la gran carrera de la vida: los unos aún no se han despojado del honor de la virtud y de las impresiones del honor inocente por la cual acaban de pasar; las otras aún no han marchitado la flor del candor virginal que hermosea su frente; pero ¿los conoceis acaso? Allí va aquel jóven que en actitud de sumisión se presentaba pocos días ántes ante sus maestros y mayores; allí va la vírgen inocente que apenas se atrevia á levantar sus ojos cuando la dirigíais la palabra; ahora todos miran con altivez y hablan con arrogancia; la timidez, el candor, todo ha desaparecido entre las trasformaciones de los trajes y las sombras con que se encubre la fisonomía. Seguramente que un pincel delicado perderia el tiempo en darnos á luz el retrato de la hipocresía, pues lo tenemos delineado á lo vivo en cuantos encubren su rostro para salir al público, diciendo y haciendo cosas que los avergonzarian si se les escapasen sin reflexión, hallándose en su traje natural y á cara descubierta.

Pero ¿qué hipocresía es ésta? Es una hipocresía monstruosa, que el demonio no pudo inventar sino des-

Por esto Jesucristo predicó con las palabras y con el ejemplo esta virtud, como que es la más esencial al hombre para salvarse; así nos enseña en esta acción que debemos prestarnos mutuamente todos los servicios de caridad representados en el más ínfimo de todos, socorriendo al menesteroso, visitando al enfermo, enseñando al ignorante y sacando del camino de perdición á nuestros hermanos que se extravían; y sobre todo, dice San Agustín (*tract. LVIII in Joan.*), perdonándonos mutuamente las ofensas, sin que quede en nuestros corazones resentimiento contra nuestros prójimos, ni memoria de sus agravios; porque así obraremos como Jesucristo, que, una vez perdonadas nuestras culpas, no vuelve á acordarse de ellas. (Ezequiel, XVIII, vers. 22.)

Verdaderamente se puede decir que Jesucristo no bajó del cielo sino para enseñarnos esta virtud, pues toda su vida es una escuela práctica de humildad, y sus palabras no respiran sino humildad. «Aprended de mí, dice, que soy manso y humilde de corazón; bienaventurados los pobres de espíritu;» es decir, los que no tienen espíritu hinchado y orgulloso. «Si no os hiciéreis como los niños, no entrareis en el reino de los cielos.» Todo esto y mucho más nos dijo Jesucristo para que comprendiésemos que la humildad es la que conserva la inocencia en los justos, y la que mantiene el espíritu de penitencia y dolor en los pecadores arrepentidos. En el cielo hay infinitos moradores; no todos son mártires, no todos fueron virginales, no todos brotaron ríos de elocuencia, no todos fueron extáticos en la contemplación; pero todos fueron humildes: los justos en su inocencia, los pecadores arrepentidos en su penitencia. Si queremos, pues, ser participantes de la gloria de Jesús, que es nuestro Señor y Maestro, es preciso que nos reconozcamos como sus esclavos, obedeciéndole con humildad, y que sigamos sus preceptos. No hay medio: ó ser humilde y vivir con Je-

sus, ó ser orgulloso y penar con Lucifer. No es preciso discurrir mucho para escoger entre partidos tan desiguales y contrarios, y que durarán cuanto dure Dios.

MEDITACION IV.

Jesús prepara á sus discípulos á la institución del Santísimo Sacramento y á la Sagrada Comunión.

Desde que el Redentor empezó á enseñar á las turbas que lo seguían cuál era su misión en este mundo, se va echando de ver un deseo que anima su sagrado corazón de darse á conocer como Hijo de Dios, como hijo del hombre, y como alimento celestial que había de nutrir y fortificar á cuantos lo recibiesen. Así, después que obró el gran portento de la multiplicación de los cinco panes y dos peces (Joan., VI), habiendo ido las turbas en busca de Él, tomó ocasión para hablarlas de un pan misterioso; y recordándoles el que Moisés prometió á sus padres, dándosele Dios en el tiempo de la peregrinación por el desierto, les dijo que aquel pan no fué verdaderamente un alimento celestial, y que su Padre sería quien les daría realmente el pan bajado del cielo. Y como dudasen unos y murmurasen otros al oír estas palabras, Jesús añadió que Él era este Pan de la vida, bajado del cielo para que cualquiera que comiese de él no muera, sino viva eternamente. Y este pan, añade, que yo daré por la vida del mundo, es mi propia carne. Varias veces también habló á sus discípulos de un convite espléndido dado por un Rey á su hijo en el día de sus bodas, de una cena opípara preparada por un cierto hombre, habiendo convidado en uno y otro caso á cuantos quisieron entrar en el salón del banquete. (Math., XXII; Luc., XIV.)

Pan divino, banquete regalado, mesa celestial y cena

opípara eran palabras que salieron muchas veces de los labios de Jesus y manifestaban lo que encerraba su corazón. Quería preparar los ánimos de sus discípulos para el gran convite, donde cada uno de los asistentes tuviese, no una parte de comida señalada, sino todo entero el Cordero de Dios, embriagándose en el vino de su amor, y empapando toda su cabeza en el precioso aroma del óleo de la caridad. (Psalm. xxii, versículos 7 y 8.)

Grande y de incalculable importancia debía ser este convite, cuando, por una parte, era su idea como el pensamiento íntimo de Jesus, y, por otra, este Dios sapientísimo empezó á hacer los preparativos para su institución tan pronto como dió principio á su predicación. Y realmente es así; porque si bien todas las obras de Dios son maravillosas, hay algunas en que resplandece de un modo sorprendente toda la sabiduría y omnipotencia con los demás atributos de la Divinidad.

Precisamente el misterio de la Sagrada Eucaristía era el compendio de todos los prodigios del amor divino hácia el hombre. No es, pues, extraño que Jesus hable tantas veces á las turbas del amor de Dios hácia los hombres, de la necesidad de comer la carne y beber la sangre de la víctima de propiciación; la obra era grande: se trataba nada ménos que del exceso del amor divino, del esfuerzo de su omnipotencia, y pensaba de continuo en ello el amable Jesus. Así es que, despues de haber hablado tantas veces del convite celestial, en que Él sería el manjar, llegado el momento, mandó á los dos discípulos que más se distinguían por el amor al Maestro, á fin de que preparasen cuanto convenia para el convite legal que habia de preceder al del amor; así es tambien que, apenas se sienta Jesus á la mesa, pronuncia una sentencia inflamada en amor, y viene á ser como el desahogo de un corazón largo tiempo oprimido por un deseo que se ve cumplido, ó á punto de realizarse, diciendo á sus discípulos:

«Vehementemente he deseado comer esta Pascua con vosotros.» (Lucæ., xxii, vers. 15.)

¡Ay adorable Jesus mio! Bien sé yo que aquel salon engalanado, tapizado y festoneado de flores, que quisiste se os preparase para la última cena, era la figura de lo que ha de ser mi alma para recibiros. Lo sé, Dios mio, y me horrorizo al considerar cuán indignamente os he recibido en mi pecho, lleno de las inmundicias del amor del mundo, infecto con las hediondas heces de la carne, y oscurecido todo con los vapores del orgullo. Yo quisiera morir de dolor cada vez que considero que no os he recibido dignamente; pero Vos sois Padre de misericordia, y espero de Vos, no sólo que me perdonareis, sino que me dareis tanta gracia, que me purifique de toda mancha, y formando en mí un corazón nuevo y puro, sea un santuario donde no éntre más afecto que el vuestro, ¡oh amabilísimo Jesus! Así os lo prometo, y así lo espero de vuestra misericordia.

2.º Veia Jesucristo lo más íntimo de los corazones de los hombres, y sabía perfectamente el estado en que estaban los de sus Apóstoles. Amaban éstos á su Maestro con ternura, y cuando algunos de los que le seguían agregados al número de sus discípulos le abandonaron, pareciéndoles dura la sentencia que oyeron de Jesus sobre comer sus carnes, el Maestro preguntó á los doce Apóstoles si ellos tambien tenían voluntad de retirarse; á lo cual respondió Pedro por todos, diciéndole que ellos creían que era el Cristo Hijo de Dios, que sus palabras eran de vida, no pudiendo encontrar léjos de Él lo que en Él tenían. (Joan., vi, 69.) Sabían, por lo tanto, que tenían que comer la carne del Hijo del hombre y beber su sangre, para alcanzar la vida eterna; sabían que esta carne era verdadero manjar y la sangre verdadera bebida. Así se lo habían oído decir á su Maestro (cap. vi, vers. 54); y aunque ignorasen el modo, no por eso de-

jaban de creerlo, pues les bastaba la palabra del Hijo de Dios.

Perseverando, pues, en esta fé, y siguiendo constantes á su Maestro, llegó el momento en que iban á participar por primera vez de los misterios divinos, comiendo aquella carne y bebiendo aquella sangre. Y para prepararlos á tan admirable convite, les lavó los piés, dándoles una lección práctica de la más profunda humildad, para en seguida darles otra, también práctica, de la más sublime caridad. En la contienda amorosa que medió entre el Maestro y el primero de sus discípulos al lavarle los piés, se echa de ver que todos ellos, ménos uno, estaban en gracia; pero al mismo tiempo se advierte que, esto no obstante, necesitan de que se les laven los piés por las manos de Jesus. (Joan., xiii, 10.)

Raciocinemos, pues: el Sacramento que iban á recibir los Apóstoles es un Sacramento de amor, y para recibirlo dignamente es preciso que el corazón humano se desprenda de todo amor terreno, y purificándose hasta del polvo de la tierra, se inflame todo en el amor de Dios, y así se acerque á Él. Los piés, que es con lo que inmediatamente tocamos á la tierra, indican, dice San Agustín (*Tract. lvi in Joann.*), los afectos humanos, sin los cuales no vivimos en este mundo. Está lavado el que vive en gracia de Dios sin cometer pecados graves; su cabeza, es decir, su intención está limpia; sus manos, es decir, sus obras, también lo están; pero los piés no pueden estar limpios del todo, porque algunas veces cede el ánimo á la vanidad más de lo que conviene, y si Cristo no los lava, no podemos tener parte en Él.

Si Jesucristo con sus manos lava á sus discípulos para que sean dignos de recibirle, señal es que, sin su gracia, nada podemos en orden á nuestra santificación; señal es también que quiere el Señor que nos prestemos con docilidad á ejecutar lo que para conseguirla Él mismo nos

prescribe. ¿Lo haces tú, alma mía? ¿Lo has hecho siempre? ¿Lo harás en lo sucesivo? Hé aquí tres pensamientos que me agitan: miro á lo pasado, y veo que no he hecho más que lavar mis manos, como los fariseos hipócritas, buscando nada más que la limpieza exterior, las apariencias y el pasar por bueno entre los hombres, al mismo tiempo que mi interior, mi corazón, era un sepulcro hediondo, con los afectos del mundo y de la carne. Investigo lo presente, y advierto que mi amor al Señor no es estable; que el mundo, con sus vanidades, me cautiva; que la carne, con sus apetitos desordenados, me quiere arrastrar, y entre tanto la sangre de Jesus baña mi lengua, la carne de Jesus se encierra en mi pecho. ¡Ay de mí, pobre pecador! Miro también al porvenir, y temo que seré tan malo como he sido hasta hoy, siendo para mí la comida celestial, no ya para mi inmortalidad dichosa, sino para mi juicio y condenación.

Pero yo creo también ¡oh amabilísimo Jesus! que quien ha lavado con su sangre las ingratitudes de todo un mundo, bien puede lavar y borrar las de un solo pecador, haciendo de él un vaso de honor y de gloria, ya que hasta hoy lo ha sido de ignominia. ¿Quién sino tú, diré con el Santo Job, podrá limpiar al que fué concebido de semilla corrompida? Ten misericordia, pues, de mí, ¡oh Dios mío! según la muchedumbre de tus piedades; lávame más y más de mi iniquidad, para que te sea aceptable el sacrificio de justicia. Así clamaré sin cesar al Señor, y esperaré que me perdone las culpas pasadas y me preserve de caer en otras, pues así será mi corazón el Santuario donde habite mi amado Jesus, recibéndolo dignamente.

3.º No se contentó Jesucristo con disponer á sus discípulos para la gran cena, exhortándolos en general al amor mútuo y enseñándoles cuál es la verdadera caridad, y trayéndoles á la memoria el deseo que tenía, y que muy

de antemano les habia manifestado, de darse todo á los hombres, ofreciéndose en sacrificio por ellos. (Lucæ, xii, 50.) A más de dirigirse á todos en general, lo hace tambien lavando á cada uno en particular los piés; por este medio Jesus se dirige inmediatamente al corazon de cada uno, excitando en él los más tiernos afectos, sobre todo el de la reciprocidad hácia un amor tan heróico como el de Jesus, á quien debemos amar, porque Él nos ha amado primero. ¡Ah! Cuando Jesus pasaba sus santísimas manos por las plantas de los piés de los Apóstoles, cuando se los enjugaba, cuando se los besaba y abrazaba con ternura, aquellos corazones se derretian en amor hácia tan dulce Maestro, y sus ojos no podian ménos de derramar abundantes lágrimas de compuncion, de gratitud y de amor, y excitando en cada uno de ellos estos afectos, los disponia á la Sagrada Comunión.

Pero sigamos al amable Jesus en esta obra; consideremos cuánto hace con uno de sus discípulos; cada uno de ellos, empezando por Pedro, ama en aquellos momentos á su Maestro con un afecto puro y generoso, á impulsos del cual todos dicen unánimes que se hallan dispuestos á morir por Jesus (Math., cap. xxvi, vers. 35). Pero entre estos doce hay uno á quien tambien se dirige Jesus, y á cuyo corazon habla. En el trascurso de la cena Jesus echa en cara á todo su colegio un crimen que uno de su número habia proyectado. Nada les oculta Jesus en el particular, manifestándoles la trama urdida contra Él, el cumplimiento de lo que habian anunciado los Profetas (Psalm. i, vers. 10), la desgracia del que iba á consumir un crimen tan horroroso, su ingratitud espantosa y su eterna ruina. ¿Y con qué fin el amable Jesus desarrolla en presencia de sus Apóstoles el abominable proyecto del traidor? Jesus iba á darle su sagrado cuerpo, como prenda de amor y de vida eterna, y como medio el más eficaz para producir en su alma el arrepentimiento.

Para eso le pone delante de los ojos un cuadro horroroso de ingratitud, mostrándole en esto que era Dios y que le interesaba su salvacion como la de los demás Apóstoles, supuesto que no omitia ningun medio para convertirlo. (*Augustin, Tract. lxxii in Joann.*)

Trabajaba, por lo tanto, el dulcísimo Jesus por preparar á un pecador por medio de la conversion para que lo recibiese dignamente: así se dirige tambien á lavarle los piés, como lo hiciera con los demás. Pero ¿quién no se horroriza al ver el endurecimiento de Judas? No ha habido uno que no se haya conmovido al ver á su Maestro postrado á sus piés; sólo Judas permanece insensible; y mientras Jesus pasa sus benditas manos por aquellos piés que corrian á la perdicion, Judas lo mira con ceño sombrío, con actitud inmóvil, pensando quizás que muy pronto iba á recibir una recompensa por entregarlo á la Sinagoga: así el tigre dirige una mirada fija y sanguinaria al cordero que tiene delante, cuyo más pequeño movimiento espía, deleitándose y relamiéndose de antemano en su sangre. Si Judas no rechaza á Jesucristo de sus piés, es porque cree que disimulando concluirá mejor sus operaciones solapadas y alevés.

¡Ay! Cuanto hace Jesus con Judas para disponerlo á la Comunión por medio de una conversion sincera, lo ejecuta tambien con los pecadores, y lo ha hecho mil veces conmigo mismo. Esas inspiraciones continuas que el Señor nos manda, representándonos cuanto ha padecido por salvarnos, esas fuertes aldabadas que se oyen en nuestro corazon cuando pecamos, ¿qué otra cosa son sino llamadas de Jesus, avisos de Jesus, que nos dice que le hemos vendido por un vil placer, y que si no hacemos penitencia, caminamos con paso veloz al infierno? ¡Oh cuántos Judas hay en la tierra que, vistiéndose con el manto de la hipocresía, no rechazan públicamente á Jesus, maquinando contra Él abominables traiciones! ¡Cuán-

tos hay que reciben de Dios beneficios sin cuento, y endurecidos levantan su calcañar contra su divino Bienhechor, hollando su santísima sangre!

¿Y te hallarás tú entre estos, alma mia? El Hijo de Dios se ha humillado infinitamente por tí; míralo postrado á tus piés para lavártelos, para purificarte de todas tus iniquidades. ¿Permitirás que se levante sin llevar el consuelo de tu docilidad? ¿Serás tan de piedra que no te conmuevas, que no te derritas en lágrimas de dolor y de amor, á un amor tan sublime? ¡Jesus mio! Si preveís que semejante caso ha de llegar, quitadme la vida, porque más quiero morir que ofenderos. Vos sois mi Rey y mi Señor, y yo un pobre miserable; ya que os dignais visitarme, haced lo que hacen los grandes del mundo cuando van á casa de un desgraciado indigente, enviando ántes cuanto es necesario para hospedarse en su desmantelado hogar. Dadme, pues, vuestra gracia; yo os entrego mi corazón, mi alma, mis potencias; santifica, pues, tu habitación, ¡oh buen Jesus! purificala de la malicia, y llénala de la gracia; así, comiendo tu sagrado Cuerpo, viviré de tí, viviré por tí, llegaré á tí, y descansaré en tí. (S. Aug. Mann., cap. xi.)

MEDITACION V.

Jesus instituye el Santísimo Sacramento.

1.º Despues de haber Jesucristo ejecutado un acto de tan profunda humildad como fué lavar los piés á sus discípulos, volvió á ocupar su asiento en medio de ellos, para dar fin al Testamento Antiguo, trasladando á la vez el sacerdocio y la ley, é instituir aquel sacrificio inmaculado que habia anunciado Dios por su Profeta que se le habia de ofrecer en toda la tierra. Cuán grande sea este acto heroico del amor de Jesus, lo exprime el Evangelista

diciendo que habiendo amado Jesus á los suyos, en el fin de su vida los amó con especialidad. Porque realmente en la institucion del augusto sacrificio del altar, Dios, como explica nuestra santa Madre Iglesia, parece que abrió las cataratas que encerraban su misericordia, y derramó de una vez todas las riquezas de su amorosa piedad. (Tridentino, sesion 13, cap. ii.)

Si pudiéramos hablar de Jesus como hablamos de los hombres, diríamos que su corazón se veia comprimido entre dos deseos que lo atormentan, queriendo volver á su Padre y quedarse al mismo tiempo con sus hermanos. En efecto: Jesus se halla en vísperas de cumplir su mision, despues de la cual resucitará triunfante y subirá á los cielos á sentarse á la diestra de su Padre; pero si el derecho que tiene á la gloria del Padre por su generacion eterna lo llama al cielo, el amor infinito que profesa á sus hermanos los hijos de Adan lo arrastra hácia la tierra, donde les ha prometido que ha de estar con ellos hasta la consumacion de los siglos. Estos dos afectos animan el corazón de Jesus, y lo atormentarian por la imposibilidad de su realizacion, á no ser Jesus al mismo tiempo Dios y hombre. Concluyó, pues, de abrir en esta ocasion los tesoros de su Sabiduría increada, poniendo en práctica lo que desde la eternidad le prometia y daba su Padre con la generacion, el sacerdocio segun el orden de Melquisedech; sacerdocio que habia de ejercer en su sagrada humanidad, no tomando ni víctima ni sangre ajena, sino la suya propia, para que, identificada la víctima con el sacerdote, aplacase con un solo acto al Padre airado, se sentase luégo á su diestra, viviendo siempre para interceder por los hombres, y estuviese al mismo tiempo con éstos, cumpliéndose así tambien la voluntad del mismo Padre, que era dar cuanto tenia á los hombres, dándoles su Hijo. (Roman., cap. viii, vers. 32.)

Para llenar cumplidamente este deseo de quedarse con

tos hay que reciben de Dios beneficios sin cuento, y endurecidos levantan su calcañar contra su divino Bienhechor, hollando su santísima sangre!

¿Y te hallarás tú entre estos, alma mia? El Hijo de Dios se ha humillado infinitamente por tí; míralo postrado á tus piés para lavártelos, para purificarte de todas tus iniquidades. ¿Permitirás que se levante sin llevar el consuelo de tu docilidad? ¿Serás tan de piedra que no te conmuevas, que no te derritas en lágrimas de dolor y de amor, á un amor tan sublime? ¡Jesus mio! Si preveís que semejante caso ha de llegar, quitadme la vida, porque más quiero morir que ofenderos. Vos sois mi Rey y mi Señor, y yo un pobre miserable; ya que os dignais visitarme, haced lo que hacen los grandes del mundo cuando van á casa de un desgraciado indigente, enviando ántes cuanto es necesario para hospedarse en su desmantelado hogar. Dadme, pues, vuestra gracia; yo os entrego mi corazón, mi alma, mis potencias; santifica, pues, tu habitación, ¡oh buen Jesus! purificala de la malicia, y llénala de la gracia; así, comiendo tu sagrado Cuerpo, viviré de tí, viviré por tí, llegaré á tí, y descansaré en tí. (S. Aug. Mann., cap. xi.)

MEDITACION V.

Jesus instituye el Santísimo Sacramento.

1.º Despues de haber Jesucristo ejecutado un acto de tan profunda humildad como fué lavar los piés á sus discípulos, volvió á ocupar su asiento en medio de ellos, para dar fin al Testamento Antiguo, trasladando á la vez el sacerdocio y la ley, é instituir aquel sacrificio inmaculado que habia anunciado Dios por su Profeta que se le habia de ofrecer en toda la tierra. Cuán grande sea este acto heroico del amor de Jesus, lo exprime el Evangelista

diciendo que habiendo amado Jesus á los suyos, en el fin de su vida los amó con especialidad. Porque realmente en la institucion del augusto sacrificio del altar, Dios, como explica nuestra santa Madre Iglesia, parece que abrió las cataratas que encerraban su misericordia, y derramó de una vez todas las riquezas de su amorosa piedad. (Tridentino, sesion 13, cap. ii.)

Si pudiéramos hablar de Jesus como hablamos de los hombres, diríamos que su corazón se veia comprimido entre dos deseos que lo atormentan, queriendo volver á su Padre y quedarse al mismo tiempo con sus hermanos. En efecto: Jesus se halla en vísperas de cumplir su mision, despues de la cual resucitará triunfante y subirá á los cielos á sentarse á la diestra de su Padre; pero si el derecho que tiene á la gloria del Padre por su generacion eterna lo llama al cielo, el amor infinito que profesa á sus hermanos los hijos de Adan lo arrastra hácia la tierra, donde les ha prometido que ha de estar con ellos hasta la consumacion de los siglos. Estos dos afectos animan el corazón de Jesus, y lo atormentarian por la imposibilidad de su realizacion, á no ser Jesus al mismo tiempo Dios y hombre. Concluyó, pues, de abrir en esta ocasion los tesoros de su Sabiduría increada, poniendo en práctica lo que desde la eternidad le prometia y daba su Padre con la generacion, el sacerdocio segun el orden de Melquisedech; sacerdocio que habia de ejercer en su sagrada humanidad, no tomando ni víctima ni sangre ajena, sino la suya propia, para que, identificada la víctima con el sacerdote, aplacase con un solo acto al Padre airado, se sentase luégo á su diestra, viviendo siempre para interceder por los hombres, y estuviese al mismo tiempo con éstos, cumpliéndose así tambien la voluntad del mismo Padre, que era dar cuanto tenia á los hombres, dándoles su Hijo. (Roman., cap. viii, vers. 32.)

Para llenar cumplidamente este deseo de quedarse con

los hombres hasta la consumacion de los siglos, Jesus determina instituir el sacrificio de la Eucaristía, convirtiendo en su cuerpo la sustancia del pan y en su sangre la sustancia del vino, para que los hombres lo reciban bajo las especies de aquellas dos sustancias que ya no son ni pan ni vino, sino el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo. Así, en su infinita sabiduría, concilia Dios lo que no puede comprender la razon humana estando á un mismo tiempo Jesucristo todo entero sentado á la diestra del Padre, y todo entero tambien bajo los accidentes del pan y del vino; de manera que quien come este pan de los ángeles, recibe el cuerpo mismo que murió en la Cruz, la sangre que empapó el Calvario, y juntamente viene á él aquella alma que tan afligida se vió en el huerto, tan humillada en los tribunales iníquos, tan abatida en el camino del Gólgota, y tan desamparada en su agonía. Y lo que más es, lo que tiene extáticos á los serafines, que envidian la dicha del hombre, es que ni el cuerpo, ni la sangre, ni el alma de Jesus pueden convertirse en alimento del hombre, sin que al mismo tiempo reciba junto con la naturaleza humana la divina, la persona del Verbo, el esplendor de la gloria del Padre, la divinidad toda entera.

Llega á tal exceso el amor de Dios hácia el hombre, que se ha puesto un límite del cual no puede pasar despues de haber realizado esta obra. Sí: Dios es sapientísimo, Dios es omnipotente, Dios es riquísimo; pero habiendo instituido el Santísimo Sacramento, nada más puede inventar su sabiduría, nada más puede ejecutar la fuerza de su brazo, nada más puede dar de sus tesoros; hasta este momento nos diera su gracia y sus bienes; ahora se da á sí mismo con su divinidad, con su omnipotencia y todos sus atributos. ¡Oh amor infinito de nuestro adorado Jesus! Al considerar esto, hay para decirle con Santa María Magdalena de Pazzis: *Jesus mio, ¿tú estás*

loco para hacer tales excesos? Sí; Jesus está tan enamorado de los hombres, que parece que ha perdido el juicio por ellos. Cuando dos almas que se aman se separan, se dan mutuamente algun recuerdo; pero Jesus, al separarse de los hombres, se da todo á ellos, no para que lo tengan presente tan sólo, sino para que lo coman y se vuelvan en cierto modo concorporales y consustanciales á Él, alimentándose de su misma sustancia. (S. Cyrill. Hierosolim., *Chateques. Milag. 4.*)

¡Ay, Dios mio! Cuando pienso en tu amor, mis pecados se me presentan con toda su enormidad, y no sólo digo con el Centurion del Evangelio que no merezco que vengais á mi pecho, sino que me contemplo indigno hasta de hablar de tan estupenda maravilla de tu infinita caridad. Yo me humillo, Señor, ante tu majestad infinita, y quisiera anonadarme para merecer el perdon de mis ingratiudes. ¡Dios se me da todo entero, y yo no me entregaré todo á Él! ¡Ah! Sólo el pensarlo me horroriza; quiero, pues, ser todo de Jesus, dándole cuanto soy, cuanto tengo, cuanto valgo, y consagrándole hasta el más mínimo afecto de mi corazon, pues sólo así corresponderé al amor infinito que Dios me tiene y me manifiesta en la institucion del Santísimo Sacramento.

2.º Acercándose, pues, el momento de ejecutar la inexplicable institucion de la Eucaristía, Jesus da gracias á su Eterno Padre, y tomando el pan en sus benditas y venerables manos, lo consagra diciendo: *Este es mi cuerpo*; y tomando el cáliz y bendiciéndolo tambien, dice estas palabras: *Esta es mi sangre*; y diciendo y haciendo, reparte una y otra cosa á sus discípulos, diciéndoles: *Tomad y comed de él todos, y bebed tambien de esta sangre, que será derramada, y haced esto siempre en memoria mia.* Dicho esto, se ha realizado la obra más estupenda del amor divino.

Debemos considerar cuándo instituye Jesucristo esta

sagrada Mesa, y la materia de que se vale, para que comprendamos que en Jesus todo es amor, todo tiende á la union, y todo respira caridad. En la misma ciudad de Jerusalem, quizás no léjos del Cenáculo, se han reunido los príncipes del pueblo, y han decretado la muerte de Jesus; y quizás tambien en el mismo momento de la cena eucarística, cuando Jesus, lleno de paz y amor, está regalando á sus discípulos con el suavísimo manjar de su cuerpo, sus enemigos discuten sobre los medios conducentes á apoderarse de su persona para darle muerte; es decir, que cuando los hombres maquinan contra Jesus injusticias, afrentas, deshonor y muerte, Jesus, que lo ve todo, léjos de enojarse contra ellos, abre el tesoro más oculto de su amor, y se lo da entero. ¡Oh bondad infinita! ¡Oh caridad admirable! Aquel amor de Jesus, que ardia de continuo al acercarse á su fin, levanta sus llamas y las derrama por todas partes como un volcan largo tiempo comprimido; y ni las aguas de nuestros pecados, ni el hielo de nuestra obstinacion, pueden apagar este fuego.

Por eso Jesucristo escogió para materia de esta mesa sagrada lo que mejor que todo significa su pasion por una parte, y por otra el gran objeto de la institucion: ántes que el pan sea verdaderamente pan que alimente al hombre, es triturado, molido, amasado y cocido al fuego: así Jesucristo, para ser pan de vida, es triturado en su Pasion santísima, es atormentado de mil maneras, hasta que espira á fuerza de tormentos. Del mismo modo para formarse el pan es necesario que concurren muchos granos que, unidos, no forman sino un cuerpo sustancioso; así como para hacer el vino es necesario exprimir muchos granos, formando del jugo de todos el precioso licor que alegra el corazon humano. Por lo tanto, Jesucristo quiere que los hombres sean todos una misma cosa en la caridad y union santa, y nos manda que si al acercarnos al altar nos acordamos que no estamos unidos á nuestro herma-

no con caridad perfecta, vayamos primero á reconciliarnos con él, y volvamos despues á recibir este don precioso. (Math., cap. xv, vers. 23.)

¡Oh Sacramento de piedad! ¡Oh signo de unidad! ¡Oh vínculo de caridad! exclama San Agustin. (*In psalm. xxi.*) ¿Qué cosa habrá que nos pueda apartar de Jesus? El Padre eterno, para demostrarnos su amor, nos ha dado á su Hijo; este mismo Hijo, para manifestarnos cuánto nos ama, se nos da todo entero, sin que lo retraigan nuestras culpas. ¿Quién dudará, pues, de la piedad divina? La Pasion de Jesucristo es el fundamento de nuestra esperanza. ¿Qué motivos tan eficaces no tenemos, pues, en el Santísimo Sacramento para esperar nuestra salvacion eterna, cuando sabemos que Jesucristo lo instituyó para que fuese una memoria perenne de lo que sufrió por salvarnos! Algunas veces mi alma se abate y se llena de amargura, pensando, y con motivo, que no soy digno de ir al Paraiso, por lo mucho que he ofendido al Señor; temo, me horrorizo de mi ingratitud, tiemblo, y me digó á mí mismo: «¡Ay! ¿Quién sabe si Dios me perdonará tantas ofensas, y me salvará de caer en el infierno?» Pero al momento vuelvo mis ojos al augusto Sacramento, y veo allí á mi amado Jesus, que me está esperando con cariño, convidándome con su gracia y con el manjar celestial.

Todo cuanto hace Jesus al instituir el Santísimo Sacrificio de su cuerpo, me demuestra que mi esperanza no es infundada; Jesus da gracias á su Eterno Padre por haber llegado á aquella hora; Jesus se da á sus discípulos para que se alimenten con Él, mandándoles que renueven este mismo convite cada dia en memoria del infinito amor que les tiene: lo que más deseaba Jesus era llegar á este momento, en que va á darse en alimento al hombre; lo que es más amargo para Jesus, que es su Pasion, quiere que se lo hagamos presente siempre que lo recibimos. ¿Y para qué? Para perdonarnos por los méritos

de aquella sangre derramada en la Cruz. Yo te bendigo, ¡oh Jesus mio! por tus misericordias, pues sé que en tu santísimo cuerpo y sangre tengo la salud, y la vida, y la prenda de la gloria.

3.º Hay en el amor de Jesucristo hácia los hombres una circunstancia que le da un valor incalculable además del que tiene, por provenir de una persona infinita, y es esta circunstancia el haberse humillado todo un Dios hasta el extremo de anonadarse: y es tan inherente esta circunstancia á cuanto hace Dios por salvarnos, que sin ella parece que no puede ni principiarse ni concluirse la obra de la Redencion. En todas sus operaciones es inconcebible esta humildad; pero al llegar al momento de la institucion de la Sagrada Eucaristía, es ésta tan grande, que su sola enunciacion paraliza los más encumbrados espíritus angélicos; al considerarla con atencion, entra el alma en una especie de admiracion extática, no sabiendo qué ponderar más, si nuestra indecible ingratitud ó la inefable bondad de Dios; si el poco aprecio que hacemos de nuestras almas, para cuya salvacion han sido necesarias las humillaciones de un Dios, ó la dignacion de este mismo Dios en amarnos tanto.

Para tomar nuestra naturaleza, fué necesario que Dios se humillase, ocultando la gloria y majestad infinitas bajo el tosco ropaje de la humanidad, y encerrando aquella grandeza, que no cabe en el ámbito de los cielos, en la estrechez de un cuerpecito; pero al instituir el Sacramento en que va á convertirse en alimento del hombre, las humillaciones crecen y son mayores que cuando tomó carne humana, para comunicar su gracia al mundo y enseñarle el camino del cielo. Allí se oculta la divinidad, aquí se esconde hasta la humanidad; allí se humilla Dios á hacerse hombre, aquí se humilla á darse en comida y en bebida al hombre.

Al hablar la esposa de los Cantares de la visita de su

amado, dice que viene éste saltando por los montes, atravesando collados (*Cánticos*, II, 8), y que está tras de la pared mirando por las ventanas, acechando por las celosías. Qué saltos sean éstos que ha dado Jesucristo al bajar á visitar á la humanidad, lo explica San Gregorio el Magno diciendo que saltó del cielo á las entrañas de una Virgen, de su seno á la Cruz, de la Cruz al sepulcro, y del sepulcro al cielo. En todos estos saltos las humillaciones crecen; en el vientre de su Madre se hace pequeño, siendo inmenso; en la Cruz se hace anatema, siendo el resplandor eterno, y en el sepulcro aparece como corruptible, siendo Dios inmortal; la primera humillacion es infinita. ¡Dios mio! ¿Qué serán las que la siguen? Pues bien; faltaba una para satisfacer las exigencias del amor de Jesus para con los hombres, y era dar el último salto, viniendo á sepultarse vivo en el pecho de los hombres para convertirse en su alimento.

Se admira uno al ver la dulzura con que Jesus habla á los fariseos, que sólo se le acercan para tentarlo; se pasma al contemplar aquella bondad con que Jesus se deja dar de Judas el beso más cruel que han estampado lábios humanos. ¿Quién no se sobrecoge al ver á qué extremo de humillaciones se reduce Jesus al instituir el augusto Sacramento del altar? Si fuese sólo el conversar con los hombres, el enseñarles los preceptos celestiales, era ya una dignacion asombrosa; pero al mismo tiempo la sabiduría eterna se complace en ello, teniendo sus delicias en tratar con los hombres. (*Proverb.*, VIII, 31.) Mas ¡darse en alimento á cada uno de los hombres! ¡Venir á su pecho á unirse con el hombre con una union íntima y concorpórea! ¡Ah! Así como faltan al entendimiento humano las fuerzas para comprender los misterios divinos, así faltan voces á la lengua para explicarlos. A pesar de ser María más pura que los serafines, Dios se humilló infinitamente, descendiendo á su deseo virginal. ¡Qué humi-

llacion será la de un Dios que viene á encerrarse en una partícula, que de ahí pasa al pecho humano para ser quizás arrojado en un rincón de este Santuario, donde hay tantos ídolos cuantos son los vicios y pasiones desarregladas! Preciso es confesar que el amor de Jesucristo para con los hombres es, no sólo tan fuerte como la muerte, sino infinitamente más fuerte que cuanto hay fuera de Dios, pues no pudieron apartarle de quedarse con los hombres en la Eucaristía, ni los ultrajes que había de recibir en los templos, ni los desprecios con que lo habían de tratar muchísimos hombres, recibéndolo en sus pechos inmundos.

Se ve, pues, que Jesús, al instituir la Sagrada Eucaristía, no respira sino amor y humildad; y si esto hace Jesús por cada uno de los hombres, debemos nosotros corresponder al amor infinito, no dando ni una partecita siquiera de nuestro afecto á ninguna criatura, sino consagrándolo todo entero á Dios. Y supuesto que vemos que el amor de Jesús se manifiesta y desarrolla entre las humillaciones voluntarias, si nosotros queremos amar al Señor, hemos de pensar que no somos más que miseria y nada, hemos de sufrir con paciencia las afrentas y persecuciones, y llevar con resignación los trabajos de esta vida, alegrándonos, como hacía San Pablo, en las adversidades.

¡Oh Jesús mío, cuyo amor arrebató nuestros corazones, cuya humildad enamora á los espíritus! Confieso que he vivido inicuamente, y por mi malicia y soberbia he carecido de aquel amor que debía abrasar mi alma, convirtiéndola en esposa tuya. Pero ya que deseo amaros y sé que este deseo me viene de tí, completad la obra, amabilísimo Redentor, aumentando más y más vuestra gracia en mí, y con ella yo seré todo tuyo, fundado en humildad y abrasado en caridad.

MEDITACION VI.

Jesús da la Sagrada Comunión á los Apóstoles.

1.º Si alguna vez ha de exclamar el hombre diciendo que son inapelables los juicios de Dios, es al considerar lo que ocurre en la última cena de Jesucristo con sus discípulos. ¿Quién pudiera imaginarse que el mismo Sacerdote eterno iba á ofrecerse á sí mismo en holocausto, inmolándose á sí mismo, destruyéndose á sí mismo como víctima, para atestiguar el supremo dominio de Dios sobre todas las cosas criadas, y aún sobre su Hijo humanado? ¿Lo hubieran podido rastrear los ángeles? ¿Se lo hubieran podido imaginar los hombres? Sin embargo, así sucede; apenas Jesucristo ha instituido el augusto Sacramento, declarándose á sí mismo Sacerdote constituido para siempre según el orden de Melquisedech, lo ofrece en sacrificio á su Eterno Padre, bajo las especies de pan y vino, y ántes de entregar este mismo cuerpo y el precioso cáliz á sus apóstoles para que lo reciban, él mismo lo toma, y lo come y bebe también de la sagrada copa, inmolándose á sí mismo dentro de sí mismo. (S. Thomas: 3.ª part., quæst. 81, art. 1.)

Jesucristo va á ofrecer á su Eterno Padre un sacrificio sangriento en la Cruz, efectuándose en este altar cuanto es necesario para la inmutación real de la Víctima, separándose la sangre de la carne y el alma del cuerpo, aquello por medio de los tormentos y esto por medio de la muerte. Pero para la consumación de este sacrificio habían de concurrir como instrumentos de la obra, llevados á ello por su propia malicia, los hombres malos y perversos. Jesús no quiere que llegue ese caso sin que primero ofrezca Él mismo el sacrificio en cuya inmolación es el ministro y el sacerdote el amor. Son diversos estos

llacion será la de un Dios que viene á encerrarse en una partícula, que de ahí pasa al pecho humano para ser quizás arrojado en un rincón de este Santuario, donde hay tantos ídolos cuantos son los vicios y pasiones desarregladas! Preciso es confesar que el amor de Jesucristo para con los hombres es, no sólo tan fuerte como la muerte, sino infinitamente más fuerte que cuanto hay fuera de Dios, pues no pudieron apartarle de quedarse con los hombres en la Eucaristía, ni los ultrajes que había de recibir en los templos, ni los desprecios con que lo habían de tratar muchísimos hombres, recibéndolo en sus pechos inmundos.

Se ve, pues, que Jesús, al instituir la Sagrada Eucaristía, no respira sino amor y humildad; y si esto hace Jesús por cada uno de los hombres, debemos nosotros corresponder al amor infinito, no dando ni una partecita siquiera de nuestro afecto á ninguna criatura, sino consagrándolo todo entero á Dios. Y supuesto que vemos que el amor de Jesús se manifiesta y desarrolla entre las humillaciones voluntarias, si nosotros queremos amar al Señor, hemos de pensar que no somos más que miseria y nada, hemos de sufrir con paciencia las afrentas y persecuciones, y llevar con resignación los trabajos de esta vida, alegrándonos, como hacía San Pablo, en las adversidades.

¡Oh Jesús mío, cuyo amor arrebató nuestros corazones, cuya humildad enamora á los espíritus! Confieso que he vivido inicuamente, y por mi malicia y soberbia he carecido de aquel amor que debía abrasar mi alma, convirtiéndola en esposa tuya. Pero ya que deseo amaros y sé que este deseo me viene de tí, completad la obra, amabilísimo Redentor, aumentando más y más vuestra gracia en mí, y con ella yo seré todo tuyo, fundado en humildad y abrasado en caridad.

MEDITACION VI.

Jesús da la Sagrada Comunión á los Apóstoles.

1.º Si alguna vez ha de exclamar el hombre diciendo que son inapelables los juicios de Dios, es al considerar lo que ocurre en la última cena de Jesucristo con sus discípulos. ¿Quién pudiera imaginarse que el mismo Sacerdote eterno iba á ofrecerse á sí mismo en holocausto, inmolándose á sí mismo, destruyéndose á sí mismo como víctima, para atestiguar el supremo dominio de Dios sobre todas las cosas criadas, y aún sobre su Hijo humanado? ¿Lo hubieran podido rastrear los ángeles? ¿Se lo hubieran podido imaginar los hombres? Sin embargo, así sucede; apenas Jesucristo ha instituido el augusto Sacramento, declarándose á sí mismo Sacerdote constituido para siempre según el orden de Melquisedech, lo ofrece en sacrificio á su Eterno Padre, bajo las especies de pan y vino, y ántes de entregar este mismo cuerpo y el precioso cáliz á sus apóstoles para que lo reciban, él mismo lo toma, y lo come y bebe también de la sagrada copa, inmolándose á sí mismo dentro de sí mismo. (S. Thomas: 3.ª part., quæst. 81, art. 1.)

Jesucristo va á ofrecer á su Eterno Padre un sacrificio sangriento en la Cruz, efectuándose en este altar cuanto es necesario para la inmutación real de la Víctima, separándose la sangre de la carne y el alma del cuerpo, aquello por medio de los tormentos y esto por medio de la muerte. Pero para la consumación de este sacrificio habían de concurrir como instrumentos de la obra, llevados á ello por su propia malicia, los hombres malos y perversos. Jesús no quiere que llegue ese caso sin que primero ofrezca Él mismo el sacrificio en cuya inmolación es el ministro y el sacerdote el amor. Son diversos estos

sacrificios en la accion y en el modo; pero son uno mismo en la eficacia, en la ofrenda y en la virtud. Por eso Jesucristo, ántes de darse en alimento á sus Apóstoles, se da á sí mismo, y comulgándose con sus santísimas manos, entra todo entero dentro de sí mismo, y se consume de un modo misterioso, pero real y verdadero, el sacrificio que pocas horas despues se habia de efectuar en los tribunales inieuos y en el leño de la Cruz.

¡Oh caridad ardentísima la de Jesus para con los hombres! Se ve aquí cuán cierto es que Jesucristo se ofreció, como habia dicho un Profeta, porque así lo habia querido; no tienen que apresurarse sus enemigos á preparar el altar de esta víctima que van á sacrificar á su venganza, porque ántes que ellos armen la Cruz y agucen los clavos, Jesus ha preparado la ara en su amor infinito hácia el mundo pecador. Goza el Salvador y se recrea espiritualmente en esta accion que le inspirára su amor infinito (D. Thom.: 3.^a part., quæst. 81, art. 1), porque Él mismo es el invitante y el convidado, Él es el manjar, y Él quien se deleita en su suavidad y dulzura. Por eso, ántes de consagrar el pan y el vino, levanta los ojos al cielo, y da gracias á su eterno Padre.

Considera, alma mia, cuánta razon tenía Jesucristo de regocijarse en este momento en que bajo tan admirables auspicios empezaba su sacrificio augusto, siendo tan digno de recibir su cuerpo y sangre el mismo que lo instituia. ¡Ah! Por muy puras que sean cuantas almas se acercan á recibir á Jesucristo, en la Eucaristía, nunca tendrán aquélla con dignidad de proporcion equivalente al objeto infinito que van á recibir, pues la distancia entre Dios y la criatura es inmensa; tendrán, sí, la condignidad que da el amor de Dios, que, purificando las almas con su gracia, las hace templo del Espíritu Santo, que es cuanto Dios exige de nosotros para venir á nuestro pecho por una dignacion inconcebible; pero Jesucristo, igual-

mente sacerdote que víctima, así como es el único holocausto digno de ofrecerse al eterno Padre por los pecados del mundo, es tambien el único sacerdote que por su propia naturaleza sea digno de aposentar en su pecho esta Hostia sagrada.

Yo te doy gracias, Jesus amoroso, por tus bondades; sólo esta Comunión que Vos hicisteis como Sacerdote eterno, ha sido suficiente para merecer todas las gracias que necesitan los hombres para recibiros dignamente. Al considerar vuestra grandeza infinita y mi pequeñez, yo sé que no puedo recibiros en mi pecho; pero como por mi amor os habeis anonadado, como os habeis humillado hasta el extremo de encerraros bajo las especies de pan y vino para que yo os reciba, me acercaré á Vos con temor y reverencia filial, pidiéndoos ántes perdon de mis pecados, detestando todas mis iniquidades, y prometiéndoos no volver jamás á cometer advertidamente ni un pecado leve; y aunque sé que soy indignísimo de tan indecible bien, no por eso dejaré de recibiros, ya porque Vos os dignais permitirme este favor, ya porque me fortificareis más y más en mis propósitos de amaros sobre todas las cosas, y de morir ántes que perder vuestra gracia y amistad.

2.º Despues de haberse comulgado á sí mismo el Redentor, entregó á los Apóstoles su cuerpo y su sangre, para que cada uno tomase y comiese, colocándolos desde aquel momento en la jerarquía sacerdotal de consagrar el mismo cuerpo y sangre, de recibirlo y darlo á los demás, pues por eso no da Jesucristo la Comunión uno á uno á sus Apóstoles, sino que, partiendo primero el pan, se lo entrega, y en seguida el cáliz con el vino, para que cada uno lo tome con sus propias manos, como lo declaran estas palabras: «Tomad y divididlo entre vosotros.» (Lucæ, xxii, vers. 17.) Cada uno toma y come el precioso cuerpo y bebe la sangre que iba á ser derramada por los pecados del mundo.

¿Quién es capaz de pensar lo que pasa por aquellos momentos en el Cenáculo? Elevemos nuestra vista á la region de los espíritus; asisten éstos al Señor, y lo adoran sin cesar; y es tal el placer que sienten al contemplar su belleza infinita, que, á pesar de estar siempre embriagados en la abundancia de la casa de Dios, se abrasan de un deseo perenne é insaciable de mirar más y más su santo rostro. ¡Tal es el hambre, tal es la hartura que da el Bien Sumo al que lo posee! (I Petr., cap. I, vers. 12.) ¡Qué sorpresa, qué admiracion no causaria en ellos ver que el Hijo de Dios se convertia en alimento de los hombres, y que éstos lo tocaban con sus propias manos, y lo llevaban á su boca para comerlo! ¡Ah! Si la vision divina no fuese el colmo de toda felicidad, hubieran los ángeles en aquel momento envidiado la suerte de los mortales; entónces se certificaron de la fraternidad que los unia con los hombres, pues vieron á éstos saciarse en la tierra del mismo manjar cuyo sólo aspecto los hace dichosos en el cielo.

Fijemos ahora nuestra atencion en los Apóstoles, que acababan de recibir por primera vez el cuerpo de Jesucristo; está su alma por aquellos momentos animada con una fé viva y purificada de toda mancha, como el mismo Jesus se lo ha dicho al lavarles los piés; y apenas han recibido el Pan de los ángeles, sus corazones son otros tantos volcanes de fuego abrasador en amor de su Maestro. ¡Qué ideas tan abyectas tienen de sí mismos en estos instantes, considerándose indignos del gran favor que acaban de recibir! ¡Qué lágrimas de gozo y de ternura surcan sus mejillas! ¡Qué suspiros exhalan contemplando á qué extremo de bondad habia llegado su divino Maestro! Bien se echa de ver por sus discursos y razonamientos; pues si Pedro asegura á su Maestro que está pronto á morir por Él, no se quedan atrás sus condiscípulos, diciendo todos lo mismo. (Math., cap. xxvi, vers. 35.)

Hé aquí, alma mia, los primeros sacerdotes de la ley de gracia sentados á la Mesa celestial. Humildes, no se atreverian á tocar el cuerpo del Señor, y mucho menos á llevarlo á su boca, á no mandárselo el mismo Sumo Sacerdote Jesucristo. Fervorosos, no tienen otro afecto que el de su Dios, por quien han dejado todas las cosas, y por quien desean dar la vida. Compungidos, lloran las ofensas que han hecho á un Dios tan bueno, prometiendo en su corazon amarlo con todas sus fuerzas, y dar mil vidas ántes que cometer un pecado. Con estas disposiciones se hace la primera Comunión que ha habido, y por la cual empezó la dispensacion á los hombres de los misterios divinos. ¡Oh dignacion inefable la de Dios! ¡Oh dignidad incomparable la del hombre!

La mesa del Rey de los cielos está puesta para que coman de ella sin distincion alguna el pobre, el siervo y el humilde y desvalido. Es este verdaderamente el momento de recordar aquellas palabras de la Sabiduría celestial, en las cuales advierte á todo hombre que cuando se siente á comer con el Príncipe, ponga gran cuidado á las cosas que tiene delante. (*Prov.*, xxiii, vers. 1.º) ¡Cuán honrados no se consideran los hombres al verse convidados á la mesa de los Reyes terrenos! ¡Con qué esmero procuran llenar cuanto exige el respeto al alto personaje, la finura de la educacion y la estimacion que cada uno hace de sí mismo! Compárese, sin embargo, convite con convite, Príncipe con Príncipe, manjar con manjar; pero ¿cómo pondremos en parangón al siervo con el Señor, la tierra con el cielo, la materia corruptible con las delicias interminables? En la mesa de Jesucristo es el mismo Dios quien convida; no es un manjar distinto del mismo Rey que llama á su banquete, ni tomado de las cosas pasajeras; se da en comida á sí mismo; su sangre es delicioso néctar de esta mesa, su cuerpo el exquisito bocado que arrebatada entre torrentes de sabor delicioso á quien lo come.

¡Oh qué puro debe ser el paladar que saborea el cuerpo de Jesús! ¡Qué limpia la lengua que es bañada de su sangre! ¡Qué inocente el pecho en donde habita Dios como en un santuario! Este era el estado de los Apóstoles cuando recibieron á Jesús en su pecho, y con estas disposiciones nos hemos de acercar nosotros á la Sagrada Eucaristía, para salir de la sala del convite convertidos en leones, que respiran fuego, para combatir á nuestros enemigos. Una Comunión bien hecha vale más que cien días de ayuno, porque es el acto más grande que puede consumir el hombre, uniéndose con Dios de una manera incomprensible. ¿Por qué la corrupción ha cancerado hoy la humanidad? ¿Por qué va faltando el fervor y aminorándose la fé? ¡Ah! La respuesta es óbvia; porque las almas no se nutren con el pan del cielo. Porque son pocos los que se presentan al banquete del Señor con las virtudes necesarias; el orgullo mundano quiere destruir la humildad; el egoísmo de la carne pretende absorberse las ideas de corrupción, de penitencia y mortificación. Jesucristo es mirado ya con indiferencia por los hombres.

¡Oh Dios amantísimo! No permitas que sea yo del número de aquellos que prefieren las cosas terrenas á tu convite divino. Infundid en mi alma sentimientos de estimación de tu grandeza y conocimiento de mi pequeñez, como los tuvieron los Apóstoles para recibirnos de continuo, abrasado en vuestro amor, confundido y humillado, considerando mi indignidad, pero al mismo tiempo lleno de fé y de esperanza en vuestras misericordias, para llorar los agravios que os he hecho en vuestra Santa Mesa, y precaverme en adelante en no caer ni en un pecado leve, con el fin de que toda Comunión que haga sea una manifestación de vuestra gloria, y un manantial perenne de gracia y provecho para mi alma.

3.º Se halla sentado á la mesa entre los doce Apóstoles el desgraciado Judas, que en su corazón tiene for-

mado el designio de entregar á su Maestro. Desde que hay hombres no se ha fraguado jamás un delito tan horrible, pues Judas es quien desde el principio hasta el fin de la Pasión ha de ser el causante de todos los tormentos, insultos, crueldades y denuestos que ha de sufrir Jesús. De tantos hombres como concurrirán á ultrajar, perseguir y dar muerte al Cordero de Dios, unos responderán de las bofetadas, otros de los azotes, éstos de las espinas, aquéllos de los clavos, siendo cada uno culpable de lo que perpetró; pero Judas está con todos, prendiendo y encadenando á su Maestro con los esbirros, azotándolo con los sayones, burlándose de Él con los soldados, crucificándolo con los verdugos, condenándolo con el presidente, insultándolo con los fariseos, y detestándolo con todo el pueblo. Sin embargo, Judas también participa del convite celestial, y recibe el Cuerpo de Jesucristo.

Dos cosas saltan á la vista en esta ocasión: la bondad y longanimidad de Dios, y la perversidad del corazón humano, endurecido en las iniquidades. ¡Cuánto no había hecho Jesús por convertir á Judas! ¡Con qué miramientos no lo trata, á pesar de que conoce profundamente sus más íntimos pensamientos! Al decir conmovido que uno de los que comen con Él á la mesa lo ha de entregar á sus enemigos, ni lo nombra, ni hace el más mínimo movimiento por el cual pueda conocerse cuál es el traidor: al dar su Cuerpo á sus discípulos, tampoco lo exceptúa á él; antes al contrario, quiere poner en práctica este último medio de conversión, para ver si aquel corazón que no se ha movido ni al ver á su Maestro postrado á sus pies, ni al oír sus palabras amorosas, en que se quejaba de la traición y avisaba al traidor los males eternos á que se exponía si consumaba la obra, se ablandaba con los ardores de un amor inexplicable, que no se vió satisfecho hasta que no se dió en comida y en bebida á los hombres.

¿Qué excusa tendremos cuando el Señor nos juzgue y pida cuenta de las gracias que nos da? ¿Qué diremos cuando nos manifieste la suavidad con que nos ha tratado, la sábia economía con que ha procedido para atraernos á sí, sin violentar jamás nuestra voluntad, convidándonos con su amor, halagándonos con sus favores, representándonos nuestra eterna desgracia si morimos en pecado, y moviéndonos sin cesar á su santo amor, tratándonos siempre con comedimiento, como lo dice el Sábio (*Sapientie*, cap. xii, vers. 18), no como á siervos, sino como á príncipes, como á hijos? Esto no obstante, nosotros hacemos lo que hizo Judas, mirando con indiferencia las bondades del Señor, hollando sus gracias y convirtiéndolas en ocasión de un estado horrendo, cual es el del endurecimiento final y obstinación en el mal.

Y, en efecto, este es el estado de Judas cuando Jesucristo le hace la última gracia, entregándose todo entero abrasado en caridad. Mientras los demás Apóstoles comulgan enternecidos y llorando de gozo, Judas permanece impassible, riéndose quizás en su interior de la credulidad de sus compañeros, reputando por impostura y engaño las palabras y acciones de Jesús, y aparentando en su exterior reverencia y amor hácia Aquél que detesta y ódia, y que ha determinado entregar á sus enemigos. Y así recibe Judas la sagrada Comunión; siendo digno de notarse que con este acto puso el sello á sus proyectos, se endureció en la maldad, y no pensó ya más que en consumir el crimen; lo que se comprenderá mejor meditando lo que dice el Evangelio, que desde aquel momento entró en él Satanás. ¡Ay! No parece sino que este último ultraje á la misericordia de Dios era la consigna entre Judas y el demonio, para dársele aquél enteramente y recibirlo éste ya como cosa suya, para cercarlo, encadenarlo y rodearlo de un muro de bronce, para que no entrase ya más á visitarlo la gracia de Dios. Por eso Judas, al poco

de haber recibido á Jesucristo, quiere huir de la presencia de aquel mismo que tiene en su pecho, y levantándose de la mesa, se ausenta de la compañía del amable Jesús, no queriendo tener parte ni en su amor, ni en sus favores, ni en su sociedad. Él mismo se separa libre y espontáneamente, porque las palabras que Jesús le dirige diciéndole que haga cuanto ántes lo que tiene que hacer, no son un precepto, sino una permisión, un aviso que da al traidor para que, comprendiendo que nada teme y que se entrega de su propia voluntad, vea que el crimen que ha meditado en su corazón es un atentado contra el mismo Dios. La Comunión sacrilega de Judas ha sido por parte de este desgraciado la que ha puesto el sello á la reprobación eterna; al recibir indignamente á Jesucristo, él mismo se ha condenado á una separación eterna, despreciando formalmente y hollando horriblemente la misericordia de Dios.

Consideremos todas las consecuencias que tiene para Judas este acto sacrilego: se aparta de la compañía de Jesucristo y de sus amigos; se aleja de él, y se agrega á sus enemigos; habla de su Maestro con irreverencia y con falsedad; lo acusa ante los príncipes del pueblo; se declara enemigo suyo y desea exterminarlo; promete formalmente entregarlo mediante la cantidad de dinero que quisiesen darle por su alevosía; se convierte en adalid de sayones y asesinos, y, como otro Lucifer en el cielo, se hace cabeza de los que van á hacer la guerra á Dios y á su ungido en la tierra; y, por fin, para realizar sus proyectos, pretende engañar al mismo Dios, presentándosele como amigo, con aspecto risueño, con maneras dulces y con ademán de cariño, profanando sobre el rostro mismo del que es todo amor y caridad el signo sensible de esta misma caridad con que Dios se ha unido á la naturaleza humana. ¡Cuántos crímenes siguen al recibimiento sacrilego de la Sagrada Comunión! ¡Ay! Mejor le

hubiera estado no haber nacido, porque, endurecido en el mal, se entregó á la desesperacion eterna, pecando contra el Espíritu Santo. Sepamos, pues, que hemos de preferir morir mil veces ántes que hacer una comunión sacrilega, pues es el mayor ultraje que hacemos al amor de Jesucristo, y que nos expone á morir eternamente. Así, alma cristiana, si te has acercado alguna vez á la sagrada mesa sin haber confesado todos tus pecados por vergüenza ó por malicia, ó permaneciendo en alguna ocasión próxima, que debias y podias dejar, y aún vives y sientes en tu interior un vivo dolor de haber cometido este sacrilegio, persuádetes que es ésta una de las mayores gracias que Dios te ha hecho. Apresúrate, pues, á aprovecharla; arrójate á los piés de un ministro de Jesucristo, y llora amargamente tus pecados, prometiendo ántes dejarte matar mil veces que agraviar tan horriblemente al Señor, porque si bien, por su parte, el pecador con estos pecados semejantes al de Judas echa una pesada losa á la misericordia divina, ésta, sin embargo, no se cierra mientras el hombre vive, ni las muchas aguas de los pecados extinguen el horno encendido de la caridad infinita de Dios; pero temblemos de despreciar y hollar la gracia de Dios, porque es horrenda cosa caer en sus manos.

MEDITACION VII.

Sermon de la Cena.

1.º Habiéndose retirado el traidor de la amable compañía de Jesus, se quedó éste con sus once discípulos que estaban unidos á Él en caridad perfecta; y mirando todos á su Maestro con una especie de éxtasis que los abstraía de todo lo terreno, estaban pendientes de los lábios de Jesus. Entónces empezó aquel razonamiento sublime del Hijo de Dios sobre el amor que los hombres debian te-

nerse entre sí, amor fundado en la caridad infinita que Él nos tiene y demuestra, á la cual estamos obligados á corresponder amándolo sobre todas las cosas, con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, porque es Santo por esencia y digno de ser amado; de este amor, como de una fuente, debia salir el que hemos de tener á nuestros prójimos, como que el amor de Dios y el de los hombres son dos rayos que nacen de un mismo centro de inflamada caridad. Por eso Jesucristo dice á sus discípulos que se amen los unos á los otros de la misma manera que Él nos ha amado. (Joan., cap. XIII, vers. 34.)

¡Cuánta ternura demuestra Jesucristo á sus discípulos al inculcarles este precepto del amor! Es un padre amante que va á separarse de lo que ama con más intensidad, y se exprime con toda la dulzura y ternura de un corazón que no ha sabido sino amar. «Hijitos míos, les dice, todavía estoy un poco tiempo con vosotros; á donde yo voy no podeis venir. Yo os amo como mi Padre me ha amado á mí; sed constantes en mi amor. Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos á los otros, como yo os he amado, para que vosotros os améis también entre vosotros mismos. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviéreis caridad entre vosotros.» (Joan., cap. XIII, versículos 33 y 34.)

Es preciso reflexionar en el modo con que Jesucristo ha amado á los hombres, para comprender toda la extensión que ha de tener el amor que nos hemos de profesar nosotros. Jesucristo nos ha amado siendo sus enemigos por el pecado y cuando le ultrajábamos con nuestras prevaricaciones; y nos ha amado con tanto extremo, que ha muerto para reconciliarnos con Él y con su Padre divino, y para mover el corazón de éste hácia nosotros, ha rogado por nosotros en el momento mismo en que le crucificábamos con nuestras ofensas, diciéndole: «¡Padre

hubiera estado no haber nacido, porque, endurecido en el mal, se entregó á la desesperacion eterna, pecando contra el Espíritu Santo. Sepamos, pues, que hemos de preferir morir mil veces ántes que hacer una comunion sacrilega, pues es el mayor ultraje que hacemos al amor de Jesucristo, y que nos expone á morir eternamente. Así, alma cristiana, si te has acercado alguna vez á la sagrada mesa sin haber confesado todos tus pecados por vergüenza ó por malicia, ó permaneciendo en alguna ocasion próxima, que debias y podias dejar, y aún vives y sientes en tu interior un vivo dolor de haber cometido este sacrilegio, persuádetes que es ésta una de las mayores gracias que Dios te ha hecho. Apresúrate, pues, á aprovecharla; arrójate á los piés de un ministro de Jesucristo, y llora amargamente tus pecados, prometiendo ántes dejarte m atar mil veces que agraviar tan horribilmente al Señor, porque si bien, por su parte, el pecador con estos pecados semejantes al de Judas echa una pesada losa á la misericordia divina, ésta, sin embargo, no se cierra mientras el hombre vive, ni las muchas aguas de los pecados extinguen el horno encendido de la caridad infinita de Dios; pero temblemos de despreciar y hollar la gracia de Dios, porque es horrenda cosa caer en sus manos.

MEDITACION VII.

Sermon de la Cena.

1.º Habiéndose retirado el traidor de la amable compañía de Jesus, se quedó éste con sus once discípulos que estaban unidos á Él en caridad perfecta; y mirando todos á su Maestro con una especie de éxtasis que los abstraía de todo lo terreno, estaban pendientes de los lábios de Jesus. Entónces empezó aquel razonamiento sublime del Hijo de Dios sobre el amor que los hombres debian te-

nerse entre sí, amor fundado en la caridad infinita que Él nos tiene y demuestra, á la cual estamos obligados á corresponder amándolo sobre todas las cosas, con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, porque es Santo por esencia y digno de ser amado; de este amor, como de una fuente, debia salir el que hemos de tener á nuestros prójimos, como que el amor de Dios y el de los hombres son dos rayos que nacen de un mismo centro de inflamada caridad. Por eso Jesucristo dice á sus discípulos que se amen los unos á los otros de la misma manera que Él nos ha amado. (Joan., cap. XIII, vers. 34.)

¡Cuánta ternura demuestra Jesucristo á sus discípulos al inculcarles este precepto del amor! Es un padre amante que va á separarse de lo que ama con más intensidad, y se exprime con toda la dulzura y ternura de un corazon que no ha sabido sino amar. «Hijitos míos, les dice, todavía estoy un poco tiempo con vosotros; á donde yo voy no podeis venir. Yo os amo como mi Padre me ha amado á mí; sed constantes en mi amor. Un mandamiento nuevo os doy: que os ameis los unos á los otros, como yo os he amado, para que vosotros os ameis también entre vosotros mismos. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviéreis caridad entre vosotros.» (Joan., cap. XIII, versículos 33 y 34.)

Es preciso reflexionar en el modo con que Jesucristo ha amado á los hombres, para comprender toda la extension que ha de tener el amor que nos hemos de profesar nosotros. Jesucristo nos ha amado siendo sus enemigos por el pecado y cuando le ultrajábamos con nuestras prevaricaciones; y nos ha amado con tanto extremo, que ha muerto para reconciliarnos con Él y con su Padre divino, y para mover el corazon de éste hácia nosotros, ha rogado por nosotros en el momento mismo en que le crucificábamos con nuestras ofensas, diciéndole: «¡Padre

mio, perdónales, pues no saben lo que se hacen!» Nos ha amado con caridad infinita, y no se ha contentado con mostrarnos un amor estéril y puramente afectuoso, cifrado á deseos ó palabras, sino realizándolo con obras, tomando sobre sí la responsabilidad de nuestros crímenes para pagar lo que por ellos merecíamos, y muriendo para destruir la muerte y darnos vida espiritual y resurrección y gloria; para ello nos ha buscado, y perseguido, instándonos con su gracia y rogándonos que le amemos. Así nos ha amado Jesucristo.

Jesucristo no ceñía sus palabras á solos los discípulos que las escuchaban, sino que las decía para instrucción de todos; Él no ha exceptuado de su amor á ningún hombre, pues todos son sus hermanos, y no quiere que nosotros dejemos de amar á ninguno; por eso llama nuevo este precepto, pues nos enseña á amar á nuestros enemigos, y á hacer bien á los que nos hacen mal, sirviéndonos su amor divino de pauta y regla. ¡Ah! Reflexionemos sobre este mandamiento de Jesucristo. ¿Qué somos nosotros para que Dios exija que le amemos? Por muy felices nos debiéramos tener que el Señor nos permitiera amarlo, y debiéramos emplear toda nuestra vida en rogarle que se dignara concedernos esta gracia. ¡Pero que Dios nos excite, que nos llame, que nos busque para que lo amemos! ¡Oh! Es éste el mayor exceso de la bondad infinita. «¿Piensas acaso, alma mia, que de tu amor resulta algún bien á Dios? ¿Crees que amándolo tendrá alguna cosa más, ó no amándolo le faltará algo?» (San Agustín, serm. xxxiv *De tempor.*) Dios quiere que le amemos, porque sabe que en este amor consiste nuestra bienaventuranza. «¡Cuán grande es, dice un sábio, nuestra miseria, que viendo la utilidad del amor divino, ya que no amamos á Dios por Él mismo como debíamos, no le amemos siquiera por los bienes que nos resultan!» (*Idiot.: cont. divin. amor.*, cap. xxiii.)

Considera, pues, alma mia, si has amado á Dios del mismo modo que Él te ama á tí. «Si me amais, dice Jesucristo á sus discípulos, guardad mis mandamientos; el que recibe mis mandamientos y los guarda, aquél es el que me ama.» (Joan., cap. xiv, versículos 15 y 21.) No consistiendo nuestro amor á Dios en buenas palabras, sino en buenas obras; debiendo permanecer en éstas, no un día, ó un mes, ó un año, sino siempre, es claro que no amas á Dios, pues traspasas á cada instante sus preceptos. El amor consiste en obedecer al objeto amado; el amor á Dios está cifrado en preferir tanto daño y mal temporal á ofenderlo, porque es la santidad infinita. Cuando se ama á Dios, no sólo se cumple lo que Dios ha mandado, sino que se desea ir aún más allá de lo que Dios prescribe, porque en el amor de Dios el alma se ensancha y crece, como dice San Pablo: *In charitate crescimus.* (Ephes., cap. iv, vers. 15.) (*Vide Div. Bernard., in Cantic.*, serm. 27.) Tienes, por tanto, una prueba ineluctable de que no amas á Dios como debes cuando quizás á duras penas cumples con lo que estrictamente te obliga, cuidando de no excederte ni en un ápice. ¡Ah! ¿Sirves así á las criaturas á quienes afeccionas? ¿No te desvelas en cumplir, no sólo lo que te mandan, sino en adivinar sus deseos, y en prevenirlos para darlas la agradable sorpresa de encontrarse servidas, sin haberse siquiera molestado en abrir sus lábios? ¡Ay! Esta es la historia del mundo, y también lo es de los sentimientos de tu corazón, por desgracia.

¡Oh Jesús mio! Os confieso, Señor, que no comprendo cómo es mi corazón; deseo amaros, y apenas pongo en práctica por unos momentos estas aspiraciones, cuando las criaturas me arrastran y me apartan de vuestro amor, porque yo pongo mi afecto en ellas. Pero de hoy en adelante no será así, pues quiero amaros con constancia y sin dar ni una partecita de mi afecto á nadie sino

á Vos. ¡Oh amante de las almas! Ya que viniste del cielo á prender fuego á la tierra, haced que mi corazón arda y se inflame todo en vuestro amor.

2.º Después de inculcar Jesucristo á sus discípulos el amor que debían tenerle, demostrándole con las obras que era tan real y verdadero como el que Él nos ha tenido, llevándolo hasta dar su vida por nosotros, les muestra la enseñanza que los había de dar á conocer á los hombres, que es el amor fraterno. Y para moverlos á profesarse este amor, no les propone otro modelo que á sí mismo; porque amando nosotros en el hombre lo que Jesucristo ama, nuestro amor será semejante al de Jesucristo, no teniendo otro principio ni otro fin que Dios. Y, en efecto, Jesucristo ha amado á todos los hombres sin excepción, porque en todos está impresa la imagen de la naturaleza divina: este Dios amorosísimo amó al hombre cuando era inocente, es decir, cuando esta imagen de la divinidad tenía toda su integridad y pureza, y lo amó cuando este trasunto divino quedó afeado por la culpa y herido en sus nobilísimas potencias el entendimiento y la voluntad. En una palabra: Jesucristo nos ha amado en Dios, por Dios y para Dios, y por eso, queriéndonos restituir á nuestra primitiva amistad con su Padre, bajó del cielo, tomó nuestra forma, y murió en la Cruz. Todo esto hizo el amor de Dios para con los hombres.

¿Qué amó Jesucristo en los hombres? A su Padre, dice San Agustín; pues por eso, distinguiendo su amor de todo amor mundano, añadió y dijo: «Amad como yo os he amado.» (*Tract. LXV in Joann.*) ¿Y qué hemos de amar nosotros en nuestros semejantes? A Dios. Sí; este amor no es inspirado por la carne y la sangre, ni brota de la naturaleza, sino que viene del cielo; este amor no distingue de naciones, de pueblos, de razas, ni de diferencia de opiniones humanas, ni aún de distinción de religiones, pues no ve otra cosa en todos y en cada uno de los hombres

que la imagen de Dios: este amor abraza á todos, buenos y malos, amigos y enemigos, bienhechores y adversarios, agradecidos é ingratos, pues así nos ha amado Jesucristo, y quien no tuvo esa caridad no puede entrar en el cielo. Es preciso persuadirnos que el amor al prójimo no es de ningún mérito ni valor para el cielo, si no es amado en Dios, por Dios y para Dios, pues entonces es conforme al modelo que nos presenta Jesucristo en sí mismo.

No en vano Jesucristo llama á este precepto suyo, diciendo: «Este es mi precepto, que os améis recíprocamente, como yo os he amado.» Porque realmente todos los mandamientos nos vienen de Jesucristo, que es la sabiduría eterna; mas este del amor es suyo por excelencia, porque el amor lo hizo hermano nuestro, lo encerró en la Eucaristía, y lo condujo al Calvario, y no pretende de nosotros otra retribución que el amor, de lo que es celoso, pues no quiere que nuestro corazón pertenezca á nadie si no á Él. Así vemos que ninguna cosa inculcó tanto Jesucristo, ni de ninguna habló tan expresamente como de este amor, para que comprendiéramos la altísima estimación que hemos de tener de este mandamiento, no sólo en el entendimiento, sino en la voluntad y en la práctica. (*Tract. de Zelo et livor. San Cipriano.*)

Considera, alma mía, cuánto entraña este amor para con tus hermanos; no ha de ser el efecto de una simpatía natural, ni el deseo de tu propio bien, ni la gratitud á favores recibidos, sino el deseo de la felicidad eterna, y aún de la temporal, si posible fuere, de tus hermanos. Esta fué siempre la divisa de los verdaderos discípulos de Jesucristo, y con ella discernirá este divino Juez al fin del mundo á sus escogidos: verá las obras de caridad que hemos hecho, y los motivos que nos han guiado; y si hemos ejercido la caridad en su nombre y por su amor, no perderemos ni aún el vaso de agua fría

que hubiéremos dado en vista de Jesucristo. Mas si no encontrare en vosotros esta caridad, que nos une á Dios y nos hace compasivos y tiernos con los hombres, sin distincion de propios ó extraños, aunque hubiéremos poseido todos los conceptos angélicos y todas las lenguas de los hombres, aunque hubiéremos tenido el espíritu de profecía y el más profundo conocimiento de los misterios divinos, Jesucristo no nos reconocerá por discípulos suyos; porque la escuela de Dios es la caridad, que se sacrifica toda por amor del bien infinito, que prefiere á todas las cosas, y que ve en cada hombre un hijo adoptivo de Dios, por cuya salvacion no teme el que la posee perder su propia vida, así como Jesucristo perdió por nosotros todos la suya.

Entra dentro de tí mismo y examina si amas á tus hermanos, y cómo los amas. ¡Amor! ¡Ay! Apenas se conoce ya más amor que el de sí mismo; así es que por todas partes lo ménos que se ve es la caridad, y en sustitucion de esta virtud, murmuraciones, detracciones, susurraciones y crítica severa de la vida ajena, reduciéndose toda la amenidad de las visitas y entretenimientos á despedazar la fama de nuestros hermanos, sin distinguir de dignidad ni de posicion. Amamos á unos cuantos prójimos, con quienes nos tratamos, y que forman el círculo mundano en que vivimos; mas si alguno tiene la indiscrecion de faltarnos en algun puntillo, si sabemos que se ha deslizado en alguna frase que nos hiera en lo más mínimo, sucede al amor la indiferencia, la aversion y el odio. ¡Ay! Así aman tambien los paganos, devolviendo amor por amor, bien por bien; pero el amor que nos manda Jesucristo es más que esto, pues no conoce la acrimonia, ni la maledicencia, ni la venganza, pagando odio con amor, mal con bien, y teniendo un corazón compasivo para con todos.

Veo, pues, ¡oh Dios mio! que no he tenido hácia mis

hermanos aquel amor que Vos me habeis mandado que les tenga. Verdaderamente he hollado este mandamiento, que me hiciera con su observancia exacta semejante á Vos, cuya caridad tanto se ejercitó con el traidor Judas como con el discípulo amado. Bien comprendo que no soy digno de misericordia; pero la espero, y junto con ella la gracia, para que mi corazón, purificado de sentimientos terrenos y mundanos, no ame á nadie sino en Vos, por Vos y para Vos. Así lo espero de vuestra misericordia infinita.

3.º Consecuente á este amor que Jesucristo nos manda que nos profesemos los unos á los otros, que deriva del que le tengamos á Él, el Divino Maestro enseña á sus discípulos dos verdades, que son el fundamento de la perfeccion, y sin las cuales no podremos dar un paso en la virtud, y son el conocimiento de Dios y el de nosotros mismos; conociendo á Dios, lo amaremos por sus perfecciones infinitas y por los beneficios tambien infinitos que nos ha hecho, movido por esta caridad eterna; conociéndonos á nosotros mismos, veremos que no somos sino miseria y barro, que nada podemos con nuestras fuerzas, sino con la gracia del cielo, en orden á nuestra santificacion, y que siendo el mandamiento del amor fraternal superior á las fuerzas de la naturaleza humana, no de éstas, sino del influjo de aquélla, habíamos de esperar su cumplimiento exacto.

Considera qué doctrina tan sublime encierran las palabras de Jesucristo respecto de la primera verdad, y con qué suavidad y dulzura la insinúa en el ánimo de sus discípulos. «No os llamaré siervos ya, les dice, porque el siervo ignora lo que hace su señor; mas á vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre.» ¿Y cuáles eran estas cosas? Que Él y el Padre eran una misma cosa, por no tener sino una esencia y una naturaleza; que el Padre y el Hijo eran dos personas realmente distintas, pues éste

habia sido enviado por aquél para que muriese por los hombres; que este mismo Hijo estaba en el Padre, y el Padre en Él; que aún hay otra tercera persona en la misma naturaleza que procede del Padre y del Hijo, y es de la misma sustancia indivisible, pues uno y otro lo han de mandar para que santifique las ánimas y las infunda la ciencia de los misterios divinos. Por fin les muestra que cuanto dice es palabra de su Padre, por lo que es fácil conocer á este Padre celestial, pues quien lo ve á Él ve á su Padre. Y para dar á sus discípulos una nocion completa de lo que es su Maestro, les dice que su Padre es mayor que Él, pues siendo Dios consubstancial é igual al Padre, se habia revestido de nuestra naturaleza humana, en la cual, como inferior á la divina, se humilla y anonada, obedece á su Padre, padece y muere por nuestro amor.

Quería Jesucristo que se conociesen sus discípulos á sí mismos, y les dice que Él es la cepa y ellos los sarmientos, y que así como éstos, si están unidos á su tronco dan fruto, y si existen separados se secan y nada pueden dar de sí, así ellos, si no están unidos á la vid, que es Jesucristo, ningun fruto podrán llevar, porque toda la sávia de la gracia les ha de venir de aquella raíz y tronco divino. Les enseña á rogar á su Padre sin cesar, pidiéndole todas las cosas con humildad y confianza, poniendo por mediador al mismo Hijo, en el nombre del cual, si nada habian pedido todavía, mas debian, sin embargo, empezar á hacerlo desde aquel momento. ¡Oh! ¡Con cuánta fuerza imprime Jesucristo estas verdades en el corazon de sus discípulos! Les dice que no teman al mundo, pero es porque Él lo ha vencido; les dice que el enemigo pretende zarandearlos como trigo, pero les enseña que se humillen en la oracion, que se crean inferiores á todos, y que confien únicamente en Dios, acordándose del poder omnipotente de su mano, y así ahuyentarán á Satanás.

El conocimiento de Dios para amarlo, el conocimiento de sí mismo para humillarse y desconfiar de sus propias fuerzas, pidiendo al cielo los auxilios oportunos, son las dos piedras angulares del edificio de santidad y virtud que pretende elevar Jesucristo en el corazon de sus discípulos, mostrándoles cuál sea la suma de la perfeccion cristiana. ¿Y cuáles son los resultados que se han de ver en los que practiquen lo que Jesus prescribe? «El que me ama, dice Jesus, será amado de mi Padre, y yo le amaré, y me le manifestaré á mí mismo. Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos á él y haremos morada en él.» Es, por lo tanto, una union íntima é inefable de Dios con el hombre lo que promete Jesucristo á sus discípulos, como el resultado natural del amor de Dios y de su conocimiento, del amor del prójimo y del conocimiento de sí mismo.

¡Ah! Para comprender esta sublimísima doctrina de Jesucristo es preciso tener el corazon desprendido de todo lo terreno é inflamado todo en amor de Dios. Por eso dice á sus discípulos que en el dia en que por la visita del Espíritu Santo sean purificados de la más ligera afeccion terrena, y confirmados en gracia, comprenderán una cosa la más admirable, y es, que Él está en su Padre, sus discípulos en Él, y Él en sus discípulos; porque así como el hijo es una misma cosa con el Padre en la unidad de la naturaleza, nosotros hemos de ser una misma cosa tambien entre nosotros y con Jesucristo por la unidad del espíritu de amor santo que nos comunica, y por la fé y la caridad que nos ligan como á miembros de un mismo cuerpo á este mismo Hijo de Dios, que es la Cabeza de donde nos viene la vida y la salud del alma. Y si para conocer estas verdades es necesario el magisterio celestial, para practicarlas, ¡cuánto más necesarios serán los auxilios que Dios nos tiene prometidos!

¡Oh Dios mio! Al examinar el estado de mi alma, en-

cuento que ni os amo como debia, ni amo á mis prójimos por vuestro amor, y todo esto me sucede porque medito poco ó nada en las grandezas de vuestra naturaleza, y ménos aún en las obras de vuestro amor, teniendo al propio tiempo buen cuidado de ocultar mis defectos para aparecer grande y perfecto á los ojos de los hombres. Confieso mi nada, y me acuso de mi arrogancia y altanería, que me ha apartado de vuestro amor: yo sé que debo amaros sobre todas las cosas, y quiero empezar desde hoy á detestar todo lo que os desagrada; sois mi Príncipe, de donde me vienen las riquezas de la gracia; mi médico, de quien procede mi salud y mi vida, y mi maestro, que destruye mi ignorancia y disipa mis errores. ¡Bendita sea la infinita Bondad, á quien somos deudores de cuanto tenemos! Amémosla, pues, para vivir unidos á este Dios amantísimo, y si queremos continuar siempre en su amistad, seamos humildes.

MEDITACION VIII.

Jesucristo da gracias despues de la cena, y sale hácia el huerto de Getsemaní.

Habiendo llegado el momento en que Jesus se iba á entregar á sus enemigos, se preparó al último viaje que haria con sus discípulos, diciéndoles estas palabras: «Para que el mundo conozca que amo al Padre, y como me dió el mandamiento el Padre, así hago; levantaos y vamos de aquí.» (Joan., xiv, vers. 31.) Pero ántes de marchar, Jesus entonó con sus discípulos un himno de alabanza á su eterno Padre, dándole gracias por haber celebrado la última cena, instituido el sacramento de la Eucaristía, y dado al mundo el precepto de la caridad, como el signo con el cual serian caracterizados los que

creyeren en Él. Así cierra Jesucristo el tiempo de su conversacion con los hombres, abriendo sus divinos lábios y recitando en union con sus discípulos los cánticos que el pueblo fiel solia entonar para dar gracias al Altísimo por los favores que recibia de su mano.

Considera el profundo acatamiento con que Jesucristo se humilla, dando gracias á su eterno Padre por todas las obras que ha realizado; jamás ha obrado prodigio alguno sin que haya mediado el agradecimiento á las bondades divinas; jamás ha tomado refaccion, ni sueño, ni descanso sin dar gracias al cielo; pero en ocasiones dadas lo ha hecho con cierta solemnidad y en presencia del pueblo y de sus discípulos, para que quedase esta accion profundamente impresa en nuestros corazones, y aprendiésemos á dar gracias al Padre por medio del Hijo, confesando en todo lugar que de Él nos vienen todas las cosas, y por Él vivimos y en Él respiramos, siendo, por consiguiente, siempre suyos, ora comamos, ora durmamos. Al multiplicar los panes da gracias públicamente al Dador de todo bien, levantando los ojos al cielo, que es el asiento de su gloria; otro tanto hace cuando resucita á Lázaro; y al instituir el admirable Sacramento, no sólo da Él solo gracias á su Padre, sino que hace que sus discípulos alternen con Él en los suaves acentos con que alaba á Dios por tan insigne beneficio como ha dispensado á los hombres.

Queria Jesucristo desterrar de nuestros corazones la negra ingratitud, crimen que la naturaleza racional, aún con la sola luz de la razon, mira con horror, y que, por consiguiente, es infinitamente aborrecido y detestado de Dios. Por eso ha dado gracias á su Padre en cuantas ocasiones ha mostrado de un modo especial la fuerza de su poder, para enseñarnos con su ejemplo á ser reconocidos á las bondades divinas, y no dejar pasar un solo dia sin entonar un cántico de alabanza y bendicion al cielo por

cuento que ni os amo como debia, ni amo á mis prójimos por vuestro amor, y todo esto me sucede porque medito poco ó nada en las grandezas de vuestra naturaleza, y ménos aún en las obras de vuestro amor, teniendo al propio tiempo buen cuidado de ocultar mis defectos para aparecer grande y perfecto á los ojos de los hombres. Confieso mi nada, y me acuso de mi arrogancia y altanería, que me ha apartado de vuestro amor: yo sé que debo amaros sobre todas las cosas, y quiero empezar desde hoy á detestar todo lo que os desagrada; sois mi Príncipe, de donde me vienen las riquezas de la gracia; mi médico, de quien procede mi salud y mi vida, y mi maestro, que destruye mi ignorancia y disipa mis errores. ¡Bendita sea la infinita Bondad, á quien somos deudores de cuanto tenemos! Amémosla, pues, para vivir unidos á este Dios amantísimo, y si queremos continuar siempre en su amistad, seamos humildes.

MEDITACION VIII.

Jesucristo da gracias despues de la cena, y sale hácia el huerto de Getsemaní.

Habiendo llegado el momento en que Jesus se iba á entregar á sus enemigos, se preparó al último viaje que haria con sus discípulos, diciéndoles estas palabras: «Para que el mundo conozca que amo al Padre, y como me dió el mandamiento el Padre, así hago; levantaos y vamos de aquí.» (Joan., xiv, vers. 31.) Pero ántes de marchar, Jesus entonó con sus discípulos un himno de alabanza á su eterno Padre, dándole gracias por haber celebrado la última cena, instituido el sacramento de la Eucaristía, y dado al mundo el precepto de la caridad, como el signo con el cual serian caracterizados los que

creyeren en Él. Así cierra Jesucristo el tiempo de su conversacion con los hombres, abriendo sus divinos lábios y recitando en union con sus discípulos los cánticos que el pueblo fiel solia entonar para dar gracias al Altísimo por los favores que recibia de su mano.

Considera el profundo acatamiento con que Jesucristo se humilla, dando gracias á su eterno Padre por todas las obras que ha realizado; jamás ha obrado prodigio alguno sin que haya mediado el agradecimiento á las bondades divinas; jamás ha tomado refaccion, ni sueño, ni descanso sin dar gracias al cielo; pero en ocasiones dadas lo ha hecho con cierta solemnidad y en presencia del pueblo y de sus discípulos, para que quedase esta accion profundamente impresa en nuestros corazones, y aprendiésemos á dar gracias al Padre por medio del Hijo, confesando en todo lugar que de Él nos vienen todas las cosas, y por Él vivimos y en Él respiramos, siendo, por consiguiente, siempre suyos, ora comamos, ora durmamos. Al multiplicar los panes da gracias públicamente al Dador de todo bien, levantando los ojos al cielo, que es el asiento de su gloria; otro tanto hace cuando resucita á Lázaro; y al instituir el admirable Sacramento, no sólo da Él solo gracias á su Padre, sino que hace que sus discípulos alternen con Él en los suaves acentos con que alaba á Dios por tan insigne beneficio como ha dispensado á los hombres.

Queria Jesucristo desterrar de nuestros corazones la negra ingratitud, crimen que la naturaleza racional, aún con la sola luz de la razon, mira con horror, y que, por consiguiente, es infinitamente aborrecido y detestado de Dios. Por eso ha dado gracias á su Padre en cuantas ocasiones ha mostrado de un modo especial la fuerza de su poder, para enseñarnos con su ejemplo á ser reconocidos á las bondades divinas, y no dejar pasar un solo dia sin entonar un cántico de alabanza y bendicion al cielo por

los beneficios que nos hace. Sin embargo, en esta ocasion Jesucristo se expresa más claramente, y así como el fuego del amor que nos tenía se dilató en cierto modo al instituir la sagrada Eucaristía, así la ternura de su afecto hácia su Padre se manifestó más ostensiblemente al darle gracias con cierta solemnidad. Tal era el gozo que extasiaba su corazon divino. ¿Y por qué tanto gozo? Porque habia hecho participantes á los hombres del convite de los ángeles, dándoles á comer su cuerpo, y porque habia dado á los Apóstoles la facultad de hacer otro tanto hasta la consumacion de los siglos, confiriéndoles imperio sobre su cuerpo natural, para que lo consagrasen y lo repartiesen tambien á sus hermanos.

Estamos, pues, obligados á dar gracias al Señor por sus misericordias, y no debiéramos ser tan ingratos como somos, pues vivimos olvidados de los beneficios de Dios, y cuando nos acercamos á la sagrada mesa, apenas empleamos algunos momentos en meditar la grandeza del beneficio recibido. ¡Cuán insensato he sido yo hasta hoy! He agradecido á los mundanos cualquier pequeñez que me hayan dado, por no sonrojarme con la nota de ingrato, y debiendo á Dios tantos y tan imponderables favores, léjos de darle gracias, lo he ultrajado con mis pecados. Entre tanto, no hay una sola criatura irracional que á su modo no bendiga á su Criador, enseñando al hombre que con mayor motivo debe de hacerlo él. Desde el astro más resplandeciente del cielo hasta el reptil más insignificante de la tierra, nada se mueve, nada respira, nada pulula, nada deja oír su voz, sin que tome parte en el cántico universal con que toda la naturaleza visible ensalza á su Criador, aunque no lo conoce. ¿Y será posible que sólo el hombre calle? ¿El hombre, para quien Dios crió todas estas bellezas celestiales y terrenas? ¿El hombre, por quien Dios se humilló hasta morir en una cruz? ¿Sólo el hombre no bendice á su Criador?

Si pretendemos ser algun día moradores de la pátria celestial, es preciso que miéntras estemos en este mundo imitemos á los Santos; éstos eran tan agradecidos á las misericordias del Señor, que dia y noche no hacian más que bendecirlo; y en el cielo no hacen otra cosa que continuar el cántico de alabanzas, que siempre es nuevo, porque jamás se hartan de dar gracias á Dios. En vista de estos ejemplos, no puede uno ménos de avergonzarse, considerando que en vez de haber agradecido á Dios los beneficios sin número que nos ha hecho, lo hemos ultrajado infinitamente con nuestros pecados. Prometamos, por tanto, al Señor no faltar en ningun momento de nuestra vida á la gratitud debida á sus favores, pues haciéndolo nosotros así, Dios multiplicará en nosotros sus dones, y nos sentiremos cada dia más fuertes para despreciar á un mundo que nos incita á ser desagradecidos al Criador, privándonos de su amor y de sus recompensas, miéntras él nos pagará, si le servimos, por nuestra desgracia, con la ingratitud, y nos mirará con menosprecio cuando no seamos útiles á su loca vanidad.

2.º Despues de haber rezado el himno de alabanzas á su Eterno Padre, Jesucristo, acompañado de sus once discípulos, emprendió la marcha hácia los olivares del huerto de Getsemaní. Muy digno es de meditarse cuanto hacen y dicen los discípulos en este último viaje: todos á porfía se agrupan alrededor de su Santísimo Maestro, deseosos, por una parte, de oír con singular ahinco sus últimas lecciones, y temerosos, por otra, y llenos de terror, porque saben que van á perderlo. ¡Ay! Son como los polluelos, que al sentir un ruido extraño se apresuran á cubrirse bajo las alas de la gallina, apretándose unos á otros, y disputándose con igual amor y temor la primacía de la más íntima proximidad. Así va caminando la sagrada compañía hasta atravesar el torrente del Cedron y llegar al sitio donde Jesus iba á esperar con ánimo hu-

milde y generoso á la turba, que se aprestaba para ir á buscarlo y prenderlo.

«Todos vosotros, les dice Jesus al empezar á andar, padecereis escándalo en mí esta noche, porque escrito está: heriré al Pastor y se descarriarán las ovejas del rebaño.» (Math., xxvi, 31.) Apenas oyeron los discípulos estas palabras, comprendiendo lo que el Divino Maestro queria significarles, salió de sus corazones con toda la vehemencia del amor aquella protestacion, digna por cierto de mejores resultados, de que todos estaban dispuestos, no sólo á no departirse de su lado, sino tambien á morir con Él. (Marc., xiv, 31.) En efecto: habian recibido dentro de sus pechos el pan de los ángeles, y se hallaban por aquellos momentos inflamados en amor de su Maestro divino; sin embargo, como aún no conocian todas las astucias del enemigo y habia en ellos algun resto de miras ambiciosas, pues hacía pocos momentos que se habia suscitado entre ellos la cuestion de la supremacía, no veian que unian al deseo de oír las palabras de su Maestro, una demasiada confianza en sí mismos, como si pudieran ellos con sus propias fuerzas lo que únicamente alcanza el hombre con la ayuda de la gracia divina. Pocas horas despues una triste experiencia enseñó á los discípulos que no basta agruparse alrededor del Maestro y oír su voz, si no está uno fundado en la humildad, desconfiando de sí y fiándose únicamente en la gracia celestial.

El orgullo es el enemigo capital de la fé. (S. Agust., lib. v *De Civ. Dei*, cap. xiv.) Los discípulos, en los momentos de entusiasmo, creyeron que era cosa fácil ir á la cárcel y á la muerte con su Divino Preceptor; habia en ellos amor y fervor, pero tambien hubo presuncion, pues prometian hacer lo que no les era posible con sus propias fuerzas. ¿Y no es ésta la causa de nuestras muchas caidas? Presumimos de nosotros mismos, y no nos hu-

millamos en la presencia de Dios, y creyéndonos capaces de combatir, al primer paso que damos caemos, porque nos falta el cimiento, que es la humildad. Al oír los discípulos que muy pronto serian probados con una fuerte tentacion, debian de haberse humillado, implorando la ayuda de su Maestro para salir victoriosos; léjos de hacerlo, responden con la mayor prontitud que se dejarán llevar á la cárcel y padecerán la muerte ántes que dejar de confesar su fé. Su divino consejero les habia enseñado que orasen pidiendo la gracia al Padre, que se la daría en las tribulaciones; al poco, ven el ejemplo que les da el Maestro, rogando con humildad profundísima, y miéntras Él ora, ellos duermen. ¡Ah! De este orgullo nació la apatía y abandono de la oracion, y de aquí la fuga de todos cuando sobrevino el peligro.

Lo que fueron los Apóstoles en estos momentos, somos todos los hombres cuando, creyendo que podemos algo sin contar con la gracia, nos engreimos de nuestras fuerzas. ¿Quién no tiembla al saber que en tiempo de las persecuciones, muchos se presentaron inoportunamente ante los tiranos, desafiándolos en nombre de Cristo y despreciando sus tormentos, y al poco apostataron de la fé? Es la presuncion el principio de todos los males: si queremos evitar las caidas, hemos de empezar por conocer nuestra miseria y por pedir al Señor que nos dé sus auxilios. Y si los discípulos que se disputaban la dicha de acercarse más y más á Jesus para oír sus palabras tuvieron la desgracia de caer al poco por fiarse demasiado de sí mismos, ¿qué suerte será la de aquellos que se apartan del lado de este Maestro celesial, por dar oídos á maestros de perdicion?

¡Ay! No bastan dos ojos para llorar la triste suerte de los cristianos de estos tiempos, que, arrebatados por una especie de vértigo, van hambrientos en pós de doctrinas corruptoras; esos libros que se leen cada dia con una án-

sia devoradora, en cuyas páginas no se leen sino máximas inmorales revestidas y engalanadas con elegancia, y medio disimuladas con una fraseología exquisita: esas producciones de la razón individual con desprecio de la Autoridad divina, únicamente entregada por el mismo Jesucristo á la Iglesia católica, en las cuales los misterios más sublimes son ridiculizados, y se pone en duda lo más sagrado, ¿prepararán acaso tu corazón á la humildad y tu entendimiento á la sumisión que Dios exige de tí? Aun cuando nos humillamos y anonadamos ante el Señor, todavía las tentaciones contra la fé no cesan de querer combatir nuestro espíritu; aun dado caso que estemos al lado de Jesús mientras somos peregrinos en este mundo, la carne, el mismo mundo y el demonio nos agitan sin cesar, para ver si nos arrancan de su lado. Si uno se expone á los peligros de las lecturas emponzoñadas de sensualismo y de errores, ¿á dónde irá á parar? Reflexiona, alma cristiana, para que arrojes de tí esos libros perniciosos, y te dediques á estudiar la verdad en la fuente divina del Evangelio, reconociendo tu debilidad, y la necesidad, no sólo del magisterio de Jesucristo, sino de su gracia para empezar, continuar y concluir el bien.

3.º Un fervor tan grande cual manifestaban los Apóstoles de hallarse prontos á ir á la cárcel con Jesús y morir por Él, no podía ménos de ser ocasión para que el divino Maestro les diese nuevas lecciones, por las cuales aprendiesen que precisamente era ésta la suerte que les esperaba en el mundo, no debiendo de ser el siervo más que su Señor, ni el Apóstol superior al que lo envía. (Joan., XIII, 16.) «Cuando os sucedan, les dice, las cosas que os predigo, os acordareis que yo os lo dije. Os echarán de las sinagogas: mas viene la hora en que cualquiera que os mate pensará que hace un servicio á Dios. Y os harán esto, porque no conocieron al Padre ni á mí.» (Joan., XVI, 2, 3, 4.) «En verdad en verdad os digo que vosotros

llorareis y gemireis, mas el mundo se gozará. En el mundo tendreis apretura: pero tened confianza, que yo he venido al mundo.» (Vers. 20-33.) Con este razonamiento va Jesús recordando á sus discípulos lo que tantas veces les habia inculcado, siendo estas palabras las últimas que el Pastor celestial dirige á su grey, que en breve va á dispersarse.

Considera que nada descubre más á las claras que somos discípulos de Jesucristo, que las persecuciones que sufrimos por su nombre, pues en el mundo no hallan los que verdaderamente siguen á Cristo sino aflicciones, angustias, trabajos y menosprecios. Porque el mundo no ama sino á los que son suyos y siguen sus máximas, y á éstos acaricia con honores y halaga con riquezas; mas á los discípulos de Jesús los mira como miró al divino Maestro la Sinagoga, como á un objeto vil y despreciable, y como á un enemigo de su felicidad. Su sola presencia le es intolerable, porque su vida es un reprensor de los vicios: así los persigue abiertamente como á perturbadores de su falsa paz, maquinando su extinción, afrentándolos y calumniándolos, ó con manejos ocultos les prepara asechanzas para sorprenderlos, los elimina de su consorcio como á hombres degradados, y los confunde con los desechos de la humanidad. Este fué el patrimonio temporal que el mundo dió á la Verdad humanada, y no esperaba otra suerte á los que quisiesen imitarlo.

Pero Jesucristo, al representar á sus discípulos la copa de amargura con que el mundo los habia de abregar, no deja la fragilidad humana entregada á sí misma, porque así nada podría hacer, y sucumbiría al primer encuentro. Primeramente la halaga y exhorta á sufrir con alegría las persecuciones, porque este cáliz lo ha de beber Jesucristo ántes que todos, y ha de ser comun al príncipe y al siervo. (Math., cap. xx, vers. 22.) En segundo, dice á sus discípulos que no les faltará jamás la asistencia de

su Espíritu, quien hablará por su boca cuando sean arrastrados á las audiencias y tribunales mundanos, y los fortificará cuando los azoten en los pretorios, y les proporcionará asilo y amparo cuando se vean precisados á huir de una parte á otra. (Mat., cap. xx, versículos 17 y siguientes.) En tercero, les dice que tengan una confianza omnímota entre las persecuciones que el mundo les suscite, porque éste ha sido vencido por Él. (Joan., capítulo xvi, vers. 33.) ¡Qué consuelo tan grande para las almas que siguen á Jesus! El cáliz de las amarguras que los enemigos de la verdad hacen beber á los justos, es el mismo que ha apurado el Dios humanado; lo que no sólo es un gran honor, sino una señal de union íntima y ardiente entre los que lo beben con tan cordial simultaneidad: cuando llegue el momento de la tribulacion, Dios estará con los que son atribulados por su nombre, y ni las encrespadas olas los cubrirán, ni las llamas devoradoras los tocarán, aunque anden envueltos entre sus torbellinos. (Isai., cap. xliii, vers. 2.) Triunfarán de cuantos obstáculos les oponga un mundo astuto y perverso, superarán todas las dificultades, y se sobrepondrán á todos sus tormentos, porque la gracia con que pelean es de Jesucristo, y su triunfo es tambien la consecuencia del triunfo que consiguió Jesucristo.

Cuando Jesucristo dirigia á sus discípulos estas palabras, aún no comprendian toda su significacion; y como aún habia en sus corazones algun apego á la tierra, y no estaban perfectamente cimentados en la verdadera humildad, apenas sopló el aquilon de la tempestad, fueron derribados al suelo; pero tan pronto como recibieron la plenitud del Espíritu y sus corazones fueron purificados por el fuego divino, arrojándose enteramente en los brazos de su Maestro, iban contentos á la cárcel, y salian alegres de la sala del Concilio, donde acababan de ser azotados por Jesucristo. (*Actor.*, v, 41.) Considera, pues,

cuál es el estado de tu alma, y cuán léjos estás de ser discípulo de Jesucristo, cuando no has querido sufrir aún nada por su nombre. Dirás que no se ha presentado la ocasion, que ningun tirano te ha obligado á confesar el nombre de Cristo; pero dime: si el caso se presentase, ¿crees que darias tu vida por Jesucristo? ¡Oh juicios del Señor! ¡Cuán incomprensibles son! Posible es que el Señor, que de las piedras puede levantar hijos á Abraham (Lucæ, iii, 8), te diese tanta gracia, que, correspondiendo á ella, te hiciese capaz de morir por su nombre. Mas, entre tanto, advierte que probablemente harias entónces lo que has hecho hasta ahora.

Dices que ningun tirano hay hoy dia enemigo de Cristo. ¿Y qué otra cosa es ese mundo vano en que vivimos? ¿Cómo te conduces con este tirano? ¿Le resistes en sus continuas pretensiones? ¿Has defendido el nombre de Dios, pudiendo hacerlo, cuando en tu presencia lo ha ultrajado? ¿Has cedido á sus halagos? ¿Vas á sus espectáculos, donde sólo se respira orgullo, vanidad é inmodestia? ¿Sigues la corriente con los que murmuran sin cesar de la vida del prójimo, ó tienen la osadía de tratar la Religion de fanatismo, y sus misterios de paradojas? ¿Tienes tu corazon apegado al oro y á las comodidades terrenas? ¡Ay! Como si el Evangelio de Jesucristo hubiese ya prescrito, veo que me he eximido de observar sus preceptos, faltando gravísimamente á la caridad, murmurando con los que murmuraban, y á la justicia, destrozando la fama de mis hermanos con las lenguas dolosas; advierto que he callado cuando la impiedad mordía cruelmente la Religion y ultrajaba á sus ministros; y todo esto lo he hecho por no disgustarme con un mundo cuya vanidad me ha obcecado. ¡Oh Dios mio! Conozco que mis pasos me conducen á la perdicion; no he querido hasta hoy padecer nada por vuestro amor, ni resistir á esa persecucion clara y manifiesta con que el mundo

os hace la guerra. Pero os pido la gracia que necesito para romper con este enemigo, huyendo de sus reuniones profanas, detestando su lujo y sus sensualidades, aborreciendo sus doctrinas y huyendo de él, pues con vuestros auxilios no temeré ni sus desprecios, ni sus desdenes, ni cuanto mal quiera suscitar contra mí, con tal que sea por la confesion de vuestro nombre y la profesion de vuestra sagrada doctrina.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

MEDITACION IX.

Jesus ora en el huerto de Getsemaní.

1.º Tenía Jesucristo por costumbre retirarse por la noche al monte Olivete, donde se entregaba á la oracion, despues de haber empleado el dia en enseñar al pueblo en el templo. (Luca, xxi, 37.) Este paraje era muy conocido al traidor Judas, como que habria pasado muchas noches en él cerca de su Maestro; y para darnos una prueba de que se entregaba á la muerte por su propia voluntad, se dirige al mismo sitio donde lo encontrará infaliblemente el discípulo aleve, que muy en breve vendrá acompañado de satélites y soldados. Porque si Jesucristo hubiese querido evadirse de la trama urdida contra su sagrada persona, no tenía más que irse á pasar la noche á otra parte, y así, aún humanamente hablando, quedaban burladas las esperanzas de sus enemigos. Pero, además del cumplimiento de la profecía de Isaías (LII, 7), pretendia Jesucristo demostrar á sus discípulos que no por fuerza, sino por su propio querer, iba á dar principio á su pasion en el huerto. (Crisost.: *Hom. LXXXII in Joan.*)

Pero ¿qué va á hacer Jesucristo en el huerto? Sabe que sus discípulos están ansiosos de oír sus últimos consejos, y que, afligidos sus corazones, necesitan de sus

fervientes palabras: sin embargo, apenas ha llegado con ellos al huerto, les dice que se sienten y lo esperen mientras va más al interior de la granja á orar (Math., xxvi, 38); y tomando á tres de ellos, se adelanta hácia la espesura de los olivares á hacer oracion. Parece á primera vista que siendo aquella la última noche que pasaba Jesus con sus discípulos, no debiera separarse de ellos ni un momento, ni abandonarlos en su afliccion. Pero no es así, porque Jesucristo, sin abandonar á los discípulos, que visita varias veces, interrumpiendo con este fin su oracion, no quiere dejar de hacer lo que tiene de costumbre, y acercándose el momento de la tribulacion, va á prepararse á recibirla, conferenciando en la soledad con su eterno Padre y pidiéndole lo que le sea necesario; y con esto instruye á sus discípulos prácticamente, dándoles una leccion elocuente de lo que ellos han de ejecutar en lo sucesivo. Si han de conservar su espíritu, es preciso que, despues de enseñar á la muchedumbre, se retiren del trato de los hombres, y se internen en la soledad á hablar con Dios y templar de nuevo su corazon en la oracion, sin cuya circunstancia se disiparán y debilitarán las fuerzas del alma, y dejarán de ser la sal de la tierra; y les es tan necesaria esta abstraccion diaria del bullicio del mundo, que por grandes que sean las ocupaciones, por premurosos que parezcan los negocios, nada deben hacer sin prepararse con la oracion.

Jesus va á orar en el huerto: su espíritu se empieza á turbar tan pronto como entra en este sitio, porque en él da principio su Pasion, y quiere buscar en la soledad y en la oracion lo que no le podian dar los hombres desde el punto en que por un misterio incomprensible quiso que su humanidad santísima se viese como abandonada á sí misma y sintiese todo el peso de la debilidad propia del hombre. Esta turbacion de Jesus y su inmediata aplicacion á la oracion para buscar la calma y tranquili-

os hace la guerra. Pero os pido la gracia que necesito para romper con este enemigo, huyendo de sus reuniones profanas, detestando su lujo y sus sensualidades, aborreciendo sus doctrinas y huyendo de él, pues con vuestros auxilios no temeré ni sus desprecios, ni sus desdenes, ni cuanto mal quiera suscitar contra mí, con tal que sea por la confesion de vuestro nombre y la profesion de vuestra sagrada doctrina.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS
MEDITACION IX.

Jesus ora en el huerto de Getsemaní.

1.º Tenía Jesucristo por costumbre retirarse por la noche al monte Olivete, donde se entregaba á la oracion, despues de haber empleado el dia en enseñar al pueblo en el templo. (Luca, xxi, 37.) Este paraje era muy conocido al traidor Judas, como que habria pasado muchas noches en él cerca de su Maestro; y para darnos una prueba de que se entregaba á la muerte por su propia voluntad, se dirige al mismo sitio donde lo encontrará infaliblemente el discípulo aleve, que muy en breve vendrá acompañado de satélites y soldados. Porque si Jesucristo hubiese querido evadirse de la trama urdida contra su sagrada persona, no tenía más que irse á pasar la noche á otra parte, y así, aún humanamente hablando, quedaban burladas las esperanzas de sus enemigos. Pero, además del cumplimiento de la profecía de Isaías (LII, 7), pretendia Jesucristo demostrar á sus discípulos que no por fuerza, sino por su propio querer, iba á dar principio á su pasion en el huerto. (Crisost.: *Hom. LXXXII in Joan.*)

Pero ¿qué va á hacer Jesucristo en el huerto? Sabe que sus discípulos están ansiosos de oír sus últimos consejos, y que, afligidos sus corazones, necesitan de sus

fervientes palabras: sin embargo, apenas ha llegado con ellos al huerto, les dice que se sienten y lo esperen mientras va más al interior de la granja á orar (Math., xxvi, 38); y tomando á tres de ellos, se adelanta hácia la espesura de los olivares á hacer oracion. Parece á primera vista que siendo aquella la última noche que pasaba Jesus con sus discípulos, no debiera separarse de ellos ni un momento, ni abandonarlos en su afliccion. Pero no es así, porque Jesucristo, sin abandonar á los discípulos, que visita varias veces, interrumpiendo con este fin su oracion, no quiere dejar de hacer lo que tiene de costumbre, y acercándose el momento de la tribulacion, va á prepararse á recibirla, conferenciando en la soledad con su eterno Padre y pidiéndole lo que le sea necesario; y con esto instruye á sus discípulos prácticamente, dándoles una leccion elocuente de lo que ellos han de ejecutar en lo sucesivo. Si han de conservar su espíritu, es preciso que, despues de enseñar á la muchedumbre, se retiren del trato de los hombres, y se internen en la soledad á hablar con Dios y templar de nuevo su corazon en la oracion, sin cuya circunstancia se disiparán y debilitarán las fuerzas del alma, y dejarán de ser la sal de la tierra; y les es tan necesaria esta abstraccion diaria del bullicio del mundo, que por grandes que sean las ocupaciones, por premurosos que parezcan los negocios, nada deben hacer sin prepararse con la oracion.

Jesus va á orar en el huerto: su espíritu se empieza á turbar tan pronto como entra en este sitio, porque en él da principio su Pasion, y quiere buscar en la soledad y en la oracion lo que no le podian dar los hombres desde el punto en que por un misterio incomprensible quiso que su humanidad santísima se viese como abandonada á sí misma y sintiese todo el peso de la debilidad propia del hombre. Esta turbacion de Jesus y su inmediata aplicacion á la oracion para buscar la calma y tranquili-

dad vista por los Apóstoles en los momentos que precedían á su dispersion, habia de quedar profundamente grabada en sus espíritus, aprendiendo en aquella escuela sublime que el reposo y la serenidad del alma, una vez perdidos, se han de buscar en la oracion. (Crisost.: *Hom. LXXXII in Math.*)

¡Qué sábia y racional es esta leccion que nos da Jesucristo! Así como no podemos pasar un solo dia sin dar al cuerpo el alimento, tampoco podemos sostener la salud de nuestra alma si no la proporcionamos la refaccion en la oracion. (Agustin: *De Salut. Monit.*, cap. XXVIII.) Del mismo modo, cuando nos vemos acometidos por una adversidad superior á nuestras fuerzas, llamamos en nuestro auxilio á los amigos que nos ayuden y favorezcan. ¡Con cuánta más prontitud y necesidad no hemos de acudir á nuestro amigo verdadero, que es Dios, en las angustias que suscitan cada dia á nuestra alma el demonio, el mundo y la carne, para que nos libre de sus ataques y nos dé la gracia para vencerlos! Jesucristo nos da ejemplos todos los dias, pues apenas ha concluido las obras de la vida activa predicando é instruyendo, se retira á la contemplacion; y cuando amenaza la borrasca de la gran tribulacion, se aparta de sus discípulos y va á buscar en el retiro lo que sólo puede dar Dios, no la criatura. ¡Miserables de nosotros! Para todo tenemos tiempo ménos para orar: empleamos cada dia muchas horas en negocios mundanos, y concluidos éstos, buscamos medios de pasar el tiempo en visitas inútiles, en paseos y recreaciones, en conversaciones ociosas, y quizás en diversiones profanas, y no nos acordamos de dedicar siquiera media hora á contemplar las grandezas del amor de Dios hácia nosotros, la acerbidad de la Pasion de Jesucristo, la muerte, el juicio, el infierno, la salud y los intereses de nuestra alma. Así caemos en toda tentacion y somos esclavos de nuestras pasiones, porque, ó por pereza ó por vanidad,

no hacemos oracion con instancia cotidiana, como nos enseñó Jesucristo.

Además nos enseña Jesucristo el modo de consolarnos en las calamidades públicas y en los trabajos que nos sucedan, lo que hemos de hacer, no pasando el tiempo con nuestros amigos, preguntando novedades y satisfaciendo la vana curiosidad y disipándonos más y más con las mentiras inventadas por hombres desquehacerados, sino acercándonos á Dios para decirle llenos de resignacion lo que dijo á su Padre nuestro adorado Jesus cuando toda una ciudad se preparaba á consumir su extincion: *Padre mio, hágase tu voluntad.* ¿No es digno de lamentarse el ver que hoy dia puede decirse de los cristianos que, como en otro tiempo los hombres vanos é idólatras (*Actor.*, xvii, vers. 21), no se ocupan sino en decir ó en oír algo de nuevo? ¡Ay! *La tierra toda*, dice un Profeta, *está desolada, porque no hay ninguno que considere en su corazon.* (*Jeremías*, xii, 11.) ¡Oh Señor! Vos que me inspirais la necesidad que tengo de orar, dadme el espíritu necesario de la oracion, pues sin él ni puedo empezar ni aprovechar. Yo prometo por mi parte no dejar la oracion ni un solo dia, y además tener siempre mi pensamiento en Vos; y ya que Vos me mandais que ore, espero la gracia necesaria para cumplir este precepto.

2.º Separado Jesucristo de los ocho discípulos, é internándose en la soledad con Pedro, Juan y Santiago, empezó á comprimirse su amabilísimo corazon, agolpándose á su alma santísima una muchedumbre de pensamientos que lo afligen y lo llenan de tristeza; y es ésta tan desoladora, tienen tal influencia en aquellos momentos las ideas sobre Él, que la palidez se pinta en su venerable rostro, declarando á los discípulos privilegiados que su alma estaba triste hasta la muerte. (*Mat.*, xxvi, vers. 38.) Así el Maestro celestial, que habia manifestado con infinitos milagros su naturaleza divina, y habia

descubierto á estos tres discípulos en el monte Tábor una parte de la gloria que tiene como Hijo de Dios, iba á darles una prueba convincente de que tambien era hombre verdadero, adornado de las pasiones propias de nuestra naturaleza, no viciadas por el pecado y sujeto á la tristeza, amargura y angustia que causan en nuestra alma el temor de los males extremos y el horror natural de la muerte, y al dolor y sufrimientos que producen en el cuerpo los tormentos. Desde el momento en que Jesus entra en el huerto, la tristeza que se apodera de su alma lo conduce poco á poco á la última extremidad, y para salir de ella va á hacer oracion, no como Dios, pues es igual á su Padre y puede cuanto quiere, sino como hombre que necesita del auxilio de Dios para ser sostenido en la debilidad de su naturaleza humana.

Al verse acometido Jesucristo de un tropel de ideas, que le representan la gran tribulacion que va á caer sobre Él, y la iniquidad é injusticia con que van á proceder los hombres, no se inquieta, ni impacienta, ni prorrumpe, como lo hacemos nosotros, en quejas amargas, ni se lamenta de que siendo inocente por esencia, vengan sobre Él todos los castigos que merecen los pecadores. Al contrario, se humilla y calla, y retirándose á una gruta solitaria, sólo habla con su Padre celestial. ¡Ay! Mira con qué temor va caminando hasta lo más solitario de la triste morada. Todo cuanto se le presenta le causa pavor y aumenta su espanto; el mismo movimiento de los árboles agitados por el viento, el vuelo pacífico de las aves nocturnas, el suave murmurio de las aguas del Cedron, que al hombre sereno causarían una sensacion agradable, turban el ánimo de Jesus, pues le representan voces de enemigos, tumulto de pueblo, gritos de execracion y anatema. Como si Jesus no fuera el Dios, el Fuerte, el Todopoderoso, no se ve en Él por aquellos momentos sino el hombre débil y miserable, que nada puede sin el auxilio

del cielo. Y como si fuera un sér despreciable, un hombre plebeyo ó un pobre esclavo que se arroja á besar la tierra que pisa su señor, á quien ha desobedecido, así Jesus se arrodilla, se postra y humilla su frente hasta el polvo, regándolo con dos torrentes de lágrimas que brotan de aquellos ojos más hermosos que los astros del firmamento. Al mismo tiempo, exhalando de lo íntimo de su pecho una palabra de amor, de ternura, de confianza y de consuelo, habla á su Padre, y le dice: «Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz.» (Math., xxvi, 39.)

¿Qué lengua podrá exprimir dignamente toda la ternura con que Jesus se dirige á su Padre? Otras muchas veces ha hablado con Él en presencia del pueblo y de sus discípulos, y lo ha llamado simplemente Padre; ahora que se halla envuelto entre las mayores angustias y clama al cielo pidiendo su auxilio, no se contenta con llamarlo absolutamente Padre, sino que añade una palabra más como para excitarlo y moverlo más eficazmente, diciéndole *Padre mio*. Nos habia enseñado á llamar á Dios nuestro Padre (Math., cap. vi, vers. 9) cuando nos dirigimos á Él en la oracion; y ahora que la tribulacion ha empezado á turbar el espíritu de Jesus representando la naturaleza individual de cada uno de los hombres en sí mismo, exhala voces de dolor y derrama abundantes lágrimas, pidiendo al Padre que lo libre de la muerte (Hebræor., cap. v, vers. 7), y le dice lleno de amor: *Padre mio*. Esto nos hace comprender que el dolor interior de Jesucristo es en aquellos momentos de una intensidad sin límites, pues para suplicar á su Padre y hacerle como una santa violencia, le hace presentes todas las prerogativas que le son innatas por la generacion eterna. Porque, en verdad, todos los hombres podemos llamar á Dios nuestro Padre, ya porque procedemos de Él, ya porque nos ha adoptado en su Hijo: mas no somos de su sustancia, habiéndonos criado de la nada, ni la adopcion nos eleva á

ser hijos suyos más que en el orden de la gracia; y esto no por nuestros méritos, ni porque Dios tenga obligacion alguna, sino por pura misericordia.

Jesucristo, al contrario, es el Hijo engendrado entre los resplandores de la Santidad, Dios de Dios, Luz de Luz, consustancial é igual al Padre; nosotros lo llamamos Padre nuestro, porque nos ha adoptado por sus hijos, y nos engendra á su gracia, perdonándonos nuestros pecados; mas Jesus lo llama *Padre mio*, porque, unida la naturaleza humana á la divina bajo una sola persona increada y eterna, es el Hijo unigénito propio y natural del Padre. ¡Ay! Jesus, que es el Hijo de Dios, al verse afligido como hombre, no busca el consuelo sino en la oracion. ¿Por qué no hemos de imitar nosotros á nuestro Redentor, que nos ha sido dado por Dios como Maestro y modelo que hemos de seguir? Tenemos cada dia mayores pruebas de nuestra debilidad, pues caemos miserablemente en el pecado: las pasiones pretenden arrastrarnos con violencia, turbando é inquietando nuestro corazon; y sin embargo, ¿confiamos en nuestras fuerzas, y no acudimos á la oracion, como Jesucristo nos lo enseña con su ejemplo? ¡Oh, Jesus mio! Se me parte el corazon de dolor al ver que en todo pienso ménos en imitaros: debia yo gemir, suspirar, llorar y postrarme noche y dia aplacando tu justicia é implorando tu misericordia, y, en vez de hacerlo, me encuentro frio, sin fervor, sin amor tuyo. ¡Ay de mí! Soy polvo y ceniza; ¿y no me humillo viendo á mi Jesus, que es el Hijo de Dios, postrado en el duro suelo? Concededme; oh amable Jesus! un poco de aquel fervor, de aquella ternura y humildad que tuviste en el huerto, para que, humillándome yo hasta el polvo, suban mis oraciones hasta el cielo.

3.º Postrado Jesus ante el acatamiento divino, manifiesta con su corazon tierno y sincero todos los sentimientos que abraza en su seno. *Padre*, dice, *todas las*

cosas te son posibles: traspasa de mi este cáliz; mas no sea lo que yo quiero, sino lo que tú. (Marc., cap. xiv, vers. 36.) Así como el que adora á Dios y se llega á Él es necesario ante todo que crea que existe y es remunerador (Hebræor., cap. xi, vers. 6), así el que ha de hacer oracion debidamente es preciso que confiese que Dios todo lo puede, y al mismo tiempo sujete su propia voluntad á la divina; porque es muy fácil buscar en nuestras peticiones lo que es más una satisfaccion de nuestros deseos que una voluntad de agradar á Dios; así Jesucristo, á pesar de conocer tan íntimamente que todos sus deseos y aspiraciones no tienen otra mira que la gloria de su Padre, al suplicarle una gracia, se sujeta enteramente á su decision soberana. Hacía Jesucristo en el huerto lo que quiere que haga cada uno de nosotros; hemos sido engendrados en las entrañas de la misericordia divina, y no hemos de invocar á Dios sino con el amor y cariño de hijos, no ya con el temor de la antigua servidumbre, pues somos hijos de adopcion. Hemos de confiar en este Padre celestial, pues habiéndonos concedido lo más grande, que es ser hijos suyos, nos ha de dar todo lo demás que le pedimos. (Agustin, lib. II *De Serm. Dom. in mont.*, cap. iv.)

Reflexionemos, pues, sobre estas palabras con que Jesus ora á su Padre; al sentirse oprimido por el enorme peso de la inminente Pasion, le expone con humildad la gran necesidad en que se encuentra para que lo libre de ella; mas apenas ha manifestado que el sentido rehuye el padecer, y que esta parte inferior quisiera verse libre de los tormentos, la parte superior del alma comprime los primeros deseos, sometiéndose en un todo á la disposicion divina. Jesus se acomoda en el modo de expresarse á lo que pasa en nuestros corazones cuando una gran adversidad nos amenaza; sentimos entónces una opresion que apenas nos deja respirar, y si podemos, nos esforzamos para huir de los rigores de la desgracia que

nos asalta; y si llega á caer sobre nosotros, nos abate la naturaleza doliente, y el sentido herido exprime su dolor; pero la razon, ilustrada por la fé, entra á moderar en seguida los arranques de la naturaleza, contemplando que la materia se ha de someter al espíritu, la criatura al Criador, la parte inferior á la superior, y movido y excitado el hombre por la gracia, se humilla bajo la mano del que mortifica y vivifica, conduce al sepulcro y nos resucita á la gloria. ¡Oh bondad, oh amor de Jesus, que se sujeta y humilla á obrar segun los sentimientos de nuestros corazones, para elevarlos de este modo, sacándolos de la atmósfera de los sentidos y conduciéndolos hasta la perfeccion que une nuestros deseos á los de Dios!

No nos prohíbe Dios que le expongamos nuestros deseos ni que nos quejemos á Él amorosamente cuando la parte sensible nos representa los males que nos aquejan como enormes é insoportables. Padre amoroso cual es, debemos acercarnos á Él con toda confianza, pues el mismo Jesucristo nos dice que oremos, que pidamos, que llamemos y que hagamos todo esto hasta con inoportunidad (Luc., cap. xi, versículos 8, 9 y 10); mas al pedir á Dios lo que favorece al sentido es preciso añadir siempre una palabra de conformidad con la voluntad divina; así, posponiendo nuestra voluntad á la de Dios, de las cosas humanas nos elevamos á las divinas. (D. Agust., *Tract. lII in Joann.*) ¡Cuántos se pierden para siempre por pedir segun los deseos de su corazon, más que segun los designios celestiales! ¡Ay! Muchos piden al cielo riquezas, honores y grandezas humanas, y Dios se las da quizás en su ira, y abusando de ellas, pierden las riquezas del cielo, sacrificándolas á un poco de vanidad que pasa como el humo. Muchos oran y piden sin recibir nada, y es porque no son conformes sus deseos á la voluntad divina.

Manifiesta tambien Jesus en estas palabras la obe-

diencia á los mandatos de su Padre para confundir á Lucifer, que por la desobediencia se precipitó en un abismo eterno de males, arrastrando tambien por ella á nuestros primeros padres á la perdicion eterna, y para enseñarnos á nosotros á ser verdaderos hijos de Dios. El Hombre-Dios no tenía ninguna obligacion de morir por nosotros; por su propia eleccion quiso ejecutar lo que veia que era del agrado de su Padre y para bien de los hombres; y es tan grande el deseo que tiene de complacer á aquél, que llama precepto lo que sabe que es voluntad suya. (D. *Cy-rill. in Joan.*, lib. x.) Siendo propio del buen hijo pre-venir los deseos de su padre, Jesucristo se muestra en el huerto obsequiosísimo hácia su Padre, pues nada quiere hacer que no sea de su agrado, y se ofrece á padecer cuanto pueda sufrir, llevando los tormentos hasta el último extremo, porque sabe que cuanto más extensa sea la Pasion, tanto más satisfaccion ofrece por los hombres y tanto mayor honor recibirá su Eterno Padre. ¡Oh obediencia sublime! ¡Oh espectáculo que nos llena de confusion! Jesus ve uno por uno cuantos ultrajes y dolores ha de sufrir, y cuantos son éstos, tantos son los impulsos de resistencia por parte del alma sensible; mas esta misma alma racional con gran fervor acepta uno por uno estos desprecios y tormentos como una obligacion que Él mismo se ha impuesto, y que su Padre ha aceptado; y por eso, cuantas veces representa su repugnancia natural á padecer y morir, otras tantas añade que no quiere que se haga su voluntad, sino la del Padre.

Si hemos de pretender imitar á Jesucristo, es preciso que nos arrojemos con toda confianza en los brazos del Señor, y tengamos una fé verdadera, creyendo y esperando que nos puede dar y nos ha de conceder lo que le pedimos para nuestra satisfaccion. Al mismo tiempo, renunciando á nuestros deseos mundanos, hemos de refundir todas nuestras aspiraciones en una sola, que es hacer

en todo la voluntad de Dios, sometiéndonos á lo que quiera y disponga de nosotros. Decimos fácilmente: *hágase la voluntad de Dios*; mas apenas nos sobreviene una contradicción, ó nos sorprende una enfermedad, ó los hombres nos suscitan persecuciones, demostramos que estamos muy apegados á nuestra voluntad, pues no llevamos con resignación los trabajos que Dios nos envía. Y, sin embargo, llamamos á Dios Padre nuestro, y nos gloriamos en ser sus hijos; pero en vano pretendemos ser hijos de Dios si no imitamos á Jesucristo en la obediencia y conformidad con la voluntad divina cuando suceden las cosas contra nuestros deseos.

Bien veo ¡oh Dios mio! que hasta hoy he hecho más mi voluntad que la vuestra, áun en aquellas cosas que pertenecian á prácticas de piedad, pues seguia en ellas mi gusto, mi genio é inclinación; quizás tambien se ha insinuado en mí el deseo de parecer bueno á los demás, ocultándose el orgullo entre las buenas obras que hacía. ¡Señor! Me humillo hasta el polvo, pidiéndoos perdón y gracia para hacer en todo vuestra santísima voluntad; y puesto que os dignáis que yo os llame Padre, inspiradme aquel santo temor que, unido al amor filial, es el distintivo de los justos. Vos sois infinitamente acreedor á ser llamado mi Padre, y aunque yo no merezco ser vuestro hijo, espero que os dignareis recibirme entre vuestros siervos, y que me dareis las gracias necesarias para observar vuestros mandamientos, buscando en todas mis obras vuestra gloria y mi salvación eterna.

EJERCICIO DEVOTO

PARA

CONSIDERAR LO QUE PADECIÓ NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

EN LA CÁRCEL

LA NOCHE DE SU PASIÓN SANTÍSIMA.

Venit ad me Hanameel ad vestibulum carceris.

Vino á visitarme Hanameel en el vestibulo de la cárcel.

(JEREMÍAS, cap. xxxii, vers. 8.)

I.

Quando la idolatría, apoderándose de los espíritus del pueblo hebreo, habia sentado su imperio en el templo de Dios y en el trono de Judá, se levantó un hombre, oriundo de la tribu sacerdotal, quien, con la intrepidez que caracterizaba á los Profetas del Señor, empezó á alzar su voz contra la irreligiosidad de los grandes y la inmoralidad y apostasía del pueblo: este hombre era Jeremías.

Jeremías, amados míos, no es el Profeta de solas las lágrimas y lamentaciones; es el gran vate que Dios envió en la época de los reinados mas impíos que hubo en la Judea, como fueron los de Joaquin y Sedecías. Cuál fuese su principal misión, no lo hemos de ver en las aspiraciones lacrimosas que exhala sobre la arruinada Sion, sino en el principio de su profecía á Jerusalem y Judá. Dios se lo manifiesta, y le dice estas palabras: «Antes que fueses formado en el vientre materno, yo te conocí, y antes que vieses la luz, te santifiqué y te destiné á ser el Profeta de las naciones; no temas: te he dado imperio

en todo la voluntad de Dios, sometiéndonos á lo que quiera y disponga de nosotros. Decimos fácilmente: *hágase la voluntad de Dios*; mas apenas nos sobreviene una contradicción, ó nos sorprende una enfermedad, ó los hombres nos suscitan persecuciones, demostramos que estamos muy apegados á nuestra voluntad, pues no llevamos con resignación los trabajos que Dios nos envía. Y, sin embargo, llamamos á Dios Padre nuestro, y nos gloriamos en ser sus hijos; pero en vano pretendemos ser hijos de Dios si no imitamos á Jesucristo en la obediencia y conformidad con la voluntad divina cuando suceden las cosas contra nuestros deseos.

Bien veo ¡oh Dios mio! que hasta hoy he hecho más mi voluntad que la vuestra, áun en aquellas cosas que pertenecian á prácticas de piedad, pues seguia en ellas mi gusto, mi genio é inclinación; quizás tambien se ha insinuado en mí el deseo de parecer bueno á los demás, ocultándose el orgullo entre las buenas obras que hacía. ¡Señor! Me humillo hasta el polvo, pidiéndoos perdón y gracia para hacer en todo vuestra santísima voluntad; y puesto que os dignáis que yo os llame Padre, inspiradme aquel santo temor que, unido al amor filial, es el distintivo de los justos. Vos sois infinitamente acreedor á ser llamado mi Padre, y aunque yo no merezco ser vuestro hijo, espero que os dignareis recibirme entre vuestros siervos, y que me dareis las gracias necesarias para observar vuestros mandamientos, buscando en todas mis obras vuestra gloria y mi salvación eterna.

EJERCICIO DEVOTO

PARA

CONSIDERAR LO QUE PADECIÓ NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

EN LA CÁRCEL

LA NOCHE DE SU PASIÓN SANTÍSIMA.

Venit ad me Hanameel ad vestibulum carceris.

Vino á visitarme Hanameel en el vestibulo de la cárcel.

(JEREMÍAS, cap. xxxii, vers. 8.)

I.

Quando la idolatría, apoderándose de los espíritus del pueblo hebreo, habia sentado su imperio en el templo de Dios y en el trono de Judá, se levantó un hombre, oriundo de la tribu sacerdotal, quien, con la intrepidez que caracterizaba á los Profetas del Señor, empezó á alzar su voz contra la irreligiosidad de los grandes y la inmoralidad y apostasía del pueblo: este hombre era Jeremías.

Jeremías, amados míos, no es el Profeta de solas las lágrimas y lamentaciones; es el gran vate que Dios envió en la época de los reinados mas impíos que hubo en la Judea, como fueron los de Joaquin y Sedecías. Cuál fuese su principal misión, no lo hemos de ver en las aspiraciones lacrimosas que exhala sobre la arruinada Sion, sino en el principio de su profecía á Jerusalem y Judá. Dios se lo manifiesta, y le dice estas palabras: «Antes que fueses formado en el vientre materno, yo te conocí, y antes que vieses la luz, te santifiqué y te destiné á ser el Profeta de las naciones; no temas: te he dado imperio

sobre naciones y reinos para que arranques, y destruyas, y edifiques, y plantes.» Por este razonamiento comprenderemos lo que Dios queria de su siervo; le inspiraba sus palabras y su fuerza para que con unas y con otra se opusiese al torrente devastador de la idolatría y del crimen que habia extendido su negra capa en la tierra; le infundia su elocuencia para anunciar los derechos de la divinidad, ultrajados con la adoracion de los ídolos, y su fuerza para presentarse á Reyes, ejército y pueblo, sin temor á su falsa política, á sus armas ó á su furor.

Jeremías llenó completamente los designios del cielo; Dios vió en él un Profeta heróico, manso, paciente, y al mismo tiempo intrépido y valeroso para resistir á la maldad. ¡Ah! Quizá en este momento alguno estará pensando que las escenas del Testamento Antiguo no tienen relacion directa con la augusta reunion que tiene lugar en este recinto; porque hoy no hay Sedecías ni Joaquines impíos que lleven la abominacion al Santuario, ni tampoco se encuentran Jeremías ni Profetas que tengan que echar en cara su impiedad á los mandatarios. Pero no adelantéis vuestro discurso; Jeremías, no sólo era un Sacerdote y un Profeta, era un tipo animado, cuyas acciones y vida delineaban las de un sagrado personaje que en tiempos venideros apareceria santificado en su naturaleza y persona, en sus virtudes y palabras; de un personaje que con energía y firmeza se opondria á las profanaciones del templo é infracciones de la ley; de un personaje que con mansedumbre de corazon llamaria á los hombres; de un personaje, por fin, que con paciencia y humildad sufriria una muerte afrentosa.

La predicacion continua de la verdad, la oposicion incesante á los excesos de la idolatría, excitó en los ánimos una furiosa envidia contra este santo Profeta; se conjuraron contra él los hombres inícuos, se apoderaron de su persona, y lo arrojaron en una cárcel inmundada. Hé aquí

un tipo bien manifiesto del Salvador; en su antiguo Profeta tenemos la figura; en Jesus encontramos la realidad. Por espacio de tres años no hizo más que morigerar las costumbres del pueblo hebreo; salieron de sus lábios elocuentes pero suaves palabras, que tanto tenian de amorosas como de eficaces; mas, á diferencia de los antiguos Profetas, no sólo reprendia los escándalos públicos contra la ley y el templo, sino tambien leia los más abstrusos pensamientos de aquellos hombres principales en la Judea que hacian profesion de vida austera y santa, encubriendo sus vicios con el manto de la hipocresía: Jesus, pues, excitó contra su persona el furor de los escribas y fariseos, se hicieron éstos dueños del personaje que los reprendia, y cargándolo de cadenas, lo arrojaron en dura prision.

He descubierto aquí la más completa analogía entre el Mesías paciente y uno de sus Profetas, que lo anunció en sus palabras y lo figuró en sus obras. Antes de continuar la explanacion de la historia y de considerar las penas del ilustre encarcelado, postrémonos ante sus divinas plantas, adorándolas con sumision y reverencia, y haciendo un acto de dolor.

II.

Vuelvo al profeta Jeremías; más feliz fué, amados míos, la figura que la realidad; el Profeta perseguido por sus enemigos oyó en su lóbrega prision algunas palabras de consuelo: colocado tras de ferradas barras, se le permitió oír los ecos de una voz amiga que, exhalándose en lágrimas, enjugó las del prisionero, mezclándolas con las suyas: era este hombre caritativo Hanameel, pariente del mismo Profeta. Oid el diálogo de estos dos amigos; el uno se halla aherrojado con fuertes grillos y tendido en pesado cepo; el otro apenas puede aplicar su rostro al ves-

tíbulo de la cárcel. «¡Ah! le diría éste; ¡cómo se me parte el corazón al verte encadenado como si fueras un criminal! —No me tengas lástima, le respondería el Profeta; estoy arrastrando los hierros por la esperanza de Israel; veo los males que han de sobrevenir al templo, al altar, á la ciudad y á mis hermanos que están urdiendo la trama de sus maldades, y estas cadenas serian bien ligeras para mí, si pudiese con mi suplicio inmerecido detener la cólera de nuestro Dios justamente irritado por nuestros pecados.—Dios se acordará de tí, y obrando alguno de sus portentos, traerá á esta lóbrega morada los consuelos que proporciona al justo perseguido por los pecadores; acuérdate de nuestros padres; ten presente que el antiguo José salió de la mazmorra para ser puesto en la cumbre del honor y salvar con su pródiga sabiduría los restos de Israel. El Señor te tendrá salvo entre las prisiones, y te ayudará; entre tanto yo soy tu hermano, y sin temor á los soldados que te custodian, me llegaré á este lugar de horror para consolarte.—¡Ah! Me sustento con el pan de la tribulación, y bebo las aguas de la amargura; mas esta tribulación se me hace suave y llevadera, ora porque la ocasione el celo de la gloria de nuestro Dios, ora porque en tus palabras encuentro una ráfaga de luz que me ilumina entre las tinieblas del calabozo, y un bálsamo que cura mis heridas. Gracias, pues, mi amado Hanameel.» No quiero continuar refiriendo lo que acaeció al gran Profeta que anunciaba el primer excidio de Jerusalem; sólo diré de él que en medio de aquella ciudad, rebelde á la voz de Dios, encontró almas generosas que lo visitaron en su prision, y hacian resonar sus oídos palabras de consuelo: *Venit ad me Hanameel ad vestibulum carceris*. Ya es tiempo de hablar del Señor, ya que hemos tratado de su siervo. Jesus está encarcelado; una fuerte cadena, rodeando su cuello de alabastro, viene á ceñir su cintura y entrelazar sus manos; otra tiene aherrojados sus piés con fierá in-

humanidad; ésta lo ata á un peñasco vivo, aquélla á un muro subterráneo. ¿Cómo ha venido Jesus á tal desventura? ¿Cómo se halla en la cárcel? ¿Viene algun amigo cariñoso á darle palabras de consuelo? Hé aquí la gran diferencia que existe entre la sombra y la luz; el Profeta tiene amigos que lo consuelen en la cárcel; Jesus se encuentra entregado á sí mismo, rodeado de tinieblas, y sin percibir más eco que el de la maledicencia y el sarcasmo.

Cristianos, vamos á acercarnos en espíritu á la prision del Salvador: Él es nuestro gran Profeta, nuestro hermano y nuestro Dios; la cárcel es tenebrosa y oscura; iluminémosla nosotros con la antorcha de la fé, cuyo emblema son esas luces que arden ante las sagradas aras; seamos para con Él tan caritativos como fué Hanameel para con su deudo Jeremías cuando se hallaba éste encarcelado.

PARA LA PRIMERA SETENA DE LA CORONA DE DESAGRAVIOS.

Una noche tenebrosa cubria la faz de la tierra; despues de haber cumplido con la ley y cenado el cordero pascual, salió un grupo de hombres de la ciudad de Jerusalem, y atravesando el torrente Cedron, llegó á un paraje solitario y se dividió en dos porciones: cuatro componían la una, ocho la otra; tres horas despues siguió el mismo rumbo otra turba más considerable, capitaneada por los hombres más notables de la misma ciudad, y compuesta de ministros de justicia, de soldados, de populacho y de un traidor; era Judas con los pontífices y fariseos; las huellas de los primeros descubren su morada á los segundos; á poco se apercibe á lo lejos un resplandor nocturno, va acercándose, y se divisan mutuamente los dos trozos de gente, armado el uno, inerme el otro; las linternas, las antorchas y teas encendidas convierten á

Getsemaní en un día claro; el que mandaba á los once hombres que estacionaban en el Olivete, se adelanta, pregunta á los que venian cuál era el objeto de tanto aparato, le contestan que buscan para prenderlo al mismo que les hablaba, á quien no conocieron en aquel momento. Les da su permiso, mandándoles que no toquen á ninguno de sus discípulos; se arrojan sobre él, le amarran con fuertes cadenas, lo atropellan, lo arrastran y lo conducen á presencia del sumo sacerdote, que se hallaba en expectativa del resultado de la excursion armada.

Este hombre, sobre quien caen á un tiempo la justicia pública, el sacerdocio del templo y los sábios de la sinagoga, había vivido como personaje público en la Palestina más de tres años; estaba instruido en la ley de Moisés y en las lecciones de los Profetas más que todos los sábios, y nunca había frecuentado las escuelas ni entrado en los liceos. Se presentaban ante Él los cojos y tullidos, los calenturientos y estropeados, y los curaba con su voz y su simple tacto; venian á Él los endemoniados y obsesos, y huían los espíritus infernales, diciendo de Él cosas extraordinarias; se abocaban con Él los literatos para tentarlo, y contestaba á sus razones, y leía sus pensamientos; si salía á las calles y plazas, los pueblos obstruían el paso por verlo y oírlo hablar; si caminaba al desierto, su séquito más parecia un ejército que una simple comitiva. Al fin hizo tantos portentos, recibió tantos aplausos, convirtió tantas gentes, tuvo tantos prosélitos, descubrió de tal modo los vicios de que adolecía la sinagoga, que ésta se reunió y determinó que se le echase mano, para que no progresase más en su conquista aquel hombre extraordinario. Tomadas todas las precauciones necesarias, al fin fué apresado.

La noche iba á cumplir su primer período; el preso es presentado al sacerdocio, es interrogado, es insultado descomedidamente, y fatigados los pontífices y fariseos

de la tarea empezada, alegres por haber dado su primer paso con tanto acierto, gozosos de ver qué poco duraría aquel Hombre contra quien tanto odio tenían concebido, se retiran á sus hogares, mandando á sus esbirros que sobrecarguen de hierros al cautivo y lo encierren en dura mazmorra. Así se hizo: el prisionero fué vendado con trapos viles; sus manos fueron esposadas con acero; una argolla inhumana fué ajustada á su cuello; fuertes grillos amarraron sus piés, y encerrados éstos en pesado cepo, una cadena rodeaba su cintura y la sujetaba al muro; ciérrase la puerta de bronce, y echados los cerrojos, queda la cárcel en el más profundo silencio; toda Jerusalem reposa, y sólo es interrumpida su quietud nocturna por los alertas de los centinelas romanos. No interrumpamos nosotros el reposo universal; estemos á la mira; dejemos que se retiren todos los satélites de justicia; pero entre tanto hagamos un acto de adoracion al Sér divino, cantando sus divinas alabanzas.

PARA LA SEGUNDA SETENA DE LOS DESAGRAVIOS.

En medio del profundo reposo que tiene embargados á los hijos de Jerusalem, vamos á tentar una llegada hasta el vestíbulo de la cárcel: preguntemos al mismo prisionero quién es, por qué ha sido encarcelado, y cuáles son sus delitos; llenemos lo que falta para el cumplimiento de la semejanza entre el profeta Jeremías y su prototipo. Aquél, en medio de su encarcelamiento triste, fué mandado visitar por el Rey impío que lo encarcelára, y por su orden se le llevó agua y pan. A éste no se le dió otro lenitivo en su prision que los hierros duros, los hedores y la fetidez, aromas indígenas en los subterráneos y en las cárceles.

Entrad, pues, almas justas, entrad en espíritu en Jerusalem: no temais á los centinelas nocturnos, aunque

os hieran, aunque os roben vuestros mantos; preguntadles dónde está ese prisionero desventurado, que, si lo hallais, si lo hablais, si lo consolais, sereis felices.

Hémos, pues, cerca de Él. Ahí está. ¡Oh! ¡Qué aspecto tan lúgubre presenta! ¡Qué tristeza tan profunda oprime su espíritu! Sin duda está meditando en las acciones de su vida para ver si encuentra alguna que sea criminal y digna de la posición que ocupa. ¡Permitid, hombre desafortunado, permitid que os dirijamos la palabra! ¿Quién sois? ¿Qué crimen habeis cometido? ¿Por qué os han apresado? ¿Cuál pensais será el resultado de vuestro encarcelamiento? Hablad, dadnos este consuelo.

«Yo soy Hijo de una Virgen: nací en un pobre establo; viví desconocido, y los hombres me creían hijo de un pobre artesano; tres años há que estoy enseñando á adorar á Dios en espíritu y verdad. Mi Padre es el Eterno, el Criador de cielos y tierra, el que gobierna el mundo con su mano próspera y omnipotente. Yo soy su Hijo, esplendor de su gloria, figura de su sustancia; yo mantengo todas las cosas con mi fuerza y virtud: la eternidad es mi origen, la eternidad mi duración. Yo soy el Verbo divino, yo el que crié al hombre; yo formé con mi mano al pueblo de Abraham; yo el que le prometí que nacería de su descendencia; yo salvé á sus hijos del yugo egipcio y los introduje en la tierra de promisión; yo les di países, naciones, tesoros, hacienda, victorias, lauros y gloria; yo les concedí Reyes sábios y justos, profetas fieles, mujeres heroicas; yo los defendí del rey de Babilonia y del Asirio, los mantuve en sus dominios contra los ataques de los capitanes más célebres, les inspiré la erección de un templo el más augusto y maravilloso que hubo jamás. Era este pueblo mi herencia: quise que todos los demás gozasen de la misma dicha, y, para lograrlo, bajé del seno de mi Padre, tomé la naturaleza humana, me hice semejante á los demás hombres. He predicado la paz y la jus-

ticia, he sanado los enfermos, he resucitado muertos, he vindicado la honra de mi Padre, y ahora voy á sufrir cuanto quieran hacerme padecer mis enemigos. ¡Crímenes! He pedido á mis contrarios que me echasen en cara cualquier pecado que supiesen de mí, y nadie ha encontrado el más leve. Me han apresado, porque me odian, y saldré de esta cárcel para caminar al suplicio y morir en un madero.»

¡Sér divino! ¡Tú el Hijo de Dios! ¡Tú el deseado de las naciones! ¡Tú el esperado de todos los pueblos! ¡Tú el anunciado por cuatro mil años en todos los oráculos y profecías! ¡Tú el Verbo divino, por quien se hicieron todas las cosas, consubstancial al Padre y figura de su sustancia! ¡Tú el que existes desde la eternidad, Dios de Dios, luz de luz! ¿Cómo, pues, te hallas en lugar tan ignominioso? ¿Cómo esas manos que han fabricado los cielos están atadas? ¿Cómo el Rey de los siglos tiene la actitud de un esclavo vil? ¿Por qué te han aprisionado los hombres?

«¡Ah! Estas cadenas que me abrumen no son más que un símbolo de otra carga más pesada; soy Dios, mas ahora tengo en mí todas las abominaciones de la tierra; los pecadores han cargado mi espalda con sus crímenes; sus propias maldades son los verdugos de mi cuerpo y alma; soy la inocencia y justicia por esencia. No intentéis darme alivio en mis prisiones; saldré de este subterráneo conducido por los verdugos para ser sentenciado á muerte; mi consuelo es morir por los mismos que van á crucificarme.»

¿Habeis oído estos acentos, católicos fervientes? Vuestro Dios viene á daros libertad, pues sois esclavos de la culpa; por eso se halla encarcelado, por eso lo abrumen las cadenas. Venid, pues; adorad los cepos, los grillos, los muros y las mismas tinieblas, santificados todos con la presencia y el tacto del Salvador.

TERCERA SETENA DE LOS DESAGRAVIOS.

Ya que de los lábios del ilustre reo hemos oído su eterna generacion; ya que hemos tenido la dicha de conocerlo, sepamos cuáles son sus más íntimos pensamientos en la morada lóbrega de la cárcel. ¡Ah! Cuando lo hemos visto atravesar el Cedron y retirarse al huerto, no nos hemos detenido á contemplar sus acciones. Volvamos atrás.

Apenas fué internándose en el olivar, llamó á tres de sus más fieles discípulos, y con ellos se retiró á orar al Padre celestial; una hora de súplica no fué bastante para ablandar el cielo; otra más tampoco hizo descender sobre Él los consuelos divinos; á la tercera vino á Él un embajador del firmamento, y certificado nuevamente de los designios de su Padre, se postró en tierra, le adoró, y tanta fué la angustia de su alma, que su cuerpo desfallecido, trémulo y anonadado, brotó por todas partes un copioso sudor de sangre. Esta agonía fué el efecto de un pensamiento aterrador, pensamiento que permanece inmóvil en el alma de Jesus. Con él entró en Getsemaní, con él fué al concilio de Caifás, con él vino á la prision, con él será llevado á los tribunales civiles y religiosos, con él irá al Gólgota, y con él espirará.

¿Veis aquella actitud triste y desconsoladora del rostro de Jesus? ¿Lo veis cómo se inclina hácia la tierra, como si una meditacion profunda lo ocupase exclusivamente? Pues bien; sabed que está pensando en los pecados de la humanidad, en la responsabilidad que carga sobre Él; piensa en el fruto de su sangre que va á verter; piensa en la profanacion de su religion augusta, en los muchos trabajos que va á sufrir y en el precio de su vida, que los hombres han de desestimar y hollar.

¡Ah! ¡Qué horizonte tan nebuloso rodea el alma de Jesus

encarcelado! Todo el reinado tenebroso de la culpa se le presenta de un solo golpe de vista; la apostasía de Adan, el fratricidio de Cain, la tiranía de Nembrod, las crueldades de los Antíocos, la idolatría de toda la tierra, la dureza del pueblo escogido, todas las abominaciones de la era del crimen; se le presenta en seguida la era de la luz, oscurecida con las más negras tinieblas; cuantos Reyes impíos han de atacar su Religion, cuantos herejes la han de turbar con sus doctrinas, cuantos cismáticos han de romper su unidad, cuantos filósofos la han de procurar envolver entre los elementos de la ciencia carnal, todos se hallan alrededor de Jesus, y todos le insultan y befan, todos lo atormentan y maldicen; más ve todavía en aquel triste momento: ve su sangre derramada hasta la última gota, y pasar sobre ella pueblos, naciones, tribus y familias; unos llevan el estandarte de la sensualidad, otros el pabellon de la usura y rapacidad, otros el lema de las pasiones, y otros la enseña de la emancipacion; son gentiles, judíos, herejes y malos cristianos, y todos llevan cerviz altiva, miradas torvas, ademan furioso y paso atrevido, pues huellan, y rehuellan y menosprecian tan divino precio.

¿No era esto suficiente para concluir con el hombre más atlético? Jesus lo piensa sin cesar, y tanto peso le causan todas las iniquidades del mundo, que se olvida de los grillos, de las cadenas y esposas de acero; mas sus dos ojos están demostrando cuánta sea la afliccion interior que le oprime; se hallan tapados con velo negro y tupido, y por ellos, como por manantiales multiplicados en corto terreno, brotan muchas fuentes de agua cristalina. Jesus llora, ¿y por qué? porque los hombres malvados que no quieren recibir la luz celestial que Él les muestra, se han de ver eternamente envueltos en densas tinieblas; porque la cárcel en que Él gime no es nada, comparada con aquel calabozo eterno, en cuyo hórrido re-

cinto llorarán los hombres desgraciados que no quieren sufrir en esta vida el yugo suave de su santa ley.

Por lo demás, ¿qué importarán á Jesus las cadenas con que está atado? ¿No es Él quien mandó á los paráliticos que se consolidasen sus plantas y tobillos? ¿No es Él quien rompió mil vínculos de culpa con que estaban ligados muchos hombres? ¿No es Él quien convirtió las aguas en vino, los cálidos Sures en refrigerantes brisas? Pues nada le costaría quitar á los hierros la gravedad, y convertirlos en ligeras plumas. Lo que aflige á Jesus no es la crueldad del acero que tiene sus manos reventando la sangre y su cuello aherrojado al peñón inculato de la cárcel; no le aflige el duro cepo en que están amarrados los piés que andaban con paso ligero sobre las aguas; los pecados del mundo son la prision, los hierros, las cadenas, los grillos que lo atormentan sobremanera.

¡Ah, cristianos! Ni uno solo de los que estamos aquí dejó de entrar en el entendimiento del encarcelado Redentor; lloró en su prision por nuestras ingratitudes; venid, pues, y llorad con El; ofrecedle el suave olor del arrepentimiento y de las virtudes, para que en medio de sus cadenas tenga algun consuelo.

PARA EL CUARTO MISTERIO DEL SETENARIO.

Son tantos los oprobios que cayeron sobre Jesus en la noche de su prision, que apenas puede hablar de ellos la lengua humana. Yo no me atreveré á decir sino lo que nos enseñan las Escrituras y los Doctores de la Iglesia. Ya que hemos visto lo que pasa dentro del alma de Jesus, justo es que contemplemos lo que sucede en derredor de Él; cómo llevan á Jesus á la cárcel, cómo se encuentran sus sentidos en ella, cómo lo sacan de la prision: son tres puntos que nos han de ocupar detenidamente. No los he de explicar, por tanto, sin decir ántes que el Profeta Isaías

vió en lontananza el encarcelamiento de Jesus, y anunció que los ángeles de paz se entregarían á un amargo llanto: *Angeli pacis amare flebunt*. Tampoco omitiré la idea que David tuvo de la prision del Salvador, pues dice de Él estas palabras: «Me pusieron en un subterráneo profundo en lugares tenebrosos, semejantes á las sombras de la muerte.» *Possuerunt me in lacu inferiori, in tenebrosi et in umbra mortis*. Y, para decirlo todo de una vez, os advertiré, con San Jerónimo y otros Santos Doctores, que lo que padeció Jesucristo en la cárcel la noche de su Pasion, es un arcano que no nos será descubierto hasta el fin del mundo.

¿De qué manera entra Jesus en la prision? Del modo más cruel y más insultante; voy á referiros lo que dice el Evangelio. Interrogado Jesus en el concilio de Caifás sobre su origen y mision, contestó que era Hijo de Dios, y en prueba de su divinidad, le afirmó que algun dia verian al Hijo del Hombre sentado en nubes del cielo, viniendo con gloria y majestad á juzgar al mundo. No bien concluyera las últimas palabras, cuando tumultuosamente se levantaron sacerdotes y fariseos, y despues de haber pronunciado contra Él la sentencia de muerte, se entregaron á todos los excesos de una pasion sin freno. No se precipita el represado rio con tanto ímpetu sobre las campiñas cuando se le alzan las esclusas, como la turba farisáica se arrojó sobre el manso Jesus. Quién le tira de la cabellera, quién escupe su venerable rostro, quién cubre sus divinos ojos con un harapo sucio, quién le hiere diciéndole que adivinase quién era el que le heria. Así se vuelve tema de una diversion furiosa el recien apresado; fatigados del entremés, se retiran los príncipes de la Sinagoga, llaman á sus criados y al soldado sobornado, y les mandan que conduzcan al reo á cárcel bien segura.

Ni uno solo de los vivientes ha dejado de ser testigo de las ultrajantes escenas con que ha sido escarnecido el Re-

dentor. ¿Qué sucedió, pues, cuando Éste fué entregado á su poder? Considerad lo que es un siervo, y de ahí lo deducireis; examinad sus modales y principios, y concluireis bien, con San Jerónimo, que no es posible saber todo lo que Jesus padeció en aquella noche hasta el día de la revelacion.

Suele siempre ser el siervo un trasunto de su señor; atento aquél á tener siempre su agrado, se lisonjea en tratar en sí mismo los modales de éste, imitando sus acciones, y hasta adivinando sus pensamientos. ¡Ah! ¡Cuántas veces se han cometido asesinatos crueles por manos de siervos, sólo por haber tenido sus señores la imprudencia de declarar delante de ellos la aversion que tenían hácia el que fué víctima! La historia profana nos enseña esta verdad, y la de los mártires del Cristianismo nos la confirma en el asesinato sacrilego del ilustre Tomás, obispo de Cantorbery, en la Gran Bretaña.

¿Qué ideas tendrían, pues, los siervos de los pontífices y fariseos sobre Jesus? Las mismas que sus señores. ¿Cómo se condujeron con Él cuando éstos lo entregaron á su custodia? Peor que sus señores. ¿A dónde lo destinarían, deseando asegurarle y dar placer á los mandatarios? Al lugar más profundo y subterráneo, al más lóbrego, al más inmundo. Hé aquí unas consecuencias que deduce la piedad cristiana, sin necesidad de otro testimonio que el de la razon, despues de haber oido lo que los Evangelistas nos enseñan sobre la conducta de los pontífices con Jesus. No es una simple palabra de entrega la que pronuncian los fariseos; es una orden severísima que imponen á sus siervos. «Ahí os entregamos, les dicen, á ese malvado; es un sacrilego que se arroga el nombre del gran Jehová; es un blasfemo que se atreve á llamarse Hijo de Dios; facineroso, él protege á los publicanos que nos exaccionan y vejan con tributos y gabelas; revoltoso, él ha recorrido la Palestina, anunciando doctrinas nada conformes á la ley de Moisés; atrevido, Él dice que exis-

te ántes que viniese nuestro inmortal padre Abraham; infame, él ha dicho que se atreve á disolver el gran templo de Salomon, y volverlo á construir en tres dias. No perdoneis á hierros y cadenas; aumentad las que tiene; seis horas nada más estará bajo vuestra vigilancia, que despues le haremos pagar sus crímenes con la muerte que tiene merecida.»

No sigamos á Jesus en los salones por donde atraviesa para llegar á su prision. Detengámonos á pensar por un momento en el cumplimiento de la profecía de David, que vió el conciliábulo de príncipes y magnates contra Dios y su Ungido. No cuadran á Jesus tantos hierros como se le ponen; Rey de los siglos, debiera ceñir sus sienes, sus manos y piés con guirnalda de variadas flores; ofrezcámoselas con dolor de nuestras culpas, para desagraviarlo de las cadenas con que le ha cargado la furia de sus enemigos.

PARA EL QUINTO MISTERIO DE LA CORONA DE DESAGRAVIOS.

Despues de órdenes tan severas dadas á hombres amigos de lisonjear y adular á los que con larga mano pagarian este servicio, ¿qué perspectiva podia presentársele al amable Jesus? Si al ser herido en su rostro por uno de los domésticos del pontífice Anás, reclamando Jesus una satisfaccion por la injuria, nadie le ha contestado, ni tomado el partido de defenderlo, ¿qué le iba á acaecer cuando la chusma lo viese entre sus manos, sin freno que la contuviese ni miramientos que debiera guardar? ¡Ah! Si de los hombres más cultos de la Sinagoga salieron tantos insultos, de la servidumbre vil y grosera no podia esperar más que dicterios asquerosos.

En efecto, amados míos; Jesus fué el ludibrio de aquel populacho, que á su falta de modales unia la autorizacion dada por los príncipes de divertirse con el

reo. Quiero referir su lenguaje, que, aunque impropio de este lugar, es muy á propósito para excitar en vosotros sentimientos de amor hácia el adorado Jesus. «Arrastrad, dicen unos, á ese ladron del cetro más sagrado que ha tenido la tierra. Llevadlo á la cárcel como á un criminal inmundo; tratadlo como al mayor facineroso.—Sí, contestan otros; es un maldito, que se ha atrevido á decir al sumo sacerdote y á la santa Sinagoga que él es su juez, que es hijo de Dios.—Hagámosle conocer, gritan todos, que es Hijo de un despreciable artesano, que todos hemos conocido. ¿No es él quien se dejó tocar los piés de una pecadora pública? ¿No es él quien ha andado alborotando la ciudad, acompañado de doce hombres viles y despreciables, sin letras, sin predios, miserables pescadores? ¿No es él quien se vendia por profeta, anunciando cosas venideras, diciendo que nuestra ciudad inexpugnable ha de ser tomada por los enemigos, y nuestro templo demolido hasta no quedar piedra sobre piedra? ¿No es éste el que se atrevió á decir á nuestros Santos Doctores que son unos hipócritas, semejantes á las sepulturas, que están muy adornadas por encima, y son podre y basura por debajo? ¿Quién ha sido jamás tan sacrilego como él? ¿Quién tan atrevido y temerario? ¿Quién...?» Pero, amados míos, no quiero mortificar más vuestros piadosos oídos. No hubo blasfemia, injuria, baldon, sarcasmo ni dieterio que no saliese de aquellas lenguas serpentinadas contra el Santo de los Santos; para saber á qué extremo llegó la deshonor de nuestro Redentor, baste comprender que aquellos sayones quisieron sobrepujarse unos á otros en maldades contra Jesus, para congratularse con sus príncipes.

Así cubierto el rostro venerando con sucios paños, empezó de nuevo la irrisión que se inaugurara en el concilio; todos hieren sus mejillas, todos contunden su cabeza, todos mesan su barba y cabellera, todos eructan

hediondas salivas, y las arrojan en la cara de Jesus, que les sirve de muladar, y alternativamente le dicen que adivine quién le ha escupido, quién lo ha abofeteado, ya que se llama Profeta y conocedor de lo futuro. Aquí uno le da un empujón y lo tira al suelo; otro lo toma por los piés y lo arrastra con inhumana fiereza, y, por fin, como el cordero inocente que ha caído entre las garras de muchos lobos que se disputan la primacía, así anda Jesus, pasando de las uñas de un león á las de un leopardo, de las de éste á las de un tigre, de las de un tigre á las de una hiena.

De este modo entra en la cárcel Jesus encadenado. ¡Dios Santo! ¿No es éste el momento de preguntar si es este Jesus el mismo á cuyo nacimiento entonaron sus celestiales melodías los coros de los ángeles? ¿No podremos decir si es éste el Verbo divino á quien eternamente están cantando los serafines su imperecedero trisagio, cuyo concertado sonido es semejante al de mil y mil cítaras de oro, cuyos ecos hacen resonar los quicios del cielo, y atraen á él las glorias de la majestad y grandeza del Omnipotente? Sí, Él es; mas para dejarse apresar y encadenar, se ha despojado de su poder infinito, sus glorias están encerradas bajo la tosca túnica de la humanidad, y casi me atreveré á decir que no le queda poder para evadirse de entre las manos sacrílegas, porque Él mismo ha encadenado su divina fuerza á los hierros y grillos con que son atormentadas sus manos y trabados sus piés.

Pero, amados míos, vamos á confundir la osadía de los judíos malvados; condenemos al silencio su horrenda gritería; prevalezcan los ecos del amor sobre los del odio; cantemos al Dios encarcelado un himno de alabanza, cuyas melodías lleguen hasta la bóveda celeste: «Tú eres, ilustre prisionero, el Rey de los reyes, el Señor de los señores: Tú el Adonai, el Jehová, el Omnipotente, el Sábio, el Justo por esencia; en honor tuyo modulan las estrellas con lenguas de fuego, y cantan tu gloria; en honor tuyo

el suave céfiro y el cristalino arroyuelo susurran su murmullo encantador; á Tí dirigen sus trinos las pintadas aves; á Tí saluda la risueña aurora; á Tí las nubes en sus detonaciones; por Tí rueda el firmamento y la tierra; por Tí se mueven también nuestras lenguas; tuya es la gloria, la bendición, la sabiduría, el honor, la fortaleza, porque eres Dios por los siglos de los siglos, Dios en la cuna de Belén; Dios en el ostracismo del Egipto, Dios en el templo, Dios en el Tábor, Dios en los tribunales, y Dios en las prisiones: nosotros te amamos como á nuestro Padre, te compadecemos como á nuestro Hermano, y lloramos tus penas como las de un esposo.»

PARA EL SEXTO MISTERIO DE LA CORONA DE DESAGRAVIOS.

Ya es tiempo de contemplar la lóbrega morada del amable Jesús encadenado; allí está solo, sin testigos de sus acciones, y entregado á sí mismo. ¿Os admirais? ¿Creeis que habiendo encargado tan severa vigilancia sobre el preso, éste debiera verse solo ni un solo instante? Cesará vuestra admiración cuando conozcais la verdadera causa. Habían sido atormentados nuevamente todos los sentidos de Jesús; su vista con las miradas feroces de los pontífices y siervos; su oído con las horrendas blasfemias que vomitaron contra Él sin cesar; su tacto con mil bofetadas, puntapiés y caídas que le han dado; todo Él con los hierros y cadenas; faltábale aún el olfato; hasta entonces, ora había estado entre príncipes y escribas, hombres afeminados, ora en los suntuosos salones del sumo sacerdote Caifás; mas ahora la atmósfera que se le prepara no es soportable ni al mismo populacho hediondo y harapiento; los verdugos de Jesús, que encontraban tanta complacencia en mortificarlo, no querían ser ellos mismos víctima de los suplicios que inventaban. Así es que, no bien el carcelero ha descerrado los cerrojos de la prisión,

entran todos en ella de tropel, duplican las cadenas, aseguran los candados, y dejando solo al prisionero, se retiran. ¿Sabeis por qué? Por no tener parte en el tormento cruel que va á ocasionar á Jesús su nueva habitación.

Para describirla, no usaré de mi propia voz; hablará por mí la tradición, la piedad y el fervor; el devoto San Lorenzo Justiniano, hablando de esta cárcel en el libro sobre el triunfo de Cristo, cap. x, dice estas palabras: «Lo pusieron en un lugar inmundo, más semejante á un albañal que á una cárcel; allí no se respiraban más que hedores pestilentes, ni había otra compañía que las sabandijas; era esta prisión una verdadera imagen de las tinieblas del sepulcro.» *In loco indecentissimo possuerunt eum, ubi factores purgamentorum, vermium multitudo aderat; tenebrosus carcer quædam erat mortis imago.*

¡Ah, pueblo cristiano! Si nuestra actual civilización aún no ha conseguido hacer desaparecer el horror de una prisión, ¿qué serían las cárceles de hace diez y nueve siglos? Ahí están aún los restos de los antiguos anfiteatros; era la superficie para que se aposentasen en ella los espectadores, y para guardar en ferradas jaulas las fieras con que se divertían los pueblos en espectáculos horribles. Grandes cavidades embovedadas sostenían aquellos edificios; y allí donde no penetraban los rayos del sol, ni el aire llevaba sus benéficas influencias, era el destino de los criminales. ¡Cuánto miasma corrompido! ¡Cuánto germen de infección! ¡Qué tinieblas en el peso del día! ¡Qué horror en la negra noche! La muerte era preferible á esta morada.

Contemplad, pues, lo que sufriría el adorable Jesús en tan desventurada cueva; Él, que sentado á la diestra del Padre se viera siempre envuelto entre suavísimos aromas que le ofrecían los ángeles en incensarios de oro; Él, que más fragante que los lirios de los campos y las rosas de los valles atraía con sus olores á las almas; Él, que

despide por todas partes los más exquisitos perfumes, como se expresa la esposa en los *Cantares*, ¿cómo se hallaría en medio de tantas inmundicias? ¿Cómo al ser arrojado en una atmósfera de fetidez? ¡Ah! ¡El que viste la gloria é inmortalidad, verse rodeado de reptiles é insectos! ¡El que es el Sol de justicia, habitar entre las inmundicias de un sótano! ¡Cuántos actos de resignacion no tuvo que hacer! ¡Cuántos suspiros no salieron de aquel divino pecho al verse sin auxilio extraño ni propio, pues tenía sus manos amarradas á duro peñasco!

¡Ay! Jesus suspira á cada instante que tiene que tomar aliento; Jesus se ve acabado con la fuerza de tanta infeccion; le faltan las fuerzas, se debilita, y cae en tierra; mas ¡qué dolor! las cadenas no le permiten reclinarsse, y queda suspenso como el inanimado tronco, hasta que las mismas evaporaciones insalubres le hacen volver en sí con un ¡ay! profundo y doloroso. Más de una vez suspira por la llegada de la aurora; más de una vez conjura al astro del dia que apresure su carrera y traiga el nuevo dia. ¿Y sabeis para qué? No para verse libre de las prisiones y cadenas, sino para romper en él los lazos del pecado que aprisionaban al género humano, y bajar á la cárcel tenebrosa del infierno á anunciar libertad y gloria á los cautivos que deseaban el dia de la redencion.

En estas santas aspiraciones pasa Jesus la triste noche de su encarcelamiento; saluda el próximo dia como el de su triunfo sobre el infierno, como el dia de la paz que va á dar al cielo y á la tierra, como el dia glorioso en quien han tenido fija su vista todos los Patriarcas y Profetas del antiguo mundo, y aquel que daría principio á la era de luz con que viviria el nuevo. ¡Ah! Antes que la mano del verdugo vuelva á sacar á Jesus de entre la mazmorra, arrodillémonos ante su divina humanidad, ofreciéndole nuestros corazones, como un tributo de amor

digno de su bondad sin límites, pues por nosotros sufre las cadenas, los insultos, los hedores y las inmundicias de la prision.

PARA EL SÉTIMO MISTERIO DE LA CORONA DE DESAGRAVIOS.

El negro manto de la noche se arrollaba de Oriente á Poniente; la aurora asomaba su risueño rostro; las ave-cillas, presagiando cierta catástrofe en aquel dia, no modulaban sus cantos instintivos; las aguas cristalinas del Cedron habian mudado su jocundo susurro en un ruido doloroso; la naturaleza aparecia sin animacion ni atractivos; el mundo preparaba sus vestidos de duelo; entre tanta tristeza como manifiestan los séres insensibles é irracionales, se oye un ruido general en Jerusalem; multiplicados emisarios recorren sus plazas y calles; cruzan en todas direcciones sacerdotes, nobles, escribas y fariseos; ábrense las puertas del Sanedrín, y se descubren las salas del tribunal, en que toman asiento los doctores de la ley; una cohorte romana estaciona en el vestibulo; ministros de justicia, criados, sayones, verdugos, populacho. ¿A qué tanto motin y aparato belicoso? ¿A qué tanto apresuramiento en reunirse los jueces y magistrados? A dar una sentencia definitiva al preso de la noche. Jesus no ha descansado, ni tampoco sus enemigos; Aquél ansiaba por la llegada del dia para ofrecerse en sacrificio; éstos lo anhelaban tambien para saciar su furor.

Llegó por fin; sentado Caifás en su trono sacerdotal, manda que sea traído á su presencia el Nazareno; la cárcel subterránea no habia sido visitada por los rayos del sol, ni habia penetrado hasta su profunda concavidad el movimiento del pueblo; el primer indicio de haber amanecido para Jesus fué el ruido de las armas, la confusa vocinglería del soldado, el levantamiento de los cerrojos, el crujido de los quicios, y, por fin, el saludo descomedido

de los verdugos. «¡Aquí estás, le dicen, galileo! Parece que esta vez no te has podido evadir de nuestras manos; ahora se ve que todas tus maravillas eran una superchería; bien decían nuestros sábios que tú eres un samaritano, que tienes pacto con el demonio, pues te ibas de entre las manos siempre que intentaban apoderarse de tu persona; ya no andarás con los publicanos, ni trastornarás la paz del pueblo; salga el facineroso, que le espera el pontífice con todo el sacerdocio, para justificarle sus crímenes y condenarlo, como lo merece.» Así es saludado Jesús; y no bien han sido heridos sus oídos con tanta injuria, es desprendido de la pesada cadena, y llevado á empellones á la presencia del concilio.

¡Oh pacientísimo Jesús! ¡Cuánto habeis sufrido en tan pocas horas! ¡Por cuántas manos habeis pasado! ¡Cuántos verdugos se han ejercitado en tu persona sagrada! Habeis sido apresado, aherrojado, insultado, herido, abofeteado, escarnecido, blasfemado; habeis sido arrastrado, maniatado, mesado y encarcelado; todos los oprobios de los hombres han caído sobre vuestros delicados hombros; el sacerdote, el lego, el sabio, el ignorante, el populacho, todos han puesto sobre tí sus manos sacrílegas; has sido atormentado en todos los sentidos con blasfemias, con baldones, con irrisiones, con bofetadas, con ceños furiosos y con hedores insufribles. Sois inocente y Santo por esencia; no habeis cometido culpa alguna, porque sois impecable. Y en medio de tanta injuria y tormentos, ¿ha desplegado Jesús sus lábios? ¿Ha dado el más leve signo de impaciencia?

Preciso es, amados míos, detener nuestra consideración en el silencio de Jesús; en él nos instruye y enseña la conducta que debemos tener en medio del mundo; desde que quiso entregarse en manos de los verdugos, cerró este Mártir divino la cátedra de su doctrina, y abrió la escuela de la paciencia y sufrimiento. ¡Ah! ¡Cuántos dis-

cípulos habia de tener este preceptor celestial! Hasta entonces no habian sido llevados á las cárceles por defender la religion sino algunos cuantos escogidos, ni eran muchos los que sufrieran persecucion por la justicia; los Elías perseguidos por Acab y Jezabel; los Jeremías aherrojados por los Joaquines y Sedecías; los Macábeos martirizados por los Antíocos; algunos otros Profetas, quienes, como dice el divino Pablo, anduvieron errantes y fugitivos en hórridos desiertos, huyendo del mundo, que no era digno de ellos; hé aquí el corto cuadro de los mártires del Testamento antiguo. Mas desde que Jesús santifica las cadenas y las cárceles con su Pasion, debian éstas ser el receptáculo de innumerables confesores de su nombre, á quienes enseña cuál ha de ser su conducta para vencer á sus perseguidores. Roma, Jerusalem y Alejandría, que eran entonces las ciudades más populosas del mundo conocido, se convertirian en teatro de persecuciones; allí [el niño inocente, el anciano decrepito, la vírgen tímida, el soldado aguerrido, el sacerdote intrépido, habian de ser interrogados sobre sus creencias, y en seguida pasarian á lóbregos calabozos, á potros y caballetes, á ruedas aceradas, á hornos de llamas voraces, á dientes y garras de tigres, á manos de verdugos sin sentimientos de humanidad. Y, preciso es decirlo, aunque muchas veces las llamas se convertian en céfiro refrigerantes, las fieras se postraban á lamer los piés del mártir de Jesús, las cárceles se veian iluminadas con divinos resplandores, los albañales no fluían sino aromas exquisitos, las cuchillas perdian sus filos acerados, y la mano del verdugo se paralizaba; mas esto no era lo común. El mártir sentia los ardores del fuego; echado en sacos de serpientes, era despedazado con sus mordeduras; encerrado en toros de bronce, era tostado paulatinamente; puesto en parrillas de hierro, se asaba y se consumia; lo asaeteaban, lo azotaban, le quitaban la piel viva, y le da-

ban fricciones de vinagre; lo arrojaban sobre carbones y desparrañaban alrededor nitros salitrosos para avivar más sus tormentos; ora entraban en tinas de aceite hirviendo, ora en estanques glaciales, sintiendo vivísimos dolores; y ¿qué sucedía? Tenían siempre presente la cárcel de Jesús, sus cadenas, sus azotes, sus espinas y su muerte, y eran entónces los fuegos brisas, las llamas rosas, los azotes caricias, las catastas diademas, las cadenas lauros, los cadalsos tronos.

No era esta lección de Jesús tan sólo para los cristianos heróicos; era también para los que tuviesen la gracia de vivir en tiempos pacíficos, en que no hubiese tiranos que persiguiesen su nombre; era para nosotros, era para todos. Con su paciencia y silencio en los tormentos y en la prisión, ¿qué nos enseñaba Jesucristo? Nos enseñaba que debíamos mirar en nuestros enemigos unos hermanos extraviados, por cuya conversión debemos orar al cielo; en sus ódios contra nosotros, no debíamos tener aversión sino al pecado que cometen, y para no tener nosotros la misma complicidad criminal, debíamos amarlos como á hermanos. Más nos enseñaba; la paciencia tiene tres grados de perfección: el sufrimiento, el silencio y la alegría. Había enseñado Jesús á sus discípulos que se alegrasen cuando fuesen insultados y vilipendiados por su nombre; que fuesen por todo el mundo como ovejas entre lobos; que cuando el enemigo les hiciese andar violentamente diez pasos, hiciesen ciento más; que cuando les robasen el vestido, les cediesen también el palio: tres caracteres de gozo, de silencio, de paciencia en los trabajos del mundo; y para hacérselos llevaderos, Él mismo empieza á practicar sus consejos y preceptos. Jesús va alegre á la cárcel, porque con su prisión abre las puertas del cielo; no responde á las injurias, porque con su silencio acalla el grito de nuestros crímenes, que piden venganza al cielo;

se entrega gustoso en manos de los sayones, porque de este modo ha de vencer al fuerte armado, le ha de arrancar sus despojos y ha de alcanzar victoria.

¿Hasta cuándo, pues, seremos insensibles á un ejemplo tan divino? ¿Hasta cuándo seremos sordos á tan elocuentes lecciones? No tenemos hoy día perseguidores de nuestras creencias á mano armada; pero hay un gran tirano que vive en nuestro propio corazón, el amor propio; éste nos apremia sin cesar, para que no cedamos jamás en nuestras altivas pretensiones. Suspiramos por riquezas, honores y glorias mundanales; no sufrimos el más leve descomedimiento de nuestros hermanos; la más ligera injuria la consideramos como una falta imperdonable; nos creemos acreedores á la consideración universal; deseamos brillar en el mundo, y cuando alguno se erige en enemigo de nuestra dicha, en rival de nuestras glorias adquiridas por nuestro talento ó heredadas de nuestros mayores, nos revestimos de un orgullo inflexible, sin querer jamás decir una palabra de amor al que nos odia.

No es esto lo que nos enseña Jesucristo en su prisión; seguid sus pasos, y lo vereis tan manso, que no ha de desplegar sus lábios en su cruel martirio; cuando hable por primera vez en la Cruz, oireis sus divinos ecos, que suben al trono de su Padre, pidiendo misericordia para sus enemigos. Iras, ódio, venganza, ¡ay! no pueden entrar en aquel corazón lleno de amor para con los hombres, aunque éstos sean sus más crueles enemigos.

Quede, pues, impresa esta lección en nuestras almas; la conformidad con la voluntad de Dios en nuestros destinos temporales, la paciencia en los trabajos, el amor á nuestros hermanos y el perdón á nuestros enemigos, nos hará unos verdaderos discípulos de Jesús encarcelado y atormentado.

Postrémonos ante tan amante y celestial Maestro de

nuestras almas; lo hemos injuriado nosotros con los judíos, lo hemos cargado de cadenas, y lo hemos abofeteado cada vez que lo hemos ofendido; hemos cubierto sus ojos divinos con negro velo de irrisión cada vez que hemos abusado de sus beneficios, para convertirlos en instrumentos de nuestros pecados. Nosotros hemos fabricado esas cadenas ofendiéndolo; quitémoslas con nuestro arrepentimiento; nosotros hemos cerrado á Jesus dentro de esas puertas ferradas con nuestras ingratitudes; abrámoslas con nuestro reconocimiento á sus bondades.

De este modo mereceremos que este adorable Redentor nos mire con ojos de piedad, nos dé su gracia y misericordia en la presente vida, y nos corone de gloria en la eterna. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE LA

PRECIOSA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Et sine sanguinis effusione non fit remissio.

Y sin efusion de sangre, no hay remision.

(HEBREOS, cap. ix, vers. 22.)

Nada conmueve tanto nuestras entrañas, nada altera tanto nuestro corazon, nada excita en nuestro espíritu ideas lúgubres, tanto como ver la tierra empapada en sangre humana. Ora el aleve asesino haya enterrado el acero en el pecho de su adversario; ora la justicia humana haya alzado su cuchilla sobre la cerviz del homicida; ora la carnívora fiera haya saciado su hambre en el cuerpo humano; de cualquier modo que sea, la efusion de la sangre del hombre es un espectáculo que inspira terror á quien lo mira. ¿De qué proviene esta sensacion terrible que causa en nosotros la vista de la sangre humana? ¿Acaso de que sabemos que es la sangre el agente principal en la vida del hombre? No, ciertamente, porque estas ideas no existen sino en los entendimientos ilustrados, y el terror que engendra la vista de la sangre humana derramada, igualmente es propio del sábio que del ignorante, y quizá su vista afecta más al que ignora las causas físicas de la vitalidad, que al sábio que las conoce.

Hay, pues, en la sangre humana algo de sagrado, cuando así causa sensaciones tristes al verla derramada; hay sin duda en este flúido animal encerrado algun símbolo

nuestras almas; lo hemos injuriado nosotros con los judíos, lo hemos cargado de cadenas, y lo hemos abofeteado cada vez que lo hemos ofendido; hemos cubierto sus ojos divinos con negro velo de irrisión cada vez que hemos abusado de sus beneficios, para convertirlos en instrumentos de nuestros pecados. Nosotros hemos fabricado esas cadenas ofendiéndolo; quitémoslas con nuestro arrepentimiento; nosotros hemos cerrado á Jesus dentro de esas puertas ferradas con nuestras ingratitudes; abrámoslas con nuestro reconocimiento á sus bondades.

De este modo mereceremos que este adorable Redentor nos mire con ojos de piedad, nos dé su gracia y misericordia en la presente vida, y nos corone de gloria en la eterna. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE LA

PRECIOSA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Et sine sanguinis effusione non fit remissio.

Y sin efusion de sangre, no hay remision.

(HEBREOS, cap. ix, vers. 22.)

Nada conmueve tanto nuestras entrañas, nada altera tanto nuestro corazon, nada excita en nuestro espíritu ideas lúgubres, tanto como ver la tierra empapada en sangre humana. Ora el aleve asesino haya enterrado el acero en el pecho de su adversario; ora la justicia humana haya alzado su cuchilla sobre la cerviz del homicida; ora la carnívora fiera haya saciado su hambre en el cuerpo humano; de cualquier modo que sea, la efusion de la sangre del hombre es un espectáculo que inspira terror á quien lo mira. ¿De qué proviene esta sensacion terrible que causa en nosotros la vista de la sangre humana? ¿Acaso de que sabemos que es la sangre el agente principal en la vida del hombre? No, ciertamente, porque estas ideas no existen sino en los entendimientos ilustrados, y el terror que engendra la vista de la sangre humana derramada, igualmente es propio del sábio que del ignorante, y quizá su vista afecta más al que ignora las causas físicas de la vitalidad, que al sábio que las conoce.

Hay, pues, en la sangre humana algo de sagrado, cuando así causa sensaciones tristes al verla derramada; hay sin duda en este flúido animal encerrado algun símbolo

de virtud y eficacia más que naturales, cuando la naturaleza se horroriza al verla fuera de su lugar. ¿Y sabéis cuál sea éste símbolo? ¿Sabéis qué idea sagrada pueda entreverse en la sangre del hombre? Desde luégo, entre todos los órganos materiales, ninguno simboliza el alma espiritual con tanta proporcion como la sangre, razon por qué algunos pueblos antiguos creyeron falsamente que era la sangre el alma del cuerpo; razon tambien por qué el pueblo hebreo tenía prohibido comer la sangre de los animales; inspirándoles Dios de este modo horror á ver el suelo regado con la sangre del hombre, por estar éste hecho á la imágen de Dios. Además, de todas las partes que componen el cuerpo animal, ninguna tiene una destinacion tan sagrada como la sangre; ella era ofrecida á Dios en sacrificio para protestar que Él es el autor de nuestra vida, y que merecemos perderla por nuestros pecados. Así es que en la ley escrita apenas se hiciera ceremonia alguna en el santuario sin intervencion de la sangre; la alianza antigua no es ratificada sino con la aspersion de la sangre; los primogénitos de Israel no se salvan de la mortandad sino con el tacto de la sangre; los sacerdotes no son consagrados sino con la uncion de sangre; la sangre es el alma del holocausto, y sin ella no se ofrece el sacrificio por el pecado. Ved si hay en la sangre humana simbolizaciones sagradas.

No lo he dicho todo; si el ver la tierra cubierta de sangre inspira horror, nada hay que extrañar, porque desde el principio del mundo ha sido mirada la sangre como el medio de reconciliacion entre Dios y el mundo criminal; sin interrupcion vereis correr á torrentes este líquido animal, regando con él los altares, las víctimas y sacrificios para obtener con él la reminiscencia del pecado, pues no habiendo efusion de sangre, no podia obtenerse el perdon, como afirma el divino Pablo: *Et sine sanguinis effusione, non fit remissio*. Aún debo deciros más: este pensamiento

de virtud expiatoria que se deja ver desde la más remota antigüedad en la sangre, no hubiera existido entre las ideas humanas si no hubiese presidido á todas ellas la creencia universal de que una sangre más que humana debia ser derramada por la reconciliacion del mundo; era el hombre un proscrito, un criminal, un desheredado, y no debia ser absuelto y reintegrado por la efusion de la sangre. ¿Sería ésta la sangre de los becerros y corderos? No, pues no la ha animado un espíritu racional. ¿Sería la sangre de un hombre puro? No, porque esta sangre estaba contaminada con la culpa. ¿Cuál era, pues, esta sangre de virtud expiatrix? La sangre de Dios.

Hé aquí por qué la efusion de la sangre humana es un acto que nos llena de consternacion; ella simboliza la vida; ella es la expresion de la adoracion al Sér divino; ella, por fin, nos trae á la mente la sangre de Dios derramada por salvar al hombre. Pues bien, amados míos; subid sobre las alturas de la fé; recorred el espacio que hay desde Getsemaní hasta el pretorio, y de aquí al Calvario, y no podreis ménos de temblar; todo está regado de sangre humana; un aleve, unos enemigos encarnizados, un pueblo furioso, unos verdugos sin piedad, la han arrancado gota á gota en una parte, y á torrentes en otra. ¿Qué sangre es ésta? ¿Es la sangre de un hombre que ha caido en manos de la justicia? No. ¿Es la sangre de un perturbador? No. ¿Es la sangre de un ladron ó asesino? No. Es la sangre de un hombre pacífico, caritativo, manso, humilde y misericordioso; es la sangre de un hombre sumiso á la autoridad, obediente á las leyes, respetuoso al sacerdocio y al templo, y que predica la paz. Ver teñido el suelo con sangre tan noble, causa horror é indignacion; examinar la causa por qué es derramada, será para nosotros un motivo más de amor al que quiso ofrecerse en sacrificio, y de compasion hácia los que se constitu-

yeron en sus verdugos. Esta sangre es la de Jesus; el motivo por que es derramada no es otro que el ser sangre justa, sangre de un Dios que expia en ella nuestros crímenes.

Hé aquí lo que vamos á investigar en este discurso; ayudadme ántes á implorar los auxilios del cielo, saludando á su Reina con el ángel.

AVE MARÍA.

Antes de salir Jesus cargado con la Cruz, encaminándose al Gólgota, se le formó una causa como á un criminal. En ella el juicio que se dió contra el supuesto reo, fué inicuo; las formas judiciales fueron ilegales, y la ejecucion excedió todos los límites de la crueldad. Por más que trabajaron los enemigos de Jesus, nunca pudieron sorprenderle ni en la más mínima falta; tres años enteros estuvieron escuchándolo, para no ser testigos sino de una doctrina celestial, conforme en todo á la de Moisés y los Profetas; otro tanto tiempo vivieron en la admiracion y el asombro, contemplando aquellas manos caritativas de donde salia el alivio de todas las dolencias, aquellos lábios encantadores que llevaban el consuelo á los afligidos, y aquella virtud sobrenatural con que dominaba á los elementos, mandaba á los espíritus infernales, y arrebatava víctimas á la muerte. Jesus, como hombre privado, es el súbdito más pacífico, el israelita más devoto, el hombre más sincero y más fiel observador de su ley; como persona pública se ha mostrado el defensor del huérfano y de la viuda, el padre de los pobres, el amparo de los desgraciados; como sábio ha formado una escuela, ha recorrido el país, ha enseñado una doctrina en que no se encuentra la más imperceptible mancha en lo dogmático y en

lo moral. ¡Ah! Si no fuera así, sus enemigos lo hubieran manifestado en el tribunal, así como presentaron la intriga y la calumnia. En vano se aducen testigos falsos y sobornados al hallarse Jesus en presencia del sumo sacerdote; su testimonio es de ningun valor, por ser infundado y ficticio; mas en vano gritan sus émulos ante el tribunal romano, acusándolo de perturbador que enseña nuevas doctrinas; el magistrado conoce que no halla en ellos sino la envidia y el furor, confesando públicamente que Jesus es inocente. Hé aquí, amados míos, una gran anomalía del espíritu humano; un juez encargado de proteger la inocencia y de castigar el crimen; un reo, unos testigos; aquél tiene ciencia cierta de que es falso cuanto se alega contra Jesus; Éste no se defiende de ninguna de las falsas imputaciones que le hacen sus enemigos; éstos piden la cabeza y la sangre de Jesus, sin que Jesus tenga crimen alguno. Luego, ¿por qué causa muere Jesus? Y sin embargo, el juez lo condena, y Jesus muere.

Vamos á examinar este proceso; oigamos á los acusadores; observemos la conducta del juez; sigamos las huellas de Jesus, y deduciremos al fin que sus enemigos no tuvieron sus manos en la sangre de Jesus, sino porque Jesus era Dios. Sí; Jesus va á morir en un palo porque es Hijo de Dios. Estadme atentos: voy á descubriros toda la armonía que hay entre las palabras de Jesus, las del juez que lo condena, y las de los enemigos que piden su sangre.

¿Quiénes son los acusadores de Jesus? Los sacerdotes, los escribas, los pontífices, los encargados de vigilar por el culto divino, por la integridad de sus dogmas, los que debian cuidar que no se introdujesen jamás en el pueblo la idolatría y los errores del politeísmo, los que se gloriaban de ser los intérpretes de la ley, los depositarios de las tradiciones, los discípulos de Moisés, los sucesos-

res de Aaron, los hijos de Abraham. Es Jesus acusado por el sacerdocio y por la Sinagoga en cuerpo, y la acusacion capital se cifra, no sobre las acciones de Jesus, sino sobre su origen y naturaleza. Todo crimen contra la religion debia ser examinado por este tribunal, á quien competia el primer fallo, ántes de ser entregado el reo al brazo secular, al tribunal laical, para que lo mandase crucificar. En efecto: el senado judáico se reúne bajo la presidencia del sumo sacerdote Caifás, quien acusa á Jesus de haber dicho que Él disolvia el templo y lo edificaba en tres dias; quien lo acusaria de haber dado la salud á los enfermos el dia del sábadó; pero estas acusaciones son tenidas por nulas; hay otra de mayor entidad, que tiene levantado contra Jesus al sacerdocio y á los letrados. Jesus ha dicho públicamente que Él existe ántes que Abraham, que Él y su Padre celestial son una misma cosa; que el que lo ha enviado no lo abandona jamás. Ha permitido Jesus que el pueblo lo aclame por ungido, por Hijo de Dios, por Mesías; ha sido aclamado por tal por el pueblo; ha confirmado la veracidad de estas aclamaciones por las palabras de los Profetas, asegurando á sus enemigos que si no confesasen su divinidad los niños y los inocentes, la publicarian las piedras; al querer resucitar á Lázaro ha confesado, en medio de los sábios que le rodean, que es el enviado del Padre celestial; en consecuencia de este milagro estupendo se conmueve Jerusalem, y al saber la llegada de Jesus á sus muros, salen sus habitantes con una espontaneidad nunca vista, y con la mayor presteza cortan palmas, forman arcos, tapizan calles, entonan himnos, y rodeando á Jesus como á un conquistador, «¡Hosanna, dicen; salud y gloria al Hijo de David; bendito sea el que viene en el nombre del Señor, el rey de Israel!»

Éste es, amados míos, el gran crimen de Jesus; apenas se ha presentado ante el tribunal de Jerusalem, ha

sido interrogado sobre su doctrina, sobre sus discípulos y sobre su naturaleza. De su doctrina hace juez al público que la ha oído; de sus discípulos nada responde; mas en cuanto á su naturaleza y origen, no la oculta ni la encubre. «Yo te conjuro de parte de Dios vivo, le dice el sumo sacerdote, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.» Y Jesus responde: «Tú lo has dicho; sí lo soy; y vereis á este Hijo del hombre sentado á la diestra de la majestad de Dios venir sobre las nubes del cielo.» (Math., cap. xxiv, versículos 63-64.) No fué necesaria otra pregunta, ni otra acusacion. Vuelto el pontífice á los sábios del concilio: «¿Qué necesidad tenemos, les dice, de testigos? Vosotros mismos acabais de oír la blasfemia con que se hace Hijo de Dios. ¿Qué os parece?» Y todos contestaron: «Digno es de muerte: *reus est mortis.*»

Hé aquí ya la primera sentencia de muerte dada contra Jesus, sin otra causa que su origen y naturaleza. Sigamos todos los trámites de su proceso; la Sinagoga no tiene potestad para infligir á ningun reo la pena infame de la muerte de cruz, y sólo puede hacerlo despues de la sentencia declaratoria del magistrado romano. En efecto: todo el concilio se traslada á las puertas del Pretorio. Es Jesus acusado de rebeldía á los Césares, pues se dice que prohíbe pagar los tributos; es acusado de perturbador que trae levantado al pueblo, enseñándole doctrinas nuevas, y diciéndole que él es el Cristo, Rey de Israel. Pilatos lo interroga y examina, lo remite á un censor severo, lo interpela de nuevo, sin otro resultado que el deber publicar á la faz del concilio que Jesus no tiene causa alguna para ser condenado á muerte. Pero el presidente no habia oído aún el último capítulo de acusacion contra Jesus. Empeñado en salvar al que creia inocente, entabla una polémica pública con los acusadores, en la que tiene que dirigir algunas veces la palabra al acusado,

para oír sus descargos, si quiere darlos. Los fariseos, después de agotar todos los recursos de su ingenio para contestar al presidente, acriminando falsamente á Jesús, concluyen con decir que «ellos tienen una ley, según la cual Jesús debe morir crucificado, porque se ha hecho Hijo de Dios.» En vano queremos observar lo que resta del proceso alzado contra el Cordero de Dios, que no encontraremos otra causal para la sentencia que formulára contra él un juez cobarde é injusto; imprecaciones, amenazas, maldiciones, tumulto por parte de los acusadores, tentativas inútiles y sin vigor, disculpas y protestas por parte del juez; pedir aquéllos que recaiga sobre ellos y sus hijos la responsabilidad de aquella sangre; declarar éste que quiere estar inocente de aquel homicidio, es cuanto ocurre hasta el momento en que Jesús mueve el pié para ir del Pretorio al Calvario.

Entre tanto, señores, ¿habeis notado las preguntas y respuestas del presidente y del acusado? ¿No habeis advertido que el juez ha comprendido que se lo habian entregado por envidia? Tal es la persuasión que tiene de la inocencia de Jesús, que no le dirige una sola palabra para cerciorarse por su propia respuesta de si eran ó no fingidos los crímenes que se le imputaban. ¡Oh! ¿Y cómo podía creer que era perturbador, ni revoltoso, ni enemigo del César, ni del templo, ni de la ley, aquel que no habia querido recibir del pueblo los homenajes y la corona de Rey; aquel que á manos llenas repartía beneficios; aquel que habia mandado pagar alcabala por sí y por Pedro; aquel que dijo á los mismos que le acusaban, que diesen á Dios lo que era de Dios, y al César lo que era del César? ¿Cómo podía sospechar ni la sombra del crimen en aquel que con semblante modesto, con ojos humildes, con frente serena, con continente manso y pacífico, estaba sufriendo denuestos é injurias, tormentos y afrentas, sin hablar ni una sola palabra? Sí; Jesús, en cambio de no tener en su

pasion gloria ni majestad, pues se ve cubierto de ignominia, lleva su frente ceñida con la aureola de la inocencia, su rostro cubierto con los colores del pudor y de la modestia, resaltando por todas partes la humildad y su paciencia. Esto llena de temor y de reverencia al presidente que lo mira, puesto al frente de Jesús. Él es el Juez, Pilatos el reo; ¡ay! si éste no hubiera sido cobarde, pocos hombres hubieran sido tan grandes como él, porque hubiera tenido el lauro de haber sido el abogado de Dios, entregado al tribunal de las pasiones. Pero dejemos lo que hubiera podido hacer este romano cobarde, y examinemos lo que habló con Jesús, para que aparezca que al fin no dió contra él la sentencia sino porque era rey de los judíos, es decir, Ungido, Mesías, Hijo de Dios.

En ninguna de las acusaciones que adujeran los enemigos contra Jesús tembló el presidente sino cuando oyó que Jesús se hacía Hijo de Dios; y habiendo despreciado todas las otras, sólo ésta fué tomada en consideración. Ya de antemano habia oído decir al mismo Jesús que era Rey, y que habia nacido con esta dignidad, teniendo á su cargo el dar testimonio de la verdad; y quedó tan persuadido el presidente de la dignidad régia del acusado, que le impuso en el mismo suplicio el título de su imperio sobre la Judea. De dónde venga á Jesús esta noble prerogativa, hé aquí lo que tortura el ánimo del juez; al oír decir que Jesús es Dios, no puede permanecer en inacción. ¿De dónde eres tú? dice á Jesús. ¿Cuál es tu procedencia? ¿Cuál tu naturaleza? ¿Cuál tu origen? ¡Ah, amados míos! Preciso es aquí compadecernos de la iniquidad y ceguedad de este juez. El mismo Jesús le acaba de decir que su reino no es de tal naturaleza que pueda acarrear perturbaciones y temores á los Reyes del mundo; que Él viene á reinar pacíficamente en los corazones, y que todo el que quiera oír la voz que le habla en aquel

pues de haber puesto en tortura su entendimiento; porque hasta hoy hemos tenido por hipócrita á quien aparenta virtud y probidad en el exterior, nutriendo maldades y crímenes en su corazón; mas este género de hipocresía es singular; se oculta lo que uno es para aparentar lo que quizá no puede ser; si hay en nosotros algo bueno, lo ocultamos, para no dejar ver sino abominaciones y excesos; sin embargo, no podemos dar á semejantes transformaciones otro nombre que el de hipocresía, porque hipocresía quiere decir ficción, y ficción abominable es aparecer en trajes que no convienen al sexo y condición de cada uno; ficción es aparentar ser jóven, siendo anciano; ficción es encubrir un rostro de quince años con una careta de ochenta.

Si por fin las diversiones á que me contraigo no pasasen de una ficción momentánea; si se contentasen los hombres con transformarse en entes ridículos y dementados, podría acaso disimularseles; porque, en resumen, este mundo es un vasto teatro, donde cada cuál hace su papel, y es infinito el número de los necios, como dice el Espíritu divino; yo no vería en todo ello, examinándolo con miradas filosóficas, más que una escena sensible de lo que son la mayor parte de los hombres, por desgracia; las locuras y ridiculeces exteriores no harían más que sensibilizar el trastorno de ideas en las almas irreligiosas. Pero hay más que apariencias y ficciones; hay hechos abominables que se perpetran á favor de estas metamorfosis bacanales.

Sí; se ultraja en ellas á la razón y se desprecia la ley divina, y muchas veces hasta es impudentemente atacada la moral pública, la conciencia de los pueblos y los misterios mismos de la religión. La razón humana se queja con motivo del atentado que contra ella se comete. ¿No es un atentado que un jóven salga por las calles haciendo la persona de un anciano, ridiculizando esta

edad, ante cuyos años y canas venerables se postra hasta el indómito indígena del Indostan? ¿No es un atentado contra la razón natural que arroje la mujer los vestidos que usa toda nación para distinguirla del hombre, para que nadie se atreva á faltar á su pudor ni en público ni en privado? ¿No es un atentado que, prevalido el jóven de la máscara que lo desfigura, se presente ante sus mayores, ó acaso ante sus mismos progenitores, hablándoles como si fueran sus coetáneos, sin sumisión ni respeto? ¿Se dirá acaso que la civilización ó ilustración no permiten semejantes actos y desórdenes? ¡Ah! Concedámos esta prerrogativa á la ilustración del Evangelio; ella, para precaver la inmoralidad, la prohíbe de antemano, porque su Autor divino sabe que el modo de que el hombre no se precipite en el crimen es que no se le abra la puerta que conduce á él; que el medio de no caer en los abismos es el de no ponerse en el primer punto del declive que conduce á él. Pero la civilización moderna, la ilustración filosófica, ¿podrán arrogarse la facultad de hacer moral al hombre después de haberle abierto un anchuroso camino de inmoralidad? No, señores; y estamos ciertos que del desorden jamás sale el orden, así como de las tinieblas jamás sale la luz; podrá haber calma después de la tempestad, pero jamás los torbellinos serán causa directa ni indirecta del tiempo bonancible; y del mismo modo diremos, en el orden moral, jamás el desorden es causa del orden; jamás la inmoralidad producirá moralidad. La filosofía pretende hacer morales á los hombres haciéndoles gustar los placeres; la civilización mundana quiere reunir en un mismo hombre la más execrable hipocresía y la más abominable disolución. ¡Ah! No es éste el medio de que haya virtudes en el mundo, ni el de eliminar de la sociedad los vicios, porque la Religión, la razón y la experiencia nos dicen acordes que el hombre lanzado en la carrera del vicio es un

alazan sin freno, que en sus fogosos movimientos no encuentra sino su propia ruina; que nadie puede ser bueno á medias, ni servir al mismo tiempo á Dios y á la carne, y, por fin, que el medio más eficaz para no cometer el crimen, es el ignorarlo. En esto están conformes la religion y la razon; cualquiera otra enseñanza en el particular es abrir la ruta á la desmoralizacion del hombre.

Denunciaria hoy en presencia del santuario otras muchas maldades que se cometen en las reuniones de disfraces; pudiera afirmar que personas tenidas por honradas y virtuosas, no pudiendo ocultarse enteramente, han sido desacreditadas por libertinos atrevidos, señalándolas el día, la hora y el paraje donde perpetraron tal y cuál maldad; pudiera afirmar que bastó á una jóven el pasar unos momentos en los salones de las bacanales, para perder su honor para siempre; pudiera..., pero prefiero guardar silencio; no quiero ni aún decir que los caudales son malrotados por procurarse trajes tan costosos como ridículos; que de resultas de estas reuniones se ven muchas veces las familias desunidas y arruinadas, y las ciudades empobrecidas, y quizá castigadas por el cielo. Me contentaré con decir mi última razon, para acabar de inspirar en vuestro espíritu un santo horror á las diversiones de nuestros dias; luégo os diré, con el Macabeo: «Subamos ahora á purificar el santuario y á renovarlo.»

Sabido es que todos los males del mundo y de la sociedad tienen su origen en el desenfreno de las pasiones, levantando entre éstas la cabeza, como infernal hidra, la lujuria. Grandes deben ser sus estragos cuando Dios la rodeó de tan fuertes valladares; la encerró desde luégo entre grandes muros que la impidiesen obrar á todas sus anchuras, poniendo contra ella cierta deshonra que acompaña al lujurioso; los miramientos humanos, el honor individual van juntos con las inspiraciones de la gracia

y la razon para salir al encuentro á esta pasion cuando quiere apoderarse del corazon humano. En la mujer es el pudor y la vergüenza, en el hombre el honor del sentimiento, y con estos dos auxilios de la Providencia se conserva una virtud tanto mas fácil de empañarse, cuanto su tersor es más puro. El primero es tan fuerte, sobre todo en el sexo débil, que miéntras una mujer no haya arrojado este freno, no caerá en las inmundicias de la carne, porque aquel temor de manchar su reputacion con una caída la sostiene en una pureza de que quizá está léjos su corazon; aquel sonrojo que aparece en sus mejillas tan pronto como resuena en sus oidos una palabra algo libre, es en cierto modo la enseña de reaccion que llama á todas las potencias del alma, para que acudan con premura á sostener la pureza combatida. El segundo tiene tambien cierta influencia en el corazon del hombre, que le retrae á las veces de la corrupcion; mil llamaradas lujuriosas tienen en continuo movimiento á ese jóven que entra en un salon donde se encuentran reunidas almas virginales; pero el mágico nombre de *honor de caballero* no le permite descubrir sus pensamientos lúbricos ante las que tiene al frente suyo, porque sería indigno de poner los piés en la casa donde cometiera tan grosera falta. ¿Quién no ignora que hay infinitas almas que son castas más por compromiso social que por voluntad? ¿Quién no sabe que existen vírgenes fátuas á quienes nada aprovecha la pureza corporal, por tener su mente manchada con mil ideas impúdicas, como dice San Isidoro? Sin embargo, preciso es confesar que debemos á la Religion divina la nobleza de estos sentimientos, que impiden la publicidad de los pecados de lujuria. El Evangelio ha tenido una fuerza tan mágica en los pueblos donde ha sido predicado, que, á pesar de haber abandonado algunas naciones la Religion verdadera, les han quedado los principios generales, la conciencia

pública, hondamente arraigada en el seno de la sociedad, la cual no permite que nuestras plazas y calles sean manchadas con aquellos excesos de que fueran culpables las naciones antiguas, en las cuales no se conocía el pudor en las mujeres ni el honor en los hombres.

Hay, pues, en lo esencial y accidental de estos excesos la vergüenza intrínseca que procede de la naturaleza del crimen, y reside en nuestra propia conciencia como en su propio santuario, y la vergüenza extrínseca, que tiene su asiento en el espíritu de aquéllos que nos pueden ver; razón porque dijera Séneca que debíamos obrar siempre como si tuviéramos un testigo de nuestras acciones. Pero si desaparecen de la sociedad estos sentimientos de honor individual y público, ¿qué excesos no se cometerán? Al llegar aquí, no puedo ménos de alzar el velo que encubre las abominaciones de los disfraces; se encubren las personas de ambos sexos; pero ¿pueden ocultarse del todo? El hombre y la mujer, ¿no tienen acaso un exterior, unos gestos, unos modales, una voz, un modo de andar que los caracteriza y distingue siempre, por más que se quiera fingir? ¿Podrá haber una trasformacion exterior que engañe? No; la naturaleza no sufre violencias; á pesar suyo, los enmascarados son conocidos; sus modales y maneras les hacen traicion; lo que se encubre y oculta es el rostro, esa expresion de nuestra razón, ese espejo de nuestras almas, esa copia de la razón divina en acción, y es encubierto para que no aparezca la turbacion de nuestra frente, el sonrojo de nuestras mejillas, que son los precursores del crimen, que asoma su cabeza infernal; y teniendo así encerrados entre sombras los indicios de nuestro honor, ¿qué ha de resultar? ¡Ah! Demasiado lo saben todos: entónces se hacen las declaraciones amorosas; entónces la licencia cobra alientos y se ejerce con toda latitud; entónces entra el reinado de la confusion, porque la vergüenza se retira.

Señores, no hablo por experiencia, porque Dios me ha amado tanto, que en mi niñez me trajo al Santuario, retirándome del mundo; por consiguiente, no me he encontrado en posicion de examinar por mí mismo estas abominables escenas; pero tengo una ciencia cierta de que así sucede; el tribunal de la penitencia me lo ha enseñado, y la voz pública hace que á nadie se oculte ni el objeto ni el fin de semejantes invenciones. Nadie ignora que las máscaras son el punto de toda cita á donde se va á decir y hacer lo que ni se dijera ni hiciera en otro lugar y traje; nadie puede dejarlo de saber, cuando con mil trompetas se anuncian cada dia cuatro bailes de máscaras. ¿Y esto es lo que tanto encanta á la sociedad moderna? ¿Y se dirá que la civilizacion ha subido al apogeo de su carrera? ¡Ah, Religion augusta! Tú, despues de haber vencido á la idolatría en mil combates, extirpáras del todo estas abominaciones; muchos siglos pasáran en el Cristianismo sin que se atreviera nadie á cubrir esta frente en que llevamos pintada la Majestad divina, ni estos ojos, que tan noblemente descubren las ideas interiores, ni estas mejillas, en que se pinta el vicio y la virtud, ni esta boca que simboliza los conceptos; pero apareció la herejía enseñando la disolucion, se propagó resucitando las ya olvidadas Saturnales del paganismo, enseñando á los hombres á ser hipócritas y licenciosos, á encubrirse la figura, para ser desvergonzados. Si eso se llama civilizacion, no insulteis ¡oh sábios modernos! no insulteis á Lucrecio y Epicuro, pues os encontrais todos á un mismo nivel; no hay otra diferencia sino que aquéllos eran más francos, pues se daban á los excesos sin hipocresía ni ficcion, y por consiguiente tenían honor, pues no engañaban ni á los padres de familia ni á la sociedad.

Habria yo merecido delante de Dios el dictado de cobarde si no hubiese hablado con esta claridad; tambien

sería injusto á sus ojos y á los vuestros si no dijese que, á pesar de tantos apóstatas como hay en el pueblo santo, no faltan muchos millares de almas que no han doblado su rodilla ante las aras del ídolo de la carne; prueba de ellos sois vosotros, amados míos, pues miéntras los hijos del siglo ofrecen el fétido incienso de los placeres á su infando númen, venís al lugar santo á presentar á Jesus Sacramentado el suave timiama de la oracion pura y fervorosa. ¿Por qué os hallais en el templo? ¿Por qué os alejais de las abominaciones del mundo? Os lo diré en dos palabras, no tanto para dar á vuestra piedad el merecido elogio, cuanto por rendir á la Religion católica el digno homenaje por los saludables sentimientos que inspira: jamás es más altamente ultrajada la Majestad divina que en estos dias; pasan los malos por los ángulos de nuestros templos, donde realmente se halla nuestro amoro- so Jesus; lo veis, y no podeis menos de decir con David: «Ví en la ciudad la contradiccion y el crimen, y me alejé de ella, retirándome á la soledad del santuario.» Sean, pues, firmes y sólidos vuestros propósitos, repitiendo con el mismo Santo Profeta: «No me senté jamás en reuniones de iniquidad, ni me asociaré á los impíos.» Hacedlo así, y merecereis que la Religion coloque sobre vuestras sienas este divino sobreescrito: «Bienaventurado es el hombre que no anduvo en consejo de impíos, ni en camino de pecadores se paró, ni en cátedra de pestilencia se sentó. Sino que en la ley del Señor está su voluntad, y en ella medita dia y noche.» Dichoso será, porque, como el árbol situado junto á fecundante arroyo, dará frutos ópimos de virtud en esta vida, y lauros ganará para la otra, que á todos deseo. Amen.

SERMON MORAL

SOBRE EL ESCÁNDALO.

Necesse est venire scandala; verumtamen vae homini illi per quem scandalum venit!

Es necesario que haya escándalos; pero ¡desgraciado del hombre por quien son causados!

En todo lo criado no reconocen los filósofos mal alguno, pues los mónstruos mismos y los más venenosos insectos son perfecciones de la naturaleza, y realzan la sabiduría del Criador; no sucede así en el orden moral, en el cual necesariamente existen los males, porque dependiendo tanto las buenas como las malas obras del libre albedrío, y siendo el hombre naturalmente propenso á lo malo, es consiguiente que ha de haber en el mundo hombres malos y perversos. Ni por esto hemos de acusar la bondad del Criador, haciéndole autor del mal, siendo él quien conserva á las criaturas que lo causan; porque Dios, por un decreto irrevocable de su sabiduría, determinó concurrir á todas las operaciones de las criaturas, tanto materiales como morales, y si por un momento retirase su mano, dejarían de existir, como dice San Agustín, no sólo el cielo, la tierra, los elementos y todos los cuerpos físicos, sino las almas mismas y los ángeles. Concorre, pues, como conservador universal con el pecador, dándole vida y suministrándole fuerza, aún

instante, es de la verdad. Jesus no contesta á una respuesta que ya estaba satisfecha, y á una nueva interpelacion del juez desarrolla toda su sabiduría, y le manifiesta su naturaleza, sus atributos, su gloria, su dignidad de Juez de todos los hombres, y echándole en cara su pecado, condenando su cobardía como injuriosa á todas las leyes de justicia, y juzgando en medio de sus ignominias á los que le habian puesto en sus manos como á criminales y deicidas, y á él como á consentidor del crimen é incurso en la misma criminalidad. *Propterea qui me tradidit tibi majus peccatum habet.* Es decir, que la última razon que tuvo el acusado con su juez, fué manifestarle que Él era la Verdad eterna, que pesaba las acciones de los hombres y las calificaba de santas ó de perversas, segun la conformidad ó disconformidad que tuviesen con la ley eterna. Así tambien el resultado de estas entrevistas es la condenacion de Jesus. ¡Ay! Jesus sale al suplicio quedando el juez en la inteligencia de que era inocente, de que era la Verdad, de que era Juez de los hombres; por fin, de que era el Mesías esperado, el Rey de los judíos, y por consiguiente el Dios de cielos y tierra. Todo esto pudo comprender Pilatos al oír los últimos razonamientos de Jesus.

Hé aquí un resumen de cuanto ocurriera en el proceso que la iniquidad levantó contra el inocente Jesus; fué pedida su sangre, y por todo crimen los enemigos no adujeran otro que la naturaleza del acusado; no conocen los fariseos á este Dios, y sin embargo lo crucifican porque se da á sí mismo este título: los acusadores no pueden echar en cara á Jesus ni la más leve falta en la ley, ni la más pequeña injusticia; el acusado responde al cargo que se le hace de llamarse Hijo de Dios, confirmando á los testigos y al juez en esta asercion con sus palabras y con sus obras; el magistrado tiene ciencia cierta de que el furor y la envidia farisáica son los enemigos terribles de

Jesus, sin que pueda encubrir la violencia de su pasion furibunda la máscara de religion con que aquéllos encubren sus proyectos criminales; y sin embargo, Jesus es condenado á morir. ¿Y por qué causa? Sólo porque es Dios, porque es preciso que su sangre divina sea derramada para la remision de los pecados del mundo.

Para apreciar el modo cómo la Sabiduría divina realiza sus proyectos, es necesario meditar largamente sus obras. La Pasion de Jesucristo estaba decretada por la Sabiduría eterna; para ejecutarla era preciso que hiciesen su papel los medios humanos. ¿Cuáles eran estos medios? ¡Miserable abismo de la infalible presciencia divina y del libre albedrío humano! Dios no podia predestinar á ningun hombre á que fuese el verdugo de su Hijo, porque era predestinarlo al pecado, lo que no puede caber en Dios. ¿Faltarían por esto verdugos que derramasen aquella sangre preciosa? No; porque habria hombres que se prestarían á ello de toda su voluntad, que pondrían todos los medios para conseguirlo, y que se regocijarían en su obra de tinieblas; estos hombres son los escribas y fariseos. En la pasion de Jesucristo queda uno atónito al ver toda una ciudad amotinada, todo un pueblo alzado, pidiendo la sangre de un hombre; sin embargo, es necesario pensar algo en ese pueblo. ¿No es el mismo que ha seguido á Jesus hasta el desierto, sin acordarse ni aún de comer, por vivir extático de las palabras de Jesus? El mismo. ¿No es el mismo que ha presentado á Jesus sus paralíticos, sus cojos y mancos, sus leprosos, endemoniados, y todos han sido curados, librados y limpiados? El mismo. ¿No es el mismo que pocos dias ántes ha llamado á Jesus Hijo de David, Rey de Israel? El mismo. ¿Pues cómo ese pueblo pide la muerte de Jesus? Aquí hay un misterio, porque la razon humana se avergüenza al ver un acontecimiento contrario á cuantas nociones tiene de la justicia y del agradecimiento.

Pero detengámonos y examinemos qué cosa es ese pueblo, quién lo maneja, quién tiene influencia sobre él, y descubriremos los medios humanos de la Pasión de Jesús, y podremos señalar con el dedo á los hombres que por su propia malicia se han hecho los ejecutores de los consejos de Dios, poniendo sus manos sacrílegas en su Hijo, y tiéndolas en su inocentísima sangre. Los escribas y fariseos era un cuerpo numeroso, que tenía en su mano todas las riquezas y los destinos del pueblo de la Palestina; hombres hipócritas que simulaban virtud, y ocultaban bajo esta falsa apariencia los vicios más abominables. Cuando Jesús es presentado al presidente romano, gran parte de estos hombres se encuentra ante las gradas del pretorio pidiendo la muerte de Jesús; el presidente se niega, protestando que no halla causa criminal; á medida que avanza el tiempo, se acrecienta el motín; es Jesús castigado con azotes, y al mostrarlo el presidente al pueblo para excitar compasión, cien mil voces, como si no fuera más que una, gritan á la vez: «¡Crucifícalo, crucifícalo!» Lo pone en parangón con un asesino y ladrón, persuadido que no han de querer la vida de un homicida, y un grito espantoso condena á Jesús á morir, y salvan la vida de Barrabás; por fin, se quiere excusar de la responsabilidad de aquella sangre, y todo el pueblo en masa la pide para sí y para sus hijos.

¡Qué horror! ¿Quién habla aquí? ¿Quién exclama? ¿Quién grita? El pueblo, ese instrumento ciego de todas las revoluciones, destinado á sacrificar su vida para que gocen de sus consecuencias otros que lo manejan en pró de sí mismos; pero ¿no veis quién se ha introducido entre las masas? ¿No veis á los escribas y fariseos diseminados por todas partes? ¿No los veis recorriendo las plazas y calles, aconsejando á la muchedumbre, para que diga que muera Jesús? ¿No los oís gritar que, áun dado caso que Jesús sea Rey, ellos no lo quieren, porque ya

no tienen Rey, sino César? Hé aquí lo que nos dicen los Evangelistas; por consiguiente, en la muerte de Jesús no mireis otro sayón, ni otro acusador, ni otro verdugo, ni otro juez, ni otro enemigo que al escriba y fariseo; si Jesús es prendido, lo prende el fariseo; si es abofeteado, lo abofetea el fariseo; si es azotado, escupido, coronado de espinas, echad la culpa al fariseo; si sale con la cruz á cuestas, si muere en ella, nadie sino el fariseo lo ha clavado, nadie sino él lo ha hecho morir; hay un discípulo infame, aleve, traidor, deicida, el fariseo lo ha comprado, el fariseo lo ha ganado con dádivas; hay un pueblo amotinado que clama y pide la sangre de Jesús; el fariseo lo ha puesto en revolución, lo ha aconsejado, lo ha inducido á la maldad.

Sí; el fariseo es el enemigo encarnizado de Jesús; ¿y sabéis por qué? Porque Jesús, que es la verdad por esencia, no ha podido transigir con la hipocresía y el dolo; Jesús ha descubierto todos los crímenes, ha quitado la mascarilla á esos hombres que aparentan celo de la ley y no la observan, que ponen sobre los demás cargas insostenibles que se guardan ni áun de tocar ellos con un dedo; Jesús ha visto mil veces los pensamientos de esos hombres, demostrándoles con ello, si quisieran conocerlo, que era el Dios prometido á las naciones; se lo ha echado en cara, los ha reprendido públicamente por sus abominables abusos, y esto ha bastado para encender en aquellos corazones un fuego de furor insaciable contra Jesús. ¡Qué! La condenación de Jesús, ¿es acaso el resultado de las acusaciones de sus enemigos? Antes de aprehenderlo, ¿no lo han querido matar con alevosía, como nos lo aseguran los cuatro Evangelistas? ¿No le han tendido mil lazos para sorprenderle? ¿Y en sus conciliábulos no habían decretado su muerte? De resultas de la resurrección de Lázaro, ¿no se reunieron los fariseos para determinar lo que harían con Jesús, porque todo el mun-

do iba á creer en Él, y contestó el sumo pontífice que era preciso que muriese? Es decir que Jesus muere sin crimen alguno, ni político, ni religioso, ni civil; su muerte y Pasion es una maquinacion infernal que han fraguado sus émulos para destruirlo, y para hacer en ella una prueba de la veracidad ó mentira de cuanto les ha predicado Jesus.

En efecto; observad la conducta de los escribas y fariseos despues que han logrado crucificar á Jesus. ¡Ah! ¿Veis á un leon de la Libia refugiado en su caverna, á donde ha logrado esconderse con su presa, y librarse de los cazadores que lo persiguen? ¿Veis con qué satisfaccion abre sus negras fauces, con qué gusto gira en rededor de sus dientes y lábios aquella lengua ensangrentada, dando al fin un rugido de placer, que hace temblar á la víctima que aún palpita entre sus horrendas garras? Pues no de otro modo se hallan al pié de la Cruz los enemigos de Jesus; se glorían en su hazaña, y más inhumanos que el mismo tigre, miran y remiran la presa, se complacen en verla ya en sus manos, y ya que no pueden ejercer en la víctima otras atrocidades, la insultan en los momentos mismos en que la naturaleza insensible ha empezado á llorar, á espantarse, á cubrirse de luto. Oid lo que dicen al Crucificado: «¡Hola! Tú el que destruyes el templo de Dios, y lo reedificas en tres dias, sálvate á tí mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz.» Siguen los insultos: «Á otros salvó, y á sí mismo no puede salvarse; si es rey de Israel, baje ahora de la cruz, y creeremos en Él; Él pone su confianza en Dios; pues si Dios lo ama tanto, libreló ahora, ya que Él mismo decia: «Yo soy el Hijo de Dios.» El tiempo se va con rapidez; tres horas lleva ya Jesus en la cruz; está ya para espirar, y el fariseo aún está haciendo prueba sobre la divinidad del que se halla exhalando el último espíritu; se queja Éste amorosamente á su Padre, y miétras unos se burlan de

Él poniendo junto á sus lábios una esponja con vinagre, otros lo denuestan, diciendo: «Dejad, y veamos si viene Elías á salvarlo.» Aún no han acabado los impíos de proferir este último insulto, cuando Jesus ha dado al Padre su espíritu.

Discurrid ahora, amados míos; cuando el corazon maligno ha conseguido vengarse de un enemigo, no puede contenerse; allá en su propio santuario resuenan las voces de júbilo y de satisfaccion, no teniendo entónces más que dos ideas; la causa de la venganza, y la venganza misma satisfecha y cumplida; así los fariseos, llenos ya los deseos de su corazon, se desahogan, propalando el contento que tienen en ver crucificado á su mayor contrario, y publicando espontáneamente el motivo por qué le quitan la vida; y vedlo, señores: ningun otro tienen más que el haber dicho Jesus que su Padre es Dios: *Dixit enim, quia filius Dei sum.* Desde que Jesus está crucificado, se han olvidado todos los pretextos que se inventaron para pedir su muerte; ya no se dice que sea un perturbador, ni un rebelde, ni un violador del sábado, y sólo se le echa en cara que ha sido benéfico, que ha salvado á muchos, que ha hecho portentos, que tiené confianza en Dios, que es Hijo de Dios, y que Dios es su Padre: *Dixit enim, quia filius Dei sum.* ¡Fariseos! ¿No teneis otra cosa que echar en cara á Jesus? ¿Nada os sugiere de nuevo vuestra malignidad? Pues sabed que habeis crucificado á Dios, sin más motivo que por ser Dios; á la Verdad, sin otra causa que el ser enemigo de vuestros dolos é hipocresías; al ungido, tan sólo porque os decia que oyéseis su voz divina: *Dixit enim, quia Filius Dei sum.*

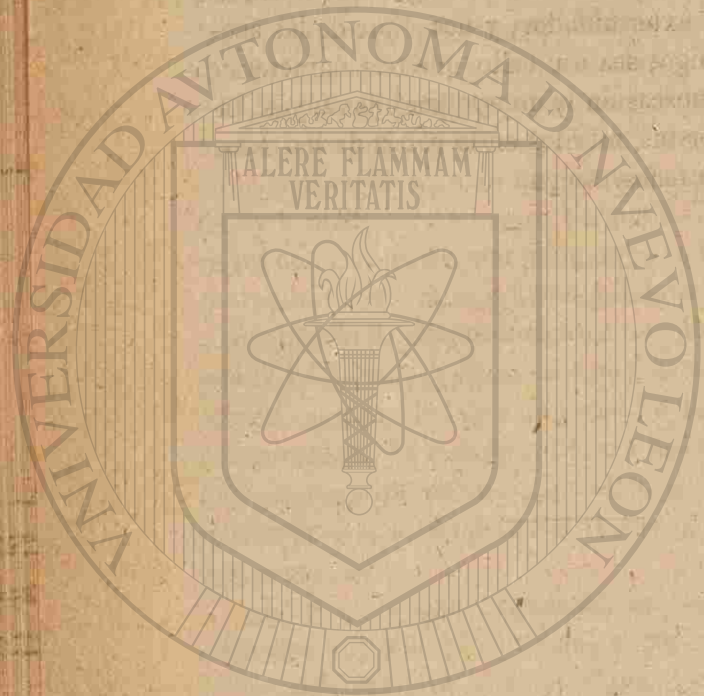
Cesen ya de hablar los enemigos, y demos lugar al triunfador, para que Él mismo nos diga la causa por qué muere; viéralo allá en raptó mental el gran Isaías; viéralo venir cubierto todo de sangre, y no pudo ménos de

preguntar con admiracion: «¿Quién es ese que viene de Edon y de Bosra con las vestiduras teñidas? ¿Ese tan gallardo en su vestir y en cuyo majestuoso andar se descubre su mucha fortaleza?—Yo soy, le responde, el que predicó la justicia, y soy el protector que da la salud á los hombres.—¿Pues por qué está rojo tu vestido, y está tu ropa como la de los que pisan las uvas en el lagar?—El lagar lo he pisado yo solo, sin que nadie de entre las gentes haya estado conmigo. Pisé á los enemigos en mi furor, y los rehollé en mi ira, y su sangre salpicó mi vestido y manché toda mi ropa. Porque hé aquí el dia fijado en mi corazon para tomar venganza; es llegado el tiempo de redimir á los míos.» Estas palabras no necesitan de comentarios. El mismo Redentor nos dice el motivo por qué se halla empapado en sangre; ha tenido que apagar con ella el lagar de la ira de Dios; ha debido conculcar á sus enemigos; ha debido redimir á los suyos; ha debido derramarla para obtener remision al mundo criminal, que se perdía, no existiendo este precio: *Et sine sanguinis effusione*, etc.

¿Reconoceis, pues, católicos, esa sangre que corre en el pretorio, y tiñe la columna, el pavimento, los látigos y los sayones? ¿No advertís alguna señal de divinidad en esa sangre que enrojece las espinas, las sogas, los martillos y los clavos, y que como un rio sale del cuerpo descoyuntado de Jesus? ¡Ah! Es la sangre de un Dios; ni una sola gota ha sido derramada sin que estuviese unida á la persona divina. La ha derramado toda por nuestro rescate; ¿qué digo? somos nosotros los que con nuestros pecados se la hemos hecho verter en medio de los mayores tormentos. Al reconocerlo, no nos mostremos insensibles; pidamos al cielo el corazon amoroso de los serafines, y la lengua de los ángeles para corresponder á un amor tan acendrado, y para entonar sin cesar himnos de alabanza y de bendicion al Cordero sin man-

cilla, cuya sangre nos lavó de nuestros pecados, y nos hizo hijos de Dios y herederos de su reino.

¡Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo! Haced que al ménos una gota de esa sangre caiga sobre nosotros, y nos purifique; sea éste el signo que retire de nosotros el ángel exterminador, y nos libre de las asechanzas del enemigo; sea un sello que nos caracterice para que nos reconozcas en la muerte por hijos tuyos, introduciéndonos por tus méritos en la pátria de los escogidos, que deseo á todos. Amen.



SERMON PANEGÍRICO

SOBRE LOS

DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA,

EN QUE SE EXPLICA

CUAL ES LA VIDA QUE NOS ASEMEJA A DIOS.

*Aspersus est sanguis super vestimenta mea:
omnia indumenta mea inquinavi.*

La sangre se encuentra derramada sobre mis
ropas: he manchado con ella todos mis vestidos.

María, la Virgen cuya inocencia prevista por el Criador mereció que entre las florestas y verjeles del paraíso formase Aquel el panegírico de sus glorias; María, la atlética doncella que con su heroica planta debía hollar la altiva cerviz del que intentara sentar su trono en el naciente del Aquilon, y parodiar las obras del Altísimo; María, la predestinada por el Eterno á unir en un solo centro los dos extremos que distan entre sí más que los polos del mundo, á Dios y al hombre, al infinito y al limitado, al cielo y á la tierra; María, la Mujer para cuya aparición la Omnipotencia ejerció por espacio de cuarenta siglos los resortes de su sabiduría, representándola en signos celestiales y terrenos, en tropos y apólogos sagrados, y anunciándola por los oráculos de la profecía y la divina unción del sacerdocio; María, el noble vástago de cien Reyes, la depurada esencia de los Patriarcas, la odorante azucena del Saron, la suave rosa de Jericó, el terebinto de los valles, el cedro incorrup-

tible del Líbano, la esbelta palma de Cadés; María, después de cuarenta centurias de esperada, se dejó ver en la tierra, y predestinada á ser la Hija de Dios, su Madre y su Esposa, vestida con los irradiosos fulgores de la Divinidad, orlada su frente con la diadema de honor, de gloria y hermosura soberana, apareció al mundo como el íris de bonanza, y vimos su gloria, gloria como de la Hija del Eterno, llena de gracia y de verdad.

Fácil será, registrando la masa de la humanidad, dar con este personaje, pues es la Hija del Rey de la gloria, y sus vestidos brillan con los adornos de su régia oriundez, reflejando sobre su frente un rayo de Divinidad que la decora. Por hermosas y nobles que sean las princesas de la tierra, no será posible confundirlas con la que, posando su pié sobre nuestro globo, levanta su cabeza majestuosa hasta tocar en el cielo. ¿No lo pensáis así, señores? Pues si así lo creyéreis, sabed que es una ilusión; desechadla, porque el Verbo humanado habia de pasar sin brillo exterior entre los hombres, *in glorius erit inter filios hominum*, y ésta tenía que ser la parte que habia de caber á su Madre.

Si quereis reconocer á María; si, lleno vuestro corazón de los sentimientos del amor, y bañada vuestra alma con las luces de la fé, pretendéis encontrarla, buscadla junto á su Hijo en el dia que Éste entra en el palenque de su lid con el enemigo del hombre, en el paraje donde reside aglomerado de la ira de Dios, á cuyo lagar ha descendido para conculcarlo solo, y sin ayuda por parte de las naciones. Allí, católicos, encuentro yo á la Madre de Dios y de los hombres; allí la reconozco con el doble carácter de Madre y de Virgen; allí la veo estrellando la ominosa cerviz de Lucifer; allí la veo ayudando á su Hijo á consumir la obra que sólo pudiera proyectar y realizar el amor infinito que habitó en el seno de María.

Venid conmigo; ha cesado el fragor de las armas cuyos aceros hicieran retemblar los caminos de Sion; el dia más horrendo que ha visto la metrópoli de la Palestina se ha convertido súbitamente en lóbrega noche. ¿Sabeis por qué? Porque un hombre extraordinario, que mandaba en la muerte, en las enfermedades, en los demonios y en los elementos, y anunciaba á los pobres la paz, y consolaba al huérfano y á la viuda, y reprendia el vicio y predicaba la virtud, ha caido en manos de un poder bastardo, y, lleno éste de algazara, ha llamado cabe sí al pueblo, lo ha halagado, lo ha seducido, y diciéndole que aquel Jesus no era sino un impostor, un enemigo de Dios, del templo y de la ley, lo ha asociado á sus ideas, lo ha hecho compañero de su crimen, y todos en tropel se han apoderado del inocente, lo han arrastrado á los tribunales, lo han conducido al paraje donde mueren los malvados, y allí lo han clavado en un madero; y no bien han consumado su obra, cuando la tierra ha temblado, los riscos se han hendido, las breñas del Gólgota se han abierto, y el sol ha cubierto su radiante disco con el negro crespon del luto, huyendo los mortales precipitadamente á guarecerse de la ira de los elementos.

Venid, pues, repito; acercaos al Sagrado Monte, que apenas oireis más voz que la del moribundo Jesus, voz de amor, sublime acento de la caridad, que pide por sus enemigos y reclama el perdon que gana con su muerte. Pero escuchad tambien el eco de aquella dulcísima Mujer que se encuentra á su lado. ¡Ay, dice; la sangre se ha derramado sobre mis vestidos, y con ella los he manchado todos! *Aspersus est sanguis*, etc. ¿Qué sangre es ésta ¡oh María! la más amable de las mujeres? ¿Qué sangre es ésta que mancha tus vestidos y salpica tu ropaje? ¿Acaso al desmenuzar la horrenda testuz del dragon, ha levantado éste con temeraria osadía su acerada cauda, y,

atravesando tu corazón, ha hecho brotar un torrente? ¿Acaso el brazo del verdugo ha descargado sobre Tí algún golpe desapiadado? No, no, católicos; María está quizás salpicada de la preciosa sangre que se derrama de los pies y manos de su Hijo, pues se encuentran éstas horadadas con el hierro, y ella está junto á la misma Cruz en que aquel espira. Pero, además, por un modo inefable y misterioso, así como por los poros y heridas del Hijo brota raudalosa su divina sangre, así también el alma de la Madre se halla bañada en sangre del Cordero, y no recibe Éste un solo golpe que no caiga sobre el amante y tierno corazón de la que le dió la vida, que Él ofrece por los pecados del mundo. *Aspersus est, etc.*

¿Reconoceis, pues, ya por estas señales á la Hija, á la Madre, á la Esposa de Dios? ¿Reconoceis á la Virgen anunciada por los Profetas, prefigurada en el templo, en el altar, en la vara de Aaron, y en el Arca del Testamento? Sí, católicos; esa misma es; reflejo en su alma de las glorias de la divinidad, lo es también de los padecimientos y agonías á que Ésta se somete por el rescate del mundo; si queremos saber lo que es María, la hemos de examinar junto á la humanidad de su Hijo paciente.

Yo no me considero capaz de internarme en la profundidad de los misterios de la maternidad divina; pero el amor de hijo me da aliento para preguntar á nuestra Madre hasta dónde llegan sus penas en la muerte de su amado Jesús; la veo al pié de la Cruz, la contemplo en estado de éxtasis divino, toda absorta en la consideración de los tormentos que Aquél sufre, y encuentro en ella el fiel trasunto del Dios paciente y moribundo; Jesús es el original, María la copia. Bajo este aspecto vamos á estudiar la vida de nuestra Madre, para que, copiándola también nosotros, podamos pertenecerla como cosa propia, porque nosotros somos de María, María de Cristo, y Cristo de Dios.

¡Compasiva Madre! Permitid que al través de las tinieblas que cubren la tierra de maldición donde vuestro Hijo muere, dirijan hácia Vos sus tímidos pasos unos cuantos corazones que os aman con ternura. Esa divina Víctima que pende del madero, es la causa eficiente de nuestra filiación adoptiva; y supuesto que esa Cruz es el signo de nuestra salud, recibe benigna nuestro homenaje de adoración, con que la saludamos como al objeto de nuestra esperanza y el medio de alcanzar remisión de nuestras culpas. *O Cruz, ave!*

Hay en el hombre dos vidas: la sensible y material, la invisible y espiritual; y una y otra armonizan con el principio de donde dimanar, y una y otra también tienen sus tendencias é instintos y tocan á su fin, con una sola diferencia, y es que en la primera todo es necesario, en la segunda todo es libre; como que aquélla es el resultado inevitable de la existencia de la causa y del efecto, y ésta la consecuencia del uso ó del abuso del albedrío en seguir ó en rechazar la gracia divina y la recta razón. En la vida material existe la ley de deber su origen á causas materiales, la de aparecer en la escena del mundo en grado remiso, ir creciendo, desarrollándose y perfeccionándose, hasta tocar al grado supremo, para empezar á descender y llegar por los grados de la depauperación al desfallecimiento, á la inacción, al sepulcro. Sí; todo sér viviente es un astro que tiene su nacimiento, su ascensión, su cenit, su descenso y su ocaso. Y todo esto es necesario, porque la libertad natural del hombre no tiene acción sobre las leyes necesarias é inmutables que el Creador ha ordenado para el establecimiento y conservación de los seres visibles.

La vida espiritual é invisible, como más noble por su origen y más sublime por su fin, no está circunscrita á

las fases que forman el conjunto de la vida material; empieza porque quien la tiene es criatura, pero no concluye, porque el que la da inmediatamente es el espíritu infinito, el Criador, imprimiendo el germen vital en un objeto que se le asimila; y habiendo asimilacion entre Dios y alguna criatura, necesariamente ha de poseer ésta el don de la eternidad en la duracion, poniendo, sin embargo, la esencial diferencia de no conocer aquel principio ni fin, ni depender de nadie, y de deber ésta al infinito por naturaleza su principio y su eterna duracion. Mas es tan idéntica la analogía que existe entre estas dos especies de vida, que así como la vida del cuerpo no crece ni se robustece sino con ayuda de los alimentos, así tampoco la vida del espíritu se arraiga y perpetúa si no se provee éste de sustancias que le den sávia y vigor. Y no es esta asercion una paradoja inventada por la filosofía del espíritu humano; Jesucristo es quien nos enseña esta verdad cuando nos dice que no sólo hay en el hombre la vida material que se sostiene con los alimentos materiales, sino otra más noble y sublime, que se nutre con un elemento que ni tiene su origen en la materia, ni se le parece en nada. *Non in solo pane vivit homo, sed in omne verbo quod procedit de ore Dei.*

¿Por qué medios llegamos á tocar al punto más culminante de estas dos especies de vida? Por la imitacion solamente; nosotros somos la copia exacta de un original de donde venimos; el arquetipo de nuestra vida sensible existe en la mente divina, y se hizo sensible en la creacion del primer hombre, y ninguno ha existido ni existirá que pueda dejar de imitar á sus ascendientes; pero esta imitacion es una ley imperiosa, y es en todos los seres uniforme, idéntica é invariable. Tambien es la imitacion el modo con que sostenemos la vitalidad de nuestras almas; pero aquí no hay ley de coaccion, sino de libre eleccion; solo, sí, la ley eterna dice al hombre que

tal será la vida de su espíritu, cual sea el tipo que se proponga imitar, y el resultado de esta imitacion tiene que ser infalible. Si el tipo es la verdad, la justicia y el amor de lo bello y sublime, la vida del espíritu será noble y pura, y germinará gracia y honor imperecedero; si el tipo es la mentira y el error, la copia será tambien consecuente al original, marasmo para el bien, defecion para el amor, y ruina eterna. Por eso San Pablo, tan justo apreciador de la vida del alma, instaba para que los fieles imitasen al Sér divino; porque en la asimilacion con él consistia precisamente la adquisicion de la gloriosa inmortalidad: *Imitatores Dei estote sicut filii charissimi et ambulate in dilectione, sicut Christus dilexit nos.*

Todos respiramos en el ambiente que alimenta estas dos vidas, y María no tuvo excepcion en ellas, siguiendo la ley universal que presidió á su creacion; con la única y exclusiva ventaja de no haber aspirado jamás un solo aliento que no estuviera embalsamado con el aroma de la pureza, y de no haber conocido tampoco la atmósfera deletérea donde el genio del mal ha vomitado los demás nubarrones de la culpa, que inficiona á cuantos ponen el pié en su primer límite. María en su vitalidad espiritual es la copia exacta de la divinidad, y semejante á la luna, que está siempre mirando al astro luminoso, para trasladar á su argentina faz los resplandores que son innatos al primero. María, desde el momento de su existencia, fijó su penetrante mirada en el sér divino, para que éste se delinease en sus pupilas, tal como Él es, purísimo, santísimo é inmaculabilísimo por esencia.

¿Cuál tenía que ser el resultado de esta intuicion moral del alma de María hácia el Sér infinito? Que María había de adquirir para sí un cúmulo de virtudes casi inmenso; que desde el primer instante de su vida había de ser toda de Dios, y Dios todo de ella. Registremos por un momento lo que acaece á dos objetos que se aman con

intensidad; en la creacion no hay más que dos líneas esencialmente rectas: la que forma nuestra pupila al contemplar un objeto, y la que forma tambien el rayo de luz que sale de los cuerpos que la tienen propia. Cuando nos vemos en presencia de un sér que amamos, nuestra vista lo sigue en todos sus movimientos; si se levanta, nos levantamos; si desciende, descendemos; si se oblicua, si se vuelve, nosotros tambien le imitamos; nuestra pupila es una saeta despedida por brazo nervudo y certero, que va rectamente al sitio que se propone. Si por un instante se interpone algun valladar, nuestro corazon se oprime y se llena de dolor, y no se consuela hasta que aquél desaparece, y entónces con nuevo ahinco contemplamos lo que deseamos, y la línea recta que despedimos de nuestra potencia visiva se identifica y no forma más que una con la que nos devuelve amoroso el corazon que nos afecciona. ¡Contemplad, pues, cuánto más intensa, cuánto más recta, cuánto más pura, cuánto más trasformadora será la mirada que proyectamos hácia el Sér divino, y qué efectos tan asombrosos no debe causar en la pupila de nuestras almas la reversibilidad con que nos premia un Dios que es todo amor.

De ahí es que cuando Dios, que es un inmenso foco de luz increada, quiso unirse á la humanidad, tomó á María en sus manos, como el águila á sus polluelos, para que contemplase de hito en hito su refulgente rostro, y viendo que esta purísima criatura lo miraba sin pestañear, la escogió para hija suya, para madre y esposa. De ahí es que al llegar el tiempo en que la Divinidad, com-padecida de la humanidad, ordenó la realizacion de sus designios, se trasladó toda entera al seno virginal de María; y por un efecto inherente á la naturaleza de las cosas, María tambien se deificó en cierto modo, dando á Dios física y materialmente lo que él no tenía sino eminentemente, lo que hace exclamar al devoto Bernardo, y

decir hablando con María: «Tú vistes á Dios y Él te viste á tí; tú le das la túnica de la humanidad, y Él te reviste con el manto de su divinidad.» (*Serm. super signum magnum apparuit in caelo.*)

Todos sabemos cuál es el objeto de la encarnacion del Verbo divino; el fin inmediato es redimir al mundo; los medios para conseguirlo son los padecimientos. En el alma purísima de Jesucristo no hay más que una idea, la de las humillaciones, ni tampoco hay distancia entre Nazaret y el Gólgota; todo está encerrado en un solo pensamiento é incluido en un mismo período, pues la Pasion no es otra cosa que la encarnacion continuada hasta la consumacion. Si hay entendimiento humano que pueda apreciar en su justo valor las humillaciones de un Dios que desciende desde su trono de gloria hasta el fangal de nuestra miseria; si hay algun espíritu con capacidad para avalorar lo que es un Dios atraillado como un vil esclavo, despedazado como un cordero, clavado en un madero como un asesino, y escarnecido en el patibulo como si fuera un traidor infame que con sarcástico cinismo se ha burlado de las leyes y de la sociedad, habrá tambien quien pueda comprender lo que es María desde que empieza á ser Madre, permaneciendo siempre Virgen.

¡Oh misterio augusto é inefable el de la maternidad divina! Si algo podemos comprender de él, es la corteza que lo encubre, sin que nos sea dado internarnos en lo sublime de sus resultados. Pero lo que advertimos al estudiar la vida de María, es que ella copia tan exactamente en su alma el tipo de la Divinidad, que si no supiéramos por la fé y la razon que la naturaleza divina es incomunicable á las criaturas, no podríamos casi discernir á Dios de María, ó á María de Dios. Dios, en el momento de bajar del cielo á la tierra, se humilla hasta un grado infinito; Dios, para redimir al hombre, padece y sufre

hasta anonadarse, y María no parece sino que se propone, si no aventajarle, á lo ménos igualarle en las humillaciones, en la anonadacion y en los padecimientos.

El primer paso que da el Verbo divino para cumplir con la mision de su Padre es el compendio de todas sus humillaciones. ¡Descender del alcázar cuyas arenas son las estrellas, á la mansion transitoria del mísero mortal! ¡Dejar un trono de esplendentes luces, para reducirse á la prision del seno de una mujer! ¡Circunscribir su inmanidad á un débil cuerpo, y cubrir su sabiduría con el tosco manto de las ignorancias humanas! ¡Medir su eternidad con los períodos de un tiempo que lo verá nacer, progresar, crecer y morir, y condenarse á ser niño desvalido, jóven oscuro, hombre perseguido! ¡Decidirse á sufrir todas las consecuencias que dimanar de la transmision de la naturaleza de Adán, exceptuando una que no es compatible con la Santidad infinita! ¡Ah, amados míos! María es el primer sér que existe despues de Dios: María es más pura que los cielos, tiene más virtudes que todos los ángeles, es digna de que Dios la mire, de que la ame, de que se extasíe en sus bellezas sublimes. Pero hablemos segun las ideas de proporcion; consideremos lo que es toda criatura comparada con su Criador, y concluiremos que si bien entre todas las mujeres sólo María tiene el mérito de congruencia para ser escogida por Dios para ser su Madre, Dios, sin embargo, se humilla en su encarnacion hasta un grado infinito con sólo unir su naturaleza divina á la humana en el seno de una mujer. Bien lo anunciara anteriormente David, cuando, haciéndose protagonista del Verbo divino, se dirigia al Padre, y le decia: «No te han agradado los sacrificios por el pecado; pero Tú me preparaste un cuerpo, Tú horadaste mis orejas, y te dije: «Aquí me tienes dispuesto á cumplir »tu voluntad.» Como si dijera: «Tú ¡oh Padre! me mandas que descienda del sólio de mi gloria al escabel de la

esclavitud; Tú me has dado el signo de todo siervo, condenándome á la fatiga y al dolor, y yo no rehusé llevar la marca de pecador.»

La humillacion, como veis, es sublime, infinita, y para nosotros incomprendible. Pero ¿habeis observado alguna vez la instantaneidad con que un objeto se reproduce en su semejanza cuando se presenta ante un cristal? ¿Habeis observado cómo, al mirar nosotros al estanque cristalino de aguas mansas y purísimas, vemos la identidad de nuestros rostros, y si nos reímos se ríe, si lloramos llora, y si nos retiramos se retira? Pues con más perfeccion reflejó en el alma de María la humillacion del Verbo divino. Y es ésta humillacion de María tan grande y tan sobrenatural, que llega á tocar los límites de lo infinito en su intensidad, y aún resalta en cierto modo junto á las humillaciones de Dios.

Todo lo que nosotros llamamos sobrenatural es en Dios natural é innato; la virtud es natural en Dios, porque es Santo por esencia; lo es también la humildad, porque sólo Él es esencialmente grande; si Dios recibe humillaciones en su encarnacion, es porque descende, porque se anonada, porque, como dice el divino Pablo, se somete á morir. Pero ¡qué prodigio de humildad se descubre en María! Ella pasa del rango comun de las mujeres á uno que no pudiera ni aún objetarse á los entendimientos angélicos; Ella es consagrada por la celestial uncion del Espíritu Santo, como Reina de los serafines, Emperatriz de los cielos, y Señora de los abismos; Ella, en una palabra, es sublimada á la region de lo inmenso é infinito, concibiendo en sus purísimas entrañas al Hijo de Dios; y sin embargo, gravitando sobre sus hombros la inmensurable balumba de toda la gloria que es innata á la Divinidad; decorando su frente la diadema de honor y dignidad deificadora; colocándose en su mano el cetro de dominacion, no sólo sobre los ángeles, sino también sobre

el mismo Verbo divino, en quien ejercerá todos los derechos naturales anejos á la maternidad, María, en el momento de ser Madre, Hija y Esposa de Dios, se anonada y descende hasta el polvo vil de la última de las condiciones sociales. Es Madre, es Virgen, es Reina, es Señora, es Dueña del mundo, y sin embargo ella no sabe sino que es esclava del Señor. *Ecce ancilla Domini.*

Cuanto rodea á María conspira á ensalzarla; Ella sabe que su alma no ha incurrido jamás ni en una mancha levisima; Ella sabe que tiene un Hijo que ha de ser grande é Hijo del Altísimo; que este Niño es el que los Patriarcas y Profetas saludaron y entrevieron llamándolo Admirable, Dios fuerte, Padre del siglo venidero, y Príncipe de la paz. Si preguntais á los ángeles qué es lo que hacen al cumplirse la embajada de Gabriel, os dirán que todos se postran ante María y la adoran; si observais lo que sucede á los malos espíritus en aquel instante soberano, los vereis que tiemblan, que huyen, y se precipitan en el fondo del abismo por no poder sufrir la presencia de esta Virgen; sin embargo, Ella habla con su Dios, y no se da otro epíteto que el denigrante, el humillador de esclava: *Ecce ancilla Domini.* Examinando esta materia el devotísimo San Bernardo, y viendo de cuán sublimes prerogativas se ve rodeada la que se llama esclava precisamente cuando la consagra el cielo para su Reina, y Dios la hace su Madre, pregunta á María: «¿De dónde la viene la humildad, y una humildad tan extraordinaria?» *Unde tibi humilitas, et tanta humilitas, o Beata!*

La respuesta es fácil, amados míos; María se ha propuesto retratar en su alma las virtudes de que nos da ejemplo divino el Verbo humanado, y al aparecer Éste humilde y abyecto en medio de los eternos resplandores de su grandeza increada, su Madre se deja ver iluminada con el reflejo de esta misma luz, que ha de brillar más y más en los abatimientos. Yo no me admiro ya de que

todas las persecuciones que sufrió Jesucristo afligiesen igualmente el corazón del Hijo y el de la Madre, porque todo es la consecuencia inmediata de la maternidad divina. El último extremo de la vida del Salvador son los denuestos por parte de sus enemigos, las infidelidades en sus discípulos, los sarcasmos, las afrentas y la condenación á muerte; y era preciso que siendo natural á la luz el iluminar los objetos y reflejar en ellos, y no habiendo en toda la creación un solo corazón en cuyo seno pudiera recibirse esta inmensa luz de la caridad divina sino el corazón de María, fuese á encontrarse en él, como se encuentran en la concavidad de un cristal las madejas de rayos que el sol despide.

Todo esto es grande y maravilloso, y nos revela cuánto entraña en las almas un amor santo correspondido con fidelidad, descubriéndonos al propio tiempo las misteriosas relaciones que existen entre el Espíritu increado y los que hemos salido de sus manos. Como somos el traspunto perfecto de Dios en el orden de la espiritualidad, la tendencia natural y moral de nuestra naturaleza hubiera debido ser el reproducir en nuestras ideas y acciones una completa asimilación con el Sér infinito cuya imagen llevamos grabada en nosotros mismos. No importa que sobreviniese el pecado, porque, en expresión del divino Pablo, «donde abundó el delito, sobreabundó la gracia, y si por un hombre entró en el mundo la muerte, por otro halló entrada la vida.» Es algo más difícil la asecución de nuestra vitalidad espiritual, por haber adquirido por el pecado otra tendencia al mal, contraria á la primera; pero no es imposible, porque el bien por su naturaleza es amable, así como el mal es por su naturaleza abominable y odiable, y el amor de Jesús nos previene, nos acompaña, viene en pos de nosotros, y, en una palabra, nos asedia para que nos rindamos á él: *Charitas Christi urget nos.*

Esta completa semejanza la vemos retratada en María; y no es esto lo más admirable, sino que por una trasmisión de afectos de Dios á María, y de María á Dios, el alma de esta Virgen, no sólo recibe en su seno las aflicciones y amarguras que se fraguan en nuestro espíritu como en su propio laboratorio, mas también percibe, con toda la sensibilidad del paciente, cuanto el Dios humanado recibe en su cuerpo desde que acepta el ósculo, que es la consigna de su Pasión, hasta que la lanza abre su pecho, legalizando la veracidad de su muerte. Mirad cómo se lanzan sobre Jesús sus enemigos encarnizados, cómo lo arrojan al suelo, cómo lo pisotean, cómo ponen las inmundas plantas sobre su venerando cuello; mirad cómo lo rodean de cadenas, cómo lo arrastran, cómo lo escupen, cómo lo abofetean. Pues sabed que ni un solo golpe le dan que no se reproduzca en el alma de María. Cinco mil azotes, innumerables bofetadas, punzantes espinas, duros martillos, clavos inhumanos, hiel acerba, lanzada cruel, todo lo recibe el sagrado cuerpo de Jesús, y todo va á recaer en el alma de María. Como el enemigo ciego de furor cae con puñal en mano sobre aquel cuyo exterminio ha maquinado largo tiempo, y no se contenta con teñir el acero una vez en el corazón de la víctima, sino que lo saca humeante, y lo vuelve á enterrar mil y mil veces, con más celeridad que dos nervudos brazos descargan sus martillos sobre el hierro candente, así entra y sale sin cesar la espada del dolor en el alma de María.

Al contemplar tamaño espectáculo; al ver á María junto á Jesús en el lugar del suplicio, yo no acierto á discernir los dos objetos, el paciente por amor del Hombre, ó la paciente por amor del Hijo. Veo en las dos víctimas un único corazón, y casi veo un mismo Redentor moral, expiando los pecados del mundo; y todo es incomprendible en estas dos víctimas; en Jesús por ser

Hijo de Dios, en María por haber engendrado á este mismo Dios. Sí: todo es infinito en Jesús; infinita es su amargura y su pena, infinito su padecer, infinito su dolor, porque su naturaleza divina da á todas las acciones de la humana un valor infinito. También el dolor de María es correspondiente á su Maternidad divina, y excede todos los límites de la comprensión humana; porque el Dios paciente se retrata en el alma de su Madre con la misma identidad que Aquel tiene en el Sanedrio, en el Pretorio y en el Gólgota. Jesús tiene su alma envuelta entre las encrespadas olas de la tristeza, y su cuerpo es atormentado con heridas; y María, á pesar de no haber recibido ni un solo golpe, reproduce en su alma, no sólo las pasiones del Hijo, sino hasta sus dolores y heridas.

¿Cómo puede suceder esto, amados míos? Ved aquí un misterio que si no podemos comprender, debemos contemplar, para aprender una lección en la escuela del amor. Acercaos conmigo por un momento al Huerto de Getsemaní: entre sus olivares se encuentra un Joven arrodillado y con sus manos levantadas al cielo; ora á su Padre celestial, y le pide consuelo; desfallece, y la tierra se ve súbitamente regada con la sangre que ha brotado por todos sus poros. ¿Qué espectáculo es éste tan nuevo y tan conmovedor? ¿Quién es ese personaje, y por qué suda sangre cuando aún no ha recibido una leve herida? ¡Ah, amados míos! Ved aquí comprendido el misterio de la reproducción de los dolores de Dios en el alma de su Madre. Ese hombre bañado en su sangre es Jesús; ha pensado con profundo recogimiento en los tormentos que le esperan; ha visto los látigos levantados y cayendo sobre sus espaldas; ha oído los golpes de los martillos clavando sus manos y piés; ha sentido ya en su venerable cabeza el horadamiento punzante de los durísimos cambrones, y la representación es tan viva, que

puede en su alma tanto como la realidad, y produce en su cuerpo los mismos efectos que muy pronto iban á realizarse por el furor de los sayones. ¡Tanto es el poder de nuestra alma, tanta su virtud!

Si: como el alma es espiritual y el cuerpo material; como lo más perfecto contiene en sí eminentemente las propiedades de lo ménos perfecto, aquélla tiene sobre éste tal imperio, que lo rige y gobierna, y al trasmitirle éste las sensaciones por medio de su complexion orgánica, aquélla se reviste de todas las pasiones, y siente los dolores que no son propios sino de la materia. Y á las veces, tanta es su delicadeza, tal es la abstraccion de todo lo sensible y material, que sin necesidad de la participacion de los sentidos, se engolfa en la contemplacion de las cosas; y si son divinas, se diviniza; si terrenas, se degrada; si celestiales, se sublima; si carnales é impuras, se envilece y empuerca. Y si tan sorprendentes efectos produce en nosotros el éxtasis, ó la omnímota abstraccion de los sentidos, ¡qué admirables no serán los resultados cuando una alma pura y delicada llega á percibir con las finísimas fibras de su sensibilidad los dolores de un objeto que ama con tanto ardor como pureza!

Por eso, amados míos, Jesucristo suda sangre en el Huerto; por eso María es el trasunto acabado y perfectísimo del Dios paciente; porque amándolo como cosa propia, hace suyos sus dolores, sus penas, su amargura, su afliccion y sus tormentos. María respira con el aliento de Jesus, vive con la vida de Jesus, ora con Él, y con Él es encadenada, con Él azotada y escarnecida, con Él coronada de espinas y abrevada de ludibrios, con Él crucificada é insultada; y con Él moriria si el cielo no la conservára para que sufriera en su alma el dolor que no pudiera sufrir el cuerpo exánime de Jesus cuando abrió su pecho la lanza cruel.

Ved, amados míos, lo que es María: la copia exacta

de su Hijo; desde Belen hasta el Calvario hay mucha distancia: allí cantan los ángeles, se arrodillan los pastores y adoran los Magos; aquí se enfurecen los demonios, atormentan los verdugos, y los enemigos insultan; pero para Jesus y María no hay distancia que los separe del objeto propuesto: padecer en la circuncision, sufrir en las persecuciones, llorar en el destierro, comer el pan de la tribulacion, y beber las lágrimas de las angustias, presentar su rostro á los denuestos, el cuerpo á las heridas y á la muerte: éste es el tipo de imitacion en la Madre, porque ésta es la realidad en el Hijo.

Deberíamos nosotros, supuesto que tenemos fé, supuesto que la imágen de Jesus crucificado se nos representa sin cesar; deberíamos mirarnos en ella como en un espejo, para ver si somos una copia exacta del tipo de nuestras acciones, ó si acaso no tenemos otra asimilacion que la exterior, sin poseer ninguna de las sublimes cualidades de amor y pureza que son la sávia de nuestra vitalidad espiritual y nos hacen semejantes á Dios. Ello es que, como dice el divino Pablo, «el primer hombre, como formado de la tierra, es terreno; y el segundo, oriundo de los cielos, es celestial. Si hemos llevado la imágen del terreno, llevemos tambien la del celestial.» Si no tenemos otra vida que la del primer Adán, no podemos parecernos al segundo, que es Jesucristo; porque aquél fué hecho alma viviente, y el segundo espíritu vivificante. (I Corinth., cap. xv.) Es decir, que una vida puramente animal, que no tiene otro punto de mira que los objetos presentes, en que los sentidos se deleitan y pretenden saciarse vanamente, no puede hacernos moralmente semejantes á Dios; viviremos, sí; mas nuestra vida será un trasunto de la animalidad pura, revestida con las galas de la racionalidad, refinada con la exquisitez del gusto, y ornamentada con las prerogativas que el Sér divino nos concedió, dándonos el don precioso de la libertad natural, y constituyéndonos due-

ños y señores de toda la naturaleza terrestre. Pero ¿vivirá nuestra alma con aquella vitalidad que la hace hija de Dios y su perfecto retrato? Eso no; eso está reservado para aquellos que tienen el espíritu vivificador de Jesucristo; que no nacen de carne y sangre, sino de Dios: que creen á su nombre y palabras, que llevan la mortificación de Cristo en sus cuerpos, que viven desprendidos de las cosas mundanas, que aunque abunden en tesoros no esperan en ellos, y que viven en la tierra abrasados en afectos hácia el cielo.

Esta es la vida de los hijos de Dios; entre tanto, ¿quién que piense con detención en el espíritu que hoy día anima al mundo, no prorumpirá en lamentos de dolor? ¿Quién se internará en las naciones católicas á examinar lo que son, sin exclamar inmediatamente, con el profeta Jeremías, que la tierra está llena de desolación, porque no hay quien medite las maravillas del amor de Dios á los hombres? Las naciones han ido emancipándose poco á poco del espíritu del Evangelio, y han rasgado la túnica inconsútil del dogma y la moral, no adoptando de aquél más que lo que contribuye á constituir la sociedad y mantiene á los hombres en sujeción, despreciando lo bello y sublime del Código sagrado, que es la fé con las obras, la obediencia á los preceptos de la Iglesia, y el respeto á las tradiciones antiguas. No se levantan los ojos hácia el cielo sino para mirar de paso al Dios, que no se digna nombrar sino Sér Supremo, para no darle más atribuciones que las que corresponden á la gradación categórica de medio ó ínfimo, y hacerlo un poco mayor que nosotros; no se quiere fijar la vista en el Sér Infinito que nos crió de la nada, y mucho ménos en el Dios que se humilla en la Encarnación, que se abate en sus padecimientos, y se anonada en la Cruz. ¿Cómo quereis que la humanidad tenga vida intelectual, si no se alimenta más que de materia? ¿Cómo ha de

reinar en nuestros corazones el espíritu de Jesucristo, si nuestras sustancias alimenticias son el orgullo, la ambición, la codicia y las demás pasiones propias del hombre animal?

¡Ah, católicos! Lloremos la ceguedad de los hombres y acerquémonos al monte que humea con los vapores de la sangre divina en que está empapado. Contemplemos esa Víctima que une en mútuo vínculo de amor al cielo y la tierra; que abre las puertas de aquel y destruye las espinas de ésta, convirtiéndola en paraíso terrestre, en que habiten la santidad, el amor casto y la justicia. Jesus ha espirado, y su sangre ha salpicado los vestidos de su santa Madre, que está en pié junto á la Cruz. Preguntemos á aquélla por qué tiene su ropaje teñido con este precioso licor, y nos contestará, mejor que Séfora, que su Hijo es un Esposo de sangre, y que nosotros somos los hijos que ella ha engendrado, entre los más acerbos dolores, en la cima del Calvario. *Sponsus sanguinum tu es mihi.*

Oidla: la sangre, dice, está derramada sobre mi túnica, y he manchado con ella todos mis vestidos. No bastó para satisfacer el corazón de mi Hijo que cayese aquella gota á gota en la circuncisión; no le satisfizo tampoco el que en los azotes inhumanos saliese á borbotones; tampoco quedó contento con que cuatro torrentes brotasen de sus manos y piés, sino que, áun despues de haber espirado, áun habia dispuesto que una lanza cruel abriese su costado y traspasase su corazón, para que no quedase en él ni una sola gota. *Sponsus sanguinum tu es mihi.* ¡Oh Hijo mio! ¡Pues qué! ¿Tanto valen los hombres? ¿Tanto los amas? ¿Era preciso para su rescate que tu inocente cuerpo fuese despedazado con tanta inhumanidad? ¡Ay! ¡Cuánto dolor me cuesta el ser tu Madre y la suya! Pero yo me conformo con tus designios; con tal que los hombres te amen, con tal que te agradezcan tu sacrificio, con tal

que quieran adquirir la herencia que hoy les conquistas, mi alma se consuela, mi corazón se regocija, y si aún quereis que brote de él un río de sangre que se confunda con la tuya, aquí lo teneis: *Sponsus sanguinum tu es mihi.*

¡Basta, Reina del cielo, basta! No salga de tus divinos labios otra palabra de amor, porque tus hijos no tienen ya corazón para oírla. Nosotros no podemos hacer más que llorar nuestras culpas, que son la causa de tu llanto. A tí suspiramos, gimiendo y llorando, para que lleguen hasta el trono de amor donde descansa el Rey pacífico, los sollozos con que imploramos su misericordia y gracia, que son la prenda de la gloria. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE LA

SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA NUESTRA SEÑORA.

(SEGUNDO DEL ASUNTO.)

*Subversum est cor meum in memetipsa
quoniam amaritudine plena sum.*

Ha sido trastornado mi corazón dentro de mí misma, porque llena estoy de amargura.

(LAMENTAT. JEREMIE, cap. i, vers. 20.)

¡Conque nada hay de estable en la tierra! ¡Conque nadie ha sido morador de este mundo, que no haya tenido que doblar su frente ante la mutabilidad y volubilidad que domina á todo sér visible! No; nadie ha respirado el aire comun sin haber sentido la triste influencia de un genio maléfico que todo lo trastorna y lo consume; toda criatura visible tiene un enemigo formidable, que la tiende lazos, que le prepara emboscadas, y que cual gotera insignificante, pero continua, va minando los cimientos en que estriba el edificio de la vida, hasta ponerlo en disposición de desplomarse; este enemigo nuestro es el tiempo; el tiempo, que á todo se atreve; el tiempo, que acomete la árdua empresa de destruir lo más sólido é imperecedero, y lo consigue. Él disipa la inocencia de la niñez con la travesura de la puericia; él destruye las locuras de la mocedad con la sensatez de la edad viril;

que quieran adquirir la herencia que hoy les conquistas, mi alma se consuela, mi corazón se regocija, y si aún quereis que brote de él un río de sangre que se confunda con la tuya, aquí lo teneis: *Sponsus sanguinum tu es mihi.*

¡Basta, Reina del cielo, basta! No salga de tus divinos labios otra palabra de amor, porque tus hijos no tienen ya corazón para oírla. Nosotros no podemos hacer más que llorar nuestras culpas, que son la causa de tu llanto. A tí suspiramos, gimiendo y llorando, para que lleguen hasta el trono de amor donde descansa el Rey pacífico, los sollozos con que imploramos su misericordia y gracia, que son la prenda de la gloria. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE LA

SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA NUESTRA SEÑORA.

(SEGUNDO DEL ASUNTO.)

*Subversum est cor meum in memetipsa
quoniam amaritudine plena sum.*

Ha sido trastornado mi corazón dentro de mí misma, porque llena estoy de amargura.

(LAMENTAT. JEREMIE, cap. i, vers. 20.)

¡Conque nada hay de estable en la tierra! ¡Conque nadie ha sido morador de este mundo, que no haya tenido que doblar su frente ante la mutabilidad y volubilidad que domina á todo sér visible! No; nadie ha respirado el aire comun sin haber sentido la triste influencia de un genio maléfico que todo lo trastorna y lo consume; toda criatura visible tiene un enemigo formidable, que la tiende lazos, que le prepara emboscadas, y que cual gotera insignificante, pero continua, va minando los cimientos en que estriba el edificio de la vida, hasta ponerlo en disposición de desplomarse; este enemigo nuestro es el tiempo; el tiempo, que á todo se atreve; el tiempo, que acomete la árdua empresa de destruir lo más sólido é imperecedero, y lo consigue. Él disipa la inocencia de la niñez con la travesura de la puericia; él destruye las locuras de la mocedad con la sensatez de la edad viril;

él postra el vigor de la madurez con la llegada de las arrugas y de la canicie; él, por fin, aniquila los tristes consuelos de la ancianidad, llevándola al sepulcro. ¡Ah! ¿Quién podrá gloriarse de haber resistido á este genio destructor, que ataca halagando, que destruye sin ruido, y que siempre sale victorioso? ¿Quién ha entrado en la categoría de los vivientes sin haber necesitado de la asistencia continua de este enemigo, y sin haber tenido que rendirle un homenaje involuntario? Ha consumido el tiempo las monarquías; ha destruido los imperios; ha hecho desaparecer á los héroes; ha anonadado á los gigantes; ha extendido su poder exterminador sobre los sábios, sobre los magnates, sobre lo más grande que ha habido en la tierra. Seis mil años há que el tiempo existe, y este número tan crecido no es más que una era de aniquilacion.

¿Lo podreis creer? ¿Os podreis persuadir que este coloso haya tenido la osadía de armarse de todo su poder para salir á la liza contra su mismo autor, contra aquel á quien debe su fuerza y virtud? ¿Habrá llegado su orgullosa pretension hasta quererse ensañar contra Dios? ¡Ah, sí! Tambien á Dios declaró la guerra este gran dueño de los destinos del mundo; tambien alzó su ominosa cerviz contra el cielo. Pero ¿salió victorioso en tan desigual combate? Pasmémonos, amados mios, de la eficacia del tiempo, y adoremos al Dios que quiso someterse á su destructora influencia. Quiso Dios conversar con los hombres, y para conseguirlo tuvo que hacerse igual á los hijos de Adan; tuvo una madre, se hizo niño, nació, y apenas respiró por primera vez en la gruta de Belen, le salió al encuentro este enemigo, le declaró la guerra, y al fin lo venció en la cima del Gólgota. Allí se mostró el tiempo victorioso y ufano de haber ido minando la vida del Dios humanado, y de haber coronado su antigua y altiva sien de un lauro más.

No es esto, amados mios, una paradoja; Dios, que es esencialmente la vida, ha sido víctima de la muerte; llegó el tiempo de morir, y no pudo ménos de sucumbir al destino que Él mismo se prefijára.

Al decir esto, no pienso tanto en el Dios que muere, como en la Madre que le ha dado la vida que acaba de perder. ¡Ah, y cuánto ha podido el tiempo sobre esta Mujer desafortunada! ¿Cómo ha arruinado todas sus esperanzas! ¿Cómo la ha reducido á la más deplorable orfandad! Dias felices pasaron por esa criatura, y no eran más que la escala por donde descendia á la arena en que el tiempo la aguardaba, para no presentarla sino amargura, en cambio de sus gozos celestiales; para no darla sino dolor y afliccion, en lugar de su dicha; para darla soledad y desamparo, en vez de la dulce compañía de su Hijo, que ya no existe. Llegó el momento fatal, en que ha desaparecido aquel corazon magnánimo que sabía estar inmóvil al frente de mil enemigos; el tiempo lo ha aniquilado; la desgraciada Madre ha podido seguir al Hijo moribundo hasta el lugar del suplicio, ha tenido valor para estar á su lado, ha sido bastante valerosa para llevarlo al sepulcro; mas llegó el momento de rendir la palma al tiempo destructor; se han concluido todas las esperanzas, se ha cerrado la puerta á todo consuelo, porque el corazon de María ha sido trastornado al contemplar á su Hijo querido en la tumba: *Subversum est cor meum*, etc.

Acabo de manifestaros la idea más lúgubre que tuvo el espíritu de María; la muerte y sepultura de su amado Hijo, fueron el complemento de su afliccion; perseguido, calumniado, maltratado, herido, crucificado, Jesus existe; y mientras él exista, hay un destello de luz para el corazon de María; mas habiendo muerto, se apagó esta débil ráfaga que la ilumina. ¡Cuánto más habrá crecido la consternacion en el corazon de la Madre, al contem-

plar á su Hijo bajo la fria losa del sepulcro! ¡Ah! Entónces quedó yerta y sin alientos, porque su corazon fuera trastornado, naufragando casi entre las encrespadas olas de la amargura; se cerró entónces la entrada á todo consuelo, porque la que ántes tenía una alma llena de gracia, ahora tiene una llena de amargura: *Subversum est cor meum in memetipsa quoniam amaritudine plena sum.*

¿Por qué se ha abatido este corazon heróico? ¿Por qué ha sido inundada aquella alma feliz en mares de amargura? ¡Ah! Porque el tiempo ha trastornado los destinos de María; llegó el tiempo de la muerte de Jesus; llegó el tiempo de encerrar su cuerpo en la oscura tumba, y han bajado al sepulcro al mismo tiempo el cuerpo del Hijo y el corazon y las esperanzas de la Madre. En una palabra: se encuentra María en la más amarga soledad, perdida toda esperanza de consuelo.

Lloremos con ella la muerte de su Hijo, y postrados ante la adorable cruz donde ha espirado, pidámosla la gracia, que no puede negar aún en medio de su dolor.
O cruz, Ave.

Tiene el corazon humano dos vidas, la física y la moral; la primera no es casi nada, pues se asemeja por ella al bruto, que como él tiene un corazon de carne y una vida física y material; la segunda es de la más alta importancia, pues forma toda la belleza del sér racional; la region de esta vida moral es del todo distinta de la materia, y transporta al hombre fuera de lo corpóreo, separándole por esta vida moral de los demás séres visibles y animados, y colocándolo en su verdadera esfera, que es la racionalidad y la espiritualidad. Esta vida se sostiene en el corazon humano, alimentándose de objetos extraños, en los cuales se fija, y de cuyas bellezas se apasiona; do quiera que él columbre alguna huella de maravillas y hermosura, allí se reposa

y descansa, complaciéndose en haber descubierto lo que buscaba, y sintiendo encenderse en su interior la llama del amor hácia el objeto de sus simpatías. Tiene además esta vida moral del corazon la mágia y virtud de hacer que no viva el hombre en sí ni para sí, sino en el objeto y para el objeto que ama; pues, como dijera el Salvador, donde está el tesoro, allí está tambien el corazon humano: *Ubi est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum.* Si el corazon humano toma el principio de su vida moral de los bellos ideales que él se forma, y en ellos se nutre y descansa como en su propio centro. Mira el avaro los tesoros, y cree que son ellos el gérmen de la felicidad, el sostén de los placeres, el móvil de todas sus acciones, y vive su corazon en medio del oro y de la plata, porque encuentra en estos objetos la realidad de sus ideas. El ambicioso cree que en las dignidades y grandezas es donde se recibe el incienso de la lisonja, donde brilla el talento, aunque no exista éste en el dignatario, y vive su corazon en medio de las dignidades, porque allí tambien halla realizadas sus ideas; igual es la suerte del voluptuoso; igual la del sábio; vive su corazon en los objetos que ama, aquél en el fango, éste en el cielo: *Ubi est thesaurus, etc.*

Con la misma proporción cesa esta vida en nuestro corazon; cuando nos falta el objeto en que reposan nuestras simpatías, desfallecemos cual planta herida por los rayos del sol, y nos revestimos de todas las afecciones contrarias á las que ántes nos animaban; sin esta vida moral, ¿cómo podríamos atinar con la causa de ese heroismo que han desplegado alguna vez los hombres apasionados, heroismo que los condujera hasta el extremo de perder la vida por sus amigos? ¿Cómo explicaríamos el gozo y la tristeza, que nos eleva ó nos abate, segun vemos á nuestros amigos en la dicha ó en la desventura? ¡Ah! No es posible examinar las acciones del hombre

sin comprender al momento que la vida animal es lo que ménos importa en él, pues sólo la moral es lo que lo constituye en la verdadera region de la felicidad ó de la desventura, lo que exprime la espiritualidad de su sér, lo que le distingue, por fin, esencialmente de los animales irracionales, incapaces de pensar ni de elegir.

¡Ah! Estoy demasiado prolijo en explicar una teoría que vemos realizada en nuestro propio corazon. Voy con paso algo lento, cuando todos cuantos me oyen están ansiosos por obtener la solucion de dos preguntas que naturalmente se desprenden de este antecedente. Supuesto, me decís; supuesto que la vida moral del corazon humano se alimenta de los objetos que ama, ¿cuál es el objeto que hace dichoso el corazon de una madre? El hijo. Y si este hijo amado, en quien el corazon materno tenía todas sus complacencias, si este hijo muere, ¿podrá vivir el corazon de la madre? ¡Ah! Tendrá la vida animal; pero, como la frondosa planta violentamente cortada por la guadaña, caerá en la más completa inanición; el corazon quedará vivo, mas sin jugo, sin frondosidad, sin felicidad, sin la verdadera vida moral; existirá como agente físico en el cuerpo humano, dando latidos dentro del pecho, que lo defiende; mas como agente moral no vivirá sino donde habita su objeto amado; vivirá en la lobreguez del sepulcro y entre los horrores de la muerte.

¡Ay! Apenas podré continuar la ilación de mi discurso sin humedecer mis mejillas con lágrimas de dolor. Tengo á mi vista esa triste Madre, que no vivía sino en su Hijo y para su Hijo; era tanta la intimidad que unía ambos corazones, que casi no se distinguían sino es por ser el uno corazon de criador y el otro de criatura; mas los identificaba la filiación y la maternidad; desde que le fué concedido á María el inefable placer de abrazar á su tierno Niño en la gruta de Belén, hasta que lo encerró en el sepulcro, ni hubo ni pudo haber entre estos cora-

zones la más ligera desunión, ora porque el uno es inmutable por naturaleza, ora porque el otro era impecable por gracia. Donde quiera que se halle Jesús se encuentra María, porque éste es su tesoro, su bien, su dicha y su felicidad, y donde está el Hijo allí está el corazon de la Madre: *Ubi est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum.*

Mas ¡qué vacío tan inmenso! En vano querrá María pensar en su amado Hijo, pues su corazon ya no dá aquellos latidos de alegría que la anunciaban la presencia del Amado, sino otros de amargura y de dolor que la afligen en su soledad. Cuando Aquél vivía, era su Madre la mujer más dichosa entre las hijas de Adán, porque su corazon no vivía sino con el corazon divino de su Hijo: verdad es que vive entre sinsabores y amarguras, porque aquél, ora es perseguido, ora es injuriado, mas al fin vive; el viento de la persecución asoma, la tempestad arrecia, los horrores de la pasión se aumentan, la angustia del Hijo crece hasta lo infinito, pero entre tanto Él vive y da animación á su Madre; un infame descarga sobre Jesús cruel bofetada, otro lo acusa, otro lo befa, el sayón lo azota con inhumanidad, el soldado lo irrisiona con corona ignominiosa, el judío lo escupe, el gentil lo abofetea, el verdugo lo clava; mas, después de todo, Jesús vive, y mientras viva su corazon, el de su Madre está lleno de vigor; pero Jesús ha muerto; después de tres horas de tormentos, ha espirado al lado de su Madre; unos pocos hombres caritativos lo han bajado del patíbulo, lo han embalsamado y colocado en el lóbrego recinto de la muerte. ¡Ah! Preguntadme ahora dónde estará el corazon de María, y os diré que está en la tumba; decidme cuál es el estado de ese amante corazon, y os responderé que está muerto, porque ha espirado el que le daba vida.

¿Y cómo podría vivir el corazon de María después de muerto Jesús? La vida verdadera del corazon tiene su manantial en el amor noble, puro, desinteresado y com-

pleto que se tiene al objeto que nos cautiva. ¡Ah, mis amados! ¿comprendeis este lenguaje? Estos cuatro predicamentos del amor, la nobleza, la pureza, el desinterés y la totalidad de afecciones hácia un objeto, ¿lo habeis poseido alguna vez? No; porque hay en las acciones del hombre un germen de mezquindad, que le hace obrar por su propio interés y empaña algun tanto su nobleza; hay tambien la mutabilidad, que lo hace inconstante; amamos á Dios en este mundo, y muy pocas veces fijamos nuestra vista en sus infinitas grandezas, y muchas son las que nos ocupamos de los premios que nos ha de dar; amamos tambien á las criaturas, porque encontramos en ellas la satisfaccion de nuestros ideales, y no podemos perseverar largo tiempo en estas mismas afecciones que tanto nos apasionan y arrebatan, porque aparecen otras que tienen más dotes y hermosuras, y despues de haber consagrado nuestro corazon al primer objeto, destruimos cuanto hemos edificado, y alzamos un ara al último que ha cautivado nuestro espíritu. ¿No es este, amados míos, el estado normal del corazon humano? Excepto algunas almas nobles y sublimes por sus sentimientos, son muy pocas las que no dicen con David «que inclinan su corazon á hacer las justificaciones del Señor por la esperanza de la retribucion.» Y en cuanto á los que se dedican á amar las cosas de la tierra, claro está que no tienen firmeza en sus deseos, porque provienen éstos de las pasiones de un corazon corrompido. En éstos, desde luego, el corazon no tiene verdadera vida moral, porque la podre y el fango no pueden animar al que por su destino pertenece á lo espiritual; en aquellos, aunque el principio es noble y sublime, les falta la omnimoda generosidad y el total desinterés y el absoluto conocimiento del objeto amado; tienen ya iniciada la vida dichosa, la vida moral del corazon, pero no es posible que ésta sea completa en este mundo.

Ninguno de estos óbices habia en el amor de María para con Jesus; lo amaba con nobleza, generosidad, desinterés y totalidad; lo amaba libre y necesariamente, porque habia recibido de Dios el dón de la impecabilidad, y era tan íntimo y profundo, tan cierto y evidente el conocimiento que tenía de la Divinidad, que no podia ménos de amarla, concurriendo en ella de un modo maravilloso la evidencia que tienen los Santos en el cielo, y el mérito de la fé que realza al justo en la tierra. Porque, digámoslo de paso, el amor que tienen á Dios los bienaventurados es libre, porque el amante y el amado son dos agentes libres; y es necesario, porque, como dice el angélico Doctor con todos los teólogos, es tan evidente y completa la idea que se tiene de todos los atributos y perfecciones divinas, que no puede el hombre ménos de amar á Dios y fijarse en Él como en su propio centro, del cual nadie lo puede desviar, porque comprende con toda evidencia que todos los demás objetos son infinitamente inferiores al Dios que se le manifiesta; Dios entonces es el océano de las bondades y perfecciones, y el alma es el rio que se precipita en Él, sin que ningun otro objeto pueda impedirle el paso, la union y la fruicion.

¿Creeremos que el amor de María era inferior á éste? Aquella alma, á quien, aún estando en el cuerpo mortal, Dios concedió, como piensan muchos teólogos, las dulzuras y goces de la vision beatífica, ¿podia dejar de amar á Dios con un amor necesario? No; porque Dios era su Hijo; era Dios una parte del corazon de María, y necesariamente lo amaba, porque necesariamente amamos nuestro propio corazon. ¡Ah! Yo ignoro si será posible continuar en esta materia, porque empieza ya á tocar en una region que no es nuestra; estamos entre lo inmenso y lo infinito, á donde no sube el hombre ni el ángel; pero preciso es que hagamos un esfuerzo para poder examinar el desamparo de María, que es desde luego infinito por su

origen. ¡Qué prodigio, amados míos! Excepto María, todo lo que hay en ella es infinito; infinita es su dignidad, infinita su maternidad, infinito su amor hácia Jesús, infinitos sus dolores, infinitas sus penas, porque la causa que los produce es infinita. Su soledad y desamparo, ¿serán acaso infinitos? Sí, amados míos, porque también traen su origen de un principio infinito.

Mírese como se quiera la posición de María después de enterrado su Hijo, y se echará de ver que todo conspira á trastornar su corazón y llenarlo de amarga soledad. Ora recuerde las caricias de su Hijo en sus primeros años, ora su gracia y hermosura en la niñez, ó bien su bondad y clemencia en los últimos tiempos de su vida, todo desaparece ante la triste idea de haberlo perdido y de estar en el sepulcro. Esta tétrica morada es el punto donde residen todos los pensamientos de María; enajenada de todo cuanto hay en la tierra, absorta en la más profunda meditación de las grandezas de su Amado, lo quiere considerar en los más bellos momentos de su vida, ya dando consuelo á los tristes, ya mandando á los elementos, ya confutando á los protervos, y no le es posible continuar; cual avecilla inocente herida en una de sus alas, que en vano intenta subir á las nubes, María quiere volar á lo sublime de su Hijo, y siempre cae en lo ínfimo, en las humillaciones, en la muerte que ha sufrido y en la losa que lo cubre. Allí están encerradas todas las esperanzas de María, porque allí está también encerrado todo un Dios. ¡Tanto es el extremo de humildad del Sér divino! ¡Tanta la fuerza del amor hácia nosotros, que lo llevó al Calvario, á la muerte y á la tumba!

¡Sí; Dios está entre las sombras de la muerte; esta sola proposición nos debiera arrancar las más amargas lágrimas, si la considerásemos con la atención debida. ¡Dios muerto! ¡Dios entre cuatro losas de mármol! ¡Dios tendido entre los difuntos! ¡Dios recibiendo honores fúne-

bres! Si esta idea nos espanta á nosotros que no examinamos las cosas con toda la detención y escrupulosidad que merecen, ¡cuánto no consternarían á una alma que vivía entre los mismos resplandores de la Divinidad! ¡Cuánto no contristaría el corazón de una Madre, que había engendrado á este Dios en su vientre purísimo! ¿Hay aquí alguna madre de corazón noble, generoso y tierno? Sí; allí hay una, que obtuvo del cielo un hijo, hijo precioso, que era su hechizo, su encanto, su sostén, su gloria; y tuvo la dicha de vivir á su lado algunos años, siendo aclamada dichosa por cuantos la veían; hijo que espiró cuando ménos se esperaba, llevando al sepulcro el corazón, las esperanzas y la ventura de la que le dió el sér. ¡Hablad, pues, por mí, noble matrona, porque la elocuencia del corazón es más sublime y convincente que la de la ávida razón; habla, y dinos lo que pasa en ese tu amante corazón; dinos, ¿dónde lo tienes? «¡Ay! En mi Hijo, la oigo decir; nadie sino yo conocía aquella bondad de que el cielo lo dotara; sola yo comprendía sus perfecciones; sola yo tenía idea exacta de lo que Él valía, porque habíamos casi cambiado nuestros corazones; Él tenía el mío; yo tenía el suyo; pero murió, y en vano derramo mi vista en los objetos que me rodean, porque mi corazón está con el de mi Hijo en el sepulcro.» ¡Ah! Esta respuesta es de esa Madre desdichada que tanto ha llorado en su soledad. María sola comprende su pérdida, porque sola ella tiene un conocimiento exacto de lo que era su Hijo precioso.

No pudiendo hallar consuelo en los objetos terrenos, lleva sus miradas al sepulcro, y las fija en Él para contemplar al objeto que encierra. ¡Ah! dice: ¿es posible que quepas tú en el corto espacio de una hoya, mi amado Jesús? ¿No eres Tú el resplandor de la gloria del Padre y la figura de su sustancia, y el que lleva sobre sí todas las cosas con la palabra de su virtud? ¿No eres el Criador y

Conservador del mundo? ¿No es la eternidad tu origen, la eternidad tu duracion, la inmensidad tu sér, tu saber lo infinito, lo inmensurable tu medida? ¿Cómo, pues, puede el tiempo con tu existencia? ¿Cómo están tus inaccesibles luces entre las sombras del sepulcro? ¿Cómo has podido ceder tu vida á la cruel muerte? ¿No eres por ventura tú el que mide los mares con la mano, el cielo con el palmo y la tierra con el puño, el que pone las montañas en balanza y las colinas en el peso? ¿Cómo, pues, has entrado en la triste bóveda, que sólo debe cubrir cenizas y podre, no glorias increadas y poder infinito? ¡Ay! ¡No respondes, hijo mio! ¡No hablas á tu madre! ¿Por qué gocé de tus ósculos en la cueva de Belen? ¿Por qué te suspendí á mi seno? ¿Por qué te ví crecer con gracia, y ciencia, y hermosura? ¿Por qué te ví aplaudido, admirado, adorado y bendecido de los pueblos, para llegar á este momento, en que ya no existes? A lo ménos, en la Cruz aún respirabas, aún oí tu dulce voz; á lo ménos, despues que entregaste tu espíritu, te pude contemplar de cerca y abrazarte; veia aquellos ojos modestos y humildes, que te distinguian de todos los hombres; veia aquellos lábios, que tantas palabras de vida habian pronunciado; veia aquellos piés, que tanto se fatigáran por los pecadores; veia aquellas manos, que obráran tantas maravillas; pero, ¡ahora! Ahora todo ha desaparecido.

Con este conocimiento tan vasto como tiene María de la grandeza del objeto que ha perdido, ¿quién podrá consolarla? La naturaleza con todos sus encantos se presenta en la alborada, haciendo resaltar por todas partes la alegría y el placer que inspira á quien la observa; derrama en ella María una mirada, y no encuentra en ningún objeto ni animacion ni movimiento; todo es para su alma un vasto sepulcro, porque, muerto su Hijo, todo ha muerto para su corazon; modulan las avecillas mil y mil cantos, que entusiasman el espíritu, pero al corazon de

María no llega más eco que el que repite su corazon: *la muerte, el sepulcro*; igual eco interrumpe el silencio de la noche; igual rumor precede los pasos de María, no resonando por todas partes más que la voz del sepulcro y de la muerte de su amado.

Contempladla, amados míos, en las dos noches de su amarga soledad; cuantas personas la rodean, no hacen más que agravar sus penas, aunque involuntariamente. Aquí aparece Pedro, que despues de haber negado á su Maestro y llorado su culpa, viene á postrarse á los piés de la Madre desafortunada y á pedirle perdon; allí llegan llenos de espanto otros discípulos; á un lado está la Magdalena y las otras piadosas mujeres; al otro el virginal apóstol que la consuela como buen hijo. ¡Qué cuadro tan triste para una Madre como María! Uno refiere aquella mirada compasiva que lo ha convertido, recordando que anduviera con él sobre las aguas, que recibiera la promesa de ser la piedra de la Iglesia; otro recuerda que tuvo la bondad de admitirle á sus más íntimas confianzas; aquélla llora aún, acordándose del amor con que la perdonó; ésta relata las palabras dulcísimas de sus lábios, y todos concluyen con una misma aspiracion, todos exclaman con dolor: «¡Por qué has muerto, Maestro Divino, Redentor suspirado, Dios amoroso!» Y no hay una sola voz entre todas que no lleve al corazon de María el triste sonido de muerte, sepulcro y horror.

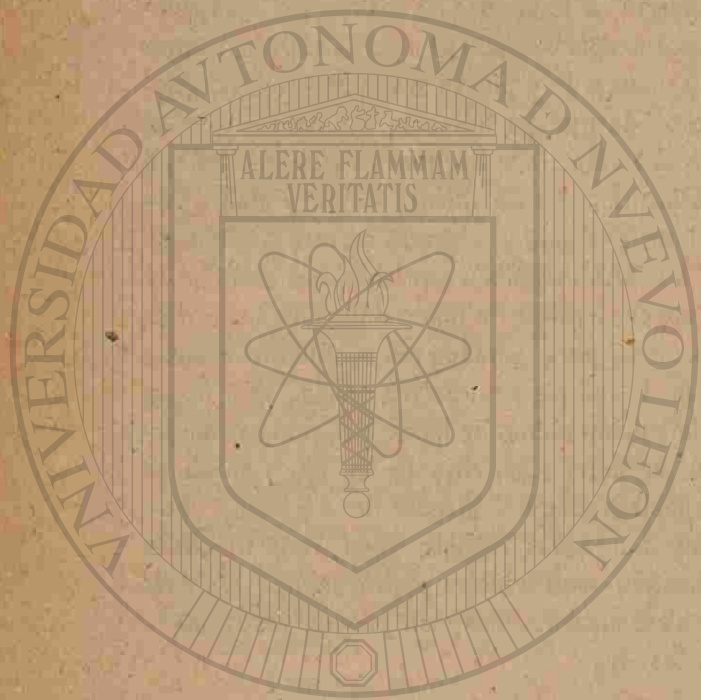
Era entónces cuando esta alma purísima exhalaba suspiros de amor hácia su Hijo amado; más angustiada que David, «sálvame, decia; sálvame y librame de la tempestad, ¡oh Dios mio! porque han penetrado las aguas de la amargura hasta lo más íntimo de mi alma. Me encuentro atollada en lo más profundo del abismo del dolor, y no hallo consistencia. He llegado á lo más proceloso de la tribulacion, y me ha envuelto en sus torbellinos la furiosa tempestad. Del fondo de mi corazon he

sacado fuerzas para sufrir al lado de mi Hijo todo el furor de los verdugos que lo crucificaron, pero ya no tengo este corazon en su lugar; se encuentra trastornado desde que mi tesoro yace en el sepulcro.» *Subversum est cor meum in memetipsa.* Y al decir estas razones amorosas, no se elevan al cielo aquellos ojos divinos sin que broten de ellos dos torrentes de lágrimas, á cuya sola vista lloraba toda la naturaleza. ¡Ay, llorad, llorad, triste Madre! ¡Quizás desahogándose ese pecho nobilísimo del terrible dolor que lo oprime, os acordareis que teneis aún un corazon que muy pronto será colmado de gloria y de felicidad al ver á tu Hijo amado más esplendente que mil soles y más cándido que el níveo cendal, despues de salir victorioso de entre las sombras de la muerte.

Hé aquí, amados míos, cómo la más feliz de las mujeres se convirtió en la más desventurada de las madres al ver á su hijo Dios en la region de la muerte. No vivía María sino por Jesus y para Jesus; era esta su felicidad omnímota; era esta su gloria; no viviendo, pues, el Hijo, ¿podría vivir la Madre? Vivió, sí, pero fué por un portento del cielo; porque es concebible que respire la Madre aún cuando esté su Hijo entre las agonías y tormentos, que viva aún cuando aquél haya entregado su espíritu; más ¡estando éste en el sepulcro! ¡Ah! María no podía vivir sino por milagro, porque no tenía el corazon entre los límites de la vida, sino en la region de la muerte: *Subversum est cor meum in memetipsa.*

Al concluir una materia tan lúgubre, permitidme que os pregunte si acompañais á María en su amarga soledad; porque yo advierto en la sepultura del Señor dos grandes acontecimientos, que exprimen por una parte la dureza, por otra el amor: muere Jesus, y llora el cielo, escondiendo su luz; llora la tierra, dando fuertes sacudidas; llora la muerte, restituyendo á la vida las víctimas que guardaba; lloran las piedras, pues se hienden; y, por fin,

lloran los ángeles, pues suspenden sus melodías: hé aquí llorosa la misma naturaleza insensible; hé aquí llorosos también aquellos espíritus á quienes no les late un corazon de hijos; y entre tanto hay una porcion de hombres que se alegran en la muerte de Jesus, sin compadecerse de la desgraciada Madre. ¡Ah! yo haría una injuria bien notable á vuestra fé y piedad si me atreviese siquiera á preguntaros de qué partido sois: si de los que en tan triste suceso lloran, ó de los que se alegran. Sois, á no dudarlo, hijos amantes de vuestra Reina y Madre dolorosa, pues habeis venido al sagrado recinto á ofrecerla una lágrima que aún arranca á vuestros ojos el dolor de la muerte de Jesus, á pesar de haber sucedido hace diez y nueve siglos. Sea, pues, amados míos, nuestra tristeza en la muerte de Jesus una tristeza fructuosa, que tenga su origen en la consideracion de haber causado con nuestros crímenes la muerte del Hijo de María, y entónces asomará en nuestras almas la alegría de la gracia, cantando con el divino Pablo: «Cristo murió por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificacion.» *Mortum est propter peccata nostra; resurrexit propter justificationem nostram.* Así sea.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON

PARA

EL VIÉRNES DE PASIÓN.

(ENSALZAMIENTO DE LA RELIGION POR LAS PERSECUCIONES.)

Quid facimus? Quia hic homo multa signa facit, si dimittimus eum sic omnes credent in eum, et venient Romani, et tollent nostrum locum et gentem.

(JOAN., XI, 47.)

Jesucristo no vino al mundo sino para ser el objeto de contradicción y la piedra en que se estrellarían las potestades terrenas. Apenas apareció en Belén, cuando un Rey ambicioso maquinó su exterminio por los medios más inhumanos, y sólo se vió libre de la persecución de sus adversarios el tiempo que pasó en el destierro de Egipto y en la silenciosa morada de Nazaret. Al dar principio á su predicación, fué dada también la señal de alarma contra su persona, y por espacio de tres años su vida no fué sino un tejido de vicisitudes ocasionadas por la envidia de sus enemigos encarnizados contra Él: concluíase ya el término de su ministerio, y á medida que se aumentaban sus milagros y se divulgaba su celestial doctrina, crecía también el encono de sus émulos. Entre los hechos portentosos que demostraban su poder absoluto sobre la naturaleza, hubo uno cuya publicidad conmovió á Jerusalem, cuya autenticidad no podía ser tergiversada, pues lo había obrado en medio de los hombres más notables de la

Palestina, y por el cual no se le podía acusar de infractor de la ley de Moisés, como se pretendía hacerlo por las curaciones de los enfermos en el día del sábado: este acontecimiento nunca visto, era, amados míos, el de la resurrección de Lázaro, hombre rico y principal, muerto y sepultado de cuatro días. Un prodigio tan nuevo como era el ver vivo al que cuatro días había estado en la región de la muerte, conmovió toda la Judea: todos venían á Lázaro, y muchos creían en Jesús; y los Pontífices, no pudiendo ya sufrir que el Redentor tomase tanto ascendiente en el pueblo, se reúnen en concilio tumultuoso á deliberar sobre la suerte que debía caber al Hijo de Dios. «¿Qué hacemos? dicen. Este hombre hace demasiados milagros; si lo dejamos así, todos creerán en él; preciso es, pues, que muera.»

¡Injusticia manifiesta! ¿Se ha visto jamás que se reúnan los jueces, que se abran los tribunales para condenar á un hombre que con mano benéfica sana á los enfermos, echa á los demonios, manda á los elementos y restituye al género humano las víctimas que le arrebató el sepulcro? Se ha visto muchas veces condenar al inocente; pero la injusticia ha sido paliada por testigos falsos, ó el juez cedió al influjo de las pasiones, ó fué cautivado por la irresistible fuerza de la codicia, ó, en fin, la verdad quedó oculta entre densas tinieblas, pagando un inocente los crímenes perpetrados por un malvado, á quien salieron bien sus proyectos para cometer el atentado, y sus intrigas para eludir el castigo. En la historia de la legislación se encuentran á cada paso hechos semejantes, pero jamás se reunió un tribunal para condenar á quien era puro en sus costumbres y en su doctrina, y empleaba al mismo tiempo las horas del día en aliviar al desvalido y consolar al huérfano y á la viuda. Esta es, sin embargo, la causa que se alega contra Jesús. *Hic homo multa signa facit.* «Si le dejamos continuar en su predicación, todos

van á creer en Él, y vendrán los romanos, y se apoderarán de nuestra patria y de nuestra gente.»

¡Error, error! Muy al contrario: se reúnen en concilio los sábios de Jerusalén para proponer los medios de conservar su nación, y para ello determinan la muerte de Jesús. ¿Y qué consiguen? «Destruir, dice San Basilio, lo mismo que querían conservar.» *Quasi locum et gentem servaturi ipsorum consilio, utrumque perdidierunt.* (Homil. 21 de *Humilitate.*) Un falso celo del bien público les condujo al extremo de condenar á muerte á Jesús para no perecer, y esta fué la causa de su ruina y exterminio. «Temieron perder las cosas de la tierra, dice San Agustín, sin fijar su vista en las eternas, y así perdieron uno y otro (*Hom. de hoy.*)» ¡Ah, amados míos! Este concilio fué sin duda el primero que se tuvo para perseguir la verdad, y en él se cumplió el vaticinio de David, que se reunirían los poderosos de la tierra, y se aunarían los príncipes contra Dios y su Cristo. Los pontífices y los fariseos abrieron sus inícuas sesiones, y éstas continuaron en los tiranos y en los herejes, y no acabarían sino con el hijo de perdición. Jesucristo era el tipo de cuanto sucedería á su Iglesia: ella sería perseguida, sus ministros sufrirían los desprecios, los baldones, los tormentos y la muerte; en todas las edades, hasta la consumación de los tiempos, se reunirán las potestades de la tierra para destruirla y aniquilarla: y ¿cuál será el resultado de sus ataques? El mismo que tuvieron los judíos con la muerte de Jesús; creyeron abolir la memoria del Redentor entregándole á la muerte, y esto no fué sino el principio de sus glorias y de su ensalzamiento; pensaron conservar su templo y su república por medio de su exterminio, y esto aceleró su ruina total. ¡Qué ejemplo para los grandes y para los pueblos! ¡Qué lección para los que quieren arrojar de su seno la Religión de Jesucristo é introducir sectas erróneas! Los judíos temen que viva Jesús,

para que no se crea en Él; los sábios de Jerusalem quieren conservar sus haciendas y sus vidas por la muerte del Mesías, y poco despues del deicidio son destruidos. ¿Puede darse engaño más grosero?

De aquí, amados míos, saco yo una gran reflexion, y que interesaria mucho saber á los hombres de este siglo, y voy á proponerla á vuestra consideracion en dos puntos: Cuantas persecuciones maquinen los poderosos del mundo contra la Religion y sus ministros, serán para mayor ensalzamiento de esta misma Religion; primera parte: Cuantas intrigas y maldades se proyecten contra ella, sólo servirán para mayor confusion de sus autores; segunda parte: en una palabra, cuanto más perseguida es la Religion, tanto más es ensalzada; cuanto más la ultrajen los hombres, tanto más trabajan para su propia ruina. Pidamos la gracia para continuar.

AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE.

Sí, amados míos; Jesucristo debia sacar sus triunfos y sus glorias de sus mismas ignominias, y éstos consistirian en plantar su Religion divina en todos los pueblos de la tierra, aboliendo la religion judáica, destruyendo la idolatría, y haciendo que todo poder en el cielo, y en la tierra, y en los abismos, le doblase la rodilla y confesase el supremo dominio del Crucificado. «Se humilló á sí mismo, dice el Apóstol, haciéndose obediente hasta la muerte infame de una cruz, y por esto Dios le ensalzó dándole un nombre sobre todo nombre, que todas las naciones han de adorar y confesar.» Pero no nos detengamos en demostrar el ensalzamiento del Redentor, cuya muerte proyectó el concilio judáico para borrar su me-

moria. ¿Quién lo ignora? ¿Quién no ve que desde el primer momento en que empezaron los fariseos á perseguir á Jesucristo, no hicieron más que contribuir á que todos lo conociesen? Contradicen su doctrina, y el pueblo, en número de más de ocho mil almas, le sigue á las ciudades y á los desiertos, atravesando lagos y rios para oír las palabras de paz que salen de sus lábios. Lo acusan como á infractor de la ley de Moisés porque cura en el sábado, y por todas partes, en las calles y plazas, se ve rodeado de dolientes que piden la salud. Se enfurecen porque se llama Hijo de Dios; se irritan porque recibe aplausos del pueblo, y en esos mismos momentos se deja oír una voz del cielo que confirma al pueblo en la fé y aterroriza á sus enemigos. (Joann., cap. xii, vers. 28.) Lo ponen en la cruz porque se decia Rey de los judíos, y en el mismo suplicio manda el juez que se le ponga, no por burla ni por ironía, sino como un testimonio auténtico y jurídico, el título de su dignidad en caractéres hebreos, griegos y latinos, para que todos lo conociesen como á Rey de los judíos; lo condenan como á un malvado contra la voluntad del juez, y esto basta para que su noticia llegue al Senado de Roma, y se discutan sus talentos, su doctrina, sus virtudes y sus milagros, y quiera Tiberio colocarle en el templo de los dioses. Ponen guardias á su sepulcro porque no lo robasen sus discípulos y dijese que habia resucitado, y sólo sirven para ser los testigos más verídicos de su resurreccion gloriosa. Esto bastaria para demostrar la nulidad de los esfuerzos humanos contra la voluntad de Dios: tres años pasaron los sábios de la Judea en calcular, en combinar los medios para destruir á Jesucristo, y todos sus proyectos se desvanecieron, y con su ejemplo enseñaron al mundo su necesidad y estulticia: *Evanuerunt in cogitationibus suis dicentes se esse sapientes stulti facti sunt.* (Iad Rom., cap. xxi, vers. 22.) Diez y ocho siglos há que Jesucristo fué glorificado por

el mundo, que se erigió en perseguidor suyo; las persecuciones empezaron en Él, continuaron en sus Apóstoles, y se perpetúan en los miembros de la Iglesia. ¿Han aniquilado la verdad? ¿Han destruido la Religión? No, amados míos, no; ántes al contrario, vemos á esta hija del cielo, rodeada siempre de los esplendentes rayos que la comunicó su divino Autor, haciendo su órbita majestuosa, que empezó en el Calvario, como en su Oriente, disipando las nubes del judaismo; se elevó con gloria confundiendo los errores del paganismo, y no llegará á su Ocaso sino presentando entre las ruinas del mundo los trofeos alcanzados sobre la herejía de los Arrios y la apostasía de los filósofos de estos últimos tiempos; su Autor se lo prometió, y así como Él venció á los fariseos entre los horrores de la cruz, así su Religión sacrosanta, asistida por Él, vencerá hasta la consumacion de los siglos. *Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem sæculi.* (Mathæi, cap. xxviii, vers. 20.)

Para llegar á comprender esta verdad, examinemos los medios de que se valió la Providencia para extender la Religión del Crucificado, las contradicciones del humano poder y los resultados.

Al considerar con las luces de la historia de la humanidad lo que pasó en el siglo de Augusto, se ve un hombre en la Judea que, á manera de los filósofos de Roma ó de Atenas, reúne algunos hombres, y apartándolos del vulgo forma de ellos un cuerpo aparte ó una escuela; no trata con ellos ni de los principios de la filosofía, ni los imbuje en las máximas del gobierno, ni de la política del mundo; les manda que den al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios, y con esta sola máxima dice en dos palabras cuanto debe hacer el monarca para llenar los deberes que contrajo con sus vasallos, al recibir un poder que solo el Eterno inmortal Rey de cielos y tierra puede comunicar á los mortales, como la estrecha obli-

gacion que gravita sobre los pueblos de tributar á sus soberanos los homenajes de obediencia y respeto. De la boca de este Maestro no salen sino palabras de paz y de dulzura; manda á sus discípulos que aprendan de Él á ser mansos y humildes de corazón; pero un día llega en que les declara sus proyectos, y ¿cuáles son? «He venido, les dice, á poner fuego en la tierra: ¡y qué deseo tengo de que se abraze!» ¡Qué! ¿Será este Maestro semejante á los filósofos de estos días, que, no contentos con la paz que encontraron al nacer, trastornan todas las leyes, echan á tierra todas las instituciones, ponen á sangre y fuego las familias, las provincias y los reinos? ¿Sería como esos hombres ambiciosos, quienes, al favor de las intrigas y de las pasiones populares, minan los tronos y se ponen en lugar de los que han sucumbido á su tiránica usurpacion? No, no; lejos de esto, una vez admirado el pueblo de la fuerza de la palabra de Jesus y de su doctrina, quiso aclamarle por Rey, y para que no lo llevase á cabo, se huyó al desierto. Pero ved lo que dice á sus Apóstoles: «Andad y enseñad á todas las naciones; no lleveis dinero ni provisiones; contentaos con una túnica, y no queráis cubrir vuestros piés; yo vencí al mundo, no temais; cuando los hombres os maldigan y persigan por mi nombre, alegraos, pues vuestros nombres están escritos en el cielo; sereis conducidos delante de los Reyes y de los Presidentes, que os afligirán y atormentarán; pero no temais á los que no tienen poder sino sobre vuestros cuerpos, y nada pueden hacer á vuestras almas; no temais, pues, pequeña grey; vuestro Padre os dará el reino; yo os envió como á ovejas entre lobos; sed prudentes como la serpiente y simples como la paloma, y si no os recibieren bien en alguna parte, salid del país y sacudid vuestras sandalias, y yo os aseguro que aquella nacion será tan castigada como Sodoma; os aseguro, amados discípulos, que gemireis y llorareis; el mundo se alegrará;

vosotros os entristecereis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo.»

¡Qué medios tan extraños para introducir una Religión en la tierra! ¡Gran Dios! ¿Así quereis convertir el mundo? Pero en esto aparece, amados míos, la virtud de la Religión, dice el Crisóstomo. (Hom. 33, *in Math.*) Los Apóstoles, desnudos de todas las cosas en el efecto y en el afecto, serían fuertes como el diamante, irían, no simplemente á los lobos, sino en medio de ellos; mordidos y lacerados mil veces, no sólo no serían vencidos, sino que mudarán la naturaleza de sus contrarios, y de lobos fieros se convertirán en mansos corderos. La razón, sin duda, se resiste á creer que unos hombres pobres y desnudos, sin poseer el talento que arrastra á la multitud, ni la reputación que la deslumbra, ni las riquezas que la seducen, ni las fuerzas que la avasallan, hayan podido más que todos los monarcas del mundo juntos, hayan sido más felices en sus persuasiones que los filósofos más elocuentes, hayan extendido su dominación más que los Jerjes, los Alejandros y los Césares; pero la historia, que es el monumento donde la razón eterniza sus producciones, nos lo demuestra hasta la evidencia: examinemos las primeras tormentas de la Religión; veamos las resultas del Concilio farisáico: al parecer, la sinagoga consiguió su triunfo; de los pocos discípulos de Jesús, uno le ha vendido con vilantez, otro le ha negado tres veces, todos los demás le han abandonado, y uno solo le acompañó en su último trance. Por otra parte, Jesús, después de haber sido atormentado con crueldad, espira en un suplicio infame, oyendo hasta su última hora los insultos más injuriosos; acabóse Jesús, ya murió, ya se halla en el sepulcro; sus alumnos son hombres de la plebe, sin letras, sin saber, sin medios, sin reputación: pasan tres días en llanto, y poco á poco se reúnen en la casa donde por la última vez habían cenado con su Maestro. ¿En qué

han venido á parar las risueñas promesas del Hijo de María? ¡Alégrate, sinagoga; goza en paz de las alegrías de tu victoria! Pero ¿qué rumor viene á poner en consternación á Jerusalén? De repente resuenan sus cuatro ángulos con la noticia de que ha resucitado Jesús; las guardias del Sepulcro corren despavoridas, anunciando al Concilio que han oído el ruido espantoso que ha causado la lápida levantada por los ángeles; que éstos se hallan sentados sobre los mármoles; los discípulos salen al público; libre ya del humano poder, sube su Maestro triunfante á los cielos; baja un viento vehemente sobre el colegio apostólico; al ruido se agolpa Jerusalén; hombres de todas las naciones se reúnen á porfía; habla Pedro en su idioma, y todos le entienden en su propia lengua; tres mil hombres se arrojan á sus pies, confesando la divinidad del Crucificado en el centro de la ciudad deicida, y á la vista del Concilio que le ha condenado, suben Pedro y Juan al templo, curan en el nombre de Jesús á un cojo de nacimiento, dirige de nuevo la palabra, y se convierten cinco mil almas. ¿Qué haceis, fariseos? La virtud de Jesús se ha reproducido en el que lo negó á la voz de una de vuestras esclavas; oíd lo que dice á la turba reunida: «Dios resucitó á Jesús, á este hombre aprobado por sus virtudes, prodigios y señales, á este hombre que los malvados condenaron.» (*Act.*, II, 23.) ¿Cómo podeis sufrir lo que os dice á vosotros en ese mismo Concilio en que condenásteis á su Maestro? «Este Jesús es la piedra que ha sido reprobada por vosotros; no quereis que prediquemos en su nombre; juzgadlo vosotros, ¡oh Príncipes del pueblo! ¿Es justo que os oigamos á vosotros, y dejemos á Dios? Preparad vuestras cárceles, condenadnos al destierro ó la muerte, pero no podemos menos de hablar lo que vimos y oímos.» (*Act.*, IV, 11 et 20.)

¡Qué triunfo tan esclarecido! ¡Qué victoria tan completa! La Religión sale más clara y refulgente de entre las

ignominias, que no apareció la luz al principio del mundo contrastando el caos horrible que precedió á la creacion. Si ántes de juntarse los pontífices de la Judea para deliberar sobre la muerte de Jesus se les hubiese dicho que ellos iban á ser la causa de su triunfo, ¿lo hubieran creido jamás? Sin embargo, amados míos, así sucedió. Los fariseos plantaron en toda la tierra la Religion de Jesucristo; los príncipes abrieron camino á sus triunfos. A fuerza de las persecuciones que ejercen en los discípulos del Calvario, éstos se ven precisados á abandonar aquel suelo desgraciado: Pablo, convertido de perseguidor en discípulo, y revestido de toda la sabiduría del cielo, les anuncia que, siendo indignos del reino de Dios, pasan á anunciarlo á las naciones (*Act.*, xiii, vers. 46); y desde aquel día los Apóstoles empiezan á recorrer la tierra; el Areópago oye una doctrina que sus filósofos no conocian, y Jesucristo es adorado como Dios; las naciones más remotas del Asia, en Oriente y Occidente, en la capital del mundo, en el palacio mismo de Neron, en el seno de su familia, el Crucificado tiene sus discípulos. ¡Oh! Aprended, hombres poderosos; vosotros los que sois llamados á gobernar los pueblos, no tomeis por modelo al Concilio de Jerusalem: cuanto más persigais la Religion, tanto más contribuireis á sus glorias; cuanto más pretendais humillar á sus ministros, tanto más valerosos los encontrareis para resistir á vuestra impiedad: nada importa que haga diez y ocho siglos que murió el Redentor y ostentó su virtud; el mismo espíritu anima hoy á su Iglesia que en los primeros días; Jesus estuvo con ella en su nacimiento, y la asistirá hasta la consumacion de los tiempos: *Ecce ego vobiscum sum*, etc. Prosigamos, y luego vereis demostrada esta verdad.

— Cuanto habia ocurrido hasta entónces contra la Iglesia y la verdad, era nada en comparacion de los formidables ataques que iba á sufrir; la Sinagoga era como una gota

de agua perdida en el Océano, en comparacion de las religiones idólatras; la Palestina era un punto poco apercibido en el globo; el imperio de Roma dominaba toda la tierra, y con sus armas habian llevado los conquistadores á todas partes sus errores y su supersticion, y radicádola en los corazones de todos los hombres; toda la tierra conspiraria en breve contra doce pescadores del lago de Genezareth; los Emperadores con su despotismo, el Senado con su autoridad, el imperio con sus aguerridas legiones, los filósofos con sus escritos, las escuelas de Roma y de Atenas con sus sofismas, los prefectos con sus tormentos, el pueblo con las preocupaciones de su educacion idólatra, los sacerdotes de las divinidades quiméricas con sus infernales artificios, toda la estirpe humana se pondria en accion, todo el infierno en movimiento. Los primeros discípulos de Jesus mueren todos á fuerza de suplicios, y como han dejado sucesores en todas partes, como el número de cristianos se aumenta cada día, se erigen en los cuatro ángulos de la tierra nuevos suplicios, y se inventan tormentos; á nada perdona la tiranía; los potros, las cadenas, los azotes, acrisolan la paciencia de los mártires, y el fuego y el hierro ponen fin á su existencia; cerca de trescientos años se pasan haciendo carnicerías horribles en los secuaces de la Religion revelada; llega, en fin, el bárbaro Diocleciano, y bajo su dominacion se levanta una persecucion tan horrible, que en sólo un mes perecen diez mil cristianos. Ya no les es dado vivir en la superficie de la tierra; forzados por el rigor de la persecucion, se ocultan en los subterráneos; el paganismo entona himnos de alegría; el Emperador publica un edicto, en que dá gracias á sus falsos númenes por haber abolido el nombre cristiano; se le consagran estatuas, cuyo pedestal deslumbra con inscripciones de oro: *Nomine christianorum deleta... Christi superstitione ubique deleta*. Se publica por todas partes,

que desapareció la Religion tan aborrecida. ¿Es verdad? ¡Gran Dios! La Religion, ¿habrá perecido bajo el cuchillo de los tiranos? Escuchad, ¡oh impíos que quereis destruir el culto del Señor! Cuando Roma creyó haber sepultado la verdad con los cadáveres de los mártires, apareció más grande, más majestuosa y refulgente. El jóven Constantino, todavía pagano, es instruido por el cielo en la fuerza de la Cruz; luégo la manda poner en sus estandartes; sus armas llevan consigo la victoria; da edictos en favor del Cristianismo; se derriban los templos de los ídolos; el Capitolio envuelve entre sus ruinas las efigies de los Hércules y de los demás dioses, impotentes para evitar su ruina; del fondo de las Catacumbas salen alumnos innumerables cuya divisa es la Cruz; los cuerpos santos que yacían en las cloacas, son colocados en relicarios de oro; los Pontífices, ántes desterrados á las casas de los animales, suben con majestad á sus ólio, y el mundo, admirado, encuentra más cristianos que los que habia abolido el furor de Roma y la rebelion de la Sinagoga, y conoce que toda la tierra está inundada de ellos; Jesucristo es declarado por Rey de reyes, por Soberano absoluto de los cielos y de la tierra, y en los mismos templos que habia manchado la supersticion, se cantan despues de purificados sus alabanzas, y los generales como los Emperadores, le consagran ante sus aras los laureles y las diademas. El nombre de Dios del Calvario se afirma con los horrores de los suplicios, y esto, con tanta fuerza, que Eusebio, poco tiempo despues, pudo decir sin exageracion, que «la voz del Evangelio se habia oido en toda la tierra, y habia abierto camino en todas las naciones; que la Iglesia habia profundizado sus raíces hasta las entrañas de la tierra, y elevado su cabeza hasta los cielos.» (*Præparat. Evang.*, lib. I, cap. III.)

Está, pues, probado que los enemigos que emplearon la violencia contra la Religion, no hicieron más que con-

tribuir á su triunfo; la Sinagoga y el imperio idólatra se encarnizaron contra Jesucristo, y nada consiguieron; pero habia otros enemigos de la Religion que saldrian de sus mismos hijos, y la combatirian con armas terribles y ominosas, y de ellos conseguiria una completa victoria; éstos serian los enemigos domésticos, cuyos sofismas y tramas la darian un nuevo lustre, como lo vereis en la

SEGUNDA PARTE.

Cuanto os he dicho hasta ahora de los triunfos conseguidos por la Religion contra los ataques de los tiranos, no es nada; era sabido que ésta hija del cielo sería como el grano de trigo que, enterrado en las entrañas de la tierra, sale más lozano cuanto más han cargado sobre él todos los rigores de una estacion contraria; cada gota de sangre de los mártires sería como el rocío celestial que fertiliza las campiñas yermas por los ardores del sol; nada tenía, pues, que temer de las violencias de los perseguidores; pero se congregarian contra ella otros concilios más formidables que asestarian sus tiros con más táctica, y la presentarian combates tanto más formidables, cuanto eran dirigidos por los hijos que saldrian de su propio seno. Levantado el trono de San Pedro de entre las ruinas de la Babilonia de iniquidad, y establecida la paz en la Iglesia, la herejía y el error vendrian á turbarla; pero la Religion, tan grande entre los dias serenos como en los momentos de borrasca, flotaria entre las olas espumantes del furor idólatra, y llegada al puerto de bonanza, colocada en el Monte Santo, se reiria de los esfuerzos inútiles que se ejecutarían contra su estabilidad eterna. Su divino Fundador no ocultó á sus discípulos nada de cuanto les sucederia; así como les anunció sus padecimientos,

tambien les instruyó en intrigas de sus hermanos: «Habrá, les dijo, pseudo-cristos y falsos profetas que engañarán á muchos; vendrán muchos cubiertos con piel de oveja, pero en su interior serán lobos carniceros.» San Pablo desarrolló, por decirlo así, las predicaciones de Jesucristo, diciendo á los fieles que no se dejasen engañar por la filosofía y ciencia vana, pues vendrían días en que los hombres querrian usurpar los derechos de la Divinidad, y se sentarian en su templo como si fuesen un número, y para dar una idea completa de lo que predicaba, afirmó á su discípulo Timoteo que llegará tiempo en que «los hombres no sufrirán la doctrina sana, y segun los deseos de su corazon, amontonarán maestros, cerrando sus oidos para no oír la verdad, y convirtiéndolos á fábulas.» (II Timot. iv, 3 y 4.) Y, en fin, para que veais que la Religion ha de triunfar de los impíos como de los verdugos; para que no temais, amados míos, aunque veais perseguida la verdad por los hijos de la Religion, San Pablo mismo os advierte que «los malos y engañadores se fortificarán y aprovecharán más y más, anegándose entre las aguas del error, é induciendo á cuantos den oído á sus palabras.» *Mali et seductores proficient in pejus errantes, et in errorem mittentes.* (Ibid., c. III, vers. 13.) La verdad sería atacada por sus propios hijos, y saldria siempre victoriosa.

Yo advierto en la historia de la Iglesia tres suertes de ataques; los herejes quisieron corromper el dogma, y éste apareció más brillante y más sólidamente establecido, quedando aquéllos execrados y anatematizados por toda la humanidad: primer ataque y primer triunfo. Los impíos han querido derrocar la autoridad de la Iglesia, y ésta se ha fortalecido más y más: segundo ataque y segundo triunfo. Los filósofos han querido sojuzgar á los ministros del Santuario y humillarlos hasta el polvo, y éstos han salido más acrisolados de entre la ignominia á

que les condena la filosofía de nuestro siglo: tercer ataque y tercer triunfo. Continuemos...

Primero. Apenas cesaron los combates de la Iglesia con los enemigos de fuera, empezó á sufrir los de los enemigos domésticos; las herejías y el cisma continuaron la guerra empezada por la sinagoga y la idolatría. ¿Á qué extremidad no se vió reducida esta esposa del Cordero? ¿Quién ignora los enredos y las marañas del hereje más formidable del Oriente, que quiso echar á tierra toda la verdad de la Religion, enseñando que Jesucristo no era Dios? El Oriente y Occidente se pone en combustion; los fautores de Arrio se sobreponen al espíritu de los príncipes; las sillas de los Obispos se ven abandonadas muchas veces; en todas partes se ve altar contra altar, cátedra contra cátedra, pastor contra pastor, y rebaño contra rebaño; en vano condenan los Padres de Nicea las blasfemias del impío, pues sus secuaces forman conciliábulos en los que arrastran la opinion del partido de la rebelion; en vano escriben los Jerónimos, los Atanasios y los Eusebios de Vercelli con los Hilarios; la herejía tambien presenta sus apologías. ¿Quién sacará á la Iglesia del inmenso piélagos de males en que la ha envuelto la herejía? ¡Quién! Aquel que no permite jamás que la luz sea destruida, ni que las tinieblas usurpen su imperio; Aquel que fundó su Iglesia sobre una piedra angular, á cuyo cimiento se estrellan las olas del océano de las pasiones y á su voz se disipan las nubes del error, y la divinidad del Crucificado es confesada en todo el orbe. Recorred todas las épocas, desde el siglo III hasta fines del IX, y os admirareis al considerar las diversas herejías que los infestaron; los Macedonios, los Nestorios, los Eutiques, los Iconoclastas y los Phocios, con otra muchedumbre de fanáticos, no hicieron más que alterar la paz de la Iglesia, pretendiendo modificar y corromper el dogma; ya es atacada la divinidad del Hijo, ya es negada la consubstancialidad del Es-

píritu Santo; aquí se niega la fuerza de la gracia, allí se quita la fuerza al libre albedrío; hoy se trata contra la virginidad de María Santísima; mañana son postradas las imágenes de los Santos; cada siglo tiene sus errores, cada época sus corruptores; nada detiene á los herejes; derrotados mil veces, mil veces se rehacen, tramando nuevos ataques á la verdad; y ¿qué resulta de todo esto? Que la Iglesia se reúne ocho veces en Concilio general. Constantinopla, Éfeso, Nicea y Calcedonia ven en su seno á los Obispos defensores de la fé; los Emperadores y los Papas se aunan para castigar á los malvados; los pueblos confiesan la fé con entusiasmo; los herejes son aborrecidos; los padres y sabios dan á luz las producciones más estupendas de Religion y de literatura; los sofismas de los herejes desaparecen al lado de la concision y claridad con que los escritores eclesiásticos explican el dogma, y, en fin, éste aparece más firme y más radicado en el corazón de los fieles, libre de las tinieblas con que lo querían envolver, y semejante á la fortaleza que, inaccesible á los ataques del enemigo, se hace más formidable por los reductos y maniobras que las tentativas de los sitiadores han enseñado á colocar en su circuito.

Segundo. No siendo posible á la impiedad derribar el edificio sagrado de la Religion, se convirtió su sañuda rabia contra el que es el sosten de la Iglesia: se había respetado hasta el siglo xvi la Silla de Pedro, y todos confesaron que el romano Pontífice era el juez de las controversias de la fé y el doctor puesto por Jesucristo para decidir en la moral. De repente se oye una voz que lo anatematiza; Lutero y Calvino pretenden despojarle de la autoridad cometida por el mismo Cristo, encendiéndose una guerra universal, cuyas armas reciben un furor infernal en el despique y en el desenfreno de las pasiones. La ruina de Roma es proclamada en los cuatro ángulos de Europa; los príncipes auxilian á los malvados;

una nacion tan célebre por los Santos y sabios que dió á luz en los primeros tiempos como conocida por sus rapaces conquistas y execrable por su apostasía, sanciona leyes, y derrocando el poder de Roma, hace de un hombre adúltero, asesino y público perturbador de la moral, un jefe de iglesia; de nada sirven las ligas de los príncipes católicos; todo cede en presencia de las animosas huestes que ha armado la impiedad; y el protestantismo, semejante al torrente impelido por el huracan de lo alto de los montes, lo arrasa todo, lo destruye, sin que fuerzas humanas puedan detenerlo. ¡Dios fuerte! ¿Qué va á suceder á nuestra Iglesia, amenazada por tantos hijos que se han convertido en enemigos encarnizados? Todo el objeto de las herejías del siglo xvi y siguientes ha sido el echar á pique la autoridad del Pontífice romano. Así, para que los pueblos no estuviesen sujetos á él, se abolió la confesion, se enseñó que la Sagrada Escritura no era regla, sino juez absoluto en las materias de fe, y de aquí resultaba que no sólo los sabios, sino los ignorantes, los niños, los ancianos y hasta las mujeres más idiotas, podían leer, racionar, calcular, interpretar las leyes, examinar los hechos, adoptarlos, negarlos, y formarse, en fin, una regla de conducta segun les dictase su propio dictámen; con esto solo quedaba anulada la potestad de los sucesores de Pedro, la Iglesia venía á ser una Babilonia de opiniones diversas, de pareceres distintos, y en donde sectas diferentes partirian los espíritus, no sólo de cada nacion y provincia, sino aún de cada familia. Este era el fin, y así se ve que en las naciones dominadas por la herejía del siglo xvi se han multiplicado las sectas al infinito, sin que haya quedado más que el nombre de cristiano, y una reunion de hombres sin principios sólidos en Religion, casi destruidos los de la moralidad, y desterrada de la sociedad la caridad, quedando asentados el ateismo, la indiferencia, y, en fin, el sólo

deseo del oro como único medio y único fin de todas las empresas. ¿Cuál fué el resultado de todas estas alevosas empresas? La Iglesia continuó con el mismo rigor, y la vemos, despues de tres siglos en que se fraguó su ruína, animada del mismo espíritu de su Fundador; desde entónces empezaron á subir al trono de Pedro los Pios y los Benitos, cuyas luces asombraron á los sabios tanto como edificaron al mundo sus virtudes, y este triunfo continúa hoy en el esclarecido, grande y magnánimo Gregorio XVI; desde entónces el Japon, la Mesopotamia, la Etiopía y otras naciones remotas, presentaron un campo vasto á los sacerdotes católicos, y vieron la luz del Evangelio los pueblos que yacian en las sombras del error; y la herejía fué detestada por los Reyes y Emperadores y por los pueblos más poderosos de la tierra.

Hay más, amados oyentes; no satisfecha la impiedad con haber acerado sus armas contra la Iglesia, y viéndola indestructible contra las fuerzas feroces que la opuso la herejía, intentó emplear los recursos de la ciencia; para proceder con más tino, creyó conveniente el probar que los libros sagrados eran una ficcion y los hechos atestados en ellos una paradoja; conseguido esto, la Religion verdadera no presentaria sino un conjunto de combinaciones humanas, un parto feliz de unos entendimientos superiores; en una palabra: instruidos los hombres de esta teoría, la Religion y la Iglesia se desplomaban como el edificio elevado sin cimientos. ¿Cuánto no se hizo en el siglo pasado para llevar á cabo esta empresa infernal? Los hombres presuntuosos de la moderna filosofía abrazaron toda la extension del saber, dedicándose á trabajos sin límites. Asentóse por base que el hombre habia sido criado en un estado de pura animalidad, y que muy luégo echó de ver que los fenómenos de la naturaleza le eran, ya perjudiciales, ya saludables: no teniendo otra guía que sus sentidos, y arrastrado, segun ellos, por un instin-

to superior al de los animales, se imaginó tantos genios invisibles cuantos eran los cuerpos que veia moverse; la experiencia de su poder, el temor de su cólera, el deseo de hacerlos favorables á sus designios, le movieron á honrarlos; por consiguiente, segun los impíos del siglo pasado, el politeismo fué la Religion primitiva; pero el hombre se afina poco á poco, reflexiona, sutiliza y llega á descubrir que hay en el mundo una alma grande, que da vida y movimiento á todos los demás séres: de modo que la idea de la existencia de Dios es el fruto de una reflexion tardía, y este sistema adoptaron los judíos y cristianos, conforme enseña un filósofo (Hume: *Histoire de la Religion*). En una palabra: «la idolatría, dicen los enciclopedistas (*Artic. JAPONÉS*), es el primer paso del espíritu humano en la historia de la Religion; de aquí se adelanta al maniqueismo, del maniqueismo á la unidad de Dios, y de la unidad vuelve á la idolatría.»

¡Oh humana temeridad! Humíllate, pues jamás diste un paso tan atrevido contra Dios; para salir con tu empresa de destruir la Iglesia, era indispensable probar este aserto impío, y decir que cuanto habia escrito Moisés era falso; que los profetas no habian hablado sino por un exceso de imaginacion, y, en fin, que la Iglesia, que con unanimidad habia enseñado en su último Concilio general que los libros contenidos en la Biblia eran revelados por el Espíritu Santo, estaba en error, y con esto queda aniquilado Jesucristo, destruidos sus milagros, desvirtuada su fuerza y destruida la obra que Él fundó. Más de ochenta años se pasan en consultar á la vez las leyes de la naturaleza, las antigüedades de las naciones, el curso de los globos del firmamento, las mutaciones en la superficie terrestre; se penetra en sus entrañas, se dan á luz sus fósiles, se examinan las cavernas de los montes más inaccesibles; cielo y tierra, océano y rios, todo es analizado; el hombre con su razon, la filosofía con sus suti-

lezas, la historia con sus fechas, las naciones con sus monumentos, van á dar testimonio contra la Religion. Cada dia nuevos descubrimientos, cada año nuevas convicciones contra la verdad revelada; el Egipto envia sus constelaciones grabadas en piedra; el Oriente sus tablas cronológicas; la China sus innumerables centurias, para probar que la historia de Moisés era una fábula. Se admiraba el mundo de haber sido engañado tanto tiempo; se avergonzaban los hombres de que su razon hubiese tenido una infancia tan prolongada. ¡Qué alabanzas se prodigaron á los héroes de la razon! ¡Cuánto incienso les dió el mundo sensual! Pero ¿qué sucedió al fin? Que habiendo continuado los descubrimientos y profundizado los estudios, se reconoció que estos sábios habian sido engañados con las ilusiones más groseras; sus invenciones y sus sistemas se desvanecieron como sueños ó fantasmas; sus dificultades, examinadas con más madurez, se volvieron en pruebas de la Religion que atacaban; los monumentos traídos de tan léjos y á tanto costo, en vez de probar contra la verdad, atestaron en su favor; y, en fin, calculando con más exactitud y racionando con más lógica y acierto, se vino á declarar que cuanto dicen los libros santos sobre la creacion del hombre y las demás verdades de la Religion, era verídico y de una autoridad irrefragable, y, por consiguiente, que la Iglesia que los habia canonizado como revelados, era la única, la verdadera, la sola que duraria tanto como su Fundador, mientras las herejías y sus autores pasarian como el estampido de un cañon, cuya memoria cesaba con el sonido: *Per transit memoria eorum cum sonitus*. ¡Qué triunfo tan grande! ¿Dónde están ¡oh sabios! vuestras especulaciones y vuestros descubrimientos? ¿Dónde vuestras cosmogonías y sistemas? *Ubi sapiens, ubi scriba, ubi conquistator hujus sæculi?* ¿Dónde? Ya no existen sino en las cabezas de algunos hombres sin fé, sin moralidad y sin re-

ligion, y enemigos de todo gobierno, de todo orden y de toda sociedad.

Tercero. Nos resta examinar el tercer ataque de la impiedad y tercer triunfo de la Religion. Hacía catorce siglos que la sangre de los mártires habia cesado de derramarse por la fé; el siglo XVIII hizo un nuevo ensayo en los ministros del altar; ellos eran los que resistieron impertérritos á la impiedad; ellos los que acometieron con denuedo á la filosofía; ellos descubrieron sus planes, y así contra ellos se volvió todo el furor; del mismo modo que para destronar á los Reyes enseñó el jacobinismo que éstos debian manejar la esteva y el arado, así tambien dijeron á los pueblos que el sacerdocio no debia respirar sino pobreza; nada de esplendor en los ministros de un Dios que quiere ser adorado en espíritu; fueron despojados de todos sus bienes, fueron reducidos á la extrema pobreza, fueron asalariados como el último empleado civil; las calles y plazas presentaban los más horribles pasquines contra el sacerdocio; se les trataba de haberse alzado con las riquezas de los pueblos; no se perdonó á la obscenidad para desacreditarlos; las iglesias sufrieron la misma suerte que sus ministros; fueron despojadas con violencia de los bienes que la piedad de muchos testadores les habia dejado, y de las cuales nadie podia disponer sin contravenir á los derechos de la razon, á las leyes divinas y á las disposiciones humanas; para colmar la medida de la ignominia, fueron conducidos á los tribunales civiles, se les exigieron juramentos inícuos, y en un momento desaparecian los sacerdotes, quedaba la fé sin defensores, se volvía al tiempo de la barbárie, y la humanidad retrocedía á los errores de la idolatría; entonces fué, amados míos, cuando la razon creyó triunfar; entonces se cumplió el vaticinio de San Pablo, que el hombre se sentaria en el sagrado tabernáculo, pues no faltó una prostituta, emblema arbitrario de la razon, á quien

se la incensó en el templo santo. ¡Ah! ¿No es verdad esto, amados míos? ¿No es verdad que estos excesos se cometieron, y aún se han repetido despues en muchos pueblos? Sí; pero ¿qué resultó de esta conducta atroz de los hombres contra el sacerdocio? Yo no os hablaré de los ciento treinta Obispos y cuarenta mil sacerdotes, quienes, empobrecidos, atribulados y humillados, prefirieron subir al cadalso, habitar las cárceles y galeras, comer el pan de lágrimas en el destierro, ántes que ser perjuros á su Dios, á su Religion y á su conciencia: no os hablaré de aquella constancia con que presentaron su cerviz á la cruel guillotina; pero os enseñaré dos cosas muy notables: primera, que creciendo la tempestad contra los ministros del Señor, desterrados todos los Prelados, encadenado el sucesor de Pedro, y, en fin, llegado el momento en que la filosofía cantaba su triunfo, cayó de repente todo el edificio de la impiedad, y las naciones heréticas, movidas ó por miras políticas ó acaso por Aquél que tiene en su mano los corazones vinieron á favorecer á los ministros de la Religion; ¡cosa extraña! un déspota famoso es el instrumento de que Dios se vale para restablecer la Religion en un reino ilustrado, y una nacion enemiga del Papa por sus doctrinas monárquicas y sociales es el instrumento que Dios emplea para restituir á su Silla al Pontífice destronado por el tirano de la Europa. Vuelven los pueblos á ver á sus Pastores, encuentran éstos sus iglesias robadas y despojadas, y tan grandes son en su pobreza como lo eran en su abundancia; y tanto es el lustre de las solemnidades sagradas en estos dias en que los templos están sin recursos, como en aquellos de prosperidad, supliendo de un modo prodigioso la caridad de los vivos las riquezas usurpadas á la voluntad inmutable de los difuntos. Segunda: que precisados los sacerdotes á huir á regiones extrañas, plantaron la fé en muchos pueblos, y en prueba de ello, id á los Estados Uni-

dos, y vereis erigidas muchas Sillas episcopales que no existian hace cuarenta años; el deseo de propagar la fé inflamó los corazones, y en todas partes se formaron Congregaciones para auxiliar á los sacerdotes; y este espíritu dura aún, pues aún no hace dos años que la Cochinchina nos presentó el espectáculo de más de cincuenta mártires, tomados de entre los sacerdotes de Francia, y los que mi pátria revolucionaria ha arrojado de su seno. Calle, pues, la procaz impiedad de nuestros dias, y confiese su derrota; y vosotros, amados míos, adorad al Dios fuerte, que saca sus glorias de entre las ignominias.

Vengan, pues, todos los enemigos de la Religion, y atáquenla de nuevo; llegad todos, idólatras, judíos, herejes, impíos, ateos, filósofos, deistas, malos católicos, hijos malvados y apóstatas; desechad todas las enemistades de secta; uníos bajo un mismo estandarte; sea vuestra divisa destruir la Religion del Crucificado; ¿qué hareis? ¿Atacareis el dogma? Mil veces triunfó. ¿Dirigireis vuestros esfuerzos contra la Iglesia? No os teme, pues está fundada sobre una piedra angular en que se estrellan todos los enemigos. ¿Reunireis vuestros escuadrones contra sus ministros? ¿Ensangrentareis vuestros cuchillos en sus corazones? ¿Los humillareis hasta el polvo? ¿Los avasallareis como á viles esclavos? Diez y ocho siglos há que la humanidad altanera está haciendo ensayos sin poder conseguirlo; siempre los hallareis dispuestos á morir por la Religion, por su dogma, por su disciplina, por sus leyes y por su inmunidad; siempre estarán prontos á resistir á la injusticia, á la impiedad y á la irreligion; y si les es indispensable morir, morirán, sí, pero será con el consuelo de saber que no alcanzareis vuestro triunfo, y allá, en la tumba, se alegrarán con esta idea sus huesos humillados. Cantad, pues, ¡oh almas santas! Entonad un himno sagrado al Dios que hoy se ve condenado en el concilio farisáico, pues de su condenacion salió nuestra gloria y el

ensalzamiento del Hijo de Dios; y vosotras, esposas de Jesucristo, alegraos de haber dejado un mundo enemigo de Dios; alegraos de haber dado la mano á un Esposo que confundirá los esfuerzos de la impiedad; no temais, no; por más que conspire la filosofía contra los institutos sagrados; por más trabas que quiera poner á las almas que se sacrifican por Jesus, nada conseguirán; ninguna de las que son llamadas á ser esposas del Cordero dejará de serlo; ninguna de las almas escritas en el libro de la vida perecerá; la Religion triunfará de todos sus enemigos, y mientras Jesucristo se halle á la diestra de su Padre, aquellos serán la peana de sus piés; atribulada en la tierra, perseguida y humillada, subsistirá hasta que, coronada de laureles y cargada de trofeos, sea trasladada á la gloria, para entonar por toda la eternidad, y decir con los justos: «Cantemos al Señor, pues ha sido magnificado con gloria, arrojando en el abismo al enemigo, que se fiaba en su poder.» *Cantemus Domino gloriose enim magnificatus est, equum et ascensorem projecit in mare. (Exod., xv.)* Esto os deseo. Amen.

SERMON

SOBRE

LA LOCURA DEL INCRÉDULO.

A veritate quidem auditum avertent; ad fabulas autem convertentur.

Apartarán su oído de la verdad, y se convertirán á fábulas.

(Timoth., cap. iv. vers. 4.)

¡Qué brillante es el siglo xix del Cristianismo! En él reunidos sacerdotes sábios y celosos, han reproducido, por medio de la prensa, las grandes apologías de la Religion, las inmensas obras de los Padres de la Iglesia, el Antiguo y Nuevo Testamento, con otras sábias producciones del ingenio colosal de autores sapientísimos, cuyos escritos iban casi anticuándose y cayendo en el olvido. En él han salido á luz oradores ilustres que han pulverizado la mentira y aniquilado el error; en él se han estampado miles de libros piadosos y de historias religiosas, para que anden en manos del pueblo y éste quede ilustrado en los sólidos principios de la fé; en él se ha cimentado la gran congregacion de la propaganda, con cuyos fondos, recogidos de la piedad de los fieles; salen á todo el mundo, al Africa, al Asia, á la China y á la América, tan pronto misioneros evangélicos, tan pronto las Hijas de San Vicente de Paul, los que alegres surcan los mares por propagar la fé y el amor divino, aún entre los salvajes de la Oceanía; en él se han creado numerosas asociaciones para reunir la juventud alrededor de los al-

ensalzamiento del Hijo de Dios; y vosotras, esposas de Jesucristo, alegraos de haber dejado un mundo enemigo de Dios; alegraos de haber dado la mano á un Esposo que confundirá los esfuerzos de la impiedad; no temais, no; por más que conspire la filosofía contra los institutos sagrados; por más trabas que quiera poner á las almas que se sacrifican por Jesus, nada conseguirán; ninguna de las que son llamadas á ser esposas del Cordero dejará de serlo; ninguna de las almas escritas en el libro de la vida perecerá; la Religion triunfará de todos sus enemigos, y mientras Jesucristo se halle á la diestra de su Padre, aquellos serán la peana de sus piés; atribulada en la tierra, perseguida y humillada, subsistirá hasta que, coronada de laureles y cargada de trofeos, sea trasladada á la gloria, para entonar por toda la eternidad, y decir con los justos: «Cantemos al Señor, pues ha sido magnificado con gloria, arrojando en el abismo al enemigo, que se fiaba en su poder.» *Cantemus Domino gloriose enim magnificatus est, equum et ascensorem projecit in mare. (Exod., xv.)* Esto os deseo. Amen.

SERMON

SOBRE

LA LOCURA DEL INCRÉDULO.

A veritate quidem auditum advertent; ad fabulas autem convertentur.

Apartarán su oído de la verdad, y se convertirán á fábulas.

(Timoth., cap. iv. vers. 4.)

¡Qué brillante es el siglo xix del Cristianismo! En él reunidos sacerdotes sábios y celosos, han reproducido, por medio de la prensa, las grandes apologías de la Religion, las inmensas obras de los Padres de la Iglesia, el Antiguo y Nuevo Testamento, con otras sábias producciones del ingenio colosal de autores sapientísimos, cuyos escritos iban casi anticuándose y cayendo en el olvido. En él han salido á luz oradores ilustres que han pulverizado la mentira y aniquilado el error; en él se han estampado miles de libros piadosos y de historias religiosas, para que anden en manos del pueblo y éste quede ilustrado en los sólidos principios de la fé; en él se ha cimentado la gran congregacion de la propaganda, con cuyos fondos, recogidos de la piedad de los fieles; salen á todo el mundo, al Africa, al Asia, á la China y á la América, tan pronto misioneros evangélicos, tan pronto las Hijas de San Vicente de Paul, los que alegres surcan los mares por propagar la fé y el amor divino, aún entre los salvajes de la Oceanía; en él se han creado numerosas asociaciones para reunir la juventud alrededor de los al-

tares y alimentarla con la doctrina del Evangelio y con el Pan de los ángeles; en él se solemnizan las fiestas de los Santos y los misterios sagrados con tanta pompa como hubiera podido hacerse en tiempo de los Dámasos en Roma y de los Teodosios en Constantinopla. Al oír esto, todos habeis dicho ya en vuestro corazón: ¡Siglo de oro! ¡Siglo feliz! ¡Siglo dichoso! ¡Ah! no lo digais, amados míos. Cuanto me habeis oído es verdad, y es una prueba evidente de que Dios protege á su Iglesia perseguida, y suscita hombres en todas épocas que con sus talentos, su heroísmo y su fervor pongan un dique á la mentira y á la herejía; pero entre tanto, preciso es confesar que nunca existió siglo más nefando.

¡Qué dolor! El celo y la caridad inspiró al sacerdocio el gran proyecto de reimprimir con suntuosidad esos grandes monumentos de la literatura cristiana, para ver si consiguie apartar de las manos de los hombres otros grandes y numerosos volúmenes que la filosofía incrédula diera á luz, adornando sus doctrinas venenosas con finos caracteres y viñetas exquisitas; el cielo y la caridad los movió á escribir historias religiosas, para arrancar á la hermosa juventud otras muchas historias, novelas y romances que la obscena filosofía inventara para abolir, si posible fuera, la moral del Evangelio; el celo inspiró al sacerdocio las misiones extranjeras y las multiplicadas ediciones de la Biblia, con el fin de poner un dique á esos predicantes que envía el protestantismo con la única misión de propagar en la tierra las biblias falsificadas en que está adulterada la Religión; y, por fin, la gran pompa que hoy se advierte en las solemnidades, además de tener el objeto primario de adoración á Dios, tiene otro, y es el de atraer por ese medio los fieles al templo, de donde los aleja la incredulidad; repetid, pues, conmigo que este siglo es el más desgraciado de todos los que nos han precedido.

Es un siglo incrédulo, que profesa todo error y rechaza toda verdad; en los que nos han precedido, todos han contado sus respectivos herejes y sus épocas de sangre; cuando leemos lo que pasaba en el siglo VI, VII y VIII; cuando consideramos los errores del siglo XVI, ciertamente nos sobrecogemos; no había más que incendios, asesinatos, raptos, violencias, carnicería y sangre; pueblos y naciones enteras se atacaban y devoraban, es verdad; pero era un pueblo cristiano el que se defendía de los ataques del islamismo; era un pueblo católico que, llamado por su Rey al campo del honor, combatía contra el ominoso sectario, que convidara con la depredación á innumerables fanáticos, y bajo las banderas de rebelión alistaba á miles de apóstatas; y tal era el valor de los ortodoxos combatientes, tal el fervor de los pueblos, tal la fé de aquellas edades, que mientras unos peleaban, otros se vestían de cilicios y hacían oración pidiendo al cielo la victoria; tan adictos eran los fieles á las prácticas religiosas, que se vieron á las veces ejércitos de medio millón de hombres que no entraban en batalla sin haber recibido primero la comunión ó la bendición sacerdotal; testigos son los campos del Oriente; testigos Clavijo y el Salado; testigo las aguas de Lepanto; testigos las llanuras de Castilla y los campos de Leon. Hoy día no hay aquellas guerras; mas en cambio de la paz, la incredulidad ha asentado sus reales en todos los pueblos cristianos, y con la mayor indiferencia miran unos las prácticas religiosas, y con desfachatez niegan otros los dogmas de la Religión; sí, nuestro siglo tiene todos los errores que sucesivamente profesaron los anteriores, y tiene además la incredulidad filosófica que el pasado engendrara con sus sistemas irreligiosos: nuestro siglo es el más infausto, porque ha cerrado del todo sus oídos á la verdad, y se ha vuelto á la mentira: *A veritate quidem*, etc.

Para preservaros del contagio, voy á demostraros

esta verdad en tres discursos, manifestando la verdadera esencia de su doctrina de esta época de la gran apostasía de la fé; y sin temor de ser desmentido, diré cuánta es la demencia, cuál el crimen, y cuánta la desgracia del siglo incrédulo. ¿Cuál es su locura? Lo vereis despues de haber implorado los auxilios divinos.

AVE MARÍA.

La incredulidad es lo que vanamente se llama filosofía; sus iniciados son espíritus agigantados, que han sacado al mundo de los pañales de la infancia, y encendido la antorcha de la razon, casi extinguida entre las nieblas de la barbarie; miran éstos con desdeñosa compasion á los demás, y llaman espíritus vulgares á cuantos creen y obran como sus padres creyeran; pero yo voy á probar á estos espíritus fuertes que son los más débiles y ciegos del mundo, y que no hay en la tierra un insensato mayor que el incrédulo, ni un hombre más digno, por sus extravagancias, de la risa general.

Es el incrédulo un hombre que desprecia la religion, porque duda que sea verdadera, ó porque está persuadido de que es falsa; no lo dudeis; para rechazar la revelacion es necesario servirse de las armas del racionio, ó bien abusando de él para dudar, ó bien reprimiendo las naturales tendencias del entendimiento hácia la verdad, para hacerlo propender á la mentira, negando con obstinacion la existencia de aquélla; estas son las armas del incrédulo, y voy á haceros ver que, sea un hombre incrédulo porque duda, ó sea porque no duda, es un insigne demente.

Supongamos, pues, por un momento que pueda dudar el hombre de la veracidad de la religion, y que, consiguiente á esta duda, tome el partido de no creer. ¿Qué locura no es esta? Duda el impío de la existencia de Dios;

duda de la Divinidad de Jesucristo; duda de su Evangelio; duda de la inmortalidad del alma; duda de las penas y recompensas de la eternidad; y, en caso de duda, ¿no prescribe la razon que hemos de seguir el partido más seguro? Si al transitar de un punto á otro tememos las asechanzas de los ladrones; si al ir á la batalla se sospecha una emboscada enemiga; si al realizar una empresa dudamos de perder nuestra libertad, nuestra vida y honor, ¿no manda la razon que el caminante mude de direccion, que el general explore el campo, y que el empresario no se aventure á una pérdida total por una ganancia parcial y de poca monta? Y si estos hombres se arrojasen al peligro despues de un aviso, ¿no serian reputados como locos y temerarios por cuantos sobreviviesen á su total ruina? ¿Qué delirio, pues, es el del incrédulo? En sus dudas, temerariamente se arroja en el partido más perjudicial; duda de que la Religion sea verdadera, y desprecia sus máximas, sus preceptos, sus amenazas y castigos. ¿Y si lo es? Si es verdad que hay un Dios que castiga al malo para siempre; si Jesucristo es el Juez severo de nuestras acciones; si eternos tormentos esperan á este cuerpo y á esta alma, ¿qué suerte es la que espera al incrédulo? ¡Ah! ¡Duda de los castigos, y se condena á las llamas, al crujir de dientes, á los llantos, al furor, á los tormentos por toda la eternidad! ¡Duda de las recompensas, y se priva para siempre de placeres inefables, de goces infinitos, de gloria y dicha inmortales! ¿Puede darse un extravío mental más pronunciado que el de prevalerse de una simple duda para desafiar al Dios de vivos y muertos, para despreciar sus mandamientos y para arrostrar contra los peligros de una condenacion eterna? Porque, ¿á quién apellidamos loco en este mundo? Loco sería aquél que se atreviese á contradecir á toda una nacion capitaneada por su rey; loco sería el que se arrojase temerariamente en medio de mi-

les de brazos armados de espadas asestadas contra él sólo; loco el que se precipitase en llamas voraces ó en abismos y precipicios, pudiendo vivir pacíficamente entre sus hermanos, ó huir del furor de sus enemigos: por locos son reputados estos hombres, porque pierden de una vez su fortuna, su honor y su vida, pudiendo conservarlas.

¿Lo habeis pensado, amados míos? ¿Lo has reflexionado con detencion, hombre incrédulo que insultas á la Divinidad porque dudas de su existencia? ¡Que no temes ir al infierno porque dudas si lo hay! ¡Ah! No se trata ya de perder una fortuna que los elementos destruyen en un instante, ni de una reputacion que el mundo da á las veces segun sus caprichos, ni de una vida que pasa en la tierra con la celeridad del rayo; se trata de todo tu compuesto, de tu cuerpo, de tu alma, de todos tus bienes, de todas tus esperanzas y de toda una eternidad; y ¿será posible que en asunto tan serio y de tanta importancia, permanezcas en la duda, que emplees la sátira, la risa y el sarcasmo, al hablar de un asunto de una trascendencia sin fin? ¿No deberia el sólo pensamiento sobrecogerte? ¿No deberia poner un coto á tus acelerados pasos con que caminas al abismo? ¿Quizás habeis hecho algun descubrimiento nuevo? ¿Estás cierto de que todo concluye con la muerte del cuerpo? ó si la noble mitad de tu sér vive para siempre, ¿sabes acaso en qué parará? ¿Tendrá que presentarse á juicio? ¿Deberá temer un castigo eterno? Yo ignoro todo eso, responden los incrédulos de nuestra edad malhadada, y no tengo por qué informarme de si es verdad ó no; porque el inquietarse por cosas de esa especie, es lo que llamamos debilidad y supersticion; mirarlas con indiferencia y dudar, es lo que llamamos fuerza de espíritu y filosofía. ¡Ah! ¡qué insensatez!

¿Quién no se irrita al ver la loca arrogancia de estos

hombres que se apellidan sábios, porque se arrojan en medio de los abismos, cubriendo sus ojos con una venda? ¿Quién dejará de dar el nombre de estúpidos á esos que, adulterando el nombre de filosofía, lo aplican á la soberbia ignorancia en que viven de sí mismos, de su naturaleza, de su origen, de la suerte que les aguarda y de los medios que se han de adoptar para preservarse de una desgracia sin límites? Quieren esos mismos hombres que las investigaciones de la ciencia suban hasta el firmamento, que se cuenten las estrellas, que se describan sus movimientos, que sepamos el género, la especie y cualidades de los viles insectos, que estudiemos la historia de los pueblos que pasan como el humo, ¿y no quieren estudiar si hay un Dios terrible, si este Dios nos crió para amarlo en la tierra y premiarnos en el cielo? Si las dudas de estos hombres fuesen involuntarias; si estas cuestiones formidables fuesen discutidas por ellos con sinceridad; si ansiosos de obrar bien se esforzasen por descubrir la verdad, y ésta se les ocultase, nos admiraria su ceguedad, y nos compadeceríamos. Si al ménos en sus dudas abrazasen la via más segura; si respetasen las leyes cuya infraccion puede acarrearles consecuencias tan espantosas, quizá alabaríamos su prudencia; pero complacerse en estas dudas; envanecerse con ellas y prevalerse para abrazar lo más peligroso; vivir como si estuviese probado con evidencia que no hay Dios, ni infierno, ni gloria, ni eternidad; adormecerse voluntariamente en un sueño, del cual pueden despertar en los abismos, es una extravagancia, es un furor, que sería reputado de enajenacion mental, si se tratase de otra materia.

Siendo verdad todo esto, tengo ya probado que la incredulidad es una locura; porque si hemos de hablar con seriedad y de buena fé, ningun incrédulo ha podido pasar de dudar, y por más que haya pretendido amontonar

nubes de polvo á su derredor, ha podido oscurecer la luz que brilla más que el sol en el cielo, luz que Dios imprimió en nuestros corazones: *Signatum est super nos lumen cultus tui Domine*. Si no han creído es porque no han examinado la verdad, pues vemos que esos hombres se dedicaron exclusivamente á leer el Alcoran y los sueños del paganismo, y apenas tenían una tintura de la historia sagrada y de los misterios y grandezas de la Religion. Esto no obstante, se blasfema contra la Religion, porque el tono y la moda del siglo es blasfemar; esto no obstante, hay hombres que con tono decisivo afirman que ellos son incrédulos, no porque dudan, sino porque despues de haber leído, meditado, estudiado y profundizado, han descubierto que los dogmas son una ilusion, y que su incredulidad está basada en sólidos raciocinios y en luces ciertas. Teneis aquí una incredulidad sábia; teneis un incrédulo que lo es porque no duda; mas pronto vereis que su locura es tan grande como su arrogancia.

Toda doctrina debe tener fundamentos ó autoridades que subyuguen la razon, ó ha de estribar en pruebas que la convenzan y satisfagan; para decidir entre la Religion y la incredulidad, es necesario pesar las autoridades que favorecen á la una y á la otra, y ver á qué lado se inclina la balanza; mas yo os digo desde ahora que la autoridad en que está apoyada la Religion es grave, imponente é irrefragable, mientras que las autoridades que se le objetan son frívolas, despreciables y nulas.

La autoridad en que está basada la Religion es imponente é irrefragable; examinemos sus libros; salgan á luz las escrituras de ambos Testamentos, escrituras conocidas en todo el mundo con el nombre de divinas, y donde no se encuentra cosa alguna que no convenga con el título que llevan. ¡Cuánta no es la autoridad del Pentateuco, de este libro más antiguo con muchos siglos de diferencia que todos los demás libros, y el cual, léjos de

ser un ensayo informe, aventaja á todas las otras producciones humanas en perfeccion y bellezas, tanto cuanto dista la tierra del cielo! ¡Que poesías tan sublimes las de Job y de David! ¡Qué elocuencia, qué sabiduría tan profunda, qué tesoros de ciencias y conocimientos no se hallan en Isaías, Jeremías, Ezequiel y los otros profetas! ¿Hay algo que no se encuentre en este libro divino? Allí se lee el origen del mundo y de los hombres, los fundamentos de todas las historias, la verdad de todas las fábulas, que componen las antigüedades de los pueblos; allí se ve el manantial de todas las ciencias naturales y sobrenaturales, divinas y humanas; y este libro, que trata de guerra y de paz, de religion y política, de poesía y de dramas, de artes y agricultura, de elocuencia y de filosofía, y de cuanto puede ocupar el espíritu humano, se ve expuesto hace tres mil años á la discusion de los hombres, sin que nadie haya podido hallar en él ni una tilde que no sea conforme á la razon y á la verdad. ¡Cuántas veces los cálculos, los descubrimientos, las investigaciones de la vana filosofía se han estrellado contra la solidez de este libro divino! Y para no alejarnos de la época nefasta en que vivimos, baste decir que toda la filosofía del siglo pasado con todas sus baterías se deshizo ante los oráculos de Moisés, despues de haber hecho mil imposibles para acreditarlos de mentirosos.

¿Os hablaré del Testamento Nuevo, y del divino Evangelio, del cual los más famosos incrédulos confiesan que se halla revestido de una majestad que admira, y que respira una santidad, que á pesar suyo habla á su corazón? ¿Os repetiré con uno de los más sábios filósofos de la última secta, que un libro semejante no puede ser obra de los hombres, y que tiene caracteres de verdad tan pronunciados, tan grandes é inimitables, que si hubiesen salido sus páginas de manos humanas, sería más admirable el inventor que el héroe que describen? Sí;

la autoridad de los libros santos es imponente é irrefragable.

Recorramos ahora sus hombres. ¿Qué secta ó nacion presentará un legislador como Moisés, unos héroes tan aguerridos como Josué y Gedeon, unos sacerdotes tan sábios como Aaron, Fines y Onías, unos magistrados tan íntegros como Samuel, unos Reyes tan santos como David y Ezequías, unos atletas tan fuertes y religiosos como los Macabeos, unos defensores tan intrépidos de la Divinidad como los Elías y Eliseos, los Isaías, los Jeremías y Danieles? Sería necesario nombrar á todos los Patriarcas, á todos los Profetas, á todos los justos, desde el primer hombre hasta el sacerdote Simeon y la profetisa Ana. Pero ¿qué hombre hay, hubo ni habrá mayor que Jesus? ¿Quién podrá compararse con este Sér divino, en quien los más sábios de los incrédulos reconocen una santidad sobrehumana, una doctrina celestial, unas costumbres purísimas y una muerte tan admirable en todas sus circunstancias, que arrodillados ante él se han visto precisados á exclamar, «que si Sócrates murió como sábio, Jesus murió como Dios?»

Después de haber hablado del Fundador divino del Catolicismo, inútil es recordar la autoridad de sus Apóstoles, su profunda sabiduría, sus conocimientos sublimes, su vasta erudicion, que no aprendieran ni en la escuela de Jerusalem, ni en el Foro de Roma, ni en las aulas de Alejandría, ni en el Areópago de Atenas; era su ciencia inspirada por el cielo, y con ella y los milagros convirtieran al mundo y lo convencieran en sus errores. Mas ¿qué autoridad tan respetable no presenta esa gran muchedumbre de Doctores y maestros que, empezando en los Apóstoles, continuó en los Ireneos é Hilarios, en los Atanasios y Cirilos, en los Crisóstomos, Agustinos y Jerónimos, en los Gregorios y Leones, en los Leandros é Isidoros, en los Bernardos y Damianes, hombres todos

llenos de ciencia y virtud, que como por herencia la transmitieron á otros, atravesando intactos sus conocimientos y luces al través de los siglos de barbarie, en que las armas y las conquistas ocupaban únicamente la atención de los hombres? Y ¿cómo defendieron estos hombres la Religion? Separados unos de otros por los tiempos y lugares, todos han sostenido la misma verdad contra miles de adversarios; todos unieron á las admirables producciones de sus ingenios, una dialéctica irrefragable, una inocencia de costumbres que admira, una pureza de estilo en que exceden á los más elocuentes oradores de la antigüedad, como puede verse en esas obras que aún andan entre nosotros, y en las cuales los nombres de los Pios y de los Benedictos, con todos los de los demás sucesores de Pedro, están inmortalizados.

A esta respetable autoridad pudiera añadir la de los muchos millones de mártires que por defender la Religion dieron su vida en el Oriente y el Occidente, en Roma y en Cartago, en el África y el Asia; pudiera traer á vuestra memoria aquellos tres siglos de sangre derramada y de victorias conseguidas; pudiera recorrer aquella época feliz en que el paganismo, vencido por la paciencia de los cristianos, confesó la nulidad de sus dogmas y ritos idolátricos, y, enarbolando el sagrado estandarte de la Cruz, hizo que militasen bajo de él las legiones y los pueblos; pudiera añadir el testimonio del tiempo y de la duración; porque este mismo tiempo, que sólo sirve para destruir las obras humanas; este tiempo de volubilidad y vicisitudes; este tiempo que al fin endereza las locuras de los hombres y los convence de los yerros que cometieron las generaciones pasadas, es el mayor testigo de la verdad de la Religion; sí, seis mil años há que existen las mismas creencias, inspiradas por Dios á Adán, á Abraham, á Moisés, á David, creencias realizadas en Jesucristo, engrandecidas y divinizadas en Él y por Él, y

éstas creencias duran aún, sin que despues de tantos ataques, despues de tantas revoluciones, despues de tantos trastornos como ha habido en los reinos y naciones, se haya mudado un ápice de lo que creyeron los Patriarcas, de lo que anunciaron los Profetas, de lo que enseñó Jesus, de lo que predicaron los Apóstoles, de lo que atestiguaron los mártires, y de lo que la Iglesia enseña. Recorred el mundo; id de uno á otro polo, y en la China como en la India, en la América y el Asia, encontrareis católicos, cuyas costumbres se diferencian por las influencias del clima, de los hábitos y educacion nacionales, mas todos están unánimes en confesar la misma fé que enseñó el Apostolado, y que la Iglesia como depositaria de la verdad sostiene, sin otras armas ni esfuerzos que la influencia directa de Aquél que la prometió su asistencia hasta la consumacion de los siglos.

¿Pueden darse autoridades más venerandas? Y si acaso no mueven al incrédulo porque todos éstos son héroes de la Iglesia, abra la historia profana, y en ella encontrará hombres de todas clases, estados y condiciones que sumisos creyeron y profesaron estas mismas creencias; mas ya que estoy hablando á un pueblo grande, justo es que le hable con sus mismos anales en la mano. ¡Oh incrédulo! Tú dices que eres espíritu fuerte, hombre grande é intrépido, porque desafias al cielo. ¡Miserable! Nunca serás ni tan fuerte ni tan grande é intrépido como los hombres que voy á nombrarte; nunca serás tan noble y heróico como los Alfonsos y Fernandos, quienes supieron exponer su vida por el honor de su pueblo, y miles de lauros ganáran en los campos de Sevilla, en las Navas de Tolosa, en los muros de Granada y en las márgenes del Guadalete; nunca serás tan heróico como los Sanchos, los Gonzalez, los Cides, los Guzmanes y los Cortés; nunca serás tan sabio como los Granadas y los Luises, los Vives y Lulios, los Puentes, los Calderones y Quevedos;

porque ¡ah! miéntras haya un palmo de terreno en la Iberia, miéntras exista en él un español, la bandera de la Cruz flotará en su brazo, y admirado de las grandezas de su pátria, hoy arruinada por la incredulidad, no podrá ménos de exclamar: ¡Gloria y prez eterna al gran Pelayo, que primero que todos se revistiera de valor para sostener la Religion é independencia de su pátria! ¡Gloria y prez al piadoso y grande Cárlos I, que desde su trono dictára leyes á la Europa y al mundo! ¡Gloria y prez al invencible Felipe, que al protestantismo atacára en sus mismas trincheras! ¡Gloria y prez á tantos Reyes, cuyos nombres están para siempre esculpidos en tantas catedrales y templos como erigieron á la Religion, en tantas Universidades que fundaron para las ciencias, y en tantos monumentos benéficos que construyeron para la doliente humanidad! ¡Gloria y honor al pueblo atleta, que por siete siglos se sacrificára en defensa de su Religion y de su suelo!

Estas son las grandes autoridades en que reposa la fé del cristianismo. ¿Quién las atacará sin ser un demente? ¿Quién resistirá á su inmensa fuerza moral sin ser contado entre los enajenados? ¿Qué pruebas podrá aducir el incrédulo para sostener su error? ¿En qué autoridades se apoyará? En autoridades frívolas, despreciables y nulas.

Vergüenza debiera causar al incrédulo el nombrar los jefes de su secta; porque ¿qué eran estos hombres? Bellos espíritus, hombres agradables; sí, eran espíritus frívolos, jocosos y temerarios, que por medio de la sátira y el sarcasmo desnaturalizaban todas las cosas y convertian en ridículo las más respetables creencias de la humanidad; eran hombres romanceros, enciclopédicos, autores de dramas obscenos, hombres floreados que tenían una tintura de todo y no sabian nada; hombres despreciables por su vida y sus escritos; y, en efecto, ¿qué cosa hay más vituperable que la impostura, la obscenidad y la hipocresía?

Repasad los escritos de esos hombres, y apenas encontréis un hecho que no esté desnaturalizado, ni una fecha que no esté cambiada, ni un texto que se parezca á su original; ninguna secta clamó más por el imperio de la verdad, y ninguna profesó más la mentira; sí, la mentira y la calumnia era el arte de aquellos falsos sabios, con el cual pretendían abolir las verdades que ellos llamaban supersticiones; ¿quereis oírlo? Pero ántes pido perdon al templo santo donde estoy: ántes debo deciros que estas palabras horribles que vais á oír, son de aquel cínico que enseñaba á sus discípulos la honestidad filosófica mientras él se revolcaba en los abominables excesos de la impureza; de aquel hipócrita que blasfemaba de Jesucristo y lo trataba de facineroso, y al mismo tiempo enseñaba á sus discípulos «que comulgasen como él comulgaba, para poder así desacreditar á mansalva la superstición.» Oid, pues, al dogmatizante Platon de Ferney; oid las lecciones que daba á sus discípulos: «La mentira, dice este patriarca de la pretendida filosofía; la mentira es muy buena cuando hace bien, es decir, cuando destruye la Religion; es necesario mentir, no con timidez, no por un tiempo, sino siempre y con atrevimiento; mentid, amigos míos; mentid.» Esta era la doctrina de este maestro, y ciertamente sus discípulos no fueron ingratos á sus lecciones, pues desde entónces hasta hoy, cuantas veces ha sido atacada la Religion y sus ministros por los fautores de la impiedad, no se han empleado otras armas que la impostura y la calumnia, como pudiera demostrarlo con hechos bien recientes, teñidos aún con la sangre sacerdotal.

¿Pueden tales hombres servir de autoridad? No, ciertamente; su testimonio es frívolo, es despreciable, y es nulo; ¿qué mayor nulidad que el no tener principios constantes ni ideas fijas? Los escritos de esos filósofos no son más que un tejido de contradicciones; los discípulos ata-

can al maestro; unos corifeos se rien de los otros; el sábio de Ferney desprecia al filósofo de Ginebra; cada cual inventa teorías distintas, atacando las ajenas; unas y otras son pulverizadas tan pronto como salen á luz; ¿qué más? dos incrédulos no han estado jamás de acuerdo en un solo punto; un solo incrédulo no ha producido todavía un libro compacto, sólido y consecuente; en una obra destruyen lo que edificáran en otra, y á las veces vemos con asombro que en un capítulo el incrédulo es deísta, en el otro es ateo; aquí es escéptico, allí es defensor acérrimo de Confucio y de Mahoma; allí es católico, en otra parte protestante; hoy es partidario de la virtud y la ensalza, mañana aconseja el vicio con calor y entusiasmo. ¿Quién dicta tantos absurdos? ¿Quién hace de estos hombres unos Proteos? ¡Ah! El humor, las pasiones, la perversidad; un mismo hombre es alternativamente abogado de la humanidad y verdugo de ella; tan pronto predica la observancia de las leyes, como la rebelion y anarquía; tan pronto es panegirista de los derechos humanos, como del asesinato y del suicidio; con estos principios tan absurdos, con estas máximas tan opuestas unas á otras, un hombre no puede ser citado por autoridad venerable y sólida, y siendo éste el sello con que están marcadas las obras de los filósofos modernos, ciertamente su testimonio es nulo, vil, abominable y digno de la execucion y desprecio.

¿Qué consecuencia sacaremos de esto, amados míos?

sería injusto á sus ojos y á los vuestros si no dijese que, á pesar de tantos apóstatas como hay en el pueblo santo, no faltan muchos millares de almas que no han doblado su rodilla ante las aras del ídolo de la carne; prueba de ellos sois vosotros, amados míos, pues miéntras los hijos del siglo ofrecen el fétido incienso de los placeres á su infando númen, venís al lugar santo á presentar á Jesus Sacramentado el suave timiama de la oracion pura y fervorosa. ¿Por qué os hallais en el templo? ¿Por qué os alejais de las abominaciones del mundo? Os lo diré en dos palabras, no tanto para dar á vuestra piedad el merecido elogio, cuanto por rendir á la Religion católica el digno homenaje por los saludables sentimientos que inspira: jamás es más altamente ultrajada la Majestad divina que en estos dias; pasan los malos por los ángulos de nuestros templos, donde realmente se halla nuestro amoro- so Jesus; lo veis, y no podeis menos de decir con David: «Ví en la ciudad la contradiccion y el crimen, y me alejé de ella, retirándome á la soledad del santuario.» Sean, pues, firmes y sólidos vuestros propósitos, repitiendo con el mismo Santo Profeta: «No me senté jamás en reuniones de iniquidad, ni me asociaré á los impíos.» Hacedlo así, y merecereis que la Religion coloque sobre vuestras sienas este divino sobreescrito: «Bienaventurado es el hombre que no anduvo en consejo de impíos, ni en camino de pecadores se paró, ni en cátedra de pestilencia se sentó. Sino que en la ley del Señor está su voluntad, y en ella medita dia y noche.» Dichoso será, porque, como el árbol situado junto á fecundante arroyo, dará frutos ópimos de virtud en esta vida, y lauros ganará para la otra, que á todos deseo. Amen.

SERMON MORAL

SOBRE EL ESCÁNDALO.

Necesse est venire scandala; verumtamen vae homini illi per quem scandalum venit!

Es necesario que haya escándalos; pero ¡desgraciado del hombre por quien son causados!

En todo lo criado no reconocen los filósofos mal alguno, pues los mónstruos mismos y los más venenosos insectos son perfecciones de la naturaleza, y realzan la sabiduría del Criador; no sucede así en el orden moral, en el cual necesariamente existen los males, porque dependiendo tanto las buenas como las malas obras del libre albedrío, y siendo el hombre naturalmente propenso á lo malo, es consiguiente que ha de haber en el mundo hombres malos y perversos. Ni por esto hemos de acusar la bondad del Criador, haciéndole autor del mal, siendo él quien conserva á las criaturas que lo causan; porque Dios, por un decreto irrevocable de su sabiduría, determinó concurrir á todas las operaciones de las criaturas, tanto materiales como morales, y si por un momento retirase su mano, dejarían de existir, como dice San Agustín, no sólo el cielo, la tierra, los elementos y todos los cuerpos físicos, sino las almas mismas y los ángeles. Concorre, pues, como conservador universal con el pecador, dándole vida y suministrándole fuerza, aún

cuando emplea su vida en ofenderlo, queriendo ántes sacar bienes de los mismos males, que impedir que éstos existan. Esta es la admirable economía de la Providencia respecto de los séres libres, y abusando éstos, como abusan, de los dones del cielo, convierten sus facultades en instrumentos de su ruina, levantando su mano contra Dios y declarando la guerra al Omnipotente (Job., xv, vers. 25). Sí; es necesario que existan en la sociedad hombres malos, que causen escándalos y sean causa de ruina para otros; pero ¡desgraciados de ellos! dice el Salvador; fuera mejor que, amarrados fuertemente á una piedra de molino, fuesen arrojados al profundo del mar: *Necesse est venire scandala*, etc., etc.

Es necesario, amados míos, que pensemos con detención en estas palabras de Jesucristo, porque yo no encuentro en el sagrado Evangelio una expresion que encierre tanto en tan pocas palabras; todos los vicios, todos los excesos, todos los pecados, son nada en comparacion de la misericordia de Dios; por pecador que sea un hombre, apenas reconoce su iniquidad y levanta los ojos al cielo, queda perdonado; pero al oír lo que dice Jesus del hombre escandaloso, no parece sino que se agota su misericordia, y que los raudales de su bondad dejan de correr; da sus fuerzas al ladron, al parricida, al adúltero y al sacrilego, y parece que quisiera no extender su potencia conservadora al escandaloso; pues dice que ántes de llegar el momento de causar escándalo, sería bueno lo precipitasen encadenado al profundo del mar. ¡Cosa extraña! Dios, que conserva la vida á todos los hombres, quisiera quitársela al que ha de dar escándalo: ¿y por qué, amados míos? Porque fuera mejor que se perdiera el cuerpo que no el alma; porque es casi irremediable la ruina eterna del escandaloso; porque apenas puede extenderse sobre él la misericordia de Dios, y, en fin, porque es casi necesaria su condenacion: *Vae homini illi!*

Hé aquí, amados míos, el asunto que voy á tratar este dia; una materia tan vasta, por ser los escándalos tan comunes en nuestro tiempo, me llena de horror; yo sé que hay entre vosotros muchos hombres sin pudor ni vergüenza, sin religion y sin Dios, que viven escandalosamente enredados en amores ilícitos, que corrompen á las almas inocentes y las condenan á los tormentos del infierno; contra ellos, pues, va á hablar Dios por mi boca. ¡Ay de los escandalosos, por los daños que causan á las almas! Primera parte. ¡Ay de los escandalosos, por los daños que causan á sí mismos! Segunda parte.

Madre Santísima, concédeme hoy lo que tantas veces te he pedido en el secreto de mi corazon; una alma quiero, y todas, si es posible, para que salgan todas á su ejemplo de la vida escandalosa, y remedien con sus lágrimas sus yerros propios y los que han causado á sus hermanos. Para esto me postro á tus plantas y te saludo con humildad y reverencia.

AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE.

Todos los pecados ofenden la bondad divina y hacen al delincuente reo de pena eterna; sin embargo, hay diferencia de pecado á pecado, y segun las circunstancias de que se halle revestido, es más ó ménos enorme su gravedad, y puede hacer más difícil su remision; porque más grave es el pecado cometido de obra que el que sólo se fraguó en el pensamiento; hay gran distancia del pecado de ignorancia al de malicia, y la hay enorme entre el pecado perpetrado en el secreto silencio y el que se comete con escándalo y públicamente; y aunque un

pecador haya pasado una larga vida sin acordarse jamás de Dios; aunque en su corazón haya maquinado mil veces las más execrables iniquidades, basta que reconozca su malicia y su pecado, basta que diga á Dios, con David, *Miserere mei, Deus*, para que Dios lo reciba en su amistad y le perdone; pero cuando á la malicia del corazón se añade el escándalo, ¡ay, amados míos, qué difícil es el perdón! ¡Cuán cierta la perdición eterna del escandaloso! La misericordia de Dios puede llegar hasta el escandaloso, pero hay obstáculos insuperables por parte del pecador, lo que hace que el pecado de escándalo sea casi imperdonable; porque Dios por su parte está siempre dispuesto á borrar nuestras iniquidades, pero es indispensable que haga el pecador por parte suya lo que la justicia eterna exige; no se perdona el pecado de latrocinio si el ladrón no restituye lo mal habido: ¿cómo, pues, podrá Dios perdonar al escandaloso si primero no resarce por parte suya los daños que ha ocasionado? Ved aquí dónde está toda la enormidad del pecado de escándalo; á las veces toda una familia, toda una ciudad, una provincia, un reino, se condenan por los escándalos de un hombre solo. ¿Cómo podrá restituir tanta inocencia robada? ¿Cómo podrá resarcir tanto daño causado con sus desórdenes públicos y notorios?

No quiero tomar la materia con tanta extensión; circunscribámonos á los males que causa el escandaloso en la perdición de una sola alma. ¿Qué es un alma, amados míos, en la presencia de Dios? Objeto de su amor desde la eternidad, no la crió sino para que fuese su esposa en la tierra y participase de sus goces en el cielo; y la amó con tanto exceso, que así como se humilló á bajar del cielo por todos los hombres, así hubiera tomado nuestra forma y derramado su sangre por una sola. Sí; toda alma sellada con la sangre de Jesús es su esposa querida; argumentad, pues, vosotros mismos, vosotros los

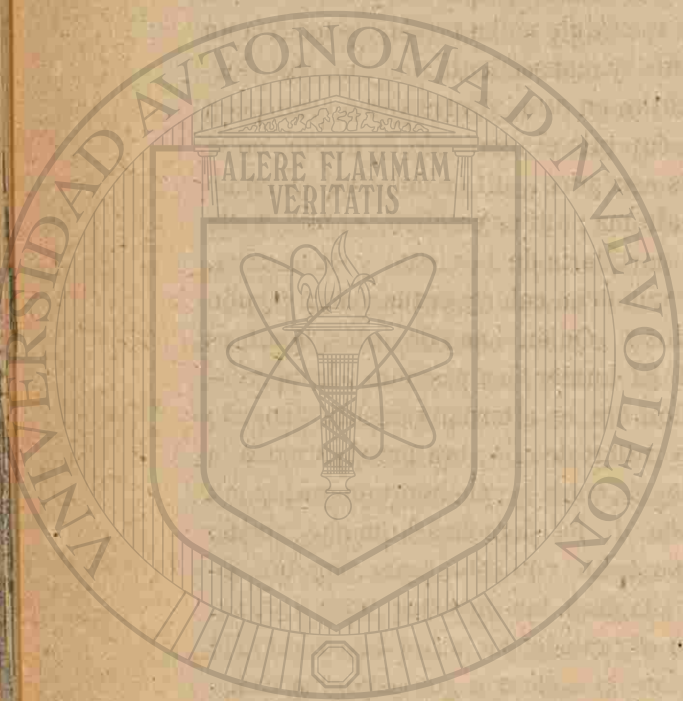
que por vuestra propia voluntad os habeis unido á una esposa; al darle vuestra mano, al entregarle vuestro corazón, al hacerla dueña y señora de vuestros pensamientos, la encontrásteis inocente y pura. ¿Qué haríais con aquél que temerario osase pervertirla, corromperla y comerciar ilícitamente con ella? Fácilmente perdonais una injuria hecha á vuestra persona; pero ¿quién no pide satisfacción rigurosa por las afrentas hechas á su consorte? ¿Qué esposo habrá tan malvado que permita que su esposa sea prostituida y deshonrada? Oid, pues, hombres escandalosos; con vuestros pecados herís á Dios en lo más sagrado, en la niña de sus ojos, en las esposas que el dotó con su misma sangre; aquel pecado oculto injuria á Dios y lo desprecia; su malicia es grande, porque de nuevo es crucificado Jesús por el pecador; pero el pecado público causa la perdición de una ó muchas almas, y con espada de dos filos pasa el corazón de Dios de parte á parte; el primer ultraje es grande, y todos los rayos del cielo no son bastantes para vengarlo; con todo, Dios se aplaca, mitiga su ira, suspende el azote, mas no así en el segundo, contra el cual se muestra implacable, y protesta por el profeta Oseas que se levantará contra el pecador escandaloso, y le saldrá al encuentro, furioso como una osa á quien han arrebatado sus cachorrillos. *Occurram eis quasi ursa, captis cubili.* Sucede que, volviendo la osa á su madriguera, encuentra que una mano extraña la ha hecho huérfana de su parto; la cueva y el bosque retumban con sus ecos horribles; levanta sus lomos, enseña sus uñas feroces, explora las huellas del ladrón, y por rocas y zarzas va trepando furiosa hasta encontrar el paradero de sus hijuelos; y si por casualidad encuentra al raptor ¡oh qué espectáculo de crueldad! con ojos centellantes se arroja sobre él, lo deshace y lo devora, no saciando su furor sino después de haber registrado sus entrañas, para encontrar en ellas los restos de

la presa. Tal se ha de mostrar Dios con el escandaloso; furioso como una leona, pues no mira si se envilece al ponernos delante la semejanza de un animal semejante: *Occurram eis quasi ursae, captis catulii et dirumpam interiora jecoris ejus.* En vista de esto, ¿habrá quien se atreva á robar á Dios su esposa, ó con malos ejemplos ó con insinuaciones criminales? ¡Cielos! Mi imaginacion se pierde, yo me confundo, y digo entre mí mismo: ó no hay fé en la tierra, ó, si la hay, estimamos ménos la justicia del Omnipotente que el resentimiento de un hombre vil y plebeyo cuya mujer hubiese sido injuriada.

Y en verdad, amados oyentes: ¿diremos que tiene fé el que esparce entre los jóvenes incautos y entre las doncellas inocentes máximas impías para corromper su razon y hacerlos consentir á sus deseos inícuos? ¿Diremos que teme la justicia divina quien se alegra en sus iniquidades, y en las conversaciones y corrillos se gloria, como de una accion heróica, de haber abusado de la simplicidad de una doncella, ó de haber vencido la constancia de una casada, contando los ardidés de que se valió, con lo que renueva su placer, al paso que abre á otros camino para que hagan otro tanto? ¿Diremos que teme la justicia de Dios ese que con sus embriagueces es dia y noche la irrision de todo un pueblo, ese que entra en su casa despues de haber cometido excesos en otras, y la convierte en un infierno con sus palabras obscenas y escandalosas, con sus maldiciones é imprecaciones con que aflige á su consorte, y con las cuales aprenden sus hijos á ser acaso peores que él? ¿Diremos que temen á Dios ni á su justicia esos que pasan muchos años en un estado semejante al de una bestia, pues así los llama el Espíritu Santo á los hombres deshonestos, viviendo con personas de otro sexo, conculcando las leyes divinas públicamente, engendrando hijos de maldicion, fruto del pecado, que no ve la luz sino para pasar un dia con sus padres á

las tinieblas eternas del infierno? ¿Fé en estos hombres? ¿Temor de los juicios severos del Señor? No, de ningun modo; ni creen, ni temen; la Religion para ellos es una fábula. Dios es como si fuera un ídolo de piedra, que ni oye, ni ve, ni puede castigar. Seguid conmigo los pasos del escandaloso, y vereis que para él la religion y Dios no son sino una farsa.

Es la Religion, amados míos, aquella mujer misteriosa que vió San Juan en su revelacion, madre feliz del parto mas hermoso que vieron los siglos; es decir, del pueblo cristiano, el cual, obrando bien es su gloria, y obrando mal su ignominia. Emplea esta madre todos sus desvelos para que sus hijos sean dignos de ella; la educacion de los padres, las exhortaciones de los maestros, las instrucciones de los sacerdotes, la leccion de libros santos, la exposicion de los castigos y recompensas de la otra vida, los Sacramentos y otros mil caminos de salud eterna; pero todo esto se pierde si el feto cae entre las uñas del dragon que sigue los pasos á esta mujer venturosa; su aliento lívido sofoca luégo la buenas semillas de virtud esparcidas por la madre amorosa, y propagándose el veneno de uno en otro, va corrompiendo su numerosa prole. ¿Y qué otra cosa es este dragon sino las insinuaciones y malos ejemplos del escandaloso? Se acerca aquel malvado á la jóven recatada ó al jóven timorato; se burla de su modestia y retiro como de un escrúpulo vano; yo tambien, les dice, quiero salvarme, tengo una alma como vosotros, pero tengo tiempo de servir á Dios, y ahora es preciso desahogar algo las pasiones, y dar á la edad lo que es suyo. Esta es su conversacion, y al mismo tiempo se muestra disoluto en sus acciones descompuestas, en su gesto inmodesto, en su vestido; y como naturalmente tememos más la infamia que nos viene de la opinion humana que la que reside intrínsecamente en las acciones malas, resulta que los que oyen tales discursos y ven



DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON

SOBRE

LA CRIMINALIDAD DEL INCRÉDULO.

Repletos omni iniquitate, malitia... homicidio.

Han sido llenos de toda iniquidad, de malicia... homicidio.

(Rom., cap. 1, vers. 30.)

Si el incrédulo satisficiera su locura con proscribirse á sí sólo para siempre y condenarse á eternos tormentos, nos compadeceríamos de su suerte; pues criado para la gloria, él mismo se sacrifica al suplicio, y no tendríamos que deplorar otros infortunios que deben su origen á la incredulidad. Mas no es así: todos los conatos del impío tienden á ganar prosélitos, para tener compañeros de sus crímenes, y, en consecuencia, de sus castigos. Erigida la incredulidad en maestra del error, predica por todas partes que la Religion corta los vuelos á la inteligencia humana, inspirando sentimientos abyectos, é inculcando la práctica de virtudes místicas que reconcentran al hombre en sí mismo, degradando su nobleza y privando á la naturaleza de sus atribuciones. Al oír á esos moralistas de la filosofía, todas las virtudes de la Religion no son más que puerilidades é ilusiones propias á debilitar los cerebros y á exaltar la imaginación, y el desprenderse de sus preceptos es lo que constituye al hombre en un estado favorable á los intereses de la humanidad. De tales doctrinas, ¿qué efectos pueden esperarse? ¡Ah! La historia de

nuestra edad nos lo dice, y nuestros padres como nosotros lo hemos llorado: hemos llorado la ruptura de los verdaderos vínculos que unen á los hombres entre sí; hemos llorado los abominables excesos que se han cometido en épocas en que, dominando la incredulidad, aguzáran los puñales los padres contra los hijos, hermanos contra hermanos, pueblo contra sacerdocio, y el hombre contra sí mismo; hemos llorado porque los templos se convirtieran en lupanares, la Religión en problema y el sacerdocio en derision. Tales acontecimientos viera un gran pueblo cincuenta años há, y tales hemos visto nosotros; acontecimientos ocasionados por los moralistas de la vana filosofía, de los cuales podemos afirmar lo que diez y ocho siglos há afirmaba el Apóstol hablando de los filósofos del paganismo: «Son hombres llenos de toda iniquidad y malicia, y homicidio.» *Repletos omni iniquitate, malitia... homicidio.*

Nuestra asercion no es exagerada; los excesos en que la humanidad se ha precipitado en las seis décadas que nos han precedido; el desprecio de la Divinidad y sus leyes; los horrores entre que han desaparecido tantos hermanos nuestros; los crímenes que se perpetran cada día de homicidios y suicidios, como no vieran ántes los pueblos, son todos efecto de esta gran maestra de iniquidad, que ha enseñado á cometer el crimen sin remordimiento. El incrédulo es un criminal, no ya por los males que se causa á sí mismo, sino también, y mucho más, por los que ocasiona á la sociedad; sobre él gravitan las escenas tan escandalosas que hemos visto verificarse á nuestra vista; sobre él gravitan las revoluciones de los pueblos, los asesinatos, las traiciones, los medios infames con que se quiso destruir la Religión y el sacerdocio, la autoridad de los Reyes y la sumision de los vasallos. No es, pues, ya la incredulidad un crimen consumado en el secreto del corazón; no un crimen inocente, como decia algunos

años há un sofista, crimen que Dios no ha de castigar por ser efecto de un raciocinio mal calculado; es un crimen público, general y universal; crimen que tiende á la destruccion de la Divinidad, si ésta fuese destructible; crimen que conspira á aniquilar la sociedad y el hombre; y de este crimen son responsables los incrédulos, por haber inundado la tierra de esos libros y escritos infames, que con razon llama un sábio orador libelos contra Dios, y en los que se hace la apología de cuanto es contrario á Dios y á la sociedad. *Repletos omni iniquitate, malitia... homicidio.*

Hé aquí lo que va á ser el objeto de mi discurso en esta tarde: ya que os he demostrado que la incredulidad es una insigne locura, voy á probaros la criminalidad que encierra. ¡Quiera el cielo que si hay en mi auditorio algun iniciado en esta secta infame, abandone las banderas del error, y pase al campo de la verdad! Para lograr este fin, invoquemos los auxilios del Espíritu divino por la mediacion de María Santísima, á quien saludamos reverentes.

AVE MARÍA.

No es el hombre un sér aislado y solitario; por más que quiera embrutecerse y darse á una misantropía irracional, la razon y el instinto lo conducen naturalmente al lado de sus hermanos, y se une á ellos para participar de los encantos de la vida social. No es un tigre, que halla satisfechas todas las exigencias de su natural con esconderse entre las oscuras breñas y salir de tiempo en tiempo á devorar; tiene en el fondo de su alma relaciones de amor, que se desarrollan insensiblemente y se comunican á todos sus semejantes sin distincion ni de sexo, ni de costumbres, ni de clima, ni de nacionalidad; en una palabra: la razon y el instinto humano hacen al hombre

social por naturaleza, no por cálculo ni convicción mútua, como pretendió la delirante dialéctica de los últimos filósofos. Quisieran éstos persuadirnos con sus pretendidas especulaciones que distáramos unos cuantos grados de esos animales, que con destreza instintiva imitan lo que ven, para hacernos tan materiales como ellos y limitar nuestra existencia á unos pocos días pasados en la superficie de la tierra. ¡Miserables! se proclamaban sábios, y no fueron capaces de observar que esos cuadrúpedos, que imitan alguna vez al hombre en las acciones materiales de sus manos y piés, hacen hoy lo que hacían seis mil años há, sin haber podido pasar ni una línea de sus operaciones primitivas, cuando el hombre, por su propia voluntad, hoy destruye lo que ayer edificó; mañana perfecciona lo que hoy realizara, desarrollando por grados una perfectibilidad que tiene en el centro de sí mismo, con propensiones á lo infinito, adonde llegaría si pudiese franquear una barrera inmensa, que es la limitación á que está circunscrito como criatura. Quisieran asemejarnos, repito, á los irracionales, para hacernos incapaces, como ellos, de conocer nuestro origen de la Divinidad, nuestra semejanza con ella, nuestras obligaciones de adoración y de culto, y el fin de nuestra existencia, cuando el mismo artefacto humano nos predica que hemos sido criados para contemplar la hermosura de los cielos, y mirar allá siempre como á nuestra patria; porque, no lo dudeis, amados míos, ningún animal irracional alza jamás la vista hácia esa gran máquina que rueda sobre nosotros; y si alguna vez vemos á las aves domésticas mirar hácia los aires, es un efecto de su instinto, que los guía á librarse de sus enemigos, que en los aires tienen su morada continua.

De estos principios, que nadie puede atacar ni desmentir sin quedar vencido, es fácil deducir que el hombre es social y amante de sus hermanos por su propia natu-

raleza; que sus adelantos en la civilización no tienen otro origen que su tendencia natural á conservarse y á sobrellevar con comodidad las miserias de la vida, y llegar á la perfección por que suspira necesariamente; y, por fin, que las luces y razón de que se halla enriquecido, le enseñan de un modo irrefragable que debe humillarse ante el Dios que lo criara. Sustituir estos principios por otros, abolir los dogmas que profesa la gran familia humana sobre la unión que debe reinar entre los hijos de un mismo padre, sobre la conservación del individuo y sobre la adoración de la Divinidad; sustituir, repito, estos puntos fundamentales por otros contrarios, ¿qué otra cosa es sino erigirse en enemigo de Dios, de los hombres y de sí mismo? ¿Y qué otra cosa hiciera la incredulidad con sus dogmas subversores? ¡Ah! Éste es su gran crimen. El incrédulo es enemigo de Dios, de los hombres y de sí mismo. Oídme con atención.

La criminalidad que hago recaer sobre el incrédulo parece demasiado fuerte, pero es fundada, y voy á demostrarla, probando desde luego que el incrédulo es decidida en su corazón, y que profesa un odio mortal á la Divinidad. No lo dijera yo, si ántes no lo hubiese afirmado el Profeta con estas palabras: *Dixit insipiens in corde suo; non est Deus*: Dijo en su interior el impío; no hay Dios. ¿Y cómo dejaría de aborrecer á Dios el incrédulo? Rebelde á sus mandatos, opuesto al culto universal que hasta los irracionales le tributan, obedeciendo al instinto que les diera y le rinden los mismos elementos, no pasando de los límites que les prescribiera, desea en su corazón que no exista aquel Sér divino á quien todos menos él adoran. No reconociendo á este Dios con algún derecho sobre el hombre, despreciando sus leyes y sus amenazas, es consiguiente que deteste aquella justicia inflexible que condena al malo para siempre; aquella verdad infalible, que no admite composición ni da tre-

guas entre la mentira y la verdad, y aquel poder inmenso, que confunde tarde ó temprano á todo poder inferior que se eleve contra el cielo: así es que para el incrédulo, Dios es un sér que no infunde sino espantos y terrores. Quisiera persuadirse que Dios no existe; quisiera que todos los hombres tuviesen los mismos sentimientos, y para alcanzarlo, el estandarte de la rebelion levanta contra el cielo, persuadiendo á los otros que nadie sabe lo que pasa más allá del sepulcro, que los placeres de este cuerpo mortal son la única herencia de los hombres, que tan semejante es á la bestia en la vida como en la muerte. *Dixit insipiens in corde suo: non est Deus.*

No es otro el origen de tantos escritos venenosos como se han publicado y publican en estos siglos de incredulidad. Cuanto más se ataca á la Divinidad, tanto es mayor el odio que se engendra en el corazon perverso; tanto mayores son los esfuerzos para hacer prosélitos contra el cielo. Bien dan á entender esto esas producciones abominables, en que la Justicia divina se ve ridiculizada, los atributos del Dios verdadero comparados á los de los ídolos estúpidos de los bárbaros, ó á las divinidades malvadas que inventára la poesía, cuando hiciera el apoteosis del tirano Nemrod, de los Hércules y Teseos: bien se echa de ver esta verdad en el empeño que tuvo la incredulidad filosófica en divinizar todos los séres, pues no tenía en esto otro objeto que el abolir de la conciencia humana y de su espíritu la idea de un Dios único por esencia, y retribuidor justo del bueno y del malo. Por esto tenían tantos dioses aquellos corifeos desalmados; ábranse sus obras, y vereis que para ellos el ciego acaso es Dios, la materia es Dios, el gran todo es Dios; la nada, el universo, los hados, todo es Dios para aquellos hombres que no quieren que haya un Dios que el mundo adore y tema. *Dixit insipiens in corde suo: non est Deus.* De

ahí es que la piedad fué pintada con los colores más negros, el culto fué reputado por supersticion, los Sacramentos divinos por invenciones humanas, las cosas más sagradas y augustas mezcladas con cuentos obscenos, con donaires picantes y con jocosidades teatrales: para sembrar la confusion en el mundo y poner las pasiones en tumultuosa revolucion, entre cuyas ruidosas colisiones no se oye ya decir que habia Dios. *Dixit insipiens in corde suo: non est Deus.* ¡Oh! ¡Qué consuelo hallaria el incrédulo si pudiese sustraerse á la idea de un Dios vengador! Endurecido en el proyecto de obrar mal hasta el fin como si no hubiese Dios, su mayor placer sería el aniquilamiento de este Dios, y ciertamente al leer las blasfemias que algunas veces arrojaron los impíos contra la Divinidad, no podemos ménos de decir que si les faltan los medios, abundó en ellos la voluntad y deseos de destruirla.

Siendo enemigo de Dios, ¿cómo no lo será de los hombres? Porque ¡oh amados míos! Dios nos ama porque somos hechura suya, y nosotros lo amamos á Él porque tenemos impresa en nuestra alma su semejanza. Sí, el espíritu humano es un gran medallon en que está esculpida la imágen de la Divinidad; aborrecer á Dios, es aborrecer al hombre; consecuente el incrédulo en las doctrinas que enseña sobre el Sér divino, ¡qué crueles son las que enseña sobre los hombres! ¡Cómo se complace en degradar á este sér privilegiado, haciéndolo en su estado primitivo morador feroz de las selvas y compañero de los leopardos! ¡Cómo se deleita en reducir á puras convenciones el amor que el padre y los hijos se profesan; en pura animalidad la dependencia que tienen estos de aquél; en pacto social la obediencia á las leyes y la autoridad de los superiores! ¡Cómo se llena de placer al enseñar que el alma es material, que el hombre es una máquina, que en él no hay más móvil de operaciones

que el humor, el genio, el aire, la atmósfera y los elementos! ¡Cómo intenta persuadir que la conciencia es una preocupacion y los remordimientos una debilidad; que no hay diferencia esencial entre el vicio y la virtud, y entre los más crueles atentados y las acciones más santas; que cuanto han creído todas las generaciones sobre un testigo invisible y juez inexorable de nuestras acciones, es un sueño; que todo es legítimo y permitido si podemos hacerlo impunemente; que, despues de todo, el hombre es dueño de su vida y debe robustecerse para servirse en caso necesario del veneno y del puñal para bajar con sus propios piés á la tumba; y, por fin, que no hay más vida que la vida presente! ¿Creéis que exagero, amados míos? No, ciertamente; tomad esos grandes volúmenes que escribiera la incredulidad; exprimidlos, y no encontrareis que salga otra sustancia. Sí, esta es la esencia de la incredulidad, destruir la humanidad, perderla, como decia uno de ellos, en la animalidad. ¡Ah! ¡cuántas veces se les oyó decir que deseaban ser caballos, ó tigres ó leones! Y ¿no es verdad que alguna vez invitaron á un pueblo civilizado á imitar á los antropófagos? ¿No es verdad que quisieron hacer unos caníbales de unos hombres que se preciaban de humanos y suaves en sus costumbres? ¡Cruel filosofía! ¡Á tu lado ya no es nada aquél mónstruo que en su furor sanguíneo deseaba que toda la humanidad tuviese una sóla cabeza para derribarla de un solo golpe! Los verdugos y los tiranos no son comparables contigo, porque éstos sacrificaban en su furor los cuerpos de los desgraciados que caian en sus manos; pero tú quieres aniquilar la parte más noble del hombre, comparando su alma con la del bruto; tú quisieras que toda la humanidad no tuviera más que una sola alma para aniquilarla. ¡Cruel! repito. Tú quieres con tus dogmas quitar al hombre su único consuelo, el de la inmortalidad de su alma, el de la semejanza que

tiene con Dios, el del amor que se han de profesar los hombres para aliviarse y ayudarse mutuamente en esta vida, que no es más que un tejido de miserias, tejido tosco y grosero como la estopa en los pobres, tejido suavizado como el precioso paño de seda en los ricos, pero que no pasa de tener su trama pobre y miserable.

En comprobacion de mi aserto, recorred conmigo los crímenes que se perpetran en nuestra edad. ¡Cuántos envenenamientos! ¡Cuántas puñaladas alevosas! ¡Cuántos suicidios y homicidios preparados! ¡Ay! No se me diga que esos acontecimientos son comunes á todas las épocas; no se me diga que apenas habia unos cuantos habitantes en el globo, Cain tomára el puñal contra Abel; que Absalon matára alevosamente al opresor de Tamar; que la impía Jezabel degollára á los Profetas, y que el desnaturalizado Jason cargára de cadenas á su propio hermano. No se me diga que Achitofel y Judas nos enseñaran á quitarse la vida en un cordel, Zambri entre las llamas, Tolomeo con veneno, y Saul con su propia daga. Todos sabemos que las pasiones reinaron tan pronto como Adan pecó: miéntras haya hombres en el mundo, habrá pasiones, habrá venganzas, habrá traiciones, habrá crímenes; pero ninguna época los vió tan multiplicados como la nuestra, ninguna los vió tan atroces y horribles; en otros tiempos el malvado, despues de haber cometido el homicidio con temor, huia precipitado á esconder su crimen entre las selvas. En acontecimientos inesperados, enormes por sus consecuencias, se vieron algunos desesperados que cobardemente concluyeran con sus días; pero ¡ah! en nuestra época esto es un hecho que no admira, porque cada día se hace; los crímenes de nuestro siglo no son ni la simple violacion de la fé conyugal, ni los excesos de un pródigo irreflexivo, ni rapiñas ó fraudes ordinarios, sino ¡oh Dios! ¿tendré la fuerza necesaria

para decirlo? tan pronto las calles y plazas bañadas con sangre sagrada, tan pronto los tribunales resonando con las respuestas perjuras de traidores, que con tanto valor sostienen la mentira como empuñáran el cuchillo contra sus mayores. Aquí, el hijo que cubre de oprobio el lecho nupcial que le dió el sér; allí, la madre adúltera, cortando la vida con tósigo devorador al fruto de su pecado, ántes que vea la luz; en otra parte, sacrificándose el hombre á sí mismo sobre el palpitante cadáver donde ha saciado su ira. ¿Quién ha enseñado á los hombres esos atentados que horrorizarían á los salvajes, admirarían á los tigres, si éstos pudiesen comprenderlo? ¿Quién ha aguzado esos puñales homicidas y suicidas, á cuyos filos sucumben á un tiempo dos víctimas? ¿Quién ha enseñado á mezclar el tósigo entre las demostraciones de cariño? ¡Ah, amados míos! ¿Quién? Esa gran maestra de iniquidad, que se complace en destruir en sus principios cuanto honra y distingue al sér racional: la sociedad, las leyes, la civilizaci6n y las costumbres; ese mónstruo que intenta ahogar los gritos de la conciencia, para que no se oiga en el santuario del corazon humano la voz de la verdad; esa doctrina impía, que quisiera que el hombre se convierta despues de la muerte en osamenta, en gusanos, en podre y en ceniza, sin otra esperanza para la eternidad.

Esta doctrina descuella á torrentes de los cínicos escritos de que tanto han inundado la Europa y la América aquellos asesinos de la humanidad; esta misma doctrina están reproduciendo esos volúmenes infandos, que despues de postergar los misterios de la Religion, nos están descubriendo los misterios de iniquidad de las grandes Babilonias europeas, entre las cuales no se ven sino intrigas consumadas y el arte de hacer las deslealtades, infidelidades, ódios inveterados, pasiones satisfechas brutalmente, iras reprimidas largo tiempo para estallar con

furor, como los volcanes oprimidos por las moles inmensas de los montes. En ellos se enseña cómo por medio de un pistoletazo, de una puñalada, de un veneno, concluyen los séres humanos y se acaba un enemigo; esto es cuanto nos enseñan esos dogmatizantes. Y ¡pluguiese al cielo que sus lecciones no fuesen escuchadas! ¡Pluguiese á Dios que no hubiésemos sido testigos de la práctica de estos principios! Porque ¡ah! no hace aún muchos días que este santo templo se cubrió de espanto y de luto, que los sacerdotes debimos llorar entre el vestíbulo y el altar; que sus altares y aras fueron profanados por una mano audaz; que..., pero corramos un velo y lloremos la suerte desgraciada de aquel infeliz que sacrificó su cuerpo, y... callemos lo demás: mas fulminemos una maldición contra esos dogmas subversores de la incredulidad, que tantas desgracias han ocasionado en la tierra; hijos del infierno, no pueden ménos de ser homicidas, porque el príncipe de las tinieblas, como afirma Jesucristo, fué homicida desde su principio: *Ille homicida erat ab initio.*

No he concluido aún: el incrédulo no se contenta con ser enemigo del hombre, sino que lo es de sí mismo. Por grande que fuera el ódio que todos los hombres tuviesen á un moralista de esta especie, no llegaría á ser mayor ni tan extenso que el que el incrédulo tiene á sí mismo: es un ódio mortal, un aborrecimiento que excede los límites del tiempo, y que no se satisface sino en la inmensurable extension de la eternidad. Sus enemigos pudieran desear saciar su rábía, ó profundizando en su corazon miles de aceros, ó descuartizándolo vivo, ó precipitándolo entre ruedas de acero. Todo esto sería nada, porque bien poco temibles son aquellos que sólo pueden perder este cuerpo corruptible; pero el incrédulo es enemigo encarnizado de su más noble porción; su alma es el objeto de todos sus tiros. Decidle que es inmortal; que de este su compuesto

hay una parte contra la cual no tiene poder la muerte, ni acción los gusanos, ni puede encerrarse ni confundirse con el polvo; decidle que el sepulcro no es más que un depósito de su mortalidad; que las yertas cenizas han de ser animadas algún día y que han de ser revestidas de inmortalidad; asegúradle que ni el fuego inextinguible ni los más atroces tormentos han de poder destruir después aquel cuerpo, porque el alma que fué la cómplice de sus crímenes en la vida presente, lo ha de sostener para siempre inmortal, sea para gozar, sea para padecer; decidle todo esto, y le oiréis prorumpir en gritos de rabia y desesperación.

¡Ah! Bien dijera ésto muchos siglos há el ángel que acompañara al justo Tobías: «Los que obran la injusticia y la iniquidad, son enemigos de su propia alma.» *Qui autem faciunt peccatum et iniquitatem, hostes sunt anime sue.* Poco importa al incrédulo oír que Dios castiga y premia para siempre, porque él, temerario por una parte, desafía á Dios con sus suplicios, y suicida por otra, responde que para ser feliz no necesita sino de los placeres de esta vida, y que toda su esperanza es la aniquilación de su alma y su destrucción. ¿Puede darse mayor odio de sí mismo?

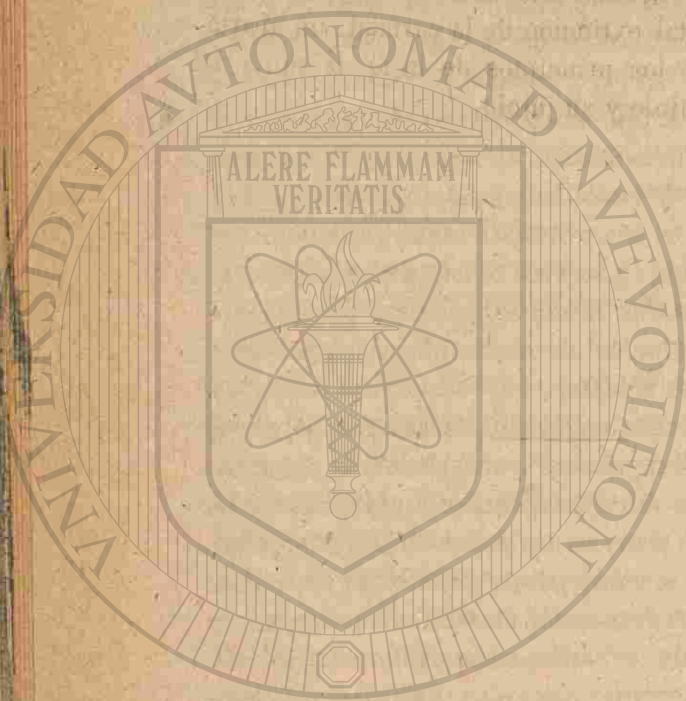
¡Ah! Algunos hombres malvados, dice San Agustín, homicidas de sí mismos, se han sumergido en las aguas y arrojado en precipicios, pereciendo así miseramente. Quizá hasta el momento de ejecutar esta resolución atroz han podido estos hombres disfrutar de paz y de dicha, y llegar á tal extremo por efecto de un acaloramiento ó enajenación; pero el incrédulo, que está en guerra continua con su propia alma, no puede ménos de ser su verdugo toda su vida; porque por más que quiera deprimirla, ésta lo llama siempre á su nobleza original, reclama á cada paso los homenajes que debe á su Criador, y no puede ménos de abogar en favor de la eterna verdad, oponiéndose

á la mentira y blasfemia. Por grandes esfuerzos que haga para crear especiosos sistemas de incredulidad, la razón los rechaza con desden; por mucho que trabaje para formar una moral según las pasiones, esforzándose en creer que la probidad es una palabra quimérica, y el pudor una preocupación, su conciencia reprueba estas máximas abominables, y le grita en medio de sus desórdenes, diciéndole que entre los tesoros robados es un ladrón, entre los deleites carnales un infame, y entre los excesos de sus orgías un monstruo. En vano, fijando sus miradas en lo material, quiere convencer á su razón de que es una planta ó una máquina, y que como ellas se ha de aniquilar; que la misma razón le dice sin cesar: «No, no, ¡insensato! Tú no eres tan corruptible como los objetos que pisas ó de que te sirves; tú discurre, tú piensas, tú calculas, tú exprimes tus ideas espirituales con la palabra material; tú tienes relaciones con el cielo, y no es posible que mueras del todo; tú has de dar en manos de Dios, y éste te ha de juzgar.» Irritado, desesperado el incrédulo de no poder sofocar las luces de la razón, detesta y aborrece á su misma razón; quisiera destruirla y aniquilarla. Otro enemigo como éste que tanto le aborrezca, no lo encontrará el incrédulo. Así ¡oh Dios sapientísimo! quedan justificadas tus palabras. No necesita el impío de los tormentos de la otra vida para padecer, pues en ésta él mismo se hace insufrible, y, devorado por sus propias ideas, forma en el interior de su alma un caos infernal que lo reduce á padecer continuas agonías: *Qui autem faciunt iniquitatem, hostes sunt anime sue.*

No hay, pues, en el mundo hombre más criminal que el incrédulo, porque con sus dogmas impíos y subversores, pretende destruir á la misma Divinidad; introduce en los pueblos la carnicería y el odio de sus semejantes, y, lo que es inconcebible, pretende destruirse á sí mismo en la porción más noble de su compuesto. ¿Con qué castigos

podrán expiarse crímenes tan enormes? Yo os confieso, amados míos, con toda ingenuidad, que cuando por razón de mi ministerio he tenido que leer esas obras apoloéticas de nuestra Religión santa, y he leído en ellas las blasfemias que la incredulidad vomitó contra nuestro amable Jesús, por un movimiento casi involuntario he sentido mi espíritu turbado; pero al mismo tiempo que he deplorado la ceguedad de algunos hombres, me he alegrado de que haya un infierno eterno, pues sólo en él pueden castigarse tantas palabras obscenas, tantas sátiras infandas y tanto dicterio como se ha publicado contra Jesús. Cuando he leído los ríos de sangre que la historia nos refiere, ocasionados por la influencia que han tenido esas doctrinas inhumanas en las actuales y últimas generaciones; cuando he visto pueblos enteros amotinados y armados para atacar los asilos sagrados y trucidar á los alumnos del santuario; cuando veo en todo el mundo tanto asesinato á sangre fría, tanto suicidio, tanto atentado, ocasionados todos por las malas doctrinas, no puedo ménos de exclamar y decir, que si no hubiese Dios criado el infierno para Satanás y sus ángeles, era necesario que lo criase de nuevo para estos inventores y propagadores de la incredulidad. ¡Ah, mónstruo cruel! ¡Cuántos progresos has hecho! En mis cortos años, en mis pocos viajes, amados míos, ¡cuántas veces he oído decir á muchos jóvenes que nosotros no pasamos de ser unos hongos, hijos de la podre, y, cuando más, unos entes un poco más nobles que esos animales de que nos servimos para viajar! ¡Ah! Estas ideas, tan favoritas de nuestros días, no tienen otro origen que la incredulidad que se ha insinuado por todas partes, y desgraciadamente la impiedad ha fijado su asiento en todas partes: nos rodea y nos estrecha, sin que se encuentre asilo en qué abrigarse y guardarse de sus envenenados dardos. ¡Ah! Si la Providencia divina no corta los pasos á este mónstruo; si los hom-

bres no retroceden de más de un siglo, ¡desgraciada sociedad! ¡desgraciada España! ¡desgraciada América! ¡desgraciado mundo! Tu fin no puede ménos de acercarse. Á una incredulidad tan propagada y arraigada, no puede ménos de seguirse una disolución y libertinaje universal, una total extinción de la caridad, un apartamiento general de los principios de la fé: la ruina del mundo, su exterminio y su juicio.



DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON

SOBRE

CUÁN DESGRACIADA ES LA SUERTE DEL INCRÉDULO EN ESTE MUNDO.

*Mercedem quam oportuit erroris sui in
semetipsis recipientes.*

Recibieron en sí mismos la recompensa que á su error convenia.

(Rom., cap. 1, vers. 27.)

Hallábame yo, pocos momentos ántes de subir á esta sagrada cátedra, profundamente absorto en la consideracion de los tiempos; contemplaba la gran diferencia que hay de épocas á épocas; me parecia á las veces que los siglos son como los hombres, unos destinados á vivir felices, otros á ser desgraciados aunque empleen mil resortes para adquirir fortuna. ¿Es posible, decia yo, que hayan ocultado la verdadera situacion de su tiempo todos los historiadores? ¿Es posible que tanto hombre octogenario, en cuyos labios no se tome ni la mentira ni el engaño, se divierta en contar la paz, la felicidad, la abundancia y el reposo de sus años juveniles, y diga que nada de lo que pasa en nuestra edad se parece á lo que ocurría en la suya? Los padres vivian sosegados en el seno de su familia, y sus hijos oian su voz cual si sus ecos fuesen como los de un patriarca; la union más íntima, el amor más puro, las relaciones más sagradas enlazaban las familias, y si alguna vez se encontraban los hijos lejos de sus progenitores, á su debido tiempo volvian á presentar á sus plantas la abundante recompensa de sus tareas li-

terarias ó los laureles que alcanzaran peleando por su Pátria, por su Rey y Religion. Vivian los pueblos contentos y alegres; los jueces apénas tenían que hacer aplicaciones de la ley; los monarcas no tenían que temer las insurrecciones; todo era paz y prosperidad, y hoy día, que la civilizacion ha hecho tantos adelantos, hoy que las invenciones del arte han subido á su último apogeo, hoy que tanto se proclama la filantropía, el órden, la moralidad, la conciencia, el respeto á las leyes, la sumision; no se oye por todas partes sino guerras y opiniones de guerras, desórdenes, pobreza, miseria, ignorancia, trastornos en las familias, falta de educacion y respeto en los hijos, descuido y abandono en los padres, asesinatos, robos, envenenamientos, suicidios y calamidades.

Era este pensamiento un tormento para mi espíritu; era un gran problema que no podia resolver, cuando, abriendo el libro divino en que Dios habla á los hombres, encontré en él la solucion de este misterio: «El pecado hace infelices á los pueblos.» *Miseros facit populos peccatum.* Con estas palabras comprendí que habia en aquella edad un principio de dicha que no existe en la nuestra: con esta sentencia entendí que alguna mano audaz habia arrebato al género humano la verdadera fuente de las riquezas, pues de otro modo no podia suceder que, siendo mayores los adelantos, creciese más y más la desdicha de los pueblos. Tienen, pues, razon los ancianos en decir que nuestro siglo no se parece al suyo; tienen razon los historiadores en cuanto afirman sobre la paz y prosperidad de su época. Era su siglo, siglo religioso, en que profundamente se veneraba la Religion, sus dogmas y moral; no habia salido aún de la infancia la gran maestra del error que quiso destruir la divinidad y reducir á puras convenciones las instituciones divinas y humanas. Hoy día este parto del infierno ya es un gigante robusto, que, á semejanza del gran coloso de Rodas, un pié pu-

siera en las riberas de la Iberia y otro en las raíces de los Andes; su brazo pesado se extiende hasta los confines del mundo; sus hálitos han osado penetrar en todos los países de la tierra; la incredulidad, ¡ah! ella es la que hace que nuestra edad sea tan desgraciada, porque los hombres han adoptado sus máximas, y no hay en el mundo un sér más desgraciado que el incrédulo.

Ved, amados míos, el objeto que voy á tratar en esta tarde: el triste cuadro de un hombre entregado en los brazos de la impiedad. No es más que un bosquejo casi imperceptible de otro cuadro horrendo, de otro estado desgraciado en que despues de esta vida se ha de ver el incrédulo. ¡Quiera Dios que atemorizado por los males de esta vida, levante sus miradas al cielo y le pida perdon! Entre tanto, pidamos nosotros sus auxilios por la mediacion de la Reina de los ángeles.

AVE MARÍA.

Por grandes que sean los honores, los talentos y riquezas del hombre, no puede gozar de ellos si no tiene religion. Proposicion de eterna verdad, dura á los ojos de la carne, incomprendible á la filosofía incrédula, pero infalible en todas sus partes. Para proporcionar al hombre irreligioso un destino á medida de sus deseos, reunamos todos los bienes y placeres de que puede gozar en la tierra; coloquémosle bajo un cielo hermoso, en una region afortunada, donde la naturaleza desarrolle todos sus encantos y hermosuras; rodeémosle de la sociedad más brillante y afable; démosle juventud, placeres, salud, riquezas, honores y glorias; añadid á esto cuanto queráis: si el hombre no tiene Religion, todo será nulo para formar el tejido de su dicha. Y ¿por qué? Porque sin Religion la naturaleza está como muerta y sin animacion; la sociedad de sus semejantes sin dulzura ni encanto;

los bienes, la fortuna y los honores, sin proporcion con los deseos del corazon humano.

Sí, amados míos; para el incrédulo la naturaleza toda es inanimada, incapaz de ocupar su imaginacion en la contemplacion de sus bellezas. ¡Ah! para el creyente todo el universo está vivo y animado; todo le habla y le responde; todo está dotado de inteligencia. Los cielos, matizados de globos esplendentes, le anuncian la gloria de Dios; los días, sucediéndose unos á otros, son una lengua viva, que descubren su majestad y grandeza; las estaciones del tiempo son otras tantas demostraciones de su infinita munificencia y liberalidad. ¿Qué más? Aunque este Dios es invisible, se ofrece á mi vista y á mis sentidos en cuantos objetos hay en la tierra. En los rayos del astro que ilumina el mundo, brilla á mis ojos su misma luz; sonríe su bondad en la hermosura de un día sereno; percibo su fragancia en los perfumes de las flores que los aires embalsaman: toda su fecundidad se me descubre en las doradas mieses y maduros frutos que me presenta por todas partes, alargando su mano para que yo los allegue. ¿Quién otro sino Él adiestra á la abeja para que me prepare su dulce miel? ¿Quién sino Él da á las ovejas los tupidos vellones para que se desprendan de ellos y me cubran y hermosen? ¿Quién sino Él enseña al vil insecto á criar aquellos capullos que, modificados por el ingenio humano, sirven de manto á las majestades terrenas? ¿Quién sino Él somete á mis órdenes esa innumerable multitud de animales, mandándoles que se sometan á mi voluntad, que sirvan á mis caprichos, que me alimenten con sus carnes y que me deleiten con sus cantos y armoniosos gorjeos? Toda la naturaleza habla á mi corazon y me instruye. Todo me muestra la mano benéfica y omnipotente que se digna ocuparse en mis necesidades é interesarse en mis placeres, y trasportado de alegría, de reconocimiento y de amor, no puedo ménos

de exclamar: ¡Oh Dios, qué belleza y perfeccion hay en tus obras! ¡Qué atento te muestras para con el hombre en esta vida! ¡Qué bienes tan grandes le reservas para la otra, si en ésta, que es un desierto, así lo colmas de tus favores! ¡Oh! ¿Qué será al veros un día sin nubes ni enigmas, cuando la vista de las criaturas causa en mí éxtasis inefables? Y al decir esto me parece que los montes y valles dan saltos de alegría, que los prados y jardines pululan con más vigor las flores de que están matizados, que las hermosas avecillas se disputan la gloria de entonar conmigo himnos de alabanza al Criador.

Todo creyente vive animado de estos sentimientos, y con ellos ciertamente la vida es un encanto; mas el incrédulo está muy lejos de pensar de este modo. Para él no es nada ese orden admirable con que ruedan majestuosamente tantos orbes celestiales, sin encontrarse jamás en sus complicadas órbitas planetarias; para él no significa nada ese brillante astro que, colocado á distancia proporcionada, da á la tierra luz y la vivifica con sus rayos de fuego sin quemarla; para él nada significan las estaciones, que, sucediéndose ordenadamente unas á otras, ya reprimen la vegetacion y la reconcentran con los frios, ya le dan expansion con las aguas y rocíos, ya el incremento con los calores, ya la madurez con los suaves vientos del otoño. Ni el avecilla que embelesa con sus colores y melodías, ni la abeja que admira con su solicitud y destreza, ni los campos cuyas alfombradas superficies convidan al reposo y á las inocentes delicias, son suficientes para mover al incrédulo á alegría, á admiracion, á agradecimiento ni á ninguna de esas afecciones que ennoblecen al hombre y lo hacen verdadero filósofo y sábio; porque para él todos son efectos sin causa, movimientos regulados sin motor, un magnífico conjunto sin que haya quien lo ordene. Poseedor ingrato de todos estos bienes, en ninguno de ellos apercibe ni designio,

ni inteligencia, ni amor por parte del que los conserva. Hijo desnaturalizado, no conoce á su padre y bienhechor, ni siente alguna de esas nobles emociones que enternecen nuestro corazon y alivian nuestra miseria. Hombre sin Dios, se seca y perece como vemos marchitarse la flor que no es visitada de los rayos del sol, ni del rocío del cielo.

No teniendo el incrédulo goce alguno por parte de la naturaleza animal, ¿podrá tenerlo en la racional? ¿en el trato social? ¿en la compañía de los hombres? ¡Ah! Yo concibo que la sociedad humana es deleitable cuando se tienen de ella ideas nobles y religiosas; yo concibo que cuando los lazos de una amistad recíproca y santa unen á los mortales, se cumple perfectamente la sentencia de David, que afirma ser la cosa más preciosa y jocunda el vivir los hombres hermanados: *Esse quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum*. Porque ni los cálculos de los políticos, ni las teorías de la razón, son capaces de fundar y sostener la sociedad racional. Sólo la Religión enseña cuáles son sus bases verdaderas, lo que es fácil demostrar; ella constituye al género humano en una grande é idéntica familia, partida en varias secciones, pero todas unidas por el amor; son familias diferentes las naciones, los pueblos y las provincias; son familias diferentes las que dimanen de distintos ramos, mas todas forman un árbol gigantesco de sesenta siglos, una misma raíz lo sostiene, un mismo jugo lo anima, y aunque en este árbol de estupenda magnitud se vean familias brillantes como las flores, otras oscuras como las hojas, otras desnudas y pobres como las cortezas, mas todas están hermanadas en un mismo principio de vitalidad; ámense los hombres unos á otros como manda la ley natural y divina; no quiera el hombre para otro lo que no quiera para sí, como inspira la sindéresis; reconozca cada cual que Dios exige del hombre las primicias de su amor, y entón-

ces la tierra será un trasunto del Paraiso; entónces la sociedad humana, segun la expresion del Profeta nombrado, será más amable y suave que el precioso timiama, que fué derramado sobre la cabellera y ornamentos sagrados de Aaron; su gloria y felicidad será como la del monte Sion, fecundado por los rocíos del Hermon; entónces derramará Dios en ella sus abundantes bendiciones, y los corazones humanos rebotarán en delicias inefables.

Pero, entendedlo bien, amados míos; el incrédulo no puede encontrar estos encantos en la sociedad, porque él es en medio de sus semejantes lo que son esas aves de rapiña, que no tienen otro instinto que el de devorar á sus inocentes compañeras que se les asemejan en su organización. Porque, hablemos con claridad, ¿qué son para el incrédulo los hombres? ¿qué es la sociedad? Vergonzoso es tener que repetir en este lugar las blasfemias sociales y religiosas que salieran de la boca de los incrédulos más sábios: para ellos el hombre es un sér salvaje y solitario, que aprendiera de los irracionales á unirse á los de su especie; un sér sacado á luz por combinacion fortuita de los elementos; un sér en quien una larga y desastrosa experiencia ocasionára una perfeccion de sentimientos; la sociedad un convenio que, hecho por los hombres, puede deshacerse cuando les plazca; de aquí es que, segun las máximas del hombre que más escribió en el particular, de aquel sofista que pretendió componer la sociedad racional segun sus teorías absurdas, el padre y el hijo son tanto como el leon y el leoncillo que, encontrándose á los dos años, no se conocen, y acaso se devoran; la madre no cria al hijo de sus entrañas sino por desembarazarse de un peso que pudiera ocasionar su ruina; los hombres todos son unos séres vituperables, que en nada se distinguen del bruto, porque su raciocinio es el equivalente del instinto animal; su voz la copia del rugido de las fieras; sus afectos y sentimientos, sus virtudes y vi-

cios, un resultado de la diferente organizacion; ente sin libertad, que sigue necesariamente las inclinaciones físicas, y nada espera para el porvenir. ¡Cuántas blasfemias! ¡Cuánto absurdo! ¡Qué misantropía tan atroz! Con estos principios, ¿qué placer puede tener el incrédulo de vivir entre sus hermanos? Animado contra ellos con una rabia tigrina, preciso es que se persuada que todos abundan en los mismos sentimientos contra él, ni puede apreciar la dulzura de un amor casto bien correspondido, ni puede conocer la gratitud, la liberalidad, la franqueza, la justicia, la misericordia, con todas las virtudes que forman el hermoso conjunto humano. ¡Qué diferentes son los sentimientos sociales que la Religión inspira! Para el creyente, el hombre es un sér oriundo de la Divinidad; su alma es un retrato de la esencia divina, es noble, sublime, inmortal como los ángeles; su voz y sus palabras, al dar á luz los pensamientos espirituales, son un tipo de aquel Verbo eternamente engendrado en el Corazón divino, y que, identificado en la esencia del Padre que lo engendra, forma una persona realmente distinta; para Él la sociedad humana no es más que un diseño de aquella unión celestial que reina en la santa Sion. ¡Ah! Cuando el mundo estaba animado de estos principios eternos, ¡qué dulce era la sociedad humana! Sí; Dios quiso darnos una copia admirable de la paz del cielo en aquellas sociedades que empezáran en el Apostolado, siguieran en los Pacomios y Antonios de Thébas, y continuáran en los Benitos, Bernardos, Domingos, Franciscos de Asís é Ignacios de Loyola; allí todo era paz, sosiego, amor y felicidad, pues hubo ocasión en que muchos miles de hombres eran mandados por uno solo, y acaso el más íntimo, sin que ninguna pasión pululase entre tanta muchedumbre. ¡Qué diferencia hay de aquella sociedad santa y racional inspirada por la Religión, de la que ha querido instituir la incredulidad de nuestra época, en que mil gober-

nantes y mandatarios no bastan para gobernar á un hombre solo! Con razón bramará tanto la filosofía incrédula contra las sociedades santas; con razón aplicará el fuego, el puñal y el exterminio á tanto sagrado recinto, para no ver practicados los sólidos principios sociales; pero pase-mos adelante, y concluyamos de demostrar la desgraciada suerte del incrédulo.

Es el incrédulo un espíritu insensible á los bellos encantos de la naturaleza; es un hombre feroz, como los descendientes de Ismael, que viviendo entre los hombres es enemigo de todos, y cree que todos lo son de él; se cree tan aislado en medio de la familia racional, como el buho, que por instinto huye de sus semejantes; está reducido á sí solo. ¿Qué habrá en el mundo que pueda hacerle feliz? ¿Los placeres sensuales? ¿Los talentos? ¿Las riquezas? ¿Los honores? ¿El poder y la gloria? Démoselos, pues, al incrédulo; posea enhorabuena todo lo que anhelan los mundanos, que, esto no obstante, es el sér más desgraciado del mundo, porque en ninguno de estos objetos puede encontrar su corazón una satisfacción completa.

Y, en efecto, tal es la ansiedad del corazón humano, que nada le satisface en este mundo; cuanto más tiene, más desea poseer; cuanto más posee, ménos placer siente en el goce de las cosas poseidas. Así es que Dios no quiere del hombre sino el corazón, porque al criarle le imprimiera en él el sello de la inmensidad, para que nada le saciase con plenitud, sino lo que es inmenso é infinito. Cuando de mano de Dios recibiera el hombre la propiedad de la tierra, con sus producciones, animales y tesoros, me parece estar oyendo la voz divina, que instruye al mortal y le dice: «Te he hecho á mi imágen y semejanza; te he dado un corazón con deseos inmensos, con esperanzas inmortales, con propensión á poseer un bien infinitamente perfecto; derrama tu vista sobre las insondables aguas del mar; encierra este gran abismo en su

centro animales sin número, tesoros riquísimos; pero el mar tiene límites, y tu corazón no; recorre la tierra, profundízala, registra sus preciosos metales, sus diamantes y rubíes; pero la tierra tiene una órbita muy corta; tu corazón no se satisface en ese pequeño espacio cuando hay otro inmensurable; todo esto es tuyo, sin embargo; todo lo he criado para tí, mas ese corazón que te he dado lo he criado para mí. En vano poseerás los cetros, los imperios, las riquezas y los honores; si no me das tu corazón, siempre tendrás hambre y sed, y jamás se cumplirán tus deseos: *Fili, præbe mihi cor tuum*. Así como crié la inmensa latitud de los mares para recibir en su seno las aguas, así crié esa inmensa latitud de los cielos, donde millares de estrellas giran con orden y simetría, para recibir tu corazón. Sólo cuando yo te inunde allí en el torrente de mis delicias te verás refrigerado; sólo cuando yo te llene dejarás de estar vacío; sólo cuando yo te alimento dejarás de padecer hambre: *Fili, præbe mihi cor tuum*. » Tal es, amados míos, la naturaleza de nuestra alma; encerrada en el cuerpo, busca en él la tierra el bien por que suspira, y no hallándolo, sale de los objetos visibles, y en las alas de la inteligencia rápidos vuelos da hasta el cielo, donde habita el objeto que ama, de quien tiene la idea y semejanza. ¡Ah! Todo lo que no sea Dios, es cosa bien pequeña para llenar los deseos de un sér espiritual é inmortal.

Quitando, pues, el incrédulo al alma la esperanza de la inmortalidad, haciéndola tan percedera y corruptible como la materia, ¿qué podrá darle para que quede satisfecha? Sé feliz, alma mía, le dice; pero ¿qué objeto le presenta que la haga dichosa? ¿Los placeres de la carne? ¡Desgraciado! Pronto le sucederá como al jóven pródigo que, hambriento de placeres, deseaba saciarse como los animales inmundos que custodiaba, y nadie se los proporcionaba; se internará en todas las abominaciones; se

entregará á todos los excesos de las orgías; se revolcará entre las obscenidades, pero en medio de ellas, el alma dejará oír su voz, y retirándose con desden de entre la brutal lujuria, dirá con energía y vigor: ¡Ah! Esto es todo inmundo; yo no hallo satisfechos mis deseos en la hedionda cloaca de la deshonestidad; yo no puedo soportar la fetidez de estos placeres tan sucios; cuanto más me ahondo en ellos, me encuentro más manchado; cuanto más los poseo, tanto más me causan hastío.

Demos, pues, al incrédulo talentos superiores; con ellos se ha de atraer la admiración universal; ha de recibir homenajes del mundo sensual; ha de percibir los perfumes de la adulación; los grandes y pequeños lo han de señalar en las plazas y calles; pero al fin le sucederá lo que aconteciera al impío octogenario del siglo xviii, que á poco de haber entrado en triunfo en la gran ciudad donde estableciera su escuela, entregara su espíritu, devorado por los remordimientos de haberse servido de sus luces naturales para pervertir al mundo y satirizar la Religión; dadle conocimientos profundos, con los cuales cree nuevas teorías para gobernar á los pueblos, é invente religiones sentimentales, que al fin no tendrá el talento suficiente para hacerse más fuerte que la desgracia, y se entregará á la voracidad de un tósigo, como hiciera aquel sofista del *Pacto social*, cuyo ingenio fué admirado como un coloso espiritual. ¡Ah! ¿Qué fueron para vosotros ochenta ó cien años de gloria, cuando aspirábais á inmortalizar vuestro nombre? ¿Qué satisfacciones pudo tener aquella alma tan erudita, cuando no supo tener un momento de placer, pues el mismo filósofo de Ferney confesó que toda su vida había sido «una perpétua y horrible pesadilla,» que lo devoraba noche y día?

¿Satisfarán al alma las riquezas? ¡Ah! Después de haber pasado muchos años en adquirir con sudor; después de haber empleado mil resortes para amontonar el

oro, «¡Desgraciada de mí, exclama el alma, no he hecho más que aumentar mis cuidados y formarme enemigos! Me encuentro expuesta á los tiros de los envidiosos; soy esclava de las modas y caprichos del mundo; he atesorado para todos, y no sé quién disfrutará de mis riquezas despues que ponga un pié en la tumba; he oprimido al pobre con mis durezas; he ocasionado ruinas irreparables á mis amigos con las usuras; me he servido de la mentira y de la mala fé para mis ganancias; tengo llenos mis cofres de oro empapado en sangre, y cuando yo me decia á mí misma: «¡Descansa, alma mía, disfruta de los bienes que tienes preparados para muchos años, come, bebe, regálate!» una voz terrible, á quien no puedo resistir, me llama á entregar cuentas y á juzgarme y sentenciarme sin apelacion. ¡Ay, que todas mis preciosidades van á reducirse á un sepulcro! ¡Todas mis alhajas han de ser los gusanos y la podre, y sólo me resta la idea cruel de verme despojada para siempre de las riquezas del tiempo y de las de la eternidad para que fuí criada!»

No resta, pues, al incrédulo, para ser feliz, más que los honores y el poder; sea, pues, el hombre más universal; llegue la fama de su nombre de uno á otro polo, y penetre hasta los confines del mundo; póstranse á sus plantas todos los príncipes; ríndanle sus banderas todos los ejércitos; ciñan su frente mil coronas; empuñen sus manos mil cetros; use á su arbitrio de los Soberanos; sírvanle éstos de estribo para subir á su carroza; disponga á su antojo de las vidas y haciendas; sea, por fin, amo absoluto de todas las naciones, imperios, monarquías, provincias y ciudades. ¿Podrá ser su alma feliz? ¡Ah, no! Llevan consigo las grandezas terrenas un signo de desgracia; la más culminosa elevacion puede ser causa de mayor ruina; cuanto más dilatado es el poder de los mortales, más expuesto vive el que lo tiene á los puñales de sus émulos; el reinado más glorioso, la dominacion más sóli-

damente establecida, tienen el déficit de concluir en el sepulcro. Mas dejada á un lado la caducidad, ¿qué dicha acarrear al hombre los honores y el poder? Hemos visto á algunos que de la oscuridad se han levantado, y han desaparecido despues de despedir un corto brillo, como esos cuerpos aerostáticos que desaparecen en la misma region que los diera el sér: otros hemos visto que se eleváran como las nubes formadas en los vértices de los volcanes, que sucesivamente se robustecen y cubren el horizonte, y entre horrendos torbellinos fulminan rayos, y por do quiera siembran el terror: otros hemos visto que, como esos cometas de gran cauda, se han querido sentar junto á regiones estrelladas, infundiendo espanto en los pueblos; pero todos estos hombres, ¿tuvieron un solo dia su corazon tranquilo? El oro que adornaba su cabeza, ¿no reposaba sobre una frente tan turbada como el mar agitado por el huracan? Y para comprobarlo, ¿será necesario que tomemos en nuestras manos los anales del mundo, y os refiramos la desgraciada vida de aquél que destruyera el imperio de Babilonia, de Nínive, de Siria, de Tiro y la Palestina, llevando en su carro triunfal los cetros de los Teglalapasares, de los Nabucos y de los Ciro? ¿Y os referiré los continuos desasosiegos de aquél cuyo lema era llegar, ver y vencer, y con sólo presentar sus legiones destruyera todas las monarquías de Oriente y Occidente, y fuera señor de casi todo el mundo conocido? Pero ¿por qué revolver los empolvados pergaminos del mundo antiguo, cuando á nuestra vista se ha representado una escena que nos ha demostrado que el hombre más infeliz es el que más suspira por los honores y el poder?

¡Ah! Recorred, amados míos, lo que pasaba en el seno de vuestra pátria treinta años há; en aquella gran época, ninguno de vuestros padres bajára al sepulcro sin mil lauros; despues de ella, ningun hijo de la Iberia puede

recordar los hechos sin que su sangre bulla; todos ceñían la espada, todos corrian como leones á pelear contra un hombre que, más ambicioso que Julio César y Alejandro, queria extender su imperio desde los hielos del Ártico hasta las abrasadas arenas de la Arabia; temblaban los emperadores y reyes ante su presencia; se movian á su voz innumerables y ominosas huestes; el mundo entero se conmovia, y la tierra parece que temblaba cuando pasaba sobre ella aquel coloso del poder; preguntadle cuántos fueron los momentos de verdadero placer, y os responderá que ninguno; dirigíos á su magnífica tumba, y entre sus mármoles oireis resonar una lúgubre voz que os dirá: «¡Desgraciado de mí! Un dia pretendí destronar á los antiguos monarcas y sentarme en sus tronos, y para conseguirlo medité dia y noche mil intrigas, que me quitaban el reposo y la alegría; un dia conseguí que los príncipes me sirviesen como esclavos, y para ello abusé de mi fuerza, y los remordimientos me devoraban y roian mi corazon; un dia, cuando me creia el Dios de la tierra, todos los elementos se desencadenaron furiosamente contra mí; el Eterno dijo á los pueblos: «Romped esas cadenas y destruid al tirano,» y miles de bocas de fuego se asestaron contra mi pecho; tuve que alargar mis piés á las duras cadenas; mis hombros, despojados de la púrpura, fueron agobiados con la pesada esclavitud; me condujeron como á un malvado á un terrible peñon, y despues de haber pasado unos pocos años tiranizando al mundo, lloré en la soledad y espiré, devorado por el pesar de haber perdido mi gloria y mi poder.» Tal es la condicion de las glorias del mundo: en vez de beatificar al hombre, lo hacen infeliz.

¡Desgraciado, pues, del incrédulo! No puede causarle dicha alguna ninguno de los objetos que le rodean; ni la contemplacion de la naturaleza le extasia, porque no ve en el mundo sino materia y combinaciones fatídicas; ni

la sociedad humana le conmueve, porque reputando á los hombres por autómatas, no conoce lo dulce y tierno de las relaciones de una amistad honesta y recíproca; ni tiene fundamento alguno donde establecer pueda la confianza mútua, las obligaciones morales, la distincion de justo é injusto, con todas las demás reglas que rigen y sostienen la sociedad; las riquezas le atormentan, los placeres lo embrutecen, la gloria lo deslumbra, la ambicion le lleva de empresa en empresa, de conquista en conquista, hasta que ciego se precipita en el abismo que él mismo ha cavado con sus propias manos. ¡Desgraciado, repito, porque, pasando esta vida entre disturbios, entre dudas, entre temores y tormentos, sin gozar de los dones de la naturaleza, ni de los encantos de la sociedad, ni del fruto de sus propias fatigas, pasará cuando ménos lo piense á otra vida en que no queria creer, y allí eternas llamas han de abrasar al alma caldeada entre los fuegos de la concupiscencia; eterna desesperacion rasgará aquella alma, ántes rasgada por las dudas é incertidumbres, y un cruel remordimiento se apoderará de su corazon, y como el carnívoro buitro que mancha sus uñas y pico entre las sinuosidades del corazon y entrañas palpitantes que va á devorar, lo atormentará sin aniquilarlo y se encruelcerá sin consumirlo.

Tengo, pues, convencida á la incredulidad de locura; he demostrado su crimen en haber enseñado á los hombres á pecar sin remordimiento; en haberlos adiestrado en consumir la maldad, y en haber quitado á los pueblos el freno de la conciencia y de las leyes; tengo tambien probado que el incrédulo es el sér más miserable del mundo; en tres palabras: el incrédulo es un loco, porque desprecia una Religion que han seguido miles de generaciones sábias é ilustradas; es un criminal, por haberse erigido en enemigo de Dios, de los hombres y de sí mismo; es un desgraciado, porque, no constituyendo su di-

cha en Dios y en su alma inmortal, nada de este mundo puede hacerle feliz, recibiendo prematuramente en sí mismo la recompensa debida á su error: *Mercedem quam oportuit erroris in semetipsis recipientes*. Y de esta misma locura adolece el siglo en que vivimos; este mismo crimen comete nuestra generacion actual; así es que ella es tambien la época más desgraciada; porque jamás se viera mayor ambicion, jamás más lujuria, jamás menos respeto á los templos, jamás menos veneracion al sacerdocio, jamás se vieran tantos folletos impíos, jamás menos obediencia á las leyes, jamás más indiferencia en Religion, jamás mayor desprecio de las luces que Jesucristo nos trajera con su Evangelio; pero en cambio, nunca se vieran tantos tiranos que han sacrificado á la humanidad, tiranos salidos de entre los mismos cristianos; nunca tantas guerras civiles, nunca pestes tan devoradoras, nunca tales terremotos, nunca tan horribles huracanes, nunca tantas y tan formidables inundaciones; pero el siglo recibe lo que merece; adoptó las ideas de la incredulidad, y la incredulidad le da el pago merecido: *Mercedem quam oportuit, etc.*

¡Oh, amados míos! Suspiremos por aquella dicha que se nos prepara en recompensa de haber creído con sumision y humildad; anhelemos por aquel momento en que el alma justa se reviste de una gloria inexplicable, en premio de haber amado en este mundo á su Dios con todo su corazon y al prójimo como á sí mismo; saludemos aquella mansion deliciosa, que está preparada para los que usan del mundo en conformidad con los principios que la Religion inspira. Esta es la ciencia verdadera; todo lo demás es locura y desgracia.

¡Hijos de María! etc. etc.

SERMON MORAL DOGMÁTICO

SOBRE

LA IMPORTANCIA DE LA SALVACION DEL CUERPO.

(PARA LAS FLORES DE MAYO.)

Novissima autem inimica destruetur mors.

Y la enemiga muerte será destruida la postrera.

(I ad CORINTHIOS, cap. xv, vers. 26.)

Creer ciegamente en las verdades reveladas es el carácter del cristiano humilde y sumiso á la autoridad que habla; creer conociendo la conformidad que hay entre los misterios divinos y la razon humana, es propio del cristiano sumiso tambien, pero ilustrado. Una y otra fé se encuentra en la Iglesia, siendo esta la activa y aquella la pasiva, nutriéndose una en el seno de los doctores y la otra en la generalidad de los fieles. Si yo os digo que entre muchos de los que me oyen no hay sino la fé pasiva, aquella fé comun á toda la Iglesia, con la cual se cree firmemente cuanto Dios ha revelado, atendida la infalibilidad del que revela y la de la Iglesia que así la canoniza; si os digo que hay otros que tienen la fé activa, propia del cuerpo de los doctores, esta fé, que evoca en su testimonio la autoridad de la razon, de la humanidad, de la dialéctica, de la historia, de los monumentos y de las tradiciones; esta fé, que advierte la más bella armonía entre las luces de nuestro espíritu y los dogmas revelados; esta fé, que hace del entendimiento humano, que naturalmente es pigmeo, un gigante que se enaltece hasta el cielo, que se lanza en el porvenir, que retrocede

cha en Dios y en su alma inmortal, nada de este mundo puede hacerle feliz, recibiendo prematuramente en sí mismo la recompensa debida á su error: *Mercedem quam oportuit erroris in semetipsis recipientes*. Y de esta misma locura adolece el siglo en que vivimos; este mismo crimen comete nuestra generacion actual; así es que ella es tambien la época más desgraciada; porque jamás se viera mayor ambicion, jamás más lujuria, jamás menos respeto á los templos, jamás menos veneracion al sacerdocio, jamás se vieran tantos folletos impíos, jamás menos obediencia á las leyes, jamás más indiferencia en Religion, jamás mayor desprecio de las luces que Jesucristo nos trajera con su Evangelio; pero en cambio, nunca se vieran tantos tiranos que han sacrificado á la humanidad, tiranos salidos de entre los mismos cristianos; nunca tantas guerras civiles, nunca pestes tan devoradoras, nunca tales terremotos, nunca tan horribles huracanes, nunca tantas y tan formidables inundaciones; pero el siglo recibe lo que merece; adoptó las ideas de la incredulidad, y la incredulidad le da el pago merecido: *Mercedem quam oportuit*, etc.

¡Oh, amados míos! Suspiremos por aquella dicha que se nos prepara en recompensa de haber creído con sumision y humildad; anhelemos por aquel momento en que el alma justa se reviste de una gloria inexplicable, en premio de haber amado en este mundo á su Dios con todo su corazon y al prójimo como á sí mismo; saludemos aquella mansion deliciosa, que está preparada para los que usan del mundo en conformidad con los principios que la Religion inspira. Esta es la ciencia verdadera; todo lo demás es locura y desgracia.

¡Hijos de María! etc. etc.

SERMON MORAL DOGMÁTICO

SOBRE

LA IMPORTANCIA DE LA SALVACION DEL CUERPO.

(PARA LAS FLORES DE MAYO.)

Novissima autem inimica destruetur mors.

Y la enemiga muerte será destruida la postrera.

(I ad CORINTHIOS, cap. xv, vers. 26.)

Creer ciegamente en las verdades reveladas es el carácter del cristiano humilde y sumiso á la autoridad que habla; creer conociendo la conformidad que hay entre los misterios divinos y la razon humana, es propio del cristiano sumiso tambien, pero ilustrado. Una y otra fé se encuentra en la Iglesia, siendo esta la activa y aquella la pasiva, nutriéndose una en el seno de los doctores y la otra en la generalidad de los fieles. Si yo os digo que entre muchos de los que me oyen no hay sino la fé pasiva, aquella fé comun á toda la Iglesia, con la cual se cree firmemente cuanto Dios ha revelado, atendida la infalibilidad del que revela y la de la Iglesia que así la canoniza; si os digo que hay otros que tienen la fé activa, propia del cuerpo de los doctores, esta fé, que evoca en su testimonio la autoridad de la razon, de la humanidad, de la dialéctica, de la historia, de los monumentos y de las tradiciones; esta fé, que advierte la más bella armonía entre las luces de nuestro espíritu y los dogmas revelados; esta fé, que hace del entendimiento humano, que naturalmente es pigmeo, un gigante que se enaltece hasta el cielo, que se lanza en el porvenir, que retrocede

á lo pasado y domina á lo presente; si os digo todo esto no será, en verdad, ensalzar á los últimos, ni deprimir á los primeros; pues no es más digno de alabanza el magnífico vaso que destinára el alfarero para la casa del príncipe, que aquel que no tuviera adorno alguno por no deberse servir de él sino el humilde zagal; el acto reflejo con que el espíritu advierte la conformidad que existe entre la razón y el dogma, es propio de todo hombre que tiene la fé, y no hay otra diferencia, en cuanto á su existencia en unos y su no existencia en otros, más que la que vemos entre la rosa desarrollada y la que aún está encerrada en el pimpollo, la cual se abrirá tan pronto como sea caldeada con la acción vivificante del sol. Sí, señores; todos tenemos ó tendremos esta fé ilustrada, esta fé que raciocina, sea ahora, sea despues, pues la sumisión de nuestro espíritu á la autoridad divina es un obsequio racional, como afirma el divino Pablo, y se ha de cumplir irremisiblemente en todos y en cada uno de los que creen.

Señores, voy á poner un paralelo de esta verdad para vuestra completa inteligencia, descubriendo la infalibilidad de un hecho que está reservado para el porvenir de los tiempos, tanto por la fé pasiva, como por la activa, tanto por la fé que cree, como por la que cree y raciocina. Este hecho es la resurrección de los cuerpos; la fé dice: «Creo en la resurrección de la carne.» Y basta que la Iglesia proponga este artículo del símbolo, para que el fiel humille su cerviz. Si pregunta el incrédulo á un hombre del pueblo los fundamentos de este artículo, no podrá este exhibirle otro que el de la voz de la Iglesia; pero haced esta demanda á la misma Iglesia; hagámosla á los que están encargados de enseñar, instruir y confirmar á los débiles, y de atacar y confundir á los contumaces, y vereis desarrollarse una razón eminente y sublime, ante la cual huirán todas las cavilaciones y sofismas, como se

esconden á la aparición del astro del día todas las aves nocturnas. Esta fé nos dirá entónces: «Creo que los cuerpos han de resucitar para no volver jamás al polvo, no sólo porque así lo ha revelado el Altísimo, el Infalible, el Sabio por esencia, sino también porque mi razón natural repugna á creer lo contrario; porque desde luego yo advierto en el hombre dos potencias, una material, otra espiritual, cuerpo y alma; y estos dos seres se aman con exceso; padecen gran violencia cuando se separan uno de otro, y reclaman una unión eterna, inseparable, que Dios no puede ménos de satisfacer, pues ha criado todas las cosas para que vivan en su centro y no padezcan violencia alguna; y por consiguiente no ha de permitir que la violencia que sienten mutuamente el cuerpo y el alma en su separación, sea perpétua. Creo este dogma, continuará la fé activa, por ser conforme á cuanto han enseñado todos los sabios y creído todos los pueblos, no sólo los que explícitamente han oído la voz del cielo, sino hasta los mismos paganos é idólatras, y no es posible desechar el testimonio universal sin ser un loco y temerario. Yo creo, además, este dogma, porque la experiencia de diez y ocho siglos me lo demuestra hasta la mayor evidencia; porque diez y ocho siglos há que todos los pueblos y naciones están atacando al Cristo, y nadie ha podido herrar un ápice de cuanto Él dijo; Él ha triunfado de todos los hombres, sean reyes ó sabios, pueblos ó Senados, y yo sé que le falta obtener en toda su latitud una victoria que es infaliblemente suya, la victoria sobre la muerte, que ha de cerrar la era de los combates: *Novissima omnium destructur mors*. Y no sería posible que consiguiese esta victoria, si los cuerpos no resucitan, pues la muerte no puede empecer á las almas, que por su naturaleza son indestructibles é inmortales.

Hé aquí, amados míos, una verdad propuesta por la Religión y demostrada con la razón, dogma bien con-

solador, del cual deducimos legítimamente que tenemos que salvar ó condenar para siempre á este cuerpo, que ahora agrava nuestra alma, y ha de ser por algun tiempo compañero del polvo. Aquí no tiene lugar la duda, ni puede haber efugio para el incrédulo; la proposicion es de verdad eterna, demostrable á todas luces. ¿Cuál debe ser el partido á que nos adhiramos? Señores, el hombre más sábio es el que mira con más prudencia por sus propios intereses: seamos, pues, del partido y del número de los hombres cuerdos, y procuremos salvar nuestros cuerpos, haciendo cuanto está de nuestra parte para que un dia vuelen por los espacios hasta lo más alto del cielo, que Dios preparó al hombre. Para que miremos este negocio con la atencion de que es digno, sea este el asunto de mi discurso y el objeto de vuestra atencion religiosa, despues de saludar á María Santísima con el Arcángel.

AVE MARÍA.

Cuando he dicho que falta á Jesucristo conseguir en toda su latitud un triunfo, no he hecho más que exprimir mi sentimiento del divino Pablo. Esta victoria radicalmente está conseguida hace diez y nueve siglos; pero no ha podido tener aún su desarrollo y complemento. Oidme, amados míos; recordad lo que ocurrió despues que Jesús espiró. Los Pontífices y sábios de la Judea aún no están contentos con haber dado muerte á Jesús: un terrible torcedor corroia sus corazones; habian conseguido apoderarse del Justo y llevarlo al patíbulo; Jesús muere. ¿Podia temerse á un hombre ya difunto, embalsamado y encerrado en un sepulcro? Habia afirmado Jesús que despues de su muerte resucitaria á los tres dias. ¿Podian temer que se verificase la prediccion de un hombre que ellos tenian por sacrilego y fanático, y que moria bajo el terrible peso del anatema de la ley? En realidad, segun

aparece por la relacion del Evangelio, los fariseos no temian que Jesús resucitase; todos sus temores eran que podian venir los discípulos, robar su cuerpo de noche, y propagar entre la plebe el rumor de que habia resucitado: lo que haria, segun ellos creian, que el último error fuese mayor y peor que los anteriores. Para obviar á tamaño mal se presentan al presidente romano pidiéndole auxilio, con estas palabras insultantes: «Señor, aquel fementido dijo cuando vivia que resucitaria al tercer dia. Mandad poner un destacamento militar en su sepulcro; sea éste sellado con las armas del imperio; nadie se atreva á tocar al frio mármol; sea custodiado por la lanza y la espada, no sea que sus discípulos lo hurten y diseminen nuevos errores.» Así pasaban las cosas despues que Jesús murió.

Bien veis, amados míos, que le faltaba á Jesús concluir alguna hazaña muy notable, pues tan suspicaces andaban sus émulos, que no perdonan ni á su inerte cadáver. Mas ¿qué hazaña es esta? Al concluir Jesús su vida, ¿no ha dicho: *Consummatum est*, todo está acabado? ¿No ha conseguido ya todas las victorias y triunfos que se habia propuesto? Radicalmente sí los consiguiera; si podeis avivar las penetrantes miradas de la fé, subid al Gólgota; Jesús ha muerto. ¿No veis lo que yace tendido al pié de la Cruz? ¿No veis quién se halla encadenado al Tronco divino? ¿No veis ese cruel espectro, á quien no ha quedado fuerza para manejar la terrible guadaña? ¿No veis al dragon sanguinario, para quien las últimas palabras de Jesús en la cruz han sido un rayo aterrador? ¿No lo veis encadenado y sin fuerza? Son el demonio y la muerte. Jesús no tenia otros enemigos que vencer; al demonio, que engañara al primer hombre; á la muerte, que se apoderara del hombre apóstata sujetándolo á su imperio. La muerte ha sucumbido; Jesús la ha matado; pero este triunfo tan completo en sí, aún no ha tenido todo el des-

arrollo. Este sólo se verá cuando, volviendo del Limbo, el alma de Jesus éntre de nuevo en el cuerpo, le dé una animacion nueva y gloriosa, y salga en triunfo de entre las sombras sepulcrales. Hasta este momento el vencedor ha guardado silencio, ha tenido en expectativa á unos enemigos ignorantes que quisieran pelear con Dios á lo humano, que pensáran que este Dios, en forma de siervo, era tan engañador como ellos; pero llegado el instante prefijado para publicar la victoria y sus efectos, Jesus sale de entre los horrores de la tumba cantando alabanzas á su Padre celestial, y diciendo á la muerte: ¿Dónde está ahora, ¡oh muerte! dónde está tu antigua victoria, que conseguiste sobre los míseros hombres? *Ubi est mors victoria tua?* ¿Dónde está ese aguijon venenoso con que inficionabas y destruías á mis hermanos? *Ubi est mors stimulus tuus?* Concluyóse tu imperio y tu reinado; yo tomé forma humana para pelear contigo cuerpo á cuerpo y hacer partícipes de mi triunfo á todos mis hermanos los hijos de Adán. ¿Creías tú que triunfabas porque ejerciste sobre mí tu saña en el Calvario? ¿Crees tú que triunfas sobre mis hermanos porque sus cuerpos yacen en el polvo? ¡Ah! No; para mí tanto valen tres dias como mil siglos; yo soplaré un dia sobre los cadáveres pulverizados de mis hermanos; yo haré que se unan sus huesos y que se extiendan sobre ellos los tendones, las arterias y la piel; yo haré que éntre en ellos el espíritu de vida y vuelvan á vivir, y entonces serás tú destruida y aniquilada. *Novissima autem destruetur mors.* No venzo yo, sino para que ellos venzan; no resucito, sino para que ellos resuciten tambien; porque yo soy el tipo de las glorias que han de tener los que me sigan en los sufrimientos de la Cruz. *Novissima autem destruetur mors.* Este triunfo de Jesus es completo.

Empieza ya á descubrirse la gran importancia de la salvacion de nuestros cuerpos; porque, señores, lo que

fueran para Jesucristo los tres dias que siguieron á su muerte, lo serán para nosotros los años ó los siglos que estemos confundidos en el polvo. La distancia importa poco, pues no existe sino para nosotros que por nuestra limitada comprension dividimos las edades en pasadas, presentes y futuras; mas no para Dios, de quien decimos que ve lo que hubo, lo que hay y lo que habrá, no porque haya para él algo pasado ó futuro, sino porque es preciso hablar así para entendernos. Dios no tiene más que un momento de existencia, y este momento es lo presente, este momento es lo eterno, lo inmensurable; límites, porvenires, pretéritos, no los hay para Dios. Racionemos, pues, para nuestro propio bien. El triunfo que consiguió Jesucristo sobre la muerte, dura y durará tanto comola misma eternidad. ¿Sabeis para qué lo consiguió? ¡Ah! Voy á trasladaros de un teatro de sangre y de horror á otro de éxtasis y de gozo. Dejemos el Gólgota y vayamos al monte Olivete. ¿No veis lo que pasa á los cuarenta dias de la resurreccion de Jesus? En el mismo monte donde la sangre bañára aquel cuerpo divino, ocasionando un sudor copioso la angustia y agonía, va á representarse una escena que no se viera en cuatro mil años, ni se reproducirá hasta el último dia del mundo; escena que llama tanto la atencion de los circunstantes, que todos quedan extáticos mirando al cielo, sin poder volver en sí hasta que dos ángeles les hablan. ¿Qué ha podido acaecer tan maravilloso y desusado para llenar á los Apóstoles y discípulos de un santo estupor? ¿Qué? Una trasformacion inaudita; el cuerpo, cuya naturaleza es la pesadez, la inclinacion hácia la tierra, ha perdido todas estas cualidades; en vez de gravitar como la materia terrenal, quiere elevarse como el fuego; aquel mismo Jesus que viviera treinta y tres años en la tierra, conversando con los hombres como uno de ellos, echa su bendicion á los discípulos, les dice las últimas palabras

de paz, prometiéndoles su asistencia perpétua, y al decir estas razones amorosas, empieza á elevarse con majestad y lentitud, siendo recibido en blancas y esplendentes nubes, subiendo por los espacios con su propia virtud, con voces de júbilo y al sonido de las angélicas cítaras.

En esta última acción de Jesús está cifrado el complemento de su victoria sobre la muerte. Jesús resucita del sepulcro para trasladarse al cielo y sentarse á la diestra de su Padre. Recordad ahora, amados míos, lo que Jesús decía á sus discípulos en la última Cena: «Yo, les dice, dispongo del reino para vosotros, como mi Padre dispuso de él para mí. Para que comais y bebais á mi mesa en mi reino, y os sentéis sobre tronos para juzgar á las doce tribus de Israel.» Y con estas solas palabras comprendereis, que así como Él resucitó para subir al cielo, así hemos de resucitar nosotros para penetrar con la virtud de Dios por esos azulados espacios, y subir llenos de gloria y majestad hasta el empíreo, y gozar de las inefables delicias de la gloria, realizándose entónces el triunfo de Jesucristo sobre la muerte en toda su latitud.

¡Oh! ¡Á qué religion tan sublime nos conduce esta idea de la ascension de nuestros cuerpos! Es de tanta consecuencia la última proposicion sobre la resurreccion de éstos, que el divino Pablo cifra en ella toda la esencia del Cristianismo. Desde luégo, contrayéndose á Cristo, dice: «Que no murió ni resucitó sino para extender su dominio en los vivos y en los muertos.» Y descendiendo luego á los efectos de esta resurreccion en nosotros, establece todas estas verdades que vais á oír. Primera: si Cristo no resucitó, luégo vana es nuestra predicacion, y tambien es vana vuestra fé. Segunda: si Cristo no resucitó, en vano esperais, pues estais aún en vuestros pecados. Entónces, ¿qué diremos, sino que los que creen en Cristo tan sólo para una vida tan efímera como la presente, son los más desgraciados de todos los hombres?

Razon tenía el sublime Agustín para afirmar que «la creencia en la resurreccion de los cuerpos, es la fé especial de los cristianos,» y «que en nada se contradecía al Catolicismo con tanta fuerza como en negar esta resurreccion.» Sí, nuestra victoria sobre la muerte es una consecuencia necesaria de la victoria de Jesús, y nuestra ascension á los cielos en cuerpo y alma. Gloriosa es tambien otra consecuencia que deduce admirablemente el mismo Apóstol con estas palabras: «Si creemos que Jesús murió y resucitó, así tambien creemos que Dios traerá con Jesús á aquellos que durmieron por Él.» Esto os decimos en palabra de Dios... porque el mismo Señor, con mandato y con voz de Arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo: y los que murieran en Cristo resucitarán los primeros. Despues nosotros, los que quedamos aquí, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes... y así estaremos para siempre con el Señor. Es decir, amados míos: el golpe que la muerte nos dá, es transitorio y momentáneo; nuestros cuerpos se debilitan y disuelven y pulverizan; mas no se anonadan enteramente, estando como estamos asegurados de la victoria sobre la triste parca. Establezcamos, pues, para nuestro consuelo esta verdad ántes de desarrollaros toda la importancia de la salvacion del cuerpo. Esta carne, que agrava el espíritu, ha de ser un dia más leve que una pluma; esta carne tosea y opaca, ha de ser esplendente como el sol; esta carne, que no es hoy más que una aglomeracion de insectos de principios disolventes, de corrupcion y fetidez, ha de gozar un dia el privilegio de la naturaleza espiritual, ha de ser incorruptible é inmortal; este cuerpo, que nos arrastra ahora hácia la tierra, ha de subir un dia hácia el cielo, no como la brizna de débil papel que es envuelto entre los torbellinos de los vientos y elevado por la atmósfera sin órden, sino que como águila real volará hasta llegar á mirar de hito

en hito al Sol de justicia, y como aguerrido soldado que tuvo parte en los combates de su capitán en la tierra, le seguirá en el día del triunfo para adornar también sus sienes con el lauro de la inmortalidad en el cielo. ¡Qué prodigio, amados míos! ¡Cómo! ¿El cuerpo que comen los gusanos, ha de ser inmortal? ¿Estas pupilas que son devoradas por la podre de la tumba, han de ver á su Dios? Sí, señores, sí. Esta es la gran creencia de la humanidad; esta la fé que sostenía al paciente Job en el triste muladar, cuando no había otra diferencia entre este y su cuerpo que la de estar este animado y aquel no. «Yo sé, dice, que mi Redentor vive, y que lo he de ver con mis propios ojos, y esta esperanza hará que mi cuerpo exánime tenga una especie de vida en el sepulcro.»

Pero reflexionemos más profundamente en este asunto, señores. Aún no se ha descubierto toda la importancia de la salvación de nuestros cuerpos. El triunfo que Jesucristo consiguió sobre la muerte para sí y sus hermanos, iba acompañado de otra victoria más complicada y difícil. Había vencido á la primera muerte, y para conseguir la completa derrota de ésta, no necesitaba más que ofrecer su cuerpo en Hostia de propiciación. Era este triunfo bien penoso, pues tenía que morir en él el decreto de muerte que fulminara Dios al principio. Sin embargo, Jesucristo lo alcanzó en toda su plenitud. Mas existía la segunda muerte, sobre la cual el Redentor no podía obtener triunfos completos y universales. ¿Os admirais de mi proposición? Leed al Profeta Oseas, y en él encontrareis las dos muertes, de las que una será completamente destruida, y otra no lo será del todo, pero sufrirá una gran derrota. La primera es llamada muerte, la segunda infierno, y á una y á otro dice Dios estas palabras: «¡Oh muerte! Yo seré tu muerte. ¡Oh infierno! Yo seré tu mordedura.» *O mors! Ero mors tua. Morsus tuus ero inferne!* Leed también al extático de Path-

mos, y encontrareis en él la misma idea. Viera este Apóstol la serie de todos los sucesos de la Iglesia hasta la consumación del mundo: sus persecuciones, sus lauros, sus mártires, sus vírgenes, sus doctores, todo le fuera enseñado en la revelación, comprendiendo en el emblema de siete sellos, de siete trompetas y de siete plagas de ira de Dios, cuanto acaeciera en la tierra hasta la venida del Juez Justo. Concluida esta visión profética sobre los trabajos de la Iglesia militante, empieza la historia de la triunfante. Antes de hacer la descripción de esta Iglesia, feliz eternamente, se ve una gran revolución en la naturaleza. Todos los muertos, chicos y grandes, están en presencia del Trono: se abren los libros, y son todos juzgados por lo que hay escrito en ellos. Ni un solo hombre se esconde ni evade de este tribunal final; el mar arroja sus muertos, la tierra los arroja también, y el infierno igualmente. Entre tanto, ¿qué sucede? Se ve un cielo nuevo y una tierra también nueva; aparece la Jerusalén celestial ataviada y engalanada, como la esposa que va á dar al cordero divino su mano; se oye una voz desde el trono de la Divinidad, que da un detalle de la suerte ulterior del mundo con este razonamiento, en el que debiéramos pensar á menudo, para no arriesgar la salvación de este cuerpo, á quien tanta felicidad está preparada en la patria celestial, ó tanto infortunio en el lugar de los tormentos. Dicen de este modo: «Hé aquí el Tabernáculo de Dios con los hombres y morará con ellos. Y limpiará Dios toda lágrima de los ojos, y ya no habrá muerte, ni más llanto, ni más clamor, ni más dolor, porque las primeras cosas pasaron. Mas á los cobardes, á los incrédulos y homicidas y deshonestos, la parte suya será en el lago, que arde en fuego y en azufre, que es la segunda muerte.» Aquí hay, señores, algún misterio.

Acabóse el mundo, y, sin embargo, ¡qué sorpresa! Aún hay una muerte, de la cual Dios no ha podido triunfar.

¿Qué muerte es esta, amados míos? El infierno, la segunda muerte, contra la cual no podía Dios pelear solo, pues tenía que ser ayudado de la cooperación humana, en cuyo favor Dios ofreció su vida en la Cruz. Creo que en este momento han sido bañados nuestros espíritus con una luz copiosa. Jesús murió para destruir el imperio de la muerte, y si Él resucitó como lo creemos, necesariamente hemos de resucitar nosotros. Mas ¿resucitaremos todos del mismo modo? No, dice San Pablo; porque así como en Adán mueren todos en Cristo, son vivificados todos, mas cada uno en su orden; y, por fin, para concluir mi argumento, diré con el mismo Dios: «Unos irán á la vida perdurable, otros al fuego eterno.» Habrá, pues, una resurrección inmortal, gloriosa, feliz, en la cual, como insinúa el mismo Apóstol, nos asemejaremos por la claridad, agilidad, sutileza, impassibilidad y hermosura, al mismo Cristo resucitado. Habrá también otra resurrección inmortal, pero ignominiosa, infeliz y principio de una era de horror, de desesperación, de llanto, de crujir de dientes, de revolcarse eternamente entre el estanque de azufre y fuego, y ésta es la segunda muerte, muerte inmortal, á que serán destinados los cuerpos de los reprobos. Contra ésta no podía Jesucristo triunfar completamente. ¿Y por qué? Porque la victoria pende no sólo de la fuerza de la gracia, sino también de la cooperación del libre albedrío. En vano Jesucristo muere en la Cruz, y crucifica su cuerpo en el madero. Si el hombre no quiere morir al mundo, si no quiere crucificar su carne con los vicios y concupiscencias, Aquel hará cuanto está de su parte para triunfar de la muerte eterna, y éste inutilizará por los abusos de su albedrío todos los esfuerzos del cielo. Dios, por su parte, desde el momento en que prometió al hombre un Redentor, cerró el lago del abismo con candados eternos; el infierno aún no tenía otros habitantes que los ángeles rebeldes para quienes fuera cria-

do; pero el hombre levantó con sus pecados actuales estas puertas, y queriéndole Dios sostener para que no bajase á tan horrenda morada, él se precipitó. Diré, pues, en dos palabras, que Cristo venció á la muerte, para que necesariamente salgamos de entre sus sombras á una vida inmortal, como Él salió del sepulcro. Por consiguiente, por caducos y perecederos que sean nuestros cuerpos, llevan en sí el germen de la inmortalidad, que tendrá tarde ó temprano su completo desarrollo. Diré más: Cristo venció al demonio y al infierno; en una palabra, á la muerte eterna, que es la segunda de que nos habla San Juan en su revelación; pero para librarse de las horrendas fauces de este monstruo, no basta la sola sangre de Dios, los solos méritos de Cristo. Estos nos ayudan, nos favorecen, lo hacen todo en nosotros, excepto el acto de volición, que es exclusivamente del hombre después de haber sido excitado á él por la gracia divina. Cooperando á los esfuerzos que Dios hace para vencer al infierno, estamos seguros de alcanzar una victoria completa sobre la muerte eterna.

¿Qué consecuencia sacaremos de toda esta doctrina? Una consecuencia enseñada por el derecho. Lo accesorio, dice un axioma de jurisprudencia, sigue la naturaleza de su principal. Sí; en el hombre el cuerpo con la vida temporal es lo accesorio, mas esto tiene que seguir la naturaleza de lo principal, que es el alma. Si esta gana una inmortalidad feliz, aquel tiene que seguirla necesariamente á las moradas de la dicha; si logra una eternidad desdichada, no le queda al cuerpo opción alguna más que acompañar para siempre á su principal.

¿Veis, señores, de cuánta importancia es salvar nuestros cuerpos? Vencer á la muerte del mismo modo y con las mismas miras y consecuencias que fuera vencida de Dios, ¿no es un asunto bien grave para el hombre, que tiene un cuerpo mortal por algun tiempo, inmortal por

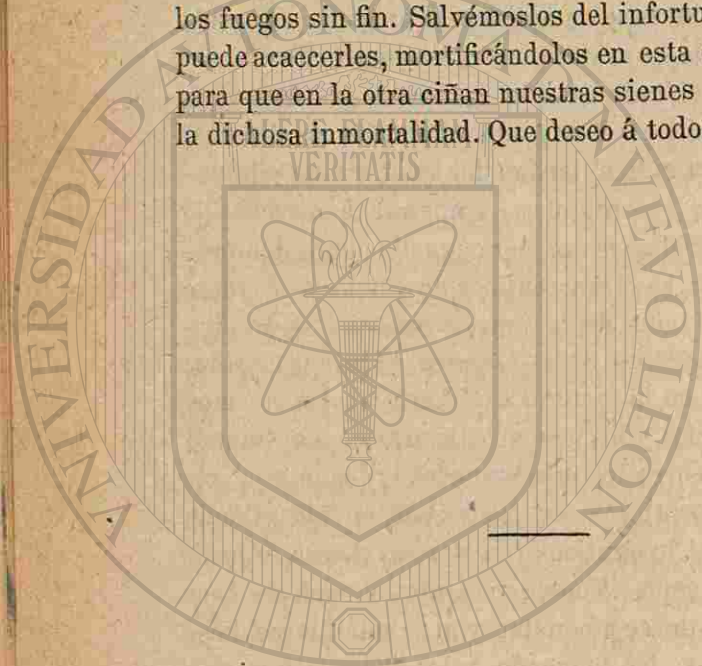
una eternidad? Dios es tan bueno, que venció por nosotros la muerte temporal y la eterna; puso ante los ojos del hombre dos cuadros para su elección: el pecado, el odio de Dios, el infierno con sus tinieblas, sus torturas, sus desesperaciones, sus fuegos y su gritería horrenda, por un lado: la gracia, la amistad divina, el paraíso con sus delicias, sus amenidades, sus dulzuras, por el otro; y tanto honor ha hecho al hombre, que no quiso violentarlo. ¡Ah! Ni al infierno ni al cielo se entra violentamente sin cadenas que arrastren, sin lazos que impidan ir á otra parte; camina el hombre á estos dos puntos; no hay más diferencia sino que unos siguen alegres á su desventurado jefe, cuyo consuelo en las torturas es el hacer partícipes de estas á los hijos de Adán; otros van también alegres tras de su amable Jesús; aquellos van marchando por el camino ancho de los regalos, del lujo, de la sensualidad, de las diversiones mundanas, de las vanas lecturas, de las usuras, de los monopolios, de las malas confesiones y de los sacrilegios, sembrando corrupción; éstos marchan por el camino estrecho de la abnegación, de la mortificación del cuerpo, del amor propio y de la curiosidad; todos cogerán su fruto; pero ¿cuál será? Oid al Apóstol: «El hombre cogerá lo que sembrare. El que siembra en la carne, de la carne cogerá corrupción; el que siembra en espíritu, del espíritu allegará vida eterna.» Todos caminan, y al llegar á su término, los unos exclamarán en su desesperación: «Hemos errado el camino de la inmortalidad;» y los otros cantarán con gran júbilo: *Ab-sorta est mors in victoria*; «Tragada ha sido la muerte en la victoria.»

No es esto, señores, una escena que yo finjo en mi espíritu; es un hecho real y positivo, que ha de suceder á cada uno de nosotros: «Os anuncio un misterio, decía el tantas veces nombrado Pablo; todos resucitaremos, mas no todos seremos mudados. En un momento, en un abrir de ojo, en

la final trompeta; pues la trompeta sonará y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos mudados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorruptibilidad; y esto que es mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto que es mortal se revista de inmortalidad, entónces se cumplirá esta profecía: «Tragada ha sido la muerte en la victoria:» *Ab-sorta est mors in victoria*. ¡Oh espectáculo el más grandioso que han visto los siglos! Entónces el sagrado estandarte de la cruz, despues de haber sido el testigo del amor divino vilmente ultrajado por los réprobos, empezará á marchar de nuevo hácia el cielo; se ordenará aquella admirable procesion de justos; se oirán cánticos de júbilo al Cordero sin mancilla; el tema de la música celestial será entonado por el primogénito de los muertos. «Tragada ha sido, dirá, la muerte en la victoria.» Contestarán los mismos acentos los ángeles y los justos. «¿Dónde está, continuará el primogénito entre los predestinados; ¿dónde está ¡oh muerte! tu victoria? *Ubi est mors victoria tua?* ¿Dónde está ¡oh muerte! tu aguijon? *Ubi est mors stimulus tuus?*» Y en medio de estas voces, semejantes al ruido de cientos caudalosos que se precipitan y al de mil cítaras diestramente tocadas, irá subiendo á los cielos la inmensa muchedumbre de hombres en cuerpo y alma inmortales, quedando destruida al fin la enemiga muerte. *Novissima autem inimica destruetur mors.*

Señores, nuestros cuerpos están destinados á nutrirse eternamente con los frutos del árbol del Paraíso de que nos habla el discípulo amado, cuya dulzura y suavidad no pueden explicar ni el néctar, ni la ambrosía, ni los exquisitos manjares que inventára la acalorada poesía. ¿Qué preferís? ¿Tener una hermosura eterna que excede al sol y al firmamento, ó una horrenda fealdad que no es comparable con la de las más hórridas arpías? Respirar los ámbares y perfumes exquisitos del cielo, ó las azufrosas

llamas del infierno por toda una eternidad? Seamos prudentes; no aventuremos lo eterno, lo sólido, lo hermoso, por lo temporal, lo transitorio y abominable; no seamos crueles para con nosotros mismos; no condenemos nuestros cuerpos al suplicio, al llanto, al crujir de dientes, á los fuegos sin fin. Salvémoslos del infortunio mayor que puede acaecerles, mortificándolos en esta cortísima vida, para que en la otra ciñan nuestras sienas las coronas de la dichosa inmortalidad. Que deseo á todos. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE LA CASTIDAD.

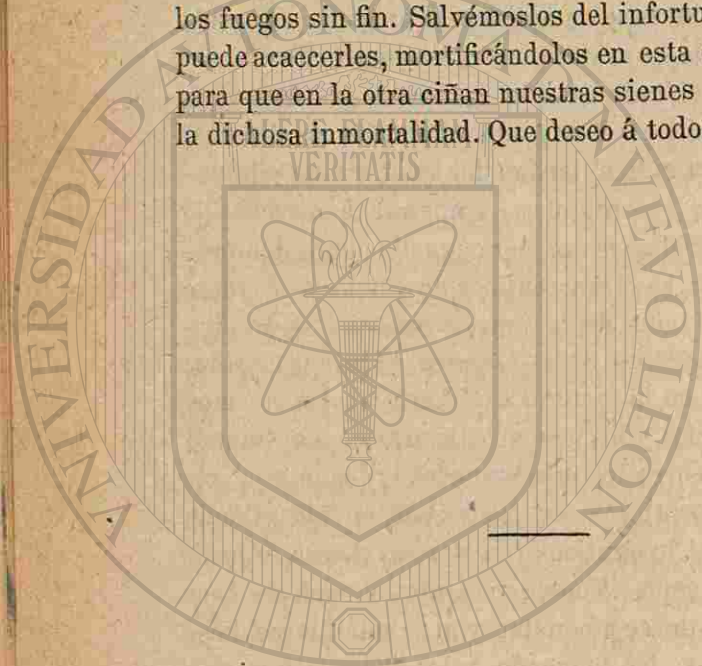
Crescite et multiplicamini et replete terram...

Creced y multiplicaos, y llenad la tierra...

(GENES., cap. 1, vers. 28.)

Cuando el hombre se empeña en abusar, no hay objeto alguno visible ó invisible que no sea revestido por su frenética imaginación con colores degradantes. Los más bellos y puros manantiales de grandeza y de saber, son transformados por su tórrida mano en ciénagas inmundas, y como el toseco bruto, igualmente se revuelca en el cristalino cauce, como en el hediondo desaguadero de una cloaca. Este asombroso fenómeno que vieran realizado en sus sábios los hombres que precedieron á la civilización cristiana, y del cual fueran testigos todos los siglos que han seguido á la publicación del Evangelio en muchos hombres fanatizados en el error de las sectas, no tiene otro principio que la depravación del corazón; porque el espíritu humano es naturalmente despejado y amigo de la verdad, y no puede menos de palpar lo bello y sublime do quiera que se encuentre; mas si el corazón se halla entregado á sentimientos innobles; si está encapotado en la sordidez de la avaricia; si nada entre las espumantes olas de la ambición; si se rebulle entre la fétida inmundicia de la lujuria, concibe tan impulsivas fuerzas, que arrastra tras de sí al espíritu, lo lleva como

llamas del infierno por toda una eternidad? Seamos prudentes; no aventuremos lo eterno, lo sólido, lo hermoso, por lo temporal, lo transitorio y abominable; no seamos crueles para con nosotros mismos; no condenemos nuestros cuerpos al suplicio, al llanto, al crujir de dientes, á los fuegos sin fin. Salvémoslos del infortunio mayor que puede acaecerles, mortificándolos en esta cortísima vida, para que en la otra ciñan nuestras sienas las coronas de la dichosa inmortalidad. Que deseo á todos. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE LA CASTIDAD.

Crescite et multiplicamini et replete terram...

Creced y multiplicaos, y llenad la tierra...

(GENES., cap. 1, vers. 28.)

Cuando el hombre se empeña en abusar, no hay objeto alguno visible ó invisible que no sea revestido por su frenética imaginación con colores degradantes. Los más bellos y puros manantiales de grandeza y de saber, son transformados por su tórvida mano en ciénagas inmundas, y como el toseco bruto, igualmente se revuelca en el cristalino cauce, como en el hediondo desagadero de una cloaca. Este asombroso fenómeno que vieran realizado en sus sábios los hombres que precedieron á la civilización cristiana, y del cual fueran testigos todos los siglos que han seguido á la publicación del Evangelio en muchos hombres fanatizados en el error de las sectas, no tiene otro principio que la depravación del corazón; porque el espíritu humano es naturalmente despejado y amigo de la verdad, y no puede menos de palpar lo bello y sublime do quiera que se encuentre; mas si el corazón se halla entregado á sentimientos innobles; si está encapotado en la sordidez de la avaricia; si nada entre las espumantes olas de la ambición; si se rebulle entre la fétida inmundicia de la lujuria, concibe tan impulsivas fuerzas, que arrastra tras de sí al espíritu, lo lleva como

á pesar suyo á los lupanares de la carne, lo precipita en ellos para que no mire ya á los objetos con quienes tiene analogía, sino á aquellos que son propios del bruto y de la carnalidad. Entónces ni Dios es el sér primero, origen de todo lo bello y sublime, principio de toda hermosura, fin de toda criatura, y única meta de las operaciones intelectuales y materiales del hombre; el ángel es una ficcion poética, el hombre un autómeta, la sociedad un conjunto informe de diferentes séres; todo queda degradado, todo envilecido, todo entra en un caos de desórden: en una palabra, la causa de los abusos que hace el hombre de su entendimiento, revestido desde el principio con las nitidísimas luces del cielo, es la corrupcion de la carne; todo hombre ántes de profesar el error, ha ofrecido su incienso á la inmoralidad, y ésta se ha absorbido todos los resplandores de la razon.

Vamos á tocar esta verdad tan de cerca, que tendremos una evidencia física y una certeza moral. Hay en el mundo un libro, reconocido como obra divina por los ingenios más sublimes que han dado á luz los siglos; sin él, nada supiéramos del origen del mundo y de los destinos del hombre; en él se nos revela la sabiduría, la providencia, la justicia, la omnipotencia de Dios; sus dogmas y preceptos son conformes á la razon; su moral es tan sublime y encantadora, tan pura y recta, que todo está manifestando que no es el hombre quien ha formado sus hermosuras, sino el dedo divino. En las primeras páginas de este volúmen sagrado consta un hecho: Dios cria al hombre y á la mujer á su imágen, y despues de entregarles el dominio de la tierra, «Creced, les dice, y multiplicaos, y llenad la tierra.» Mandato justo, noble y racional, que forma el primer eslabon de la cadena social entre los hombres, de su armonía con Dios y entre sí, de todo lo grande y sublime que debia tener origen en esta gran familia, oriunda toda de un solo hombre y una sola

mujer. Pues bien; el espíritu de libertinaje de la filosofía moderna ha tomado estas palabras en sus lábios impuros, y sirviéndose de ellas como de un instrumento belicoso, dispara sus tiros para desmoronar el edificio social que en ellas está fundado. «Vuestro único fin, dice á los hombres, es este mundo; el medio de gozarle es vuestra carne: entregaos sin reserva á todas sus exigencias; sed felices siendo carnales.» ¡Ah! ¡Horror causa el pensarlo! Apenas puede uno tomar en sus manos un libro de este siglo, sin encontrar publicados estos documentos de la sensualidad: apenas puede uno internarse en las reuniones, sin ver realizados estos falsos principios; y lo que más espanta es que la incredulidad ha conseguido que hoy se dude de todo, y al mismo tiempo toma en su boca las palabras divinas, las interpreta segun los elementos de su mente libertina, pretendiendo apoyar sus excesos en las palabras sagradas. Tal es el abismo á donde se arroja nuestro espíritu cuando se empeña en abusar de los dones de Dios.

Voy á entrar en esta gran cuestion. La lujuria ha sido en todas épocas la llaga de la humanidad; mas nunca ha sido desconocida su monstruosidad; pero en este siglo la gran meretriz ha sido revestida de púrpura y diadema; se ha colocado en sus manos la copa de oro; se le han ofrecido adoraciones, y sus excesos son el pecado mimado de los hombres. Pregunto, pues: ¿Cómo quiso Dios que subsistiese armónicamente la sociedad humana? ¿Cómo quiso que se perpetuase? Por medio de la castidad. Sí, una continencia saludable en unos, una castidad integérrima en otros, son las grandes bases sociales que publicó Dios cuando dijo: «Creced y multiplicaos, y llenad la tierra.» Y de estos principios debia seguirse la solidez y dicha de la sociedad.

Imploremos los auxilios del Espíritu Santo, saludando reverentes á la castísima María con las palabras del Angel:

AVE MARÍA.

Nada hay en el mundo que no esté sujeto á leyes eternas, sábias y justas, emanadas todas de la Providencia divina. Ni el sol se levanta de Oriente y trasmonta al Occidente, ni rueda perpendicular sobre el Ecuador, ni retrocede al tocar al trópico como rechazado con violencia, sin que una ley se lo imponga; ni la débil luciérnaga nocturna extiende sus sutiles alas é inflama sus ojos sino obedeciendo al mandato expreso del Criador, de quien lo ha recibido, sin poderlo conocer. No suben al cielo las aguas por medio de la evaporacion, ni caen sobre la tierra con fecundantes gotas, ni los montes abren sus fauces vomitando flúidos cristalinos y enviándolos á las llanuras para formar rios caudalosos, sino porque Dios dijo que todas las aguas se refundiesen en los mares, y con un continuo movimiento las despidiesen y las recibiesen de nuevo. Sí; una ley inmutable sostiene la máquina del mundo; si no fuese así, si el fatalismo presidiese al gran conjunto de séres inanimados que vemos, la naturaleza no tendria equilibrio; el sol hubiera tropezado con horrendo fracaso con algun planeta, y se habria pulverizado, ó habria subido algunos grados más, y la tierra estaria envuelta en eternos hielos, ó habria bajado y estaria convertida en cenizas, ó los mares saldrian de su dilatado seno, y nos absorbieran. Para conocer esto, apenas es necesaria la revelacion; la razon sola del hombre se lo demuestra palpable; los efectos lo conducen con fuerza irresistible al conocimiento de esta verdad; no hay hombre que discurra y no lo comprenda, y el negarlo es un atentado contra las prerogativas del alma espiritual é intelectual. Todo está sujeto á leyes: hé aquí una verdad natural y divina. ¿Y sólo el hombre no las ha de tener? Cuando todas las leyes que rigen el mundo no tienen otro fin que la gloria del Criador y el bien del hombre; cuando el sol, la luna y las estrellas giran velozmente en el espacio para formar los tiempos, los años, los

meses y dias para el bien del hombre; cuando la tierra no es visitada por las estaciones, esterilizada en invierno, fecundada en primavera y colmada de frutos en otoño sino por el bien del hombre; cuando el bruto no vive sino para proveer al hombre de sus ricas pieles y sabrosas carnes, obedeciendo á una ley, ¿sólo el hombre no ha de tener leyes para su propagacion y conservacion? La humanidad, que, como todos los séres creados, ha salido de las manos de Dios sujeta á número, peso y medida, ¿no tendrá ley alguna para su propagacion, por la sola razon de que, á diferencia de los otros animales, tiene plena libertad para obedecer ó desobedecer á los mandatos de su Criador? Sería esto una quimera inconcebible; sería un absurdo. Realícese este absurdo, como han pretendido los hombres cínicos de la última escuela filosófica, y la sociedad humana se desplomaria por no tener equilibrio.

Para corroborar sus perversas máximas, confiesan los filósofos modernos un dogma; por más que quieran hacer á Dios el gran todo de este mundo; por más que inventen sistemas para la formacion de la materia; por más que quieran analizar las operaciones humanas y pretendan asemejar el hombre al bruto, separándolo gradualmente de aquellos animales cuyos instintos son más finos, hasta formar un contraste asombroso con los más estúpidos, forjando en su imaginacion calcinada el hombre natural ó selvático, el hombre social y el hombre religioso, siempre encuentran en el hombre una gran prerogativa que lo distingue esencialmente de todo animal, y lo eleva á una esfera superior. Es esta gran excelencia la libertad, único dogma que la filosofía defiende con calor y denuedo en la práctica, aunque haya querido enterrarlo entre las tenebrosas cavernas de sus teorías. Nosotros tambien profesamos ese dogma, y le damos el segundo lugar en todas nuestras grandezas en el orden moral; porque entre los más horrendos abismos, el hombre malo levanta su

frente altiva, y dice: «Nadie es causa de mis desgracias sino yo, pues libremente las he abrazado.» Y en lo más encumbrado de la gloria, al paso que rinde á Dios homenajes de gratitud por haberle dado su gracia, se congratula á sí mismo por haber usado bien de su libertad y merecido la corona de justicia. Sí; hay en el hombre una independencia intelectual, que no puede ser encadenada por algun agente criado, ni restringida por el mismo Dios, por haberse éste comprometido á no violentarla jamás. Pero esta misma libertad tiene sus leyes peculiares, que son la pauta: junto con ella va la conciencia que le enseña al hombre prácticamente que esta accion es lícita, y la otra no, que le presenta un porvenir dichoso ó desgraciado, segun sus operaciones libres. El alma humana es un santuario donde resuenan á la vez la voz que le predica sus propias excelencias, y la que le intima los castigos y recompensas; la licitud ó ilicitud de sus actos. Nadie es capaz de ahogar estos gritos de la conciencia, pues han de vivir con robustez hasta que puedan deponer en pró ó en contra, en el tribunal del Juez severo de las acciones humanas.

Y esta voz interior que agita al hombre sin cesar para que no trastorne en sí mismo por los abusos de su albedrío el edificio de grandeza y gloria que Dios le prepara en un mundo invisible, ¿no se ha de dejar percibir, para que en este visible no se entregue á la licencia y desenfreno de las pasiones, so pena de incurrir en el crimen de querer destruir el gran equilibrio que pusiera el Criador en todas las cosas? Entremos por un momento en lo más íntimo del hombre carnal; veamos lo que pasa en su corazon y en su espíritu. Aquél se encuentra excitado por deseos innobles, que pretende satisfacer á todo trance; mas éste le despide saetas para herirlo y reprimir sus fuegos: éste ve en la carne el objeto que lo llena por entónces; mas aquel le dice que no puede poseer aquel ob-

jeto sino atendido á ciertas leyes. Si prescinde de ellas, comete un atentado contra Dios, contra sí, contra el objeto de sus inclinaciones y contra la humanidad, atentado que ha de ser castigado irremisiblemente; porque, discurremos conforme á razon y á derecho: el hombre, atendido á su libertad, perpetra crímenes contra la sociedad, y ésta los castiga, por ser depositaria de las leyes que Dios ha sancionado por medio de legisladores, enderezadas al bien comun: mas éste castigo no tiene lugar, si aquélla no fué ántes publicada con toda solemnidad. Pues bien: Dios ha sancionado desde la eternidad las leyes sobre la propagacion del linaje humano; Dios las ha impreso en el alma de cada hombre, y las ha publicado además á la faz del mundo. ¿Se creerá acaso que las palabras que fueran dirigidas á Adán y Eva cuandó Dios les dijo: «Creced y multiplicaos, y llenad la tierra,» son las primeras leyes que Dios sancionára para mantener el género humano en perfecto equilibrio? No; existian ya otras. Existian los preceptos de la ley eterna profundamente grabada en nuestro espíritu, y uno de estos preceptos decia al hombre: «No fornicarás.» Y por él se prohibia al hombre todo comercio con la mujer; toda union carnal era un crimen; y para que no lo fuese, el mismo Hacedor del hombre instituyó el santo enlace de éste con la mujer, enlace que obliga á ambos á abandonar á su padre y madre, y unirse á su consorte, para ser dos cuerpos en un mismo espíritu: *Et erunt duo in carne una*. No nos es permitido dar una explicacion de este y del anterior oráculo, cuando el mismo Jesucristo, este sábio Legislador é intérprete de las leyes de la humanidad, lo ha hecho. ¿Y qué nos dice respecto de aquélla primera? Nos enseña que si alguno fijase sus lividinosas miradas en una mujer, ya se hace en su corazon reo de fornicacion, y con esta exposicion del Legislador divino quedan prohibidos, no sólo los actos, sino las palabras obscenas y las miradas lascí-

vas. ¿Qué nos dice de la segunda? Que Dios desde el principio instituyó la union conyugal; que el hombre no puede separar lo que Dios ha unido; que, un solo caso exceptuado, no es lícito al hombre separarse de la compañera que él mismo ha escogido. Hé aquí, amados míos, las leyes de la estirpe humana, en las que estriba su número, peso y medida. No se observen estas leyes, porque el hombre es libre para despreciarlas, y la humanidad quedará sin equilibrio. Digámoslo, pues, en dos palabras: la humanidad no puede existir armoniosamente sino basada en la castidad íntegra y en la continencia saludable. La una abraza á todos los hombres en general, y la otra á los que dieron su mano á la que fuera criada por Dios para que ayudase y acompañase al hombre. Unidad de pensamientos, unidad de accion, unidad de objeto han de identificar á dos séres distintos, para que secunden con su union las miras del Criador, dando nuevos individuos á la humanidad, á quienes trasmitan su nombre, su sangre, su herencia, y mucho más la Religion que del cielo recibieran.

Preseindamos, si se quiere, por unos momentos de estas leyes que acompañan á la libertad y la señalan límites; rompamos el valladar que debe sostener el peso de unos agentes entregados á continuas oscilaciones, á las cuales les conduce la libertad de obrar. ¿En qué caos no se precipita la humanidad? ¿Qué mano tan sábia y próspera no es necesaria para restituirla su equilibrio perdido? Sin las leyes de la continencia y castidad, la sociedad humana sería una horda de bandidos, y para huir de sus atrocidades menester fuera retirarse á las cavernas de los montes y vivir entre fieras. ¡Ah! Horror causa el decirlo: si todos los séres humanos fuesen hijos de la disolucion, ¿en dónde residirian los principios de amor fraternal, de equidad y justicia que unen á los hombres entre sí? Si nada hubiese de sagrado en la union del hombre y la mujer; si quisiesen todos asimilarse á los brutos en la vida

animal, sin que tuviese parte en nuestras acciones la Religion y la razon, se cumpliría literalmente el principio que quisiera establecer en el siglo pasado un filósofo cínico, segun el cual, ni la madre debiera amar á su hijo sino en su lactancia, ni éste debiera conservar hácia ella amor y gratitud, sino que ambos podrian devorarse mutuamente. Horrible, repito, es esta idea, pues no la veremos jamás realizada áun entre los sanguinarios tigres. Sin embargo, este horrendo ideal se ve practicado entre hombres cuando, abusando de su libertad, no guardan los preceptos divinos sobre la castidad y la continencia. Estad atentos á lo que voy á deciros.

Si yo os pregunto en este momento si habeis tenido un progenitor, todos me direis que sí. Pero esta respuesta, ¿acaso ha sido siempre y en todos los instantes de vuestra vida la consecuencia del discurso? ¿Os la suministra acaso el raciocinio, que nos demuestra que no hay efecto sin causa, hijo sin padre? No; es la consecuencia de lo que habeis visto y palpado: cada cuál tiene bien presentes aquellos dias felices de la infancia en que un padre tierno tenía todo su goce en abrazar á su hijo, á pesar de las revoltosas pasiones, tenemos impresas siempre aquellas miradas severas que nos dirigieran cuando á medida que íbamos progresando en la carrera de la vida, manifestábamos las perversas inclinaciones de nuestra índole corrompida. Si nuestro padre transmigró á la region de la eternidad en el primer lustro de nuestra existencia, nos quedó una tierna madre, cuya voz, entrecortada con sollozos, nos enseñaba que allá en triste tumba yacia el autor de nuestros dias, y nos inspiraba respeto y amor hácia aquellas cenizas venerables. En sus continuas lecciones, mezcladas de dulzura y de rigor, aprendimos á tener sentimientos de honor y probidad. Entónces se nos inculcaba que el fundamento de todo bien era el temor de Dios; que debíamos á nuestros ma-

yores respeto y veneracion, á los iguales amor y cordialidad, impregnándose nuestro espíritu en todos los principios fundamentales de Religion y sociedad; pero de tal modo, que nuestros sentidos eran los órganos de estas ideas; el cuidado y vigilancia de nuestros padres era el medio de adquirirlas; su mano, á las veces blanda, á las veces dura, era el sello que caracterizaba en nosotros de un modo estable las grandes ideas que forman la moralidad individual y son parte de la universal. Es, pues, evidente que la idea que tenemos de deber nuestra existencia á nuestros padres, primero la percibimos por los sentidos, luego advertimos sus sensaciones en nuestro corazón, y despues pasó á radicarse en nuestro espíritu. Educados desde nuestra infancia en esta escuela paternal de cariño y de rigor, de consejos y de repreciones, nos acostumbamos insensiblemente á no advertir en la union de nuestros padres nada que no fuese sagrado y honesto; y esto contribuia á muchas cosas: primera, á no sospechar jamás que en el tálamo sagrado hubiese manchas de infidelidad; segunda, á persuadirnos que de unos padres llenos de honor y probidad, debian salir hijos adornados de los mismos sentimientos. ¡Ah! Si alguno ha intentado alguna vez manchar con su viperina lengua la memoria de vuestros padres, ¿no habeis visto cómo saltaba vuestro corazón? ¿No habeis sentido bullir en torno de él vuestra sangre, calentarse é inflamarse? ¿No habeis tapado la boca del maldiciente, poniendo en buen lugar el honor de vuestros ascendientes? ¿No habeis dirigido en aquel momento una mirada de ternura hácia el frio mármol que encierra sus preciosos restos? Sí; el amor hácia los padres tiene algo de sagrado y divino; es una especie de culto y adoracion, cuya violacion no puede permitir nuestro corazón. Y yo no creo que haya hombre alguno que vea á sangre fria la profanacion de este amor religioso sin conmoverse; y si no

siente en sí estos efectos, es sin duda por pertenecer á esa escuela de filósofos cuyos dogmas han formado hijos desnaturalizados.

No lo dudemos, pues: siendo el hombre un compuesto de espíritu y de cuerpo, sabe más por lo que ve que por lo que discurre en sus primeros años, y necesita de una práctica continua para aprender los principios religiosos y morales. Por eso Dios instituyó la union conyugal, para que fuese una sociedad visible y permanente, en la cual, mediante las relaciones entre esposo y esposa, entre padres é hijos, se perpetuasen de generacion en generacion las bases de la sociedad. Si un amor casto fuese el lazo de los conyugados; si se diese á los hijos la educacion consecuente á esta union santa; si los hombres no imitasen á los brutos en sus licenciosos extravíos, ¿quién lo duda? la humanidad se conservaria siempre en un perfecto nivel. La mano fuerte del cielo no se veria á cada paso obligada á sepultar entre ruinas los demasados incrementos de aquella, ocasionados por el hombre brutal.

Examinemos ahora lo que pasa en medio del mundo carnal. Contemplemos en el punto de vista más fausto á los infelices hombres, oriundos de una union prohibida por Dios, á los desgraciados vástagos de las pasiones. Ved á esa jóven inmodesta, de cuyos pechos pende un niño tierno. ¡La desgraciada! En medio de sus excesos, se ha acordado que tenía entrañas de madre, y ha querido alimentar con su leche, sostener en su regazo, y cuidar como cosa propia al fruto de su pecado. Vedla, repito; bien pudiera brillar como un lucero por su hermosura; bien pudiera ser hija de príncipes; bien pudiera hallarse enriquecida por la fortuna, que al fin su hermosa frente no tiene aspecto sereno, sus dotes y riquezas no la dan realce alguno, por haber perdido su tesoro inestimable. La joya única con que Dios la enriqueciera; no tiene honor. ¿Qué

aprenderá el hijo que tiene en sus brazos? ¿La probidad? ¿El honor? ¿La Religion? No; una vez roto el vallado del pudor; una vez entregada la mujer en los brazos del hombre licencioso, no crea que éste la profese un amor verdadero; porque el amor verdadero es casto, y el amor casto no puede tener origen en el pecado. Mil veces volverá el disoluto á revolcarse en la inmundicia carnal; si ella consiente, se endurece más y más en las abominaciones, y el fruto de sus entrañas, léjos de llamar la atención del cómplice, es mirado con indiferencia, porque él no busca sino donde saciar su hambre voluptuosa, imitando á las aves amigas de cadáveres. ¿Qué aprenderán unos hijos que no vieran en sus progenitores sino disolucion? ¿De qué servirán á la humanidad unos seres que no saben cómo vinieran al mundo, y si no lo ignoran, no pueden decirlo sin llenarse de rubor? De carga insoportable, de objeto de sus rigurosas leyes contra los criminales. De uniones semejantes sale el hombre sin amor, el hombre irreligioso, porque no habiendo visto en sus progenitores la modestia, no pudo aprender sino la disolucion. De ahí los bandidos; de ahí los revoltosos; de ahí, por fin, aquellos para cuya represion es fuerza que esté siempre en accion la justicia humana. Hé aquí la posicion más ventajosa de los frutos del pecado.

Contempladlos en otra; entrad por un momento en esos asilos de beneficencia que la Religion ha erigido para conservar el nivel de la humanidad, perdido por abusar el hombre de su libertad. ¿Qué vemos? Una prodigiosa reunion de niños y jóvenes sin hogar, sin techo, sin ascendientes. Preguntad al primero que encontréis si tiene padre, y os dirá que no. Decidle si tiene madre, y os dirá que no lo sabe. Sin embargo, sabemos que tuvo un autor de sus dias; pero éste fué un libertino que prosituyó á una inocente, ó un adúltero que faltó á la fidelidad. Mas como no tenian amor casto y religioso, mi-

raron el fruto de sus voluptuosidades con ménos cariño que mira á sus hijos el leopardo de la Numidia. Tienen madre; mas ésta, despues de haber violado las leyes divinas y conculcado las humanas, despues de haber consumado el crimen, se revistió de corazon de fiera, y no mirando en su hijo sino el colmo de su deshonra, lo abandonó, lo expuso á la inclemencia de los elementos, donde permaneció hasta que la Religion encontró á la víctima de la inmoralidad, le estrechó en su seno, le proporcionó un asilo donde su vida se conservase, y aprendiese bajo la direccion de almas heróicas lo que no pudiera saber jamás, por no tener ni familia, ni relaciones sociales, ni techo, ni hogar. ¡Ah! ¿No son los frutos de la lujuria los que movieron el corazon de Vicente de Paul á erigir los monumentos de piedad? ¿No son estos niños desafortunados los que él encontraba transidos de frio, macilentos por el hambre, y privados hasta de aquella hermosura y gracia inocente que lleva en su rostro el niño, ora haya nacido en cuna de Reyes, ora en chozas de zagales? ¿No son éstos los que llaman la atención del sacerdote católico en las remotas regiones del Oriente, donde ninguna ley existe para la continencia y castidad, al paso que otra ley bárbara autoriza el infanticidio? Y si la Religion no hubiese enseñado al hombre á conocer su propia dignidad; si no nos hubiese inculcado en la infalible verdad de que la vida de un sólo hombre es más preciosa que la existencia de todos los seres visibles juntos; si esta verdad no hubiese echado hondas raices áun entre la sociedad voluptuosa de nuestra época, ¿quién no lo ve? el puñal se cebaría en miles de víctimas, cuyo único crimen es ser hijos de padres criminales, y veríamos realizada entre los hombres la conducta del cocodrilo, que, despues de haber dado á luz sus fetos, los... ¡Ah! Esta accion es demasiado horrenda para que mi lengua pueda concluir su descripcion, atribuyéndolo á

los que no deben obrar por un ciego instinto, sino segun las impresiones del amor puro y racional.

He presentado estos funestos resultados de la incontinencia en una escala pequeña; extendedlos á un círculo mayor, y ciertamente tendreis que cubrir la vista con un velo espeso para no ver tantos horrores. Sin la continencia saludable que liga á los hombres en el matrimonio; sin la castidad que contiene á todos en general, ¡ay de la humanidad! No existiendo las leyes y relaciones de amor y caridad, no debiendo satisfacer el hombre más que los deseos de su carne, independientemente de toda traba legal, hubieran desaparecido todas las trabazones que ligan y sostienen el edificio social; entónces, ni tuviéramos que admirarnos del heroísmo de aquellos que mil veces expusieron su vida por salvar á sus hermanos, ni hubieran merecido encomios los que con instituciones sábias procuraron á las naciones una dicha estable; vagabundos los hombres, sin conocerse mutuamente los padres y los hijos, las selvas fueran el receptáculo de los hijos de Adán; entónces, no existieran las naciones con sus hazañas, los pueblos con sus glorias, con sus reyes, con sus sabios y sus héroes, ni las fértiles campiñas cultivadas por nuestra mano absorberian la ingeniosa imaginacion del poeta, ni las grandes ciudades atraerian con sus encantos; la naturaleza no tendria vida ni animacion para unos séres errantes, estúpidos, misántropos, que no conservarían de hombre más que la figura exterior, y un alma voluptuosa, feroz, indomable y sanguinaria; entónces Cain fuera el modelo de los hermanos, Nemrod, Jezabel y Atalía, el de los príncipes; Absalon, el de los hijos; Aquitofel, el de los consejeros, y Judas, el de los amigos; entónces, por fin, no pudiera subsistir la humanidad por falta de equilibrio.

Reasumamos, pues, y concluyamos: el hombre está sujeto á leyes, tanto en lo físico como en lo moral; siendo

racional, no podia Dios ordenar que creciese y se multiplicase sino conforme á razon; esta conformidad con la razon está en la santidad del matrimonio con la continencia saludable; santidad y continencia que no tendria lugar si todos los hombres no fueran obligados á ser castos. Comparemos las naciones que tienen costumbres con las que no conocen la moralidad, y por todas partes nos saltará á la vista una verdad, á saber: que los voluptuosos no aspiran jamás al enlace conyugal; y si lo realizan alguna vez, violan á cada paso sus leyes, porque la experiencia nos enseña que el impúdico por costumbre no cesa de serlo en ningun estado. Oid, pues, ¡oh jóvenes! Cuantas veces os digan los incrédulos que la castidad es perjudicial á la propagacion del género humano, entended que sus palabras y dogmas no tienen otro objeto que el establecer en la tierra el celibato criminal, que ellos profesáran, para poder vivir como el caballo sin freno, y negado de raciocinio; sabed que con argumentos especiosos, rebozados entre cavilidades y sofismas, pretenden solidar el concubinaje universal, proscrito por Dios desde la creacion, como repugnante á la razon y destructor de la humanidad.

¡Dios Santo! Renovad con vuestra luz á la presente generacion; inspirad á los hombres ideas sublimes, para que no descíendan de su noble posicion, ni quieran nivelarse con los brutos. Dadnos á todos un corazon lleno de castos deseos, para que seamos dichosos en esta vida, y más felices en la otra, que deseo á todos. Amén.



SERMON

SOBRE LA CASTIDAD.

Tenentes legem nescierunt me... Propterea adhuc iudicio contendam vobiscum ait Dominus.

(JEREMÍAS, cap. II, vers. 8 y 9.)

Las leyes conservadoras de la estirpe humana no han podido tener su emanación y sanción de un entendimiento falible, ni su subsistencia puede pender de una voluntad propensa á lo malo, y hábil para abrazar lo que la sugiera su imaginación, sea justo ó inicuo. ¡Ah! ¿Qué sería de la humanidad si su conservación fuese obra del cálculo humano, del espíritu del hombre, inclinado por su naturaleza corrompida á imprimir sus hábitos disolventes en todas las obras que tiene entre manos, por firmes y sólidas que sean? La naturaleza misma de estas leyes no es compatible en su origen y permanencia con la volubilidad intrínseca é inherente al hombre; han de ser estas leyes eternas, no tanto por su duración, cuanto por su principio; han de ser universales, de modo que, obligando á todos, ninguno las quebrante sin cometer un crimen; han de estar al alcance de todos, no por vía de comunicación mútua de los obligados, sino por oír las cada cuál de los labios del mismo legislador, ante cuyo tribunal nadie pueda alegar ignorancia cuando se le pida cuenta de sus acciones; han de ser también inmutables, como fundadas

en justicia, de modo que estén siempre en armonía con los principios de eterna verdad. Tales han de ser las leyes que perpetúen en la tierra la conservacion del hombre; tal es, en efecto, la ley natural que impresa fuera con caracteres indelebles en el espíritu de cada hombre por el dedo de Dios vivo. Un entendimiento con quien no estén identificados los principios eternos, que no extienda simultáneamente su vista á lo pasado, presente y futuro, que esté expuesto á las oscilaciones del error, no es capaz de crear leyes conservadoras que estén revestidas del carácter señalado; mucho ménos podrá una voluntad estragada imprimir á estas leyes una accion conservadora, pues contrariando éstas por su institucion y esencia los deseos corrompidos de la naturaleza humana, y estando establecidas para ser la pauta de la libertad, los obligados á estas leyes más trabajarian por destruirlas que por conservarlas, claro está. Seis mil años há que diera Dios sus leyes á los elementos y á toda la naturaleza insensible, y otros tantos há que ésta obedece. Hoy, como entónces, las furibundas olas del mar se humillan ante un monton de arena; hoy, como entónces, se mueven los astros del cielo, y la tierra da sus frutos; otros tantos años há que los brutos poseen y ejercen sus instintos, sin retroceder ni avanzar una línea, conservando en su necesidad instintiva las leyes del Criador, que no conocen, miéntras el hombre, abusando de su libertad, desconoce á su Dios, conculca sus leyes, y hasta pretende anonadar los principios eternos que sostienen el mundo. ¿Quién será, pues, el autor y conservador de estas leyes? Un entendimiento sabio y justo por esencia, una voluntad inmutable: Dios.

Tenemos anteriormente probado que existen estas leyes conservadoras del género humano, leyes naturales y divinas, que obligan á cada individuo. Tenemos tambien demostrado que la castidad en todos los estados y la saludable continencia, son leyes fundamentales que sos-

tienen el edificio social, y con él la probidad, la justicia, el amor fraternal, la Religion y moral de los pueblos. Y ahora vamos á entrar en otra cuestion de la más alta importancia. Supuesto que el hombre no padece violencia en sus operaciones; supuesto que no es conducido por el ciego instinto, como los brutos; supuesto que es libre para cumplir las leyes divinas ó despreciarlas, ¿qué ha de hacer el Legislador supremo? ¿Qué conducta ha de guardar el Sér divino despues de haber determinado con decretos irrevocables que la voluntad humana tenga la más ámplia libertad para lo bueno como para lo malo? ¿Qué órden ha de seguir cuando ve que los abusos del libre albedrío trastornan las leyes conservadoras, y quitan al mundo racional el equilibrio? Necesariamente ha de tener siempre su mano levantada para reparar lo que el hombre destruya; necesariamente ha de poner en accion todos sus atributos, su soberanía absoluta é independiente, su justicia recta é inexorable, su misericordia compasiva y sin límites. Sí; cuando un vasto alcázar sufre continuas oscilaciones por los temblores de tierra, ha de tener incesantemente sobre sí la mano del arquitecto para reparar sus deterioros y poner puntales al perdido nivel; de lo contrario, el edificio se desplomaria; la incontinencia de los hombres introduce el desórden en la tierra; la deshonestidad hace trepidar al edificio social, y en este caso, Dios, que es el Artífice de este edificio, no quiere destruirlo; lo ha reparado una vez, embelleciéndolo además, y fué un Dios misericordioso; lo refundió otra vez, como dueño, y fué un Dios soberano y justo; lo sostiene á cada instante, cortando sus malezas, poniendo valladares á la maldad, y conteniendo el huracan pestilente y destructor de la desenvoltura, y es un Dios sabio y clemente; en una palabra: haciendo, por su parte, el hombre cuanto puede por destruir el edificio social por sus excesos en la lujuria, Dios hace tambien por su parte

cuanto exige su sabiduría para sostenerlo. Este punto va á ser el objeto de mi discurso.

Antes de empezar, os suplico que, postrados humildemente ante la Majestad Suprema, la pidais el amor de la virtud, para que nuestros corazones reciban con fruto las inspiraciones de la gracia, poniendo en nuestras súplicas por medianera á la más pura de las criaturas.

AVE MARÍA.

PARTE ÚNICA.

Apénas puede uno tomar en sus manos la historia de la humanidad sin quedar consternado; se le hiela á uno la sangre al ver que todos los siglos no son sino una sucesion de tiempos calamitosos, en que la naturaleza racional gime; en una parte se levantan tiranos, cuya espada es el código de la sociedad, cuyos caprichos son la ley á que es preciso someterse, so pena de sucumbir bajo el filo arbitrario; en otra, un pueblo acomete á otro, lo domina, lo esclaviza y lo destruye, formando montones de ruinas indistintamente con niños y ancianos, con reyes y vasallos, con altares y sacerdotes; aquí se esteriliza la tierra, se agotan los alimentos, y desaparecen con el hambre los hombres más robustos; allí la peste, cual genio maléfico y destructor, esgrime su espada formidable, invade los reinos, las provincias y ciudades, entra en el seno de las familias, disuelve los himeneos, aniquila á padres y á hijos, á viejos y á inocentes, sin detenerse en sus estragos; ántes al contrario, despues de haber sembrado el terror en una ciudad, vuela á otra, diezmando los hijos de los hombres; en otra parte no vemos sino terremotos, huracanes, guerras civiles, fratricidios y rios de sangre. ¿Qué origen tienen tantos desastres, en que

está envuelta sin cesar la humana familia? ¿Es acaso el fatalismo? No; el fatalismo es una quimera, un ente ideal, del que no podemos tener nociones ni áun inexactas; porque nuestro entendimiento no puede comprender perfecta ó imperfectamente sino los entes posibles ó reales, y la casualidad no es posible, existiendo una causa necesaria, que es Dios. El origen de estos males con que es afligida la humanidad está en esta causa conservadora; los llamamos males, castigos, azotes del cielo, impeliéndonos á denominarlos así la misma razon natural; pero ¿son males en realidad? No; son, al contrario, bienes de gran consideracion, porque Dios no puede ser autor de mal alguno en el órden moral; ni en el órden físico, porque no existen en este órden, segun la sana filosofía.

Cuando se dice que Dios castiga á los hombres, es preciso examinar lo que encierra en sí esta proposicion; las guerras, las pestes y las hambres sepultan millares de víctimas, innumerables vástagos de la humanidad, que la darian, si viviesen, incremento y gloria; da compasion el pensar lo que acontece en una guerra; los que sucumben son precisamente los jóvenes, pues el campo de batalla no es para hombres ancianos; y ¿por qué sucede así? ¿Es acaso Dios un tirano que se complace entre lagos de sangre? ¿Puede aborrecer á nadie? No; muy á la inversa; es un Dios lleno de amor, un Dios que castiga para corregir y enseñar; el amor pone el látigo en su mano; *Ego qui diligo, arquo et castigo*; la revelacion lo enseña, apoyándolo tambien la razon; en Dios, sér perfectísimo, no puede haber pasiones; el furor, la ira, la venganza, el arrepentimiento y pesar están léjos de su naturaleza divina; y si algunas veces Dios dice que desenvainará su espada, que la ensangrentará en la cerviz de sus enemigos, que soltará los elementos para que destruyan las ciudades, que está enojado, que se arrepiente de haber puesto al hombre en la tierra, estas locuciones aco-

modadas á nuestra capacidad nos revelan la santidad, la justicia é inmutabilidad de su esencia, recayendo en nosotros la malignidad y la ingratitud, como afirma el sublime Agustín. (*Confes.*, lib. I, cap. IV.)

Si Dios no ejerciese su justicia en los hombres, azotándolos de continuo, no los amaría perfectamente: creer que el amor racional no ha de tener sino dulzura y suavidad, es un error. Un legislador sábio, un padre amoroso, no tienen celo ni amor á sus súbditos é hijos cuando miran con indiferencia el desprecio de sus leyes, la infracción de sus mandatos; esto no sería amor, dice el ya citado Padre, sino apatía y languidez; el amor verdadero toma también en su mano el cuchillo para cortar y el látigo para herir. Dios, que es el legislador y Padre de la humanidad, cual médico sábio, corta las partes podridas del cuerpo social, aunque los otros miembros se quejen, y ejerce castigos temibles en su familia, para que los demás aprendan. No teniendo Dios pasión alguna, no aborreciendo á los hombres, y habiéndolos criado para que fuesen felices en la tierra de su peregrinación y en el cielo, los castigos que nos envía no son más que medidas coercitivas, remedios saludables, avisos elocuentes, que no tienen otro origen que su amor al hombre.

No teniendo, pues, las aflicciones públicas de la humanidad por causa el fatalismo; no siendo Dios autor de mal alguno, ¿quién será la causa de estos azotes? Fácilmente nos lo manifestará un ejemplo: contemplad la posición ventajosa de un gran pueblo bajo el suave dominio de un príncipe pacífico, amante del bienestar de sus vasallos, y administrador justo; él por su parte tiene un derecho sagrado é imprescriptible á la corona; reparte beneficios sin cuento, no aceptando personas, y extendiendo su mano paternal y cariñosa al enaltecido privado como al humilde zagal; el pueblo todo depende de su

soberano en la conservación de su dicha y vida, no conoce la adversidad ni la miseria, se encuentra colmado de riquezas y nadando en los placeres de la más halagüeña paz; sin embargo, este pueblo se olvida de tantos favores á él dispensados gratuita y liberalmente, se amotina, se arma, se llega tumultuosamente hasta el alcázar de su soberano, le disputa su dominio, lo quiere arrojar del sòlio, intenta aniquilar las leyes conservadoras de la paz y del órden; es amonestado y reconvenido con dulzura, se le descubre su tropelía inícuca, sus consecuencias fatales, su porvenir funesto...: se obstina con todo, hiende los aires con el fragor de las armas, las quiere manchar en la sangre de su señor y bienhechor... Entonces usa el soberano de los derechos que le concede la ley, repele la fuerza con la fuerza, salen sus ejércitos fieles al frente del populacho feroz, causa estragos en la muchedumbre, para reprimir los avances de los turbulentos hasta conseguir restituir el equilibrio, y hacer que prevalezca la ley justa sobre los ímpetus brutales. ¿Quién es entonces la causa directa de los males de la guerra? No el príncipe, que no pretende sino la felicidad de su pueblo, y sí éste, que con un solo acto ha perpetrado el doble crimen de rebelión y de ingratitud, tomando las armas contra su soberano y su padre.

He descubierto ya la verdadera causa de los azotes de la humanidad; no es mi discurso quien me la demuestra, sino el divino Pablo. Existen en el mundo dos especies de sabiduría contrarias entre sí, aunque ambas emanan radicalmente de un mismo principio: una es enteramente divina en sus principios y consecuencias; otra es completamente humana, y vive con el hombre, que, abusando de las luces que recibiera de Dios, se sirve de ellas como de un puñal para asestarlo traidoramente en el corazón de su bienhechor, si le fuera posible; la ciencia de la carne no es más que una conversión del espíritu

humano á las tinieblas del error y la mentira, á la fealdad del pecado, á las obras brutales, sirviéndose éste de su mismo despejo y razon para atacar á la razon divina, y empleando su cuerpo, deputado por Dios para ser templo del Espíritu santo, en acciones torpes, contrarias á las leyes conservadoras de la humanidad. Son, por consiguiente, dos enemigos irreconciliables la ciencia divina y la carnal: *Sapientia carnis inimica est Deo*. Como esta sabiduría brutal tiene su asiento en la parte inferior del alma y recibe su fuerza de las pasiones, y éstas cieguan al hombre, sucede que éste, cual potro desbocado, se arroja sobre todo aquello que satisface los deseos carnales, por contrario que sea á las leyes y á cuanto dicta la parte superior del espíritu. ¿Qué importa á un hombre voluptuoso el saber que Dios ve sus acciones más ocultas, prohibidas por Él como opuestas á razon y justicia? ¿Qué le importa saber que con sus excesos carnales quita el honor á una doncella, usurpa el dominio ajeno, pues el hombre no tiene derecho alguno de propiedad, ni aún sobre su propio cuerpo? ¿Qué le importa saber que el fruto de su pecado ha de ser un hombre infeliz, sin padre ni madre en presencia de la sociedad, abandonado al primero que lo recoja, compadecido de sus tristes gemidos, y, por consiguiente, víctima expuesta á vivir sin lazos religiosos y sociales, sin educacion y sin principios, y á ser un salvaje, un bandido, cuyos excesos lo conduzcan á un cadalso? Oidme, jóvenes incautos, hombres que dirigís vuestros pasos á esas casas de prostitucion; cuando entráis en ellas, teneis en nada la ley de Dios, conculcáis los derechos humanos y divinos, cometéis un latrocinio, porque nadie puede hacer cesion de su cuerpo para perpetrar obscenidades; no pensáis entónces sino en asimilaros á los animales estúpidos, saciando los ardores de una pasion brutal. *Sapientia carnis inimica est Deo*.

Si Dios hiciese con vosotros en los momentos de vuestro lúbrico frenesí lo que ha sucedido alguna vez para escarmiento de otros; si cuando os hallais entre los brazos de una prostituta cortase Dios el hilo de vuestra existencia, trasladando vuestras almas á los lechos tormentosos del infierno, no obraria sino como dueño absoluto de cuanto existe y como Dios justo que tiene un derecho indisputable de castigar al criminal en la primera infraccion de la ley. No lo hace así, porque la benignidad de Dios y su tolerancia nos convidan á hacer penitencia, como afirma San Pablo. No lo hace así, porque siendo indestructibles sus derechos, ha establecido y señalado un dia en el cual se vea más claro que el sol, que otros tantos dias de vida cuantos dió al pecador, fueron un llamamiento continuo de la gracia por parte de Dios y un desprecio incesante por parte del hombre criminal. «Permite Dios estos grandes males, como dice San Agustin, por no impedir que existan otros grandes bienes,» pues pertenece esencialmente á la bondad de Dios el dar la vida á los hombres y concurrir á la conservacion de todas las causas segundas, aunque éstas se entreguen á la iniquidad, pues siendo libres en sus actos, pueden hacerlo, y siendo racionales, no ignoran que al cometer el pecado, pertenecen como víctimas sacrificadas por su propio querer á todo el rigor de la justicia eterna. Mas entre tanto Dios, que espera misericordiosamente al pecador, está obligado á poner en accion todos los resortes de su sabiduría, para conservar en armonía el edificio social, que pretenden destruir con sus excesos los hombres carnales.

Y, en efecto, todos los siglos que nos han precedido desde el principio del mundo hasta hoy, no son más que una série de rebelion por parte del hombre, y de sufrimiento por parte de Dios. Aquél no hace más que prostituir su razon á los placeres materiales, contrariando con

sus deshonestidades todas las leyes conservadoras; y Dios se ve precisado á tener en su mano una espada terrible, que corte de cuando en cuando los demasiados vástagos que brota la humanidad como árbol gigantesco, que Dios no quiere cortar de raiz con un solo golpe de su diestra, por haber decretado conservarlo hasta el último día del mundo. ¡Ah! En todas esas plagas horrendas que diezman sin interrupcion los pueblos, yo no descubro otra causa que la lujuria; ella es un fuego devorador que se apodera de los hombres y los abrasa, pero de tal modo, que aumentándose sus llamas, los aniquilaria, no de otro modo que devora el bosque yermo una tea llevada á su centro por los ímpetus del aquilon; y para poner un dique á estos estragos, se halla Dios mirando siempre á los hombres, arrojando sobre ellos sus plagas, que como aguas caidas del cielo mitigan los homicidas ardores que la anonadarian. ¿Qué otra cosa fué el diluvio? ¿Pensaba Dios acaso destruir el linaje humano? No, ciertamente; antes al contrario, Él mismo dió el diseño del arca donde debian preservarse del excidio universal las almas justas, que poblarian la tierra despues que fuese purificada; pero era necesario que, como Dios pródigo, pusiese su mano á una obra que, entregada á sí misma para su duracion, se hubiera aniquilado; sí, aniquilado, no lo dudeis.

Ved lo que son los antediluvianos; toda carne, dice la escritura, habia corrompido sus caminos en la tierra; todo el pensamiento del hombre estaba fijo en la maldad en todo tiempo; habia entónces gigantes innumerables, es decir, segun el sentir comun de los Padres más sábios, éstos hombres nacidos del comercio con las mujeres, se gloriaban de su gran robustez, de su longevidad, uniendo á ella la ferocidad y licencia para todo crimen, sin temor á Dios ni á la ley; todo plegaba bajo la fuerza brutal de su brazo, siendo el principio de tanto desórden la

abominable lujuria que con la fuerza del rayo los conducia á todo exceso. A qué extremo hubieran llegado las cosas, sólo Dios lo sabe; pero séanos lícito aventurar una conjetura con acierto, fijando la vista en lo que han hecho en tiempos posteriores algunos hombres gigantes, como los del primer período del mundo, en maldad y en poder: mirad á la magnífica Roma incendiada horrorosamente; entre sus ruinas parecen indistintamente el niño, el anciano, la vírgen, y el sacerdote, y el senador, y el cónsul. ¿Quién ha aplicado la tea de destruccion á sus palacios de mármol? ¡Ah! Un hombre insaciable en sus impudicidades nefandas, Neron, aquél monstruo cuyo corazon tuviera más extension para el crimen que la que fijaban los límites de su imperio; tras de él vienen los Calígulas, los Adrianos y otros muchos verdugos de la humanidad, que unen á la ferocidad de una hiena toda la voluptuosidad de las bacanales. Y ¿para qué removemos las cenizas de aquellos seres pavorosos cuya memoria apenas mueve el corazon, por ser ya anticuada? Preguntad á vuestros abuelos, y os dirán lo que pasára hace sesenta años en medio de un pueblo que fuera antes religioso: la cruel guillotina no cesaba hasta que sus filos se habian embotado á fuerza de cortar cervices; todo el placer de los verdugos consistia en ver las ciudades populosas convertidas en cementerio general; el venerable Pontífice caia junto con el niño recién nacido. Al ver tanta escena de sangre, se hubiera pensado justamente que la humanidad iba á entrar en el sepulcro, y ciertamente sucediera si no hubiese una causa primera, que vigila sin intermision por conservar la obra de sus manos. Es preciso confesarlo: todos esos tigres humanos se deleitaban igualmente en derramar la sangre de sus hermanos, como en abusar de todas las vírgenes; en reducir á ceniza las ciudades populosas, como en entregarse á los crímenes nefandos.

Entregad, pues, la descendencia humana á semejantes mónstruos, y la vereis desaparecer indudablemente. Pues bien: el mundo ántes del diluvio se encontraba en este caso; la deshonestidad habia eliminado de los hombres toda esperanza para el porvenir; desapareciera la religion y las creencias, y gemia la tierra oprimida con la arbitrariedad sanguinaria de los hombres gigantes. Entre tanto, abre Dios las fuentes del abismo, y da curso á las cataratas del cielo; se viste la tierra de horrendos nubarrones, que con más actividad que la de mil bocas de bronce al frente de una fortaleza, despiden rayos sobre los montes y los valles; el mundo está en agonías; por más que trepen los hombres á las cimas de los volcanes y á las copas de los árboles más elevados, no pueden escaparse de la ira de los elementos; el rayo los precipita, el huracan los arrolla, los bramidos del viento los aturden, las olas los envuelven, hasta que, ahogados todos, flotan sobre las aguas millones de cadáveres, sin reservarse del exterminio los niños inocentes. Hé aquí el cataclismo universal; hé aquí la mayor catástrofe de la humanidad en tiempos pasados; examinadla con las luces de la fé y de la razon. ¡Ay! ¿Cuántas escenas de horror se os presentarán? Allí el anciano venerable concibe nuevas fuerzas para volar á los más difíciles reductos de las águilas acompañado de sus innumerables hijos, y al creer que su vida se halla en seguridad, se desmorona el peñasco, y quedan aniquiladas todas sus satisfacciones con una muerte súbita; aquí las mujeres desgredadas espiran entre horribles convulsiones, gritando más por salvar la vida de sus hijos mamantes que la suya propia. ¡Qué! ¿No se hiela el corazon al pensar en este azote de la humanidad? Sí, ciertamente; el mundo vió entonces un simulacro de lo que ha de sufrir ántes de la venida del Soberano Juez de nuestras acciones; la humanidad quedó destruida en medio de las más horribles calamidades;

pero esta catástrofe, ¿era comparable con la que ocasionaba la lujuria?

Hé aquí, amados míos, dónde hemos de fijar nuestra atencion. De cuantos habitantes habia en el globo, sólo ocho almas conservaron la vida temporal, perdiéndola todos los demás en las aguas purificadoras de la tierra. ¿Era esto un mal para los hombres? No lo era, y la razon es muy sencilla: tiene el hombre dos vidas, una del tiempo, otra de la eternidad: si es preciso perderlas, la razon exige que sacrifiquemos la que pasa en momentos por la que jamás acaba, porque de dos males hemos de escoger el menor, y es evidente que perder la vida presente por ganar la eterna, léjos de ser un mal, es un beneficio inestimable. ¡Ah! Contad si podeis el número de aquellos que se salvaron en medio de la catástrofe universal; al desarrollarse la cólera divina, al precipitarse los montes, al crecer las aguas, al desaparecer la tierra, los corazones endurecidos en la maldad no podian ménos de ablandarse como la cera; ved á los hombres arrodillados, vedlos levantando sus manos al cielo, hiriendo sus pechos y confesando sus crímenes, y pidiendo misericordia. ¿Creeremos que no sucedió entonces lo que acaece á cada momento que divaga por la faz de la tierra el genio maléfico de las epidemias, ó caen sobre las ciudades los huracanes? ¿Hay acaso época en que los hombres se conviertan más sinceramente al Señor? Razon tenemos, pues, para afirmar que entre los innumerables que perdieron la vida temporal con las aguas del diluvio, hubo muchos millares que se salvaron de la condenacion eterna doliéndose de sus pecados. Echad ahora una mirada á esa turba innumerable de inocentes, para quienes ni el diluvio era un castigo, pues no lo conocian, ni el perder la vida un pesar, pues quedaban sus almas puras reservadas para los goces del paraiso. ¡Qué beneficio para estas almas! Dejad á estos niños que crezcan bajo la sombra de sus

progenitores, gigantes de iniquidad, y vereis que no han de ser mejores que sus padres, homicidas, voluptuosos, sanguinarios y violentos, dignos en este mundo de la execracion de los demás hombres, tan malos como ellos, y merecedores de tormentos sin fin en la vida venidera. Juzgad ahora si este exterminio temporal puede llamarse castigo, ó bien un remedio prévio con que impidiera Dios la ruina del mundo.

Yo no puedo ménos de calificarlo de este modo último, cuando oigo los admirables razonamientos de San Jerónimo sobre este asunto. Toma este Doctor en su boca las palabras con que Dios amenaza á los hombres: «No ha de permanecer, dice, mi espíritu en el hombre para siempre, porque el hombre es carne; es decir, por ser frágil la condicion humana, no quiero reservar al hombre á los tormentos eternos, sino darle aquí su merecido castigo.» Mucho más me confirmo en esta idea al leer lo que el espíritu Divino escribe sobre el patriarca Noé: «Fué este hombre perfecto y justo, y vino á ser el reconciliador de Dios con los hombres cuando la ira celestial se hallaba más encendida; por medio de él reservó Dios las reliquias del mundo cuando envió el diluvio sobre la tierra, y fué el depositario de la alianza para que todos no fuesen exterminados por las aguas.»

En efecto, amados míos; consumada la purificacion de la tierra, ved cómo brota de nuevo la humanidad, extendiendo sus ramas con lozanía, como el árbol rejuvenecido en primavera, despues de haber sido podado por mano de hábil jardinero. Un holocausto ofrecido por el santo Noé conmueve las entrañas divinas; se celebra un nuevo pacto con los hombres, y para que desaparezca todo temor de otro diluvio, añade Dios á sus promesas una señal sensible, que han de ver los hombres impresa en las nubes siempre que éstas descarguen sus aguas sobre la tierra. Desde entónces siempre ha de haber justos en el

mundo, y han de existir hombres de virtud heróica que den honor á la Divinidad y contengan sus iras. Sí; á los dos años de la muerte de Noé vendrá al mundo el Padre de todos los creyentes, cuando existen aún innumerables hijos de los virtuosos Sen y Jafet. Despues aparecerán legisladores sábios como Moisés, sacerdotes santos como Aaron y Finés, reyes piadosos como David y Josías, los que serán en todas épocas la trabazon que una á los hombres entre sí bajo una misma ley y religion, hasta que salga á luz el esperado de todas las naciones.

Tengo, pues, ya demostrado hasta la evidencia que lo que llamamos castigo del cielo, no es más que una medida providencial, de la cual Dios echa mano para sostener la humanidad en armonía y hacer permanentes las leyes conservadoras del linaje humano, y creo que residirá ya en vuestros espíritus esta conviccion. Se me objetará que, no obstante esta nueva regeneracion, han continuado las calamidades affigiendo á los hombres. Es verdad; pero tambien lo es que la lujuria ha tenido su reinado en todos tiempos: mirad esos imperios colosales que fueron el terror de la antigüedad. Babilonia es una capital cuyos edificios están disputando al tiempo su duracion; Nínive, Tiro y Sidon son el emporio de la civilizacion, del comercio y de las artes; la Grecia se eleva como por encanto á tal punto de gloria, que oscurece á cuantos la han precedido; Roma, semejante al tigre devorador que absorbe en sus fauces cuantas víctimas se le presentan, destruye cuantos reinos hay en la tierra: esto es grande y asombroso; mirad sus templos y calles; observad la conducta de estos pueblos antiguos; su religion no sabe subsistir sino á fuerza de deleites carnales, simbolizados, no sólo en pinturas, sino aún en representaciones teatrales; los templos, los circos, los palacios, los jardines, las plazas, las calles y la tierra toda está siempre manchada con tamañas obscenidades; horrorizada está la naturaleza

al ver violadas la ley natural que aleja al padre de las hijas, á los hijos de las mádres; sin discernimiento, sin ley, sin pudor, viven los hombres como bestias, adorando á la prostitucion por una aberracion inconcebible, como la cosa más santa y divina. Pero, ¿qué sucede? La gran Babilonia, la opulenta Nínive, la laboriosa Tiro, cayeron cuando sonó la hora de las represalias del cielo; unas y otras «se convirtieron, como se expresa Jeremías, en habitacion de dragones y sierpes, en monton de ruinas, en objeto de desprecio de los demás hombres.» Como un prodigio que no hemos visto en los tiempos modernos, nos llena de pavor el pensar que en aquéllas épocas se encontraban al frente dos ejércitos enemigos, compuesto cada uno de más de un millon de soldados; y allí, espada contra espada, lanza contra lanza, elefante contra elefante, sin que hubiese más estrategia que presentar el pecho al agresor, sucumbian á la vez centenares de miles. No necesitaba Dios de esgrimir su terrible cuchilla; las pasiones humanas eran el instrumento de las iras del cielo, y de ellas se sirviera para ir cortando los demasiados vástagos de la humanidad oriundos de uniones ilegítimas, de orgías obscenas, de comercio prohibido por la razon. ¡Ah! Acaso no se me creeria si dijese yo esto sin apoyo de autoridad; no me hallo desprovisto, no. Dios convierte en cenizas á las ciudades nefandas, porque si su disolucion se hubiese propagado, la humanidad se esterilizara, y para conservarla hubiera tenido que formar otro plan la Providencia. Veo tambien destruidos en un dia vointitres mil israelitas, porque á no haberlos abolido, se hubiera radicado en ellos la disolucion de las hijas de Moab; y dando un salto hasta los tiempos de la civilizacion del Evangelio, no puedo ménos de consternarme al fijar la vista en aquella irrupcion de bárbaros que cayeran sobre Roma y destruyeran aquel imperio, que no fuera, por fin, sino una confusa muchedumbre de hombres igualmente apasiona-

dos por la carnicería como por la lujuria. No lo dudeis por un solo momento: Dios, como hábil arquitecto del edificio humano, destruye sin cesar las partes falsas de esta obra, para que no se desmorone; así lo exige su providencia; ó, diré con el ilustre Salviano: así lo exigen las lujuriosas costumbres de los hombres. «El lujo y la impudicidad, dice este sábio, aceleró la ruina de los hijos de Cartago; no queria Dios destruir esta ciudad todavía, pero ella y su pueblo instaron para su aniquilacion, aumentando sus abominables excesos.»

Ahora quiero dirigir la palabra á los filósofos del siglo xviii y á sus secuaces. ¡Cuánto han clamado los cínicos contra la continencia! ¡Cuánto han ultrajado la castidad! ¡Cómo han engañado á los hombres! ¡Qué palabras las tuyas tan halagüeñas y venenosas á la vez! Oidles: «La tierra, dijeron, es la mansion de las delicias; sus valles frondosos y sus montañas pingües, habitacion del hombre, asiento de ciudades populosas, moradas del placer, no tienen otros habitantes que las fieras. ¿Por qué se halla tan desierta la mayor parte del globo? ¿Por qué no ha de haber más brazos para socavar los tesoros, y fundar ciudades, y labrar campiñas? Entónces se aumentarán las riquezas, prosperarán las naciones, y crecerán los goces del hombre.» Todo esto ha dicho la filosofía, para engañar, no sólo al pueblo rudo, sino á los mismos sábios. Pero observad el tósigo que se esconde entre estas razones especiosas. Á continuacion sigue la ciencia incrédula examinando las causas de la despoblacion de la tierra, y despreciando las verdaderas, toma las fementidas. «¿Quién es la causa de que haya tan pocos hijos de Adan?» se preguntó á sí misma con arrogancia. «El sacerdocio, el monacato, contestó. Esos hombres, que se privan de los placeres por el reino de los cielos;» y entónces elevó su voz estentórea, amotinando á los pueblos, para que proscribiesen el celibato monacal como perjudicial á la prosperidad y au-

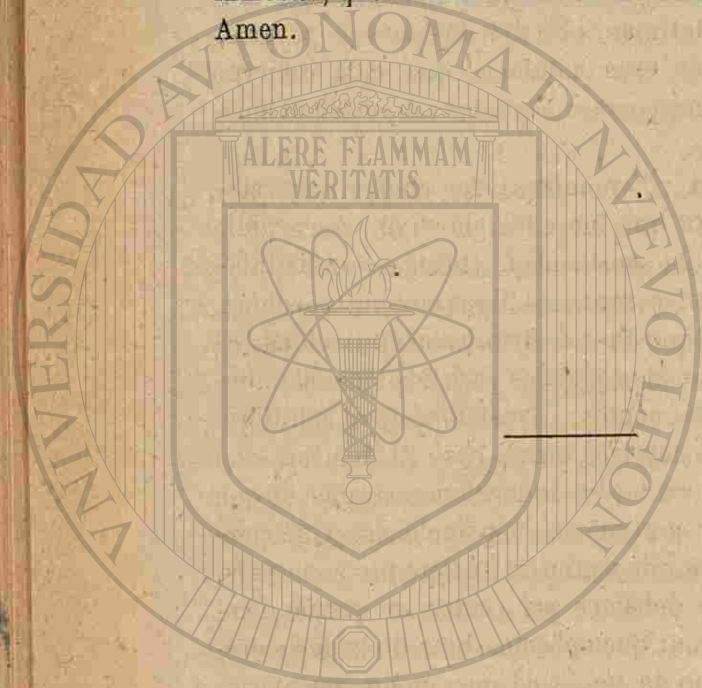
mento de la humanidad. Habló la filosofía, y los pueblos la han obedecido en gran parte. Oye, pues, mis palabras, y mira á tu porvenir funesto, altanera razon filosófica, que te glorías de ser hoy la única luz del mundo. Por más que te esfuerces en proscribir la continencia, so pretexto de aumentar el número de los hombres, ni has de conseguir que dejen de existir en el mundo hombres consagrados á Dios por la castidad, ni tampoco alcanzarás que haya más individuos de la especie humana que los que el Sér divino tiene decretado en su economía. Años há que empleas todo tu saber para mantener en los pueblos una paz falsa; paz rebozada con mil crímenes; paz conseguida con la intriga, la superchería, las alevosías y el maquiavelismo; paz, á cuya sombra se ha radicado hondamente la impiedad filosófica y extendido la lascivia. Espera un momento, y tiembla, porque la filosofía del mismo Lucifer no será capaz de contener las pasiones de los pueblos cuando éstos se levanten por permission del Altísimo. Nada servirán los protocolos cuando diga Dios á las naciones: «Alzaos y ejecutad mis decretos.» Se convertirán entonces las ciudades suntuosas en montones de ruinas; las hermosas llanuras se cubrirán de cadáveres; miles de víctimas humanas entrarán repentinamente en el seno de la eternidad. ¿Dónde estarán entonces vuestras teorías? ¿Dónde esa felicidad que prometíais á los pueblos cuando les excitásteis á anatematizar la castidad? En vano la buscarán entre los vivos, pues las esperanzas de los pueblos se han trasladado al sepulcro. ¡Qué! ¿No tiene Dios armas para pelear? ¿No es dueño de los pueblos? ¿No conduce Él á las masas humanas para que arrollen y destruyan? ¿No tiene en su mano los elementos, las hambres y las pestes? ¿No somos todos testigos de lo que ha hecho Dios, al paso que la filosofía ha abolido los seminarios de pureza? ¿Se atreverá alguno á decir que la humanidad ha aumentado despues que no existen tantos hombres celiba-

tarios, cuando hemos visto precipitada la mitad de los hombres en el sepulcro á consecuencia de ese azote que pocos años há recorrió toda la tierra? ¿No quedó entonces confusa toda la ciencia médica, sin saber qué remedio aplicaria á la horrenda peste, que arrebatava en horas muchos millares de víctimas? ¿No nos llenamos de pavor al ver casi sistemadas esas hambres, que cada invierno abren tantos sepulcros para cubrir á los infinitos que mueren de inanicion?

Abusad, abusad ¡oh hombres! del cuerpo que recibírais de Dios para que fuese templo suyo; convertido en instrumento de la sensualidad; entregaos indistintamente á todo placer, porque sois libres en vuestras obras; pero estad seguros que Dios destruirá vuestras obras; Él se servirá de las causas segundas para condenar al exterminio vuestros incrementos; Él restablecerá el equilibrio á costa de vuestras cervices orgullosas; Él demostrará á la altanera razon, por medio de lecciones severas, lo que no quiere aprender con suaves inspiraciones. ¿Qué consecuencias sacaremos de aquí para nuestro propio interés, amados míos? Que debemos ser castos en pensamientos, palabras y obras; que debemos huir de la deshonestidad, no sólo como de un áspid que quiere matarnos, no sólo como de la cosa más ofensiva de la santidad divina, sino tambien como de un atentado contrario á la Providencia, á las leyes conservadoras de la naturaleza humana, y que nos priva aún en la tierra de la poca felicidad que pudiéramos poseer, pues por la lujuria vienen al mundo los huracanes, los terremotos, las guerras, los incendios, las hambres, las pestes y todos los demás azotes que nos afligen.

Arrojémonos contritos á los piés de nuestro Salvador. ¡Ah! Con su gracia aún podeis levantaros del cieno de la lujuria, hombres que os hallais manchados con sus inmundicias. Pidamos al cielo sus auxilios, porque el com-

bate contra la carne es muy fuerte; pero más fuerte es la gracia de Dios, que se nos presenta sin cesar como una rodela que nos defiende y como una espada con que peleamos para conquistar un reino eterno, un lauro inmortal, que deseo á todos. En el nombre del Padre, etc. Amen.



SERMON

SOBRE LA CASTIDAD.

Ne des alienis honorem tuum, et annos tuos crudeli; Ne forte... labores tui sint in domo aliena, et gemas in novissimis, quando consumpserit carnes tuas.

No des tu honra á las extrañas, y tus años á una cruel; no sea que... tus sudores se queden en casa ajena, y suspires al fin, cuando hayas consumido tus carnes.

(Prov., cap. v, vers. 9, 10, 11.)

Gran razon tuviera el divino Pablo, cuando dijo que «la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos, y que alcanza hasta la division del alma y del espíritu, y aún de las coyunturas y medulas, y que discierne los pensamientos é intenciones más recónditas del corazon.» Testimonio perenne de esta verdad es el cambio universal de la humanidad por la palabra del Evangelio anunciada por los Apóstoles; prueba irrefragable son las estupendas conversiones que se han seguido de sólo oír de la boca de un ministro de Dios una sola sentencia del Espíritu Santo pronunciada con el énfasis y fuego que la caracteriza; prueba tambien incontestable son las cortas y admirables palabras que me sirven de tema para introducirme en el asunto que voy á exponer en este momento. Existen en el mundo grandes males en el orden moral, males introducidos por el pecado, males reconocidos como tales hasta por la depravada

hacer tales cosas sin pudor ni vergüenza, aprenden á practicarlas ellos tambien sin vergüenza y sin pudor. ¡Cuántos jóvenes han perdido así aquella amable simplicidad que los hacía estimables á los ojos de Dios y de los ángeles! ¡Cuántas doncellas castas se han enamorado de los placeres sensuales, de los bailes, de las correspondencias ilícitas, cuando ántes todo su gusto consistia en estar al lado de su anciana madre! Los trajes indecentes, la vida ociosa, esa inversion que se ha hecho del tiempo, convirtiendo la noche en dia y el dia en noche, ¿de dónde procede sino de los malos ejemplos, que todos quieren imitar? ¿Cómo se han introducido en las ciudades y pueblos ciertos vestidos inventados para hacer devision de los trajes sagrados? ¿Cómo se han aumentado tanto las partidas de juego entre hombres y mujeres, entre nobles y plebeyos, y aún entre los mismos niños? Por los ejemplos de los escandalosos. En otro tiempo, segun nos refieren los ancianos, las señoras no conversaban sino con sus esposos, las doncellas no salian de sus casas, y eran para ellas como una iglesia. ¿Cómo ahora ni unas ni otras conservan aquel retiro y soledad para el cual nació la mujer? ¿Cómo ahora tratan con toda clase de personas, se chancean, se rien, se divierten y pasan una vida llena de ociosidad? Empezaron unas, las siguieron otras, y lo que al principio se hacía con reserva, hoy se practica con descaro; lo que ántes sería un desliz, hoy se tiene por política y buena educacion. Semejante trastorno sucedió en casa de David; el altivo príncipe Absalon (III *Reg.*, cap. 1., vers. 5), no contento con su boato sencillo, hizo fabricar carrozas y poner caballos y jinetes que lo precediesen á todas partes; no tardó mucho en hacer otro tanto su hermano Adonías, y así la familia real se vió envuelta en los mayores desórdenes, fugitivo el padre, prostitutas sus mujeres, y al fin la idolatría de los reyes de Judá no tuvo otro principio que el

haber seguido los ejemplos y escándalos de Jeroboam.

Tales son los daños que causa á los otros el escandaloso; y éstos son tanto mayores, cuanto la persona que da el escándalo es más eminente, ó por su nacimiento, ó por su dignidad. Sí, cuando los grandes dan escándalos, el daño es más terrible, porque entónces, dice Lactancio (lib. II *De fals. relig.*), los vicios mismos aparecen como virtudes, y no sólo no son evitados, sino reverenciados: *Non modo non curantur, verum etiam coluntur*. Son semejantes los vicios de los hombres á los vapores de la tierra; miétras éstos están echados sobre los lugares inmundos, sobre las lagunas y pantanos, se miran con desprecio, porque no hacen más que oscurecer la luz del dia; pero tan luégo como se elevan hácia el cielo y son iluminados por los rayos del sol, se visten de una hermosura que atrae las miradas de todos. Sucede otro tanto en los vicios: no son éstos sino vapores inmundos que salen de nuestra naturaleza corrompida; miétras residen en la clase plebeya, se miran con desprecio; pero apenas han subido hasta el rico, hasta el noble, hasta el sacerdote, adquieren una luz aparente, que, en vez de darles deformidad, los reviste de hermosura. Oyen los niños á las personas mayores hablar con indiferencia de las cosas santas, tratar á los ministros del Señor de hipócritas, de avaros y de relajados en su vida, y aprenden á mirarlos con desprecio; ven los niños que en sus casas no hay práctica alguna cristiana, y aprenden á ser impíos; no ven que sus padres tengan el mayor esmero en cumplir con los preceptos de la Iglesia, y ellos se muestran rebeldes á las insinuaciones de sus maestros. ¿No es esto así? Y si no, decíme: ¿en qué consiste que la generacion actual está tan desmoralizada, que nadie se confiesa sino para casarse y para morirse, si acaso Dios le da tiempo? ¿En qué consiste que pocos observan el segundo Mandamiento de la Iglesia, no sólo entre las personas ma-

yores, sino aún entre los jovenzuelos que apenas cuentan tres lustros? En el escándalo de los mayores. Sí; hombres perversos sembraron en los pueblos el dogma de la libertad; á la sombra de ella se empezaron á arrimar algunos; poco á poco se fué aumentando este número, hasta que por fin todos los hombres fueron declarados libres de todo yugo de Religion; este dogma chocó á los primeros que lo oyeron de la boca de los filósofos, pero poco á poco el veneno empezó á colorearse de otro modo; se dijo que la Religion no hacía violencia á nadie; de esta verdad infalible se dedujeron consecuencias falsas; ser hombre de bien; no hacer mal á nadie; dejar á cada uno que siga los pasos que guste; no obligarle á seguir tal ó cuál práctica: ved en qué se ha colocado todo el espíritu del Cristianismo; la Iglesia, que ántes fulminaba públicamente sus rayos contra los hijos rebeldes, fué despojada de su autoridad, porque todo cuanto hace es tratado de fanatismo, y ridiculizado; así ella misma ha suspendido sus castigos públicos por no aumentar los crímenes de sus hijos, y éstos, abusando de los tiempos y de las circunstancias, se han reído y se burlan de su Madre, despreciando sus preceptos; al ver la luz primera, encuentran los niños la atmósfera impregnada con estos hálitos de doctrina pestilente; apenas se desarrolla un poco su espíritu, aprenden que cada año es preciso confesarse; oyen esto de sus maestros, van á su casa, y no ven que sea verdad lo que el Catecismo les enseña; van como por fuerza la primera y segunda vez á los piés del sacerdote, y cuando empiezan á tener vigor, lo miran con desprecio, y ninguna fuerza humana puede llevarlos al sagrado tribunal. ¿Y por qué? Por el escandaloso desprecio con que los mayores miran los preceptos de la Iglesia; porque en vano dirán los padres á sus hijos que anden hácia adelante, si ellos andan hácia atras, pues siempre responderán lo que saben aún los más idiotas: «Andad delante, y seguiremos.»

¡Oh y cuántos males causa el escandaloso en los otros! *Vae homini illi, per quem scandalum venit.* Enemigo de Dios, le arrebató las almas redimidas con su preciosa sangre; enemigo de la Religion, frustra todos los piadosos designios que ésta se propone sobre sus hijos, propagando el vicio y la impiedad entre las almas inocentes. ¡Desgraciado, pues, de él, por los males que causa á los otros! pero mucho más por los que se acarrea á sí mismo, que será el objeto de mi segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

Todos los bienes que el hombre pueda tener fuera de sí mismo son nada en comparacion de lo que él es y puede esperar: la fortuna, las riquezas y los honores, además de no hacer feliz al hombre, tienen la desventaja de acabar al borde del sepulcro, dejando á su poseedor tan desnudo como salió del vientre de su madre. Pero dentro de sí mismo tiene el hombre un bien inestimable, un alma espiritual é incorruptible, criada para ser eterna, y á quien le está prometida la posesion completa de tesoros infinitos, de riquezas sin número y de gloria eterna. Salvar esta alma: hé aquí el sumo bien, aunque el hombre sea en este mundo más pobre que el mendigo Lázaro y más perseguido de adversidades que el Santo Job. Perder esta alma: hé aquí la suma desgracia, aunque en este mundo se hayan tenido las riquezas de los Alejandros y los cetros de los Asueros. ¡Desgraciado, pues, del escandaloso! Él podrá tener en este mundo riquezas y tesoros; podrá vivir siempre rodeado de alegrías y nadando en placeres; podrá abusar de toda clase de personas; pero al fin su alma, este don celestial que nos hace semejantes á Dios, ¿á dónde irá? ¡Ay! Un frio sudor baña mi

frente al tener que decir de antemano la sentencia que ha de pronunciar un día el justo Juez; se despedazará de furor al fin de su vida el escandaloso; llorará sin remedio al verse proscrito para siempre y condenado á pagar con eternos tormentos los escándalos que dió en su vida, que no fué sino un punto, comparada con la eternidad. Será, pues, condenado á las penas eternas por haber ultrajado la bondad de Dios y despreciado su justicia; y aunque Dios, dejando de ser justo, lo que es imposible, quisiese perdonarle, no podría hacerlo, por satisfacer á los clamores de las almas precipitadas al infierno por los malos ejemplos del escandaloso. Oídme.

¿Qué es el infierno, amados míos? Lugar de tormentos y de llanto, lugar de desórden y de horror sempiterno, dice Job; lugar de aullidos y clamores, dice un Santo Padre: *locus clamorum et ululatum*, porque aquellas cavernas tenebrosas retumban sin cesar con el rechinar de dientes, con las blasfemias de los demonios y con los aullidos de los condenados; allí se oyen los horrendos clamores de los hijos contra los padres, por haberles enseñado los caminos de perdición en vez de adoctrinarlos en los del cielo; gritan las hijas contra sus madres, porque secundaron su vanidad y disipación; un compañero exclama contra otro, porque le enseñó los caminos de la maldad; despide bramidos horrendos el amigo difunto contra el vivo, á cuyas sugerencias debe los tormentos que sufre; brama aquella casada contra la mala mujer que sirvió de medianera en sus amores adúlteros; grita el criado contra su amo, porque se valió de él para sus tramas inícuas; claman, por fin, sin cesar todos aquellos que se perdieron por culpa ajena: *locus clamorum et ululatum*. Ved lo que pasa en el infierno; y no os admirareis que así sea, amados oyentes, porque aquél es el reino de la confusión, de los alaridos y del desórden; pero lo que nos debe espantar es que Dios oye

estos lamentos, y concede á los condenados lo que le piden; arrebatado en espíritu el Santo rey David, oyó los gemidos de los que habian sido muertos por los tiranos en odio de la Religión; «dad, Señor, decían éstos; dad á nuestros enemigos siete veces duplicada la pena que nos han infligido; venga, Señor, la sangre de tus siervos que ha sido derramada. *Vindica sanguinem qui effusus est.*» Piden á Dios venganza; y, sin embargo, ¿qué les hicieron los tiranos? Les quitaron la vida del cuerpo; pero con su espada les abrieron las puertas del cielo, labrándoles la corona de la eternidad; más debieron, dice San Agustín, á la espada del verdugo que los degolló, que á los pechos de la madre que los alimentára; y si éstos gritan de este modo, ¿qué maravilla será que pidan venganza los condenados por los escandalosos que los precipitaron al infierno?

¡Ay del escandaloso! ¡Ay de aquellos que dejan caer en sus conversaciones algunas palabras de ateísmo! ¡Ay de aquellos que ahogan los remordimientos en las personas timoratas, de aquellos que en sus conversaciones no hablan sino deshonestidades, propalando que la lujuria y los placeres sensuales no son sino una consecuencia natural de la naturaleza humana, porque no son los hombres espíritus, sino carne! ¡Ay! repito: ¡qué bramidos tan horribles resuenan en el abismo contra vosotros! Yo los oigo gritar y decir: «¡Dios de las venganzas, acordaos, Señor, de la ley que impusiste de pagar alma por alma, diente por diente! No quede impune la maldad de aquellos que con sus doctrinas y ejemplos nos han traído á este lugar de tormentos; dadnos, en medio de nuestra desesperación, el alivio de ver nuestras penas multiplicadas y agravadas sobre aquel que nos las causó.» Así gritan continuamente aquellas almas, instando al Juez supremo á que oiga sus clamores, pues aunque sean condenados, sus quejas son muy justas. ¿Y quién duda que

Dios los oye? ¿Quién sabe si Dios está ya para cumplir contigo ¡oh escandaloso! lo que exige su justicia?

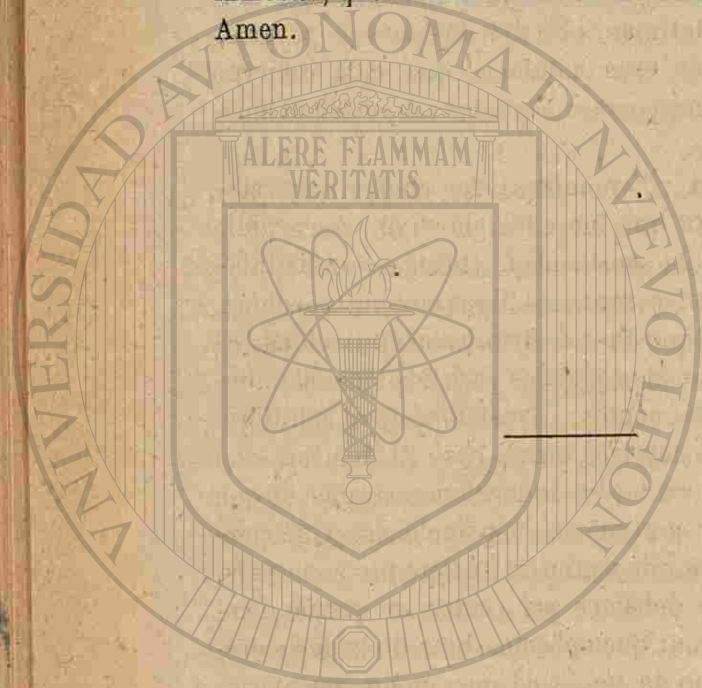
Ved los males que se causa á sí mismo el escandaloso: procurarse un infierno eterno, cuyos tormentos exceden nuestra consideracion, porque allí ha de pagar por parte de Dios todas las almas que le arrebató: exigirá de vosotros cuatro veces doblada la ovejita que le robásteis: *ovem reddet in quadruplum*; y como si las llamas eternas no bastasen, creará con su soplo divino otro infierno en el mismo infierno. Y por parte del demonio, ¡qué atrocidades! ¡qué horrores! No queriendo dejar sin paga los servicios que le hicísteis en buscarle compañeros de su morada, se encruelecerán con vosotros con más rábia, os espantarán con visiones más horribles y os distinguirán con tormentos más crueles entre todos los que consignó en sus manos la Justicia divina para ser vengada: *ovem reddet in quadruplum*.

En vista de esto, temblad, hombres escandalosos; temblad, pero no desesperéis: á los aullidos de los condenados podeis oponer vuestros gemidos y vuestras lágrimas; vean los que habeis escandalizado que estais arrepentidos, y sea vuestro ejemplo de vida penitente un estímulo para que obren bien, ya que vuestros excesos fueron la causa de que ofendieran á Dios. Sí; miéntras vivimos, aún tenemos esperanza de remision; pero desengañese el escandaloso: así como no se perdona el pecado de hurto si no se restituye el latrocinio, así tampoco Dios suele perdonar al escandaloso si no le devuelve las almas que le robó con sus escándalos; no hay otra compensacion, ni se encuentra otra en la Escritura, ni en los Padres, ni en los teólogos, y el Evangelio y la Iglesia severamente la exigen del que, ó con sus ejemplos ó con sus acciones, precipitó á otros al infierno!

¡Quiera el Señor extender hácia vosotros su piedad; quiera acordarse de sus misericordias, para que lloreis

en esta vida y resarzáis con vuestro dolor los males que habeis causado á las almas, para que en la hora de vuestra muerte no encontréis un juez severo que os arroje de su presencia, sino un padre misericordioso que os estreche entre sus brazos y os conduzca á la gloria! Amen.

bate contra la carne es muy fuerte; pero más fuerte es la gracia de Dios, que se nos presenta sin cesar como una rodela que nos defiende y como una espada con que peleamos para conquistar un reino eterno, un lauro inmortal, que deseo á todos. En el nombre del Padre, etc. Amen.



SERMON

SOBRE LA CASTIDAD.

Ne des alienis honorem tuum, et annos tuos crudeli; Ne forte... labores tui sint in domo aliena, et gemas in novissimis, quando consumpserit carnes tuas.

No des tu honra á las extrañas, y tus años á una cruel; no sea que... tus sudores se queden en casa ajena, y suspires al fin, cuando hayas consumido tus carnes.

(Prov., cap. v, vers. 9, 10, 11.)

Gran razon tuviera el divino Pablo, cuando dijo que «la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos, y que alcanza hasta la division del alma y del espíritu, y aún de las coyunturas y medulas, y que discierne los pensamientos é intenciones más recónditas del corazon.» Testimonio perenne de esta verdad es el cambio universal de la humanidad por la palabra del Evangelio anunciada por los Apóstoles; prueba irrefragable son las estupendas conversiones que se han seguido de sólo oír de la boca de un ministro de Dios una sola sentencia del Espíritu Santo pronunciada con el énfasis y fuego que la caracteriza; prueba tambien incontestable son las cortas y admirables palabras que me sirven de tema para introducirme en el asunto que voy á exponer en este momento. Existen en el mundo grandes males en el orden moral, males introducidos por el pecado, males reconocidos como tales hasta por la depravada

razon y corta filosofía del paganismo; males que no podemos desconocer, á no ser que queramos embozar nuestra razon, eminentemente ilustrada por la fé, entre la tosca corteza de la brutalidad. Nos enseña la experiencia diaria que, además de las consecuencias ulteriores y funestas eternamente para el alma que se entrega al pecado, tienen estos males tanta influencia en la existencia del hombre en este mundo, que á las veces acibaran todos sus gozes inocentes y permitidos por la ley divina, y cortan el precioso hilo de la vida precaria que pasamos sobre la tierra: ¡tantos son los estragos que el hombre se causa á sí mismo por no obrar siempre en conformidad con los preceptos divinos, que deben pautar su libre albedrío y llevarlo sin cesar á su propia felicidad!

Este principio es infalible é incontestable; demos, pues, á uno de los hombres más sábios el encargo de tratar delicadamente de la causa de estos males; exíjale la sociedad que descubra entre los arcanos de la sabiduría todas las consecuencias de la inmoralidad, para ponerlas de claro ante los ojos de la muchedumbre y conmoverla; veremos, desde luégo, que el sábio se presenta con todo el aparato de un legislador, que echa mano de todos los resortes de la elocuencia humana, para deleitar desde luégo el principio con imágenes patéticas; formará un bello cuadro, parto de su facundia, entrettejido con mil tropos, en el cual represente todo el horror del crimen; pasará luégo á persuadir y convencer, y despues de haber perorado largo tiempo, quedarán las costumbres en el mismo estado, y los esfuerzos del orador se verán esterilizados; la razon es muy sencilla: el que habló fué un hombre.

Pero hable Dios; óigase aquella voz que hiende los cedros del Líbano, y vereis cómo sus acentos traspasan el corazon y lo derriten, llegan al interior del alma y la hacen estremecer; cuando habla este Sér divino, ¿creerá el filósofo que sus palabras, sus consejos y preceptos

tienen por fin único el mundo invisible, que existe más allá de la region sepulcral? No, ciertamente; acá en la tierra quiere que seamos felices, cumpliendo sus mandatos, y nos instruye en los males que nos acarreamos, cuando vivimos sin ley. Oigamos lo que nos dice sobre los males que son inseparables de la vida lujuriosa: «No des tu honra á las mujeres extrañas, ni tus años á una cruel; no sea que tus sudores vayan á parar á casa ajena, y te lamentos al fin, cuando hayas aniquilado tu cuerpo.» Señores, yo desafío á todos los sábios de la tierra, á que digan en una sola sentencia la causa de males infinitos que gravitan sobre cada uno de los hombres, como la ha dicho el Espíritu divino; tambien les convido á que provean de remedio, y publiquen todos los alicientes de la virtud, y estoy infaliblemente cierto que de sus sentencias no ha de resultar ni un solo hombre morigerado. Tiene, pues, la palabra divina el doble objeto de beatificar al hombre en el cielo y en la tierra: le anuncia los terrores de la eternidad para salvar su alma, y le pinta tambien los males que le causa en esta vida la lujuria y los demás vicios, para que sea dichoso hasta en su cuerpo ántes de pagar el tributo de muerte á la naturaleza.

El hombre podrá entregarse á la deshonestidad, obrando peor que los brutos; pero ved lo que le dice la Sabiduría divina; el lujurioso vivirá sin honor, vivirá entre miseria; vivirá sin salud; vivirá desesperado; sufrirá la ruina de su reputacion, la ruina de sus años, la ruina de sus sudores, la ruina de sus tesoros, la ruina de sus talentos, y la ruina é inanicion de su propio cuerpo. «¡Oh, cuántos males! exclama San Agustin al pensar en estas frases divinas. ¡Cuántos estragos causan los amores torpes! No hablamos del infierno, sino [de esta vida, en la que el deshonesto se labra un infierno para sí.» ¿Un infierno en este mundo? Es muy extraño, cuando el lujurioso quiere que el cielo con sus delicias inefables quede

circunscrito á las acciones carnales. ¡Infierno en el tiempo é infierno en la eternidad! Sin duda, amados míos, es preciso comprender que hay en la lujuria dos crímenes, pues se castiga con los rigores de la vida y los tormentos del otro mundo; sin duda va el crimen contra Dios acompañado del crimen contra los hombres, pues no basta para su castigo el infierno eterno; y en efecto es así; «la lujuria es un atentado contra la sociedad y contra sí mismo;» y os lo voy á demostrar despues de haber pedido al Espíritu divino sus luces por la intercesion de María, á quien saludamos todos.

AVE MARÍA.

Tiene la Religion dogmas encantadores y suaves que elevan al hombre, y dogmas que lo llenan de terror y espanto; la predicacion de los primeros extasía al auditorio en general y deleita á cuantos la oyen, sin distincion de sábios ó ignorantes, de creyentes ó impíos, de pecadores ó justos. Los segundos no pueden ser anunciados sin que sus ecos encuentren mala acogida en el corazon del hombre corrompido, quien para evadirse de los terrores que estas verdades inspiran, tacha semejantes dogmas de fanatismo, y al que los predica con conviccion profunda, de fanático. Yo no temo hoy semejante imputacion, aunque existiesen entre mis oyentes Lucrecio y Epicuro con todos sus discípulos: nada ha de intervenir en mi discurso de cuanto existe más allá de la tumba; para nada he de llamar en mi ayuda el juicio de Dios, ni el infierno, ni sus tormentos, ni su fuego inextinguible, ni la temerosa eternidad; voy á hablar como si jamás hubiese oido pronunciar estos dogmas inconcusos; han de dar la sentencia contra el hombre lujurioso los filósofos, los políticos y los sábios; he de poner en armonía á todas las generaciones, á todos los siglos, para

que todos pronuncien solemnemente su anatema contra la impureza. El código divino, los Doctores de la Iglesia, los hombres eruditos no han de salir á la arena, sino como otros tantos filósofos amantes de la felicidad temporal de los hombres, que les aconsejan ser castos para cumplir con los deberes que la vida social les impone, y como otros tantos amigos que desean tener á sus hermanos largos años á su lado, disfrutar de su conversacion y amenizar sus dias entre las dulzuras de una vida inocente. Las casas de prostitucion con sus infames moradoras, los lechos de dolor do se desesperan infinitas víctimas de la lujuria, las familias, las ciudades, las naciones han de hablar por mí en este momento; yo no haré más que referir lo que pasa en el mundo presente, y aparecerá que sólo el Espíritu divino pudo decir en dos palabras toda la infelicidad temporal del hombre deshonesto; se verá claro que su vida es un infierno continuado, y por fin quedará demostrado que todas sus desgracias en este mundo son una pena condigna del crimen que comete contra la sociedad y contra sí mismo, considerado el hombre en relacion tan sólo con sus hermanos y con su existencia propia. Empecemos ya.

Por más que el egoismo de la filosofía carnal quiera ensimismar al hombre haciéndolo el fin último y único de todas sus operaciones, nunca arrancará del total de la humanidad una idea sublime, profundamente arraigada en la masa del linaje humano. Consideremos al hombre como morador de la tierra. ¿Para qué ha nacido? No ha venido al mundo para ser una fiera del desierto; existe para todos, no ménos que para sí mismo: el mundo es una gran cadena, compuesta de muchos eslabones, que han de estar en contacto y union unos con otros para formarla; si se desunen, la cadena desaparece. La sociedad humana es esta gran cadena; sería un absurdo decir que no necesitamos unos de otros; el rico necesita del

pobre, como el pobre del rico; los grandes no son grandes sino comparados con los pequeños; por una admirable conexión que Dios ha establecido, dependemos unos de otros naturalmente y sin violencia, quedando entretendida la sociedad, con orden y hermosura, de hombres débiles y fuertes, de opulentos y miserables, de ilustres y oscuros, de ignorantes y sábios. ¿No veis lo que es un vasto monte? Allí campea la esbelta palma, el robusto cedro, el copudo roble, la enorme ceiba; allí el débil arbusto, la rastrera yedra, la planta parásita y otras mil briznas de yerba; si desapareciesen los árboles frondosos, no podrían crecer bajo su sombra esas multiplicadas flores del desierto que lo hacen tan delicioso como un jardín, ni nos deleitaria el ver tantos festones que como guirnaldas, coronan y embellecen á los mismos que las sostienen en sus ramas; si se cortan todas estas plantas menores, la superficie de las montañas quedará estéril, y no pudiendo conservar las humedades, los soberbios troncos se esterilizarían. ¡Ah! Quien examine con detención cualquier objeto inanimado, se ha de convencer que en el mundo no habría orden, ni hermosura, ni estabilidad, sin la mútua conexión de unos seres con otros; son éstos á las veces contrarios por su naturaleza y propiedades, como el aire, la tierra, el fuego y el agua, y eso no obstante, los unos viven con los otros, se ayudan y favorecen para conservar el equilibrio, y si así no fuera, el mundo físico se disolvería. Y ¿el hombre será ménos que las plantas del desierto? ¿Los hijos de Adán, semejantes en el cuerpo y en el alma, animados, racionales y espirituales, no han de tener entre sí las relaciones que tienen los elementos insensibles, para favorecerse los unos á los otros, y procurar directamente el sostenimiento comun, movidos á ello por la razón, cuando todos los demás seres visibles lo ejecutan, impelidos á ello por el instinto ciego ó por la ley imperiosa? Esta

verdad es más esplendorosa que el mismo sol, y sólo pudo desconocerla aquella filosofía cínica que, cavilosa y quiméricamente, dividió al hombre en estado natural, en social y civilizado, para enseñarle á ser más voluptuoso que las mismas bestias, á las cuales lo comparara con una osadía tan desvergonzada como cruel é impía.

Pero dejemos esta infalible teoría de la sociabilidad de los hombres, y entremos de lleno en la materia, supuesto que todos debemos coadyuvar al sosten de la sociedad en el estado que plugo á la Providencia dar á cada uno. ¿No es un crimen el atentar contra esta sociedad? El que pretendiese disolverla ó trastornarla, ¿no merecería la animadversión y anatema de todos los hombres? Nadie lo duda; y ¿hay acaso un sér más enemigo de la humanidad, más contrario á su permanencia y duración, que el hombre mismo cuando se entrega á los excesos de la lujuria? El fuego devorador que algunas veces reduce á cenizas ciudades populosas, ¿destruye tanto como esas llamas de la lujuria, cuya propiedad esencial consiste en devorar á otros al paso que aniquilan al mismo que las abriga en su pecho? «Entre todos los males que hay en la tierra, dice Hugo de San Víctor, no hay uno que se parezca á este; él hiere con más eficacia, daña más profundamente y persigue con más crueldad que todos los otros.» Prescindiendo por un momento de la degradación y miseria á que son condenados los hijos de la lujuria, no contando en nada los males inmensos que sufre la sociedad humana por multiplicarse los hombres por medios prohibidos por la ley natural y divina, ¿no se hiela el corazón al contemplar que el hombre, con sus crímenes demasiado precoces, reduce á la esterilidad de una piedra los objetos destinados por Dios á ser plantas frondosas, que, como la lozana palma, enseñen sus dorados frutos? ¿No causa espanto el ver que aquellos cuerpos dotados por Dios de fuerza y brío para mantener con sus sudores toda una

familia y para emplearlos en defensa de la patria, se encuentren amortecidos y enervados por los estragos de la lujuria? ¿No le hace á uno estremecerse que se apoderen del entendimiento humano la ignorancia y estupidez que causa la lujuria, cuando este espíritu está destinado á elevarse hasta lo más sublime de la ciencia por la pureza de ideas y de accion? ¿No da horror el pensar que el dueño de los animales irracionales, el rey de la creacion, se coloca por sus lujurias en una esfera inferior á los mismos brutos, y que tiene en tan poco á sus hermanos, cuando se materializa en los placeres sensuales, que no duda llevar el duelo á familias enteras, reducir á cenizas las ciudades, sacrificar las naciones y hasta devorar á sus semejantes? Hé aquí una multitud de atentados, que no tanto pugnan contra la santidad de Dios y de su ley, cuanto contra la misma sociedad humana, contra su existencia y su mantenimiento.

Séase que consideremos al hombre en la pubertad y juventud; séase que lo miremos en la virilidad unido ya á la compañera que el cielo le haya dado, si se echa entre los lodazales de la impureza, es un verdugo de la sociedad; no esperéis que hombres de este temple den á la humanidad hombres que la sostengan; ántes al contrario, la privan de ellos; y si alguno sale á luz, sólo ha de servir para causarla lágrimas y pesar. Acordémonos, señores, del consejo que tuviera un rey antiguo con sus ministros; en el seno del pueblo precursor de la cultura de las artes, existia otro no ménos instruido que él en la civilizacion, pero incomparablemente más sábio que él en el culto de Dios; cada cual vivia segun sus ritos y leyes; el pueblo extranjero se multiplicaba de un modo que parece fabuloso; el grano de trigo deprimido entre la tierra y castigado con las escarchas invernales, no se erige con tanta lozanía en primavera, ni se ve coronado con fruto tan multiplicado en verano, como esta nacion se

propagaba bajo la sombra de su misma rival; sus incrementos son un motivo de suspicacia y hasta de terror para el monarca y sus grandes; se pretende su destruccion, pero se teme un rompimiento de armas; eran estos dos pueblos el egipcio y el hebreo; el maquiavelismo sugiere á Faraon la idea de aniquilar á los hijos de Jacob sin desenvainar la daga. «Destinémoslos, dice, á la elaboracion y coccion de los hornos y ladrillos; no tomemos las armas, porque estos extranjeros son más fuertes que nosotros.» ¡Qué! el pueblo de Israel, familia de pastores de ovejas, hombres inermes, sin más instrumento que la honda, ¿será más fuerte que un monarca ayudado de consejeros y escoltado de carros de guerra y de hombres instruidos en el manejo de la saeta y la lanza? «Sí; más fuertes son los hijos de Jacob, dice un sábio comentar, y la razon es muy obvia; eran los egipcios hombres lujuriosos, y viviendo desordenadamente, eran ménos aptos para el manejo de las armas por la enervacion de sus cuerpos estragados por la deshonestidad, mientras los hijos de Israel tenian la fuerza de un atleta por su vida arreglada.» Desengañémonos, amados míos; la castidad es el mayor preservativo de las enfermedades que destruyen la humanidad; y esta verdad fué conocida de la filosofia pagana, como lo atestiguan sus escritos, pues la Religion debe á aquellos sábios el haber ellos mismos transmitido á todas las generaciones la descripcion de aquellas fiestas obscenas que tenian lugar en los templos de los ídolos, pintándolas, no como cultos dignos del hombre racional, sino como escenas repugnantes á la sana razon. Diré todavía más, con nuestro ilustre Doctor San Isidoro: «Hubo hombres entre los gentiles tan persuadidos de los estragos de la carne, que muchos de los gimnásticos guardaron absoluta abstinencia de todo placer, para mantener la robustez de sus cuerpos y la solidez de sus ideas, enseñando á todos que la vida licen-

ciosa enerva el cuerpo y lo lleva con rápida marcha al sepulcro.» Hé aquí cuanto nos dice la razon y la filosofía.

¿Qué nos enseña la experiencia? No quiero hablar de la ruina de Baltasar, poderoso monarca de Babilonia, ruina causada por la enervacion á que lo redujera á él y á sus vasallos la desenfrenada deshonestidad; pues miéntras él y sus grandes y generales se entregaban á la embriaguez mezclados con sus concubinas, el gran Ciro ponía en seco el ancho cauce del Éufrates, para desmoronar los palacios de la ciudad voluptuosa, y poner en la region de lo pasado el imperio más vasto y fuerte de la antigüedad. Tampoco nombraré á esa Roma y Cartago, cuya memoria colosal nos representa lo que es un pueblo lujurioso. ¡Ah! Si os acercais á las ruinas de Nínive; si os deteneis en medio de aquellos escombros, recinto antiguo de mil sonidos melodiosos, de mil encantos, y hoy reducto de fieras, donde el silencio sepulcral apenas es interrumpido por el graznido de alguna ave pavorosa, preguntad la causa primaria de tanta destruccion, y de entre las esculturas obscenas, de entre las osamentas humanas, amontonadas confusamente bajo la tierra, saldrá una voz fatídica y magistral que os dirá: «La lujuria convirtió nuestros jardines pensiles, nuestros alcázares y nuestros templos en region de espanto; aquí yace un pueblo que no llegó á su extincion sino por sus lujurias.»

Parece una quimera el afirmar que los hombres lujuriosos sean asesinos de la sociedad, y no lo es ciertamente; siglos há que lo enseñára el padre de todos los filósofos antiguos; Aristóteles, al considerar los excesos á que se entregan los hombres, se atrevió á decir que entre todos los animales, ninguno haría lo que hace el hombre, pues aquéllos no pasan jamás de lo que les prescribe su instinto para aumentar y conservar su especie, miéntras éste se estraga á sí mismo con sus lujurias

y se imposibilita, al paso que anonada la existencia posible de otros hermanos suyos. ¿No es esto un asesinato? ¿No es un homicidio? Es evidente que importa poco al deshonesto soterrar entre mil escombros á toda la humanidad, ó condenarla al hierro, al hambre, á la anarquía, á las desgracias todas reunidas, con tal que él satisfaga su sed de placeres en las ciénagas aguas de la carnalidad. ¡Qué! ¿Os parece exageracion? Leed la historia; mirad á David, al héroe de la Palestina, al que mano á mano vencía á osos y leones; al que de una pedrada ganó una victoria, al capitán ilustre, al general victorioso en mil combates, al Rey benigno y manso, al que ama tanto á sus vasallos, que por su amor y felicidad ha sacrificado toda su vida; tan celoso es de su honor, como del bienestar de su pueblo; no quiere que el opulento arranque al pobre ni la ovejita que posee, so pena de muerte. Pero ¿qué mudanza sobreviene á aquel corazón noble y magnánimo? Pone sitio su general Joab á Rabba, y pierde la mayor parte de su ejército...: lo participa á su Rey, y, como si la vida de un hombre no valiese nada, le contesta que aquello era insignificante. Hay en el ejército un soldado valeroso y denodado, cuya mujer tiene enajenado el espíritu del Rey; ninguno de sus artificios le ha valido para paliar la injusticia cometida contra Urías; sólo la muerte de éste puede darle ocasion de entregarse á los placeres carnales y de ocultar su adulterio; pues muera Urías. Para que éste sucumba bajo las afiladas flechas de los sitiados, es preciso que se acerque el ejército á los muros, que exponga imprudentemente su vida, que caigan miles de héroes sin necesidad; no importa: con tal que muera Urías, muera también todo el ejército. Causa cierto pavor el pensar en estos acontecimientos. ¡Tanta crueldad é injusticia en un hombre tan temeroso de Dios, que hirió su pecho de dolor por haberse atrevido á cortar un retazo de la purpurada fimbria de Saul! Pero no nos admiremos,

señores; David se había olvidado entónces de Dios y de sí; vivía en amores ilícitos con Betsabé, y no examinaba los medios injustos de que se servía para lograr su fin. «Si fué cruel en la muerte de Urías, dice San Gregorio Magno, fuera ántes enormemente voluptuoso en el apetito de una mujer.»

Sí, lo repito; el lujurioso es un homicida; mirad qué peso tiene en el corazón de Herodes la sociedad y los hombres; mirad en cuánto los estima. Más peso tiene en su ánimo el capricho de su manceba, que la vida de un hombre santo; una bailarina dispone de las vidas y de las haciendas de los vasallos; la mitad del reino que se le pida al lujurioso monarca, no es nada; si así como ha pedido la cabeza del Bautista se la antojara pedir las de la mitad del pueblo, también se lo concediera, pues se lo ha jurado. ¡Ah! ¿Referiré aquí la degradación á que llegara aquel Emperador, cuyos actos avergonzaran al mismo Senado romano, á pesar de la corrupción de sus costumbres? ¿Os lo pintaré haciéndose encerrar en las jaulas del circo como león de la Numidia, y saliendo de ellas, al abrirle las rejas el leonero, para arrojarle sobre los miserables esclavos, que morían entre sus dentelladas y garras, más crueles que las de los mismos tigres? ¿No es verdad que estos hechos se nos hacen casi increíbles por su deformidad? Es cierto, y debemos esta repugnancia á semejantes horrores al Evangelio; al Evangelio, que ha creado esa conciencia pública de los pueblos, que no permite que la maldad adquiera un carácter de licitud, ni puede sufrir que en público se cometan crímenes contrarios al pudor. A medida que el Evangelio se ha planteado en las naciones, las calles y plazas se han visto libres de las obscenidades que ántes las manchaban; el hombre voluptuoso se vió precisado á esconderse entre las sombras para saciar sus pasiones desordenadas, porque, de lo contrario, el pueblo mismo lo castigaria, y quizá no faltaria

un Finees que exterminase al profanador de esta conciencia pública y general de los pueblos civilizados por el Evangelio.

Son, pues, ocultos todos los excesos de la lujuria: no se ven hoy las tristes escenas de sangre y barbarie que caracterizaron á los pueblos antiguos; pero hablemos sin reserva; no encubramos la verdad. ¿No comete el lujurioso los mismos asesinatos que Herodes y Neron? ¿No vemos realizados estos homicidios en esos niños que á cada paso se hallan tirados en las plazas y calles? ¿Quién tiene valor para arrojar en una cloaca inmunda ó en un camino, para que sea víctima de los elementos y de las fieras, al fruto de su pecado? ¿No es un asesino? Y si esta acción, de que no es capaz ni el tigre mismo; si esta acción, en que la inocencia de la víctima, sus vagidos y dolor están pidiendo eficazmente amor y compasión, no mueve los corazones, ¿podrá pensarse que los movería cuando no aparece á nuestros sentidos? ¿Tienen acaso otro origen esos crímenes bárbaros que cometen muchas desgraciadas queriendo impedir la existencia del fruto de su pecado? Los tribunales, ¿no están avergonzados de tener que fallar contra tamaños horrores? ¿No sabemos que la malicia se ha ejercitado en inventar reglas abominables para poder continuar pecando á mansalva, sin temor de sufrir consecuencias? ¡Cielo santo! Dadme valor para decirlo: estos crímenes se cometen cada día á millares en esta ciudad; casi los vemos y palpamos; estos crímenes son enseñados en esas pinturas lúbricas, que tan desvergonzadamente se venden, como lo hicieron los antiguos en los átrios de las Dianas y Vénus. ¡Ah! Todos los crímenes atacan la Divinidad; pero este de la lujuria la acomete más horriblemente; es atacado el poder divino; es atacada la Sabiduría; es atacada la Providencia con su economía. Todo lo que engrandece la sociedad, todo lo que la realza y sostiene es anonadado por

el hombre lujurioso. La consecuencia de tantos atentados es el suplicio temporal del que los perpetra; el crimen es contra la sociedad; cuando un asesinato es público, la justicia humana lo castiga en un cadalso, y la sociedad queda vindicada, la moralidad pública satisfecha, y el hombre malo escarmentado. Siendo, pues, secretos los atentados del hombre deshonesto, y escondiéndose á las investigaciones de la sociedad ofendida, Dios los castiga en este mundo por ser crímenes de sangre contra la misma sociedad. ¿Cómo los castiga? «Dios ha decretado, dice San Agustín, que todo ánimo desordenado sea un verdugo de sí mismo;» y os lo demostraré en mi segunda parte.

Tres son los bienes que constituyen en la tierra á un hombre feliz: las riquezas, el honor, la vida. Los dos últimos son la herencia universal, encontrándose de hecho el primero en muchos, y existiendo por el deseo en todos y en cada uno de los vivientes. Si quereis condenar á un hombre á un infierno temporal, quitadle estos bienes cuantiosos; porque así como el infierno eterno consiste en perder al Sumo Bien para siempre, así también sería un infierno temporal privar á un hombre en la tierra de aquello que le hace feliz. Que una mano aleve dé fin á nuestra existencia; que una lengua viperina cubra de negros vapores el tersor de nuestra fama; que un ratero nos prive en un momento del resultado de nuestros trabajos y sudor, son cosas comprensibles, acontecimientos que cada día causan la envidia, la perversidad y las pasiones; pero ¿gastar los años en fatigas para adquirir caudales y arrojarlos en el Océano con la misma mano que han sido amontonados? ¿Señalar uno mismo su frente con el signo indeleble de la infamia? ¿Condenarse á lentas torturas, á agonías incesantes y á muerte cruel, cuando está en nuestras manos la felicidad y la vida? ¡Ah, amados míos! Es-

tos acontecimientos no podemos caracterizarlos sino con el nombre de locura y frenesí, ni podemos atribuirlos á un hombre que esté en ejercicio de sus potencias. Sin embargo, el hombre lujurioso se sacrifica á estas plagas, renuncia á su honor, abdica todos sus privilegios, desprecia sus bienes, y corta el hilo de su existencia, condenándose además al dolor y la desesperación. Hé aquí los grandes males de esta vida; hé aquí el infierno temporal; no hablamos de los tormentos eternos.

No hay un solo hombre sábio que no se haya compadecido de la malversación de los bienes ocasionada por la lujuria. Si abrimos las páginas sagradas, encontramos á cada paso que la ruina de las familias, la pobreza de las ciudades, la calamidad y miseria de los pueblos, son una consecuencia de la impudicia. Todos los artificios de una mujer corrompida se encuentran admirablemente descifrados en este monumento del Amor divino; su belleza fingida, sus afeites, sus palabras encantadoras, están puestas por el Espíritu divino de tal modo, que no podamos padecer equivocación en el discernimiento de la buena y de la mala mujer. Pero anotad lo que dice la Sabiduría infalible: «En sus labios está la miel, y sus acentos parecen suaves como el aceite, mas al fin es amarga como el ajeno, y homicida como espada de dos filos.» «No te arrimes á su puerta, no sea que vengan á refundirse en su casa todos tus sudores.» «Quien alimenta á seres semejantes, pierde sus bienes;» porque «la mala mujer es un abismo sin fondo,» donde se absorben todas las riquezas del hombre. Si queremos hojear un poco los escritos de los Doctores de la Iglesia, apenas hay uno que no diga á cada paso esta misma verdad. Mas no quiero aglomerar sentencias; baste decir con el sábio Terencio, que la meretriz es «la plaga de los prédios.» ¡Ah! Días, meses y años emplean los hombres en cálculos para ganar caudales. En medio de sus esperanzas y anhelos por el

porvenir, surgen en su corazon ideas tristes y melancólicas; un huracan inesperado puede anular todas sus empresas; un temporal deshecho sumergirá quizá en un momento todas sus riquezas; una chispa de fuego reducirá á cenizas lo que ha reunido en muchos años; un accidente imprevisto pondrá en el número de los mendigos al que se contaba en la categoría de los grandes del mundo. ¿No es verdad? Apenas hay leccion más inculcada que ésta en la historia del mundo. Pero ¡qué inconsecuencia! ¡Qué irreflexion la de los hombres! Los incendios, los terremotos, las tempestades, los elementos todos, ¿pueden acaso absorberse las riquezas tan vorazmente como la lujuria? No; porque los efectos de aquellos son transitorios y momentáneos; tras de la tempestad viene el tiempo bonancible; la tierra, esterilizada con los rayos y granizo, arroja con nueva lozanía cosechas abundantes que consuelan al pobre. Por grandes que sean las calamidades, queda siempre la esperanza de vencer sus efectos con la paciencia y el trabajo; mas las pérdidas temporales que causa la lujuria, son irreparables. El más violento aquilon no despoja los árboles de sus hojas y frutas con tanta furia como este genio maléfico cuando envuelve en sus vértigos al hombre. La razon es clara, porque la lujuria produce dos grandes agentes destructores de riqueza, que siendo contrarios por su naturaleza entre sí, se aman y hermanan para aniquilar; son estos agentes la avaricia más insaciable y la disipacion más completa.

Es en realidad una monstruosidad ver que una mano allega cuantiosas riquezas, mientras la otra las arroja en una sima sin fondo. Si viésemos un avaro de esta especie, tendríamos que inventar un nombre propio para caracterizarlo; su modo de obrar sería un singular fenómeno de avaricia; pero ¿pensais acaso que no existe este fenómeno? Desengañaos: existe y está generalizado, y os lo demostraré con toda claridad. Dios puso á la mujer en

la tierra para que acompañase al hombre en sus fatigas y para que ambos tendiesen á un mismo fin, á la conservacion del género humano bajo ciertas leyes universales. Para lograr esta union bajo relaciones amigables y simpatías recíprocas, dió al hombre gran fuerza corporal é intelectual, y á la mujer debilidad en su compuesto, gracias y atractivos; aquél fuera dotado de robustez para proteger á su compañera; ésta recibiera la hermosura para cautivar á su tutor; de tal modo, que la misma debilidad mujeril sería su escudo contra las violencias extrañas: dió todavía más á la mujer; la dió el pudor, que fuera para ella un muro de bronce que circunvalase siempre su pureza é integridad. Basada la union de ambos sexos sobre estas condiciones, resultaria que el hombre trabajaba en ganar caudales, y la mujer los conservaria; pero inviertase este orden; no reconozca el hombre en la mujer sino el instrumento vil de sus placeres, y vereis trastornado el carácter de cada uno de los compañeros; aparecerá el fenómeno de la avaricia y de la prodigalidad, y por mucho que sea el caudal del hombre, nunca podrá saciar la avaricia de la cómplice de sus criminales uniones. Señores, no es esto un invento de mi imaginacion; vemos estos hechos cada dia: la lujuria es un fuego que devora al que se deja dominar de él; cuanto más arde, quiere más pábulo; impele de tal manera al hombre, que por entregarse á sus locuras no duda á las veces empeñar su fortuna y aún su vida; mientras por el lado opuesto la vil ramera vende caros los placeres, pues ella no busca los corazones, sino oro; arrojad en su seno vuestros tesoros con más abundancia que el cielo descarga sus aguas en las llamas de una gran ciudad presa del fuego, y vereis que todos son devorados; caigan sobre ella el oro, los diamantes, las riquezas todas, y las tragará, como esas cavernas subterráneas por cuyas horrendas fauces entran rios caudalosos para llegar al Océano. Sí; la lujuria es el gran hor-

no donde perecen todas las riquezas del hombre; y no lo dudemos: si no hubiese tanta inmoralidad de costumbres, no conociéramos entre nosotros tantos contratos ilícitos, tantas y tan execrables usuras, tantos monopolios, tantas injusticias cometidas cada día para tener oro. Quiero detener aquí el vuelo de mi espíritu, que me conduciría á un exámen prolijo de las causas del empobrecimiento actual del mundo, porque voy á hablar de la segunda pérdida del hombre lujurioso: del honor perdido entre las obscenidades.

¡El honor! ¡Ah! Hé aquí una palabra eléctrica, una gran cualidad de que se habla mucho y que se estima poco. Puede tanto sobre nosotros esta prenda espiritual, y nos domina de tal modo, que la hacemos una especie de divinidad; cuando afirmamos ó negamos; cuando prometemos cumplir una palabra, damos fuerza á nuestras expresiones poniendo por testigo á nuestro honor: debe ser esto una cosa grande, y en cierto modo instintiva en el hombre, pues es comun esta idea al que hace profesion de caballero como al plebeyo. Mas este honor no es un sér ideal ó quimérico, ni una cualidad que se hereda, sino que nace con el hombre, y se aumenta, se conserva ó se pierde por las acciones de cada uno, buenas ó malas, viles ú honrosas. ¿Y no es un deshonor el entregarse á la vida licenciosa y deshonesta? Por grande, por noble que sea el nacimiento del individuo, ¿no mancilla su honor y nobleza desde que se entrega al comercio carnal, á no ser que consagre su obra la ley natural y la Religion revelada? La innobilidad de la lujuria, ¿no ha dejado acaso tiznada la púrpura, el trono y el reinado de Salomon? ¿Podía tener honor el que negára á Dios el honor debido, dándolo á los ídolos por satisfacer los caprichos de las extranjeras, con quienes se habia unido? No; y téngase lo que voy á decir por proposicion de eterna verdad: el que es infiel á Dios, lo es mucho más á los

hombres, y el que es infiel, no cumple sus juramentos; y quien no cumple sus juramentos, no tiene honor. ¿Podrá, pues, tener honor el lujurioso que, habiendo renunciado con juramento al comercio ilícito de la carne, se entrega sin reserva á sus excesos? No lo creia así el sapientísimo Pablo cuando, hablando infaliblemente de los hombres más grandes del paganismo, decia «que no conocian la buena fé, y que eran por sistema viles, suspicaces é infieles:» *Plenos contentione, dolo, malignitate... absque fœdere*. Méenos lo creeria cuando afirmaba «que el que se une á una ramera, se hace una misma cosa con ella.» Si la influencia moral de la mujer respecto del hombre es tan grande que, no obstante la supremacía que éste tiene sobre aquella, participa de ella en gran parte el honor; mas si el uno y la otra no se tratan como manda la ley divina; si abusa el hombre de su fuerza y cede aquélla de su derecho prostituyendo su cuerpo, se deshonorra á sí misma, y causa al hombre su deshonor: perdido una vez este noble atributo por la mujer, nada le queda que pueda dar al hombre y á la sociedad; perdió su honor, y lo perdió todo; y quien á ella se junte, no recibirá en premio de sus placeres sino la infamia y deshonorra.

¿Quereis verlo? Echad una mirada fugaz á esas infelices que están infamando con su permanencia entre nosotros la Religion y el renombre que nos legaron nuestros padres y que ántes hacian latir nuestros corazones con noble y santo orgullo. Vedlas; tan pronto las observareis escondiéndose entre las tinieblas de su demora, como ocultando su deshonorra, al mismo tiempo que llaman al incauto que ha de ser presa de su lascivia; tan pronto se os presentarán con desenvoltura é impudor, profiriendo palabras repugnantes hasta en hombres plebeyos entregados á la embriaguez. El hombre casto no puede pasar por sus madrigueras sin ruborizarse é inclinar sus ojos á la tierra; el hombre de honor tiembla hasta de su saludo,

pues teme que sus ecos solos lo empañen. Su sociedad está reducida á hombres de orgía y á otras tan deshonoradas como ellas. ¡Ah! Esto es horrible; y, sin embargo, algun dia pudo campear sobre aquellas sienas una corona de azucenas, laureando el pudor; algun dia aquella frente estaba serena y tenía por diadema el honor virginal; algun dia podia abrigar su corazon ideas de grandeza, por hallarse puro; mas hoy todo es vileza y degradacion. Despues de haber abdicado su honor, no le ha quedado más que eterna infamia; pero infamia que comunica al hombre que se acerque á ella.

No quiero que valga mi parecer; no tenga peso alguno ni la autoridad sagrada, ni los doctores de la Iglesia, ni los axiomas de los filósofos: los mismos deshonorados van á hablar. ¿Habeis estado alguna vez en una reunion de libertinos? ¿Sabeis lo que pasa entre ellos? Ninguno mejor que ellos mismos sabe lo que es cada cual. Despues de haberse revolcado entre las inmundicias de los lupanares; despues de haber arrojado por sus bocas mil hábitos pestilentes, en que el honor de muchos hombres buenos ha sido ennegrecido, empieza la historia de otros de su clase que no se encuentran por entónces en la orgía. «Ese hombre, dicen, es un infame, que por sustentar á su cómplice está defraudando los interesès de su familia; es un hombre atroz, que ha reducido á miseria á medio pueblo; no conoce regla alguna de moralidad; no guarda una sola de sus palabras; la sociedad debia proscribirlo; era necesario exterminarlo como á una fiera; era...» pero corramos un velo. En vano se querrá descifrar el deshonor del hombre lujurioso; los hombres malos se conocen unos á otros perfectamente, y por más que se reunan para la iniquidad, se aborrecen de muerte y publican sus excesos ocultos, pagándose mútuamente con la infamacion y la deshonra. Esto es evidente: lo vimos en los filósofos paganos; lo hemos visto en los herejes; lo he-

mos presenciado casi en los filósofos, y estamos hartos de leerlo en los escritores cínicos de nuestra infausta época.

Voy á concluir, pidiéndoos de nuevo vuestra atencion benévola: voy á descifrar en pocas palabras la última desgracia temporal del lujurioso, que es perder su propia vida. Entre los admirables rasgos de filosofía que descuellan de los escritos de San Pablo, es muy notable aquel en que trata de la lujuria. Dice así: «Todo pecado que hiciere el hombre es fuera del cuerpo, mas el que comete fornicacion peca contra su mismo cuerpo.» No hay en esta proposicion del Apóstol eso que el mundo sensual llama hipocresía ó fanatismo: la maceracion de la carne, que plugo á la filosofía denominarla crueldad y ódio de la propia vida, no entra en las miras del sábio evangelizador del universo; habla como hombre lleno de filosofía, como económico y político, y como amante de la humanidad; ó, digámoslo segun el lenguaje de la época actual: habla como filantrópico. Sí: enumerad los males del hombre; ninguno hay tan espantoso como el morir. Si hubiese un sábio cuya ciencia llegase á detener los violentos pasos de la implacable parca; si tuviese la fuerza de prolongar los dias del hombre sobre la tierra, sería sin duda el caritativo, el filantrópico por excelencia; sería éste nuestro mayor bienhechor, porque, siendo nosotros inmortales, propendemos naturalmente á vivir largos años en la tierra, y quisiéramos inmortalizarnos en ella. No puede existir un sér tan benéfico entre los mortales; sin embargo, el númen tutelar de los dias del hombre existe; fuera de aquel Sér infinito que con su soplo sostiene el mundo en la esfera que le señaló, hay otro protector de nuestra vida, con cuya ayuda puede el hombre llegar á contar un siglo de peregrinacion lleno de robustez, áun en los períodos de la debilidad de nuestro cuerpo: este númen es la castidad. ¡Ah! El acero del bárbaro que sa-

liera como fiero leon de su madriguera cayendo sobre la ciudad desapercibida para saciarse en sangre, no causa tantos estragos en la sociedad como la lujuria en los hombres. Da compasion el contemplarlo; no hay tó-sigo tan cruel como el de la lujuria, porque aquél devora en un instante nuestros dias, y ésta no lo hace sino á fuerza de dolores lentos, prolongados y furiosos. La ingeniosa barbárie de los tiranos para prolongar la vida de los mártires entre torturas, es apénas comparable con el cruelísimo martirio á que el lujurioso se condena.

Quisiera yo, amados míos, que mi corazon se os patentizase, para que viérais impresos en Él los sentimientos que abriga al decir estas verdades; «os amo á todos; os amo como un hermano; os deseo todo bien, y quisiera haceros felices en la tierra misma, que no es el teatro de las dichas, sino el valle de lágrimas. ¿No veis lo que sucede á los que se arrojan en el cieno de la deshonestidad? Han pasado su infancia y niñez entre placeres inocentes, cuyo resultado ha sido una robustez atlética, una fuerza capaz de disputarse en el campo del honor hasta con un gigante; mas, desarrolláronse las pasiones, dióse pábulo al fuego de la impureza; convirtióse el hombre racional, como se explica un profeta, en caballo que velozmente corre á donde lo arrastra su apetito, y empieza entónces á labrarse gradualmente su ruina. Mirad esa frente llena de arrugas, sin haber todavía franqueado la edad florida; esos ojos, llenos ántes de expresion y viveza, se han vestido de morbidez, sirviéndoles los párpados de sepulcro; aquellas mejillas enjutas, aquellos labios, aquellos hábitos infectos, no son más que los signos aparentes de una enfermedad oculta que corroe las entrañas. ¡Ay! ¿Por qué nuestros hospitales están siempre infestados de tantas víctimas de la desesperacion? ¿Por qué se paraliza tantas veces la ciencia médica, sin poder descifrar algunas enfermedades? ¿Por qué la caritativa

cuchilla tiene que cortar á cada paso el cuerpo humano y arrojar á los gusanos de la tumba parte de la habitacion del espíritu racional? ¿Por qué? Porque la lujuria lo ha estragado; el alma, por muchas que hayan sido las impurezas cometidas, por mucho que se haya revolcado en la inmundicia, se ha acordado que es espíritu, se ha avergonzado de animar la podre, y se ha retirado; ha ido huyendo de la suciedad con más velocidad que el blanco armiño huye del lodo por no tiznar su natural candor.

Al llegar á este punto, no es justo que hable la razon, ni la autoridad, ni la filosofía; los hechos están gritando y convenciendo. ¡Atencion, jóvenes incautos! ¡Silencio, pasiones desarregladas, placeres que pasásteis en un momento! ¡Silencio, pues va á dejarse ver una escena espantosa, pero interesante é instructiva! Abrid vuestras puertas, monumentos de la caridad cristiana, que entre vuestros muros encerrais á las víctimas del impudor. ¡Ay! ¡Qué horror! ¡Cuánto lecho de muerte! ¡Cuántas criaturas desgraciadas! Sus rostros se encuentran horriblemente desfigurados; apénas les queda más que los huesos y la piel. ¡Tristes espectros animados! ¿Habráis creído que viérais realizada en vosotros la verdad de las profecías divinas? ¿Pensásteis alguna vez que vuestras prostituciones tendrían esta recompensa en este mundo? ¿Imaginásteis, por ventura, que os labrábais un infierno cuando entrábais en las orgías? ¡Oh! Todo es horrible en este cuadro. Allí, aprovechándose uno de la corta ausencia del amigo de la humanidad, ha enterrado el acero en su pecho palpitante; aquí se oyen los rugidos del dolor que se desahoga en imprecaciones; en otra parte...; pero, sería yo cruel para con vosotros si continuase delineando. ¡Dios santo! Yo os adoro y bendigo; nada de cuanto acaece al hombre lujurioso le es desconocido; Vos lo habeis dicho para nuestra instruccion; nos avisas

en la Sabiduría que no demos nuestro honor á las mujeres, ni nuestros años á la cruel ramera; pues de lo contrario, pasarán nuestras riquezas á casa ajena, y nos desesperaremos al fin, viendo nuestras carnes devoradas por el vicio. *Nedes honorem*, etc. ¡Oh razon humana! Tú misma nos enseñas esta verdad, y no puedes desentenderte de ella por más que quieras materializarte en los placeres. En tiempo de la civilizacion del Evangelio, dijera Eusebio «que la lujuria denigra la fama, destruye la hacienda y enerva el cuerpo,» y no tuvo necesidad de registrar este documento en las páginas sagradas. Lo habia enseñado ya Plutarco; lo sabia la Grecia; no lo ignoraba Roma, pues mandó que en los átrios de Venus y en los vestíbulos de todos sus templos se colocasen palas, azadones, féretros, mortajas y osamentas, para que nadie ignorase que á la prostitucion se sigue la enfermedad, el dolor, la desesperacion y la muerte.

Si fuéramos nosotros tan poco ilustrados como los paganos, yo sería de parecer que estos emblemas lúgubres se fijasen en todas nuestras calles, para enseñar á los hombres lo que se les reserva despues de sus deshonestidades. Pero no se han hecho tales emblemas para nosotros; somos ilustrados, y sabemos que la lujuria destruye nuestro honor, nuestras riquezas y nuestra vida, labrándonos aquí un infierno, castigo condigno al pecado que cometemos contra la sociedad y contra nosotros mismos: somos cristianos, y estamos convencidos que ni los fornicarios ni los adúlteros han de poseer el reino de Dios.

¡Quiera Dios que, avisados con las palabras divinas, evitemos los males anejos en este mundo á la vida impúdica, y guardemos nuestros cuerpos sin corrupcion, para que puedan entrar un dia triunfantes y gloriosos en la pátria celestial! Amen.

SERMON

SOBRE LA CASTIDAD.

Timidis autem et fornicatoribus et idolatris... pars illorum erit in stagno ardenti igne et sulphure; quod est secunda mors.

Mas á los cobardes y fornicarios é idólatras, la parte de ellos será el lago que arde en fuego y azufre, que es la segunda muerte.

(APOCALIP., cap. xxi, vers. 8.)

Si el hombre no tuviese más que la vida animal; si su existencia estuviese limitada al corto círculo del tiempo presente, sería disculpable en sus excesos. ¿Qué digo? Entónces no habria mérito ó demérito en sus obras; pues Dios no le hubiera dado racionalidad ni libertad, como hizo con los brutos, y por consiguiente no era capaz de culpabilidad alguna. Mas no es el tiempo presente lo que constituye la vida humana; esperamos otra vida más noble y duradera, y el primer vagido de nuestra infancia es el testimonio irrefragable de que vamos á emprender una carrera que nos desagrada por tener que sufrir grandes trabajos, cuando estamos destinados á ser inmortales en otra region de paz y de felicidad. Sí: la misma forma humana lleva impreso en sí este dogma de la Religion, como el carácter noble y distintivo de la humanidad; pues miéntras los otros animales viven mirando siempre á la tierra como á su único fin, el hombre, este rey del mundo terrenal, recibiera de Dios un cuerpo distinguido, frente augusta, labios elocuentes, ojos sublimes para di-

en la Sabiduría que no demos nuestro honor á las mujeres, ni nuestros años á la cruel ramera; pues de lo contrario, pasarán nuestras riquezas á casa ajena, y nos desesperaremos al fin, viendo nuestras carnes devoradas por el vicio. *Nedes honorem*, etc. ¡Oh razon humana! Tú misma nos enseñas esta verdad, y no puedes desentenderte de ella por más que quieras materializarte en los placeres. En tiempo de la civilizacion del Evangelio, dijera Eusebio «que la lujuria denigra la fama, destruye la hacienda y enerva el cuerpo,» y no tuvo necesidad de registrar este documento en las páginas sagradas. Lo habia enseñado ya Plutarco; lo sabia la Grecia; no lo ignoraba Roma, pues mandó que en los átrios de Venus y en los vestíbulos de todos sus templos se colocasen palas, azadones, féretros, mortajas y osamentas, para que nadie ignorase que á la prostitucion se sigue la enfermedad, el dolor, la desesperacion y la muerte.

Si fuéramos nosotros tan poco ilustrados como los paganos, yo sería de parecer que estos emblemas lúgubres se fijasen en todas nuestras calles, para enseñar á los hombres lo que se les reserva despues de sus deshonestidades. Pero no se han hecho tales emblemas para nosotros; somos ilustrados, y sabemos que la lujuria destruye nuestro honor, nuestras riquezas y nuestra vida, labrándonos aquí un infierno, castigo condigno al pecado que cometemos contra la sociedad y contra nosotros mismos: somos cristianos, y estamos convencidos que ni los fornicarios ni los adúlteros han de poseer el reino de Dios.

¡Quiera Dios que, avisados con las palabras divinas, evitemos los males anejos en este mundo á la vida impúdica, y guardemos nuestros cuerpos sin corrupcion, para que puedan entrar un dia triunfantes y gloriosos en la pátria celestial! Amen.

SERMON

SOBRE LA CASTIDAD.

Timidis autem et fornicatoribus et idolatris... pars illorum erit in stagno ardenti igne et sulphure; quod est secunda mors.

Mas á los cobardes y fornicarios é idólatras, la parte de ellos será el lago que arde en fuego y azufre, que es la segunda muerte.

(APOCALIP., cap. xxi, vers. 8.)

Si el hombre no tuviese más que la vida animal; si su existencia estuviese limitada al corto círculo del tiempo presente, sería disculpable en sus excesos. ¿Qué digo? Entónces no habria mérito ó demérito en sus obras; pues Dios no le hubiera dado racionalidad ni libertad, como hizo con los brutos, y por consiguiente no era capaz de culpabilidad alguna. Mas no es el tiempo presente lo que constituye la vida humana; esperamos otra vida más noble y duradera, y el primer vagido de nuestra infancia es el testimonio irrefragable de que vamos á emprender una carrera que nos desagrada por tener que sufrir grandes trabajos, cuando estamos destinados á ser inmortales en otra region de paz y de felicidad. Sí: la misma forma humana lleva impreso en sí este dogma de la Religion, como el carácter noble y distintivo de la humanidad; pues mientras los otros animales viven mirando siempre á la tierra como á su único fin, el hombre, este rey del mundo terrenal, recibiera de Dios un cuerpo distinguido, frente augusta, labios elocuentes, ojos sublimes para di-

rigirlos al cielo, como al centro donde ha de llegar. Mirar esa bóveda celestial matizada de luceros; detenerse en examinarla, y sentir elevarse el alma con ideas grandiosas, es tan natural al hombre, que yo dudo haya existido uno solo de los hijos de Adán que no haya contemplado naturalmente y sin violencia esta parte tan brillante de la creación. ¡ Ah! Si la filosofía natural nos demuestra la naturaleza de los seres por la propensión que tienen á un punto céntrico; si sabemos por las luces de la razón que los cuerpos materiales no pueden elevarse de la superficie de la tierra sin ser violentados, y que apenas se ha desvirtuado el impulso exterior que han recibido, se precipitan con velocidad hácia su destino, ¿qué pensaremos del hombre, que naturalmente mira á los cielos? Deduciremos necesariamente que aquel es su centro, y que la vida presente es una violencia que padece su espíritu por hallarse encadenado al cuerpo material, al cual da fuerza y vida estando en espera de otra existencia más perfecta.

Somos, pues, inmortales; es decir, tenemos un alma espiritual é incorruptible, á quien Dios hizo la gracia de hacer semejante á Él, dándola además una eternidad posterior á todo tiempo futuro, y contra cuya existencia no tenga acción ningún agente criado; por lo demás, el hombre, á semejanza del ave, tiene la facultad natural de extender sus alas hácia las nubes, ó de fijarse en la tierra; puede alimentarse de flores, como la abeja, y coger frutos de suavidad y dulzura, ó revolcarse entre las inmundicias para no encontrar más que fetidez y desdicha. Dios, por su parte, nada ha escaseado; nos ha dado una alma racional; ha querido que la corona de la gloria sea corona de justicia, debida á su gracia y á nuestros méritos, dotándonos para ello de la más amplia libertad; nos ha ofrecido como arma y escudo poderosos todos sus propios méritos, de modo que el alma sea siempre inmortal;

pero, ó esta inmortalidad ha de ser siempre feliz, ó siempre horrorosa. ¿Quién alcanza la primera? ¿Quién descansará en el santo templo de Dios y habitará en sus tabernáculos eternos? El que no tenga manchas carnales y haga obras de justicia. «Este hombre, dice San Agustín, llegará al sumo bien, en el cual se halla una constante y perenne estabilidad, para gozarse en él eternamente.» ¿Quién merecerá justamente la segunda? Los cobardes, los deshonestos é idólatras, cuya parte será en el lago de fuego y de azufre, que es la segunda muerte: *Timidis autem et fornicatoribus, et idolatris, pars illorum*, etc.

Hémos aquí trasportados á otro terreno; el destino eterno del hombre, aventurado por los excesos de la lujuria, va á ocuparnos este día; hasta hoy he hablado de la castidad con relación al hombre social y á la felicidad temporal del individuo; los estragos de esta especie, á más de no ser irremediables, son de cortas consecuencias, pues tienen fin; pero la pérdida de nuestra alma es cosa más imponente. Amados míos, todos los vicios tienen una deformidad que hace retroceder á las veces al hombre, y quizá el sentimiento de honor individual nos inspira hácia ellos un noble desden; sólo el vicio de la lujuria carece de estas calidades en el momento en que el hombre se entrega en sus brazos, porque la ceguedad de la pasión oscurece por entónces las nitidísimas luces de la razón y de la gracia; pero en cambio ninguno es tan espantoso en las consecuencias del tiempo y en las de la eternidad. Habeis visto las primeras, y voy á delinear las segundas, aunque no sin gran dolor de mi alma; porque pocos hombres se condenan que no sea por la lujuria.

Os pido con todo mi corazón que presteis oído á mis palabras; voy á pronunciar una sentencia terrible; pero no debeis temerla si os separais de la corrupción y haceis penitencia. Esta sentencia es para los cobardes, que no

quieren resistir á los halagos del sentido, para los que temerariamente abusan de sus cuerpos, para los idólatras de la carne: «La reprobacion eterna entre estanques de fuego y azufre es la consecuencia necesaria de una vida lujuriosa.» Hé aquí el asunto que voy á tratar.

¡Dios mio! Baje tu espíritu divino sobre mí y mis oyentes, para obtener con su luz, que ilumina y abrasa, lo que no podemos alcanzar con nuestras fuerzas. Saludemos para su logro á la Reina del cielo con las palabras del ángel:

AVE MARÍA.

PARTE ÚNICA.

Quando se trata de los destinos eternos del hombre es preciso atenerse á la revelacion y hablar en conformidad con ella, sin abandonar, por tanto, las luces de la razon, á la cual no contradice ninguno de los dogmas religiosos. Es evidente que Dios no es autor del pecado, ni de algun otro mal moral que afecta al hombre en este mundo ó en el otro. Es tambien infalible que ningun hombre llega á la reprobacion positiva por un decreto preexistente de la Providencia divina; pues Dios, por su parte, como enseña San Pablo, no quiere que alguno perezca, sino que todos se salven. ¿En qué consiste, pues, que se condenen tantos hombres, que Dios criara para el cielo? Es ésta una materia que ha desgastado los ingenios más profundos, y los ha llenado de consternacion y espanto; y ¡pluguiese á Dios que nosotros la considerásemos á menudo, para que temiésemos los juicios del Señor, y obrásemos nuestra eterna salvacion con temor y temblor. Pero si reflexionamos con detencion el principio de nuestra salvacion, creo que daremos solucion á esta pregunta: la salvacion del hombre tiene su origen

en la gracia de Dios, y su complemento en la perseverancia final; mas en esta gran obra, ¿obra Dios solo? No, dice el sublime teólogo San Agustin; las obras de la creacion son exclusivas de Dios; Él, como soberano absoluto, no tuvo más que decir: *Hágase*, y todo fué hecho; para que el hombre fuera criado, no necesitó éste saberlo, pues no existia, y ménos podia consentir en su existencia, pues aún no saliera de la nada su voluntad. No sucede lo mismo en nuestra justificacion, porque cuando esta se efectúa, ya existimos, ya somos racionales, ya tenemos libertad para aceptar la gracia de Dios ó desecharla, y, en consecuencia, concurrimos con nuestro albedrío al complemento de esta obra; de tal modo, que no pudiendo el hombre merecer nada respecto al principio de su salvacion, contrae un mérito de justicia para que se le aumente la primera gracia, si es correspondida, y para que le sea dada la gloria eterna, si persevera hasta el fin: *Ergo fecit nescientem, justificat volentem*. Suponed, pues, que todo hombre corresponda á la primera gracia, y que á cada aumento haga la debida cooperacion por su parte hasta el fin de su vida: ¿se condenaria alguno? ¡Ah! El infierno no tendria entónces sino ángeles rebeldes, porque Dios es justo, y no puede condenar á nadie sin crímenes, como dice el citado santo Doctor.

Entramos ya directamente en materia; la salvacion del hombre tiene su principio en la gracia; esta es un don gratuitamente dado á nosotros por Dios, mirando á los méritos y pasion de Cristo, en órden á la ascension de la vida eterna; sus efectos son admirables, pues causa en nosotros, como afirma San Bernardo, el pensar, el querer y el perfeccionar la obra: estos tres actos pertenecen al alma; ella, por consiguiente, es el receptáculo de los auxilios celestiales, sin los cuales nada podemos hacer para nuestra eterna felicidad; es de tal naturaleza esta gracia divina, que, no obstante su fuerza sobrehumana, no es-

claviza ni encadena al hombre, ni lo arrastra forzosamente al bien; pero lo halaga dulcemente, lo atrae con suavidad, lo convida con amor, le representa todas las grandezas de Dios para amarlo, todas las delicias del cielo para desearlas, todas las penas del infierno para que las tema, y, por fin, todo el valor y precio de la misma alma, por cuya salvacion Dios mismo, inmortal, impasible, se humanó y subió á la cima de un madero ignominioso. Es una tierna madre que convida á su hijo con el blanco licor de su pecho para atraerlo; es un padre compasivo que descubre á su hijo todos los encantos y dulzuras del hogar doméstico, para inclinarlo á que permanezca en él, movido por amor, ó bien le hace presentes sus futuros infortunios, si cual otro pródigo se endereza á regiones desconocidas. Hasta ahora nada aparece de violento; en efecto, Dios trata al hombre como á un rey; le guarda honores y consideraciones; no quiere forzarle á nada; le presenta un cetro y corona eternos; le enseña el camino para llegar al reino de la paz y felicidad; en manos del hombre está la eleccion ó el desprecio; si no quiere aceptar, nadie sino él será responsable de sus desventuras.

Supuesto, pues, que el alma es el vaso donde se refunde la gracia de Dios, es preciso que aquélla tenga capacidad para recibirla; mas esta gracia, ¿podrá llegar acaso á penetrar en el hombre lujurioso? ¡Ah! Ved aquí, señores, lo que hace casi irremediable la perdicion de los deshonestos; porque en vano el padre de misericordias llama á su puerta, si ésta no se ha de abrir; en vano enviará sus luces soberanas, pues se estrellan contra el corazon empedernido; en vano se suceden las centellas del fuego divino, si caen en un terreno fangoso é inmundo, cuya tenacidad resiste á toda ilustracion divina, ahogándola en el cieno de la lujuria; cuando el hombre es justificado por primera vez en las aguas del bautismo,

viene á ser su alma templo del Espíritu Santo, sin que quede vacío alguno que no esté lleno de amor, de esperanza y de fé; entónces sucede que el fuerte armado que en ella habitára como en propia fortaleza, es atacado y vencido por otro atleta más fuerte y heróico; mas, perdida esta gracia por el pecado voluntario, quien expele al espíritu divino es el mismo hombre; Dios se retira, pero no de tal modo que no deje impresas las huellas de su luz, así como el sol trasmonta el ocaso y se precipita en el otro hemisferio sin desaparecer totalmente sus rayos hasta que, habiendo llegado al punto culminante del horizonte antípoda, el hemisferio abandonado es envuelto en densas y hórridas tinieblas. ¿Comprendeis ahora que el hombre se pierde para siempre por su propia culpa? ¿Entendeis cuán funestos son los resultados de la lujuria? No pierde el hombre ordinariamente por estos excesos la fé y la esperanza, pues le quedan estas dos tablas que pueden sacarle de entre las espumantes olas del vicio; mas pierde la caridad; de amigo de Dios, se declara su enemigo, organizando contra Él todas las fuerzas de las pasiones, é intentando, si le fuese posible, la destruccion del Sér divino; perdida la caridad, propende fácilmente nuestro espíritu á cuantos excesos son imaginables; se ciega el entendimiento, absorbiéndose la razon en las vorágines de la lujuria; ya no se piensa en la muerte y en el infierno; desaparece la constancia, entrando á reinar la volubilidad; se desea larga vida para saciar los deseos impuros; se precipita el hombre en todos los abismos con tal que halle pábulo á sus pasiones; se concibe un odio implacable contra Dios al prever sus castigos, y anda, por fin, fluctuando nuestra alma entre mil olas de deseos para la vida presente, apeteciendo bienes, riquezas, salud, fuerza para emplearlo todo en la satisfaccion de la carne, siguiéndose á todo esto la desesperacion del siglo venidero.

¡Ah, amados míos! Digámoslo francamente: si un ave se arranca sus alas, no puede ser habitante de los aires, y necesariamente se ha de arrastrar por la superficie de la tierra, hasta ser por fin devorada por los reptiles y cuadrúpedos carnívoros; si una vasija rebosa por todas partes el licor que contiene, no es posible colocar en ella ni una gota más. Pues bien: las alas con que volamos á Dios son las potencias de nuestra alma, fortalecidas con sus auxilios divinos; pero estas dos alas se imposibilitan para obrar bien, se embotan y paralizan entre las abominaciones de la carne, no quedando al hombre otro partido que el de hundirse más y más en sus asquerosas ciénagas. ¿Quién no lo ve? Una abominación conduce á otra; una lujuria es la preparacion para mil; no puede darse saciedad en los placeres sensuales; apenas el primer pecado ha sido secundado, cuando empieza á formarse un torrente de vicios, que crece de dia en dia; fácil es cegar el manantial al querer éste brotar por primera vez; pero abierta ya la puerta, las aguas se prolongan, las olas se entumescen, y en balde se opondrá una montaña á su rápida marcha; nada será capaz de contenerlas, porque buscará por todas partes una salida, satisfaciendo su propension de entrar en los abismos, y perderse para siempre entre mares tempestuosos.

En efecto: tiene la lascivia la deplorable propiedad de degradar el entendimiento humano, apartándolo de su propension natural hácia lo sublime y celestial, y fijándolo en lo carnal y perecedero, como si fuese su único fin. A nosotros realmente no nos es dado entrar en el santuario del pensamiento humano; es una temeridad querer leer lo que está escrito entre el impenetrable caos de la imaginacion ajena; mas Dios, que mira con ojo penetrante hasta lo más íntimo de nuestro corazón, viera los proyectos del lujurioso; y ¡cuán tristes son, cuán alarmantes! «Venid, se dicen mutuamente los deshones-

tos; venid; gocemos de los bienes presentes; engolfémosnos entre vinos vaporosos y deliciosos perfumes; coronemos nuestras sienas con rosas, ántes que éstas se marchiten; no haya prado alguno por el que no pase nuestra lascivia. Ninguno de nosotros quede sin parte de nuestra disolucion; dejemos en cada lugar señales de nuestra alegría, porque esta es nuestra porcion, esta nuestra suerte; oprimamos al pobre, no perdonemos á la viuda, ni respetemos las canas del anciano. Y sea nuestra violencia la ley de la justicia, porque lo que es flaco se reputa por inútil; creamos que nos es permitido, justo y lícito cuanto podamos hacer.» Si estos pensamientos nos hubiesen sido revelados por un hombre, apenas le daríamos crédito; pero Dios es quien nos los descubre, para que estemos infaliblemente persuadidos que no es posible llegar al puerto de la salud si nos arrojamos en el azaroso lago de la lascivia, no porque nos escasee la gracia de Dios, sino porque nosotros inutilizamos nuestras almas para recibirla, teniendo siempre detenido nuestro entendimiento, memoria y voluntad en los objetos que Dios mira con un odio implacable, por oponerse directamente á su santidad infinita.

Así es que la malicia del hombre carnal va creciendo por grados hasta formar un promontorio de crímenes, no de otro modo que se compactan y elevan algunos volcanes por la aglomeracion continua de sus lavas. «Las obras de la carne están patentes, dice el divino Pablo, como son: fornicacion, impureza, deshonestidad, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, discordias, sectas, envidias, homicidios, embriagueces, glotonerías y otras cosas como estas,» las cuales de tal manera ciegan al hombre, que, en sentir del mismo Apóstol, «los que tales cosas hacen no alcanzarán el reino de Dios.» Razon tenía San Clemente Alejandrino para afirmar que la lujuria era la metrópoli de todas las iniquidades,

porque su primer resultado es cegar el entendimiento, y consumada esta ceguedad, no hay crimen en que no se precipite el hombre. ¡Ah! Preciso es confesar que la decantada ilustracion del siglo en que vivimos apenas se sirve de las luces que la Religion la ha legado, sino para labrar la ruina de los hombres. Al leer las páginas de los escritores cínicos que tanto abundan hoy dia por desgracia, nos llenamos de indignacion, pues vemos que la lascivia es presentada por ellos como la meta de las acciones humanas, á la cual se deben consagrar todos nuestros pasos; esto vale tanto como decir que la lujuria es una divinidad: igual dogma profesáran los paganos, inventando con su oscurecida razon emblemas y misterios que indicasen el origen de esta divinidad obscena; pero digámoslo paladinamente: aquellos filósofos, desprovistos de las luces de la revelacion, eran más cuerdos que estos últimos, llamados regeneradores, y que no fueran sábios sino para revestir el crimen con apariencias especiosas y deslumbradoras; los hombres del paganismo, al erigir en deidad lo más obsceno, confesaban tácitamente que tal divinidad no podia existir; el Dios de la lujuria justamente era representado por un niño que sin cesar maneja la flecha y el arco, disparando sin cesar sus envenenadas saetas; pero lo esencial de la alegoría no está dicho todavía; este ente imaginario tiene los ojos cubiertos con espesa venda, sin que le sea permitido ver jamás la luz. ¿Qué significa, esto? ¡Oh, amados míos! Yo veo campear victoriosamente á la razon humana, aún en el vasto laberinto de errores, donde á las veces es precipitada por los excesos del impudor; su tersa luz no puede habitar entre las inmundicias de la carne; la filosofía del paganismo sin revelacion del cielo lo comprendió mejor que la ciencia incrédula de los sábios de los últimos siglos, que de las luces mismas del cielo se sirvieran para atacar la verdad; la razon natural demostra-

ba tácitamente al sábio de la Grecia pagana que la lujuria era ciega, que apenas se entrega el hombre á sus excesos, el entendimiento se emboza en densas tinieblas; entre tanto, ved á esos ingenios culminosos de las escuelas del racionalismo moderno: cayó sobre ellos el fuego de la lujuria, y se cumplió literalmente en ellos la profecía de David: «No vieron la verdadera luz.» *Supercedidit ignis et non viderunt solem.*

Si despues de haber insinuado este hecho tan marcado de nuestros filósofos modernos quisiese enumerar las blasfemias que han arrojado de sus bocas inmundas los que la han profesado; si pretendiese enarrar sus crímenes, emprenderia una tarea incansable; veríais aquellos genios maléficis meditando dia y noche mil planes de iniquidad; la Religion, el sacerdocio, la monarquía, el pueblo, la sociedad, entráran en su entendimiento, donde como en horno encendido debian disolverse; todo lo que no podia ser presa de sus deseos corrompidos; todo lo que hacía sombra á su maldad; todo lo que excitaba en sus conciencias algun remordimiento, debia entrar en el caos de la nada; pero si no puedo arrogarme una facultad propia de Dios, la facultad de contar uno por uno los pecados de esos hombres, puedo al ménos decir una verdad, de que estoy cierto por el testimonio de la Sagrada Escritura y el de todos los Padres de la Iglesia; esta verdad es, que todas estas maldades no tuvieron otro origen que la lascivia, en cuyos brazos se arrojaron ciegamente. ¿Se podrán quejar los hombres de que Dios los abandona, cuando ellos mismos se abisman entre las horrendas simas de la perdicion? ¿Acusarán á Dios de injusto en no haberles dado gracias eficaces y victoriosas, cuando ellos se formáran una fortaleza de sus propios crímenes, desde la cual disparaban mil baterías á la vez para rechazar los tiros divinos que sin cesar les enviaba el cielo para conquistarlos y ganarlos para la glo-

ria? ¡Ah, señores! Si existe entre los que me oyen alguno que se halle enredado en los lazos de los placeres sensuales, le suplico que no degrade su razón hasta el extremo de apagar sus naturales resplandores; el cielo le muestra sin cesar la ruta que conduce hasta sus puertas; no se ponga, pues, un velo para no verla.

No se me diga que hay luces en el hombre que, semejantes á los cometas, se esconden por algun tiempo, y vuelven á aparecer más tarde; no se pretenda tampoco afirmar que es compatible el despejo de la razón con los placeres sensuales; pues la experiencia y la historia de la humanidad están contestes en sostener lo contrario; y voy á aducir sus testimonios en prueba de ello.

La razón humana, hija de la razón divina, cuando sale de manos del Criador es una luz purísima que debe crecer con el tiempo, viniendo á ser un gran globo iluminador, ó una espesa columna de fuego envuelta entre nubarrones de humo. El hombre mismo ha de poner el pábulo á esta flama divina; pábulo que podrá ser de luz ó de tinieblas, según su propia obra. ¿No veis la enorme diferencia que existe entre los fuegos celestiales y los terrenos? ¿No advertís que aquéllos, como formados de las exhalaciones, brillan sin despedir humo alguno, mientras éstos no toman cuerpo sino entre el humo y las llamas? Es evidente que lo segundo tiene que suceder necesariamente, porque el fuego, ántes de convertir en sustancia propia los objetos con que tropieza, expele de ellos todas las partes crasas y heterogéneas, hasta que, calcinadas todas, se conviertan en ascuas vivas; mas si á un gran horno se le aplican incesantemente nuevos combustibles, incesantemente estará despidiendo torbellinos tenebrosos de vapores fétidos, quedando siempre encubierta entre ellos la primera virtud abrasadora. Sí; confieso que es dable que las pasiones se apoderen de la razón por algun tiempo, y la envuelvan en mil yerros; fá-

cil es que despues de caer el hombre en un abismo, mire al cielo, y vuelva á respirar la luz de la gracia; testigo de esto es el jóven hijo de Tagaste, esclavizado entre las cadenas de los vicios hasta la edad de treinta y tres años; testigo es la Magdalena, las Aglaes, las Margaritas de Cortona, las Marías Egipcíacas, y otras muchísimas tan desventuradas en su mocedad por las multiplicadas caídas, como felices despues por su castidad y penitencia. Pero esto no es ordinario; conversiones de esta especie son prodigiosas; que unas almas se hayan revolcado largo tiempo en los lupanares de la lascivia y hayan podido elevarse despues como una esbelta palma hácia el cielo, dando de sí frutos dorados de santidad y virtud, decimos con razón que es un prodigio de la gracia, y bien lo sabeis; Dios no está obligado á hacer milagros para salvarnos; porque hizo uno admirable y estupendo, y fué el de tomar nuestra carne y padecer en ella por nuestro amor; y no estando obligado á echar mano de medios extraordinarios cuando el hombre desprecia los generales que Dios planteára desde el principio, ¿qué ha de suceder al hombre? ¿Qué á nuestra razón? Claro está: oscurecerse de tal modo, que no pueda ver la luz del cielo.

No nos fascinemos, amados míos, con ilusiones vanas: el hombre pasa por diferentes fases ántes de tener un desarrollo completo en su raciocinio: la infancia y puericia son la época en que paso á paso va entrando el hombre en este vasto teatro del mundo, advirtiéndole insensiblemente sus encantos y dulzuras aparentes, sin que hagan en su corazón una impresión violenta; luégo entra en una nueva era, la era de la mocedad y juventud, en que el espíritu tan pronto se agita entre furiosas olas como nave sin brújula ni gobernalle, tan pronto camina en calma, tan pronto se para deleitándose como en ameno horizonte entre los engañosos halagos de la naturaleza florida que por do quiera le sonríe. Pasada esta edad se

presenta otra época en que queda ya como fijado para lo restante de su vida: la edad viril. ¡Ah! Es la edad de los grandes adelantos en el saber, de las grandes ideas, de las grandes virtudes ó de los grandes vicios; mas ¿cómo regulamos esta época tan interesante de nuestra peregrinación? Ordinariamente el que en su juventud ha resistido constantemente á la corrupcion, se afirma más y más en la edad viril, así como el que en sus primeros años se ha dedicado constantemente á la ciencia, se encuentra á cierta época de su vida hecho un sábio con solidez. Y ¡cuidado, que la experiencia de muchos siglos ha hecho decir á los pueblos que jamás será sábio, fuerte ni prudente el que no lo es en cierto período de la vida! porque, desengañémonos, la vejez del hombre es el resultado necesario de lo que ha obrado en su mocedad y juventud. Esta edad, venerable por los años y las canas, pierde todo su prestigio cuando no está acompañada de las calidades que le son anejas; y sabido es que no puede ser experimentado en la virtud quien no la ha cultivado; sabido es, como afirma el Espíritu Santo, que no será el hombre en su ancianidad sino lo que haya sido en sus años pasados.

Si el hombre, en los días de su juventud, tiene la desgracia de abrevarse con la dorada copa de la lujuria, sin sentir despues toda la amargura de esta hiel de dragones; si despues de haber pasado el dintel de la tenebrosa catacumba de la oscuridad va internándose en los horrendos senos de la culpa, ¿creeis acaso que volverá atrás en el camino empezado? ¿Podrá encontrar antorcha que lo guie? Y si esta se le presenta, ¿la verá? ¡Ah! ¡Dolor causa el decirlo! Verá la luz que pudiera sacarlo del negro abismo, pero la apagará para que no alumbre; Dios le saldrá al encuentro mil veces, pero él apeará contra el pecho divino una batería, y le gritará desesperado: «Apártate de mí, pues no quiero poseer la ciencia de tus caminos.»

Este será el resultado para toda la vida: porque la lujuria fomenta en el hombre odio implacable contra Dios, y fácilmente lo arroja al bátrato de la infidelidad y desesperacion, abriéndole anchurosos caminos para todo crimen. Confesemos, pues, que no es la luz de la razon semejante á esos globos celestes que en sus órbitas se esconden por algunos años para aparecer más tarde; porque estos astros tienen leyes fijas que regulan su misma irregularidad; pero la luz de la razon no tiene leyes necesarias en su movimiento moral. Dios puso al hombre racional é inteligente en manos de su propio consejo; si sigue las primeras impresiones de la gracia, que obran en él sin su propia accion, por aquellos momentos brillará más y más, como lucero del firmamento; si desecha la gracia y se alista en las banderas del pecado vergonzoso, su luz natural se eclipsará, porque no es compatible el despejo de ésta con los excesos de la lujuria.

Abranse los anales; al escribir un sábio la historia de las variaciones de una secta, pronunció esta sentencia: «La historia de las variaciones es la historia del error.» Y yo me atrevo á afirmar hoy que la historia de todos los errores es la historia de la lujuria. Porque es notable la coincidencia que han tenido siempre el entendimiento erróneo y el corazon corrompido. «Apénas corrompió la carne sus caminos, dice el Crisóstomo, brotaron de esta corrupcion, como de un manantial infecto, las malicias de los hombres.» La idolatría, segun nos lo insinúa el autor del sagrado libro de la Sabiduría, no tuvo otro principio que el amor carnal, pues embrutecidos los hombres en la sensualidad, veneraron por dioses á sus mismos padres, hermanos y concubinas. ¿Y por qué he de andar divagando ahora entre las antigüedades del mundo? ¿Por qué he de apelar al testimonio de los hombres ilustres, cuando vemos casi con nuestros propios ojos los espantosos efectos de la lujuria, relativamente al

error, en nuestros nefastos dias? Cuando Lactancio dijo que los filósofos paganos inventaron dioses y diosas para poder hacer libremente lo que es vergonzoso al hombre racional, compendió en dos palabras la causa de las aberraciones antiguas y modernas. Hasta hoy hemos visto cumplido lo que afirmaba San Jerónimo en su tiempo; á saber: que no habia habido hereje alguno que no estuviese manchado con la lujuria. Yo sólo diré que Simon Mago no supo separarse jamás de su meretriz Helena; que los Nicolaitas se hicieron odiosos por sus abominaciones, enseñados á ellas por su degradado jefe, que no sabía vivir sino entre mil discípulas de sus errores y cómplices de sus lujurias; otro tanto hicieron los Marciones, los Maniqueos, los Montanos, los Gnósticos y todo ese enjambre de herejes que pulularon en todos los siglos. No es extraño, diré con el sábio Baronio, que los Zenones y otros hombres coronados hayan sido fautores de herejes, destructores del sacerdocio, verdugos de los hombres, y herejes ellos mismos; examinad sus obras, y vereis que primero que fueran tiranos, tuvieron toda la disolucion de los Sardanápalos. Dadas estas cortas pinceladas en la historia antigua, hojead vosotros mismos los fastos del mundo moderno; mirad á esa secta de perdicion que tres siglos há está ocasionando la ruina del Catolicismo; tiene su origen de príncipes adúlteros, de sacerdotes sacrílegos, que conmutaron el hábito austero por la espada, los ayunos y oracion por los regalos de una concubina; no me dejarán mentir esos hombres de nuestra edad que van encaminándose poco á poco á la luz que sus padres abandonaron, pues se avergüenzan con justicia de haber tenido un origen tan nauseabundo y voluptuoso en los Luteros y Enriques; tampoco me desmentirá la historia en general, la historia de aquéllas acaloradas discusiones que existieron por muchos años entre los religionarios de la herejía, pues todos concluian como los dramas

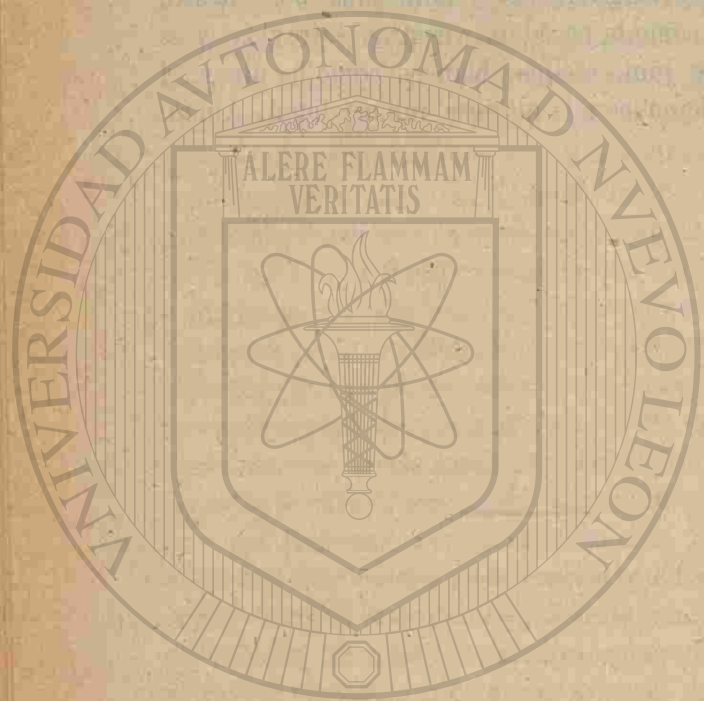
de teatro. Sí, vergonzoso es decirlo; todas las diferencias de las sectas se concluyen en una orgía. ¡Ah! Si Dios me diese ahora dos torrentes de lágrimas, yo os anunciaria una verdad que veo realizada en toda la tierra. ¿Veis la espantosa indiferencia de los católicos en cumplir los sagrados deberes de nuestra santa Religion? ¿Veis ese error práctico difundido en todas las clases, de no acordarse el hombre del siglo XIX sino de eso que llaman lo positivo, del oro, de los intereses, de las diversiones continuas, sin pensar ni un solo momento en sí, en la eternidad, en Dios? Pues bien; la lujuria está nutriendo esta indiferencia; y si esta llaga cancerosa va arraigándose, ¡desgraciado mundo! De la indiferencia pasará á la incredulidad, á la herejía, á la detestacion de Dios, hasta que este Padre amoroso se vea obligado á comparecer en su trono de Juez.

Voy á concluir; pero ántes lloremos todos la pérdida irremediable del hombre licencioso: quizás nuestras lágrimas moverán el corazon divino para que hiera fuertemente el corazon endurecido en los placeres; quizás podremos conseguir que alguno de nuestros hermanos eche sobre sí mismo una mirada compasiva, se despeje su entendimiento oscurecido entre las abominaciones, y pueda ver la luz del cielo. No acuse el hombre al Sér divino por su reprobacion eterna, porque ésta es un efecto directo de la iniquidad personal de cada uno. «Dios, diré con el Crisóstomo, nos dió una luz vivísima, destinada á ser encendida por la gracia del Espíritu Santo: unos hacen que esta luz sea esplendente, como fueran los Santos; otros la apagan, como hiciera el incestuoso de Corinto. Por eso exclama San Pablo: «No queráis apagar el espíritu, es decir, no destruyais la gracia divina entre las inmundicias de la carne.» Os he manifestado los designios que Dios tiene sobre cada hombre; habeis visto que su gracia es una semilla que se pierde si cae en terrenos

duros y pedregosos, y da frutos múltiples cuando baja á tierra dócil; habeis visto tambien por la revelacion, por el testimonio de los sábios y por la innegable autoridad de la historia humana, que la lujuria oscurece la razon y la conduce al error y al crimen, haciendo inhábil al espíritu humano para recibir nuevas gracias. Nadie podrá negar ni la veracidad de los principios que he establecido, ni la autenticidad de los hechos que he narrado. Queda, pues, vindicada la Justicia eterna, y anunciado al lujurioso el peligro en que vive. No temo, pues, ¡oh Dios Santo! no temo ser acusado de sacrilego, si ahora mismo hago desde la Cátedra de la verdad lo que Vos hareis un dia sentado en vuestro trono de Juez. Voy á pronunciar la sentencia final del hombre; las puertas del cielo están abiertas; mas no puede poner el pié en su dintel sino el inocente y puro de corazon; esta dicha está reservada para vosotras, almas castas que habeis resistido á los halagos de la carne; porque así como habeis vencido hasta hoy con la gracia de Dios los ímpetus brutales de las pasiones, así tambien es de esperar que triunfareis hasta el fin. Abiertas se hallan no ménos las horrendas fauces del abismo, y un camino anchuroso conduce á su seno: espantosos rugidos, tormentos crueles, remordimientos eternos, fuego inestinguible, es cuanto aguarda al que ponga un pié en el borde de su entrada. Este es tu demora que has escogido, hombre lujurioso; pues así como hasta hoy has conculcado la gracia divina por seguir las máximas de la carne, así es probable que continúes hasta el último momento de tu vida desventurada. *Timidis autem et fornicatoribus... pars illorum erit in stagno ardenti igne et sulphure, quod est secunda mors.*

Pero no salgais sin consuelo de este santo lugar. ¡Ah! El cielo tambien espera á los que, arrastrados por la fuerza de las pasiones, tuvieron la desdicha de ofender á Dios y despues se convirtieron: este amantísimo Jesus

no subió al madero de la cruz sino para purificar las almas manchadas con las obscenidades antiguas, lavándolas con su sangre preciosísima. Tiempo teneis aún de purificaros en esta sagrada piscina. Venid, pues; arrojaos á estos piés ensangrentados y horadados por vuestro amor; llorad como la pecadora vuestros extravíos, y os levantareis de junto á ellos, blancos como la nieve, y con nuevos derechos á la gloriosa inmortalidad. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE LA CASTIDAD.

Datus est mihi stimulus carnis meae angelus Satanæ qui me solaphizet; propter quod ter Dominum rogavi ut discederet a me; et dixit mihi sufficit tibi gratia mea.

Me ha sido dado un aguijón de mi carne, el ángel de Satanás que me abofetea. Y por esto rogué al Señor tres veces para que se apartase de mí, y me dijo: «Te basta mi gracia.»

(II AD CORINTHIOS, C. XII, V. 7, 8 y 9.)

Es Satanás un gran rey, cuya dominación se extiende de un modo espantoso: su reino no es más que de tinieblas y de horror, mas no por eso deja de haber cierto orden entre sus vasallos. Su imperio no tiene otro principio que la maldad, y si ciñe la corona del principado y potestad, lo debe á su propia malicia, que le sugirió elevar imperio contra imperio, poder contra poder: el imperio de la criatura contra el del Criador, la fuerza criada contra la increada y eterna. En el pacífico recinto del mundo invisible se fraguó desde el principio una revolución aleposa. Lucifer, más resplandeciente que las estrellas por las admirables excelencias con que Dios lo dotára, vió que resplandecía otra luz incomparablemente mayor que la suya, y lleno de orgullo dijo entre sí: «Subiré al puesto más culminante de los cielos; colocaré mi sólio sobre los astros de Dios; me sentaré en el monte

del Testamento y al lado del Aquilon; me encumbraré sobre las nubes; seré semejante al Altísimo.» ¡Inútil esfuerzo! Nada podía maquinarse el ángel rebelde contra Dios que no fuese para su propia ruina. Y, en efecto, despechado Lucifer en su furor, declaró la guerra al Señor de los cielos; se trabó aquella famosa y primera batalla del mundo; peleó el dragon, escoltado y ayudado de sus ángeles; quedó vencido, y del reino de la paz y felicidad fué arrojado al de los tormentos y del desorden eterno; al infierno, que preparó Dios para el diablo y sus secuaces. Esta es, señores, la monarquía del príncipe de las tinieblas. Allí, pues, donde, en expresion del Santo Job, no puede reinar el orden, sino el horror sempiterno, existe cierto orden de operaciones entre aquellos espíritus orgullosos é infelices; pero este orden no es más que para hacer la guerra. El demonio está siempre en campaña, ansioso de extender sus dominios y de tener esclavos á quienes pueda castigar, para saciar en ellos el furor que desplegara en el principio y que se estrellara contra Dios. Ya que no pudo atacar su esencia divina y atributos eternos, quiere destruir para siempre á los que son su imagen, y encarnizado contra ellos, les hace sin cesar la más inhumana guerra; porque, digamos en dos palabras lo que pasa en el abismo: los malos ángeles no son esclavos de Satanás, sino sus compañeros; arden eternamente y se despedazan como furias; mas el esclavo de aquel reino infeliz es el hombre; el hombre que se deja seducir de la antigua serpiente; el hombre que no pelea con las armas de la fé.

¿Cuál os parece es el plan de ataque de este ángel rebelde contra el hombre? ¿Cuáles os parece son sus armas? ¡Ah! Tiene muchas, y destructoras todas. Mas no se sirve de la mayor parte sino como de instrumentos secundarios, empleando incesantemente una que entre todas es la más mortífera. Aquella arma terrible es la lujuria;

porque es el ángel de Satanás, como se expresa el divino Pablo. Notadlo bien, amados míos: «Ángel, dice San Agustín, no es nombre de esencia, sino de ministerio y ocupacion.» Los espíritus enviados por Dios para favorecer á los que tenemos parte en la herencia de la salud eterna, son ángeles buenos, por ocuparse en oficios santos; los que han tomado á su cargo nuestra perdicion, son denominados ángeles malos, siendo su nombre esencial *espíritu*. No hay vicio ni pasion alguna que no esté presidido por ángeles malos: Lucifer manda sin cesar á sus compañeros que inspiren siempre al hombre el orgullo, la ambicion, la soberbia, la avaricia, el furor, la venganza, la enemistad, la ira, la envidia y la pereza; pero sobre todo les ordena que soplen con toda la fuerza del aquilon desencadenado el fuego carnal que está encubierto en nuestro cuerpo, como el fuego bajo la ceniza. Este es el gran ministerio de los soldados de Satanás; porque está seguro que tomando incremento los ardores voluptuosos, todos los demás vicios han de pulular como las yerbas fétidas brotan en un muladar caldeado por los ardores del sol, y han de esclavizar al hombre. Ved si hay orden en la region de la confusion: *Stimulus carnis mee, angelus Satane.*

Contra un enemigo tan formidable, contra una fiera tan devoradora, ¿se creerá acaso que no tenemos fuerza para pelear? ¿Pensaremos por un momento que el demonio podrá más que nosotros? ¡Ah! Esta blasfemia saliera de la pluma de la filosofía carnal que en el parasismo de su frenesí ofreció á la carne un incienso de adoracion, con tal que se prestase á apagar su sed lujuriosa. Pero la filosofía divina nos enseña lo contrario: ésta nos dice que, no obstante ser tan débiles nuestras fuerzas, son éstas fortificadas por la fuerza de Dios, y con ellas destruimos el coloso infernal con todas sus maquinaciones. Padecia el virginal Pablo algunas tentaciones contra la

castidad, como él mismo lo insinúa; mil veces se ve acosado por este enemigo; mil veces se postra ante los piés divinos, suplicándole que desapareciesen estas sugestiones malignas, y otras tantas oye la voz del cielo que le dice: «Te basta mi gracia.» Rindamos, pues, homenaje solemne y público á la Religion. Con la gracia de Dios puede el hombre ser casto en todos los climas del mundo. Ayudadme con vuestras oraciones á pedir al cielo sus auxilios para continuar este asunto.

AVE MARÍA.

Si á la luz de la historia y la crítica examinamos la causa del gran incremento que ha tomado la llaga que tiene hoy día cancerada la humanidad, encontraremos que la ciencia carnal ha sido la que ha infestado la masa de la sociedad, introduciendo en ella la levadura corruptora de la lujuria, ocultando su infeccion entre apariencias floridas. En verdad, la ciencia carnal no es el demonio; pero es preciso confesar que, así como Dios, causa de todo bien, se sirve de los hombres justos para conservar la Religion en la tierra, así tambien el demonio, como afirma San Agustin, tiene sus agentes, los que por desgracia le sirven de propagadores de la malicia. Decir que las centurias pasadas no conocieron los crímenes, sería no conocer ni aún superficialmente la historia del espíritu humano; porque en todas épocas han existido hombres perversos, que han tenido numerosos discípulos; pero no es un error decir que nuestro siglo es peor que los que le han precedido, pues sin detenerse en examinar su posicion religiosa, bastaríanos saber, con David, que «la malicia de los enemigos de Dios va siempre en aumento,» y, con el sublime Pablo, que «los malos crecerán siempre de malo en peor, cometiendo errores é induciendo á los demás á que los imiten.» ¿Será posible

equiparar el siglo en que vivimos con los primeros é intermediarios de la era del Catolicismo? Un siglo en el cual no se respeta la santidad del matrimonio; un siglo testigo de los solemnes y execrandos juramentos con que se ligan numerosos jóvenes de ambos sexos para no unir jamás sus destinos en la tierra con ningun hombre ni mujer alguna; un siglo cuya panacea favorita en sus dolencias son las alegrías carnales, cuya instruccion son los saraos, las reuniones, las modas, el lujo, los galanteos, ¿podrá ser puesto al nivel con aquellos tan fecundos en almas virginales que preferian la muerte á la pérdida de la castidad? ¿Siglos graves, siglos que, á pesar de la procaz filosofía, nos han legado su fé y religiosidad en esos grandiosos monumentos ennegrecidos por su vetusta existencia, y que en medio de los palacios modernos están siempre enseñando sus altas torres como un monumento de la piedad que tuviera entónces, y que hoy existe apénas? ¡Ah! Téngaseme enhorabuena por un fanático y hombre de ninguna ilustracion; pero, entre tanto, no permita el cielo que yo deje de doblar mi rodilla ante la venerable antigüedad. Siglos ha habido en que hombres innumerables llegaban á cien años en estado de inocencia, mientras hoy día apenas encuentra esta blanca virtud un período en la vida humana, pues desaparece aún en los niños, como la tierna flor abrasada por los vientos abrasadores de la Libia. ¿Y sabeis por qué entónces habia más inocencia que ahora? Porque no habia salido completamente á luz la moderna filosofía.

Esta ciencia del orgullo y de la abominacion ha estado en incubacion por muchos siglos; la tuvieron los Arrios y Nestorios, los Priscilianos y Maniqueos, los Albigenses y los demás herejes antiguos. Pelagio y Elvidio no fueran ménos orgullosos que Calvino, ni ménos licenciosos que Lutero y Beza; pero publicaron su libertad de conciencia en unos tiempos poco favorables á su

sistema de independencia religiosa. La bandera de la rebelion contra la autoridad no se alzó hasta los tiempos del luteranismo: observemos atentamente lo que despues ha hecho la herejía; de sus numerosas sectas salió el deísmo, el materialismo, la indiferencia, la incredulidad, y por fin la filosofía impía, que igualmente proscribiera la Religion divina de Jesucristo como las falsas de Mahoma y los herejes. Podemos asegurar que se encuentran ya publicados en toda la tierra todos los dogmas de esta secta de perdición, siendo los apóstoles de esta doctrina los innumerables libros que, como peste desoladora, han cundido en los cuatro ángulos del mundo. ¿Y qué han hecho estos perniciosos novadores? ¡Ah! Reducir todas las inclinaciones del hombre á lo que llama la filosofía «cosa positiva,» á la adquisicion del oro y á los goces de los placeres. ¡Dios purísimo, perdonadme! Voy á referir en este santo lugar las blasfemias de estos hombres monstruosos; pero no lo hago por profanar el templo santo, sino para excitar en mis oyentes un horror implacable á tan abominables doctrinas; voy á defender la castidad atacada por la filosofía.

No nos admiremos, señores, que unos hombres que se proclamaban sábios hayan pretendido materializar hasta el pensamiento: eran deshonestos, y está dicho con esto cuanto puede decirse para comprender que no podian enseñar sino errores; porque apenas «la lujuria se ha apoderado del hombre, dice el devoto Bernardo, entra el entendimiento en una region de tinieblas, privándose el espíritu de la sabiduría y buenos principios que le son naturales; y así sucede que rara vez ó jamás un hombre deshonesto dará consejos sanos.» ¿Qué podian, pues, enseñar los filósofos del último siglo, quienes se arrojaron á enseñar que «la castidad y continencia eran pretendidas virtudes que no valian para nada,» y que el pudor no es más que un refinamiento de la lascivia? ¿Cómo no ha-

bían de materializar sus ideas los que enseñaban que «en los países donde la Religion no puede reprimir los excesos de la carne, sería muy acertado dar culto público á la lujuria?» ¿Cómo podrian espiritualizar sus ideas los que trataban de profana y desnaturalizada á la Religion, porque representa los placeres carnales como un semillero de crímenes, de desgracias y penas? Yo dudo que los templos dedicados en los tiempos del error á la prostitucion, resonasen jamás con semejantes doctrinas salidas de los labios de hombres tenidos por sábios; y lo que es más inconcebible todavía, lo que no puede ménos de aterrar al cristiano pensador y reflexivo, es que unos hombres merecedores de haber sido encerrados en una casa de dementes para curar su cerebro descompuesto, hayan sido aplaudidos como hombres eruditos, y se hayan adoptado sus doctrinas como si el cielo se las hubiera inspirado.

¿De dónde sino de estas máximas ha cundido esa lujuria universal que corroe la sociedad? Porque todos los siglos han sido malos; mas de tal modo, que la maldad nunca perdió su carácter feo y abominable. Hoy dia, por el contrario, la deshonestidad es la hija predilecta de la filosofía, de la cual se ha eliminado cuanto la hace horrible. Á fuerza de dogmatizar en esta materia, ha conseguido persuadir á sus prosélitos que los placeres carnales son tan naturales y necesarios al hombre, como el sustento cotidiano, sin cuya ayuda no puede vivir. No estamos hablando por conjeturas; repetimos lo que hemos oido ya mil veces, y hablamos por lo que vemos cada dia. ¡Qué horror! ¿Podia degradarse la razon humana hasta este punto? ¡Afirmar que la lujuria es el alimento necesario é indispensable del hombre! Y entónces, ¿diremos que es una fábula esa historia divinizadora del linaje humano; esa historia de la castidad, en cuyo sublime frontispicio se halla el Rey de las vírgenes acompa-

ñado de su augusta Madre y del casto Esposo de ésta; esa historia, á la cual tan brillantes páginas diera esa turba de doncellas muertas entre los potros y caballetes de Roma, del Asia, del África y de todo el orbe, por no mancillar el pudor; esa historia, cuya recitación contemporánea brilla hoy tanto como en los primeros siglos de la Iglesia por el heroísmo de las innumerables esposas de Jesucristo, á quienes fueran abiertas las puertas de sus recintos sagrados para que entrasen de nuevo en el mundo voluptuoso, lo que realizaron ellas con tanto valor como lo hicieron las Filomenas con Diocleciano, las Lucías y Cecilias con los Prefectos del imperio occidental? ¿Será, entónces, falso lo que vemos y palpamos? ¿El mundo estará lleno de hipócritas que se relegan á los monasterios aparentando castidad y estando abrasados en lujuria? ¿Con que no podemos ser castos? ¿Conque necesariamente es el hombre sensual y lujurioso?

Estas son las doctrinas que publica desde su pestilente cátedra la filosofía incrédula; y ¡cuidado, señores! su proselitismo es demasiado, y quizá pertenecen muchos de los que me oyen á esta escuela infame; porque la indiferencia ha sido el gran paladion de los filósofos modernos; y esta indiferencia es hoy dia demasiado recibida en la sociedad: hablo de la sociedad católica, en cuyo seno existen millares de individuos, que cuentan como nada el pasar toda su vida sin dar un solo signo de catolicismo, sino es el de presentarse al templo una que otra vez. Pero dejemos esta digresion; entremos de lleno en la materia á que nos llama el asunto.

No es extraño que ningun hereje haya sido casto; no es de admirar que los campeones de la filosofía moderna tuviesen sus queridas entre orgías nauseabundas; tampoco dudo en afirmar que la idolatría vuelva á cundir algun dia sobre la tierra: la doctrina de los sábios carnales conduce á estos extremos y á otros mayores. Si no podemos

abstenernos de la sensualidad; si ésta es tan necesaria al hombre como el pan de cada dia, ¿qué consecuencias sacaremos? ¿En qué escollos se estrella la débil barca de nuestra inteligencia? ¿Qué vendrá á ser Dios con sus atributos, y nuestra razon con sus luces? Porque, no lo dudemos, ó es preciso negar la existencia de la ley natural que prohíbe al hombre las acciones impúdicas de toda especie, ó, en el otro caso, es necesario confesar que tuvo razon Lutero y todos los fatalistas, cuando afirmaron que el hombre era infaliblemente reprobado al infierno por un decreto preexistente de la Providencia. Uno y otro principio sería una horrenda blasfemia, detestable áun á los ojos de la simple razon, pues desde luégo tienen tanta y tan íntima conexion entre sí los preceptos de la ley natural, que, destruido uno, son destruidos todos. La ley de la adoracion, exclusiva del Sér divino, no puede existir sin la consecuencia inmediata: la consecuencia son los preceptos naturales, pues quien los quebranta quita á Dios el honor que se le debe, dándolo á las criaturas; y ¿qué mayor injuria contra la Divinidad? ¿No valia más que dijese de una vez los filósofos que ese Sér divino, criador y conservador del mundo, es una quimera, que no negar la existencia de los preceptos morales, en que estriba la verdadera adoracion en espíritu y verdad? Y admitidos éstos, como se ve forzado á admitirlos todo hombre, ora sea un estúpido, ora un escéptico, ¿qué consecuencia hemos de inferir, admitiendo que es imposible ser casto, y poniendo los goces sensuales como necesarios á la vida humana? ¡Ah, señores! Las inferencias son espantosas. En ese caso, Dios sería un tirano al condenar á penas eternas al lujurioso por no haber guardado la ley de la castidad ó continencia; el hombre mismo sería de peor condicion que el bruto; pues éste puede seguir todas las tendencias de su instinto sin temor del porvenir, miéntras al hombre no le permite su conciencia entregarse á accion

alguna ilícita, sin sentirse aguijoneado por punzantes remordimientos, que aún en este mundo le preparan un infierno demasiado cruel.

Ved si son viles y degradantes las doctrinas de la filosofía carnal : Dios tratado de tirano; el hombre hecho un autómeta, una víctima infaliblemente destinada al suplicio eterno por serle necesario para vivir, segun ellos, el crimen y la maldad. Bien diferentes son las doctrinas que emanan de la ciencia divina, como de manantial puro; otra idea más noble y más alta nos dan de Dios y del hombre. Aquél, nos dice ésta, es un Padre tierno, que no ha impuesto á sus hijos sino un yugo muy suave; es un Dios sábio, que no ha prohibido en su ley sino lo que es esencialmente malo; de modo que no sea malo por ser prohibido, sino que esté prohibido por ser de su naturaleza malo; que es un Dios tierno y amable, que no manda cosas imposibles, sino muy fáciles é imitables, habiéndonos Él dado el ejemplo en la ejecucion. Y el hombre es un agente libre compuesto de cuerpo y de alma, criado primordialmente en justicia y gracia; sér grandioso por su inteligencia y facultades, y por su imperio sobre todo lo terrestre, destinado á vivir por eternidades en las moradas celestiales, si se conservaba en la justicia y gracia primeras; pero privado de éstas por su pecado, arrojado del Paraiso por su rebelion, condenado al infierno por su culpa, redimido de ésta con la sangre de su mismo Criador, elevado de nuevo al cielo á la dignidad de hijo de Dios adoptivo, mas obligado á combatir sin cesar contra el mundo y el demonio, y más que todo contra la carne, que desde la rebelion del primer hombre se rebeló tambien en el mismo hombre contra el espíritu. Dígase, pues, ahora si podemos ó no ser castos; dígase si los placeres sensuales son necesarios á la vida humana. Semejante asercion no puede salir sino de hombres idólatras de su cuerpo, de filosofastros materializados en las cié-

nagas inmundas, ó de esos sábios lupanarriegos que no escriben en sus desatentados libros sino lo que rebosa su corazon: la lujuria, la obscenidad.

Convengo en que es muy difícil ser casto, y que es preciso para lograrlo estar siempre combatiendo con un enemigo doméstico á quien alimentamos y acariciamos quizá demasiado; este adversario es nuestro cuerpo, cuya corrupcion agrava nuestro espíritu; pero tratémoslo como tratamos á un enemigo; enfrenemos á este potro fogoso para que no marche á los prados de la lujuria, y estaremos ciertos de alcanzar victoria. Tambien convengo con los filósofos en que es imposible ser casto. Mas, ¿cómo? Es imposible ser casto si voluntariamente nos arrojamos en las ocasiones, porque nadie toca la pez con su mano sin quedar tiznado, nadie lleva el fuego en su seno sin abrasarse, nadie puede entrar entre llamas voraces sin ser presa de sus ardores. Si, imposible es ser casto cuando se vive en una sociedad organizada segun los principios del siglo actual. ¿Cómo ha de ser casto un hombre que desde su niñez ha sido educado en el ocio, que no ha sido testigo en el hogar doméstico sino de intrigas amorosas, de palabras picantes, y acaso de acciones poco honestas? ¿Cómo ha de ser casto el que ha recibido una educacion libre, á quien sus padres no ponen freno alguno, dejándolo vagar por las calles, plazas, teatros y salones de baile, permitiéndole relaciones ilícitas en los años en que precisamente se bosqueja el cuadro de la vida humana, en los que se impregna nuestro espíritu en las máximas sólidas ó falsas, verdaderas ó erróneas, que le han de servir de base para edificar, ó un gran edificio de virtud y honradez, ó un coloso de maldad y de crímenes? ¿Podrá ser casto el que se dedique á leer los panegiristas de la impureza, el que oiga decir á sus mismos maestros que pasaron ya los tiempos del fanatismo y supersticion, que los hombres antiguos fueran unos ilusos, que

han vivido engañados los pueblos bajo la influencia del clero y las severas pero suaves leyes del Cristianismo? ¿Podrá vivir la blanca flor de la castidad en una sociedad libre, desenfrenada, cuya única ocupacion es adquirir oro, inventar modas contrarias al pudor, entregarse á todas las diversiones, y seguir por máxima general aquel proyecto que oyera Isaías á los impíos, de preparar banquetes, de embriagarse en los soporíficos licores, cantando en su frenesí: «comamos y bebamos, que mañana vamos á morir?» Seamos racionales, amados míos; si á un fuego ya grande por su naturaleza se le echa aceite, este fuego ha de elevar sus llamas hasta las nubes.

¿Y qué otra cosa ha hecho la filosofía impía al organizar el mundo actual segun sus máximas destructoras de toda virtud? Ella, despues de haber blasfemado mil veces contra el pudor, ha sido la que ha introducido en el bello sexo esa pasion desenfrenada del lujo inmodesto. ¡Ah! No grito ahora contra el ornato mujeril; propio es de la mujer el adornarse «con modestia y sobriedad,» como dice San Pablo, pues lo hicieron hasta las mujeres virtuosas, como fuera Sara, quien, por obedecer y agradar á su esposo, se ataviaba honestamente, esperando siempre en Dios, segun lo atestigua el Príncipe de los Apóstoles. Pero hay gran diferencia del adorno honesto á los abusos del lujo de nuestra edad: quien viva entre mujeres ocupadas exclusivamente en adornos y afeites, no puede ser casto. ¿Podrá inspirar castidad una jóven que se presenta al público con escandalosa desnudez, respirando aromas, dirigiendo á todas partes ojos altivos, miradas significadoras, palabras dulces, á lo que se añaden ademanes quizá poco decorosos? ¿Podrá andar entre las cándidas azucenas de la pureza la jóven que desde su infancia no ha aprendido otra ciencia que la de componerse, blanquearse, colorearse y vestirse con inmodestia? ¿Podrá ser pura la que siempre está recibiendo inciensos aduladores de cuan-

tos la rodean, la que no nutre su espíritu sino entre novelas, romances, episodios y dramas llenos de ficciones amorosas, de acciones difíciles, de empresas árduas, fraguadas todas en la imaginacion acalorada de escritores licenciosos? Preciso es confesar la verdad y rendir homenaje á la Religion. En una sociedad organizada por los filósofos, no puede vivir la pureza: ésta es una rosa delicada, que sólo puede subsistir entre espinas; es una tierna flor, que es destruida y marchitada por los vientos abrasadores. Difícil será, pues, ó digamos imposible, que haya castidad en un pueblo basado en los elementos de la ciencia carnal, que no funda su existencia social sino en los placeres y el oro.

Desde que en alas del amor divino bajara del cielo la virginidad con el Verbo Eterno, los ángeles, incorruptibles por su naturaleza, han tenido en la tierra numerosos rivales; ha habido siempre hombres castos; han existido siempre mujeres virginales; los hay tambien hoy; los habrá hasta el fin del mundo; pero ¿creeremos que estas almas puras no son acrisoladas en la tentacion? ¿Pensaremos que tendrán la corona sin haber combatido? No; no este el sistema de la Providencia, amados míos. Ha habido hombres privilegiados que fueran ángeles en carne: no debemos nosotros desconfiar en que á fuerza de combatir, Dios nos conceda esta gracia; pero en el orden comun de los designios divinos está decretado como ley universal que el hombre mortal sea un soldado siempre armado, siempre dispuesto á saltar á la arena para pelear con desnudo. La castidad tiene mil enemigos: enemigos son los ojos, enemigos los oídos, enemigo la lengua; todo cuanto nos rodea nos ataca y hostiga; llega el hombre á agobiarse bajo los años pesados, se emblanquecen sus cabellos, se arruga su frente, se enerva todo su cuerpo, y eso no obstante, le persiguen las sugestiones malignas: si falta la fuerza al cuerpo, sobra el vigor al

espíritu; el mundo es un vasto laberinto fabricado sobre riscos y hondonadas, y para poner el pié es indispensable mirar si nos inclinamos á una parte ú otra, pues todo está sembrado de abismos. Cuando los sábios carnales han afirmado que no podemos ser castos, estas aserciones han sido una consecuencia necesaria de sus doctrinas y vida. Sucede en lo moral lo que acontece en lo físico: si un hombre se coloca en la cima de un declive perpendicular resbaladizo, y cuyo zócalo estribe en el lecho del mar, necesariamente ha de caer en él con la velocidad de un rayo: si un combatiente se interna en los escuadrones enemigos sin prudencia ni reserva, y sin llevar armas defensivas y ofensivas, necesariamente ha de sucumbir. Pues bien; los sábios carnales fueran tan necios, que quisieran el lauro de la castidad sin haber peleado; fueran tan inconsecuentes, que pretendían que hubiese castidad en sociedades basadas en cuanto fomenta la lujuria. Es un error, señores; todo hombre, después del pecado de Adán, ha tenido que sufrir mil ataques; las armas para pelear no le faltan; Dios le ha dado toda su gracia, y si alguno no ha sentido las ideas funestas de la concupiscencia, han sido excepciones de la ley universal, hombres privilegiados, destinados por Dios para llenar grandes designios del cielo entre los hombres. Pero esto era también una gracia singular y especial, propia de la Madre del Redentor, de su Esposo y algunos otros.

¿Quereis ser puros y castos en pensamientos, palabras y obras? Utilizad esta gracia de Dios: ya que no podemos vencer á tan terrible enemigo con nuestras débiles fuerzas, sigamos el ejemplo del Sábio. Ved lo que él dice de sí mismo: «Tan luégo como llegué á entender que no podía alcanzar la continencia si Dios no me la daba, acudí al Señor, y le rogué con todo mi corazón.» Hecho esto, corramos el camino que nos trazáran los Santos; es imposible

ser puro si no trabajamos por nuestra parte. Para conservar su inocencia, oíd lo que hacía el santo Job: tenía hecho pacto con sus ojos para ni áun siquiera pensar en vírgen. ¡Ah! Huía este santo Patriarca hasta de una leve curiosidad, «porque sabía, dice San Gregorio, que el alma que es incauta en mirar lo que no debe, pasa fácilmente á desear lo que inconsideradamente miró.»

Se quejan los hombres de su miseria; se lamentan que no pueden perseverar en continencia; que á cada paso se ven en mil peligros; pero ¿quién se los presenta? ¿No son ellos mismos? ¿Se siguen acaso las reglas puestas por los grandes Doctores de la Religion para conservarse en la pureza? ¿Piensan en la ofensa que hacen á Dios y en los males eternos que se ocasionan á sí mismos, motivos poderosos y fuertes para contener al licencioso? Permítaseme decir, como por digresion, lo que yo mismo he oído á dos hombres rudos en las calles de esta ciudad. Bien sabéis que no es extraño ver y oír en nuestra amena reina de las Antillas cosas y palabras contra el pudor. Las mujeres infames se encuentran demasiado multiplicadas dentro de nuestros muros; su impudencia es tan escandalosa, que en medio del día se atreven á salir de sus nefandas mansiones á detener al pacífico transeunte. ¡Ah! ¡Dolor causa el decirlo! Pero así sucede, y no podemos callar lo que vemos y palpamos. Pues bien; pasaban no há muchos días dos jóvenes junto á la guarida de esas desdichadas, y al verse hostigados con sus insidiosos ademanes, «no, dijo uno de ellos; no entraré yo jamás en esas casas, pues estoy cierto que puedo morir infamemente en un hospital.» ¡Ah! prez y gloria al pecho generoso de donde salieran palabras tan patrióticas. El que las dijo aún conservaba en su corazón aquel espíritu noble y guerrero de sus mayores; el traje que llevaba le recordaba que había jurado fidelidad á su Rey y á su bandera, y que debía conservar su vida y sangre puras para sacrificarlas por

su patria. Y ¡qué, señores! digo ahora: ¿ha de poder más en el hombre el honor de su patria que el honor divino? Nosotros, que hemos jurado solemnemente fidelidad á Dios y á su ley, ¿la hemos de abandonar, pasando al campo enemigo? Se abstiene el hombre rudo del comercio carnal con mujeres corrompidas por no ser presa de la muerte en un lecho de dolor, ¿y no nos hemos de privar en esta vida de los placeres prohibidos, cuando con ellos aventuramos nada ménos que la eternidad? ¿Será posible que nosotros, que somos cristianos ilustrados y que comprendemos perfectamente nuestro origen y nuestro último destino, miremos como una cosa ligera un asunto tan grave? Desengañémonos: el que por mantener su robustez se contiene, como hicieran muchos filósofos antiguos, mucho más puede contenerse con la gracia de Dios para no perder su alma para siempre. Si no lo hacemos así; si el hombre cae como el ave en la red disimulada, él solo tiene la culpa. Cosas necesarias en la vida humana, diré yo á los falsos filósofos, son aquellas sin las cuales no puede vivir el hombre ni un sólo instante. Necesario es el aire para respirar; necesario el alimento para vivir; si un hombre pretende respirar fuera de la atmósfera, muere de repente; si es privado de la comida y bebida, morirá también desde el momento que haya cesado de consumirse en él la sustancia vital del último alimento. Examinad al hombre á la luz de esta teoría; examinaos á vosotros mismos: habeis pasado todos los años de vuestra infancia sin saber lo que era la lujuria; habeis pasado muchos dias sin entregaros por la misericordia de Dios á los excesos de la carne; la consecuencia está clara. Si habeis vivido un sólo dia sin necesitar de este alimento nauseabundo, podeis vivir una semana, un mes, un año, un siglo; luego no son necesarios los placeres carnales, como pretende el filósofo voluptuoso: luego con la gracia de Dios podemos ser castos.

Sí; la victoria es nuestra si contamos con los auxilios del cielo y no somos temerarios; para su logro nada influyen, ni los ardores del Ecuador, ni los frios del polo. Sin Religion, tan voluptuoso es el hijo de la Guinea, como el habitante de la Laponia. Para conocer esta verdad hasta la más sensible evidencia, no necesitamos de pensar nuestro espíritu, pues nos lo enseña la historia. La herejía que ha querido abolir la virginidad, tuvo su cuna y propagacion en los climas más frios de Europa. Trescientos años há que existe, y en todos ellos no ha tenido fuerza para producir en su seno una alma casta, miéntras la Religion verdadera ha engendrado en climas abrasadores á las Teresas de Jesus, á las Rosas de Lima, con otro número incalculable que ha conculcado el mundo, la carne y sus placeres por servir á Dios en castidad y retiro. Demos este homenaje de justicia á nuestra Religion católica: ella sola es la madre de las ideas castas; ella sola posee el suavísimo vino del amor divino, que produce las verdaderas vírgenes, á no ser que queramos dar este título también á las que, por adquirir renombre, han mirado con desden el matrimonio sin tener otras virtudes, á no ser que se pretenda elogiar sin razon á la famosa Mecenas del error, que cifró toda su gloria en tener suspensos por toda su vida á todos sus pretendientes coronados, para formar el pedestal de su fama con los trofeos de mil amantes. ¡Ah! Nunca las vestales de Roma serán las vírgenes del Catolicismo.

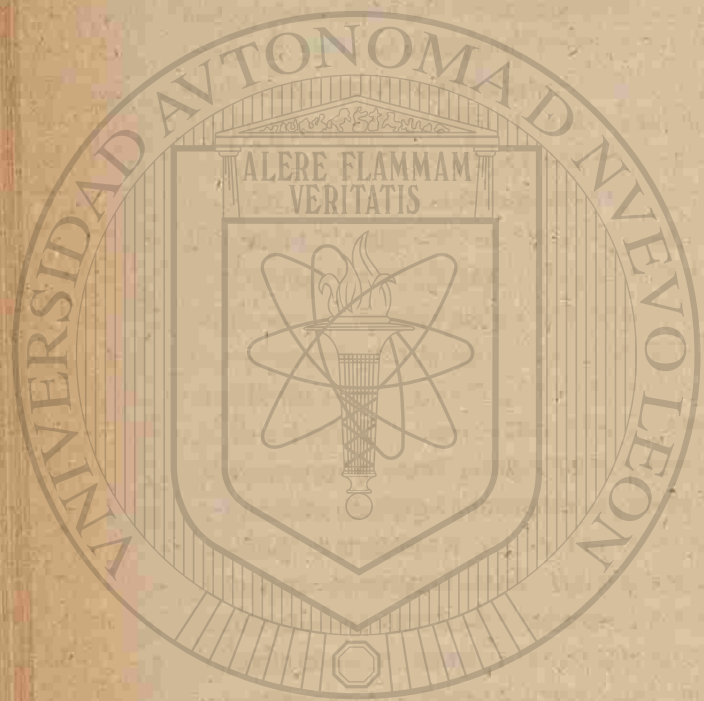
Es este el momento en que debo dirigirme al sacerdocio católico, que no entra en las gradas del santuario sino despues de haber jurado fidelidad, bajo su blanco estandarte: esta bandera es la castidad. Sí, sacerdotes del Altísimo; esta divisa nos distingue de otros muchos que se apellidan sacerdotes en las sectas disidentes sin haber recibido mision divina: miéntras ellos trabajan en su proselitismo por ganar el pan para su mujer é hijos,

nosotros no tenemos otra esposa que la Iglesia, ni otros hijos que los fieles, que debemos alimentar con el pasto de la palabra divina y el buen ejemplo. Temblemos, pues, si asentimos á las sugerencias carnales, porque somos entónces infieles á nuestros juramentos, y un hombre infiel ya no tiene honor: temblemos, porque la lujuria hace que seamos abominables ante Dios, de tal modo, que más agradan al Señor los gruñidos de un animal inmundo, que las oraciones del sacerdote lúbrico: temblemos; un infierno no basta para el ministro del altar, que, con escándalo del público, se arroja en los extravíos de la vida licenciosa. Temblemos, pues, si Dios nos ha de pedir cuenta de las almas que se condenen por no ver en nosotros buenos ejemplos. ¡Cuánto más rigurosa será la cuenta si les damos escándalos!

Voy á concluir, amados míos, dando las últimas pinceladas al carácter del enemigo que hemos de atacar. Es el demonio semejante á esos hombres que se precian de valientes cuando se hallan en una reunion pacífica, siendo los primeros en huir en el tiempo del peligro; mejor diré, con el Aguila de los Doctores: es un perro encadenado, que puede ladrar, mas no morder, á no ser que nos acerquemos. En cualquiera vicio que nos sugiera su malicia, no teneis más que presentar vuestro pecho armado con la coraza de la fé, llevando en la mano la esperanza en Dios, y estad ciertos que ha de huir al ver que salís denonados á la arena: *Revertite diabolo et fugiet a vobis*. Sí; desde que Jesucristo lo encadenó al pié del Gólgota, el demonio es un ente sin fuerza, y sólo se encruelece en los que se ponen en sus manos, no atreviéndose con los que le salen al encuentro, armados con la gracia de Dios. Pero ¿sabeis en qué materia es valiente? En la lujuria. ¡Ah, sí! El demonio está escondido en todo aquello que lisonjea nuestra sensualidad, cual sierpe disimulada que acecha entre flores deliciosas al descuidado tran-

seunte. Se encuentra este enemigo en las reuniones de ambos sexos; se halla en los teatros y saraos, en las diversiones profanas, en las calles y plazas; «entra en las chozas y los palacios, dice San Bernardo; no teme la pobreza ni el lujo, ni los centinelas de los alcázares y ¡ojalá huyese de los mismos asilos del pudor!» ¿Quereis vencerlo? ¿Quereis estrellar al orgulloso enemigo, que tiende por do quiera sus lazos? San Pablo nos lo dice, y el remedio es eficaz; huid de las ocasiones: *Fugite fornicationem*; en vano nos presentará Dios su gracia, como la más poderosa espada, si nosotros tenemos la temeridad de ponernos en los peligros; en vano querremos ser castos, si andamos siempre entre incentivos de lujuria. Dios no deja de ayudar á quien lo invoca; pero preciso es que el hombre haga algun esfuerzo de su parte para que la victoria sea segura y meritoria.

¡Oh pacientísimo Jesus! ¿Quién sino la lujuria os ha clavado en ese madero de ignominia? ¿Quién sino la lascivia causó vuestra desnudez en el Calvario? ¡Ah! Por las acciones desvergonzadas de los hombres carnales, te expusiste tú á la vergüenza pública de un palo afrentoso, despues de haber sido cruelmente azotado y coronado de espinas. Ayúdanos, ¡oh Redentor amable! Sé nuestro protector contra tan cruel enemigo; dirige nuestros pasos al bien; no nos dejes caer en la tentacion, para que podamos un dia pertenecer al coro de aquellos que no fueron manchados entre las inmundicias de la carne, y cantemos con ellos el cántico de gloria por toda la eternidad. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE LA CARIDAD.

Igitur audientes tres amici Job omne malum, quod accidisset ei venerunt singuli de loco suo... ut consolarentur eum.

Habiendo oído tres amigos de Job las desgracias de éste, vinieron á consolarlo.

(Job, cap. II, vers. 11.)

No hay en la sociedad humana cosa alguna tan imperiosa y sagrada como la amistad. Tiene ésta una influencia tan mágica en los corazones, que hace de dos seres distintos uno sólo, uniéndolos con los más indisolubles lazos de simpatía. Sí, el más sábio de los filósofos antiguos lo conoció, sin atender á las luces de la revelación, que no habia llegado á su noticia, y su sentencia sobre la amistad se ha universalizado de tal manera, que en todos los pueblos del mundo se dice que dos amigos no forman sino una voluntad y un sólo querer; y en todas partes tambien se rinden á la amistad homenajes de veneracion, pues existe un dogma social que dice: «Debe ántes el hombre sacrificarse al infortunio, que ser infiel á su verdadero amigo.» El verdadero amigo no puede mirar con indiferencia nada de cuanto acaece al objeto de su cariño; su corazon se regocija en los sucesos prósperos, y se viste de luto en los adversos, porque existe entre las personas ligadas por la amistad unidad de sentimientos, unidad de bienes, y, como los miembros de un mismo cuerpo, no puede padecer uno

sin que lo sienta el otro: hé aquí lo que la razon natural dicta respecto de la amistad verdadera.

Un bellissimo ejemplo de esta verdad nos presenta la historia antigua bajo el imperio de la ley natural. Existía en la Arabia feliz un príncipe piadoso y justo, tan famoso entre los Orientales por su piedad como por sus riquezas: un dia conjuráronse simultáneamente contra este potentado los cielos, la tierra, los elementos y los hombres, como si todos estos agentes fueran sus más encarnizados enemigos: todos se arrojaron sobre él, ensañándose cada cual á su modo. Aquí aparecen repentinamente numerosos bandidos que pasan al filo de la espada á todos los domésticos, y entregan las haciendas al pillaje: allí disparan las nubes fuegos destructores que reducen á ceniza las poblaciones; en otra parte se desatan con furia los aquilones, y, como aríetes asestados contra los ángulos de una fortaleza, caen con toda su fuerza sobre la habitacion áulica, y perecen entre sus ruinas todas las esperanzas y la gloria de un padre. Al poco, destituido de sus bienes, privado de sus haciendas y de sus hijos, es invadido de una cruel enfermedad, en la cual no le queda otro alivio que el sentarse sobre la dura tierra y mitigar sus dolores rayéndose la piel con un casco de teja; este hombre infortunado, este príncipe afligido era Job. Entónces, señores, dieran prueba de su verdadera amistad tres amigos de este justo: al oír cuanto sobreviniera, dejaron sus casas y comodidades, se acercaron al paciente, y fué tan grande su afliccion al verlo tan malparado, que sentados junto á él no pudieran hacer en siete dias otra cosa que mirarse mutuamente y prorumpir en lágrimas, sin que la lengua pudiese romper el nudo con que la tenía ligada el dolor que les causaba la desgraciada suerte de su amigo. *Audientes, etc.*

Pudiera yo aducir otros ejemplos de verdadera amis-

dad, discurriendo rápidamente por la historia del mundo y de sus héroes; pero quizás no me sería dable encontrar uno tan sublime como el que vosotros presentais en este momento; porque, preciso es decirlo sin temor de la crítica, sois vosotros, ilustres sócios de la sociedad de beneficencia, los amigos verdaderos del hombre, pues no habeis reunido en un fondo comun el fruto de vuestro sudor sino para aliviar á la humanidad afligida. La caridad, que es el sólido y verdadero apoyo de la amistad, ha presidido primordialmente á vuestra institucion; la Religion la ha consolidado, y de ello estais dando en este momento un testimonio público y auténtico. Sí; uno de vuestros amigos se hallaba en la afliccion; su alta posicion, su antigua y espléndida fortuna, el noble destino social en que se halla, no permitía que pudiese entrar en la categoría de aquellos para cuyo consuelo principalmente habeis erigido vuestra caritativa asociacion. Pero él es vuestro amigo, y vosotros teneis la Religion profundamente grabada en vuestros corazones; aquella os recordó que los deberes de la amistad cristiana, no sólo se limitan á socorrer al amigo indigente, no sólo á consolarlo en sus infortunios, sino que se extiende á otros oficios tanto más nobles cuanto son más sagrados: son éstos el elevar al cielo vuestras manos puras, ofreciendo á Dios sacrificios de alabanza por los bienes que prodiga á vuestro amigo, ó bien holocausto de propiciacion para inclinar hácia ellos las piadosas miradas del cielo, á fin de que éste los proteja en sus desgracias y los libre de la tribulacion. *Audientes, etc.*

Esta union, que tomada en general lleva impreso el sello de la caridad cristiana y de la amistad verdadera, pudiera ser tachada de extemporánea en circunstancias particulares. Por tanto, voy á esforzarme á demostraros que vuestra presencia en este templo está justamente canonizada, teniendo por apoyo la Religion y la caridad.

Para hacerlo con fruto, postrémonos humildes ante el trono de la gracia, saludando reverentes á la Reina de los Angeles.

AVE MARÍA.

Prescindiendo de toda teoría, abstrayéndose de cuanto pueda inventar el entendimiento humano, se ve un hecho real y positivo, hecho que ha tenido su principio en la sociedad, que dura y sigue con ella, y que perpetuará hasta la consumacion del mundo. Este hecho es la existencia de la autoridad en los pueblos y la relacion mútua que ha habido entre los hombres; relacion de mayores y menores, de sábios y de ignorantes, de padres é hijos, de jueces y reos; relacion entre quien manda y quien obedece; relacion entre quien súbdito y quien es superior; y estas relaciones son naturales, porque existen en la esencia de la humanidad, pues naturalmente, y sin prévio convenio, el padre tiene derechos sobre el hijo, el sábio debe dirigir al ignorante, el anciano es más digno de consideracion que el jóven. Naturalmente tambien se sabe que el hombre asesino y criminal debe ser eliminado de la compañía de los demás, ya para que su demencia no sacrifique más víctimas, ya para que no contamine al inocente con su mal ejemplo. Todas estas verdades son otros tantos dogmas que la naturaleza racional profesa.

¿Quién duda, señores, que estos axiomas inconcusos de la razon son el cimiento en que estriba el gran edificio de la autoridad? ¿Quién no ve que estos mismos principios existen en todos los pueblos de la tierra, más ó ménos desarrollados, más ó ménos conocidos, segun los adelantos que han hecho en la verdadera Religion y en la civilizacion? Es así; y cuando una doctrina es profesada universalmente por todos y cada uno de los hombres, está canonizada como hija de la luz natural. Fueran

estos principios la base de esas vastas monarquías que han dado tanta gloria á la humanidad: y, desengañémonos, los pensadores é innovadores de estas últimas centurias, al publicar sus teorías sociales, no han hecho más que presentar á la humanidad un ramillete de flores de gracioso aspecto, pero de naturaleza envenenada. Han mudado los nombres, mas no la sustancia, y sólo han conseguido demostrar más la verdad en su última evidencia; y es, que todas las innovaciones sociales salen á luz entre trastornos, reciben su sancion entre arroyos de sangre, y se consolidan entre orfandades, lágrimas y escombros. Pretender emanciparse del imperio de la ley sensibilizada en los depositarios del poder, es un absurdo que, profesado por los antiguos romanos y griegos, condujo su dominacion á la más lamentable ruina, ó un error, que por todas partes brota sangre y furor, porque contradice á la sentencia del Apóstol que dice: «Toda alma está sujeta á potestades superiores; las potestades que existen han sido ordenadas por Dios.» Y no hay que dudarle: toda doctrina que pugne con los principios publicados por el órgano de la revelacion, no tiene otra tendencia que la de envolver entre ruinas al mundo social. Asentados estos principios, entremos de lleno en la materia.

Os dije que os habíais presentado ante las aras á ofrecer al Altísimo un holocausto de propiciacion por uno de vuestros amigos. Quién sea éste, nadie lo ignora; pocos dias há que la consternacion y el dolor se apoderaron de los corazones de todos; un acontecimiento tan inesperado como funesto ahogó por unos momentos todos los sentimientos de gozo en nuestros corazones: «Nuestro Excmo. Sr. Gobernador, se dijo, se halla en peligro inminente de perder la vida.» Cuál ha sido la causa, apenas hay quien lo ignore; el cumplimiento de sus deberes. Sí; al presentarse al frente del ejército para instruirlo en

el modo de conservar disciplina y orden en los pueblos, de desplegar valor y denuedo en las batallas, y de saber defender con heroísmo su Religión, su Rey y su Pátria, un fiero corcel lo ha maltratado mortalmente. Semejante ocurrencia debia excitar la compasion de todos, bajo cualquier aspecto que se mirase; pero entre todos los motivos, hay uno que prevalece y supera á los demás: la víctima de tamaña desventura era nada ménos que nuestro amigo, el amigo universal, el padre del pobre, el tutor del huérfano; porque, señores, el primer depositario de la autoridad es el mejor amigo de los hombres cuando lleva á cabo la ley, pues bajo su sombra el rico vive sin zozobra, el pobre sin temor, el crimen es castigado, y respetada la inocencia. Quien así obra, aunque diste mucho del pobre por la posicion respectiva que uno y otro tienen, es sin embargo su amigo. ¿No veis, señores, con qué frente tan serena entra el desvalido al estrado de la autoridad, en cuyo rostro no se vé más que justicia y clemencia? ¿No veis con qué confianza pide proteccion contra el prepotente que lo oprimía? ¿No lo veis salir rebotando en gozo al contemplar que se ha fallado en favor suyo, sin haberse atendido ni al oro ni á las consideraciones del adversario? En semejante ocasion el pobre prorrumpe en bendiciones. Y ¿á quién bendice? Á su padre, á su protector, al amigo que lo ha amparado, librándolo de la opresion del rico. El rico, el poderoso, ¿no saben que pueden vivir seguros del puñal raptor y homicida, porque una autoridad celosa vigila por la paz y el orden, por la punicion del crimen y la represion del malvado? El sacerdote, el lego, el letrado, el ignorante, el natural y el extraño, ¿no viven pacíficamente en su hogar, porque saben que tienen en la autoridad un apoyo, un protector y un defensor? Pues bien, señores: siendo esto así, el depositario de la justicia y de la ley es el amigo de la humanidad.

Cuán difícil sea que semejantes hombres tengan verdaderos amigos, es cosa clara á quien examine un poco lo que es el espíritu humano. Amigos fingidos, falsos, lisonjeros, hombres interesados, que rodeen la persona del grande, que quemén en su presencia el incienso de la adulacion, es fácil encontrar; porque, como dice el Sábio, «muchos son los que rodean la persona del magnate, muchos son los amigos del que reparte dones,» y, segun el dicho de un antiguo poeta, «cuando el hombre es rico tendrá muchos amigos, mas si sobreviene una desgracia, se encontrará solo. Tampoco podrá tener muchos amigos aquel que tiene que esgrimir la espada para contener los excesos del malo. Pero ¡ah, señores! haria yo un verdadero ultraje á vuestra piedad y á vuestro honor, si siguiese hablando de esta materia. Quedan sólo los falsos amigos, para aquellos que no tienen en sus acciones otro fin que el vil interés personal, no para vosotros, que no conoceis otro objeto de operacion que el alivio del indigente y el consuelo del afligido: quédanse los falsos amigos de los grandes para los viles aduladores que se postran ante la autoridad, no para rendirla el homenaje que le es debido de justicia, sino para alcanzar de ella un favor no merecido; mas no para vosotros, que contemplais en ella un rasgo del poder divino, una emanacion de la divina gobernacion, pues, como afirma el divino Pablo, «No hay poder que no baje de Dios: *Non est potestas nisi á Deo.*» Quédese el mirar la autoridad con sobrecejo para aquellos hombres que quieren sustraerse del suave imperio de la ley, con el fin de perpetrar á mansalva excesos criminales; pero no para vosotros, hombres honrados, pacíficos y laboriosos, que cifrais vuestra dicha en la paz y en el orden, y vuestro honor en rodear á esa autoridad para defenderla como inconquistable valladar. No hablo en este momento con sólo vosotros, ilustres hijos de los inmortales Roger y Berenguer, que

llevaron el terror de sus armas hasta los confines del Oriente, sino tambien con vosotros, distinguidos hijos de esta ciudad, cuyo valor y heroismo brilla en gran manera entre los muchos trofeos del suelo de Castilla, y cuya felicidad y sensatez es un proverbio que os dará una memoria eterna en todas las naciones.

Sin embargo, preciso es decir una verdad, aunque se sonrojen nuestras mejillas: el deseo de medrar y valer es una especie de contagio de que apenas se salvan los más prudentes; en general, es muy difícil que los altos mandatarios sean amigos de todos, porque el hombre es por su naturaleza poco amigo de aquel que lo corrige. Mas cuando el nombre del mandatario es pronunciado por todos con satisfaccion y alegría, ¡ah! señal es de que ha sido el padre del pueblo, señal es de que no ha sido venal, señal es de que ha castigado el crimen y favorecido á la virtud, y entónces no manda á súbditos, sino á amigos; entónces todos sin distincion se interesan en su felicidad.

Testigo de esta verdad es aquel príncipe de la Idu-mea, cuya historia os he referido al empezar. Oid lo que él dice de sí mismo al estar con sus amigos que lo consolaban en su desgracia: «Cuando yo salia á las puertas de la ciudad y me preparaban el asiento para hacer justicia, veíanme los jóvenes licenciosos y huían de mi presencia, y los ancianos se levantaban y se estaban en pié; los príncipes cesaban de hablar, y ponian el dedo sobre la boca. Cuantos me oían hablar me llamaban dichoso, y cuantos me veían daban testimonio de lo que me amaban.» Hasta aquí, Job. Ved, señores, un príncipe bien quisto de sus vasallos; ved un hombre dichoso en medio de un pueblo sensato. Y ¿sabeis por qué? Continúad oyendo. «Yo habia librado, dice, al pobre que clamaba justicia, y al huérfano que no tenia quien lo ayudase. La bendicion del que iba á perecer caía sobre mí, y consolé el corazon de la viuda; me vestí de justicia, y revestíme de

equidad, como de manto y diadema. Fuí ojo para el ciego y pié para el tullido; era padre de los pobres, y me informaba con la mayor diligencia de la causa que no conocia, quebrantando el poder del impío, y arrancando la presa de entre sus uñas... Me sentaba como rey en el primer lugar, y aunque me rodeaba un ejército aguerrido, era, no obstante, el consuelo de los tristes.»

Hé aquí, señores, un príncipe que vive con sus vasallos como con sus hijos: hé aquí un superior que añade á las relaciones de potestad y dominacion, las del amor para con su pueblo. Éste es el hombre que en su desgracia se ve rodeado de amigos que lo consuelan con sus consejos, miéntras otros muchos lloran á lo léjos la desgracia del que era su padre y protector.

Aquí, amados míos, debo concluir: aquí debo poner un candado á mis labios: si pretendiese hablar, lo haria despues de haberos suplicado que me dejáseis solo en este templo, y despues de cortar al eco sus alas para que no saliese de este recinto, sin embargo que me es permitido, sin ser tachado de adulador, el repetir cuanto la fama ha traído á mis oídos, y manifestar sin rebozo los sentimientos que abriga mi pecho.

Pero, señores, si no me engaña el amor propio, creo que jamás he lisonjeado á nadie en este lugar, y además tiene gran imperio sobre mi espíritu aquella sentencia del Padre San Máximo, que dice: «No alabes al hombre en la vida, sino despues de su muerte.»

¿Pero necesito acaso desplegar mis lábios en este momento? ¿No sois vosotros otras tantas lenguas que hablan elocuentemente, y dicen que para vosotros y para cuantos habitan en esta ciudad venturosa, el primer mandatario es un padre, un amigo, un bienhechor? ¿Vosotros no lo amais como á un padre? ¿Él no os mira como á sus hijos? Al encontraros arrodillados en el santuario, ¿no estais manifestando que vuestro corazon se envolvió

en el negro velo de la tristeza al oír el nefasto evento que llevó las lágrimas y el dolor á una familia distinguida, el terror y espanto á los buenos hijos de Iberia y de Cuba? ¡Qué! estos cánticos que han llenado con su melodía las naves del templo, ¿no están patentizando la alegría en que reboáis, al saber que el Dios de Misericordia ha mirado con benignidad á su pueblo, concediendo á su dignísimo gobernador y patrono una pronta restauración de su salud? Siendo esto así, inútil es que yo hable, pues cada uno de vosotros sabe que siempre ha sido más mágica la elocuencia de las obras que la de las palabras.

Voy, pues, á concluir, afirmando ántes que un pueblo da las más inequívocas pruebas de su sensatez cuando á las relaciones de superioridad é inferioridad que existen entre él y sus gobernantes, añade las que unen á los padres y á los hijos. Y séame también permitido decir, de paso, que cierta y positivamente posee grandes cualidades gubernativas, grandes virtudes sociales, aquel jefe en cuya desgracia los pueblos se entristecen. Lo primero prueba que unos y otros son sábios é ilustrados; y lo segundo, que tienen corazones grandes, llenos de patriotismo y de generosidad. ¡Ah! Si estos solos sentimientos os hubiesen traído hoy al pié de las aras, seríais dignos de encomio, mas no tendrían todo el mérito que deben tener en presencia de Dios, cuya clemencia invocáis en favor de nuestro dignísimo gobernador. Además de aquellos sentimientos naturales inspirados por la amistad, os han movido también, y con preferencia, los de la Religión.

Sí, ilustres individuos de la benéfica sociedad de naturales de Cataluña: vosotros que consagrais una parte de vuestros afanes al alivio del menestero; vosotros que enjugáis á cada paso las lágrimas del indigente y consolais al triste; vosotros que practicais estas obras, cuya emanación viene de la caridad, no podíais desconocer la obligación que tenemos los católicos de rogar á

Dios, como afirma San Pablo, por aquellos que nos gobiernan. Estos emplean el día y quizás la noche en vigilar por nuestra seguridad, por la observancia de las leyes y por la represión de los perturbadores: justo es que nosotros les correspondamos con amor y gratitud; justo que tomemos parte en sus prosperidades; más justo es aún que apreciemos sus vidas como las más necesarias é interesantes para el bien de nuestro suelo, rogando al Altísimo que las conserve por dilatados años.

Hé aquí, señores, cómo la razón y la Religión consagran unánimes vuestras demostraciones de respeto y amor hácia los superiores. ¡Ah! Mientras las relaciones sociales estén fundadas en la Religión y en el amor que ésta nos prescribe, la humanidad será feliz; los mandatarios serán padres de los pueblos, y éstos no verán en ellos más que unos padres amorosos, pues entónces todos vivirán sumisos al suave imperio de la Ley; todos vivirán con arreglo á la Religión, á la probidad y al honor; todos serán buenos, y siéndolo; como dice el divino Pablo, «no hay que temer á la autoridad, porque el que la ejerce no lleva ceñida la espada para el bueno, sino para el perverso.»

Permitidme ya que os dé gracias por haberme invitado á tomar una parte tan principal en estos nobles y religiosos sentimientos que tanto revelan vuestros corazones, y ya que me habeis dispensado este honor religioso, uniré mis oraciones á las vuestras, y las presentaré ante el acatamiento del Señor, para que, movido por nuestros ruegos, nos conceda la pronta salud del dignísimo presidente de esta Isla, para que bajo su administración paternal florezca la Religión, la paz, el comercio, la agricultura, las artes y cuanto pueda contribuir al lustre y gloria de esta ciudad, y al bien de todos y cada uno de sus habitantes; á quienes deseo paz y dicha en esta vida, gloria y coronas en la otra. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SERMON

PARA LA

SOLEMNE RENOVACION DE VOTOS

DE LAS

RELIGIOSAS URSULINAS.

Vovete et reddite Domino Deo vestro.

Haced votos y cumplidos al Señor Dios vuestro.

(Salmo LXXV, vers. 12.)

El sacrificio es el acto exterior más solemne que tiene la Religión. Consiste aquél esencialmente en tres partes principales, que son: la oblacion, la inmutacion y la consumcion de la hostia; su significacion es el pensamiento más grandioso que puede ocupar la mente del hombre, pues en él se protesta públicamente el supremo dominio del Criador sobre todos los séres visibles é invisibles, y la sujecion que debe profesarle toda criatura.

Otro pensamiento más bello y sublime apénas se encuentra en toda la série de las ideas humanas; y no es extraño, porque ésta debe su origen á la Divinidad, que inspiró al hombre la Religión y le enseñó en la revelacion cuál era el fin del sacrificio. La adoracion del Sér divino es el gran objeto de todas las oblaciones, de todas las postraciones, de todas y cada una de las ceremonias y de los ritos con que se ofrece al Señor el sacrificio.

Despues que el hombre ha pecado, el fin primario del sacrificio ha tenido que ir acompañado de otros fines, pues se ha debido postrar el hombre ante las sagradas

aras, ora para alabar á su Dios, ora para aplacarlo, y casi siempre para tenerlo propicio. De modo que el sacrificio, en su primer origen, ha sido puramente latrítico, es decir, sacrificio de adoracion, de alabanza, de bendicion, de accion de gracias al Supremo Hacedor y conservador de cuanto existe; porque el hombre en el estado de la inocencia no podia ofrecer al Señor otro género de sacrificio, teniendo la amistad de Dios, y no habiendo motivo de temer sus iras por estar en perfecta caridad: tan sólo en el estado de la naturaleza viciada pudiera el sacrificio ser expiatorio, porque la expiacion es el resultado del crimen.

Al plantear en la tierra su nueva ley Jesucristo, no sólo condenó los antiguos sacrificios del paganismo, como contrarios á la adoracion de la Divinidad, sino que anuló para siempre los holocaustos de la ley escrita, como que eran sombras que desaparecian por su propia virtud al salir el sol de la gracia. Jesucristo, para presentar al género humano el modo de adorar á su Eterno Padre en espíritu y verdad, instituyó un sacrificio purísimo y de infinita virtud y eficacia, que fué el de su Cuerpo y Sangre, inspirando á los hombres al propio tiempo la idea sublime de otro sacrificio espiritual y místico, por el que el hombre se inmolase á sí mismo en las aras del amor divino: y era de tan alta importancia este sacrificio, que Jesucristo lo erigió como el preliminar de cuanto queria enseñar á los hombres, y como el cimiento sobre que iba á fundar su sociedad santa. Este sacrificio está cifrado en la abnegacion que debe el hombre hacer de sí mismo, tomando la Cruz de Jesus y llevándola cada dia con Él, hasta que el alma llegue al monte del sacrificio y se mude en otro sér distinto del que era por la culpa, quedando toda conforme á su divino prototipo.

El Salvador no quedó defraudado en sus deseos, y los hombres correspondieron á sus divinas inspiraciones. El

Apostolado fué el primero que obedeció al llamamiento de Dios, y á su ejemplo muchos miles de almas se han ofrecido en holocausto de amor á su Criador. Sí: la vida del cristiano verdadero no es más que un sacrificio perenne que hace de sí mismo; sacrificio de su amor propio; sacrificio de los deseos mundanos; sacrificio de las malignas tendencias de la carne.

Voy, pues, á hablaros de este sacrificio místico, en que el hombre, sin reservar para sí nada de su compuesto, consagra al Sér divino el alma con todas sus potencias, el cuerpo con todas sus sensaciones. Habis hecho una vez este sacrificio pública y solemnemente, y hoy venís á ratificarlo en presencia del Señor; y yo, tomando á mi cargo las funciones de ministro de esta oblacion, os diré primero con el santo rey David; «Prometed al Señor y cumplid vuestros votos todos los que os presentais ante sus aras con dones y oblaciones.» *Vovete et reddite Domino*, etc. Y siendo esta renovacion una nueva consagracion que haceis de todo vuestro sér, ocuparé en segundo lugar vuestra atencion religiosa con la explicacion de esta verdad: «La profesion religiosa es un sacrificio místico con que se consagra el alma á su Dios.»

Pidamos la gracia por la poderosa mediacion de María Santísima, saludándola con el ángel.

AVE MARÍA.

Hay en la vida humana un dia solemne, en que el hombre es conducido á las puertas del santuario acompañado de sus deudos y amigos, y al llegar al sagrado dintel es detenido, sin permitirle dar un paso adelante, como á profano, como á indigno de tomar parte en las sagradas solemnidades; como á inmundo, á quien no es lícito acercarse á la mansion donde habita Dios, que es la pureza por esencia. Allí se arrodilla como un penitente; allí

llora como un desgraciado; allí pide una gracia, la gracia de la fé, la gracia de la vida eterna. Así postrado, sale á su encuentro el venerable ministro del templo, y dirigiendo sus oraciones al Sér divino, conminando con su virtud al enemigo, y encomiando en seguida las grandezas de los favores que se piden, la gratuita dignacion divina se dirige al suplicante y le manda que éntre en el santuario, para que empiece á tener parte con Cristo en la vida eterna. Este dia solemne es el del bautismo.

Quien medite sériamente en todas las palabras que en aquel acto solemne ha pronunciado, no podrá ménos de estremecerse en sus infidelidades al Señor. Antes de concedérsele al hombre la gracia que suplica, se le ha preguntado si renuncia á Satanás, y ha respondido afirmativamente; si detesta todas sus obras; si abomina todas sus pompas, y á todo ha respondido que sí; y apenas ha pronunciado estas palabras, es lavado de todas sus inmundicias, es revestido con la blanca estola de la inocencia, es agregado á los que tienen parte en la eterna salud y contado entre los hijos de Dios, y queda consagrado al servicio del Altísimo. Las consecuencias de esta solemne promesa que hace el hombre de renunciar á Satanás y á sus pompas, son de la más alta importancia. Vivir con arreglo á las máximas de la fé, no fijar su corazon en los bienes transitorios del mundo, sino esperar siempre en la retribucion eterna, amar á Dios con toda su alma, con todo su corazon y con todas sus fuerzas: hé aquí la pauta de los deberes que el hombre jura al pedir la gracia al Dios que gratuitamente lo redime de la esclavitud del pecado.

Si no observase estos deberes, será un perjuro, un apóstata y un criminal; la obligacion que ha contraído es de renunciar, no sólo con la lengua, sino con las obras; no con el sonido de los lábios, sino con la eficacia de los hechos, como dice el sublime Agustin. Es

este el primer sacrificio que hace el hombre de sí mismo, si acaso podemos decir justamente que hacemos un sacrificio, cuando renunciamos lo que nos es dañoso y perjudicial; y ciertamente, amados míos, el sacrificio ha de hacerse presentando á las aras una hostia pura, perfecta, y, como se explicaba el Profeta, hemos de ofrecer al Señor, no la víctima ruin y enflaquecida, sino la más luciente y perfecta. Cuando el hombre se presenta á las puertas del santuario por primera vez á pedir la regeneracion, se acerca cargado con la lepra del pecado; es una víctima inmunda; pero Dios derrama sobre ella las aguas de la gracia, y en un sentido lato podemos decir que el dia de nuestro bautismó es el dia en que nos ofrecimos á Dios en sacrificio, porque en él consagramos al Señor todas nuestras afecciones y renunciamos á todas las obras pecaminosas.

Mas, por lo que arroja de sí esta sucinta enumeracion de las gracias de la regeneracion, se advierte que al renunciar el hombre á las pompas y vanidades del mundo, tiene por mira principal su propio bienestar eterno. Promete el hombre no pertenecer á Satanás ni á sus obras; pero le queda siempre en todo vigor su voluntad, se le reservan los bienes temporales, se le conservan sus derechos, los derechos que Dios le diera al criarlo. Cuáles sean éstos, nos lo enseña el profeta Rey con estas palabras que dirige á Dios, admirándose de su dignacion hácia el hombre: «¿Quién es el hombre, le dice, que te acuerdas de él, ó el hijo del hombre, pues lo visitas? Poco menor lo hiciste que los ángeles; le coronaste de honor y de gloria, y lo constituiste sobre las obras de tus manos. Todas las cosas sujetaste debajo de sus piés, las bestias de la tierra y las aves del cielo.» Sí; cuando Dios cria al hombre le da el usufructo de todos los bienes terrenos, y al regenerarlo en la gracia primera, le quedan salvos todos los privilegios que se le concedieron en

la creacion. Rey de todos los séres animados y visibles, Dios no le quita el imperio que una vez le diera, y sólo añade á la púrpura la blanca túnica: aquélla es emblema de su dominio, ésta de su inocencia. Señor de sí mismo, le quedan incólumes sus derechos, y sólo se compromete á arreglar su voluntad y subordinarla á la divina. Con tal que camine el hombre por la senda marcada, tiene todavía accion para escoger lo que más le agrade para pasar esta vida, haciendo su voluntad en todo, y no debiendo dar cuenta de sus obras sino al Juez Supremo. No poniendo su corazon en las riquezas, ni poseyéndolas como un fin, sino como un medio, puede ser tan opulento como un Salomon y tan santo como un David; puede tambien usar de los placeres lícitos y honestos, dando á su cuerpo los regalos que le permite la ley de Dios.

Esta es, amadas hermanas, la vida del cristiano, comun y ordinaria: en ella es fácil salvarse, pero es difícil llegar á la virtud heroica, á la perfeccion sublime del Evangelio. Así respondió el Salvador al jóven que le preguntó sobre los medios de salvarse: «Si quieres, le dice, entrar en la vida, guarda los mandatos...; mas si quieres ser perfecto, ve y vende cuanto tienes y dalo á los pobres, y ven y sigueme.» En vano nos detendremos en buscar comentarios para estas palabras del Salvador, cuando Él mismo las ha expositado con su sabiduría divina. Para llegar á la perfeccion evangélica, es necesario hacer sacrificio de todo lo que encanta y deleita nuestro corazon. Hé aquí cómo el mismo Salvador nos lo enseña con este razonamiento admirable: «Yo vine, dice á sus discipulos, no á meter paz, sino espada, porque vine á separar al hombre contra su padre, y á la hija contra su madre, y á la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán sus propios deudos. El que ama á su padre ó madre más que á mí, no es digno de mí; el que ama á hijo ó hija más que á mí, no es digno de mí; y el

que no toma la cruz y me sigue, no es digno de mí.»

¡Ah! No podia darse en compendio una doctrina más amplia sobre la profesion de la vida religiosa, sobre el sacrificio que hemos de hacer al Señor consagrándole lo más precioso que tenemos. Si queremos buscar el origen de los Institutos religiosos, no vayamos á otra fuente que esta: los primeros hombres que en la ley evangélica han vivido en forma comun son los Apóstoles, y su pauta de vida fué la renuncia formal de cuanto tenian y de cuanto podian adquirir; despues de esta renuncia de los haberes mundanos, seguíase la renuncia de otro bien más grande y cuantioso, que era el de su propia voluntad, refundiéndola en la voluntad ajena, en lo que consiste la perfecta abnegacion. En conclusion: debia adoptarse la mortificacion del cuerpo, dominando sus apetitos, y sujetando sus pasiones, para que la carne no se rebelase contra el espíritu. Este grado de heroismo no lo prescribe el Evangelio sino á los que con toda constancia quieren caminar á la perfeccion: les exige sacrificios, pero sacrificios heroicos. ¿Y qué otra cosa es la profesion religiosa?

En este sacrificio nada se reserva el hombre para sí mismo, pues se entrega en un todo al Señor, prescindiendo de que los bienes mundanos son para él lo que eran para el divino Pablo: polvo y cieno. Si algo encuentra en ellos de útil para la vida, todo lo consagra por el voto de pobreza. Basta para el alma así consagrada tener lo que es estrictamente necesario para pasar la vida; un simple ropaje con que cubrir el cuerpo; un alimento parco con que sostenerlo; un lecho nada regalado en que descansar; en fin, más filósofo que Sócrates, que aborrecia las riquezas por ostentacion, podrá decir con el Apóstol: «Yo llevo sobre mí todas mis cosas.» *Omnia, mea mecum porto*; contentándose con aquello que tenga, sin apetecer otro bien que á Jesucristo.

¿Cuál no es el heroismo que hay que desarrollar para

vencerse á sí mismo, sujetándose para siempre á la voluntad ajena hasta en lo más mínimo? «En la renuncia de los bienes mundanos no hacemos, dice el Padre San Gregorio, más que dejar nuestras cosas; pero en la abnegacion de sí mismo dejamos nuestra propia voluntad lo que es un grado de perfeccion sublime.» ¡Ah! ¡Cuán bella y admirable es esta virtud! ¡Cuán grande es el mérito de ella! Cuando el hombre ha llegado al uso completo de su razon y tiene que sujetar esa misma razon, quizá llena de ilustracion y de saber profundos, y dotada de una prudencia consumada, á otra razon, en quien se reconoce la voz del superior, es decir, la voz divina, y á quien se debe obedecer ciegamente sin examinar las causas ó motivos que éste tiene para mandar ó inhibir; cuando, á pesar de tener luz suficiente para guiarse á sí mismo, se pone el hombre en manos ajenas, arrojándose en ellas ciegamente, como el tierno niño se arroja en los brazos de su madre; cuando esto hace el hombre, hace un acto de la más perfecta abnegacion. Y no hay que dudar ni por un momento que el Altísimo se complace en este sacrificio; pues más le agrada la obediencia ciega y pronta, que el sacrificio y las víctimas. No hay que dudar que es ésta la primera virtud de la perfeccion, pues Dios, siempre que ha querido poner á prueba el heroismo de sus siervos, se ha servido de la obediencia. ¡Ah! Por una desobediencia el padre de todos los hombres cayó de su alta y culminosa dignidad, así como por una pronta obediencia, llena de esperanza y de fé, fuera elevado el patriarca Abraham al sublime rango de ser el abuelo del Ungido y el padre de todos los creyentes.

Añadamos á estas dos palancas del edificio de la perfeccion, la tercera y la más celestial de las virtudes, la castidad, y el alma quedará inmolada en las aras del amor divino; pues por medio de esta virtud, todo el compuesto humano se espiritualiza en cierto modo, poseyen-

do en carne mortal la naturaleza angélica, y eliminando de nuestra alma toda afeccion á los placeres del sentido.

Este es el verdadero sacrificio místico que hace el hombre de sí mismo, y en cuya oblacion concurren todas las circunstancias del sacrificio real y físico. Hay desde luégo el ofrecimiento externo de cosas sensibles, pues la materia de este sacrificio es nuestro cuerpo, para ser macerado, y nuestra alma, para ser mortificada en sus pasiones. Se inmuta tambien en cierto modo la hostia, destruyéndose el hombre viejo, y formándose el nuevo, que fué criado en justicia y santidad. Existe tambien la confesion pública y solemne de la soberanía de Dios sobre todas las criaturas, pues á Él solo le consagramos cuanto somos y valemos. Y ¿no es esto lo que nos insinúa Jesucristo en sus admirables lecciones? «El que ama su alma, dice, el que ame á su alma en este mundo, la pierde; y el que la pierde en este mundo por amor mio y de mi Evangelio, la salva.» ¿No es esto lo que nos enseña con sus palabras y ejemplos el divino Apóstol de las gentes? «Yo estoy, dice, clavado con Cristo en la cruz; vivo yo, más no vivo yo, pues vive Cristo en mí; llevo en mi cuerpo todas las llagas de Jesus; llevamos siempre la mortificacion de Jesus en nuestros cuerpos, para que se manifieste de un modo sensible la vida de Jesus en nosotros.» Así se sacrificaba el Apóstol, corriendo presuroso por la vía de la perfeccion, y castigando su cuerpo, lo reducía á servidumbre, para ser hostia viva y agradable al Señor.

Nada hay tan grande á los ojos divinos como este sacrificio. Darse á Dios omnímodamente por medio de los tres votos que constituyen la perfeccion religiosa, es de tan alto mérito, que San Jerónimo, San Cipriano y San Bernardo llaman á esta oblacion solemne que hace el hombre, un segundo bautismo, y los teólogos piensan, con gran fundamento, que mediante este acto solemne de

que hacen profesion pública de perfeccion evangélica? ¿Cómo era posible que los mirase como á séres vituperables y degradados? Mas yo me equivoqué; porque precisamente por esto el mundo odia y detesta á las almas heroicas que lo conculcan á Él y desprecian sus locuras. Comprende el mundo, en medio de su corrupcion, que hay en este sacrificio algo de sublime, á donde no pueden llegar los hombres que se dejan guiar por la sola razon; y al ver el desprendimiento y la abnegacion de los que quieren seguir á Jesucristo en la vida perfecta, el mundo queda avergonzado y corrido, y para desahogarse pone en accion el único recurso que tienen los malos, que es el de perseguir á cuantos quieran vivir piadosamente en Cristo. Así lo enseñaba con su propia experiencia el divino Pablo: «Somos, dice á los Corintios, somos espectáculo á los hombres y al mundo... nos maldicen, y bendecimos; nos persiguen, y lo sufrimos; somos blasfemados, y rogamos; hemos llegado á ser como las basuras de este mundo, como la escoria de todos.» Y cuidado que este discípulo de la Cruz no hace más que explicar en cierto modo lo que de antemano habia dicho el mismo Jesus: «Sereis arrojados del mundo, decia éste á sus Apóstoles; os han de maldecir los hombres; os han de perseguir, y os han de echar en cara la vida que hagais: si á mí me han perseguido, tambien á vosotros os perseguirán, porque no es de mejor condicion el discípulo que el maestro.» Y cuidado, repito, que el que pronunciaba estas sentencias, que tan á la letra se han cumplido, era Aquel que descendió del cielo, habiéndose inmolado todo en las aras del amor, sujetando su voluntad á la voluntad de su Padre; las dijo el que observó una pobreza tan rígida, que ni tuvo dónde apoyar su cabeza al morir, ni dónde reclinar su cuerpo infantil al nacer; las dijo Aquel que vino á la tierra trayendo consigo la pureza como un germen celestial, de que iba á hacer donacion á los hombres,

para que fuesen éstos sumisos, abnegados, pobres, castos, como lo era el que tan heroicos ejemplos de vida daba al mundo, al paso que lo ilustraba con su presencia y su doctrina.

Sí; el inmolarse, como se sacrificó Jesucristo, es un sacrificio penoso, es un martirio continuado; pero entendamos que es un sacrificio de amor, un holocausto en que el alma se ofrece entera al Esposo celestial; y cuando el amor es el móvil de nuestras acciones, yo no sé cómo puede encontrarse el camino del cielo tan cuesta arriba, ni la abnegacion tan escabrosa, ni la pobreza tan repugnante, ni la pureza de costumbres tan difícil, porque el Señor nos dice que su yugo es suave y su carga es ligera. Pero preciso es decir, con el sublime Agustin, que este yugo es suave para el que ama, y duro para quien no ama: *Amanti suave est, non amanti durum est.* El mundo, que no ama sino sus vanidades y locuras, no puede apreciar justamente lo que vale este sacrificio; así es que, para él, las almas que lo desprecian por seguir á Jesucristo, son unos séres infamados que viven en la ilusion.

Mas ¡dichosas las almas que viven con estas ilusiones! ¡Dichosas las que, con el Santo rey David, «escogen vivir abyectas y desconocidas en la casa de Dios, antes que habitar en las moradas suntuosas de los pecadores!» Quisiera yo preguntaros á vosotros que vivís en el retiro y la soledad, cuánta es la alegría de que gozais lejos del mundo, cuánta la paz y la ventura que os rodean, y cuánto el gozo que teneis al ofrecer á Dios el sacrificio de vuestra alma y sus potencias, y de vuestros sentidos; quisiera hacerlo, y creo que todas me responderiais que si mil veces viniéseis al mundo, mil veces lo miraríais con desprecio; que si mil vidas tuviéseis, mil daríais, consagrándolas todas al Esposo celestial en las aras del amor.

Venid, pues, y llegaos al acatamiento del Señor: los

ángeles os miran, y tienen en sus manos los incensarios de oro para elevar en ellos el suavísimo timiama de vuestras oraciones y deseos hasta el trono del Altísimo. Pronunciad de nuevo aquellas palabras con que quedásteis de una vez consagradas al amor divino y desposadas con el Rey de la gloria; hablad, que apenas habreis otorgado vuestro consentimiento al divino desposorio, mil himnos de júbilo serán entonados por los coros celestiales, mil coronas se labrarán para colocarlas en vuestras sienes el día en que el amor paciente y atribulado con que nos unimos á Dios en la tierra, se conmute con aquel amor dichoso y feliz, que beatifica á las almas en el cielo, que deseo á todos. Amen.

DISCURSO FÚNEBRE

PREDICADO EN LAS

HONRAS QUE HACE ANUALMENTE LA GUARNICION MILITAR

DE LA HABANA.

Judas Machabeus duodecim millia drachmas argenti misit Jerosolymam offerri pro peccatis ortuorum sacrificium.

Judas Macabeo envió doce mil dracmas á Jerusalem para ofrecer un sacrificio por los pecados de los difuntos.

(MACHAB. II, cap. XII, vers. 43.)

Grandioso es el espectáculo donde campean á la par las glorias de la Religion y las de la guerra; y no pueden ménos de surgir ideas sublimes en el espíritu, cuando vemos que el héroe de cien combates, á cuyas plantas yacen tendidos miles de adversarios, se llega á las sagradas áras á rendir al Dios invisible homenajes de adoracion y gratitud, al paso que aquellos ojos que centelleaban entre los azares de la guerra, se humedecen con lágrimas de compasion hácia aquellos que sucumbieran en el ardor de la batalla. Sí: se cree vulgarmente que no pueden fraternizar el heroismo del soldado y la piedad religiosa, y ciertamente es este un error que sólo podrá nutrirse en el entendimiento ensimismado, mas no en aquellos que, como veloces águilas, dan rápidos vuelos por los fastos del mundo, y examinan con vista perspicaz los diferentes eventos de los siglos presentes y pa-

la profesion religiosa, se obtiene la remision de todos los pecados en cuanto á la culpa, y en cuanto á la pena, tanto eterna como temporal. En confirmacion de esta verdad, permitidme os repita lo que cuenta San Atanasio en la vida de San Antonio Abad: «Tuvo este gran Santo una vision, en la que veia que los ángeles lo subian al cielo; sobrevinieron en el mismo instante los espíritus infernales, y querian impedirle la subida, acusándolo de algunos pecados, que decian habia cometido en el siglo, y oyó que los ángeles lo defendian, respondiendo al enemigo estas palabras: «Si tienes algo de qué acusarlo despues» que es religioso, puedes hacerlo al punto; mas sabe que, »en cuanto á los pecados que pudo cometer en el siglo, »se le han perdonado, y nada debe por ellos, pues todos »le fueron completamente perdonados desde el momento »en que se consagró á Dios por los votos de la Religion.»

Grande es el mérito que tiene el que da una parte de sus bienes á los pobres, pues el profeta Daniel decia á Nabuco que redimiese sus pecados con limosnas; pero más grande es el mérito de abandonar de una vez toda la substancia terrena, distribuyéndola á los indigentes, y haciéndose pobre con Jesucristo. Si los mundanos, segun San Gregorio, al dar una partecita de sus bienes á los pobres, ofrecen á Dios un sacrificio agradable, los que renuncian enteramente á todo bien, hacen un holocausto, que es más excelente que el sacrificio. Y si la simple renuncia es de tanto mérito, ¿cuál no será el mérito que contrae el hombre al desprenderse de sus bienes temporales por el voto perpétuo de la pobreza, al consagrar su cuerpo por el de la castidad, al desposeerse de su propia voluntad por el voto de la obediencia?

Lo diré de una vez, para concluir: el sacrificio que hace el hombre al retirarse del mundo y ofrecer al Señor lo más precioso que tiene por medio de los tres votos, es tan grande y meritorio, como el ofrecerse á los tiranos

para ir al martirio; y, en efecto, dice el P. San Bernardo, la vida del claustro es un continuado martirio, pues aunque no tiene todo lo horrible y atroz de los tormentos, no deja de ser bastante doloroso por la larga duracion de las penitencias, de las humillaciones y del rigor continuo. El que sufrian los primeros cristianos era martirio de un dia, de un mes quizás, ó de un año, y las más veces estaba reducido á un sólo golpe de la espada sanguinaria: mas el martirio á que se ofrece el alma por medio de los tres votos, es un padecimiento cotidiano, que se renueva sin cesar, ora por la depresion de nuestro orgullo, ora por el anonadamiento de nuestra propia voluntad y razon; de modo que el hombre, sacrificado de este modo, puede decir con David: «Por amor tuyo, ¡oh Dios! somos entregados á muerte cada dia; somos reputados como ovejas destinadas á perecer.»

¡Ah! Mayor correspondencia que esta no se puede tener al amor infinito de nuestro Dios. El sacrificarse al Señor en el martirio, y el sacrificarse ante las sagradas aras renunciando para siempre al mundo con sus vanidades, á sí mismo, á su amor propio, á su voluntad y á los halagos del sentido, son los dos actos más heróicos del amor de la criatura hácia su criador, porque en ellos paga el hombre cuanto puede, atendida su limitacion, devolviendo al amor infinito otro amor, que, si no puede igualársele en los grados, no puede pasar más allá, pues en sólo acto da la criatura cuanto tiene y puede poseer: da su cuerpo, da su alma, da sus sentidos, da sus potencias, da su vida; y claro está que «ninguno tiene mayor amor que este, que es poner su alma por sus amigos,» como enseña el mismo Jesucristo.

Si el mundo comprendiese lo sublime de esta filosofia celestial; si pudiese apreciar en su justo valor el relevante mérito de una alma que vive toda consagrada á su Dios, ¿cómo era posible que arrojase de su seno á los

SERMON MORAL

SOBRE

LA VANA CURIOSIDAD.

(PARA LA DOMINICA TERCERA DE ADVIENTO.)

Tu quis es? ¿Quién eres tú?

(JOANN., cap. 1, vers. 19.)

La aparición del Bautista en la Judea fué uno de los acontecimientos religiosos de mayor importancia en el pueblo hebreo. Hacía sobre veinte siglos que Dios iba preparando á los hombres para recibir al Mesías, y este pueblo era el único depositario de las promesas del cielo, y aquel á quien formalmente habia jurado Dios que saldría de su seno el Deseado de los hombres; para radicar y consolidar esta creencia en los hijos de Abraham, envió Dios de tiempo en tiempo Profetas, llenos de ciencia y de virtud, los que sin ocultarse unos á otros, y existiendo en diferentes épocas, iban transmitiendo de generación en generación los mismos dogmas, anunciando los mismos vaticinios, y corroborando la misma verdad. La venida del Mesías tendria lugar en un tiempo en que, destruido el trono de Israel, pasaria la dominacion temporal á pueblos extranjeros, como lo habian vaticinado Daniel y otros Profetas. Y, en efecto, el heróico pueblo judáico, despues de haber sacudido el yugo de los asirios y de los griegos, rompió la paz y alianza que los Macabeos formáran con los romanos, y la Palestina con

sus habitantes fué reducida á ser una provincia del imperio de Roma; y en confirmacion de esta verdad, San Lucas hace la descripcion de la venida del Bautista, poniendo las tetarquías ó reinos pequeños en que estaba dividido el cetro de Judá, empuñado por hombres idólatras é incircuncisos, y presidida la Santa Jerusalem por un magistrado romano. Habian además pasado algunas generaciones sin que hubiese resonado en las montañas de Judea la voz de los Profetas. Hubo sacerdotes santos, levitas virtuosos, hombres que dieron sus vidas por defender la ley del Señor; pero habian cesado los oráculos animados, esperando todos al gran Profeta en quien habian de cumplirse los vaticinios, y que sería el Redentor y Salvador de Israel.

Se dejó, por fin, ver uno tan austero como los Elías, tan justo como los Jeremías, y que reunia en sí circunstancias maravillosas, que excitaron en su nacimiento los rumores más característicos de su eleccion á alguna mision extraordinaria. La penitencia que predicaba, la doctrina que enseñaba, los discípulos que reunia, el bautismo que administraba, llamaron la atencion del Concilio y de los Pontífices; y para cerciorarse de cuál era su mision, le envian una solemne diputacion, con el único objeto de preguntarle quién era. *Tu quis es?* Al ver una embajada compuesta de los sábios judíos, de aquellos que explicaban las Escrituras y debian instruir al pueblo en cumplimiento de su deber, pensará cualquiera que estos hombres pretendian instruirse ó certificarse de que habia venido su reparador para obedecer á sus mandatos, venerar su doctrina y su persona, y someterse en todo á su voluntad, y ciertamente no fué así. Un deseo vano de saber quién era aquel hombre, una curiosidad de investigar su doctrina, hé aquí los motivos que inducen al concilio á preguntar á Juan quién era. *Tu quis es?* Curiosidad vana, pues les dijo que no era ni Elías ni el

Cristo, y le creyeron; les anunció que habia estado en medio de ellos uno que vendría despues de él, y que existia desde la eternidad; uno cuya sandalia no era digno de desatar; uno, por fin, que era el Cristo, el Mesías, y no le dieron asenso. Vana curiosidad, pues este Cristo apareció á poco, obrando prodigios nunca oidos, enseñando una doctrina celestial, venerado por el pueblo como el unguido del Señor, ensalzado con los testimonios dados por el cielo de su divinidad; testimonios que ellos mismos oyeran con sus propios oidos y vieran con sus ojos, y con todo no creyeron en él.

Cuán funestas consecuencias acarrese á los judíos esta vana curiosidad, es un asunto digno de nuestra consideracion; únicamente ocupados en la llegada de su Mesías, á quien hacian su Rey y su Libertador, sin atender á las profecías que lo pintaban pacífico y humilde, y estando cumplidos los tiempos señalados por Daniel para su aparicion, se creian autorizados para examinar la vida y acciones de todos los hombres, con el fin de saber si alguno se encontraba revestido de los caracteres que ellos se imaginaban; al mismo tiempo, abandonado por una gran parte el estudio de la ley, se encontraban en sus manos los libros de los filósofos gentiles, cuya lectura curiosa introdujo tanta division, que habia sectas que negaban la resurreccion y las recompensas de la otra vida. ¿Y cuáles fueron las consecuencias de esta vana curiosidad? Perder su dominacion, aborrecerse mutuamente y quedar destruidos; la triste situacion del pueblo hebreo en tales circunstancias es una imágen de la del pueblo cristiano en nuestros tiempos; y así, para aviso de los que me oyen, voy á exponer los efectos deplorables de la vana curiosidad. Imploramos la gracia, etc.

AVE MARÍA.

Como si los hombres no tuvieran asunto alguno de importancia; como si Dios los hubiera puesto en el mundo para llevar una vida ociosa y disipada, no se les ve á muchos en estos tiempos ocupados sino en cosas frívolas y de ninguna consecuencia. ¡Y pluguiese al cielo que las tareas humanas no pasasen de frivolidad y de cosas indiferentes! Mas, por desgracia, no parece sino que la única ocupacion de nuestros dias consiste en saber lo que pasa, en indagar novedades, en buscar noticias de vidas ajenas. «No de otro modo vivian los atenienses, nos dice San Lúcas, cuando llegó San Pablo á su Areópago; eran, dice este sagrado historiador, hombres que no se ocupaban sino en decir y oír cosas nuevas:» *ad nihil aliud vacabant, nisi aut dicere, aut audire aliquid novi* (*Act.*, xvii); ocupacion propia de hombres noveleros, de hombres de poca religion, ó de hombres que, si alguna tienen, no piensan con seriedad en los deberes que ésta impone; así es que advertimos en nuestros dias una indiferencia espantosa en llenar las obligaciones respectivas á cada uno, no porque la Religion se haya mudado, pues es inmutable; no por su Autor divino, sino porque los hombres han abandonado las doctrinas sanas y verdaderas, y, como anunciaba San Pablo, apartando el oído de la verdad, se han dedicado exclusivamente á cosas nuevas, á cuentos y noticias desgraciadamente ridículas y extravagantes, y una consecuencia inmediata de este trastorno es que tan volubles se han vuelto los hombres en los principios sociales como en los religiosos, y tan inconsecuentes son en los unos como en los otros. Y, en efecto, hoy dia, como en todos tiempos, se hallan separados los pueblos en cuanto á religion: unos seguimos la verdadera, otros han adoptado sectas falsas; pero en cuanto á la moral, en cuanto á la conducta de los unos y de los otros, ¿no es verdad que la distincion apenas pasa de ser puramente de nombre? Desgraciadamente así

es, y la causa no la busquemos sino en nosotros mismos; la causa es esa vana curiosidad con que está animado todo el género humano; pues todo él, como el pueblo ateniense, parece no tiene otro empleo que buscar y saber cosas nuevas. De aquí es que se ha enfriado en nuestros tiempos la caridad, este amor fraternal que vincula á los mortales; de aquí es que apenas hay almas verdaderamente virtuosas; hé aquí los efectos funestos de la curiosidad vana. Estadme atentos.

Sí: la vana curiosidad destruye el amor fraternal; y en prueba de ello, examinad las obligaciones que impone el amor al prójimo: no se le ha de amar simplemente, sino que hemos de profesar hácia él el mismo amor que hácia nosotros mismos. Discurrámos por todos los seres visibles: ¿hay acaso alguno que sea más amado que nosotros mismos? Ama tiernamente el padre á sus hijos; ama la madre á los que son parte de sus entrañas con un amor el más grande que quepa en una criatura para con otra; amor justo, amor racional, amor que dicta la razon humana y la ley divina, y con el mismo amor deben ser ellas correspondidas por sus hijos; y, sin embargo, por grande y excesivo que sea, nunca llegará á igualar el amor que cada uno tiene á sí mismo, y este amor propio nos obliga á conservar nuestra existencia, nuestro honor y nuestra fama. ¡Cuidado con insultar á este amor propio! Tema el que se atreva á atentar contra nuestra vida ó nuestra reputacion, pues luégo es tenido por un enemigo. ¡Oh! ¡Qué cautos somos, áun tratando con los amigos más íntimos! ¡Qué prudentes para no descubrir nuestros pecados! ¡Qué advertidos para no manifestar nuestros defectos y áun las faltas pequeñas! ¿No es verdad cuanto digo? Sí, y apelo al testimonio que da á cada uno su corazon. Luego si tanto ocultamos nuestro modo de vivir sólo por el amor que nos tenemos, y si este mismo amor hemos de tener al prójimo, ¿qué derecho alegare-

mos para ingerirnos en indagar su conducta, en investigar sus acciones y en examinar su vida? ¿Lo encontramos en el Evangelio, que es la norma de las costumbres? No: sólo nuestra propia malignidad es la que los impele; sólo la corrupcion de las costumbres puede autorizarlo, y sólo la ceguedad del siglo en que vivimos puede permanecer insensible é irreflexiva en una materia que tiene tan íntima relacion con la conservacion de los vínculos sociales y religiosos.

Preciso es decirlo, para vindicar desde este lugar los derechos del Evangelio, tan altamente ultrajados: la sociedad humana se gloria de haber llegado al apogeo de su ilustracion: hoy son los hombres religiosos por principios; hoy cada uno tiene garantizados sus derechos, se respetan sus propiedades, su persona es invulnerable, el trato social es cordial, sincero; ¿quién lo negará, sin incurrir en la nota de ignorante y de poco versado en los suaves modales del siglo XIX? Así lo oimos decir á cada paso; así lo leemos en los innumerables periódicos que ven la luz pública; pero ¡ay! todas estas son voces sonoras, razones especiosas, que desaparecen como el humo, y yo publico, sin temor de ser desmentido, que todo es engaño, mentira, falsedad, error y charlatanismo de los hombres frívolos de nuestra edad. El alma de la sociedad, el pábulo de las reuniones, no es otro que la investigacion de la vida del prójimo. Se inquiere su procedencia, se examina su conducta, se ventila su modo de vivir, y como si cada hombre fuese un juez, se pesan en la balanza de la razon las causas y los motivos que cada uno tiene para hacer ú omitir tales y cuales acciones. Entrad por un momento en una reunion; fijad vuestra atencion en cuanto hay en vuestro derredor: vereis personas compuestas y adornadas, personas de modales cultos, de conversacion ilustrada, de exterior halagüeño; todo es dulzura, todo atrae, todo encanta; pero pasada

la primera salutación, la escena toma otro aspecto: se preguntan las novedades, se habla de sujetos ausentes, se alaba alguna cualidad en alguno, se empieza la conversacion sobre otro, y á las tres palabras se entabla la crítica más severa; no basta hablar de los acontecimientos públicos y notorios, y la curiosidad no se satisface si no entra en los pormenores de la vida privada de cada uno; los muros más impenetrables, los más ocultos retretes no impiden la entrada á la curiosidad maligna; á fuerza de preguntas, impertinentes en sí, pero disculpadas por la moda de saber vidas ajenas, se llega á saber por qué en aquella familia tuvo un disgusto el esposo con su consorte, por qué aquel jóven abandonó la casa de su padre, por qué aquella que no posee recursos ni tiene posibilidades se presenta con trajes costosos; son examinados los enlaces, la conducta que les precedió, si serán felices, si serán desgraciados; en fin, todos los vivientes conocidos son juzgados, examinados, aprobados ó condenados: el magistrado incurre en la nota de parcial; el sacerdote en la de poco instruido, poco celoso é indiferente; el padre de familias es censurado por su negligencia, la madre por su lujo, las hijas por su disipacion; al pobre se le trata de holgazan, al rico de avaro y usurero. ¡Ah! ¿Quién está exento de la curiosidad maligna y de la crítica perversa de nuestra sociedad elegante?

Mas no he dicho nada: salid de esa reunion donde habeis oido tantas nuevas, donde nadie ha quedado con fama, donde ha naufragado el honor y reputacion de aquella jóven que tuvo una sola ligera imprudencia; id por las calles, entrad en los corrillos: tan pronto oireis hablar de la Religion y de sus ministros, tan pronto de nuevos sistemas y de reformas; aquí los gobiernos son sábios y acertados, allá son estúpidos y arbitrarios; en un momento caen unos, se forman partidos, se levantan banderas, se dan batallas, se consiguen victorias, se de-

cide de la suerte de los imperios y de las repúblicas, y todo se arregla según las ideas de los curiosos investigadores; en otra parte no se habla sino de las modas más recientes, de los trajes más costosos, de los muebles de más gusto; con dificultad oireis hablar una sola vez del modo de educar á los hijos santamente, de los medios de cortar los progresos de la inmoralidad, de los deberes que manda la Religión, de la obligación de frecuentar los Sacramentos en los padres y madres, para que lo hagan sus hijos, con otras tantas cosas que fueran dignas de nuestras investigaciones. No es esto todo aún: á medida que salís de los salones donde habeis oído tanta crítica, empieza la vuestra propia; si habeis callado, se dice que tenéis motivos para ello, y luego se da una larga relación de cuanto ha pasado en vuestra vida; los errores de la mocedad, los efectos de las primeras pasiones no son excusados ni por vuestro arrepentimiento ni por vuestra probidad: si habeis hablado en defensa de los ultrajados por la mordacidad, se os trata de hombre tímido y cobarde, y de defensor de los malos; si habeis ayudado á murmurar, se os trata de atrevido, de hombre de mal corazón, de...; pero ¿quién entenderá el inextricable laberinto en que se halla envuelta la generación actual, dedicada exclusivamente á saber cosas nuevas? ¡Y se dirá que los derechos humanos están afirmados y garantizados! Pero estos derechos yo los encuentro sancionados en la Religión, y ésta manda á los hombres el espíritu de caridad, de fraternidad, de justicia é igualdad moral, preceptos infringidos por los hombres, sí, y lo probaré en dos palabras: el hombre tiene dos vidas, una natural, otra moral; de aquélla es dueño absoluto el criador y conservador de la naturaleza, la da y la quita según le agrada, él mortifica y vivifica, él abre los sepulcros y los vuelve á cerrar; y aunque el bien más precioso es éste, pero nada vale sin la vida moral, es decir, sin la vida privada de

honor y de reputación; porque mejor es morir que vivir sin fama, y á esto tiene derecho todo ser racional. ¡Oh derecho inalienable, imprescriptible y sacrosanto del hombre! Ya no existes, pues has sido víctima de la vana curiosidad; á fuerza de inquirir la vida ajena, se revelan los secretos más profundos, sucediendo á menudo que, comunicadas las cosas en secreto, van propagándose de boca en boca, y el que á la faz del público parece hombre de bien y honrado, es tenido en secreto por sujeto vil y despreciable: ¿no es así, amados míos? Yo quisiera pasar de este lugar sagrado á esos tribunales de la Religión, y preguntaros á cada uno, y todos me diríais sin discrepar: «Verdad es, verdad es.» ¿Es esto acaso conforme á las leyes de caridad prescritas por el Evangelio? ¿Es esto respetar los derechos que tiene cada uno? Los hombres que no tienen más profesión que la de saber novedades, ¿son tan religiosos como decantan los autores modernos, los panegiristas del siglo de la razón? El trato de la sociedad, ¿es tan cordial y sincero como se pinta? ¡Ah! Una experiencia fatal nos enseña lo contrario.

Las amistades verdaderas son tan raras, que apenas habrá hoy, no diré los Jonatases y Davides, pero ni áun los que nos describe el poeta en su *Eneida*; estando fundada la amistad verdadera en la caridad, si ésta falta, necesariamente se ha de destruir aquélla; por todas partes encontramos amigos multiplicados, cuando el espíritu divino nos enseña que pongamos la confianza en un buen amigo, cuando la misma filosofía pagana nos prescribe que los amigos han de ser pocos y escogidos. Sí; las amistades son muchas, porque son falsas; ántes de entrar en relaciones con alguno, la prudencia dicta que sea conocido; pero la malignidad no cesa de investigar sus acciones, de escudriñar sus pensamientos, de seguir sus pasos, y el término de estas investigaciones es la

desconfianza, por haber llegado á saber una ligera falta ó un pequeño descuido, y mediando á las veces los ofrecimientos más expresivos en lo exterior, hay en lo interior un corazón lleno de odio, de rencor, de pique, de envidia, de simulacion, de dolo, de emulacion y de menosprecio. ¡Oh pensamiento detestable! exclama el *Eclesiástico* (cap. xxxiii, vers. 1) al considerar esta verdad: ¿de dónde has salido para cubrir la tierra con tu perfidia y tu malicia? Las amistades se pierden á cada paso, las familias se encuentran desunidas y en facciones; los que ántes se protestaban un amor eterno, luego desenvainan los puñales; ¿y por qué? dice el Espíritu Santo (*Proverb.*, xxvi, 20): porque así como la leña da pábulo al fuego, así los que propagan novedades sobre la vida ajena dan incremento á la discordia, porque las palabras de los investigadores son simples al parecer, pero, semejantes á las saetas, penetran hasta el fondo del corazón.

Hé aquí destruido, no sólo aquel amor que debe estrechar á todos los hombres como á hijos de un mismo Padre celestial, sino aquel especial que une, enlaza, identifica y auna dos corazones, y aquel, por fin, que inspira compasion y ternura hácia el hermano desgraciado. ¡Funesta curiosidad! Manda el espíritu divino que cuidemos de nuestros hermanos, y en vez de emplear hácia él nuestros caritativos desvelos, sólo ponemos en juego nuestra malignidad, quedando insensibles en sus infortunios: *Mandavit unicuique de proximo suo.* (Salmo xvii.) Vuestra curiosidad os ha hecho saber que aquel padre honrado no tiene pan que dar á sus hijos, que aquella madre cuidadosa ha caido enferma, y que sus hijas, privadas de lo necesario, se alimentan con pan de lágrimas, y no les procuráis el más mínimo alivio; sabéis que vuestro amigo, vuestro compañero, anda por caminos tortuosos, que frecuenta malas compañías, que su alma se pierde, y no le dais un consejo: *Mandavit, etc.*

Oís que aquella familia se abrasa en el fuego de la discordia, y tan apáticos y crueles como otro Neron en el incendio de Roma, no sólo no pensáis en apagarlo, sino que acaso os alegráis. Este es el resultado de las investigaciones curiosas; nada se ignora de cuanto pasa en la sociedad; no hay miseria que no llegue á los oídos de todos, y al fin concluyen las conversaciones con una respuesta revoltosa como la de Cain: ¿qué me importa á mí que aquél se muera de hambre? ¿Qué me hace que se extravie? *Nunquid custos fratris mei sum ego?* (*Gen.*, iv.) Luego ¿por qué observais sus pasos? ¿Por qué investigáis sus acciones? Luego sois como los fariseos del Evangelio, que no enviaban sus emisarios al Bautista sino por saber de su conducta, por criticar sus acciones, sin que los animase el más pequeño deseo de respetar su mision, de observar su doctrina ó de creer á sus palabras. Luego no teneis caridad; y, en efecto, así es, amados míos: la vana curiosidad ha destruido este amor divino, que debia abrasar los corazones de los hombres y unirlos entre sí; efecto funesto, pero no es el solo que sea hijo de la vana curiosidad, sino que hay otro aún más deplorable, pues se ha propagado por toda la tierra, y con la furia de una lava volcanizada la ha aniquilado, destruyendo casi en todos los hombres la verdadera Religion y piedad.

Sí; dije que la curiosidad vana es la causa de que haya tan pocas almas verdaderamente religiosas, y voy á probarlo con brevedad; y aquí ¡oh mi Dios! no la lengua, sino las lágrimas debian hablar. Yo quisiera pedir al Señor, con Jeremías, que mis ojos fuesen dos torrentes para llorar dia y noche sobre la desgracia del pueblo católico, de este pueblo que ha abandonado su fé y su moral por ser demasiado curioso. No es esto una paradoja, amados oyentes, no; el dogma y la moral van desapareciendo por la vana curiosidad á que se han entregado los hombres.

ángeles os miran, y tienen en sus manos los incensarios de oro para elevar en ellos el suavísimo timiama de vuestras oraciones y deseos hasta el trono del Altísimo. Pronunciad de nuevo aquellas palabras con que quedásteis de una vez consagradas al amor divino y desposadas con el Rey de la gloria; hablad, que apenas habreis otorgado vuestro consentimiento al divino desposorio, mil himnos de júbilo serán entonados por los coros celestiales, mil coronas se labrarán para colocarlas en vuestras sienes el día en que el amor paciente y atribulado con que nos unimos á Dios en la tierra, se conmute con aquel amor dichoso y feliz, que beatifica á las almas en el cielo, que deseo á todos. Amen.

DISCURSO FÚNEBRE

PREDICADO EN LAS

HONRAS QUE HACE ANUALMENTE LA GUARNICION MILITAR

DE LA HABANA.

Judas Machabeus duodecim millia drachmas argenti misit Jerosolymam offerri pro peccatis ortuorum sacrificium.

Judas Macabeo envió doce mil dracmas á Jerusalem para ofrecer un sacrificio por los pecados de los difuntos.

(MACHAB. II, cap. XII, vers. 43.)

Grandioso es el espectáculo donde campean á la par las glorias de la Religion y las de la guerra; y no pueden ménos de surgir ideas sublimes en el espíritu, cuando vemos que el héroe de cien combates, á cuyas plantas yacen tendidos miles de adversarios, se llega á las sagradas áras á rendir al Dios invisible homenajes de adoracion y gratitud, al paso que aquellos ojos que centelleaban entre los azares de la guerra, se humedecen con lágrimas de compasion hácia aquellos que sucumbieran en el ardor de la batalla. Sí: se cree vulgarmente que no pueden fraternizar el heroismo del soldado y la piedad religiosa, y ciertamente es este un error que sólo podrá nutrirse en el entendimiento ensimismado, mas no en aquellos que, como veloces águilas, dan rápidos vuelos por los fastos del mundo, y examinan con vista perspicaz los diferentes eventos de los siglos presentes y pa-

sados. Veamos lo que ocurrió hace más de dos mil años. Los sucesores del gran Alejandro forman ligas para aniquilar el cetro de Israel; atacada la Religión é independencia de este pueblo, un noble entusiasmo prende cual chispa eléctrica en todos sus moradores; aparecen capitanes ilustres y guerreros denodados, que, conducidos por un hábil general al campo del honor, pelean por sus vidas, por sus leyes y por su templo, midiendo su brazo contra una muchedumbre audaz y orgullosa. Más de ciento veinte mil enemigos aniquilados; más de treinta batallas ganadas; más de veinte generales vencidos y derrotados; ciudades tomadas; provincias subyugadas; reinos conquistados; riquísimos botines adquiridos; cetros, coronas y mantos purpúreos recogidos en las refriegas, no enorgullecen el ánimo del gran héroe de tanta hazaña consumada. Aquel espíritu, siempre fogoso como el leon en el fragor estrepitoso de las armas, tiene toda la mansedumbre del cordero, y despues de haber amontonado los cadáveres de reyes, de príncipes, de generales, de soldados y de la plebe enemiga; despues de haberse paseado intrépido entre máquinas, aríetes, espadas, lanzas, elefantes, caballos y carros acerados, arrollando á cuantos le disputaban el terreno, vuelve su vista al santo templo, entona himnos de accion de gracias al Sér divino, al Dios de las victorias, y como amigo tierno que jamás se olvida de los compañeros de sus glorias, ofrece en el altar purísimos timiomas, sacrificios de expiacion, para mover á piedad el corazon divino á favor de aquellos que murieron con gloria defendiendo sus creencias y su pátria: era este héroe Judas Macabeo: *Judas duodecim millia drachmas argenti*, etc., etc.

Para presentar esta verdad en un gran cuadro, no necesitamos más que registrar los anales de cada siglo y nacion, y encontraremos que hasta los campamentos militares de Roma idólatra tenian sus altares y sus sacrifi-

cadores. Mas no; no quiera el cielo que figure la mentira junto á la verdad; el Cristianismo nos evidencia que el valor más heróico es hijo de la piedad religiosa, y conserva, áun en este siglo de decadencia, ejércitos aguerridos, que no tremolan sus estandartes marciales sino al lado de la bandera de la Cruz, que no llevan otro lema que morir por su Religión y su Pátria, que unen, por fin, el valor de los Escipiones y Anibales con la piedad de los Luises y Fernandos: vosotros sois la prueba sensible de esta verdad, pues os encontrais hoy en este sagrado recinto animados de los mismos sentimientos del Macabeo, sin dejar de tener parte en mil combates gloriosos en que la Iberia, cuyos hijos sois, humillára el orgulloso poderío de cien naciones que intentaron destruirla.

Habeis venido al templo santo á derramar una lágrima de piedad hácia vuestros hermanos finados; habeis venido á extender vuestra mano generosa hácia las sagradas aras, ofreciendo en ellas al Eterno un sacrificio augusto en santa expiacion por las almas heróicas que pasaron al gremio de la eternidad, selladas con la sangre de Jesus, despues de haber sostenido con las armas la Religión y la Pátria, que Dios les hubiera dado. Justo es, pues, que sea yo el intérprete de los nobles y religiosos sentimientos de vuestro corazon, manifestando vuestra creencia en un dogma sagrado, que nos revela la justicia y santidad del Sér divino que adoramos.

Para conseguir este objeto y obtener cuanto ántes la libertad de las almas detenidas en los fuegos purificantes, oremos con humildad, saludando á María con las palabras del ángel.

AVE MARÍA.

Por corrompida que se halle la sociedad; por irreligiosos que sean los pueblos y naciones, hay en el fondo

de la humanidad una creencia profundamente arraigada, que rechaza con desden todo error sobre la divinidad. Se encuentran sociedades salvajes; existen pueblos civilizados; aquéllos no disfrutaban de los encantos de nuestra civilización, ni conocen toda la grandeza humana; éstos abusan de la abundancia de sus conocimientos, y miran con indiferencia las antiguas prácticas religiosas; pero unos y otros, á pesar de las pasiones que dominan en cada cuál, tienen una idea indeleble en su espíritu, la cual no es posible ahogar, ni entre las brutalidades de las selvas, ni entre el bullicio de las ciudades populosas: esta idea es la que nos dice que existe un Dios, que esencialmente posee todas las perfecciones; un Dios, que dejaría de serlo si no fuese justo y santo; es decir, que siendo la noción de la justicia la primera de las verdades prácticas que se presenta al entendimiento humano, tiene el hombre grabado en su alma el importante dogma de las penas y recompensas de la otra vida, como justa retribución de sus obras; es decir, que siendo Dios esencialmente santo, la luz natural predica al hombre que no puede tener amistad con este Sér divino si no conforma sus acciones con las ideas de Dios; estos principios están hondamente radicados en la masa de la humana descendencia, y son el cimiento que sostiene el gran edificio social, contra el cual nada puede la cavilosa razón. No nos engañemos; por mucho que se embrutezca el hombre en su ignorancia; por mucho que se degrade en su falsa ilustración, no puede prescindir de aquellos dotes espirituales de su alma, sensibilizados en cierto modo en su figura exterior, la cual, como afirma un sábio del paganismo, le fuera dada por Dios para que se elevase hasta el cielo.

Sin detenernos á explicar las consecuencias de estos dogmas, relativamente á la influencia que tienen en las acciones del hombre, elevémonos hasta la Divinidad

misma, alcemos el velo que los encubre en su santuario. ¡Oh, qué hermosura! Sentada en un trono de gloria más esplendente y puro que mil soles, examina con ojo perspicaz la conducta de cada uno de nosotros, y está esperando la conclusión de nuestra peregrinación para hacernos partícipes de la gloria que Él tiene por esencia. ¿Podrá pasar del vestibulo celestial aquel que no esté proporcionalmente tan puro como el Dios á quien va á ver y gozar? No. ¿Podrá Dios admitirlo en su alcázar, si no se presenta con todas las galas dignas de tan excelso Soberano? No; porque Dios faltaría entónces á lo que exige su justicia y su santidad. Cuando el hombre se arrojó por su voluntad propia en el camino de la maldad, atacó directamente la justicia y santidad de Dios, granjeándose, con esta ofensa al Eterno, un castigo sin fin, para cuyo perdón fuera necesaria la sangre del Verbo divino; con ella queda lavado el hombre criminal y satisfecha la justicia de Dios; pero es necesario algo más para que el pecador, santificado con la sangre del Cordero, tenga parte en las eternas delicias. Dios ha decretado que no ponga el pié en su gloria el que se halle manchado; Dios por su bondad quiso perdonar al hombre la culpa y pena eterna por los méritos de su Hijo; pero al mismo tiempo decretó que esta pena eterna fuese conmutada en otra temporal, como lo exigía su justicia; el hombre, que no podía presentar una moneda bastante rica para comprar el paraíso perdido, debía, al ménos, cooperar con sus obras al logro de esta posesión, conservando la inocencia y santidad que se le dieran en la regeneración del bautismo, ó sustituyéndola con la penitencia, si alguna vez la llegó á perder. Hé aquí la economía de los decretos divinos, armonizando admirablemente con sus atributos esenciales de santidad y justicia; para entrar en la gloria es necesaria la ropa de la inocencia, en la cual no aparezca ni la más pequeña mancha: *Non intrabit aliquid coinquinatum.*

Si el hombre no ha satisfecho en la presente vida la parte que le correspondia con arreglo á la justicia de Dios; si no tiene aquella pureza y santidad que corresponden al que va á entrar en la mansion divina, las puertas del cielo no pueden franqueársele. La razon misma nos insinúa esta verdad; luégo que un príncipe del mundo eleva á un vasallo de clase pobre á su privanza, es indispensable que haya en el agraciado una transformacion; luego son eliminados los vestidos plebeyos, desaparecen los modales populares, sucediéndoles la finura de los palacios y el lujo de la córte. ¿Cuánto más necesaria sería la mutacion si el favorecido fuera un hijo del mismo soberano, que, arrastrado por el vértigo de las pasiones juveniles, hubiese abandonado los dorados salones del alcázar paterno por la mísera habitacion de una meretriz, en la que viviera hasta el momento en que reconoció sus yerros y obtuvo perdon de sus faltas? El corazon, ántes degradado, debe desprenderse de los sentimientos que lo arrastráran al envilecimiento, y revestirse de otros nobles y sublimes que lo hagan digno de la majestad real; porque no sentaria bien que un ánimo abyecto se pusiese al frente de empresas generosas; no sería justo que al lado de un monarca vestido de púrpura y brocado se colocase un príncipe cubierto de harapos: tanto exigen el honor de los pueblos, la grandeza del sólio imperial y la idea grande que tienen las naciones del trono de sus Reyes.

Raciocinemos, pues: cuando el hombre ha sido regenerado en las aguas del bautismo, es un príncipe con derechos al reino celestial; y mientras conserve la blancura de la inocencia, puede llamarse hijo adoptivo de la Divinidad, y coheredero del mismo Hijo natural de Dios; mas cuando voluntariamente rompe con su Padre celestial, quebrantando sus preceptos, hace renuncia de sus derechos. ¿Será admitido de nuevo á los goces de su soberanía

sin haberse purificado? ¿Podrá llenar cuanto exigen la justicia y santidad divinas que ha despreciado con corazon aleve? Cierto es que el amor divino, apoderándose del alma pecadora, puede excitar en ella tan activos ardores, que reduzcan á escoria hasta la más imperceptible mancha; es verdad que tanta puede ser la penitencia á que se condene el pecador despues de cometido el crimen, que quede su alma más blanca que la nieve y más pura que la luz del sol: la Magdalena á los piés de Jesucristo, y Pedro despues de su negacion, son prueba irrecusable de esta verdad. Pero ¡qué! ¿Tienen todos los pecadores el dolor de la Magdalena? ¿Se entregan todos á los rigores penitentes de Pedro? ¿Derraman todos tan copiosas lágrimas? No; el amor divino tiene sus grados en el alma compungida; unos aman heroicamente y con toda la intencion posible, y dieran mil vidas por aplacar á su Dios ofendido; otros aman en grado medio, absteniéndose de cometer el crimen, pero sin haber dado al cielo una satisfaccion cumplida. Entónces entra la Justicia divina á completar la obra que el hombre no concluyera, purificando con el fuego de la expiacion en la otra vida lo que no expurgára el fuego del amor en ésta.

No es mia esta idea; la encuentro ya altamente explicada por el sublime Agustin; la veo tambien indicada por el profeta Malaquías. Llama aquél al fuego del purgatorio suplemento del fuego del amor divino que faltára al hombre; extasiado éste, baja en espíritu al lugar de la purificacion de las almas, y observa cuanto pasa en la lóbrega mansion. ¡Ah! Es un horno encendido cuyas llamas exceden infinitamente á las lavas del Etna, á los rios de fuego del Mongibelo; el mismo Dios le da el pábulo devorador; el mismo Dios atiza los carbones; el mismo Dios tiene en su mano el crisol. *Sedit conflans et purgavit filios Levi.* ¿No habeis entrado alguna vez en la oficina de un escultor? ¿No habeis observado sus ope-

raciones cuando quiere dar el último pulimento á una estatua de oro, figura de algun hombre grande? Se sienta á contemplarlo con vista perspicaz; la vuelve y revuelve por todas partes; músculos, artérias, venas, manos, piés, ojos, boca, frente, en fin, cuanto exprime el admirable compuesto humano en general, cuanto representa las nobles excelencias del espíritu en la fisonomía, es registrado con escrupulosidad. «Estas manos, dice, no están tan tersas y torneadas como las tenía el héroe; estos ojos no exprimen su espíritu fogoso y emprendedor; en la frente no manifiesta la serenidad, la calma y la clemencia; esta cabeza no representa aún toda la nobleza y majestad;» y al decirlo, nuevamente entra la estatua entre las llamas, nuevamente es atormentada por el cincel, hasta que, encontrándose idénticamente asimilada al prototipo, sale del taller del artista para ser colocada en las casas de los príncipes.

Así fuera visto Dios por Malaquías purificando y puliendo el alma que no tiene el debido tesor para entrar en el palacio del Rey de la gloria; porque entre todos los séres visibles, sólo el hombre fuera criado para representar en sí al Sér Divino, no sólo por las potencias del alma, sino tambien por sus actos de santidad y justicia; ningun pecado, por horrendo que sea, puede destruir aquella imágen de la Divinidad; pero la desdora, la oxida y la degrada, y miéntras no desaparezca este herrumbre, no sólo con la sangre de Jesus, sino con la propia satisfaccion, Dios, como soberano artífice, la ha de limpiar, hasta que reflejen en ella con toda perfeccion sus atributos Divinos. *Sedit conflans et purgavit filios Levi.*

Voy á resumir: Dios, que es infinitamente justo, no puede dar la corona de la gloria al pecador rebelde, si éste no ha satisfecho ántes á la justicia divina con los méritos del Redentor, y sus propias obras fundadas en la gracia; Dios, infinitamente santo, no puede admitir en

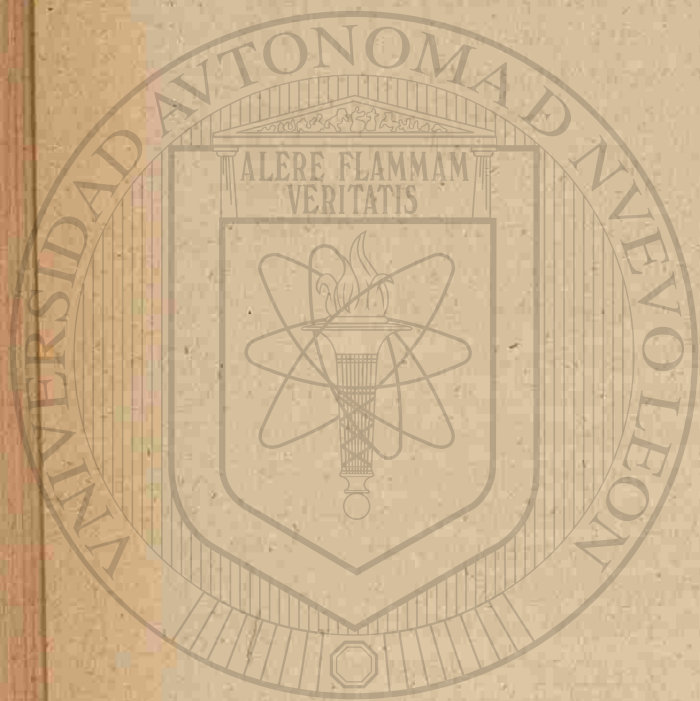
su córte soberana al que no sea tan puro y santo como Él, con la sola diferencia que média entre lo finito é infinito; esta idea de la santidad y justicia de Dios está hondamente radicada en la masa de la humanidad, y si quisiera deshacerse de ella, se destruiria, con la fragosa y horrenda conmocion que sufre un cuerpo al inflamarse el combustible que encierra en su seno. En estos dos atributos divinos estriba el dogma del purgatorio; admitidos aquéllos, es innegable el fuego de la expiacion.

De cuanto acabo de afirmar resalta una verdad; á saber: que por abstractos que sean los dogmas divinos, ninguno está en contradiccion con la razon humana, ántes viene ésta á apoyarlos, porque encuentra en ellos una armonía perfecta con los principios generales y con todo aquello que constituye la esencia Divina y la naturaleza humana. Sí, nobles guerreros; la Religion ha señalado la marcha que habeis ejecutado hoy desde vuestro cuartel, depositario de vuestro valor, hasta el santuario, depositario de vuestra piedad; pero la razon con sus luces confirma vuestros sentimientos; bajo las mismas banderas combatísteis con muchos de vuestros camaradas, que hoy no existen; bajo un mismo vivaque sufrísteis los rigores de los elementos; vuestras penas eran llevaderas por ser comunes á todos; os amábais, os ayudábais mutuamente en los peligros, teníais unidad de creencias, unidad de leyes, unidad de accion, unidad de simpatía; ¿os habeis olvidado de ellos? No, porque la Religion y la razon dicen al hombre que un amor fundado en principios sanos no desaparece jamás entre séres espirituales; no, porque la Religion y la razon enseñan que somos habitantes de la pátria terrena, por tener un cuerpo material, y esperamos ser moradores de la patria celeste, por tener un alma inmortal; estos nobles sentimientos, inspirados simultáneamente por la fé y la luz de la razon, son el principio de la sociedad y simpatía que hay entre los que aún

están atados al cuerpo mortal, y los que transmigraron al seno de la eternidad; deseamos unirnos á los que son ya eternamente felices; deseamos ser útiles á los que se encuentran detenidos en las cárceles donde son purificados; ¿puede darse armonía más dulce entre los ánimos? ¿Podía salir tan gran sistema de union de otras manos que de las del Criador? Pues bien: este sistema admirable es comun al rey y al vasallo, al rico y al pobre, al hombre guerrero y al inerme ciudadano.

Apoyado en estos principios, no he dudado afirmar que es compatible la bizarría militar con la piedad cristiana; mucho más podré publicar esta verdad al ver hoy ocupado el santuario del Rey pacífico por denodados campeones y soldados, á quienes las glorias de las armas no hacen olvidar la religiosidad de sus creencias; sí, esos corazones que, cual muro férreo, resistir pueden á legiones numerosas, han tenido siempre en su fondo un gérmen de piedad oculto entre el bronce y el acero, pero siempre dispuesto á demostrar al mundo que el soldado español tanto tiene de heróico en la guerra como de religioso en la paz; vuestras oraciones por los finados, cual suave perfume, han penetrado hasta el cielo; escuchad... el momento se acerca... las bóvedas sagradas van á resonar de nuevo con los lúgubres ecos que vuestra piedad dirige al cielo, para que se abran sus puertas de zafiro, y penetren por sus umbrales las almas de vuestros hermanos, que bajo estos estandartes sirvieran á su Dios y á su Pátria; cuando el sacerdocio exhale sus acentos sagrados, fijad en ellos vuestra vista; pensad que son aquellos mismos que alentáran en mil combates al religioso y heróico pueblo Ibero, y lo colmaron de laureles y de renombre inmortal; son los mismos que vencieran en el Salado, en las Navas, en Sevilla, en Lepanto, en Amiens, en Pavía, en el Perú, en el Anahuac, y en cuantas partes alumbró el sol; son los mismos que enar-

bolára el heróico Pelayo, el religioso Fernando, el intrépido Gonzalo, el pundonoroso Guzman y el sin par Cortés; son los mismos que dieron héroes á nuestra patria y Santos al Catolicismo; la Religion los ha consagrado, y al ponerlos en vuestras manos, no sólo os los diera como enseña de vuestro valor, sino como monumento perenne de las glorias de que sois solidarios; glorias tanto más nobles, cuanto más antiguas. Presentad, pues, al Eterno los méritos del Redentor, por cuya gloria se sacrificáran millares de vuestros padres en tantas campañas cuantas pueden caber en ocho siglos; y, no lo dudeis, sus almas, encerradas hasta este momento en los fuegos de la expiacion, volarán como cándidas palomas á la dulce mansion de la eterna paz. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE EL

MODO DE RENOVAR LOS VOTOS CON FRUTO,

PARA LAS RELIGIOSAS URSULINAS DE LA HABANA EN 1849.

Inveni quem diligit anima mea; tenui eum, nec dimittam.

Hallé al que es el amor de mi alma; lo así, y no lo dejaré.

(CÁNTICO DE LOS CÁNTICOS, cap. III, vers. 4.)

Es inexplicable la dicha que tiene el alma que encuentra el objeto de su amor puro. El énfasis con que la esposa de los cantares declara la manera cómo encontró á este objeto; el modo violento con que se asió de él para que no se le fuese; las vârias escenas y tribulaciones en que se vió ántes de lograr tanto bien, nos manifiestan claramente que la posesion de este bien es la mayor felicidad que puede caber al alma que lo conoce, y el estar privado de este bien la mayor desdicha que acaecer pueda á quien haya gustado las delicias del amor divino. Es evidente: apenas advierte la esposa que no le es posible hallar al esposo durante la noche, y reclinada en la cama; apenas ve que no le es concedido verle y hablarle; apenas se encuentra privada de este bien ya conocido, se arroja de su lecho con premura, y no omite diligencia alguna hasta dar con él, que es el amor de su alma; lo encuentra, lo detiene, y asegura que no lo dejará jamás.

Inveni quem diligit anima mea; tenui eum, etc.

¡Ah religiosas venerables! Quizá comprendéis vosotras mejor que yo lo que encierran en sí estas palabras de la

esposa; porque no hay una sola de vosotras que no haya pasado por los mismos caminos de afliccion que la esposa de los *Cantares* hasta poder hallar al Esposo de vuestras almas y abrazaros con Él, para no separaros jamás. Yo sólo podré delinear ligeramente la gran pintura de una alma enamorada de Dios, quedando para vosotras el trabajo de dar los colores á este cuadro, que no es posible concluir sino es cuando el amor divino ha abrasado completamente el alma. Quería la esposa hallar el objeto de sus cariños en la quietud del lecho, entre los regalos y comodidades; pero no era este el camino por donde había de subir á la union con el Esposo, pues éste es para las almas esposo de sangre, de mortificacion y penitencia.

Pero habiendo empezado á gustar las delicias del amor puro, no pudo sufrir más tiempo la privacion de tanto bien. Se resuelve entónces á abandonar las comodidades de la cama, á arrostrar con todos los rigores y trabajos, á rodear la ciudad, no dejando barrio, plaza ni calle que no registre; y es tan grande la fuerza que este amor ha tomado en el corazon de esta esposa desde el momento en que se ha decidido á abandonarlo todo por amor de su Esposo, que anda por todas partes como extática, creyendo que todos se hallan tan enamorados como ella del Esposo celestial. Encuentra á los guardias y centinelas de la ciudad, preguntándoles si acaso han visto á su amado, sin dar más señas, porque cree que todos lo conocen y todos lo aman. A poco de esta pregunta tiene la esposa la dicha de encontrar al que ama; se abraza á Él, y jura que no lo abandonará jamás. *Tenui eum, nec dimittam.*

¡Qué! ¿No es este el cuadro de las almas que, no hallando al sumo bien entre los regalos y placeres del siglo, conculcan todas sus vanidades y arrostran por todos los trabajos, por tener la inefable dicha de hallar al Esposo celestial, abrazarlo y no separarse jamás de Él? ¿No

es esto cabalmente lo que acontece á las almas heróicas, que dejan el mundo, sus vanidades y locuras, retirándose al cláustro para poder entregarse sin reserva á los deliquios del amor divino, apartadas como están de las falaces delicias del mundo corrompido? ¡Ah, sí! Es un conocido engaño pretender buscar á Dios descansando entre la molicie y regalos del siglo; pues para buscarle de veras, no hay peligro á que no nos hayamos de exponer; todo lo hemos de arriesgar. ¿Quién de vosotras no ha corrido esta era de tribulacion? ¿Quién no se vió precisada á resistir á los más fuertes ataques dirigidos por un padre tierno, por una madre amorosa, á quienes los sentimientos de la naturaleza pintaban vuestra separacion como una ingratitud, como una locura, como un fervor mal entendido, ó quizás por un fanatismo? Pero venció en vosotras la gracia; huísteis del mundo que os brindaba con el dorado lecho de sus vanidades; salísteis de él buscando á vuestro amado; lo hallásteis; le dedicásteis vuestro amor. ¿Qué os resta? Tener siempre presente la resolucion de la esposa de los *Cantares*: no dejar jamás el bien, hallado una vez. *Tenui eum, nec dimittam.*

No debo yo explicar á almas consagradas á Jesucristo los medios con que han de procurar conservar con su Esposo celestial los lazos de amor que las une á Él. Fieles á este amor, vosotras no ignorais cuáles son los medios de conservarlo y aumentarlo. Pero la solemnidad que celebráis en este dia, y que me proporciona á mí el consuelo de dirigir la palabra á almas que profesan amor á Jesus, me está convidando á hablar sobre los grandiosos efectos que debe producir en las almas la renovacion de los votos con que se consagraron al Señor una vez, para ser de Él para siempre. ¿Qué efectos debe producir esta renovacion? Un gran incremento de amor divino. Ved mi asunto, comunidad venerable; ved el objeto de vuestra atencion religiosa, á cuyo fin no podré llegar como de-

seo, si ántes no me ayudais á pedir al Espíritu Santo sus dones, por la intercesion de su más pura y tierna Esposa. Saludémosla, pues, con las palabras del ángel.

AVE MARÍA.

Tiene nuestra alma la desgracia de echar en olvido cuanto la interesa verdaderamente, derramando su atencion en los objetos exteriores, y saltando de uno en otro cual mariposa que tiene todo su placer en andar volando de flor en flor, sin detenerse en ninguna. Sí; desde que por el pecado original fué herido nuestro entendimiento y estragada nuestra voluntad, con gran trabajo fijamos nuestra atencion en objetos que abstraigan y prescindan del sentido; con mayor pena aún podemos tener presente la idea de un mundo futuro con sus castigos y recompensas, que han de ser nuestro eterno patrimonio; y, en una palabra, esta carne, en que está encarcelada el alma, nos engendra tanta pesadez para obrar bien, que es preciso llevarla como á remolque, teniendo que decir siempre con San Pablo: «¿Quién me librá de la cárcel de esta carne?» Porque, como dice San Agustin explicando el pensamiento del Apóstol, «nada hay en esta carne donde reside la concupiscencia; nada hay que nos incline al bien; y, por el contrario, no hay cosa que no nos arrastre al mal.» Y resulta de todo esto, que si la Religion no cura con sus auxilios las llagas de esta alma, por necesidad ha de morir eternamente. Mas, curadas una vez estas heridas con el suavísimo bálsamo de los Sacramentos, si el alma no se conserva en la gracia recibida; si no procura cooperar á los designios divinos; si no trabaja en poner un continuo valladar á los ímpetus de las pasiones; si no cierra los sentidos á los objetos exteriores, esta alma se debilita, se enferma, y quizás muere también, ó al menos queda en tal estado de languidez, que se imposibilita para

obrar el bien. Tal es la desgracia ocasionada á nuestras almas por la apostasía del primer hombre.

Pero ¿cuán diferentemente sucede al espíritu humano, cuando reconoce la importancia de su sér, la necesidad de acudir á un Médico divino que la cure y sostenga en la salud adquirida, para no sucumbir eternamente bajo el peso del pecado, que como fiebre continua destruye el alma que le da entrada? Entónces comprendemos que no somos, por nuestra parte, más que miseria y nada; que tenemos que combatir sin cesar contra un enemigo que sin descanso nos sigue, nos asedia y nos tienta; que Dios es nuestro único protector, que puede librarlos de las insidiosas tramas del dragon astuto. Y en vista de esto, no olvidándose jamás de los beneficios recibidos, nuestro corazon se inclina como naturalmente á amar á nuestro Bienhechor; se calienta, se inflama en amor divino, caminando así nuestra alma á la cumbre de la perfeccion. Porque, no lo dudemos, venerable comunidad, nuestra alma no puede estar jamás en estado estacionario. Si por desgracia se inclina á lo malo, va marchando paso á paso hasta llegar al abismo; si sigue los impulsos de la gracia y empieza á caminar hácia el cielo, también marcha, ora sea á pasos de niño, ora á pasos de gigante; pero jamás le es dado estarse queda, porque Dios le ha dado la facultad natural de progresar siempre, ó bien para el bien, ó bien para el mal; sucediendo de esto, que unos van caminando al endurecimiento en el mal, y otros á la perseverancia en el bien.

Siendo la tendencia natural de nuestro espíritu el adelantar en todas sus empresas, ¿cuál deberá ser el resultado de la oracion continua, de la elevacion de nuestro espíritu al cielo? El conocimiento más ó menos perfecto de Dios y de sí mismo. ¡Ah! Cuando un alma conoce á Dios y lo estima en lo que debe, atendida la limitacion de la criatura; cuando despues de haber fijado su

vista en el Sér divino, la vuelve sobre sí misma contemplando su insuficiencia y su nada, podemos llamarla alma dichosa y afortunada. La luz celestial no la abandonará jamás; el movimiento y la acción de esta alma irá caminando de claridad en claridad; Dios será cada vez para ella el objeto más digno de su amor; ella será á sus propios ojos el objeto más vil y despreciable, pues no verá en sí misma sino ingratitudes. Entonces, avergonzada el alma de su poca correspondencia á los favores divinos, hará cada día mayores esfuerzos para corresponderlos: persuadida de su debilidad, se asirá fuertemente de su Dios, y, cual niño que entre los pavorosos ruidos nocturnos se estrecha con su tierna madre, pedirá con lágrimas la protección divina; y, por fin, conocida la belleza infinita del Criador, se tendrán en nada todas las criaturas, con tal que pueda poseer á su Dios.

En efecto: el camino ordinario por donde los grandes Santos han pisado la cumbre de la perfección, no ha sido otro: un conocimiento profundo de la bondad divina los incendia más y más en el deseo de amarla y poseerla, y el mismo conocimiento de su propia nada les obligaba á acudir á Dios sin cesar para no perecer. El primer conocimiento era una gran luz, ante cuyos resplandores todos los objetos transitorios perdían todo su valor, si alguno pueden tener, no quedándoles otro digno de sus miradas, que el Sér eterno é infinito; y el segundo les hacía decir con San Pablo: «No somos capaces de pensar nada de nuestro propio saber, pues toda suficiencia nos viene de Dios.» Explica bien los resultados de este doble conocimiento la esposa de los *Cantares* cuando dice: «Yo duermo, y vela mi corazón; voz del amado, que llama; ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía.» Sobre cuyas palabras quiero fijar vuestra atención, pues nos demuestran el alto grado de amor á que llegan aquellos que con toda su alma huyen de las comodidades y place-

res del mundo, donde no es posible hallar al Esposo celestial, uniendo al conocimiento de las bellezas divinas el de su miseria y su nada; dos grandes ejes en que gira todo el edificio de santidad y virtud.

Preciso es hablar con el testimonio de los Doctores en una materia tan delicada. San Agustín, con otros muchos Padres é intérpretes, entienden por este sueño en que descansa la esposa, la vida quieta y pacífica, libre de ocupaciones y negocios temporales, áun de los lícitos y honestos, de los cuales se aleja enteramente el alma por entregarse totalmente al estudio de la sabiduría celestial y á la total posesión del amor divino. Porque, como explica admirablemente estas palabras el Niseno, «el sueño es imagen de la muerte; él nos ocasiona un olvido total de las solicitudes y cuidados; calma las iras y el temor, y hasta tal punto liga las fuerzas corpóreas, que desaparecen las sensaciones de todos los males.» Grande es, pues, y se ha excedido á sí misma, aquella que dice «yo duermo, y mi corazón vela.» Y en verdad; cuando el alma vive en sí sola y no es perturbada de los sentidos, se encuentra la naturaleza corporal como ligada, y aquella puede verdaderamente decir «que duerme en ella la vista, que duerme el oído, que duerme el gusto, que duermen, por fin, todos los sentidos, porque todos están muertos á las cosas exteriores, no ocupándose el alma sino en cosas que son superiores á la razón.» ¡Ah! Esta doctrina tan sublime es una emanación de aquella que poseyera aquel gran orador que, con voz más que humana, gritaba á los fieles recién convertidos: «Pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra; porque vosotros estais muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.» Sí; una vocación bien correspondida tiene que producir en el alma esta vida celestial en que el cuerpo se halla enfrenado. No faltan en esta vida perfecta grandes combates; la parte inferior del alma no deja de levantar su cabeza

contra la superior; ni lo irascible ni lo sensual des aparecen mientras estemos atados á este cuerpo pesado y maligno, que quisiera ser superior al espíritu; pero entre tanto, el alma, como centinela vigilante á las puertas de la fortaleza, hará uso de sus armas tan pronto como advierta el menor movimiento del enemigo; reprimirá sus ímpetus, refrenará sus avances, y prevalecerá para que pueda decir siempre con el divino Pablo: «Ora estemos en vela, ora durmamos, somos siempre de Jesus.»

Así es, venerable comunidad, que esta esposa que está siempre en vela, esta alma que tiene fija su atención en las cosas celestiales, no puede dejar pasar ni una sola vez la voz del esposo. Apenas su celestial eco ha herido sus oídos, se conmueve toda, poniéndose en disposición de recibir cuantas órdenes quiera darla el Esposo celestial. ¡Ah! Despreciar una sola inspiración, por mínima que sea, y aunque no llegue á ella sino como el casi imperceptible susurro del céfiro, sería en su parecer la más lamentable desgracia, porque una alma que ama á Jesus va creciendo siempre en el conocimiento del sumo bien, ayudándola á esto las inspiraciones divinas, con que el Esposo llama sin cesar á la puerta; sin ellas, sabe el alma que nada puede; sin su auxilio, está cierta de perecer; de tanta importancia es para ella la primera, como la segunda, como la última inspiración; y ¿por qué? ¡Ah! Porque tras de la apreciación del Sér divino, ha venido la justa apreciación de sí mismo; el que ama á Dios, necesariamente ha de tener de sí propio el más bajo concepto, se ha de creer el más ingrato de los hombres, el más rebelde al amor de Dios; prueba de ello es aquel gran Francisco de Asís, aquella Teresa de Jesus, ambos portentos de santidad, de amor divino y de virtudes las más heroicas. ¡Oh! Cuántas veces con lágrimas en los ojos se les oyó decir que eran los mayores pecadores del mundo, que no merecían vivir, y que era un favor singular el

que no se abriese la tierra para concluir con su vida; prueba de ello es aquel divino Pablo, Apóstol de todas las naciones, vaso de elección, portento de la gracia, hombre elevado hasta el tercer cielo, para oír los secretos de Dios y ser su confidente en la tierra, pues se le oye decir, después de tanta grandeza, que él es indigno de ser llamado Apóstol. Y en estas palabras no hay ficción, ni deseo de vanagloria, ni humildad aparente, ni nada de cuanto enseña la ciencia vana y la política suspicaz y engañadora del mundo; decían de sí los Santos lo que pensaban; y pensaban que no eran lo que debían ser, que no correspondían justamente al amor divino, que no adelantaban en el camino del cielo lo que podían avanzar; no se consideraban con relación á otros hombres, ora fuesen homicidas, ora sacrilegos, sino con relación á Dios; puestos al frente de este Sér, que es todo amor para con el hombre, se reputaban ellos por los más ingratos á tan insigne Bienhechor. Era, por tanto, para estos héroes cada momento de vida una gracia, cada instante un nuevo propósito, cada hora una época que Dios les concedía aún para amarlo en lo sucesivo, ya que hasta entonces no lo habían amado. Así pensaban de sí los Santos.

¿Qué progresos tan grandes no debían hacer los que así conocían su nada? Esta segunda verdad nos insinúa la esposa de los *Cantares*; está durmiendo; pero vela su corazón, y al momento que el Esposo se acerca á su puerta, se apercibe de su llegada, y exclama: «Estoy oyendo ya la voz de mi Esposo, que llama.» *Vox dilecti pulsantis*. El progreso en la virtud es la inmediata consecuencia de esta vigilancia en que se halla siempre el alma; porque, como dice San Leon, «la justicia de los perfectos consiste en que no sepan ni piensen jamás en que son perfectos; porque puede suceder que, deteniéndose en la carrera que no está acabada, encuentren el peligro de

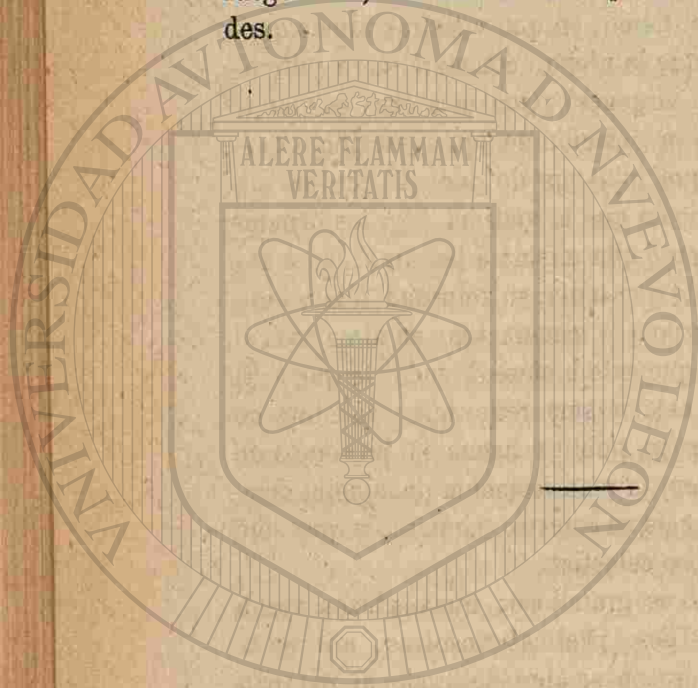
volver atrás, donde creían poder deponer el deseo de ir hácia adelante.» Preciso es buscar á Dios, y buscarlo siempre, como nos aconseja el Profeta Rey. «Este *siempre*, como enseña el sublime Agustín, indica todo el tiempo de la vida presente, en la cual sin cesar debemos buscar á Dios, aun dado caso que lo hayamos hallado. Aunque lo encuentres, no es posible dejarlo de buscar; porque creciendo el amor, crece el deseo de poseerlo; y, en verdad, digno es de ser buscado sin fin el que sin fin ha de ser poseído.» Hasta aquí el sublime Agustín, que comprendió admirablemente lo mucho que importaba el ir siempre adelante en la senda de la virtud. Así es que San Pablo, despues de haber enumerado todas las ventajas que habia tenido su espíritu al despreciar las glorias mundanas, siguiendo la vocacion divina, confiesa que no ha llegado al último grado de santidad, que camina con todo ahinco hácia adelante, no volviendo jamás su vista hácia lo andado, sino fijándola y extendiéndola á lo que está delante, prosiguiendo segun el fin propuesto al premio de la vocacion soberana de Dios en Jesucristo.

Hé aquí, comunidad venerable, las grandes ventajas que reportan las justas por la continúa meditacion de la Bondad divina y de la miseria humana; se levanta el alma hasta Dios con estas dos alas, y, no obstante ser grande su elevacion, se cree siempre ingrata, pecadora, y poco amante del Sér Divino, obligándola esta idea á estar renovando sin cesar sus propósitos de amor hácia su objeto amado. ¡Ah! Comprendian muy bien la importancia de esta doctrina aquellas almas heróicas llamadas por Dios á ser maestras de espíritu, pues quisieron que sus discípulas elevasen cada dia su corazon al cielo, ofreciéndole siempre un sacrificio nuevo, renovando sin cesar los votos con que una vez se consagraron al Señor. Porque, realmente, esta augusta ceremonia que hoy forma una gran so-

lemnidad entre vosotras y otras muchas casas religiosas, ¿qué otra cosa es sino una renovacion pública y solemne de aquel momento soberano en que en presencia de las aras y con juramento solemne prometísteis al Esposo celestial una felicidad eterna? ¿Qué otra cosa es sino la renovacion de aquel segundo bautismo, en que vuestras almas quedaron más blancas que la nieve, consagrándose enteramente al Rey de las vírgenes? ¿Qué otra cosa es sino la reminiscencia y nueva oblacion de aquel sacrificio universal y completo que hicisteis de todo lo que érais y podíais ser, sacrificio en que la víctima dejó los ornatos exteriores y se presentó ella misma á las aras, para sacrificar lo más grande que tenía, su voluntad, á la voluntad humana, su cuerpo á la maceracion, su alma toda al Esposo divino, para que este hiciese de todo, lo que á él más agradase? Pero esta misma renovacion solemne no es más que la expresion pública hecha en presencia de Dios y de los hombres, la manifestacion de aquella oblacion que cada dia haceis en vuestro espíritu, y que sólo es conocida del Esposo celestial.

¡Ah! El momento es grandioso; nuevos lazos van á uniros con vuestro Dios. ¡Felices vosotras, mil veces felices, si vuestro corazon se abre del todo al espíritu divino para que éntre en él y haga de él su morada y templo! ¡Felices si comprendéis que es preciso que no haya en ese corazon un solo rincon, por mínimo que sea, que esté ocupado por afeccion mundana ó por el amor propio! Sí, cuando el espíritu de amor pretende entrar en alguna alma, se han de ahuyentar ántes todas las afecciones mundanales, porque el Espíritu Santo no puede tomar posesion de una alma si aquélla no ha de ser total y completa. ¡Felices, repito, si comprendéis bien esta verdad! ¡Ah! Veo yo renovarse en este momento, aunque de un modo invisible, el prodigio del Cenáculo; sobre unas almas que viven íntimamente unidas en los lazos

de la caridad y de la paz; sobre unas almas que perseveran unánimes en la oracion; sobre unas almas que unen la humilde confianza á la oracion continua, no puede ménos de bajar aquel espíritu que es todo amor, fuego vivo, caridad ardiente y consuelo de los humildes.



SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

LA SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA.

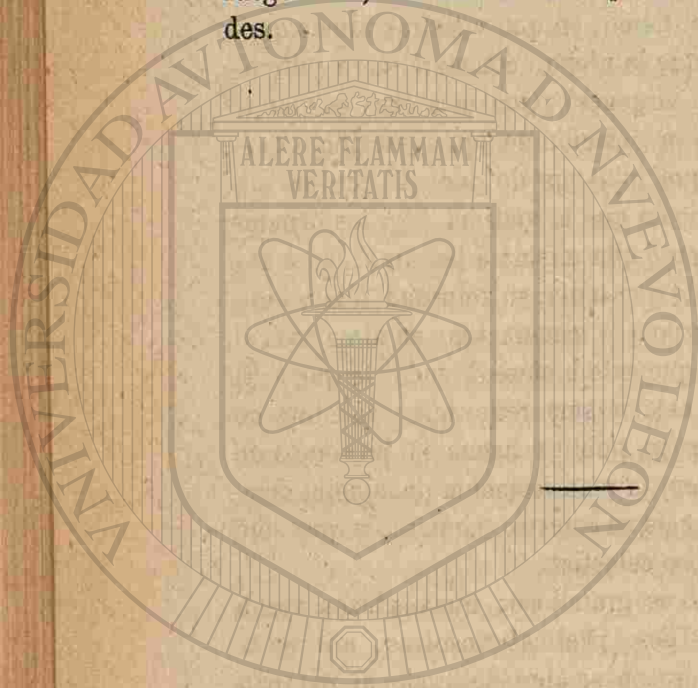
Quomodo sedet sola civitas plena populo?

¿Cómo se halla solitaria la ciudad populosa?

(JEREMÍE: *Lamentation*, cap. 1, vers. 1.)

Cuando un pueblo, en cuyo recinto no se oía más que el dulce acento de la cítara y el arpa, se ve condenado por un inesperado revés á vestirse de luto y suspender sus laudes; cuando una ciudad populosa, compuesta de palacios de alabastro, en vez de magníficas torres y de preciosos obeliscos, no presenta más que un monton de ruinas, donde confusamente yacen mezclados los monumentos del arte con los cadáveres humanos; cuando una juventud hermosa y lozana, que era la esperanza de la patria, ha sido envuelta en un momento entre las furias de los elementos, que á fuerza de embates ha destruido las habitaciones construidas por la necesidad y el lujo; cuando, al movimiento continuo y al ruido de una ciudad animada y feliz, ha sucedido el terror pánico, el silencio del sepulcro; cuando todo esto acontece, el espectador de tanta calamidad, que fuera testigo de la antigua grandeza y de la actual depresion, de la pasada alegría y de la actual tristeza, de las galas del día de gozo y del saco del día de llanto, por más que haya visto con sus propios ojos

de la caridad y de la paz; sobre unas almas que perseveran unánimes en la oracion; sobre unas almas que unen la humilde confianza á la oracion continua, no puede ménos de bajar aquel espíritu que es todo amor, fuego vivo, caridad ardiente y consuelo de los humildes.



SERMON PANEGÍRICO

SOBRE

LA SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA.

Quomodo sedet sola civitas plena populo?

¿Cómo se halla solitaria la ciudad populosa?

(JEREMÍE: *Lamentation*, cap. 1, vers. 1.)

Cuando un pueblo, en cuyo recinto no se oía más que el dulce acento de la cítara y el arpa, se ve condenado por un inesperado revés á vestirse de luto y suspender sus laudes; cuando una ciudad populosa, compuesta de palacios de alabastro, en vez de magníficas torres y de preciosos obeliscos, no presenta más que un monton de ruinas, donde confusamente yacen mezclados los monumentos del arte con los cadáveres humanos; cuando una juventud hermosa y lozana, que era la esperanza de la patria, ha sido envuelta en un momento entre las furias de los elementos, que á fuerza de embates ha destruido las habitaciones construidas por la necesidad y el lujo; cuando, al movimiento continuo y al ruido de una ciudad animada y feliz, ha sucedido el terror pánico, el silencio del sepulcro; cuando todo esto acontece, el espectador de tanta calamidad, que fuera testigo de la antigua grandeza y de la actual depresion, de la pasada alegría y de la actual tristeza, de las galas del día de gozo y del saco del día de llanto, por más que haya visto con sus propios ojos

el excidio y sus causantes; por más que quiera reflexionar con profunda sabiduría en los acontecimientos, cree que aquéllo es más una vision que una realidad, más una representación fantástica que un hecho positivo. ¡Ay! Al contemplar que en aquellas calles, donde vivian los objetos más tiernos de su corazon, no hay más que sombras de muerte; al pensar que los magníficos palacios no son más que un conjunto de sepulcros; al ver que tanto amigo que pocos momentos ántes aún le decian palabras tiernas, no son ahora más que cuerpos exánimes hacinados entre la gran pira, cuyas llamas consumen hasta las imágenes del antiguo bien, que ya no existe, no puede ménos de levantar sus pensamientos al cielo, y decir todo turbado: «¿Cómo ha podido suceder un fracaso tan horrendo? ¿Cómo está tan silenciosa la ciudad, donde resonára siempre la sinfonía y el órgano? ¿Cómo han podido caer aquellas suntuosas moradas que elevaban al cielo sus torres, disputando á las nubes su imperio, y al tiempo su duracion?»

Quomodo sedet sola civitas plena populo?

Semejante impresion causára en el elevado pensamiento de un antiguo Profeta el triste cuadro de la arruinada metrópoli de los reyes de Judá. «¿Cómo ha podido suceder esto? decia en su estupor. Aquella que en otros tiempos sujetó bajo su dominio á los amonitas y árabes, á los moabitas y asirios, ¿ha tenido que pagar tributo al impío Achaz y á los incircuncisos hijos del Aquilon, á los egipcios y á los caldeos, quedando al fin desierta, arruinada, incendiado su templo, encadenado su Rey, esclavizados sus hijos, perdidos sus príncipes, acabados sus grandes, exterminados sus sacerdotes, y tiranizado todo el pueblo? ¿Qué se han hecho aquellos caminos de Sion por donde subian los pueblos alegres, por donde iban cantando las vírgenes al son del arpa? ¿Dónde están aquellas puertas soberbias, llenas de glorias y trofeos? ¿Dónde aquellos sacerdotes venerandos, dónde aquellos

sábios, dónde aquellos guerreros? ¿Es posible que todo se haya concluido tan mágicamente?» *Quomodo sedet sola civitas plena populo?*

Así tambien se impresiona mi espíritu cuando, en las alas de la fé, da un vuelo y se coloca en la cima del Gólgota para examinar lo que ha pasado en su superficie, que humea con la sangre de Jesus recientemente derramada. Con el auxilio de los opacos destellos de las estrellas, me acerco á aquel santo lugar, que pocas horas ántes se ha visto oprimido con innumerables piés; pero ántes sus breñas, sus cerros y hondonadas resonaban con ecos varios y tumultuosos. Todo está en silencio: horas ántes estacionaban las cohortes romanas, custodiando á un reo y conteniendo al pueblo enfurecido: nada de esto veo, y en cambio de tanta muchedumbre, de tanto tumulto y de tanta espada, no apereibo, en medio de las tinieblas, más que los signos de un suplicio. Por más que quiera aventurarme á examinar las causas de una muerte tan injusta, no puedo detenerme en ellas. En vano pretendo ir al próximo sitio donde existe un mausoleo, custodiado por las guardias romanas, y en cuyo cóncavo y tenebroso seno se encuentran los restos del supliciado. En vano quisiera entrar en Jerusalem á examinar las impresiones que ha causado la muerte de Jesus en el corazon de sus enemigos: en semejantes momentos no puedo apartar mi pensamiento de un sér que me lo roba casi para él solo; lo contemplo allá retirado en un aposento sombrío, entregado á las más crueles reminiscencias, envuelto no sólo entre las pavorosas tinieblas nocturnas, sino entre mil ideas lúgubres que asaltan sin piedad su triste corazon. Este sér es María, la Madre de aquel Justo que ha muerto en la Cruz. La veo, la contemplo, y no puedo ménos de exprimir los sentimientos de mi corazon con mil suspiros, y regar mis mejillas con abundantes lágrimas. ¡Ah! digo: ¿eres Tú acaso aquella mujer más que

feliz que dos dias há oías las dulces palabras de tu Hijo y te extasiabas en ellas? ¿Eres Tú aquella mujer aclamada entre la muchedumbre por Bienaventurada? ¿Cómo ha desaparecido una dicha tan grande? ¿Cómo has quedado tan sola, Tú que eras la populosa ciudad de Sion? *Quomodo sedet sola civitas, etc.?*

¡Ah! La soledad de María en la muerte de Jesus no es un objeto mensurable con el cálculo, sino con la fé; es un desamparo cual no ha habido ni pudiera haber jamás en el mundo, y con el cual no guarda término de comparacion ninguno de esos azares inventados por la imaginacion para excitar en ocasiones toda la sensibilidad de los hombres. Voy á procurar poner á vuestra vista esta extremada soledad, ó digamos esta desgracia casi infinita, pues no podia ésta ser menor en María despues de haber perdido ésta á su Hijo, objeto infinito de toda su felicidad. Para hacerlo con acierto, arrojémonos con humildad ante el sagrado madero, que ha sido el trono del Dios paciente, y causado al mismo tiempo nuestra dicha y el desamparo de María.

O Cruz! Ave, spes unica, etc.

PARTE ÚNICA.

Hay desgracias en el mundo cuyo enorme peso no es conocido sino por la propia experiencia. En vano el acalorado poeta se traslada á un panteon, y, con sus miradas fijas en los sarcófagos, querrá impresionar fuertemente su espíritu con la presencia de aquellos objetos lúgubres. Para hacer despues una descripcion patética del silencio del sepulcro, del pavor de la muerte y el horror de la soledad, si entre las tumbas que le rodean no hay una cuyos despojos fueran animados por un sér con quien tuviera simpatías de amor y de sangre, jamás llegará á apreciar dignamente lo que es la soledad y el desamparo

que padece el espíritu humano cuando se ve privado para siempre de un amigo ó de un hermano, cuando contempla entre la lóbrega morada del sepulcro al que con su presencia alegraba el corazon. No basta en semejantes ocasiones el entendimiento con todas sus fuerzas; es preciso que el corazon hable con todas sus sensaciones; razon por qué os dije que no era suficiente el cálculo para comprender la triste soledad de María, pues sólo podremos rastrearla con las sublimes miradas de la fé; porque sólo esta virtud tiene poder para acortar las distancias, trasladando el espíritu al mismo teatro de los sucesos, para verlos con toda la realidad; sólo esta virtud hace que nos despojemos en cierto modo de nuestra propia persona y nos revistamos de la ajena, entrando á participar sus sensaciones, apropiándonos sus desgracias ó sus dichas, y gozando ó sufriendo en nuestro interior á medida que nuestro entendimiento repasa las escenas.

Si os hallais animados de esta virtud divina, venid en pos de mí, pues por unos instantes quiero contemplar cuanto ocurre en la pavorosa noche que ha sucedido al dia de la muerte de Jesus. Estamos en Jerusalem. ¡Qué silencio! El pueblo, fatigado del viaje al Calvario, se halla entregado al más profundo reposo; los pontífices, gloriosos con la gran hazaña que acabáran aquel dia, se congratulan por haber dado fin á la existencia de Aquel que los reprecia. Todo está en quietud: medrosos y llenos de espanto se empiezan á reunir algunos discípulos, y aprovechándose del silencio nocturno, encaminan sus pasos hácia la habitacion de la Madre desventurada. Quisieran éstos consolarla en su desgracia; pero no es posible; esta noche es aquella lúgubre y espantosa que viera Jeremías, en que la hija de Sion debia llorar con acento inconsolable la pérdida de su amado, sin que hubiese uno sólo de sus amigos que pudiese consolarla; ántes, sí, la atravesaría con nueva espada de afliccion con su presen-

cia y palabras. Llegan: no hay uno que no quiera arrojarse á los piés de la Madre para pedirla perdon de haber sido infiel á su Maestro, de haber huido con cobardía y de haberse contentado con estar mirando á lo léjos el suplicio de su Hijo: y cuando quieren portarse con ella como hijos amorosos, son, á pesar suyo, lo que fueran con el solitario Job sus antiguos amigos. Cada discípulo que llega es causa de un nuevo vuelco para el corazon de la Madre, que nada entre hinchadas olas de amargura, compenetrado de ellas más que la esponja arrojada al profundo del mar. Se halla ésta desconsolada, con su entendimiento y corazon, en el sepulcro de su Amado, y nada es capaz de distraerla de aquel lugar, como nos sucede á nosotros cuando acabamos de sacar de nuestro hogar al padre, á la madre, al hermano que adorábamos. En aquellos momentos no hay fuerza alguna humana que sea capaz de arrancar de nuestro espíritu una imágen que en él, como en terso espejo, se representa; en vano queremos disiparla nosotros mismos: esta imágen revive sin cesar, y sin causarnos el horror de un espectro, nos ocasiona todo el dolor y toda la afliccion de una muerte que llega con lentitud. Esta imágen, que nos deleita y atormenta, que nos alimenta y devora, que nutre nuestro espíritu y lo consume, es la imágen del objeto amado, que no existe ya para nosotros. Pensar en él es al mismo tiempo un consuelo y una afliccion. Si esta imágen se va de nuestro espíritu, la seguimos como á sombra que huye; si vuelve hácia nosotros, nos entra un nuevo espanto y un terror pánico. Tales son nuestras agonías cuando, despues de haber gozado largo tiempo de un objeto amado con intension, nos encontramos de repente sin él por haberlo arrebatado la muerte.

Esta misma es la situacion de la desconsolada María en su amargura y soledad. La imágen de su Hijo la persigue; la representacion de las grandezas pasadas la cau-

san nuevas amarguras, y el anonadamiento que ha sucedido á tanta dicha, siembra alrededor de María otra diferencia que la de tener Ella una alma más elevada, un entendimiento más penetrante, un corazon más sensible. Por lo demás, se vió en aquella triste noche acometida por todas partes de las más tristes ideas, y sin más consuelo que el dar rienda suelta á sus lágrimas, que, cual cristalino torrente, surcaban sus palidecidas mejillas. Diré mejor; pondré las cosas en su verdadero punto de vista; habia entre las ideas de María, entre sus sensaciones y las nuestras, una diferencia infinita, no tanto por la perfeccion culminosa de su espíritu, cuanto por el objeto que las causaba, y á donde tendian como á su único centro. ¡Ay! ¡Qué diferencia no debe haber entre las sensaciones causadas por la muerte de un hijo, que no pasa de ser más que un hombre, y las que debió causar la de uno que era Dios! ¡Qué diferentes son las ideas que se elevan en un espíritu herido con el pecado, de las que surgen en otro que es más puro y terso que mil soles! ¡Con cuánta mayor viveza se representará en la imaginacion la imágen de un objeto que ha sido el centro único de todas las operaciones, que aquel que no fuera más que secundario! ¡Ah! ¿Qué sucede al hombre? Su espíritu se derrama en todos los objetos, pensando igualmente en los que ama y en los que no ama, sin fijar jamás sus ideas en uno sólo, hasta el momento en que, sobreviniendo una desgracia al objeto amado, centraliza en él todas sus ideas, siguiéndole, no sólo en el lecho de muerte, sino en el ataud y en la tumba. Esto, esto es cuanto acaece al hombre. Por más que esté abrasado su corazon en el amor de otra persona, no puede tener siempre puesto en ella su pensamiento, por impedirsele la volubilidad natural de nuestra alma, que, semejante á la abeja, vuela sin cesar de una flor á otra, sin detenerse en ellas sino momentáneamente y de paso. Y por una necesaria consecuencia, cuando llega á faltarnos

un objeto amado, nunca podemos representárnosle con toda la viveza, por no haber sido él el único á quien hemos aficionado.

Pero en María, señores, no sucede así. Por espacio de treinta y tres años no ha tenido más que un objeto y un pensamiento: ha vivido entre los hombres como si éstos no existieran. La hermosura de los cielos y de la tierra, la grandeza de esta máquina admirable del mundo, no han podido encantar, ni aún detener por un sólo momento, á la que estaba siempre extasiada en la contemplacion y vista del que es origen de toda grandeza y hermosura. Mas ¡qué vacío tan inmenso! ¡Qué soledad tan espantosa! ¡Qué ideas tan aterradoras! Este objeto era Jesus, y Jesus ya no existe. Antes era para María un vasto océano de luz que la bañaba por todas partes y la beatificaba; ahora es un horizonte sin límites, cubierto de densas tinieblas, donde no apercibe ni el débil reflejo del sol que ha trasmontado al otro hemisferio, ni los opacos destellos de las estrellas. Antes era Jesus la idea que perennemente alegraba su corazon; ahora no le sirve sino de tormento y amargura.

Como si esta Virgen prudentísima no hubiese apreciado jamás con detencion todas las grandezas de su Hijo; como si, á la manera de los otros hombres, no hubiera conocido el bien sino despues de haberlo perdido, se agolpan en su espíritu todas las excelencias de su adorado Jesus. Todas las maravillas que ella viera, todas las promesas divinas, cuantos milagros hiciera, cuantos homenajes recibiera del cielo y de la tierra, de los ángeles, de los hombres y hasta de los espíritus malignos, todo asalta al corazon de María, impresionándolo como si por primera vez tuviera estas sensaciones. Está rodeada de las tinieblas de la noche, y su espíritu la trasporta á los resplandores de la noche de Belen, á las músicas angélicas, á las adoraciones de los pastores y de los sábios;

de allí vuela al templo, y oye al profeta Simeon consagrando con un himno la memoria de su Hijo como redentor y gloria del mundo: de aquí va al Tabor, y lo ve cubierto de majestad entre los más venerables testigos de la humana prosapia. En una parte lo ve rodeado de millares de hombres que están extáticos oyendo su voz; en otra lo mira poniendo su mano sobre los elementos y conteniendo sus iras. Aquí arroja los demonios y sana paralíticos y resucita muertos; y como si estas maravillas que viera ú oyera no hubiesen existido, no se han objetado con viveza al espíritu de María sino despues de muerto su hijo Jesus. Lo contempla oriundo en la eternidad entre los esplendores de los santos; y cuando, como águila real, ha remontado su vuelo hasta el Sol de justicia, le sale al encuentro un dardo cruel que la causa mortal herida. ¡Ay! Esta figura de la substancia divina; este candor de la eterna luz; este espejo sin mancilla, se encuentra envuelto entre los ropajes de la tumba, cubierto su rostro con un sudario, ligados sus piés y manos, y ennegrecido con sombras de muerte. Por más que quiera encumbrarse en sus vuelos esta inocente paloma, este pensamiento, cual aguda saeta, penetra en su alma, y la hace caer junto al sepulcro de su Hijo.

Abandonada á su propio desamparo, es su alma el blanco de mil saetas disparadas simultáneamente para herirla más y más. Ha visto en la vida de su Hijo realizadas las magníficas poesías que hicieron muchos siglos ántes su descripcion; todas sus grandezas son infinitas, mas todas han desaparecido por aquellos momentos con la realizacion de muchas ignominias, que tambien son infinitas. La grandeza de su entrada en el mundo ha sido eclipsada con el horrendo aparato del suplicio; las adoraciones de los Reyes de Oriente se han anonadado ante aquel rey de farsa que ha inventado la cohorte romana en el Pretorio; los milagros de su predicacion no son

nada desde que Jesus ha sido arrastrado á los tribunales como un asesino, tratado de sacrilego y acusado de revoltoso. El Rey de los siglos, el resplandor de la gloria, desaparece del espíritu de María, y no ve sino al gusano del pueblo, al desecho de la plebe, al objeto de la derision universal, al anatematizado por Dios y por los hombres, el que por fin se halla encubierto con la fria losa. Así es combatido el espíritu de la desconsolada Madre; las ideas se suceden unas á otras, causándola nuevos martirios, cumpliéndose en ella lo que decia de sí la antigua hija de Sion en su amarga soledad: *Posuit me quasi signum ad sagittam*. Soy yo el blanco de todas las saetas; han alzado los enemigos en derredor mio un muro, y me han rodeado de amarguras y de hiel. Me han colocado en lugares tenebrosos como á los que están muertos para siempre; me han llenado de amarguras, y me han abrevado de ajenjos; todos sus tiros han sido arrojados contra mí. *Possuit me quasi*, etc. Sí, amados míos; como las bocas de bronce se encruelecen vomitando fuego contra bastion opuesto, en que hallan resistencia, como le sucede y nutre el fuego enemigo, dándose el estampido de un disparo ántes que haya aún cesado el run run de los otros, causando á un tiempo ruinas, desastres, muertes, incendios y horror; del mismo modo se ve asediado y atacado el triste corazon de María en su amarga soledad.

¡Ah! Si al pavoroso aspecto de las tinieblas se añaden las ideas lúgubres que del silencio mismo van saliendo con fuerza aterradora, apenas hay espíritu humano que pueda resistir á sus fatales impresiones; los cabellos se erizan, el corazon se estremece, el cuerpo es bañado de un sudor frio, el alma se entrega á una mortal languidez. En tan triste desamparo, y sólo la presencia de un amigo, puede sostener el golpe funesto que con implacable furia caería sobre la cerviz del que es víctima de tamaña desgracia. Verse sólo en lóbrega noche despues de haber lle-

vado á la tumba al hijo ó al padre que adorábamos, es la situacion más horrible en que podemos vernos. Entónces, la misma fuerza de la desgracia causa en nosotros una especie de éxtasis; salimos de nosotros mismos; contemplamos fijamente las cualidades y dotes de nuestro amado; entramos en conversacion con él; oimos su voz; vemos su mismo rostro; palpamos su forma; y cuando queremos entregarnos á él del todo, advertimos ¡qué horror para un alma que ama! advertimos que aquello es una ilusion, que el objeto amado no existe, que cuanto hemos visto es una tumba, que la realidad desapareció para siempre. Dime si es verdad esto, esposa tierna; Tú, que á poco de haber unido tu suerte á la de tu apreciable consorte tuviste la desgracia de perderlo; dime si es verdad, tú, hija única, que no vivias sino para agradar á tu progenitor, á quien viste espirar. ¡Ah! Cuando en la primera noche de vuestro duelo os hallábais arrodillada en vuestro aposento junto al lecho en que os dió la última mirada vuestro objeto amado, elevando al cielo vuestros votos y deseos, ¿no es verdad que por unos momentos vuestra imaginacion dió nueva vida al que era habitante de la region de la muerte? ¿No es verdad que lo oíais articular, que creíais verlo y tocarlo como si aún viviese á vuestro lado, hasta que sucedió á la impresionable imaginativa la calma y serenidad? Entónces vísteis por primera vez cuán horrible es la soledad; vísteis que realmente os hallábais desamparada; dirigisteis vuestros tristes acentos á la tumba, y no oísteis otra respuesta que la de vuestro propio eco; volvísteis á nombrar á vuestro objeto amado, y del fondo del mismo corazon, de entre las silenciosas sombras, salía una voz terrible, más aterradora que el rayo: esta voz os decia: «¡Murió, murió!» Y al ser heridos vuestros oidos con tan tristes ecos, caísteis, y no sobrevivierais sin el auxilio de una amiga y caritativa mano.

Acaece lo primero á la desafortunada Madre María en la noche que sigue al suplicio de su Hijo. La muerte parece una ilusion. Ha sido tan violentamente ejecutada, que no ha dado lugar á la meditacion. Las sensaciones han sido grandes en el Gólgota; pero el fracaso militar, el tumulto de los espectadores, el estrépito de los enemigos de Jesus, el entretenimiento universal en que se hallan cuantos pasan al lugar de la triste escena, la revolucion que se efectúa en la naturaleza misma, no dejan á María fijar su imaginacion en considerar la enormidad de la pérdida que va á sufrir. Por algunos momentos su dolor se mitiga en cierto modo, pues bajado de la cruz el cadáver de su Hijo, le es permitido estrecharle en su pecho, y sellar sus mejillas con mil ósculos de amor. En medio de su desamparo, aún brilla una triste estrella á aquel corazón que, cual bajel abandonado, iba bogando por el tempestuoso mar de la tribulacion más horrenda en que se viera una madre. María tiene el consuelo de que algunos nobles de la Judea quiten con sus propias manos á su Hijo del palo de ignominia; que los mismos lo unjan con aromas, que lo trasporten sobre sus hombros al lugar del reposo, y que éste sea un sepulcro marmóreo destinado para un príncipe de la nacion. El temporal fuera recio, sobreviniendo luégo un corto intervalo de calma; pero ¡qué horror, señores! ¡Compadezcámonos de la triste y desamparada María! La tempestad se desencadena de nuevo; sopla con mayor vehemencia el aquilon; el huracan, que no tuviera fuerzas para sumergir el bajel cuando lo subia hasta las nubes ó lo hacía descender hasta los abismos en sus primeros embates, ha dado tiempo á que aquel esté para entrar en lugar seguro; y entónces ha redoblado su furia, lo ha arrollado, lo ha conducido á los sirtes, lo ha estrellado con furor, sumergiendo sus débiles fragmentos entre sus espumantes olas.

Por grande que sea el heroismo de María, al llegar al

momento silencioso de su desamparo, no puede ménos de sentir su corazón como fuera de su lugar y como desleído por la fuerza de las angustias que lo abruma. Se encuentra sola en medio de la pavorosa quietud del mundo: apenas el reposo universal es interrumpido por los desabridos ecos de alguna ave nocturna; el momento es el más propicio para entregarse á meditaciones profundas. Entónces se arrodilla esta Reina de los ángeles, y empieza á reflexionar con más detencion que nunca lo que era cuando tenia el consuelo de ver suspendido de sus pechos castísimos al niño Dios, cuando le abrazaba y se extasiaba contemplando su hermosura. ¿Qué felicidad habria en los cielos ni en la tierra que pudiese rivalizar con aquella que afectó su alma santísima en el portal de Belen al ver en sus manos al Hijo de sus entrañas, conservando al mismo tiempo la inestimable joya de la virginidad? Sucesivamente va viniendo una série de grandezas; el cielo rinde homenajes á su Hijo; el mundo lo mira con asombro; los demonios con horror; los hombres buenos lo aman y lo adoran; los malos no pueden ménos de respetar su gravedad y modestia, su doctrina y milagros. ¡Ay! Cuando más encumbrada está María en la meditacion de las grandezas de su Hijo; cuando cree que está oyendo sus tiernos vagidos y su dulce voz; cuando lo considera obrando prodigios y confutando á sus enemigos, se acuerda que éstos se han apoderado de Él y lo han crucificado. La muerte le parece por aquellos momentos una ilusion; la tempestad se fraguára en instantes, y en instantes fulminára cuantos rayos encerraba. «¿Es posible, dice, que haya desaparecido mi Hijo de la tierra de los vivos? Mi Hijo, que es Dios, ¿ha podido sucumbir bajo el peso de sus perseguidores? ¡Qué! ¿La muerte tiene imperio sobre el que es esencialmente la vida? ¡Angeles santos! Vosotros, que tan dulces sinfonías entonábais en torno mio cuando por

primera vez vi á mi Hijo en mis brazos; vosotros, que le servíais como á vuestro Señor y Dios, y á mí como á su Madre; vosotros lo sabreis. ¿Ha muerto mi Hijo? ¿Está en el sepulcro?» ¡Qué espanto! Los ángeles han tenido ménos valor que esta Mujer. Todos se hallan sobrecogidos por haber visto morir al Rey de la gloria; no teniendo fuerzas para hablar, nada contestan á María. Se dirige á su Hijo, le habla, le pregunta, y no responde: eleva sus manos al firmamento; aquellos ojos purísimos que, cual perlas rodeadas de agua, no tienen ya tesor alguno, se fijan en las alturas. ¡Quizá el Eterno Padre responderá á las preguntas de su Hijo! ¡Quizá su Esposo divino va á consolar á esta tierna Esposa, á esta que es su única paloma é inmaculada! ¡Esperanza inútil! El cielo está enlutado; el Dios de los siglos está de duelo por la muerte de su Hijo, y reina en su corte el silencio del sepulcro. Habla María á las criaturas, y todas le responden que Jesus es muerto. Lloran el firmamento, lloran la tierra, lloran los ángeles, lloran los discípulos, y todos dicen unánimes que lloran porque ha muerto su Dios, el Dios que se humanára en las purísimas entrañas de María.

Empezó entónces esta solitaria tórtola á hendir los aires con sus lamentaciones y gemidos, dando rienda suelta á aquellas lágrimas que, como argentados arroyuelos, corrian por sus mejillas. «¿Cómo es posible, decia, que el Señor, lleno de enojo, haya envuelto en tinieblas de amargas penas á Sion, su amada hija? ¿Cómo es que del trono elevado de la grandeza, en que, á la manera de un hermoso astro, resplandecería en el cielo, ha derribado en la tierra á la que ha sido el arca de su testamento? ¿Dónde estás, ¡oh Hijo mio? ¿Dónde estás, luz de mis ojos? ¡No respondes! ¡No hablas á tu Madre! ¡A tu Madre, que te crió á sus pechos, que te libró de mil peligros, y que daría por tí mil vidas que tuviera! ¡Yo no tenia en el mundo otro bien que tú, ni yo vivía ni suspiraba sino

por tí! ¿Cómo podré yo vivir entre los hombres faltando tú de mi lado? ¿Por qué te fuiste y me dejaste desamparada sobre la tierra? ¡Ya no veré aquellos ojos modestísimos, que, como luceros de la mañana, iluminaban mi alma! ¡Ya no oiré tu dulce voz, que alegraba mi corazón! ¿Por qué no exhalé yo mi espíritu con el tuyo? ¡Estuviéramos los dos oscurecidos con las mismas sombras; nos encubriría la misma losa; no me viera yo entónces tan desamparada, pues estando á tu lado lo tengo todo; hallándome léjos de tí, lo he perdido todo! ¡Clavos inhumanos! ¡Cruz deicida! ¡Me habeis dejado en la más espantosa soledad! ¡Habeis dado la muerte al Hijo más hermoso entre los hijos de los hombres, á Aquel sin el cual yo no puedo vivir!»

Hé aquí, amados míos, la horrenda soledad en que María se encuentra. Como Job, desea que llegue la aurora cuyas luces alejan de nosotros el pavoroso silencio, y apenas ha visto los primeros rayos del sol, suspira por la llegada de las tinieblas, para poder entregarse de nuevo al llanto y al gemido que libremente lanzamos en la soledad de la noche. Cuanto he dicho, apenas es débil bosquejo de lo que pasó el alma santísima de María en el desamparo en que quedó por la muerte de su Hijo. Vosotros esperábais que os dijese las cosas con magnitud natural; pero esto es efecto de vuestro corazón devoto; no podeis pensarlo como deseais, porque yo soy criatura limitada, y no me es dado penetrar en una region que no tiene límites. No basta ser hombre, ni basta ser ángel, para comprender con toda exactitud la soledad de María. Era infinito el objeto que perdió; por consiguiente, infinita era su soledad, infinito su desamparo. No, no me explicarán esta soledad los más sublimes talentos; no me la explicarán tampoco los ángeles, ni aun la misma Virgen sagrada, por su dignidad y sus glorias: tienen por principio un objeto infinito, y los dolores, los trabajos y

el desamparo que sufrió su corazón, son causados por este mismo objeto.

Venid, pues, ¡oh hijas de Sion! ¡Venid, almas devotas, fervorosos cristianos; venid al lado de vuestra afligidísima Madre! Derramad una lágrima á su lado, ofreciéndosela como prenda del amor que la teneis. Pronunciad palabras de consuelo, que serán para aquella alma afligida un bálsamo que mitigue el dolor de las heridas que le causó la muerte de su Hijo, para que, cuando Éste venga á consolarla el día de su resurrección, tengais la dicha de hallaros junto á vuestra Reina y participar de las alegrías que con tanta abundancia envía Dios á las almas que sufren por su amor, y podais decir con la Iglesia: «¡Aleluya, aleluya; Jesús se entregó á la muerte por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación!» Que deseo á todos. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

DE LOS

DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA.

SU TERNURA Y SU CONSTANCIA.

*Crucifixerunt eum, stabat autem juxta
cruce[m] Jesu, Mater ejus.*

Lo crucificaron, y estaba en pié junto á
la cruz la Madre de Jesús.

(JOAN., cap. xix, vers. 18, 25.)

Hacia poco tiempo que la Religión del Crucificado, despues de haber penetrado en todos los reinos y provincias, se mostraba señora de todos los corazones, teniendo á sus plantas los trofeos de las supersticiones idólatras, y en su rededor hijos innumerables que habia producido la tierra fecundada con la sangre de los mártires. Cuando, disipadas todas las nieblas del error y la mentira, y alejado de los hombres convertidos del culto de sus ídolos todo vestigio de supersticion empezaba la Iglesia á tributar á María los homenajes debidos á su incomparable dignidad, un hombre audaz y sacrilego intentó derribar con sus doctrinas pestilentes el edificio de grandeza en que estribaba toda la excelencia de esta criatura privilegiada, y por consiguiente los motivos que los fieles tenían para venerarla. Negábase á María la prerogativa de ser madre de Dios, y con esto desaparecian todas sus virtudes, todas sus grandezas, todo su esplendor, toda su gloria, quedando reducida á la clase comun de las

el desamparo que sufrió su corazón, son causados por este mismo objeto.

Venid, pues, ¡oh hijas de Sion! ¡Venid, almas devotas, fervorosos cristianos; venid al lado de vuestra afligidísima Madre! Derramad una lágrima á su lado, ofreciéndosela como prenda del amor que la teneis. Pronunciad palabras de consuelo, que serán para aquella alma afligida un bálsamo que mitigue el dolor de las heridas que le causó la muerte de su Hijo, para que, cuando Éste venga á consolarla el día de su resurrección, tengais la dicha de hallaros junto á vuestra Reina y participar de las alegrías que con tanta abundancia envía Dios á las almas que sufren por su amor, y podais decir con la Iglesia: «¡Aleluya, aleluya; Jesús se entregó á la muerte por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación!» Que deseo á todos. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

DE LOS

DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA.

SU TERNURA Y SU CONSTANCIA.

*Crucifixerunt eum, stabat autem juxta
cruce[m] Jesu, Mater ejus.*

Lo crucificaron, y estaba en pié junto á
la cruz la Madre de Jesús.

(JOAN., cap. xix, vers. 18, 25.)

Hacia poco tiempo que la Religión del Crucificado, despues de haber penetrado en todos los reinos y provincias, se mostraba señora de todos los corazones, teniendo á sus plantas los trofeos de las supersticiones idólatras, y en su rededor hijos innumerables que habia producido la tierra fecundada con la sangre de los mártires. Cuando, disipadas todas las nieblas del error y la mentira, y alejado de los hombres convertidos del culto de sus ídolos todo vestigio de supersticion empezaba la Iglesia á tributar á María los homenajes debidos á su incomparable dignidad, un hombre audaz y sacrilego intentó derribar con sus doctrinas pestilentes el edificio de grandeza en que estribaba toda la excelencia de esta criatura privilegiada, y por consiguiente los motivos que los fieles tenían para venerarla. Negábase á María la prerogativa de ser madre de Dios, y con esto desaparecian todas sus virtudes, todas sus grandezas, todo su esplendor, toda su gloria, quedando reducida á la clase comun de las

demás mujeres. Este error, como todos los demás que en los siglos pasados han puesto mil veces á la Iglesia en congojas terribles, no tuvo otro principio que la interpretacion arbitraria de la Escritura, prescindiendo del sentido que le da la Iglesia, único intérprete infalible y única depositaria de la revelacion. Si el impío Nestorio, uniéndose al espíritu de esta Iglesia, hubiese traído á su memoria aquel momento en que Jesus exhalaba sus últimos suspiros en el Calvario, ciertamente hubiera fijado sus miradas en la tierna y compasiva Mujer que, traspasada de dolor y anegada en lágrimas, se hallaba en pié al lado del patíbulo, lo que no pudiera hacer si no fuese madre, y madre de Dios. *Stabat juxta crucem Jesu Mater*, etc. (Joan, c. xix, vers. 18.)

Léjos estoy, amados míos, de poner á vuestra vista una demostracion sobre esta verdad, pues temeria ofender vuestra ilustrada piedad, tan adicta á los dogmas de la fé; y mucho más cuando estos cultos que hoy celebramos en honor de la Madre de Dios, son motivados por la devocion sincera de algunas almas que me oyen, y que cifran toda su dicha en presentar sus corazones á esta augusta Reina, en señal de amor y de gratitud. ¿Quién podrá dudar de la ternura maternal de María para con su Hijo Jesus? ¿Quién deja de conocer su heroica constancia al lado de la víctima del pecado? Conformes con la relacion del Discípulo amado, que fué el testigo ocular de los trabajos de Jesus y de los dolores de su Madre, vamos á examinar dos verdades que contribuyan á nuestra instruccion: en la una aprenderán las madres á prodigar á sus hijos los consuelos necesarios para alivio de sus tribulaciones; en la otra nos enseñaremos todos sin distincion, para hacernos superiores á todas las angustias y reveses del mundo, enemigo de todo aquel que quiera seguir las sangrientas huellas del Hijo de Dios. Las simples pero elocuentes palabras del Evangelista me su-

ministran el fundamento de estas reflexiones, que serán el objeto de mi discurso y el de vuestra atencion benévola. «Estaba en pié, dice el Evangelio, junto á la cruz la Madre de Jesus.» ¡Palabras sublimes y misteriosas! Hallarse al lado de un hijo que muere, es propio de una madre tierna y compasiva; pero estar en pié, sin desmayar entre tantas agonías ni sucumbir á la fuerza del dolor, es propio de una madre heroica; así, yo distingo en María dos personajes casi incompatibles con la débil naturaleza de una mujer, pero aunados íntimamente en María: la madre tierna y la heroína constante; como madre tierna, se une á su hijo para aliviar sus penas, tomando ella una parte considerable, hasta llegar al extremo de querer morir con él, si el cielo lo permitiera; como heroína, no se entrega á las consecuencias de su afliccion, ántes conserva su majestad, siempre inalterable, y una grandeza de ánimo envidiada áun de los ángeles. ¡Ah! Yo debiera callar despues de haber emitido estas ideas, dejando á vuestra piedad, á vuestro silencio y á vuestras lágrimas el ministerio instructivo más propio en el caso, del entendimiento que de la lengua, de la meditacion que de la voz.

Persuadido, pues, de mi insuficiencia, me postraré á las plantas de esta augusta Reina y Madre nuestra, y con el auxilio de vuestras oraciones, más fervorosas acaso que las mías, no dudo alcanzar la gracia que necesito para hablar con acierto de los dolores y constancia de María. No nos detengamos, pues, un punto; saludemos con toda la efusion y ternura que nos sea posible á la Reina de los mártires, diciéndola con el ángel:

AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE.

Para dar á conocer la tierna solicitud de María para con su Hijo paciente, basta decir que era su Madre. Registremos toda la innumerable série de los séres visibles, y por mucho que discurremos, jamás encontraremos uno que tanto llene el corazón como un hijo para su madre. Desde que ésta empieza á serlo, se forman relaciones tan íntimas, que no las puede abolir ni la misma muerte; por nueve meses continuos el hijo no vive sino con la vida de su madre, ni tiene otro alimento que el propio de la madre, y ésta sólo suspira por el día feliz en que, dejando el hijo el claustro maternal, pueda pasar á sus brazos, suspenderlo á sus pechos y entregarse sin cuidado á los trasportes de una alegría tan natural, tan justa y tan racional, como inspirada por el instinto y por la sangre. Estas simpatías casi materiales, ¿cuánto no se aumentan tan luego como la madre y el hijo forman dos séres enteramente distintos? ¿Qué indivisibles son las dos almas! ¿Qué identificados están los corazones! La alegría, el placer, el sentimiento y el dolor, todo es comun á una madre y á un hijo; de modo que, como afirma el Doctor angélico, aunque separado el hijo del útero materno, deja de vivir con la vida de la madre, los lazos de union mutua en vez de acabarse se aumentan con tanta mayor y más insuperable fuerza, cuanto excede lo moral á lo físico, lo racional á lo que es puramente instintivo.

Este amor que inspira la naturaleza recibe nuevos incrementos cuando se agregan circunstancias notables; más amor se tiene al hijo único que á una numerosa prole, porque la criatura limitada, á medida que reparte sus dones, tiene que privarse de ellos, y cuantas más sean las personas á quienes reparte, menor ha de ser la porcion de cada individuo; sí, el amor á un hijo único

es el más completo, el más extenso que puede haber en la naturaleza. Y si este hijo ha sido obtenido cuando era más inesperado, ó de un modo prodigioso, ¿habrá lengua que pueda explicar, corazón que pueda sentir la alegría de una madre, su cariño, su amor para con el objeto que es una parte de sus entrañas? Bien dan á entender esto las irremediables lágrimas con que lloraba la esposa de Tobías, sus pasos acelerados con que en medio de su ancianidad subía á los collados para ver si llegaba su único hijo, cuya tardanza era para su madre el anuncio de alguna desgracia. Bien da á entender esto el júbilo del santo patriarca Abraham y de Sara, su esposa, cuando el Señor les dijo «que á pesar de tener el uno cien años y la otra noventa, tendrían un hijo que les consolara en su vejez,» y al cual dieron un nombre que expresase la alegría que les causaba. (*Genes. xxi, vers. 6.*)

Esto supuesto, ¿cuál sería el amor de María para con su hijo Jesus? La brevedad de un discurso no permite que nos dilatemos en explicar los poderosos motivos que tenía para amarlo; sin embargo, preciso es decir alguna cosa sobre su concepcion, su nacimiento y su vida; aún no contára esta doncella tres lustros de existencia, cuando se ve sorprendida con una embajada celestial, en la que Dios le pide el consentimiento para que sea su Madre, y por un prodigio singular, viene á ser la vírgen más pura y la madre más fecunda; al dar á luz su hijo Jesus, todos los ángeles del cielo vienen á Belen por mandado del Padre, para que le rindan pleito homenaje como á su Dios y su Rey. (*Hebr. i, ver. 6.*) Pocos días despues ve postrados á sus piés á los sábios del Oriente, quienes atestiguan con sus palabras y donativos su divinidad y su grandeza unidas á la carne que toma de María. Y ¿por qué me detendré en enumerar otras circunstancias? ¿Por qué he de referir las alabanzas que se le prodigaron en el templo al ser presentado en él? ¿Por qué he de hablar de

los milagros de Jesus, de su doctrina, de su imperio sobre los espíritus infernales, y de tantas acciones portentosas, que todas refluían en honor de su Madre, como lo expresó aquella piadosa mujer que nos refiere el Evangelio? (*Luc.*, cap. 11, ver. 27). No quiero hablar de las dotes de aquella alma santísima unida á la divinidad desde el momento de la Creacion, ni de la hermosura de aquel cuerpo, cuya belleza nos pinta la esposa de los cantares, manifestando con figuras las más escogidas que su cabeza era blanca y rubia, más hermosa que el oro, sus cabellos como las flores de las palmas, sus ojos como los de las blancas palomas lavadas en las aguas cristalinas, sus manos blancas y torneadas: todo amable, todo suavidad, todo dulzura. (*Cant.*, v, vers. 10, 11, etc.) Baste decir que Jesus era hijo único de María: baste decir que el esposo de María era Dios, que su padre era Dios, que su hijo era Dios. ¡Oh amor inexplicable de María hácia Jesus! Infinito por su objeto, dejaba de serlo en María sólo porque se lo impedía el sér de criatura. ¡Madres cristianas! Si quereis comparar el amor de esta Madre para con su Hijo con el amor que vosotras teneis á los vuestros, comparais la nada á la existencia, las tinieblas á la luz y la tierra al cielo; vuestro amor está repartido entre muchos hijos y un esposo; mas no es así en María: Dios era todo de María, y María era toda de Dios; no se reconcentran en la concavidad de un vidrio los rayos del sol con la perfeccion con que el amor de María se reconcentraba en su Hijo divino; no se precipitan con tanta rapidez los rios caudalosos en el centro del Océano como el amor de María se internaba y se confundía en el seno de la divinidad; los serafines, al lado de esta criatura, no saben amar, porque si ellos aman á Dios por su bondad y perfecciones, María le amaba por ser su Hijo. Raciocinemos ahora: tiene el amor la propiedad de hacer comunes á las personas amadas los bienes y los males. ¿Cómo

se hallaria, pues, el corazón de María en la pasión de su Hijo? «Es verdad, dice San Bernardo, que muy de antemano estaba persuadida de que su amado Jesus tenía que morir; Dios no la habia ocultado sus designios, pues á los cuarenta dias despues de nacido la dijo por medio de un Profeta que su alma sería traspasada con el cuchillo del dolor; no ignoraba María que sus cuidados, prodigados con tanta ternura hácia él, sólo servían para alimentar y conservar una víctima para la expiacion de la humana descendencia; sí, cuantas veces veía sus manos y piés, los consideraba extendidos y horadados con el hierro de la cruz; cuantas veces contemplaba su cabeza, se le representaba toda agujereada con las espinas, afeada con la sangre, el sudor, el polvo y los esputos de sus enemigos; cuantas veces miraba aquellos ojos divinos, aquella boca suave, aquel pecho depositario de la divinidad, los veía hundidos con las agonías, lívidos por la falta de aliento y herido por la lanza cruel: todo esto es verdad; pero estas ideas, si bien entristecían el corazón de María, mas eran semejantes á las tempestades encerradas entre densas y negras nubes que, amenazando desde léjos, contienen al viajero en una pavorosa expectativa. Mas ¡ay! llegó el momento en que toda la ira del cielo descargaba sobre Jesus, en que los hombres se apoderaron del Justo, en que se reunieron los príncipes contra el unguido del Señor. ¿Qué designios sugerirá á María su tierno corazón? No le es posible arrancar de las manos impías la víctima del pecado, pues ella la ha ofrecido ya para el holocausto; y el deseo que tiene de la redencion humana es tan ardiente, que si el Padre Eterno se lo mandara, ella misma, con más valor y fé que Abraham, descargaría el golpe mortal en la cerviz de su Hijo amado. Inspirada, pues, por su amor, determina ponerse al lado de Jesus, aunque la cueste la vida. Vedla, pues, salir con paso firme y generoso del retiro donde permanecía. Los

padecimientos de su Hijo en los tribunales y en el pretorio habian sido, por decirlo así, privados. Sólo los pontífices y los escribas habian sido testigos de las ignominias que ejecutáran ellos mismos con Jesus en medio del concilio. Prendido á favor de las tinieblas de la noche, habia sido conducido con rapidez del conciliábulo de Caifás á la prision, de la prision al pretorio romano, y en él, despues de haber sido azotado con crueldad y coronado con ignominia, se le dió la sentencia de muerte, ocasionada por la vocería de un pueblo furioso, cuyos ecos resonaron en el corazon del juez más que la inocencia de Jesus; y desde este punto María se constituye compañera de los tormentos de su Hijo.

¡Oh corazon de madre la más tierna! Sale su Hijo arrastrando por las calles de Jerusalem el ignominioso y pesado madero; al son de la trompeta militar camina toda una ciudad, dirigiéndose hácia una montaña cuyos cerros blanquean á lo léjos con las innumerables osamentas de los ajusticiados privados de sepultura; los gritos del populacho, hiriendo los oidos de la afligida madre, la dan á entender que están cerca de la puerta que daba para el Calvario. ¿Quién detendrá sus pasos generosos? ¿Quién podrá ahorrar á María el momento de dolor al encontrarse con su Hijo? Nadie; el amor la hace correr, volar y precipitarse, sin que puedan contener sus pasos las masas, que cual enfurecidas olas del mar se agitan en todas direcciones. Se presenta á su Hijo. ¡Oh momento cruel! Jesus habia caminado sin levantar sus hermosos ojos, y al llegar á la última calle, los eleva con modestia y ve ¡ay! á su desventurada Madre, cuyos ojos, eclipsados con las muchas lágrimas, se dirigen á los suyos, cubiertos de la tristeza présaga de la muerte; pero ¿á dónde vas, Madre, la más desgraciada entre las mujeres? ¡Vuelve tus pasos atras, y allá, en tu retiro, dad rienda suelta á vuestras lágrimas por la muerte próxima de vuestro Hijo! Pero

no es esto lo que quiere María, no, amados míos; ha sabido que Jesus, agobiado con el peso del madero, y atropellado por los furiosos judíos, ha caido ya tres veces en su camino. Si no le es permitido librarle de tanto tormento, su corazon la impele á que se presente á Él y le ayude á llevar la carga. Yo la contemplo en aquel momento dirigiéndole la palabra, más expresada con las miradas que con la voz, suplicándole con encarecimiento que ponga aquella cruz sobre sus hombros, que eche aquella sogá á su cuello y ponga las espinas en su cabeza. Ella ha sido Madre tierna en los treinta y tres años de su vida, y no quiere desmentir su amor en la muerte; desea prodigarle sus cuidados, desea mezclar sus suspiros con los de su Hijo, y áun su sangre, si acaso el verdugo tuviese licencia del cielo para sacrificar dos víctimas. Para esto sale al encuentro de su Hijo; para esto sigue sus sangrientas huellas, y para esto, en fin, se pone al lado de la cruz: *Juxta crucem Jesu, Mater ejus.*

¡Ejemplo sin igual de un amor puro y tierno! Con él nos enseña María á exponernos á todos los trabajos por amor de Dios y para alivio de nuestros hermanos; y en verdad, amados míos, cuando el amor divino ha encontrado un santuario en el corazon, ¡qué impulsos tan generosos no recibe éste! ¡De qué acciones no es capaz! Aunque todas las criaturas se conjuren contra él, los reputa á todos como enemigos débiles, y, como otro David, los desprecia, porque Dios es la luz que le ilumina, la salud que le fortifica; y ¿á quién temerá? El Señor protege su vida; y ¿de quién temblará? Por más que se armen los enemigos, por más asechanzas que le pongan, espera en Dios, y nada teme. Este amor sobrenatural de María, unido al natural de madre, es el que la ha conducido al pié de la cruz. ¿Qué le importan los desprecios de los pontífices, los sarcasmos de los escribas ni el furor de los sicarios, cuando, por aliviar á su Hijo mori-

bundo, Ella se ofrece á los perseguidores? Y si no fué mártir en el cuerpo, no fué ciertamente sino porque el verdugo no se atrevió á sacrificarla, como dice el devoto San Ildefonso. (*Serm. de Assumpti. B. V. M.*) Contemplad, pues, este espectáculo, amados míos; crucificado el Salvador, es elevado sobre la cima del Calvario, y al extender su vista, se mira circuido por todas partes de enemigos encarnizados; unos le han dado á beber hiel y vinagre; otros vomitan de sus infernales bocas blasfemias é insultos; por una parte oye los descompasados acentos de los ladrones que se hallan á su diestra y siniestra; por otra la algazara del pueblo y de los soldados, y entre tanto, rotas las artérias de sus piés y manos, y abiertas sus venas, empieza á correr su sangre y á regar el suelo; todo su cuerpo está sin movimiento por hallarse sujeto al madero con crueles esarpas; la única parte capaz de movimiento es su sagrada cabeza, y al inclinarla se dirigen sus miradas moribundas hácia la Madre compasiva. *Juxta crucem Jesu, Mater ejus.* Justamente se queja Jesus del abandono en que se encuentra; tres años empleados en enseñar al pueblo el reino de Dios, no han hecho impresion alguna en aquel pueblo tan ostentoso y alegre por su suplicio; tantos beneficios prodigados á sus discípulos han sido postergados en los momentos de tribulacion, pues todos le han abandonado; el cielo ha cerrado la puerta á todo consuelo; los ángeles han perdido la fortaleza para defender á su Criador; el Padre no ve en Jesus crucificado un Hijo digno de sus complacencias, sino un Hijo cargado con los pecados de todos los hombres, un Hijo lleno de ignominias, y que es preciso beba hasta las heces del vino de su furor; con razon, repito, Jesus se queja de un desamparo tan extremado; pero ¿podrá dirigir sus quejas á María? ¡Oh, no! Ella se ha puesto á su lado para unir sus suspiros con los de su Hijo, para acompañar sus do-

lores con sus lágrimas; Ella padece la misma sed, sufre las mismas espinas, está abrevada con los mismos improperios, clavada con los mismos clavos. Jesus y María son una misma víctima, semejantes á dos olas que se chocan y cuyas aguas se compenetran y se unen; los tormentos del Hijo vienen á caer en el corazon de la Madre y se identifican con Ella. Sí; Ella le presenta su corazon traspasado de dolor, y esto sólo es el único consuelo de Jesus, mayor que el que pudieran darle todos los discípulos, cuya cobardía los habia alejado del teatro de la pasion. *Juxta crucem Jesu, Mater ejus.*

Para comprobar esta verdad, no necesitamos salir del Evangelio; Jesus agradeció tanto á su Madre esta ternura, que ántes de morir, como dice San Agustin, viendo su desamparo, la proveyó de un hijo que la cuidase y alimentase (*Tract. 119, In Joan.*), sustituyendo su persona en la del amado Discípulo, cuyo especial amor y solicitud por María empezó desde aquel mismo instante. *Et accepit eam discipulus in sua.* Hé aquí, amados míos, un modelo de amor verdadero que nosotros debiéramos imitar, haciéndonos todo para todos, como enseña el Apóstol, y prodigando los oficios de caridad hácia los atribulados, aunque el mundo nos persiga. Habeis visto en María una Madre tierna, y ahora os demostraré que fué una heroína, la más constante, objeto de mi segunda parte.

SEGUNDO PUNTO.

Por mucho que sea el valor de un corazon, y aunque tenga toda la fortaleza de los héroes, hay momentos en la vida en que sucumbe á las impresiones que causan en él las desgracias extremas; no le es posible guardar su serenidad, y, á pesar suyo, se turba, se entristece, se acongoja, y prorrumpe en tristes y lamentables gemidos. Á primera vista parece increíble, amados míos, que el magná-

nimo corazón de María no se derritiera á la vista del espectáculo cruel de un Hijo moribundo; se me hace imposible creer que guardara tanta majestad y serenidad aquella frente divina cuando toda la naturaleza y su Autor se hallaban consternados. Todo cuanto existe, llora; lloraba su Hijo, como afirma el Apóstol (cap. v, vers. 7, *Ad Hebr.*), y lloraba con voces clamorosas: *Cum clamore valido et lacrymis*; lloraba el cielo, encubriendo sus rayos entre densas y negras tinieblas; lloraba la tierra, dando sacudidas espantosas, temerosa de ver su superficie regada por la sangre de un Dios; lloraban los muertos, pues se levantaron las lápidas sepulcrales, no queriendo ya encubrir en su seno tenebroso las cenizas yertas é insensibles; lloraba toda la naturaleza la muerte de su Criador; lloraban los ángeles las ignominias de su Rey; y ¿María no llora? ¡Ah! Yo no dudaré afirmar que lloró, pues la Iglesia no duda cantar que estaba en pié junto á la cruz la dolorosa Madre, envuelta en mares de amargas lágrimas. *Stabat Mater dolorosa, juxta crucem lacrymosa*. Lloró sin consuelo, y sus lágrimas surcaron sus hermosas mejillas.

Mas no se crea que la tierna Madre dejase de ser la heroina constante y valerosa; no penseis que los gemidos de María fueron tan estrepitosos como los de las madres comunes, para cuyos llantos el aire no tiene bastante espacio para recibir sus ecos; las lágrimas de María fueron semejantes á las cristalinas aguas que con dulce y suave susurro salen del copioso manantial situado entre blancas piedras. Su gemido fué como el de la mansa tortolilla, cuyos dolorosos ayes penetran con suavidad los silenciosos desiertos; y en medio de ellos conservó su valor heroico, su actitud modesta y virginal; y, como dice San Ambrosio (*De institut. virg.*, cap. vii), miraba con ojos piadosos las llagas de su Hijo, por las cuales sabia que vendria la redencion de todos, «y con una constancia sin-

gular estaba en pié junto á su cruz, como si nada pasase en aquel corazón traspasado de parte á parte con la espada del dolor.» *Stabat juxta crucem*. Estaba en pié. ¡Oh, qué valor! Voy á presentaros aún por una vez lo que sucedia en la Madre piadosa cuando su Hijo iba á espirar, pues en aquel momento se excedió á sí misma en la fortaleza que demostró. ¡Ver morir á un hijo! Madres cristianas, decidme lo que pasó por vuestro espíritu cuando por la última vez estrechásteis en vuestros brazos al hijo querido, cuyo espíritu fugitivo iba á penetrar en la region de la eternidad mezclado con vuestros lamentos. ¡Qué convulsiones! ¡Qué desmayos! ¡Qué dolor! Pero... baste; léjos de mí el cruel placer de abrir y renovar las profundas llagas de vuestro corazón, cerradas ya con el tiempo, que como bálsamo eficaz cura las heridas causadas por la muerte de nuestros hermanos. Mas, entre tanto, considere cada uno cuál sería el dolor de la piadosa Madre al contemplar á su Hijo muriendo, no ya reclinado en su seno suave, sino en un madero; no ya en sus brazos, sino en los de la cruz; allá recoge María los últimos acentos que su Hijo exhala; allá le da su último y cruel adios. ¡Qué tormento ver á su Hijo desnudo en medio de un populacho soez, y no poder servirse de su propio manto para cubrir sus inocentes y virginales carnes! ¡Ver aquel rostro tan deseado de los Patriarcas, aquel rostro alegría de los ángeles, aquel rostro que tantas veces habia abrigado en su seno y brazos; verlo, digo, oscurecido con la sangre, denegrado con el polvo, afeado con la fatiga, y no poderlo lavar con sus lágrimas! ¡Oír aquella voz que se quejaba del abandono en que se veia, y no poder ampararlo! ¡Oír que tenía sed, y no poder aplicar á sus labios desecados ni una gota de agua! ¡Verlo espirar, como dice el devoto Bernardo, y no poder morir con Él! ¡Oh momento fatal! ¡Oh martirio cruel! Y con todo, María está en pié; los tormentos no la hacen desmayar; los dolores no turban

su magnánimo corazón. Semejante al robusto tronco del cedro del Líbano, aunque los huracanes desgajen sus ramas y huyan pavorosas lasavecillas que se refugiaban en su copa, él queda inmóvil, porque tanta es su robustez exterior como la fuerza de sus profundas raíces; así María, por más que se pasmen los cielos, por más que tiemble la tierra, aunque se rompan las piedras, aunque se abran los sepulcros, aunque se desquicie toda la naturaleza, Ella está firme é inmóvil junto á la cruz de su Hijo. *Stabat juxta*, etc.

Grande fué el heroísmo que debió de tener Sara para permitir que Abraham saliese con su hijo á la montaña del sacrificio; porque era el sosten de su ancianidad, el hijo de bendición, el hijo obtenido contra toda esperanza, y por consiguiente, su amor hácia él era el más grande que hubiese tenido madre alguna. Pero ¿qué es el valor de Sara comparado con el de María? Porque si Abraham levanta la cuchilla, si la sangre de su hijo riega el altar, si sus carnes son consumidas por el fuego, nada de esto ha de afectar los sentidos de su madre, que, léjos del lugar de la oblation, llora por la víctima, sin ser testigo de sus dolores. Pero ¡ver arrastrar á su Hijo como á un malvado! ¡Oír los golpes de los martillos! ¡Presenciar la dureza de los clavos! ¡Ser testigo de sus agonías y no morir, estaba reservado para la mujer fuerte! Ve María cómo, con un orden de inaudita barbarie, van extendiendo los verdugos los piés y manos de Jesus; ve que la mejor porcion de sus entrañas es desgarrada con ferocidad por hombres encrudelecidos, y no se descompone, ni se queja, ni habla una sola palabra: *Stabat juxta crucem*. Y ¿es posible tanto valor en una madre? El amoroso Pedro, al ver el atrevido arrojode los satélites contra su Maestro, se enardece, desenvaina su espada, y precipitándose con valor en medio de la chusma, y al primer golpe, echa abajo la oreja de Malco, y ¿María, en quien palpitaba un co-

razon de Madre, se está quieta é inmóvil cuando el horrendo sayon despedaza á su amada prenda? Sí, amados míos; pero no nos admiremos. María era Madre de Dios, y tanto era su amor y ternura, como su valor y constancia. Os pido renoveis vuestra atencion benévola, pues voy á describiros un misterio de piedad encerrado en la oblation del Hijo y en el heroísmo de la Madre.

Dios habia determinado perdonar al hombre mediante la muerte de su Hijo, siendo ésta la más cruel é ignominiosa que imaginarse pudiera. Y así como el primer hombre no ofendió á su Criador sino con el concurso de la mujer, así tambien Jesucristo rompería el decreto de proscripcion, padeciendo en union de otra mujer. De este modo, el cáliz de Jesus lo es de su Madre; los tormentos, las espinas, los clavos, igualmente traspasan el cuerpo del Hijo y el corazón de la Madre. ¿Qué prodigio, pues, de constancia es éste, amados míos, que Jesus muere á fuerza de dolor, y María aún está en pié? Tan abandonado se ve el Hijo como la Madre, y ¿Aquél se queja y Ésta calla? Mas ¡ay! María no muere, porque el cielo la conserva para soportar otros tormentos aún, despues que Jesus haya espirado. Si en los postreros momentos de su vida el cielo la ha negado el rocío de consuelo que jamás escasea á las almas justas, despues de muerto se ha vuelto de bronce. Concluyeron los dolores del Hijo, y empiezan de nuevo los de la Madre. No contentos los sicarios con haber saciado su furor al crucificarle, intentan nuevas atrocidades despues que ha espirado. Un soldado furibundo y desalmado se llega junto á la Madre desconsolada, y enristrando su lanza, abre el pecho sagrado del difunto. ¡Oh constancia de María! Este golpe no hiere ya á Jesus, que se halla exánime, pero hiere el corazón de María, que está viviendo junto á su hijo, y, esto no obstante, está invulnerable como un diamante. No parece sino que, animada de una fuerza divina, se puso á pelear mejor que Jacob

mano á mano contra el cielo. Sí; la lanzada, dice San Bernardo, nada pudo hacer al Cuerpo difunto de Jesus, pero atravesó de parte á parte el Corazon de María. ¡Oh Madre la más heroica! si la vanidad hizo esculpir sobre la lápida de una heroína antigua que era más fuerte que los hombres, la verdad nos hará decir que tú eres más fuerte que los ángeles; yo no dudo en esté momento poder decir lo que el Angel dijo á aquel Patriarca: *Contra Deum fortis fuisti*. Habeis resistido pecho á pecho á la fuerza de Dios. (*Genes.*, xxxii, vers. 23.)

Sí, amados míos: la fortaleza del corazon de María era más que humana para ser superior á tanta pena. En el órden natural de las cosas no vemos un ejemplo semejante. ¿Qué madre hay en el mundo que no deje á otros el cuidado de amortajar al hijo que murió en sus brazos? ¿Qué corazon se encuentra que pueda resistir á las impresiones funestas que causa la vista de un cadáver exánime en quien poco ántes habitaba una alma enteramente unida con la de sus progenitores? Sólo el corazon de María es superior á tamañas desventuras. Sentada al pié de la cruz, se apresta para recibir en su regazo al cuerpo difunto de su hijo Dios, aunque en aquel acto se renueven en su corazon todas las heridas que Él habia recibido. *Fortis contra Deum*. Ella lo estrecha mil veces en su sagrado pecho; Ella acaba de limpiar su figura con sus lágrimas; Ella saca las espinas que le habian quedado en la cabeza; Ella, por fin, sostiene en sus brazos débiles al Dios fuerte, al Dios de las virtudes, bajo cuyo peso tiemblan las alas de los querubines. *Contra Deum fortis*. Y, últimamente: Ella lo lleva al sepulcro privándose del último consuelo que le habia quedado de ver siquiera el cuerpo muerto de su Hijo. Vamos internándonos de tal modo en el laberintoso caos de los dolores de María, que nos vemos obligados á retroceder.

Los caminos de Sion lloran, y sus hijas hinchen los aires con sus lamentosos ayes; se hallan despavoridos los discípulos, inconsolables las santas mujeres: ya murió Jesus; mas su imágen no se aparta de la vista de María; siempre tiene ante sus ojos aquella cruz afrentosa, aquella cabeza taladrada, aquellos ojos hundidos, aquella boca rasgada, aquellas mejillas pálidas, aquellos cabellos mesados, aquel Calvario deícida. ¡Ah! Aquel Jesus que llenaba el corazon de María; aquel Jesus, principio y fin de sus pensamientos, pregunta por Él á los discípulos, y no responden; á la naturaleza, y calla. ¡Oh cruel martirio el de María! *Fortis contra Deum*. Nos admira la constancia de los Vicentes y Lorenzos, de las Aguedas y Cecilias; nos parece cosa extraña cómo resistieron á los tiranos, cómo vencieron los tormentos; pero ¿qué tienen que ver las torturas de todos los mártires con los dolores de María? No eran estos dolores de un dia, ni de un año; toda su vida fué un martirio cruel; la memoria de los tormentos de su Hijo rasgaba su alma con más furia que lo hicieran los tiranos con sus mártires; el considerarlo muerto, era el mayor suplicio que pudieran darla los verdugos; y con todo esto, su corazon les hace frente, y si Dios no la hubiera llamado al cielo para coronarla, aún viviera, sin que los tormentos hubieran acabado con su vida generosa: *Fortis contra Deum*.

Basta, amados oyentes, basta: yo veo vuestros corazones conmovidos con la consideracion de la ternura y heroismo de esta amable criatura; ni yo puedo continuar, porque los dolores de María son inefables, son un piélagos inmensurable, un horizonte sin límites, y así dejo á vuestros entendimientos el trabajo de acabar de discernir lo que mi lengua no puede pronunciar; pero siempre os diré que María al pié de la cruz es el modelo más acabado de la ternura maternal, y el tipo en que nos hemos de

mirar para salir sus imitadores. Como cristianos, nuestro amor á nuestros hermanos ha de ser grande, como lo fué el de María, y el que tengamos á nuestro Dios no ha de conocer término ni medida; y de él ha de salir aquella fortaleza que no conoce peligros, que arrostra con todos los obstáculos, que vence todas las dificultades y nos hace en el servicio de Dios y en el sacrificio que debemos hacer de nosotros por el prójimo, superiores á los ángeles y á los hombres, á los principados y potestades, á los tormentos, á las persecuciones, á la espada y la muerte. (*Ad Rom.*, cap. viii, vers. 38.)

¿Hasta cuándo, pues, seremos insensibles á un llamamiento tan eficaz como éste? ¿Hasta cuándo demostraremos nuestra debilidad, hijos de María, porque lo seremos en el nombre? Al pié de la cruz nos engendró, «y allá, dice el Damasceno, padeció todos los dolores de que habia escapado al dar á luz á su hijo natural.» (*Lib. iv, De fide Orthodox.*) No desmintamos, pues, lo que somos; la mayor gloria de los hijos es ser un vivo retrato de sus padres; teniendo una Madre tan tierna, no nos hagamos de bronce para con nuestros hermanos afligidos; teniendo una Madre tan heroica, no sucumbamos á los ataques del mundo ni á las asechanzas del demonio. Sea María nuestro modelo en el sufrimiento de los trabajos de la vida, y ella nos ayudará á sobrellevarlos con el heroismo y valor que desplegó al pié de la cruz.

Sí, Madre la más tierna; de vuestro amor para con los hombres lo esperamos todo; no dudamos que siempre nos habeis de proteger; y persuadidos de esta verdad, no tememos al mundo ni al demonio, aunque nos acometa con toda su furia; recibid, pues, nuestros corazones; mirad como tierna Madre por todos los que estamos en este sagrado recinto; derramad copiosas gracias sobre las almas dichosas que han consagrado este día á vuestra memoria, y si algun día la aflicción ocupare su corazón,

enjugad sus lágrimas, pues con vuestra mano caritativa todos los trabajos se dulcifican. Seamos todos hijos tiernos de María, y Ella será dulce Madre; imitemos su valor y constancia en esta vida, y en el cielo seremos compañeros de su gloria; que os deseo en el nombre del Padre, etc. Amen.



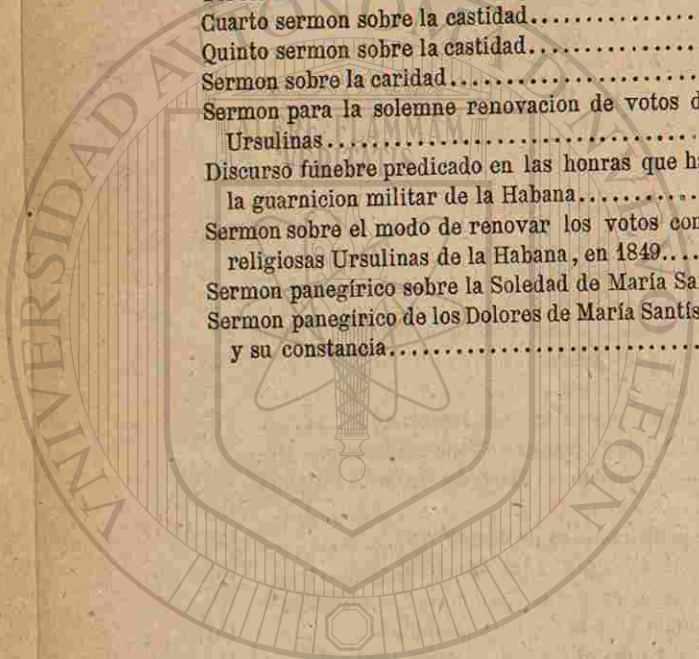
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

ÍNDICE

	Págs.
Sermon moral sobre las diversiones del Carnaval.....	5
Sermon moral sobre el escándalo.....	21
Sermon moral sobre la vana curiosidad.....	37
Sermon moral sobre la caridad fraterna.....	59
Sermon dogmático sobre los motivos que tuvo Jesucristo para instituir el sacrificio de la Eucaristía.....	73
Pasion de Nuestro Señor Jesucristo.....	87
Sermon del descendimiento y sepultura de Jesucristo.....	117
Meditaciones sobre la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo.—Meditacion primera.— Jesucristo se despide de su Santísima Madre.....	133
Meditacion II.—Sobre la última cena de Jesucristo.....	142
Meditacion III.—Jesus lava los piés a los Apóstoles.....	149
Meditacion IV.—Jesus prepara á sus discípulos á la institucion del Santísimo Sacramento y á la Sagrada Comunión.....	157
Meditacion V.—Jesus instituye el Santísimo Sacramento.....	164
Meditacion VI.—Jesus da la Sagrada Comunión á los Apóstoles.....	173
Meditacion VII.—Sermon de la Cena.....	182
Meditacion VIII.—Jesucristo da gracias despues de la cena, y sale hácia el huerto de Getsemani.....	192
Meditacion IX.—Jesus ora en el huerto de Getsemani.....	202
Ejercicio devoto para considerar lo que padeció Nuestro Señor Jesucristo en la cárcel la noche de su Pasion santísima.....	213
Sermon panegírico sobre la preciosa sangre de Nuestro Señor Jesucristo.....	239
Sermon panegírico sobre los Dolores de Maria Santísima, en que se explica cuál es la vida que nos asemeja á Dios.....	257
Sermon panegírico sobre la Soledad de Maria Santísima Nuestra Señora.....	277
Sermon para el viérnes de Pasion.....	293
Sermon sobre la locura del incrédulo.....	317
Sermon sobre la criminalidad del incrédulo.....	333

Sermon sobre cuán desgraciada es la suerte del incrédulo en este mundo.....	349
Sermon moral dogmático sobre la importancia de la salvacion del cuerpo.....	365
Sermon sobre la castidad.....	381
Segundo sermon sobre la castidad.....	397
Tercer sermon sobre la castidad.....	417
Cuarto sermon sobre la castidad.....	441
Quinto sermon sobre la castidad.....	461
Sermon sobre la caridad.....	481
Sermon para la solemne renovacion de votos de las religiosas Ursulinas.....	494
Discurso fúnebre predicado en las honras que hace anualmente la guarnicion militar de la Habana.....	507
Sermon sobre el modo de renovar los votos con fruto, para las religiosas Ursulinas de la Habana, en 1849.....	520
Sermon panegírico sobre la Soledad de María Santísima.....	531
Sermon panegirico de los Dolores de María Santísima. Su ternura y su constancia.....	547

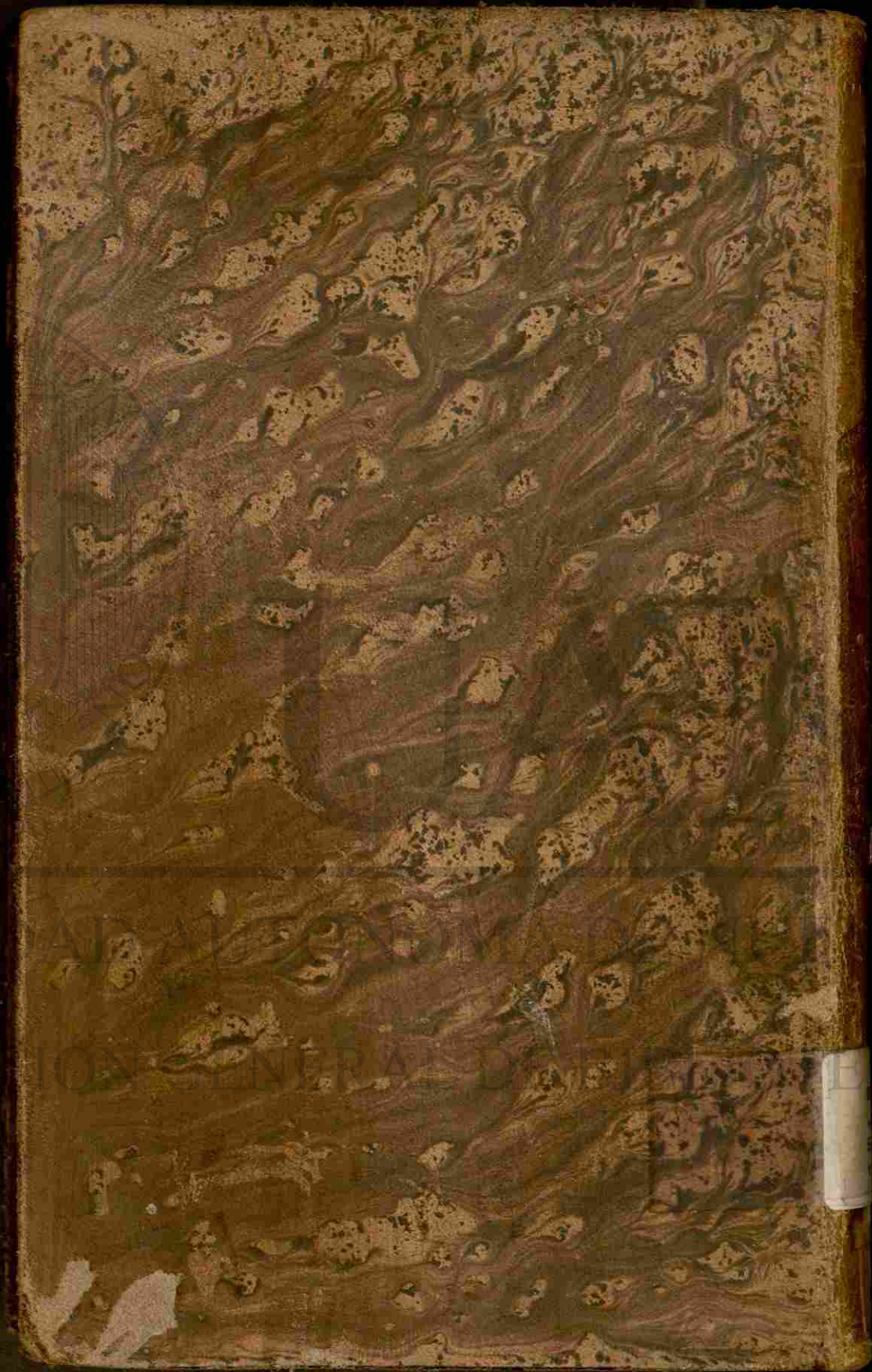


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





No intento hablar de los estragos de la herejía: en cuanto á los que la profesan, tiempo há que se hallan léjos del centro de la fé, y nuestro único cuidado sólo debe ser llorar la pérdida de tantos hermanos, y pedir al Padre de las misericordias que se abrevien los tiempos de su conversion. Pero voy á introducirme en el centro del Catolicismo, y aquí es donde os he de manifestar que hay pocas almas religiosas; y la causa es la vana curiosidad, contra cuyos escollos han naufragado la fé y la moral de nuestro siglo. ¡Curiosidad vana, mejor diré, sacrilega! Puso Dios á los hombres en este mundo, dice el Espíritu Santo, para que investigasen diligentes cuanto pasa debajo del sol, ocupacion penosa, pero necesaria: *Hanc occupationem pessimam dedit Deus filiis hominum;* porque, viciado el hombre por el pecado, cayó insensiblemente en un estado de estupidez é ignorancia, de la cual no sale sino á fuerza de trabajo y estudio; y á esta investigacion debemos los adelantos en la filosofía y ciencias naturales, cuyo total conocimiento aún no hemos alcanzado, porque los grados de estas ciencias son casi infinitos, y siempre se escapan á nuestras inquisiciones. Y, en efecto, los matemáticos más adelantados, los físicos más experimentados, los filósofos más profundos, ignoran una infinidad de problemas irresolubles; no pueden dar con las causas de innumerables efectos, y quedan atónitos en sus meditaciones, precisados mil veces á dejar la pluma, á suspender sus cálculos, á abandonar sus tareas, por no exponerse á un trastorno cerebral; siete mil años há que buscan los hombres la causa del flujo y reflujo del mar, la de la atraccion del iman y del acero, y nadie lo sabe; otro tanto há que se analizan las plantas, se buscan los insectos, se examinan sus instintos, y apenas conocen los hombres una pequeñísima parte de aquéllas, siendo aún un misterio para todos las operaciones que vemos en los animales. Estamos rodeados de misterios, no compren-

demos nada de cuanto nos rodea, no nos comprendemos á nosotros mismos, y ¡cosa extraña! ¡locura de los hombres! ¡curiosidad sacrilega de los filósofos de nuestra edad! los hombres han querido comprender al Sér Infinito, su Religion, sus misterios y su divinidad; se han atrevido á preguntar á Dios lo que preguntaron los fariseos á San Juan Bautista: *Tu quis es?* ¿Quién eres tú? ¿Qué dogmas son esos que nos propones? ¿Qué leyes esas que nos prescribes? Se acercaron al Santuario de la Divinidad, inaccesible á la débil razon; quisieron descorrer el velo que encubre su Majestad infinita; se encontraron oprimidos con el peso inmenso de su gloria; vieron ante sí un horrendo abismo, cuyas sendas no podian investigar, y despechados porque su curiosidad no podia franquear barreras inmensas, ridiculizaron los misterios, profanaron los arcanos divinos, y redujeron á sarcasmo y burla las sacrosantas verdades de la Religion; y publicando volúmenes sin cuento, dieron á luz las producciones más sacrilegas, en que la Religion aparecia, no como una cosa divina, sino como una feliz invencion de un entendimiento humano, más agigantado en sus conceptos que los demás; y si algo se le concedia de divino, su autor era tratado en sus verdades de ridículo, en sus castigos de cruel y tirano, y en sus recompensas de arbitrario. A todo esto se atrevió la curiosidad humana.

Pero la generacion actual es más desgraciada que la última, en que se vieron tales hombres; una detestacion universal que sufrieran de sus contemporáneos debía haber cubierto sus obras entre las cenizas de su sepulcro, y así estarían olvidados; pero ¡qué infortunio! estas producciones impías, no sólo se han multiplicado, sino que se encuentran por todas partes impresas con magníficas orlas, con viñetas exquisitas, encuadernadas, doradas y compuestas con todo lujo para atraer la curiosidad, y ciertamente no se engaña el demonio, que es el

autor de tanto progreso. Sí; la curiosidad hace registrar estos libros: se abren por pura curiosidad, se encuentran gracias y donaires sin número, frases pomposas y dulces al oído, se lee una página, se toma el gusto para continuar; á poco ya falta el tiempo para leer; se devoran los volúmenes, é insensiblemente va entrando el tósigo en el alma; de modo que por una curiosidad, el que al empezar era cristiano, luégo duda, despues vacila, y al fin, encantado de las bellezas de aquel espíritu que no respira sino amabilidad y dulzura, le da la razon, se une á su partido, se instala bajo su bandera, y al concluir el libro, ya no es un verdadero creyente, sino un impío, un incrédulo consumado. Se quejan á cada paso los padres de familia de que sus hijos no les obedecen, de que no pueden convencerlos para que se lleguen al sagrado tribunal de la penitencia, de que apenas tocan los tres lustros de edad se emancipan de su dominio y andan sin freno; dicen que esto es incomprendible, y que nunca se ha oido tanta desventura. ¿Quién lo duda? Jamás han visto las generaciones tanta insubordinacion, jamás tanta indiferencia; pero esto no es incomprendible: yo lo comprendo muy bien, y vosotros no lo habeis de ignorar desde este punto; la curiosidad ha puesto en sus manos los libros pestilentes: han leído en ellos que el hombre no debe amar á sus padres sino el tiempo que los necesita; han visto que la razon debe medir, juzgar y entender cuanto se le propone, y lo ha de admitir ó desechar segun le agrade; estos principios han halagado sus pasiones, han abogado por sus inclinaciones perversas, les han inspirado un deseo de libertad desmesurada, les han enseñado á mirar con horror al que quiera sobreponérseles, y la consecuencia inmediata es que ni respetan á sus mayores, que desprecian la Religion con sus prácticas, que tienen á desprecio y vileza el doblar su rodilla ante el Dios que los crió. Ved la fé casi destruida en la tierra,

en Europa y en América por la vana curiosidad; y si no creéis á mis palabras, observad las obras: si se nos presentase la lista de los que se confiesan en el Catolicismo, veríais que, para uno que se llega al tribunal sagrado, hay mil que lo desprecian; si se examinase el número de verdaderos creyentes, ¡ay, amados míos! yo tiemblo en decirlo, «entre mil no hay dos,» porque los unos han adoptado las máximas de la incredulidad, y los otros tienen una fé sin obras, fé que el apóstol Santiago compara á un cadáver.

Á esta curiosidad sacrílega va unida otra no ménos abundante en desastres que la primera, y es la curiosidad con que se leen otros libros que, si no tienen caracterizado el sello de la impiedad, llevan el de la inmoralidad, y ésta, aunque no es tan funesta en sí misma, pero acaso lo es más que la otra por sus consecuencias; es decir, por hallarse propagada en todo sexo, edad y condicion, y porque con un veneno disimulado arruina y estraga almas infinitas: hablo de las novelas, romances, dramas é historietas en cuya lectura pasan dias y noches las gentes de nuestra edad nefasta; libros que se encuentran á cada paso en las manos de los jóvenes, en los salones, en los tocadores de las niñas más tiernas; al preguntar á nuestro siglo elegante por qué se entretienen sus prosélitos en tales lecturas, se nos responde que por una mera curiosidad, para divertir la imaginacion y para poder tomar la palabra en las reuniones, y no pasar por idiota. ¡Triste curiosidad! Con ella se imbuyen los ánimos en ideas de amores, en episodios de galantería, entrando la pasion en el corazon con tanto mayor disimulo, cuanto más paliada se encuentra con las artificiosas composiciones de la virtud que aparentan. ¡Ah! Si el celo del Apóstol tronó, á la manera del rayo, contra los habitantes de Éfeso, sólo porque andaban tras de libros que trataban de astrología: *qui fuerunt curiosa scitati* (Act., xix,

19), ¿cómo fulminaría contra la curiosidad de leer tanta novela, si ahora viniese al mundo? Mas no necesitamos que hable el Apóstol; con voces las más enérgicas han hablado los sucesores de Pedro, y en varias Encíclicas, llenas de sabiduría inspirada, han descubierto minuciosamente toda la malicia de semejantes producciones y los peligros á que conducen á los hombres, porque, más fuertes que las malas compañías, al paso que podemos abandonar éstas, no lo hacemos tan fácilmente con los libros, que van y vienen con nosotros, duermen á nuestro lado y penetran hasta en aquellas casas honradas en donde no hubiera puesto el pié el autor que los dió á luz; así habla Clemente XIII.

Sin embargo, la vana curiosidad les da entrada en todas partes, y esto ha causado la pérdida de la moral santa del Evangelio; y si no, decidme: ¿no es verdad que en la edad en que las jóvenes no debieran pensar sino en entretenimientos indiferentes, pasan sus días hablando de partidos, de enlaces, de proporciones y de desposorios? ¿No es verdad que aquellos rostros, que no debieran respirar sino candor y simplicidad, se ven demudados y pálidos, demostrando en sus facciones las impresiones fuertes que hay en el corazón? Sí, joven incauta; despues que la curiosidad puso en tu mano aquella novela, tu corazón no supo lo que era la calma y la paz; pronto se levantaron en él olas espumantes que lo combatian; pronto empezaste á desear representar aquel papel que tanto te encantaba; deseaste los obsequios, las visitas, las conversaciones furtivas, y en la primera ocasion te entregaste en los brazos de un pérfido que te labraria tu ruina. Sí, joven licencioso; la curiosidad de leer otros libros que los que tus padres ó maestros pusieran en tus manos para conocer á Dios como á bien sumo, y á tí mismo como miseria y nada, te enseñó los enredos y tramas que son tan comunes en las novelas; te instruiste en lo

que hicieran otros para satisfacer sus pasiones, y desde entónces abandonaste tus tareas literarias, no hiciste sino vagar de calle en calle, de plaza en plaza, dirigiendo tus torvas miradas sobre la inocencia, hasta que lograste sacrificar una víctima á las aras de tu pasión, suplantando las inocentes almas, y poniendo la desolacion quizá en muchas familias; y esto no es un caso singular ó extraordinario, pues toda la juventud de nuestro siglo no tiene otra conducta. ¿Y quién es el causante de tantos males? No sólo la curiosidad desenfrenada de nuestro siglo nefasto, sino ¡qué dolor! los padres, las madres de familia, que fomentan esta misma curiosidad, ya por sus descuidos, ya por sus ideas imprudentes.

¡Qué ocupaciones, qué entretenimientos, qué reuniones no permiten hoy los padres á sus niños! Horas y días enteros pasan reunidos niños de ambos sexos, sin que haya la menor vigilancia, sin que se vea á su lado un custodio de su pudor ó ignorancia. So pretexto de no darles sentimiento, no se les va á la mano en ninguno de sus caprichos; niños de doce y aún de diez años son testigos de bailes, de reuniones, de espectáculos, en donde se representan á lo vivo casi siempre las pasiones con sus arrebatos, los vicios con sus adornos, y muy pocas veces las virtudes con sus recompensas. ¿Y qué resulta de esta educacion? Se dice que tienen que tratar con un mundo en donde es preciso vivir entre buenos y malos, que es justo que aprendan de todo un poco. ¡Padres crueles! ¿No sabéis que á medida que se desarrollan los órganos de los sentidos y que se avanza en edad, el hombre entra por sus pasos en una carrera en la cual nada se le oculta? Vosotros quereis que sepan un poco, y no haceis sino presentarles la dorada copa de la gran meretriz de Babilonia, y ellos, al verla aplicada á sus lábios por la mano caritativa de sus progenitores, la beben hasta las heces. ¿Qué resultados tiene esta libertad con que

educáis á vuestros hijos? Que al verse solos quieren imitar lo que han visto en los mayores; la curiosidad los impele á saber, y cuando ménos lo piensan, ya han desatado el velo que encubria su pudor; se les han revelado misterios de iniquidad, y han destruido su inocencia. Vosotros no sabeis esto; pero yo, como ministro del Evangelio, lo sé á ciencia cierta; así es que apenas hay edad para la inocencia, y vemos que hay hoy día en los niños de ocho años tanta maldad como no se encontraba hace cincuenta años en muchos hombres muy provecos, segun nos atestiguan esos ancianos venerables, testigos oculares y fidedignos de los acontecimientos de la generacion pasada y presente.

Estos son, amados míos, los efectos de la vana curiosidad: destruir la caridad, aniquilar la inocencia, desterrar y amortiguar la fé; no creais que el cuadro que os he delineado esté exagerado, no: los resultados son aún más funestos; el mundo no podrá sufrir esta reconvenccion, porque es demasiado loco; la curiosidad para él es la madre de los grandes talentos, el origen de los héroes; el alma de la sociedad, en fin, es un entretenimiento inocente. ¡Demencia inaudita! Oidme aún por un instante: la curiosidad vana destruyó la amistad de Dios con el hombre, convirtió el amor puro de la criatura en amor sensual, causó las calamidades más horribles, y atrajo á la humanidad los azotes más horrendos. ¡Mortales que vivís envueltos en miserias, en dolor, en enfermedades, que no contais con un punto seguro en la vida, que temeis el aguijon de la muerte, que os veis precisados á sudar para poder alimentar vuestro cuerpo, que temeis un porvenir eterno, incierto siempre para vosotros! ¡Hombres desgraciados que arrastrais cadenas! vosotros, los que gemís en las mazmorras; vosotros, en fin, que no teneis dicha ni sosiego en el mundo, ¿á quién debeis estos males? A la curiosidad vana.

Feliz era Adan en el período de su inocencia: su alma inmortal por naturaleza, su cuerpo lo sería por gracia; la muerte hubiera sido un sueño descansado; frio, calor, hambre, desnudez, afliccion, no cabrian en él ni en sus hijos; era amado y querido de Dios, trataba familiarmente con él, estaba adornado de toda ciencia; pero tuvo una vana curiosidad: por curiosidad se arrió al árbol vedado; por curiosidad tomó su fruta, y tanto se dejó arrastrar de la curiosidad vana, que quiso saber lo mismo que Dios: *Eritis sicut Dii scientes bonum et malum;* y al cabo de tanta curiosidad, pecó, ultrajó á su bienhechor, quedó proscrito y toda su descendencia, y condenado á los trabajos y muerte que no ignorais. ¡Y á esta vana curiosidad se debe la idolatría y excesos vergonzosos en que estuvo envuelto el mundo cuatro mil años; á ésta se debe la destruccion del género humano en el diluvio, y, por fin, se debe á esta vana curiosidad el que el infierno esté poblado de hombres que Dios crió para que fuesen felices: la curiosidad es un entretenimiento! ¡Ah! Ved si lo fué en David y en Pedro: por curiosidad se puso aquél en su balcon, vió una mujer, quiso saber quién era, quiso mirarla más de cerca; la llama, la habla, y... no necesito decir lo restante; sólo sí diré que por la vana curiosidad David se convirtió, de Rey Santo, en tirano, déspota, adúltero y homicida. Por curiosidad fué Pedro á casa del Pontífice, para ver en qué paraba su Maestro: *ut videret finem;* la intencion fué buena, dice San Hilario..., pero el resultado fué funesto: el valiente, el heróico Pedro negó tres veces á su Maestro, y yo pudiera traer otros ejemplos sin número de vana curiosidad y de sus resultados desgraciados; pero repito y afirmo que la poca caridad que se ve en nuestro siglo, el amor tibio que reina entre los hombres, la indiferencia con que se observan los dogmas y la moral de la fé por los cristianos, son efecto de la vana curiosidad.

Bien temo, amados míos, que acaso he perdido el tiempo en hablar, sin obtener los resultados favorables que debemos esperar; pero tengo el consuelo de haber dicho la verdad clara y desnuda, y la de haber vindicado los derechos de la moral y de la Religión, y espero que con la divina gracia no serán infructuosas mis palabras. Convirtamos sobre nosotros mismos la curiosidad con que investigamos las vidas ajenas; preguntémonos cada día: *Quis es tu?* ¿Quién eres tú? ¿Eres tú aquel padre de familia que vela día y noche sobre la educación cristiana de sus hijos; aquel padre cristiano que con su ejemplo y sus palabras los incita sin cesar al temor de Dios y á la frecuencia de Sacramentos; aquel que les inspira temor santo de la vida venidera, honor al sacerdocio y respeto á la autoridad; aquel que cuida de apartar de sus hijos las malas compañías, los libros pestíferos; aquel, por fin, que tiene á sus hijos como un depósito sagrado que Dios le ha entregado en el tiempo para que los reserve para la eternidad? *Quis es tu?* ¿Eres tú esta madre siempre vigilante al lado de tus hijas para que no sean corrompidas por los jóvenes insidiosos; aquella madre siempre atareada en los trabajos domésticos, ó aquella que se abandona, que mira con indiferencia las conversaciones de sus hijas, que las lleva de casa en casa, de visita en visita, de baile en baile, para que sean vistas y tratadas, y logren así partidos ventajosos, aunque sea á costa de su inocencia, y aún de su fama? *Quis es tu?* ¿Eres tú acaso aquella joven virtuosa y recatada que huye de la familiaridad de los hombres, que desea el retiro para conservar su pudor, que se adorna conforme á su estado y condicion, que quiere agradar únicamente á Jesucristo, como á esposo de las almas, que tiene siempre ideas de pureza y de virtud, ó eres quizá aquella que busca los obsequios y las familiaridades, que anhela por las diversiones, que pasa el día en indagar las mo-

das, en buscar adornos que no tiene, en vestirse de un modo que no conviene á su estado, ni á su nacimiento, ni á sus posibilidades, y acaso ni á la decencia y honestidad públicas? *Quis es tu?* ¿Quién eres tú, joven que empiezas á saludar la sociedad humana? ¿Eres en tus estudios y en tu conducta aquel que desea ilustrar su entendimiento para ser útil á la Religión y á la patria, para conocer á tu Criador y adorarlo, para conocerte á tí mismo y humillarte? ¿Eres aquel que no se deja arrastrar ni de las falsas doctrinas, ni cede al ímpetu de las pasiones, ó eres el que frecuentas las reuniones impías, el que lee libros irreligiosos é inmorales para cegar el entendimiento y seguir por las sendas que conducen á la perdición? *Quis es tu?* nos hemos de preguntar sin cesar. Y con esto conoceremos las faltas de nuestra vida, pediremos á Dios perdón de nuestras culpas, procuraremos corregir nuestros yerros, y caminando de virtud en virtud, llegaremos á poseer la dicha única que debiéramos buscar sin descanso, que es la gloria. Amen.

SERMON MORAL

SOBRE

LA CARIDAD FRATERNA.

(PARA EL MANDATO DE JUÉVES SANTO.)

Translatio sacerdotio, necesse est ut et legis translatio fiat.

(HEB., cap. vii, vers. 12.)

Corrompido todo el linaje humano con los errores de la idolatría, apenas se encontraban algunas familias que adorasen al Dios verdadero, cuando Dios sacó á Abraham del país de los caldeos. Los designios que el cielo tuvo en la vocacion de este Patriarca son manifiestos á quien lea con atencion la historia santa. Quería Dios formar un pueblo escogido que le reconociese por Criador de cielos y tierra, y le ofreciese los sacrificios y el incienso que los otros pueblos presentaban ante aras sacrílegas y profanas; le dió sus leyes, le prescribió sus ritos, ungió sacerdotes que por sucesion hereditaria presentasen al Sér increado las oblaciones y votos de los hombres, y en esta observancia debian continuar hasta que apareciese un sacerdote eterno, no segun el orden de Aaron, sino segun el de Melquisedech. Era, pues, el sacerdocio levítico, como argumenta el Apóstol (*Hæb., per tot.*), un sacerdocio temporal, figura del otro que existia desde que el Padre Eterno dirigiera á su Hijo estas palabras: «Tú eres sacerdote eterno segun el orden de Melquisedech» (Psal. v); era un sacerdocio incapaz de santificar para siempre á los que se llegaban á él; sacerdocio que sería anulado con la institucion de otro más solemne,

más augusto y más divino, en el cual no habria sino un sacerdote y una víctima, siendo el sacrificador y el sacrificado, el cordero que desde el principio del mundo se ofrecia en holocausto por la redencion humana. En él concluia el oficio de Aaron, y por consiguiente finaban sus ritos, se acababan sus ceremonias, y trasladado el sacerdocio, era necesario que fuese trasladada y mudada la ley. *Translato sacerdotio, necesse est ut legis translatio fiat.*

Cual era la naturaleza del nuevo sacerdocio, tal habia de ser la de la ley; era éste un sacerdocio de amor, pues el amor fué el móvil que presidió á todas las obras del Redentor; el amor le hizo bajar del cielo; el amor le hizo pasar treinta y tres años sufriendo privaciones y trabajos, persecuciones y afrentas; el amor lo condujo al Calvario, y el amor, por fin, le encerró en el Sacramento del altar para estar para siempre con los hombres y sacrificarse eternamente por ellos, y este amor, que fué grande toda la vida de Jesus, fué, como afirma San Juan, extraordinario y excesivo en su fin. (Joan., XIII, v. 1.) Ésta, pues, sería la naturaleza de la nueva ley, ley cuya promulgacion no se haria ostentando el legislador su majestad y grandeza con truenos y resplandores, sino con las demostraciones más patéticas de humildad; ley que no se cincelaria en tablas de piedra, sino en el corazon humano; ley de caridad, ley de amor, ley de fraternidad, porque, como habia vaticinado Jeremías (XXXI, 31), «se habian cumplido los dias en los cuales Dios haria un pacto con los hombres,» no como el que hizo con los judíos al sacarlos de Egipto, pacto que anularon por sus iniquidades, sino que sería alianza de amor, no de servidumbre, porque la ley antigua era ley dada á siervos, pero la nueva sería ley dada á hijos.

Ved, amados míos, lo que hace hoy Jesus al postrarse ante sus discípulos para lavarles los piés; ántes

de instituir el sacerdocio solemne del Evangelio, da un testimonio público y auténtico de que queda abolida la ley dada á los esclavos, y empieza la ley de los hijos, y nos manifiesta que la plenitud de la ley consiste, como afirma el Apóstol, en la caridad: *Plenitudo legis charitas.* Ved cuál será el objeto de mi discurso: Jesus, postrado á los piés de los Apóstoles, nos atestigua con su ejemplo que la esencia de su Religion consiste en amarnos unos á otros.

Postrémonos á los piés de aquel sagrado Tabernáculo en que nuestro Dios amoroso encubre su naturaleza divina y el cuerpo que fué sacrificado por nosotros, y para alcanzar los auxilios oportunos, saludemos á la Cruz, que fué el ara de esta víctima. *O Cruz, ave, etc.*

En efecto, amados míos; pocos momentos despues de haber instituido Jesucristo el sacrificio augusto de su cuerpo y sangre y de haber ordenado los sacerdotes de la nueva ley, empieza este Legislador á promulgar los preceptos de amor: *Mandatum novum do vobis: ut diligatis invicem, sicut di lexi vos.* «Os doy, les dice, un mandamiento nuevo, y es que os améis los unos á los otros, como yo os he amado.» (Joan., cap. XIII, vers. 34, 35). No era nuevo en la sustancia este precepto, pues todos los mandamientos de la primera y segunda tabla dados á Moisés en el Sinaí, se reducen á amar á Dios sobre todas las cosas como á la Bondad suma, y al prójimo como á sí mismo; no es nuevo en sí este mandamiento, pues ántes de la última Pascua que Jesus celebró respondió al jóven que le pedia instrucciones de salud eterna, que mirase lo que estaba escrito en la ley, y lo observase; el amor fraternal era el fundamento y el fin de toda la legislacion de Moisés, como el mismo Jesus lo demostró á los

fariseos con estas palabras: «El primer mandamiento es: amarás á tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas; el segundo, amarás á tu prójimo como á tí mismo;» y este mandamiento es semejante en todo al primero, porque están tan íntimamente unidos, que no es posible amar á Dios sin amar al prójimo; y así es que el mismo Salvador dice que éstos son los dos quicios donde estriban toda la ley y todos los Profetas. Pero es nuevo, porque la Majestad infinita, enamorada de la bajeza humana, se postra á sus piés; es nuevo, porque desde el principio del mundo hasta aquel momento no se habia visto un amor tan excesivo; es nuevo, porque Jesus nos enseña con su ejemplo que no sólo hemos de amar á nuestros hermanos, sino á nuestros enemigos los más encarnizados, y nos dice que nuestro amor ha de ser tan grande y desinteresado, que no dudemos derramar nuestra sangre y dar la vida por aquellos mismos que maquinan nuestra muerte; y por eso dice que nos amemos unos á otros, del mismo modo que Él nos amó: *Sicut dilexi vos*, etc.

La malignidad humana hubiera podido dudar de que el amor de Jesus llegaba á este extremo; pues es tan atrevida, que se ingiere á examinar aún las cosas que se esconden á su débil vista. Tres años hacía que Jesus era la persona mas notoria en la Judea, cuya doctrina y milagros llamaban la atención del público, y cuya vida y acciones manifestaban una virtud divina; muchas veces fué buscado por sus émulos para ser precipitado y muerto; otras tantas lo quisieron apedrear, y siempre se les escapó de entre las manos; habia reprendido públicamente la hipocresía, la avaricia y otros vicios que ocultaban los fariseos, y esto le granjeó un ódio mortal; veía esto el pueblo, mas no podía ver el corazón de Jesus; lo vió perseguido, y cuantas veces se evadió de las manos de los judíos perversos, pudo creer que el escapárseles Jesus

era más un efecto de su gran sabiduría que de la divinidad con la cual se hacía invisible á sus enemigos. ¿Puede acaso pensar el vulgo que Jesus tenía algun ódio oculto á sus enemigos? Así pudo suceder; pero para quitar toda sospecha, no espera este amantísimo Jesus á ser puesto en la cruz y pedir á su Padre perdon y gracia para los que le crucificaban, pues ántes de entregarse en las manos de los príncipes y letrados del pueblo, manifiesta públicamente, no sólo que no los ódia, sino que los ama hasta el exceso de dar su vida por ellos. Entremos en el Cenáculo donde Jesus va á instituir el sacerdocio de amor; examinemos sus operaciones, y éstas nos atestiguarán esta verdad.

¿Quiénes son los que rodean á Jesus en su última cena? Sólo sus discípulos; entre éstos hay uno cuya pureza y candor atraen con especialidad el amor de su Maestro; Juan, el amado Juan, que entre los doce será el único que no se separará de su Maestro en los momentos de mayor aflicción; otro se encuentra, hombre rudo é ignorante, pero de una fé tan viva y de una intrepidez tan heroica, que ha de empuñar la espada para atacar con denuesto singular á los soldados que se atreven á tocar á su Maestro; sin embargo, este mismo discípulo lo ha de negar tres veces, y despues de haber dado pruebas de heroico en el teatro de la prision, será tan cobarde como sus condiscípulos, y lo ha de abandonar; pero se halla sentado á la mesa con Jesus un mónstruo de iniquidad, uno en quien Jesus ha puesto su confianza, haciéndole su tesoro, y éste ha maquinado en su corazón la traición más horrenda que pueda caber en un hombre. Nada de esto se oculta á Jesus; en la misma cena ha dicho á todos sus discípulos que estando cogido el pastor, se dispersarian las ovejas, y que en aquella misma noche todos se escandalizarian en Él: *Omnes vos scandalum patiemini in me in nocte ista*; en la misma cena ha asegurado á Pedro que

antes del canto del gallo lo ha de negar tres veces; en la misma cena se ha turbado su espíritu, y ha manifestado á su colegio que uno de ellos lo habia vendido, y lo iba á entregar á sus enemigos: *amen amen dico vobis, quia unus ex vobis tradet me.* Se ve, pues, rodeado Jesus de amigos ingratos, de discípulos infieles, y de un enemigo cruel y encarnizado. Con todo, ¿qué hace Jesus? Se levanta de la mesa, se quita sus vestiduras, se ciñe una toalla, echa agua en una palangana, y postrado á los piés de sus discípulos, empieza á lavárselos.

Pasmaos ¡oh cielos! pues el Dios que habita en vosotros ha dejado su sòlio de grandeza y majestad por arrojarse á los piés viles y sucios de unos hombres ingratos y enemigos suyos. Pasmaos ¡oh ángeles santos! Bien sabíais que vuestro Rey inmortal se habia revestido de carne pasible para redimir al hombre; pero jamás podíais imaginar que su amor llegase al exceso de echarse á los piés de los hombres infieles para lavárselos, y que estrechase en su pecho, regase con sus lágrimas y aplicase á sus lábios los piés de aquel hombre que poco despues se serviria de ellos para consumir su traicion, para hollar y conculcar á su mismo Maestro. Con razon Jesus dice á sus discípulos que les impone un mandamiento nuevo; porque aunque el lavarles los piés á todos sea un acto heróico de humildad y amor el más extraordinario, pero el lavárselos al traidor, excede los límites á donde pudiera llegar el entendimiento humano y angélico; porque Jesus no ignoraba que Pedro lo habia de negar, y que sus condiscípulos lo abandonarían con cobardía y timidez; mas tambien sabía que aquel mismo Pedro lloraria su pecado, y despues de convertir medio mundo con su predicacion, sería la piedra principal del edificio de su Iglesia, cuya doctrina confirmaria y sellaria con su sangre. Sabía que todos sus discípulos, ahora infieles, ahora tímidos, ahora cobardes, serían los doctores de la

fé, las columnas de la verdad y los propagadores del Evangelio, en cuya defensa darian su vida. Todo esto lo conocia Jesus, y en vista de ello, yo no me admiro, amados míos, que Jesus les lave los piés; no me extraña que los piés evangelizadores de la paz, y que son tan hermosos como afirma Isaías, sean estrechados entre el suave regazo del Autor de todo bien; no me extraño que aquel Dios que se da todo entero en el cielo en premio de los trabajos sufridos por su amor, se entregue de este modo á sus amigos en la tierra; pero ¡que los lave á Judas! ¡que se postre ante el discípulo aleve! esto excede nuestras ideas, porque Jesus sabía que lo habia vendido por treinta dineros, que muy pronto iba á consumir su traicion, y que despues, con la misma mano infame que lo entregaba, se daría la muerte, no habiendo otra en el mundo que pudiese merecer ejecutar esta justicia. Sí: Judas era el enemigo más cruel del Salvador; desde el primer pecador hasta el último, nadie ha manchado tan vilmente sus manos en Jesus, porque Judas abre el camino á todos los tormentos: él escarnece á su Maestro con todos los fariseos; él lo azota con todos los verdugos; él lo clava con todos los sayones; él lo desprecia más que todos los judíos, porque éstos estimarán en más á un facineroso, pero es un hombre que, aunque criminal, tiene alma racional; mas Judas la aprecia ménos que una materia vil, inanimada y despreciable, como son treinta monedas. Con todo, Jesus se humilla á sus piés, se los lava, los abraza, los besa y los riega con sus lágrimas, y con esto manifiesta al mundo que el amor fraternal no admite distincion de amigo ó enemigo, de bueno ó malo; con esto enseña que así como se arroja á los piés del traidor, así lo haría á los piés de un sacerdote impío como Caifás, de un hombre atrevido como el que le dió la bofetada, de un juez injusto como Pilatos, y de unos hombres inhumanos como los que le crucificaron; porque éstos, como todos

los pecadores, se encruelen contra su Dios, arrastrados por la fuerza de una pasión, ó bien le ofenden sin conocer toda su bondad; pero Judas lo va á entregar despues de haber visto los mayores testimonios de su divinidad, de su amor y caridad para con Él, y á pesar de ellos lo odia, lo aborrece, lo detesta y abomina como si fuera su enemigo más cruel y sanguinario.

Esta demostracion de amor tan nueva no podia ménos de excitar en el apostolado una admiracion mayor que la que les causáran los milagros de Jesus; como más allegados á Él que la plebe, habian entendido de su misma boca su origen y naturaleza divina. Sabian que Jesucristo era el Hijo de Dios, y al ver los muertos resucitados á su voz, las aguas consolidadas á sus plantas, las tempestades apaciguadas y los demonios arrojados, si bien se admiraron por la singularidad de estos hechos nada comunes, pero no les debia causar una admiracion extraordinaria, sabiendo que el mismo que habia sacado de la nada todas las cosas, podia hacer de ellas lo que le agradase; mas al arrojarse á sus piés, todos quedaron sobrecogidos, porque esto era cosa nueva, porque su espíritu no podia comprender que el grande, el omnipotente, el sábio por esencia, se humillase ante unas criaturas tan pequeñas, tan ignorantes y tan limitadas como ellos eran. Esta admiracion la expresa Pedro con su acostumbrada fogosidad y viveza; siendo el primero entre los Apóstoles, no puede callar al observar que su Maestro, vestido con aquel traje abyecto, se postra á sus plantas con designio de hacer otro tanto con cada uno de los demás. «Señor, le dice lleno de espanto y temor; Señor, ¿tú me lavas los piés?» *Domine, tu mihi lavas pedes?* Como si dijese: Tú, sobre quien se han abierto los cielos bajando el Espíritu Santo sobre tu cabeza; Tú, cuya divinidad he confesado públicamente; Tú, á quien he visto en el Tábor más hermoso que el sol, re-

cibiendo los testimonios de la ley y los Profetas, y oyendo la voz del Padre que te llamó su Hijo bien amado, objeto de sus complacencias divinas y oráculo que debemos oír; Tú, que eres el resplandor del Padre, la figura de su sustancia; Tú, que gobiernas el mundo con tu sabiduría, ¿te postrarás á mis piés para lavarlos? *Domine, tu mihi lavas pedes?* Si los ángeles se reputan por felices al servir de peana á tu trono, ¿cómo permitiré yo que laves los piés á un discípulo? ¿A mí, pobre pescador; á mí, rudo é ignorante; á mí, podia añadir, que de aquí á pocas horas te voy á negar; á mí, que he de sucumbir á la voz de una mujerzuela; á mí, que, siendo Apóstol de la verdad, he de afirmar con juramento la mentira en esta noche, y me he de precipitar en un abismo de infidelidad, de donde no saldré sino con una mirada eficaz de tu gracia? *Domine, tu mihi lavas pedes?*

¿Quién debiera decir estas palabras, amados míos? ¿Pedro, aquel discípulo fervoroso á quien el Padre celestial reveló la generacion eterna de Jesucristo ántes que á ninguno de los Apóstoles; aquel que, infiel por unos momentos, sería luégo tan penitente que lloraria toda su vida su pecado; aquel que, llevado del amor á su Maestro, seguiria sus pasos hasta la casa del Pontífice, y se introduciria entre los verdugos, y sólo sucumbiria por el miedo que tuvo á estos hombres atroces, ó el otro desgraciado en cuyo corazon se habia fraguado la traicion más alevosa? Porque Pedro habla por sí y por los demás discípulos, hombres humildes y llenos de amor y respeto hácia su Maestro; mas no podia hablar por Judas, en quien la envidia, el orgullo y la avaricia habian hecho de un Apóstol un apóstata, y de un discípulo un traidor; con todo, éste nada dice al ver á su Maestro postrado á sus plantas sanguinarias; pero ¡oh amados míos! si las palabras del príncipe de los Apóstoles nos dan á entender que Dios por nuestro amor se humilló al exceso,

amándonos como á hijos, el silencio del traidor nos enseña que, siendo enemigos de Dios, éste nos amó sin mirar á nuestras iniquidades, sino á su misericordia; y aquí es necesario reflexionar con atencion, porque en esta accion de Jesus está declarada la parte más esencial del amor fraterno. El mundo amaba á sus amigos, y tanto mayor era su amor, cuanto eran más estrechos los lazos de la amistad; pero al mismo tiempo que amaba á sus amigos y hermanos, aborrecia mortalmente á sus enemigos; no sabía, en consecuencia, hacer bien sino á los que amaba, y esto nada tenía de extraordinario; no sería así en la nueva ley. Jesucristo nos manda que amemos á los enemigos, que roguemos por los que nos persiguen, que hagamos bien á los que nos traten mal, para que seamos dignos hijos de aquel Padre celestial que hace salir el sol sobre buenos y malos, y provee de lo necesario á justos é injustos; y para que vencamos la natural repugnancia que tenemos en hacer bien á nuestro adversario, no sólo da su vida por sus enemigos, sino que se postra á sus piés, los lava y los riega con sus lágrimas.

Postrado á los piés de Judas, ¿no era natural que este hombre pérfido dijese á su Maestro, con más razon que Pedro, que jamás consentiria en que Él le lavase los piés? Un amor tan extremado, unas demostraciones tan cariñosas, ¿no debian ablandar un corazon, aunque fuese de piedra? En vano se humilla el Maestro, en vano se postra ante su discípulo; por más que Jesus hable con las obras, Judas guarda un silencio profundo, mirando con indiferencia las acciones más expresivas, porque, obstinado en su maldad, no piensa sino en ver tendido en una cruz al que ahora ve postrado á sus piés. ¿Quién duda que Jesus, miéntras hacía esta accion humilde, dirigia al corazon de Judas las palabras más tiernas y penetrantes? ¿Quién duda que su hermosa frente se oscureció y que de sus divinos ojos brotaron dos fuentes de lágrimas,

que regaron aquellas plantas que iban á hollar la sangre de un Dios? Pero ¡oh ingratitud diabólica! ¡Oh dureza espantosa de corazon! Jesus pierde tiempo en hacer bien á su mayor enemigo, porque éste está obstinado: y habiendo llegado al extremo de la maldad, menosprecia cuanto se haga en beneficio suyo. *Impius, cum in profundum venerit peccatorum, contemnit.* (Prov., XVIII.) Pero esta obstinacion de Judas, el silencio que guarda, son un testimonio de que Jesus ama tiernamente á sus enemigos, y de que para este amor no hay distincion de Apóstol fiel á Apóstol traidor, de discípulo humilde á discípulo alevoso; no es posible ya que las humillaciones de Jesus ablanden el corazon de Judas; sus lágrimas no sirven para su conversion, pero sirven para instruirnos á nosotros; sirven para enseñar á los hombres que sólo el amor de Dios y del prójimo puede cimentar y conservar en ellos la Religion; sirven para decirnos cuál ha de ser nuestra conducta con los amigos y con los enemigos. ¡Qué deseos no tenía Jesus de encender este fuego del amor fraternal en los corazones helados de los hombres! Habia bajado del cielo con el objeto de abrasar la tierra, y ¡qué anhelos tenía de que ardiese! *Ignem veni mittere in terram, et quid volo, nisi ut accendatur?*

Así es, amados míos; estaba este Legislador divino á punto de sancionar la ley del amor, y el lavar los piés á sus discípulos era el preliminar de esta sancion; los truenos y los relámpagos, el sonido de la trompeta, fueron los anuncios de la publicacion de la ley escrita en el Sinaí. Allá se les anunciaba la presencia de un Dios terrible; aquí las humillaciones del Legislador son el aparato que precede á la proclamacion de la ley de gracia, y sus postraciones á las plantas de Pedro y los discípulos fieles, sus lágrimas y suspiros á los piés de Judas, nos descubren á un Dios amable, á un Dios amoroso, á un Dios que ha sofocado en el seno de su misericordia todas

sus iras, á un Dios, por fin, que se presenta á los hombres, no conminándoles, envuelto entre nubes majestuosas y esplendentes, sino revestido de la forma de éstos, y conversando con ellos como un padre con sus hijos. Porque ¡oh amados míos! ¿qué suavidad y qué dulzura descuelan en las palabras de Jesús? Despues de haber lavado los piés á sus Apóstoles, vuelve á sentarse en medio de ellos: sin resentimiento por la cobardía con que muy pronto lo abandonarían, sin odio al traidor que tenía al frente, les dirige estas razones: «Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decís bien, pues lo soy: si yo, siendo vuestro Maestro y vuestro Dios, os he lavado los piés, con mucha más razon debéis vosotros lavarlos mutuamente; os he dado ejemplo, para que, así como yo lo he hecho, lo hagais tambien vosotros.» *Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis.* (Joan., v.)

¿Quién no amará de aquí en adelante á sus hermanos? ¿Quién aborrecerá á su enemigo? ¿Quién no se sacrificará por él, al ejemplo de Jesús? Ningun legislador está obligado á la observancia de las leyes que él sanciona para sus súbditos; pero Jesucristo no publica la ley de amor fraternal sino despues de haberla puesto en práctica el primero; en lo sucesivo los hombres se han de soportar todas las fragilidades y miserias, al ejemplo de Jesús: *Exemplum dedi vobis*; porque no nos manda precisamente que nos hemos de lavar materialmente los piés unos á otros, sino que hemos de practicar lo que está significado en esta accion; y al lavarlos Jesús á sus discípulos, al mandarles que hagan otro tanto entre ellos, nos dice estas palabras: «Yo, siendo Rey de la gloria, me he humillado por amor del hombre, y he tomado sobre mí sus pecados, limpiando con mi sangre las inmundicias de vuestras culpas; justo es que vosotros os soportéis unos á otros vuestros defectos; yo he sufrido con paciencia vuestras

ignorancias; os he instruido en el camino del cielo; me sacrifico por mis enemigos; me postro á sus piés y se los lavo; justo es que el hombre ame á su hermano; justo es que los instruya en lo que han de hacer para salvarse; justo es que perdone á su enemigo, que lo alivie en sus indigencias y que le extienda los brazos, si éste quiere reconciliarse; yo lo he hecho el primero, sin estar obligado á ello; justo es que lo hagais vosotros, á quienes comprende la ley de amor que he publicado: *Exemplum dedi vobis.*

Ved, amados míos, lo que hace hoy Jesús al lavar los piés á los Apóstoles; iba á derogar el sacerdocio de Aarón; iba á instituir un Sacramento grande, un Sacramento que se llama justamente Sacramento de amor, porque aunque todos los Sacramentos de la nueva ley respiran el amor que Dios nos tuvo, pero este encierra en sí todas las acciones y prodigios que obró la Omnipotencia divina por nuestro amor, porque en la encarnacion Dios ocultó su divinidad bajo el velo humano, mas en este Sacramento oculta su naturaleza divina y la humana, por darse entero al hombre; y ántes de instituirlo, declara con sus hechos que el amor lo hizo bajar del cielo, que el amor lo tuvo treinta y tres años entre los mortales, que el amor lo conducía al Calvario, y que este mismo amor le impelia á inmolarse sin cesar por nosotros hasta la consumacion de los siglos. Sí: todo el edificio cristiano está cimentado en este amor, y nadie puede ser discípulo de este Maestro si no ama á Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, y al prójimo como á sí mismo, sin distincion de ajeno ó allegado, de extraño ó de propio, de amigo ó enemigo. Jesús se prostra sin distincion á los piés de Juan, á quien le unen los lazos de sangre; á los piés de Pedro, que lo ha de negar; á los piés de Judas, que lo ha vendido, y á los piés de los otros Apóstoles, que le han de abandonar.

La ley de amor se ha publicado con las palabras y acciones del Legislador. ¿Qué debemos hacer nosotros, amados míos? Amarnos reciprocamente, sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros hermanos, no dar lugar al odio y rencor en nuestros corazones; perdonar de corazón á los que nos han agraviado; socorrer las indigencias del prójimo; no considerar en él sino un hijo del Padre celestial que nos engendró á todos; y cumpliendo esta ley de amor, estaremos seguros de haber satisfecho á todos los mandamientos divinos, y de merecer la corona de la inmortalidad en el reino de la paz y del amor. Amen.



SERMON DOGMÁTICO

SOBRE LOS

MOTIVOS QUE TUVO JESUCRISTO PARA INSTITUIR

EL SACRIFICIO DE LA EUCARISTÍA.

In qua voluntati sanctificati sumus per oblationem corporis Jesu Christi semel.

En la cual voluntad somos santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez.

(HEBREOS., cap. x, vers. 10.)

El dogma de la sustitucion del inocente en lugar del culpado para aplacar la ira de Dios, es tan antiguo como el mundo. Entre tanta diversidad de pueblos y de naciones como ocupan el globo, ni uno solo se ha descubierto aún que no tuviera sus altares, sus sacerdotes, sus ritos y su liturgia, destinado todo á exprimir de un modo sensible esta creencia del espíritu humano. Ora se han encontrado pueblos que sobre un ara de césped inmolaban corderos y derramaban libaciones; ora se han visto otros que, coronados de hiedras, llevaban á su rústico adoratorio manojos de dorada mies y cestillos de aromáticas frutas; aquí unos conducen millares de prisioneros destinados á teñir con su sangre las innumerables aras erigidas al dios que les diera completa victoria; aquí otros ¡horror causa decirlo! llevan al hijo recién nacido, á la esposa, al deudo más amado, y coronados de flores son presentados al sacerdote infando que, degollada la víctima, registra sus palpitantes entrañas para conocer en